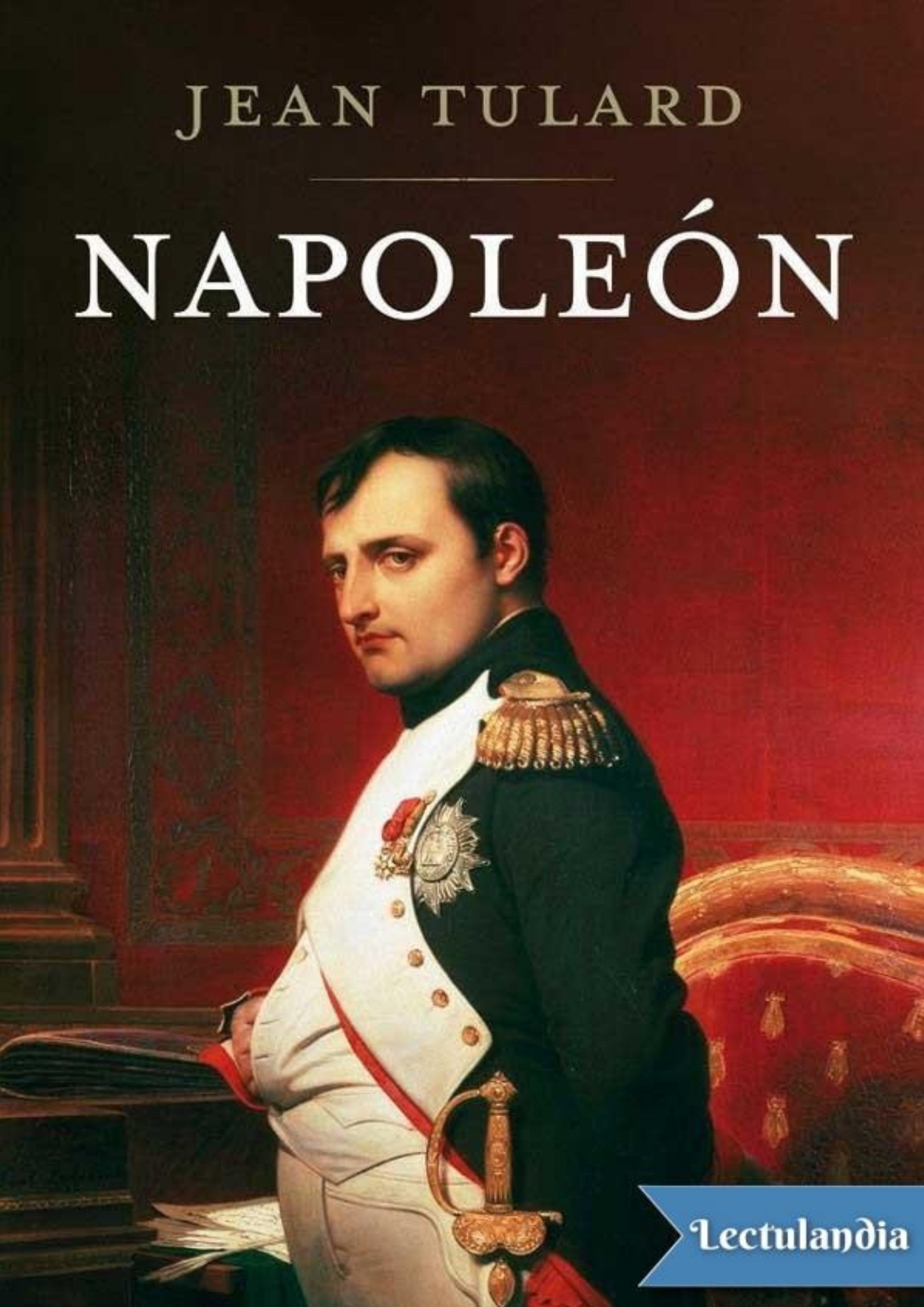
JEAN TULARD

NAPOLEÓN



Lectulandia

Jean Tulard, que ha dedicado cerca de medio siglo a la investigación de la historia de Napoleón y de su época, ha sintetizado su labor en esta magistral biografía del Emperador, considerada ya como un clásico. La obra de Tulard tiene la singular característica de combinar dos enfoques distintos. Es, por una parte, una narración ágil, clara y estimulante, pensada para el lector habitual de una biografía literaria. Pero cuenta además con unos complementos que la enriquecen con todo el caudal de la erudición; y por un apartado de «debates abiertos», en que se resumen las discusiones que los investigadores mantienen sobre algunos puntos de la vida y la actuación de Napoleón: sobre sus ideas políticas y religiosas, sobre la muerte del duque de Enghien o sobre las causas que explican su derrota en Rusia, entre otros muchos aspectos dudosos o enigmáticos.

Lectulandia

Jean Tulard

Napoleón

ePub r1.0
bigbang951 27.04.15

Título original: *Napoléon ou Le Mythe du Sauveur*
Jean Tulard, 1996
Traducción: Jordi Terré

Editor digital: bigbang951
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

LA ELECCIÓN

Lo que profetiza Mozart, unos años antes de su muerte, cuando, al final de La Flauta Mágica, *las tropas de Sarastro derrotan a las legiones de la Reina de la Noche en el templo del Sol, es la victoria de la «Ilustración» sobre el oscurantismo. Nos encontramos en 1791, la Revolución francesa acaba de estallar, pero el éxito de la «Ilustración» sigue siendo incierto.*

Diez años más tarde, cuando por fin se estrena la obra de Mozart en París, el triunfo de las nuevas ideas parece más consolidado; pero, de entre el público que aplaudió La Flauta *transformada en los* Misterios de Isis, *con libreto de Morel y arreglos de Lachnith, ¿cuántos espectadores reconocieron en Sarastro el rostro del general Bonaparte convertido en el Primer Cónsul de la República y el último baluarte de las conquistas revolucionarias?.*

Conjunción inesperada de un individuo y de un cambio político. Por un lado, un oficial soñador y distraído al servicio de una monarquía a la que sirve como mercenario, una mentalidad de exiliado, una tendencia suicida, un hastío paseado de cuartel en cuartel. Por otro, la Revolución, o quizá las Revoluciones, *si se tienen en cuenta la diversidad de los objetivos perseguidos. Como observó Chateaubriand, son los nobles quienes asestaron los primeros golpes al viejo edificio monárquico. Aprovechando la crisis financiera de la realeza, intentaron poner en tela de juicio los principios del absolutismo. Ese era el objetivo asignado, más o menos abiertamente, a la reunión de los Estados Generales. El desagravio de la Fronda, el final de las humillaciones políticas y el retorno a las leyes fundamentales que invocaba ya el cardenal de Retz en sus* Memorias *y luego Fénelon en sus últimas obras, era eso lo que deseaba en el fondo de sí misma la nobleza liberal detrás de las grandes palabras inspiradas por los filósofos leídos demasiado apresuradamente, la guerra de Independencia de Estados Unidos, en la que habían participado generosamente un La Fayette y un Noailles, o los panfletos de un marginal como el conde de Antraigues. El Catorce de Julio y el Gran Miedo barrieron las ilusiones. Una vez abierta imprudentemente la caja de Pandora, la antigua nobleza se vio engullida, se suprimieron los títulos, se abolieron los derechos feudales y se confiscaron las propiedades.*

Y es que otra sublevación había tomado el relevo. A la Fronda le sucedió la Jacquerie. Estos movimientos desordenados de campesinos, antaño abocados al aplastamiento, abarcaron de nuevo gran parte de Francia y adoptaron un carácter original. De la revuelta anárquica se pasó a la revolución. Se produjo una toma de conciencia. Los cahiers de doléances [«cuadernos de quejas y reclamaciones»] *formularon objetivos precisos: el final del régimen feudal y la apropiación del suelo. La revisión de los títulos de propiedad, emprendida por una nobleza cada vez más endeudada, desempeñó un papel catalizador. En cambio, no existieron consignas políticas. Uno se subleva contra el señor, no contra el rey, a pesar del gravamen de los impuestos y la dureza de las faenas. Fue una revolución pronto apaciguada: los decretos que abolieron el feudalismo en la noche del 4 de agosto, la venta de los*

bienes de la Iglesia, el alza de los precios que devaluaban los arrendamientos y la subida —más lenta, es cierto— del salario de los jornaleros en numerosas regiones, transformaron al campesinado francés, o al menos a una parte, en una masa conservadora, interesada en las conquistas revolucionarias, desde luego, pero que nutrirá pronto los batallones encargados de aplastar las insurrecciones proletarias del siglo XIX.

El rey habría podido utilizar al campesinado contra sus nobles rebeldes, pero habría tenido que ocupar el trono un Luis XI o un Luis XIV. Luis XVI carecía de autoridad sin la excusa del escéptico o del juerguista. Otros se beneficiaron de la confusión de las zonas rurales: los burgueses o, al menos, una vez más, un sector de la burguesía. Los rentistas, los propietarios de cargos, el gran negocio portuario y el comercio de lujo padecieron terriblemente. La banca se aterró, y limitó sus operaciones. Los más audaces suelen ser los más modestos, en los confines de la pequeña burguesía. ¿Cómo no recordar al señor Grandet?

Cuando la República francesa puso en venta, en el distrito de Saumur, los bienes del clero, el tonelero, que por entonces tenía cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante en maderas. Grandet, provisto de su fortuna líquida, y de la dote de su mujer, unos dos mil luises de oro, se fue a la capital del distrito y allí obtuvo, gracias a los doscientos luises dobles que su suegro ofreció al feroz republicano que se encargaba de la venta de los territorios nacionales, por un pedazo de pan, legalmente, si no legítimamente, los viñedos más hermosos de la comarca, una antigua abadía y unas cuantas alquerías. Políticamente, protegió a los antiguos nobles e impidió con todo su poder la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, abasteció a los ejércitos republicanos con uno o dos mil toneles de vino blanco e hizo que le pagaran con unos soberbios prados que pertenecían a un convento de monjas y que se habían reservado para un último lote. En tiempos del Consulado, el gentilhombre Grandet se convirtió en alcalde, administró con prudencia y vendimió aún mejor; en la época del Imperio, se le llamó señor Grandet.

Los Grandet eran numerosos en provincias, pero fue en París donde la especulación con los suministros a los ejércitos y la devaluación del papel moneda adquirieron mayor amplitud. Desaparecen los nobles y comienza el reino de los notables. Se creó una nueva burguesía, la que supo comprar los bienes nacionales en un período de inflación o acaparar las encomiendas del Estado, la que se infiltró en la administración o que conocía el derecho, la que pudo, en definitiva, liberada de la sujeción de las corporaciones y a resguardo del proteccionismo instituido por el Directorio, desarrollar talleres y manufacturas.

¿Qué quería la burguesía en 1789? Sieyès expuso sus ideas en el célebre folleto ¿Qué es el Tercer Estado? *Más conciso, Napoleón resumió sus aspiraciones en una frase quizá apócrifa: «la vanidad; la libertad —añadió—, solo ha sido un pretexto». La reacción feudal, al cerrar o amenazar con cerrar las filas de la nobleza a una burguesía en plena ascensión en una Francia en plena expansión, empujó a los*

burgueses hacia la oposición a las instituciones sociales. Los primeros rebeldes no siempre fueron por lo demás quienes se aprovecharon de la destrucción del Antiguo Régimen, pues con frecuencia la propiedad burguesa del siglo XVIII fue víctima de la abolición del feudalismo. Sin embargo, no deja de ser cierto que burgueses y campesinos se vieron comprometidos, como se ha subrayado tantas veces, en un mismo combate contra el feudalismo. Saldrían de él vencedores y vagamente solidarios. ¿No representaban acaso la cantidad y el talento.

Una cuarta corriente quedó al margen: el proletariado urbano. Al comienzo, el paro y la carestía arrojaron a las calles de las ciudades, y especialmente en París, a artesanos, obreros, criados y ganapanes. La escasez de las grandes empresas, la estructura arcaica de los talleres y las condiciones de trabajo que aproximaban a patrones y obreros seguían impidiendo el nacimiento de problemas sociales agudizados y la idea de huelga siguió estando confinada a una casa o, como máximo, a algunos miembros de una misma profesión. Influidas por Rousseau, las aspiraciones sociales se limitaban a un mundo de «pequeños productores y de pequeños comerciantes independientes»; y los sans-culottes *soñaban con una especie de «patronato universal». Este proletariado urbano sirvió como punta de lanza, bajo el Terror, para la Revolución. Pero, preocupada por garantizar una mano de obra barata a la industria naciente, la Constituyente, mediante la ley Le Chapelier del 14 de junio de 1791, prohibió todo tipo de coalición obrera, e incluso la desaparición de las corporaciones favoreció la explotación de los niños en las manufacturas. Deseoso por garantizar el mantenimiento del orden y la consolidación de la —de su— propiedad, los termidorianos, por su parte, se apresuraron a desarmar las barriadas. La nueva burguesía desarticuló el movimiento* sans-culotte, *mientras que los campesinos permanecían impasibles ante este fracaso.*

Después del golpe de Estado de Brumario, Bonaparte declaró: «Yo soy la Revolución», para contradecirse a continuación: «La Revolución se terminó». El fin de la Revolución: se asignó el 5 de agosto de 1789, o cuando la separación de la Constituyente, día que la Convención celebró al Ser supremo o cuando la cabeza de Robespierre cayó en el cesto. Para terminar la Revolución, se presentaban tres vías posibles: retorno al sistema monárquico y aristocrático (con la antigua o una nueva dinastía); consolidación de las conquistas burguesas y campesinas; satisfacción de las aspiraciones de la sans-culotterie *parisina. Retorno al pasado; mantenimiento del presente; preparación del futuro.*

La aventura napoleónica depende de una elección, la que efectuó Bonaparte en 1799.

Bibliografía general

El héroe de esta aventura inspiró más libros que días hayan transcurrido desde

su muerte. Esta inflación no es un fenómeno estrictamente nacional ni siquiera europeo. Llega hasta Asia: en 1837, Ozeki San'el escribió en chino una biografía de Napoleón.

Según Louis Villat, la primera biografía completa del Emperador databa de 1821, el mismo año de su desaparición: Napoléon, sa naissance, son éducation, sa carrière militaire, son gouvernement, sa chute, son exil et sa mort, *escrita por M. C. Pero la biografía napoleónica ya era entonces descomunal, repartida entre el panfleto y el elogio oficial. Arnault emprendió en 1822 una* Vie politique et militaire de Napoléon. *Laurent de l'Ardèche en 1826, Norvins en 1827, Jomini y Thibaudeau ese mismo año, y finalmente Walter Scott, se apresuraron a imitarlo. Todas estas tentativas se eclipsaron ante la monumental* Histoire du Consulat et de l'Empire *que Thiers concluyó en 1862, que abría el camino a Michelet* (Histoire du XIX^e^ siècle, *1875) y a Taine* (Les Origines de la France contemporaine: le régime moderne, *1887), y anunciaba las largas series de Frédéric Masson* (Napoléon et sa famille, *13 volúmenes, 1897-1919), Driault* (Napoléon et l'Europe, *5 tomos, 1912-1927, que retoma* L'Europe et la Révolution française *de Albert Sorel), Lanzac de Laborie* (Paris sous Napoléon, *8 tomos, 1905-1911), L. Madelin* (Histoire du Consulat et de l'Empire, *16 volúmenes, 1936-1954), Jean Thiry* (Napoléon Bonaparte, *28 tomos, 1938-1975). El Segundo Imperio había emprendido una publicación en 32 volúmenes de la* Correspondencia, *compilación incompleta y falsificada a veces pero que daba una idea de la prodigiosa actividad del Emperador (el* Dictionnaire de l'Empereur *de Palluel, 1969, permite ser utilizado cómodamente a falta de índice). Hay que añadir los suplementos de Lecestre, L. de Brotonne, Lumbroso, Masson, d'Huart, Tuetey y Picard, etc. «Se hablará de su gloria, en la humildad, durante mucho tiempo», profetizaba Béranger. Fue un diluvio, de Capefigue (1831) a Lanfrey (1867), de Peyre (1887) a Guillois (1889).*

Encontramos Napoleones «de izquierdas» (Jaurès, Histoire socialiste, *t. VI, 1905; Tersen,* Napoléon, *1959; Soboul,* Le Premier Empire, *1973) y Napoleones «de derechas» (J. Bainville,* Napoléon, *1931; Ch. Maurras,* Jeanne d'Arc, Louis XIV et Napoléon, *1938; L. Daudet,* Deux idoles sanglantes, la Révolution et son fils Bonaparte, *1939; F. Olivier-Martin,* L'Inconnu Napoléon Bonaparte, *1952), todos excelentes. El panfleto (Iung,* Bonaparte et son temps, *1880-1881; J. Savant,* Tel fut Napoléon, *1953; H. Guillemin,* Napoléon tel quel, *1969) se codea con la hagiografía (M. Tartary,* Sur les traces de Napoléon, *1956). Vívidos son: G. Lenôtre,* Napoléon, croquis de l'épopée *(1932), A. Castelot,* Bonaparte et Napoléon *(1968), L. Chardigny,* L'homme Napoléon *(1987); y eruditos: Lavisse y Rambaud,* Histoire générale, *t. IX,* Napoléon *(1897), Pariset,* Le Consulat et l'Empire (*t. III de* L'Histoire de France contemporaine *de Lavisse, 1921), G. Lefebvre,* Napoléon *(1935, reed. por Soboul), Fr. Dreyfus,* Le Temps des Révolutions *(1968), Godechot,* Napoléon *(1969), Furet y Bergeron (1973), Sussel,* Napoléon *(1970), Bergeron, Lovie y Palluel,* L'Épisode napoléonien *(1972), A. Latreille,* L'Ère napoléonienne *(1974), L. Genêt,* La

Révolution et l'Empire *(1975). Napoleón existe en pequeño formato (Lucas-Dubreton, 1942; M. Vox, 1959, Bertrand, 1973, Dufraisse en la colección «Que sais-je?») y en gran formato en cuarto (G. Lacour-Gayet, 1921). Hay Napoleones rusos (Merejkowski, 1930; Tarlé, varias reeds.; Manfred, 1977), alemanes (Kircheisen, 1911-1934; Ludwig, 1924), ingleses (Seely; Rosebery, 1900; Holland Rose, 1901; Thompson, 1952; Markham, 1963; Cronin, 1976), estadounidenses (Dowd, 1957; Holtman, 1967), italianos (Lumbroso, 1921; Zaghi, 1969), chinos (Li Yuan Ming, 1985) u holandeses (Geyl, 1949). Podemos seguirlo día a día: Schuermans,* Itinéraire général de Napoléon *(1911); L. Garros,* Quel roman que ma vie *(1947); J. Massin,* Almanach du Premier Empire *(1965). Y podemos situarlo en el espacio*: l'Atlas *elaborado por Thiers,* l'Atlas de la Grande Armée *de J.-C. Quennevat (1966), y* l'Atlas administratif du Premier Empire *de F. de Dainville y J. Tulard (1973). Napoleón fascinó a todos los escritores: no solo a Chateaubriand, Hugo, Balzac, Stendhal y Sénancour, sino también a L. Bloy, Elie Faure (1921), Delteil (1929), Rosny Aîné (1931), Suarès (1933), J. Romains (1963), A. Maurois (1964), P. Morand* (Napoléon homme pressé, *1969) y A. Malraux* (Les chênes qu'on abat), *sin olvidar los guiones de las películas de A. Gance y de S. Guitry. Pero el historiador no obtendrá mucho provecho de estas lecturas. Las revistas son innumerables*: Revue de l'Empire (*1842-1848*), Revue napoléonienne (*de Lumbroso, principalmente entre 1901 y 1909*), Revue des Études napoléoniennes (*1912-1939; deslumbrante hasta cerca de 1930; superficial y hagiográfica a continuación; con índices*); Revue de l'Institut Napoléon (*aparece a partir de 1938; tomó el relevo, bajo el estímulo de M. Dunan, de la* Revue des Études napoléoniennes; *índices*); Le Souvenir napoléonien, *que se apartó de la hagiografía, desde 1970, a cambio de números especiales*); Toute l'histoire de Napoléon (*publicó entre 1951 y 1952 algunos excelentes números especiales*); Bulletin de la Société belge d'études napoléoniennes (*92 números entre 1950 y 1975, sobre todo centrados en Waterloo; índices en el n.º 92*); Rivista italiana di Studi napoleonici (*de valor desigual y de publicación irregular, pero con frecuencia interesante*); Het Nederlands genpotschap voor Napoleontische studien *(en holandés); tampoco hay que desdeñar los* Annales historiques de la Révolution française (*desde 1908*).

Existen varios diccionarios de utilidad: Biographie des hommes vivants *(1816); Arnaull, Jay, Jouy y Norvins,* Biographie nouvelle des contemporains *(1821); P. Larousse,* Grand dictionnaire universel du XIX^e^ siècle *(de una excepcional riqueza); B. Melchior-Bonnet,* Dictionnaire de la Révolution et de l'Empire *(1965); Connelly,* Historical Dictionary of Na poleonic France *(excelente) (1985). Todos fueron reemplazados por el* Dictionnaire Napoléon *(bajo la dirección de J. Tulard, en 1987) que, a través de más de 3200 entradas, permite trazar un recorrido completo por el período (militares, funcionarios, artistas, eruditos, instituciones, batallas, vida cotidiana…). Especializados son los de Robert, Bourloton y Cougny* (Dictionnaire des Parlementaires, *1889-1891), y Six* (Diction naire des généraux et amiraux de la

Révolution et de l'Empire, *1934). En la École Pratique des Hautes Études (IV[a] sección), se pueden consultar las tesis de H. Robert sobre el personal diplomático, de D. Duchesne sobre el Tribunal Supremo, de Pinaud sobre los obispos de Napoleón, de U. Todisco sobre el Tribunal de Cuentas y de Szramkiewicz sobre los regentes y censores del Banco de Francia, estas dos últimas impresas, que son equivalentes a diccionarios biográficos. La historia del período se verá renovada por la apertura de los fondos de archivos privados: léanse a este respecto las crónicas anuales de Ch. de Tourtier en la* Revue de l'Institut Napoléon.

Dominando el conjunto de la producción por la calidad del texto y una iconografía extraordinaria que vuelve obsoletos los viejos álbumes de Dayot e incluso el Napoléon *de Bourguignon (1936): Jean Mistler y colaboradores,* Napoléon et l'Empire *(1968). También se encuentra iconografía en Grand-Carteret (1895), en Broadley,* Napoléon in caricature *(1911), y Catherine Clerc,* La Caricature contre Napoléon *(1985), pero con una intención hostil.*

El lector deseoso de saber más puede remitirse a las excelentes guías bibliográficas: G. Davois, Bibliographie napoléonienne française *(1909; muy completa hasta esa fecha); L. Villat,* Napoléon *(1936) y J. Godechot,* L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne *(1967). Las gigantescas bibliografías de Lumbroso, de Kircheisen y de Monglond quedaron inacabadas. En puntos precisos: E. Hatin,* Bibliographie de la presse périodique française (*reed. 1965*); Guide bibliographique sommaire d'his toire militaire *(1969); J. Tulard,* Bibliographie critique des mémoires sur le Consulat et l'Empire *(1971), recuerda que numerosas memorias fueron obra de tintoreros, Saint-Edme, Lamothe-Langon, Villemarest, Beauchamp, Marco Saint-Hilaire, incluso Balzac. Cada año la* Bibliographie de l'Histoire de France *publicada por el CNRS proporciona obras y artículos aparecidos sobre el período 1800-1815.*

Primera Parte

NACIMIENTO DE UN SALVADOR

¿Por qué triunfó Bonaparte donde habían fracasado La Fayette, Dumouriez y Pichegru? ¿Cómo es que se convirtió en el árbitro de la situación política en 1799?

No había nada en sus orígenes corsos que lo destinara a serlo salvo que, apenas cedida al gobierno de Versalles por la República de Génova, la isla se vio arrastrada por la Revolución que arrebató a Francia. El continente se dividía en facciones rivales, y Córcega también fue sacudida por la lucha de clanes: aristócratas, partidarios de la anexión en 1768 (Buttafuoco) contra paolistas, y luego paolistas favorables a la Convención (Salicetti) contra paolistas anglófilos (Pozzo di Borgo). Luchas todavía mal conocidas que recubren oposiciones sociales tan fuertes como los conflictos ideológicos. Acosado, exiliado y detenido, Bonaparte descubrió muy joven los horrores de la guerra civil, tanto en Francia como en Córcega. Y de ahí es donde brota la idea maestra del bonapartismo: situarse por encima de los partidos, proponerse como un reconciliador nacional.

Pero para desempeñar un papel semejante, se necesitaba un gran prestigio. Bonaparte es el primer general, quizá desde César, que entendió la importancia de la propaganda. No basta con ganar batallas: hay que rodear la victoria con un halo de leyenda. Bonaparte no triunfó ni en Fleurus, ni en Geisberg, ni en Zúrich, y sin embargo es, a partir del Directorio, más popular que Jourdan, Hoche, Masséna o Moreau. Fue él quien supo, gracias a la prensa y al imaginario popular, transformar su campaña de Italia en una verdadera Ilíada. *La expedición de Egipto, a pesar de su fracaso final, adquiere, bajo la pluma de sus cronistas, el aspecto de una epopeya oriental cuyo héroe se vuelve un igual de Alejandro y de César. Bonaparte fascina, irrita, subyuga y, en suma, no deja a nadie indiferente.*

Tercera razón de su éxito: aparece en el momento en que la Revolución pierde aliento, en que la burguesía, por fin victoriosa, puede gobernar en exclusividad. Las tentativas de La Fayette y de Dumouriez fueron prematuras; desde Termidor, el país anhela el retorno al orden. Pichegru, demasiado comprometido con los realistas, prisionero de una facción política, no pudo restablecer este orden, a pesar de la brillantez de sus éxitos militares. Bonaparte tranquiliza a todo el mundo: ha sido amigo de Robespierre el Joven, pero pertenece a la antigua nobleza; ha sido el protegido de Barras, pero ha sabido dar prueba de su independencia con respecto al Directorio. Se sirve de todo, incluso de su físico extraño y de su carácter autoritario. «La Revolución Francesa fundó una sociedad, pero sigue buscando su gobierno», observará Prevost-Paradol. «Todo el mundo —escribió Stendhal— reconocía la necesidad de un gobierno fuerte; y hubo un gobierno fuerte».

Capítulo 1

El extranjero

El verdadero nombre de Bonaparte es Buonaparte; él mismo firmó con ese nombre durante toda su campaña de Italia, y hasta la edad de treinta y tres años. A continuación lo afrancesó y ya solo firmó Bonaparte: le concedo el nombre que se dio y que grabó al pie de su indestructible estatua. ¿Se quitó un año Bonaparte para sentirse francés, es decir, para que su nacimiento no precediera la fecha de la anexión de Córcega a Francia?… Bonaparte nació el 5 de febrero de 1768 y no el 15 de agosto de 1769, a pesar de la confirmación positiva de M. Bourrienne. Por eso el Senado conservador, en su proclamación del 3 de abril de 1814, trata a Napoleón como *extranjero*.

En las *Memorias de ultratumba*, dos personajes aparecen deformados: Napoleón y el propio Chateaubriand. Olvidémonos de este último. Por lo que respecta al primero, si la leyenda dorada lo hizo nacer en un tapiz donde estaban representados los combates de la *Ilíada*, la leyenda negra, cuyo principal chantre fue precisamente Chateaubriand, no se quedó a la zaga. Desde luego, se ha probado que Napoleón nació el 15 de agosto de 1769, pero no todo es falso en la corrección que llevó a cabo Chateaubriand de los momentos iniciales de la vida de Napoleón. En efecto, hay algo de *extranjero* en Napoleón, y Chateaubriand no se equivoca al hablar de una «existencia caída del cielo y que podría pertenecer a todos los tiempos y a todos los países». Aun así, Napoleón nació en Ajaccio, el 15 de agosto de 1769, en una Córcega todavía sobresaltada por su «anexión» a Francia.

Córcega en el siglo XVIII

La isla no era una desconocida para Europa en ese siglo XVIII. Su posición estratégica en el Mediterráneo, entre Francia e Italia, hizo de ella un botín soñado para los imperialismos que se enfrentaban en la parte occidental de este mar. También era, para los círculos ilustrados, el símbolo de la resistencia al opresor. Unas décadas antes de la Independencia norteamericana, la rebelión de los insulares contra la dominación genovesa, en 1729, el derecho a la libertad que proclamaban los líderes de la insurrección y las reformas sociales emprendidas, concitaron la atención de pensadores y escritores como Vasco, Gorani o Boswell. Rousseau escribió en el *Contrato social*:

> Todavía existe en Europa un país capaz de legislación: es la isla de Córcega. El valor y la constancia con la que este bravo pueblo ha sabido recuperar y defender su libertad, bien merecería que algún hombre sabio se la enseñase a conservar. Tengo el presentimiento de que un día esta pequeña isla asombrará a Europa.

Hacia 1764, a petición de Buttafuoco, un aristócrata corso, el filósofo se embarcó en la elaboración de un proyecto de constitución que nunca se llegaría a aplicar.

Por lo demás, ¿cómo habría podido aportarle la paz? La insurrección popular de 1729, que provocó una intervención austriaca, desembocó en el tratado de Corte, en

1732; pero dos años más tarde, Génova ya había olvidado todas sus concesiones y estalló una nueva revuelta. La contienda adquirió rápidamente una dimensión internacional: Francia intervino militarmente en la isla dos veces a favor de Génova. Los corsos encontraron en Pasquale di Paoli, hijo de uno de los héroes de 1729, al general en jefe que necesitaban. Paoli repelió a los genoveses en las plazas fuertes del litoral y emprendió una obra de reorganización política y social que suscitó la atención de Europa. Al haber elegido Corte como capital a causa de su céntrica situación, convocó allí, en noviembre de 1755, una Asamblea Constituyente. De sus trabajos surgió una constitución democrática que confiaba el poder legislativo a una asamblea elegida por sufragio universal y el poder ejecutivo a Paoli, que presidía un Consejo de Estado de nueve miembros. Elaborada la constitución, Paoli se puso manos a la obra: desecación de las marismas, construcción de carreteras, apertura de canteras, creación del puente de L'Île-Rousse para competir con Calvi entonces en poder de los genoveses, formación de una marina comercial en la que ondeaba la bandera *testa mora*. Por lo que respecta a las reformas sociales, Napoleón las exagerará en el informe presentado en la Academia de Lyon en 1791:

> Paoli estableció una distinción entre los territorios de cada localidad: pertenecientes al primer tipo eran las llanuras aptas para la siembra y para el pasto. Los del segundo tipo eran las montañas adecuadas para el cultivo del olivar, la viña, el castaño y otros árboles de cualquier especie. Las tierras del primer tipo, llamadas *Piage*, se convirtieron en propiedad pública pero de usufructo particular. Cada tres años, la *Piage* de cada localidad se repartía entre sus habitantes. Las tierras del segundo tipo, susceptibles de un cultivo particular, siguieron bajo la inspección de la codicia individual.

En realidad, se trataba de supervivencias del régimen comunitario y no de innovaciones introducidas por Paoli. Sin embargo, este error es revelador del sentimiento general: el *Babbo* había fomentado una mayor justicia social durante su paso por el poder. Esta consideración pesará mucho en 1793, y canalizará el movimiento popular hacia Paoli en detrimento de Salicetti y de los Bonaparte, partidarios sin embargo de la Convención montañesa. La acción eficaz del general no podía suscitar otra cosa que inquietud tanto en el interior de la isla, entre la nobleza corsa, como en el exterior, ya que la República de Génova se sentía amenazada en sus últimos bastiones. En virtud del primer tratado de Compiègne, del 14 de agosto de 1756, las tropas francesas ocuparon Calvi, Saint-Florent y Ajaccio. La guerra continental obligó a que Francia retirase sus fuerzas. Pero el segundo tratado de Compiègne, en 1764, las devolvería a la isla. Finalmente, por el tratado de Versalles, firmado el 15 de mayo de 1768, Génova hacía cesión a Francia de sus derechos sobre Córcega, aunque solo provisionalmente, en tanto la República no saldase la deuda que había contraído con Francia. Paoli se negó a aceptar un tratado para el que no se consultó a los corsos. Y eso significaba la guerra. Las tropas reales encontraron el apoyo de un partido francés que se había desarrollado a partir de los primeros estímulos que les había prodigado el cardenal Fleury. Paoli fue vencido en Pontenuovo, el 8 de mayo de 1769, y tuvo que huir a Inglaterra. Pero Córcega no se

asimiló a las demás provincias; seguiría bajo mando militar, primero del conde de Vaux y luego de M. Marbeuf, entre 1770 y 1786. A partir de 1775, no obstante, los Estados Provinciales garantizaron a la isla una autonomía relativa.

Los Bonaparte

En cuanto al origen de los Bonaparte, se han propuesto los ascendentes más peregrinos. En Santa Elena, Napoleón aún se reía del que le hacía descendiente del Hombre de la Máscara de Hierro y de la hija del gobernador de las islas de Santa Margarita, M. de Bonpart. Se le atribuyeron ascendencias de la casa reinante de Inglaterra, los Comneno, los Paleólogos, e incluso la estirpe Julia. En cambio, la leyenda negra hizo de Napoleón el vástago de un ujier y de una pastora de cabras. Verosímilmente, los Bonaparte procedían de una familia toscana. Se ha detectado, en 1616, la existencia de un Bonaparte, que fue miembro del Consejo de los Ancianos de Ajaccio. Más tarde, varios Bonaparte formaron parte, en los siglos XVII y XVIII, de ese Consejo. La consideración debida al cargo de miembro del Consejo de los Ancianos era grande, ya que ese distintivo fue considerado después de la anexión como equivalente a un título nobiliario francés. Por tal motivo, Napoleón Bonaparte era ciertamente un noble, aun cuando en Córcega, como afirmara un panfleto de la Restauración, todo el mundo nacía entonces hidalgo para no pagar impuestos.

Su padre Carlos Bonaparte era una persona importante en la localidad. Había pertenecido al entorno de Paoli, que le había confiado diferentes responsabilidades. Incorporado al partido francés después de 1768, fue abogado en el Consejo superior de Córcega y luego diputado de la nobleza en 1777; con este título, se le envió a Versalles en 1778, donde fue recibido por Luis XVI con los demás representantes de Córcega. Habría debido su fortuna a la protección de M. de Marbeuf, seducido, al parecer, por la belleza de Mme. Bonaparte. Letizia Ramolino había nacido en Ajaccio en 1749 o en 1750. Su padre ejerció las funciones de inspector de Puentes y Calzadas de Córcega. Su madre se volvió a casar, después de la muerte de su esposo, con un capitán de la marina genovesa, François Fesch, de quien tuvo un hijo, José, que sería ordenado cardenal en tiempos del Consulado.

La prosperidad de los Bonaparte en vísperas de la ocupación francesa no parece plantear dudas. Poseían entonces tres casas, la propiedad de los Milelli, viñas y terrenos, y un molino. No obstante, no hay que exagerar sus ingresos. Si los Bonaparte y sus allegados pertenecían a la gente más rica de Ajaccio (con toda probabilidad estaban unidos por matrimonio a las familias con mayor fortuna del interior), junto con los Pozzo di Borgo, amos exclusivos en las zonas rurales de Ajaccio, su fortuna no dejaba de ser modesta en relación con las del continente. Sin embargo, esa fortuna parece haberse gestado en detrimento del cultivo minifundista, lo que les acarreó una hostilidad que se tradujo, en 1793, en el saqueo de su casa y la

devastación de sus propiedades.

De hecho, Carlos Bonaparte, después de la anexión, se vio obligado a mendigar puestos y favores para conservar su rango y alimentar una familia que no dejaba de crecer: tras José y Napoleón (así llamado en recuerdo de un tío muerto en 1767), vinieron efectivamente Luciano (1775), Elisa (1777), Luis (1778), Paoletta, llamada luego Pauline [Paulina] (1780), Marie-Annonciade, futura Caroline [Carolina] (1782), y Jerónimo (1784).

Los estudios

Los testimonios sobre la infancia de Napoleón son escasos y de una autenticidad dudosa. Si algo es seguro es que a finales de 1778, Carlos Bonaparte, en su visita a Versalles, se llevó con él a sus dos hijos, José y Napoleón, y también a su hermanastro Fesch. Este último obtuvo una beca en el seminario de Aix y los jóvenes ingresaron en enero en el colegio de Autun. De ahí Napoleón se marchó a Brienne en mayo de 1779. La Academia Real Militar de Brienne-le-Château fue uno de los colegios que el ministro de la Guerra, el conde de Saint-Germain, había designado en 1776 para acoger a los hijos de la nobleza que se destinaban al ejército. M. de Marbeuf expidió un certificado que aseguraba que los Bonaparte carecían de recursos. Además, Carlos Bonaparte tuvo que demostrar su nobleza enviando un informe al juez militar, M. de Hozier de Serigny.

Napoleón estuvo en Brienne desde el 15 de mayo de 1779 hasta el 30 de octubre de 1784. ¿Demostró su genio militar durante una batalla con bolas de nieve inmortalizada por Bourrienne, que fue su condiscípulo, pero cuyo incidente extrajo en realidad el redactor de las *Memorias* de un folleto inglés traducido en el año VI? ¿Fue su madre a verlo a Brienne en junio de 1784? «Se quedó tan asustada por mi delgadez y la alteración de mis facciones, habría confesado más tarde en Montholon, que aseguraba que me habían cambiado y que le costó reconocerme».

En septiembre, después de haber sido examinado por Reynaud des Monts, subinspector de las Escuelas, se le consideró apto para entrar en la Academia Militar de París. Llegó a la capital hacia mediados de octubre. «Era un pequeño joven, moreno, triste, abatido, severo y, sin embargo, polemista y gran conversador». Múltiples anécdotas circulan sobre su estancia en París; pero probablemente sean apócrifas. El 28 de septiembre de 1785, Napoleón fue destinado a Valence, al regimiento de artillería de la Fère. Quedó en el puesto 42 entre 58. El resultado es poco brillante. Aunque hay que tener en cuenta sus orígenes, su aislamiento, la brevedad de su estancia en la Academia Militar y la muerte de su padre acontecida el 24 de febrero de 1785.

La vida de cuartel

Entonces comienza para él la insípida vida del oficial en tiempos de paz: trabajos de escritura, maniobras, banquetes y bailes, también algunos amoríos. Encuentra en la lectura una poderosa fuente de distracción para su aburrimiento. En una época en que la pluma predomina sobre la espada, se dedica a escribir. Esboza, en abril de 1786, una historia de Córcega, que viene después de otras, pero cuya conclusión nos informa acerca de sus ideas.

> Si, por la naturaleza del contrato social, está probado que, sin apenas razón alguna, los naturales de un país puede destituir al príncipe, ¿qué pasaría con un privado (*sic*) que, violando todas las leyes naturales, cometiendo crímenes y atrocidades, fuera contra la institución del gobierno? ¿No viene acaso esta razón en respaldo de los corsos, en particular, dado que la soberanía o, más bien, el principado de Génova solo era convencional? Así pudieron los corsos, respetando todas las leyes de la justicia, sacudirse el yugo genovés, y también podrían hacer lo mismo con el de Francia. Amén.

Esta requisitoria contra la ocupación francesa vetaba cualquier esperanza de publicación. ¿Escribía por lo demás Napoleón para ser leído? Más bien confía al papel sus momentos de abatimiento. Así anota, el 3 de mayo de 1786: «Siempre solo en medio de los hombres, vuelvo para soñar conmigo mismo y entregarme a toda la vivacidad de mi melancolía. ¿A qué lado se ha inclinado ahora? Del lado de la muerte. Y dado que debo morir, ¿no sería lo mismo si me matara?». Parece como si estuviéramos leyendo el mensaje que deja un aspirante al suicidio antes de acabar consigo. Pero hay también un tono de afectación literaria que anuncia curiosamente al héroe romántico.

El odio a Francia crece en él en proporción directa a su nostalgia: «Franceses, no contentos con habernos arrebatado todo lo que amábamos, incluso habéis degradado nuestras costumbres. La situación actual de mi patria y la impotencia para cambiarla es, por tanto, una nueva razón para huir de una tierra donde estoy obligado por deber a elogiar a los hombres que debo odiar por virtud».

Finalmente, obtuvo una licencia. Su estancia en Córcega durará del 15 de septiembre de 1786 al 12 de septiembre de 1787. ¿No debería acaso ocuparse, a partir de la muerte de su padre y en ausencia de José, su hermano mayor, del patrimonio familiar, especialmente de una historia un tanto embrollada de clan? Con la muerte del padre y la presencia en el hogar de cuatro hijos de menos de diez años, los apuros monetarios se agravaron, aun cuando los Bonaparte siguieran ocupando la cúspide de la escala social en Córcega. La desaparición del arcediano Lucien, tío de Napoleón, que había sabido gestionar hábilmente los negocios de los Bonaparte, se dejaba sentir cruelmente. El asunto del clan obligó a Napoleón a trasladarse a París para defender allí los intereses de su familia ante la inspección general. Allí se hizo «espabilar», en el Palais Royal, de dar crédito a sus palabras, por una señorita de costumbres ligeras. Se le concedió una prolongación vacacional de seis meses, a contar a partir del 1 de diciembre, «para asistir a las deliberaciones de los Estados de Córcega, *su Patria*» y

«para tratar allí los derechos fundamentales de su modesta fortuna». El 1 de enero estaba pues de nuevo en Córcega. En mayo, se traslada a Auxonne donde su regimiento se encuentra acantonado desde diciembre de 1787. Se reanuda la vida de cuartel, monótona, felizmente intercalada por los cursos de la escuela de artillería dirigida por el barón Du Teil. Se acumulan las lecturas. Muestra su interés por la historia, la geografía, las teorías políticas y las doctrinas económicas, pero descuida las ciencias. Toma gran cantidad de notas, apuntando sin embargo a lo esencial («Santa Elena, pequeña isla», anotó en un cuaderno después de haber leído la *Geografía* del abad de Lacroix); con frecuencia, esboza un resumen destinado a socorrer una memoria por otra parte excelente. Pluma en mano, discute las afirmaciones del autor, dando muestras de un espíritu crítico bastante agudo. Estas lecturas le inspiran a veces cuentos de tema un tanto fantástico: *La máscara profeta* procede de la *Historia de los árabes* de Marigny, y *El Conde de Essex*, un relato de fantasmas, de la *Historia de Inglaterra* de John Barrow.

Sin duda no debemos exagerar la cultura de Napoleón. Ignora buena parte de las obras de Rousseau y la mayoría de las de Voltaire, de quien solo conoce el teatro y el *El ensayo sobre las costumbres*; solo ha leído los tres primeros volúmenes de la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* del abad Raynal; está poco familiarizado con Montesquieu y Diderot; parece no saber nada de las *Relaciones peligrosas* de Laclos, un artillero como él, que encuentra en la literatura una distracción a su necesidad de acción. Todas sus lecturas parecen no tener otro objetivo que el de justificar una tesis formada *a priori* en la imaginación ardiente del joven isleño extraviado bajo el cielo poco clemente de Francia: Córcega alcanzó con Paoli, en esta constitución de 1755 que admiraron los filósofos, un ideal de gobierno comparable a lo que fueron en la Antigüedad las leyes de Licurgo para Esparta. Paoli adquiere en el espíritu de Napoleón la dimensión de un héroe de Plutarco; lo exalta sin haberlo conocido nunca y sin que su padre le haya hablado verosímilmente de él. Solo ha podido hacerse una idea de su actividad a través de la relación del viaje de Boswell que ofrecía de Paoli un retrato ya halagüeño. Por su parte, dado que Rousseau y Raynal defendieron la independencia de Córcega, se volvieron sus maestros pensadores, y, dado que la monarquía francesa destruyó el régimen de Paoli, para sustituirlo por su propia dominación, debe desaparecer. Antes de la caída de la Bastilla, antes de Robespierre y Danton, Bonaparte ya era republicano. El 23 de octubre de 1788, emprendió en Auxonne un gran libro destinado a mostrar «la autoridad usurpada de la que gozan los reyes en los doce reinos de Europa». No es que abrace las reivindicaciones de «la chusma», sino que ve en las fisuras de la realeza la revancha de Pontenuovo.

Debates abiertos

El origen de los Bonaparte fue objeto de vivas discusiones. Solo retendremos aquí dos libros: L. de Brotonne, *Les Bonaparte et leurs alliances* (1901), y J. Valynseele, *Le Sang des Bonaparte* (1954, excelente, a pesar de algunas errores tipográficos, que hacen, por ejemplo, que Carlos Bonaparte muera en 1788, p. 25). Las conclusiones de este último suscitan adhesión: «Nobles de provincia, del tipo nobleza de toga, que se pretenden, sin pruebas pero no sin una cierta verosimilitud, procedentes de una familia toscana del mismo nombre». Sobre la genealogía de los Ramolino, *véase* F. Beaucour, «La Famille maternelle de Napoléon I^{er}», *Bulletin de la Société de Pont-de-Briques*, 1974, pp. 263-336. Biografía de Carlos Bonaparte por X. Versini (1977). Sobre la Señora Madre: Larrey, *Madame Mère* (1892), sigue siendo fundamental, L. Peretti (1932) y A. Decaux (1951) aportan interesantes complementos.

La fortuna de los Bonaparte plantea muchos problemas. El estudio de P. Lamotte, «Les Biens de la famille Bonaparte», *Études corses*, 1956, confirma que se trata de gente importante en su comunidad. Parece, sin embargo, que los Bonaparte hubieron de pasar padecimientos con la anexión, sin volverse esos indigentes que pinta Masson. Fue a partir de la muerte del padre cuando comenzaron las dificultades serias.

Otro punto de controversia: la fecha de nacimiento de Napoleón (y el lugar de ese nacimiento: ¡se lo ha llegado a situar en Bretaña!). Apoyándose en un folleto de Eckard (*Napoléon est-il né français?*, 1826), Chateaubriand avanza la fecha del 5 de febrero de 1768. Iung, en *Bonaparte et son temps* (t. I, hostil a Napoleón), afirma que Napoleón habría nacido el 7 de enero de 1768, y su hermano José, que no sería el mayor, el 15 de agosto de 1769. Carlos Bonaparte habría efectuado una modificación en las actas de bautismo, para permitir a Napoleón el ingreso, conforme a la edad requerida, en Brienne. Hipótesis que F. Masson ha echado por tierra. El propio Napoleón indica «15 de agosto de 1769» como fecha de nacimiento en sus escritos íntimos y es la fecha que consignó Carlos Bonaparte en su *Livre des dépenses*.

Numerosas leyendas deformaron los estudios sobre Napoleón. Sobre Brienne, al margen de Masson y de Chuquet: A. Assier, *Napoléon à l'école de Brienne* (1874), y, sobre todo, Prévost, *Les Minimes de Brienne* (1915); hay que añadir el número especial del *Souvenir napoléonien* (1972). Estamos mejor informados sobre la estancia en la Academia Militar de París gracias a las investigaciones de R. Laulan (especialmente «La chère à l'École militaire au temps de Bonaparte», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1959, pp. 18-23) y del general Gambiez, «Napoléon Bonaparte à l'Ecole royale militaire de Paris» (*Ibidem*, 1971, pp. 48-56).

Los puntos de interrogación planteados por la vida de cuartel en Valence y los viajes a Córcega son objeto de excelentes puntualizaciones en *l'Itinéraire* de L. Garros. Retengamos que es poco probable que Napoleón se trasladara a Estrasburgo en 1788 (Pariset, «Le lieutenant Bonaparte étudiant à Strasbourg», *Revue historique*, 1917, p. 78). Sobre Auxonne: M. Bois, *Napoléon Bonaparte lieutenant d'artillerie à Auxonne* (s.f.), es muy fiable. Hay que completarlo con J. du Teil, *Napoléon*

Bonaparte et les généraux du Teil (1897), y B. Simiot, *De quoi vivait Bonaparte?* (1952). Estamos bien informados sobre las lecturas de Napoleón gracias a las abundantes notas que tomó. Pero ¿de dónde le vino su admiración fanática por Paoli? De Boswell, al parecer, según A. Dupuy, «Un inspirateur des juvenilia de Napoléon», *Bulletin Association Guillaume Budé*, 1966, pp. 331-339. Hay que leer también a F. Ettori, «Pascal Paoli, modèle du jeune Bonaparte», *Problèmes d'Histoire de la Corse*, 1971, pp. 89-99. Recordemos que todo el mundo escribe en aquella época, de Robespierre a Carnot, de Hérault de Séchelles a Fabre d'Églantine.

Un detalle: el origen del nombre de pila Napoleón. El padre Delehaye ha demostrado (*Mélanges Pirenne*, t. I) que san Neopolus o Neopolis no existió nunca. Un copista habría tomado el nombre de Nápoles por el de un santo. Sin embargo, el nombre primitivo de Alejandría era Nea Polis: dado que los nombres de los mártires derivaban frecuentemente de los lugares en que vivieron y murieron, el origen del nombre podría remontarse a Alejandría. H. Grégoire (*Bulletin de l'Académie royale de Belgique*, 1936, pp. 351-357) ve en este nombre un origen alemán: Nibelungo. Sobre los problemas planteados por la casa natal de Napoleón transformada en museo: Y. David hace el balance en *Le musée national de la maison Bonaparte* (1968). Véase también G. Hubert, «La maison Bonaparte», *Rev. lnst. Napoléon* (1968). En el *Souvenir napoléonien* de septiembre de 1977, G. Godlewski limpia a la Señora Madame del reproche de infidelidad lanzado por Montbas (*Revue des Deux Mondes*, 15 de sept. de 1952) y P. Bartel (*Figaro littéraire*, 1 de mayo de 1954).

Capítulo 2

El hombre de Paoli

El 15 de julio de 1789, Napoleón coge su pluma para informar a su tío, el arcediano Lucien, de su proyecto de trasladarse a la capital para arreglar asuntos personales, pero, añade,

> recibo en este momento noticias de París. Son asombrosas y producen una especial alarma. La efervescencia está en su culmen. No se puede prever dónde va a acabar todo eso. M. Necker se encaminó hacia la Picardía, probablemente para pasar a Holanda. Quizá esta tarde, quizá esta noche, se tocará la generala para hacernos ir a Dijon o a Lyon. Eso sería muy desagradable y muy ruinoso para mí.

En Auxonne, en efecto, se puso en seguida el cuartel en estado de alerta. Los motines no tardaron en estallar.

> En medio del ruido de los tambores, las armas y la sangre —confía Napoleón a su hermano José— te escribo esta carta. El populacho de esta ciudad, reforzado por un montón de bandoleros extranjeros que han venido para saquear, se pusieron el domingo por la noche a demoler los locales donde se alojan los empleados de la granja, han saqueado la aduana y varias casas. El general tiene setenta y cinco años. Se encontró fatigado. Llamó al jefe de la burguesía y les (*sic*) ordenó recibir órdenes mías. Después de muchas maniobras, hemos detenido a 33 y los hemos metido en el calabozo. Creo que vamos a colgar a dos o tres prebostalmente.

Napoleón no parecía alimentar una simpatía excesiva hacia la «chusma», pero consideraba con menos simpatía todavía a esos privilegiados, una casta a la que, sin embargo, pertenecía: «Por toda Francia ha corrido la sangre, pero casi por doquier ha sido la sangre impura de los enemigos de la Libertad y de la Nación, y que desde hace mucho tiempo, engordaban a sus expensas». Al exponer en esta carta del 9 de agosto de 1789 a su hermano José los resultados de la famosa noche del 4, los resume así: «Es un gran paso hacia el bien». Es que confunde en un mismo odio a los privilegiados y a esta monarquía que puso bajo su autoridad a su patria corsa.

¿Acaso no escribió, el 12 junio, una carta a Paoli donde no disimula apenas sus sentimientos hacia Francia?:

> Nací cuando la patria perecía. Treinta mil franceses vomitados en nuestras costas, anegando el trono de la libertad con mareas de sangre, ese fue el espectáculo odioso que acudió primero a golpear mi mirada. Los gritos del moribundo, los gemidos del oprimido, las lágrimas de la desesperación rodeaban mi cuna desde mi nacimiento. Vos abandonasteis nuestra isla y con vos desapareció la esperanza de la felicidad, la esclavitud fue el precio de nuestra sumisión. Agobiados por la triple cadena del soldado, el legista y el cobrador de impuestos, nuestros compatriotas viven despreciados.

Córcega inspira igualmente a Bonaparte *Las cartas a M. Necker* con un tono idéntico. «No podríamos mantener ninguna duda, escribió Frédéric Masson, sobre las opiniones que profesaba Napoleón, sobre el odio que guardaba contra los conquistadores de su país y sobre el desprecio que sentía contra cualquiera que no siguiera la línea de Paoli; es corso, enteramente corso y nada más que corso».

La revolución en Córcega

Esta Revolución francesa, que se desarrolló bajo la mirada un tanto indiferente del joven oficial, Córcega la había acogido con entusiasmo. Como las demás provincias del reino, la isla envió diputados a los Estados Generales: el conde de Buttafuoco, el que había solicitado a Rousseau un proyecto de constitución, representaba a la nobleza, Peretti Délia Rocca al clero y Salicetti y Colonna Cesari al Tercer Estado.

En agosto de 1789, Bonaparte pedía unas vacaciones para el semestre de invierno. Petición regular, pero uno se puede asombrar de que se concediera en razón de los acontecimientos. Se supone que abandonó Auxonne en los primeros días de septiembre, descendió el Ródano y probablemente visitó en Marsella a uno de sus pensadores favoritos, el abad Raynal.

Durante quince meses, hasta febrero de 1791, Napoleón solo conocerá las perturbaciones que sacuden a Francia por sus repercusiones en Córcega.

La isla pedía únicamente ser integrada en el reino en lugar de ser tratada como un país conquistado. Semejante reivindicación parecía legítima al comandante en jefe de las tropas francesas, el vizconde de Sarrin. Pero este moderado debía contar con los realistas exaltados, como su adjunto el mariscal de campo Gaffori, nombrado el 20 de agosto. Sin embargo, los cambios de municipalidad se efectuaron en calma. En Ajaccio, se creó una Guardia Nacional y Napoleón se convirtió en segundo teniente coronel.

Los acontecimientos comenzaron a estropearse a finales del verano. Estallaron incidentes especialmente en Bastia, el 5 de noviembre de 1789, a propósito de la constitución de la Guardia Nacional. Bonaparte se vio mezclado, pero su papel sigue siendo difícil de precisar. Cuando los patriotas presentaron sus quejas a la Asamblea Constituyente, esta declaró, el 30 de noviembre, a Córcega como «parte integrante del Imperio francés». Y prometió que sus habitantes se regirían por la misma constitución que los demás franceses.

Este decreto ¿acaso respondía a las aspiraciones profundas de la población? Podría creerse cuando se lee a Napoleón que le escribe al abad Raynal: «En adelante, tenemos los mismos intereses, las mismas solicitudes, ya no hay mar que nos separe». Pero la idea de una «nación corsa» estaba sólidamente arraigada. La partida de numerosos franceses mostraba los temores y las reticencias que sacudían la isla. Ya en octubre, cuando se había pedido el mantenimiento del título de rey de Francia y de Navarra, Salicetti, al reclamar la palabra, había exclamado: «El título de rey de los franceses es suficiente, pero si se le añade el de rey de Navarra, me veo autorizado, e incluso obligado por mi cuaderno de reclamaciones, a solicitar que se diga también rey de Córcega».

El mismo Salicetti favorecía, en febrero de 1790, la reunión en Bastia de una asamblea bajo la presidencia del coronel Petriconi. Esta decidió el retorno del general Paoli, amnistiado por la Asamblea Constituyente, y puso en marcha las diferentes instancias administrativas, como un Comité Superior que concentró la mayor parte de

las responsabilidades en la isla. Las dificultades procedían principalmente de los habitantes del «más allá de los montes» que, al considerarse perjudicados en la distribución de los empleos y el reparto de los impuestos, pedían una división de la isla. José Bonaparte se había opuesto: «Hace poco tiempo, todavía éramos esclavos; apenas acabamos de renacer cuando ya queremos dividirnos enumerando los errores de una administración absurda. En lugar de atribuir la culpa a los tiranos de todo tipo que nos oprimían, se intenta sembrar entre nosotros la discordia y volver responsables a nuestros compatriotas que fueron sus víctimas al igual que nosotros». Prevaleció la unidad.

Unidad geográfica pero no política. Los corsos quedaban repartidos en dos bandos: los paolistas o patriotas habían dominado de 1729 a 1769 antes de ser aplastados por los cañones franceses en Pontenuovo; los realistas o gafforistas detentaban una posición social elevada desde la ocupación francesa y habían enviado a los Estados Generales oradores escuchados como Buttafuoco y Peretti. La Revolución acentuó la separación. Los realistas seguían siendo partidarios del Antiguo Régimen y se apoyaban en el ejército y la administración; los patriotas se habían alineado con los principios de 1789 y se beneficiaban de un amplio apoyo popular. Se pudo observar durante el delirante recibimiento que se le dispensó a Paoli, de regreso a la isla, el 17 de julio de 1790.

Las elecciones para designar a los administradores del departamento se desarrollaron sin incidentes. Durante la asamblea celebrada en Orezza en vista de estas elecciones, Paoli, que se había vuelto a convertir en el mascarón de proa de las nuevas fuerzas, exaltó a la generosa nación francesa. «Habéis sido sus compañeros en la servidumbre, ella quiere que seáis sus hermanos bajo los mismos emblemas de la libertad». La autonomía estaba por tanto excluida. El general invitaba a los corsos a «jurar espontáneamente una fidelidad perpetua y una adhesión plena a la afortunada constitución que nos reúne con esta nación bajo las mismas leyes y bajo un rey ciudadano». La protección de la Francia revolucionaria le parecía indispensable para preservar la isla de cualquier amenaza, pero no era, al parecer, partidario de la asimilación total. Verosímilmente, deseaba un vínculo federal. «La patria» en sus discursos sigue siendo Córcega, y los franceses no son sus «compatriotas», sino sus «compañeros». Sentimiento que parecía haber sido compartido por Napoleón, a quien encontramos mezclado de cerca, con su hermano mayor, en las elecciones que removieron la isla.

Unas elecciones que otorgaron el triunfo a los paolistas. De ese modo, José se convertía en el presidente del directorio de Ajaccio.

Resuelto el problema de la unidad de la isla bajo la forma de un único departamento, concluida la designación de los administradores, todavía faltaba por elegir la capital del departamento de Córcega. ¿Bastia? ¿Ajaccio? ¿Corte? Fue Bastia la que venció, provisionalmente al menos.

Las decisiones adoptadas en la asamblea de Orezza habían sido combatidas por

Buttafuoco, jefe de filas de los realistas, que acusaba a Paoli de querer ligar definitivamente la isla a Inglaterra. La sucesión de los acontecimientos iba a darle la razón. Pero los paolistas no soportaban ninguna crítica contra su ídolo. Contestaron recordando la traición de Buttafuoco, que había sugerido a Choiseul, de su propio movimiento, durante una misión diplomática que le había confiado Paoli, la anexión de Córcega a Francia. A pesar de que la efigie de Buttafuoco fue quemada el 2 de agosto de 1790 en las calles de Ajaccio, los electores de Orezza decidieron el envío de dos diputados extraordinarios a la Constituyente, Gentile y Pozzo di Borgo, para que expusieran allí la posición de los patriotas.

Buttafuoco tomó la delantera. El 29 de octubre de 1790, subió a la tribuna de la Asamblea Nacional: «Hombres audaces, cubriéndose con la máscara del bien público, no dejaron de difundir en Córcega las más odiosas calumnias sobre mi conducta y sobre la del abad Peretti. Provocaron al pueblo contra nosotros. M. Paoli ha acreditado estas imposturas». Combatidos por Mirabeau (al que Napoleón no dejará de profesar una gran admiración hasta el punto de poner a Frochot, el ejecutor testamentario del tribuno, como prefecto del departamento del Sena) y Salicetti, Buttafuoco y Peretti no pudieron impedir la admisión de los delegados de Córcega a los honores de la sesión. Los realistas corsos sufrieron un serio revés.

Napoleón, que había obtenido una prolongación de su licencia, no se apresuraba nada en regresar al continente. Paolista ferviente, tomó partido con violencia contra Buttafuoco. El 23 de enero de 1791, redactó en el gabinete de la residencia familiar de los Milelli su *Carta a Buttafuoco,* cuya impresión votó con entusiasmo el club patriótico de Ajaccio. Primer escrito público de Napoleón, esta carta solo merece interés en razón de la personalidad del autor. Stendhal fuerza un poco las tintas cuando afirma que se trata «de una obra satírica, que estaría hecha absolutamente al gusto de Plutarco. El tema es ingenioso y fuerte. Se diría un panfleto escrito en 1630 y en Holanda». Paoli no fue de la misma opinión: «Recibí el folleto de vuestro hermano —escribió a José— habría producido mayor impresión si hubiera dicho menos y si hubiera mostrado menos parcialidad». Solo la perorata final retiene la atención. Después de haber denunciado las actividades de Buttafuoco, el autor exclama: «¡Oh, Lameth! ¡Oh, Robespierre! ¡Oh, Pétion! ¡Oh, Volney! ¡Oh, Mirabeau! ¡Oh, Barnave! ¡Oh, Bailly! ¡Oh La Fayette! ¡Este es el hombre que se atreve a sentarse a vuestro lado! Apestando por la sangre de sus hermanos, mancillado por crímenes de todo tipo, se atreve a llamarse representante de la nación, precisamente él que la ha vendido». Esta comparación con políticos que ocupaban un escaño —no sin matices— en «el ala izquierda» de la asamblea indica el campo hacia el que se dirigen las simpatías de Bonaparte. Sin duda la razón de tal elección reside en el respaldo que esos diputados concedieron a los delegados corsos. Fue el apego a Paoli lo que condujo a Napoleón hacia los revolucionarios más audaces de la Constituyente. Pero podría creerse en un sentimiento más profundo. Un texto nos lo aclara. Es probablemente de 1791 y habría sido inspirado por la fuga del rey.

Probablemente se trata del esbozo de un panfleto que pensaba publicar Bonaparte a favor de la tesis republicana que comenzaba a desarrollarse.

> He leído todos los discursos de los oradores monárquicos. He visto en ellos grandes esfuerzos para sostener una mala causa. Divagan en asertos que no prueban. En verdad, si hubiera tenido dudas, la lectura de sus discursos me las habría disipado. Veinticinco millones de habitantes no pueden vivir en una República es una sentencia impolítica.

Hacia la ruptura

Victoriosos, los patriotas corsos se dividieron a propósito de la constitución civil del clero con la que se había alineado, no sin vacilaciones, Paoli. El viejo guía había predicado prudencia. Quizá se sintiera poco a poco superado. La elección de Guasco como obispo constitucional, el 9 de mayo de 1791, no apaciguó apenas los ánimos. Una violenta insurrección estalló en junio en Bastia. La represión fue relativamente severa; pero, sobre todo, Bastia perdió su rango de capital. Otra víctima de la insurrección, Paoli, que dejó una parte de su prestigio en el asunto. Fue así como una oposición antipaolista se manifestó durante la elección de los diputados de la Asamblea Legislativa llamada a reemplazar a la Constituyente. Crimen de lesa majestad: Arena se presentó contra Leonetti, sobrino del gran hombre.

La fe de Napoleón en Paoli permanecía inmutable. Desde luego, Bonaparte se encontró con una Francia transformada a su regreso al continente en febrero de 1791. Se había llevado consigo, a Auxonne, a su joven hermano Luis, con doce años de edad, pero ni la educación de este hermano menor, ni los disturbios revolucionarios, ni su destinación el 1 de junio de 1791 a Valence, lo desviaron de su verdadera patria. Después de haberse ocupado de la impresión de su *Carta a Buttafuoco*, emprendió una *Historia de Córcega* para la cual solicitó de Paoli «los documentos necesarios». «La historia no se escribe en los años de juventud», le contestó secamente su héroe, el 2 de abril de 1791. Decididamente, Paoli manifestaba mucha frialdad hacia Napoleón. ¿Acaso era la irritación suscitada por una admiración demasiado molesta y más bien exclusiva? ¿Irritación del viejo conservador, en que se había vuelto en definitiva Paoli, hacia un joven jacobino? ¿Rencor con respecto a Carlos Bonaparte, alineado demasiado rápido, antaño, a la causa francesa? Napoleón no se desanimó y, escribiendo una memoria para la Academia de Lyon, donde se encuentra un nuevo elogio a las reformas de Paoli en Córcega, memoria sobre la que volveremos más adelante, solicitó otra licencia.

Y ahí lo tenemos nuevamente en Córcega en el mes de octubre. Esta vez aguarda un grado importante en un batallón de voluntarios y multiplica las intrigas en ese sentido, al renunciar a incorporarse a su unidad continental. Finalmente, lo eligen segundo teniente coronel en el segundo batallón de voluntarios, el 1 de abril de 1792. Falta de oportunidad: se ve llevado a participar en los enfrentamientos que oponen a ciudadanos y a campesinos, y en los cuales se diluye la autoridad de Paoli. Estallaron

en Ajaccio trifulcas sangrientas. En su origen, siempre problemas de índole religiosa. Napoleón no carga con una responsabilidad especial, pero los contrarrevolucionarios se apoderan del asunto. Juzgado un tanto revoltoso, el segundo batallón de voluntarios fue enviado a Corte. Comprometido en la agitación, Napoleón debe redactar un informe justificativo. Se opone así al clan contrarrevolucionario de los Peraldi y de los Pozzo di Borgo.

Es el fracaso de sus ambiciones corsas. Un fracaso que considera todavía como provisional.

Primer objetivo: lograr reintegrarse en el ejército continental. ¿No acaba, en razón de su ausencia demasiado prolongada, de ser borrado de los cuadros de mando de su regimiento? Está en París el 28 de mayo; en abril ha estallado la guerra; faltan oficiales, pero su reingreso se hace esperar. Confiemos, por una vez, en las *Memorias* de Bourrienne:

> En el mes de abril de 1792, llegué a París y volví a ver a Bonaparte; recuperamos por completo nuestra amistad de infancia y del colegio. Yo no era muy feliz; la adversidad pesaba sobre él. Con frecuencia, carecía de recursos. Pasábamos el tiempo como dos jóvenes de veintitrés años que no tienen nada que hacer y que tienen poco dinero; él todavía tenía menos que yo. Cada día dábamos a luz nuevos proyectos: intentamos hacer alguna especulación que fuera útil. Una vez quiso alquilar conmigo varias casas en construcción en la Rue Montholon para subarrendarlas a continuación. Encontramos las exigencias de los propietarios demasiado exageradas; nos fallaba todo.

Finalmente, Bonaparte se reintegró y fue promovido al grado de capitán. Imaginémoslo: se trata de una de las últimas firmas estampadas por Luis XVI.

¿Asistió a la jornada del 20 de junio, cuando el pueblo invadió las Tullerías, y hay que creer los testimonios que aseguran que, muy enervado contra «la chusma», habría declarado que «si fuera rey, no pasaría nada similar»? Aunque el día 3 de julio escribía a su hermano Luciano: «Vivir tranquilo, disfrutar del afecto de la familia y de uno mismo, ese es, querido, el partido que se debe tomar». Por mucho que se desconfíe de las declaraciones de Napoleón en Santa Elena, dejó no obstante un relato del día 10 de agosto que pone de manifiesto la impresión que le causó el motín popular.

> Me encontraba, le confesará a Las Cases, en esa horrible época, en París, alojado en el Mail, Place des Victoires. Con el estrépito del toque a rebato y la noticia de que se producía el asalto a las Tullerías, corrí al Carrousel, a casa de Fauvelet, hermano de Bourrienne, que tenía allí un almacén de muebles. Desde esa casa pude ver cómodamente todos los detalles de la jornada. Antes de llegar al Carrousel, me había encontrado en la Rue des Petits-Champs con un grupo de hombres repugnantes, que paseaban una cabeza en el extremo de una pica. Al verme aceptablemente vestido y al verme el aspecto de un Señor, se acercaron a mí para hacerme gritar *¡Viva la Nación!*, lo que hice sin esfuerzo, como bien puedes creerlo.

Los excesos que acompañaron la caída de las Tullerías demostraron a Napoleón que el «destronamiento de los reyes» no era tan simple en la realidad como sobre el papel.

> Con el palacio forzado y el rey rendido en el interior de la asamblea, me aventuré a penetrar en el

jardín. Nunca después ninguno de mis campos de batalla me produjo la sensación de tantos cadáveres como me ofrecieron esas masas de suizos, tal vez porque la pequeñez del local resaltó su cantidad, tal vez porque fue consecuencia de la primera impresión de ese género que experimenté. Vi cómo mujeres bien vestidas se dejaban llevar a las peores indecencias sobre los cadáveres de los suizos.

Luis XIV había guardado un espantoso recuerdo de la Fronda y un odio visceral hacia París. Napoleón, igualmente, desconfiará siempre de la capital y se negará a armar los suburbios. El 10 de agosto le había mostrado hasta qué excesos puede verse arrastrada «la más vil canalla». La Revolución preconizada por los filósofos, sí; las revueltas populares, no. La alianza de Bonaparte con la burguesía estaba en germen en la lección que extrae de esta jornada.

Estaban previstas elecciones para la formación de una convención que debía redactar una nueva constitución. Había que regresar lo más rápidamente posible a Córcega. Encontró un pretexto: su hermano debía llevar a su hermana Elisa, retirada de Saint-Cyr, a su familia. Apenas reintegrado, el capitán Bonaparte obtiene una nueva licencia. Pocas veces un oficial habrá hecho tan poco acto de presencia en el ejército.

La ruptura

En el mes de octubre, Bonaparte está en Córcega. José, atacado por los partidarios de Pozzo di Borgo, había fracasado en las elecciones, pero los Bonaparte podían contar, entre los diputados, con la amistad de Salicetti, Chiappe y Casabianca. Napoleón contactó en seguida con Paoli. Este, que había pasado bajo la influencia de Pozzo di Borgo, debió verle regresar sin ganas. Para quitárselo de encima, lo lanzó a la guerra, una expedición de interés menor pero que Napoleón se tomó a pecho. En el momento en que la victoria, desde Valmy, se dibujaba para Francia, se trataba de sembrar la inquietud en Cerdeña, hostil a la Revolución, ocupando algunos islotes, especialmente la Maddalena. Quizá se pensara apoderarse de su trigo para reavituallar el sur de Francia; con mayor seguridad se pensaba en intimidar a Florencia y Nápoles. Truguet estaba al mando de la operación. Tuvo que hacer un descanso en Ajaccio para embarcar a los voluntarios corsos, pero al volverse difícil la amalgama entre sus propias tropas y las de la isla, finalmente se pensó en dos expediciones distintas: mientras que Truguet atacaba Cagliari, los corsos efectuarían una maniobra de diversión en la Maddalena, separada por un brazo de mar (las Bocas de Bonifacio) de Córcega, y defendida por quinientos sardos poco combativos. La Maddalena podría a continuación convertirse en una base contra Cerdeña. Esa era la expedición de la que Bonaparte fue llamado a formar parte. El mando le fue confiado a Colonna Cesari, antiguo diputado en la Constituyente y pariente de Paoli.

Bonaparte hizo un movimiento sobre Bonifacio con una artillería formada por dos cañones y un mortero. Se hartó de esperar allí varias semanas. El 18 de febrero de 1793 se embarcaron finalmente los seiscientos hombres. Por orden de Cesari,

Napoleón se apoderó del islote de San Stefano, vecino de la Maddalena. Inmediatamente emprendió el bombardeo de la isla. Todo estaba preparado para el desembarco, pero los marinos provenzales de la flotilla se rebelaron y exigieron a Cesari regresar a Córcega. Bonaparte, con rabia en el corazón, evacuó San Stefano, abandonando allí sus cañones. Fue un fracaso cuya responsabilidad no le incumbía en absoluto. Se justificó por lo demás en dos proyectos de reconquista de las islas y denunció a Cesari. Más allá de este último, a quien apuntaba era a Paoli. ¿Acaso no se murmuraba que habría dado secretamente a su pariente como misión el hacer fracasar la empresa, juzgada demasiado jacobina? Aprovechándose de la guerra civil en Francia, ¿no habría intentado Paoli garantizar la independencia de Córcega? Su política parecía, vista desde Francia, cada vez más contrarrevolucionaria, bajo la influencia, sin ninguna duda, de Pozzo di Borgo. ¿Cómo extrañarse de que las relaciones entre Napoleón y Paoli se tensasen? Se habla de una entrevista tormentosa en Corte a propósito de la política de la Convención, antes o después de la expedición de la Maddalena, las versiones varían. De todas formas, Bonaparte se aproximó a Salicetti, cada vez más hostil a Paoli de quien sospechaba una duplicidad con respecto a Francia. Los acontecimientos se precipitaron. El 2 de abril de 1793, a propuesta de Escudier, diputado del Var, apoyado por Marat, la Convención decidió convocar a Paoli en París. Las acusaciones que pesaban sobre él eran graves. Fue Luciano Bonaparte —que entraba así en la historia— quien lo habría denunciado a la sociedad popular de Tolón, sacando a la luz las perspectivas separatistas del viejo jefe y cargando sobre él la responsabilidad del fracaso de la expedición de Cerdeña. Estas críticas retomadas por Escudier produjeron una conmoción en la Convención. Salicetti recibió la misión de hacerse cargo de Paoli. Una imprudencia de Luciano —escribió a sus hermanos para narrarles su intervención— reveló a Paoli el origen de las denuncias de que era objeto. Así se consumó la ruptura entre Napoleón y él. Igualmente se consumará entre los Bonaparte y Córcega. Ha quedado probado que Napoleón ignoraba por completo la iniciativa de Luciano. Probablemente, lo hubiera desaprobado por un resto de fidelidad hacia Paoli, pero el clan de los Pozzo lo excluyó en adelante de los primeros papeles en Córcega y el furor de los paolistas lo rechazó al campo de Salicetti. Se marchó clandestinamente de Ajaccio, cuya municipalidad era adicta a Paoli, con la esperanza de llegar sin estorbos a Bastia donde ya se había refugiado José y donde se establecieron los comisarios de la Convención, Lacombe-Saint-Michel, Delcher y Salicetti, enviados para poner «los puertos de Córcega bajo control», a causa de la desconfianza que inspiraba Paoli acusado de rodearse de antiguos partidarios de Gaffori y Buttafuoco. Parado en Bocognano, Napoleón elude a sus adversarios, regresa a Ajaccio donde se oculta en casa de Jean-Jérôme Levie, y luego, pasando por vía marítima, alcanza finalmente Bastia. Allí, ayuda a Salicetti a armar una pequeña flotilla que intenta apoderarse por sorpresa de Ajaccio en manos de los paolistas. Es un fracaso. La mayoría de la población sigue siendo afecta a Paoli. Se saquean las residencias de los partidarios de

Napoleón. Y se destroza la casa de los Bonaparte. Toda la familia se refugia en Calvi y luego se exilia a Tolón el 11 de junio de 1793. La aventura corsa ha terminado. ¿Hay que ver en la derrota del clan de los Bonaparte, la derrota de la Costa frente a la Montaña, de la nobleza y de la burguesía de los puertos, grandes compradores de tierras en el interior, frente a los cultivadores y a los pastores ardientemente paolistas? Estaríamos tentados a seguir las hipótesis presentadas por M. Defranceschi:

> El conflicto ideológico entre el partido de Córcega para los corsos y el de la Córcega francesa se convirtió entonces sencillamente en un conflicto económico entre el partido de los expoliados y el de los expoliadores, entre el pueblo humilde al que se despoja y que se defiende y la burguesía invasora que adopta la máscara de la libertad para conseguir sus fines.

Los refugiados que siguieron a Bonaparte en el exilio son, en aplastante mayoría, propietarios o comerciantes, quizá también, es cierto, porque tenían más posibilidades de huir de Córcega. No es menos cierto que Paoli se había garantizado un amplio sostén entre la población rural. ¿Cómo explicar de otro modo el fracaso de Salicetti? Las guerras nacionales son con frecuencia complejas; lo veremos de nuevo con la de España en 1808: las ideologías más avanzadas no son siempre las que obtienen el respaldo de los más pobres. Así, lector entusiasta de Rousseau y ardiente republicano en Francia, Bonaparte habría sido en Córcega más reaccionario en el plano social que el contrarrevolucionario Paoli. Eso es lo que explicaría su derrota en 1793.

Debates abiertos

No es fácil reconocerse en las luchas políticas que enfrentaban a las corsos en 1789. La unión llevada a cabo en torno a Paoli contra los realistas francófilos se quebró rápidamente. Para aclararse, se podrá consultar: Casanova, *La Corse et les États-Généraux de 1789* (Ajaccio, 1931); F. Pomponi, «Sentiments révolutionnaires et esprit de parti en Corse», *Problèmes d'Histoire de la Corse* (1971, pp. 147-178), F. Chailley-Pompei, «Troubles de Pâques 1792» (*ibidem*, pp. 179-189) y Antoine Casanova y Ange Rovere, *Peuple corse, révolutions et nation française* (1979).

La política de Paoli sigue siendo oscura. Quizá haya padecido la presión de los acontecimientos más de lo que ella los ha creado. En su tesis, Defranceschi pone de manifiesto que Paoli no deseó al comienzo separar Córcega de Francia para entregarla a Inglaterra. Según el autor, semejante leyenda, antes de ser retomada por los bonapartistas, habría sido forjada por Rossi en sus *Osservazioni storiche sopra la Corsica*. Rechaza la responsabilidad de la ruptura en la Convención que dio acogida, sin verificarlas, a las calumnias contra Paoli. Se consultará también D. Perelli, *Lettres de Pascal Paoli* (Bastia, 1884-1889, 6 vols.), Jollivet, *Paoli, Napoléon, Pozzo di Borgo* (1892), y, sobre un detalle puntual, C. Bordini, «*Nota sulla fortuna di Pasquale Paoli», Rassegna storica del Resorgimento* (1973).

Si Pozzo di Borgo ha sido bien estudiado (P. Ordioni, *Pozzo di Borgo*, 1935;

Albertini y Marinetti, *Pozzo di Borgo contre Napoléon*, 1966; J. M. P. McErlean, *The formative years of a russian diplomat*, 1967; D. Carrington, «Pozzo di Borgo et les Bonaparte», *Problèmes d'Histoire de la Corse*, pp. 101-129), Salicetti merecería, por su papel capital en los acontecimientos de Córcega, una amplia biografía (Franceschini, «Salicetti et Napoléon», *Revue des Études napoléoniennes*, sept. 1930, pp. 131-155, y J. Godechot, «Salicetti», en *Studia in onore di Nino Cortese*, 1976, pp. 257-272). Beaucour (*Sari*, 1.1, p. 91) muestra que es Salicetti el primero que, recordando que Paoli había sido el protegido del rey de Inglaterra, despertó las sospechas de la Convención. La génesis de los escritos de Napoleón sigue estando mal aclarada: además de N. Tomiche, *Napoléon écrivain* (1952), véase E. Desprez, «Les origines républicaines de Napoléon. Le mémoire sur la Corse en 1793», *Revue historique* (1908), que corrige errores de Masson y de Chuquet, y J. Feuvrier, «Napoléon Bonaparte à Dole», en *Correspondance archéologique et historique* (1911), que explica las condiciones en las que fue imprimida la *Lettre à Buttafuoco*.

Al ser la primera campaña militar en que Napoleón hubiera podido revelar su genio, el asunto de la Maddalena retuvo especialmente la atención. Si Bonaparte no tuvo nada que ver en el fracaso de la empresa, la responsabilidad de Paoli no ha sido probada: E. J. Peyrou, *L'Expédition de Sardaigne, Le Lieutenant Bonaparte à la Maddalena*, París, 1912, aplasta a Truguet; G. Godlewski, «Bonaparte et l'affaire de la Maddalena», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1964, pp. 1-12. El testimonio de Bonaparte figura en *Oeuvres littéraires*, t. II, pp. 331-352.

La actitud de Luciano, que precipitó la ruptura de los Bonaparte con Paoli, ha sido objeto de controversias. En *Lucien Bonaparte* (1939), Pietri, que le es muy favorable, lo muestra enfrentándose a Napoleón («me parece con una inclinación a ser tirano») y lo limpia de cualquier traición hacia Paoli: «Las violencias de lenguaje puestas en boca de Luciano contra Paoli se remiten al viaje que hará a Tolón *después de la ruptura* entre Paoli y los Bonaparte» (p. 45). Las *Mémoires* de Luciano serían en esto exactas. En cambio, Defranceschi deja intacta la responsabilidad de Luciano en «Paoli et les frères Bonaparte», *Problèmes d'Histoire de la Corse* (p. 141). Se propone demostrar que no hubo ninguna oposición entre la anglofilia atribuida a Paoli y la francofilia revolucionaria de Napoleón. Fue Luciano, que actúa sin consultar a sus hermanos, quien provocó la ruptura y condujo a Napoleón a acusar a su vez a Paoli en su *Position politique et militaire de la Corse aux premiers jours de juin 1793*.

Existía en Córcega un clan bonapartista (los Sari, Pô, Costa, Barbieri, Lafranchi) que Beaucour ha sacado a la luz (*Sari*, 1.1, p. 100). Defranceschi precisa sus contornos sociales con ayuda de la lista de 1003 refugiados corsos en Marsella, «los buenos republicanos», cuyos orígenes compara con el conjunto de la sociedad corsa: fue la población acomodada de las ciudades la que tomó el camino del exilio (*La Corse française 1784-1794*, p. 247). Este clan fue vencido en 1793 por los partidarios de los Peraldi y de Pozzo di Borgo. Tendrá su revancha en 1796 cuando se

reconquistó Córcega después de la dimisión de Pozzo di Borgo, que se había desembarazado de Paoli. Este, exiliado una vez más en Inglaterra, iluminará su mansión en signo de alegría por el anuncio del Consulado para siempre.

Sobre algunos puntos que quedaron oscuros en la cronología, véase McErlean, «Où était Napoléon le 9 mai 1793?», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1981, pp. 3-14.

Capítulo 3

El hombre de Robespierre

Vemos pues cómo Bonaparte, al confundir la causa de Paoli, un tanto abusivamente por otra parte, con la revuelta federalista que subleva a Francia contra la dictadura montañesa, se ve empujado hacia el bando más avanzado de la Revolución, el de los jacobinos. Podemos preguntarnos cuál habría sido el destino de un Napoleón que no hubiera dejado de ser fiel a Paoli. Sin duda, lo habrían condenado al exilio en Inglaterra y habría regresado en 1815 para servir en el ejército real, un emigrado afligido convertido en un ultra amargado. Decididamente, incluso antes de Brumario, Luciano fue el genio protector de su hermano.

Pero el fracaso corso no explica por sí solo el alineamiento de Napoleón con la Revolución. El joven oficial estaba fascinado —¿influencia de la moda o sentimiento sincero?— por los filósofos del siglo XVIII. No parecía interesado por Montesquieu; leyó, como todo el mundo, a Voltaire, pero sus preferencias se inclinaban sin duda por Rousseau, Raynal y Mably, aquellos que llegaron más lejos en la crítica de la sociedad. Él mismo no duda en impugnar, a partir de 1788, en un esbozo de disertación sobre la autoridad real, el principio monárquico: «Son muy pocos los reyes que no hayan merecido ser destronados». Algo que tal vez pensaran sus maestros pero que no se atrevieron a escribir.

El discurso de Lyon

Fue durante su estancia en Valence, en 1791, cuando Bonaparte participó en el concurso abierto por la Academia de Lyon que versaba sobre la cuestión de determinar cuáles son las verdades y los sentimientos que importa más inculcar en los hombres para su felicidad.

Encontramos en él una violenta denuncia de la injusticia social que no habría desaprobado, si la hubiese conocido algunos años más tarde, Gracchus Babeuf. «El hombre al nacer, afirma Bonaparte, trae consigo su derecho a la ración de los frutos de la tierra necesarios para su existencia». La desigualdad entre los hombres debe abolirse, pero no podrá serlo mientras la religión y la ley sigan siendo los aliados de quienes se aprovechan de esta desigualdad. Una página merece ser citada en su integridad.

> Después de la despreocupación de la infancia llega el despertar de las pasiones; el hombre elige entre las compañeras de sus juegos a aquella que deberá serlo de su destino. Su vigoroso brazo, de acuerdo con sus necesidades, reclama trabajo; echa una mirada alrededor de sí, ve cómo la tierra, repartida entre pocas manos, sirve de alimento al lujo y la superfluidad; se pregunta cuáles son las razones que favorecen a esa gente: ¿por qué el holgazán lo tiene todo y el hombre que trabaja casi nada? ¿Por qué, en fin, a mí, que tengo a una mujer, a un padre y a una madre decrépitos que alimentar, no me han dejado nada? Se apresura a ver al ministro del Señor depositario de su confianza y le expone sus dudas: «Hombre, le responde el sacerdote, nunca reflexiones sobre la existencia de la sociedad… Dios lo gobierna todo, abandónate a su providencia. Esta vida no es más que un viaje. En ella, rige una justicia cuyos decretos no debemos tratar de comprender. Cree, obedece, no razones nunca y trabaja: esos son tus deberes». Un alma orgullosa, un corazón sensible, una razón natural no puede quedar satisfecha con esta respuesta. Va con sus dudas y sus inquietudes a otra parte. Llega a casa del más sabio del país: es un notario. «Hombre sabio, le dice, se han

repartido los bienes de la comarca y no se me ha dado nada». El hombre sabio se ríe de su ingenuidad, lo conduce hasta su estudio, y allí, de acta en acta, de contrato en contrato, de testamento en testamento, le demuestra la legitimidad de los repartos de los que se queja. «¡Cómo! ¡Esas son las razones de esos señores!, —exclama indignado—. Las mías son más sagradas, más irrefutables, más universales. Están recogidas en mi respiración, circulan por mi sangre, están escritas en mis nervios y en mi corazón. ¡Es la necesidad de mi existencia y, sobre todo, de mi felicidad!». Al acabar estas palabras, se apodera de esos papeluchos y los arroja a las llamas.

¿Quién habría adivinado, en el autor de estas páginas, al futuro inspirador del Código Civil?

La obra se inicia con una cita de Raynal colocada como epígrafe: «Existirá moral cuando los gobiernos sean libres», y contiene un elogio de Rousseau: «¡Oh Rousseau, por qué solo tuviste que vivir sesenta años! En interés de la virtud, ¡debieras haber sido inmortal!».

Raynal, Rousseau: esos son los maestros pensadores de Bonaparte en 1791. No exageremos, sin embargo, el entusiasmo del autor. Los procedimientos algo artificiosos (Napoleón había reunido en un cuaderno unas cuantas palabras infrecuentes y cultas con vistas a utilizarlas en su disertación) y las ideas revolucionarias un tanto convencionales permiten dudar de la sinceridad del informe. Ante todo, se trataba de halagar a la academia de Lyon. Un nuevo fracaso, por lo demás: el manuscrito fue declarado por debajo de la mediocridad. Creyendo que le gustaría al Emperador, un día Talleyrand lo exhumó y se lo presentó a Napoleón. Este lo arrojó al fuego. Las ideas contenidas en el *Discurso sobre la felicidad* habían quedado superadas.

«La cena de Beaucaire»

En definitiva, los problemas materiales fueron más determinantes que las razones ideológicas en el enrolamiento de Napoleón en las filas de la Revolución. Para alimentar a su familia trasladada a Marsella, tenía que reingresar en el servicio. Así que se incorporó en Niza en el 4.º regimiento de artillería. La insurrección federalista sacudía el sur. Aunque la cronología napoleónica es dudosa entre comienzos de julio y finales de agosto de 1793 (¿participó Bonaparte en la toma de Aviñón?), un elemento parece asegurado: *La cena de Beaucaire* demuestra su adhesión completa a las tesis montañesas.

Fechado el 29 de julio de 1793, este folleto da cuenta de una conversación de la que se dice que Napoleón participó realmente, cosa que parece poco probable. En realidad, se trata de un panfleto destinado a servir a la propaganda revolucionaria, y ni el lugar ni la fecha del 29 de julio tienen una significación precisa por lo que respecta a la vida de Napoleón. Salicetti, que estaba entonces destinado en el sur con Robespierre el Joven, Ricord, Escudier, Albitte y Gasparin, apoyó con su autoridad la decisión de publicar esta obra de circunstancias que pone en escena a un nimeño, un

marsellés, un fabricante de Montpellier y un militar. El marsellés expone el punto de vista federalista, que el militar contradice con vehemencia.

> Se os dijo que atravesaríais Francia, que tendríais la voz cantante en la República, pero vuestros primeros pasos fueron un fracaso; se os dijo que el sur se había alzado, pero os encontrasteis solos; se os dijo que cuatro mil lioneses se habían puesto en marcha para socorreros, pero los lioneses negociaban su capitulación.

De hecho, prosigue el oficial, Marsella se juega su futuro en la insurrección. Y esgrime un argumento curioso:

> Dejad que los países pobres peleen a ultranza. El habitante del Vivarais, de las Cévennes o *de Córcega* se expone sin temor al resultado de un combate: si gana, habrá logrado su objetivo; si pierde, se encontrará igual que antes, en la obligación de hacer la paz y en la misma situación. Pero ¡vosotros! Perded una batalla y el fruto de mil años de fatigas, de penas, de ahorros y de felicidad, se volverán botín del soldado.

Con mucha habilidad, Bonaparte distingue el federalismo de la causa real para destacar que las divergencias entre girondinos y montañeses son escasas y que el verdadero peligro está en otra parte.

> La Vendée quiere un rey, la Vendée quiere una contrarrevolución declarada, proclama el marsellés. La guerra de la Vendée es la del fanatismo, del despotismo; la nuestra (entiéndase la insurrección federalista), al contrario, es la de los verdaderos republicanos amigos de las leyes y el orden, enemigos de la anarquía y los malvados. ¿Acaso no tenemos la bandera tricolor?

Ese es también el caso de Paoli. Por tanto, hay que ser prudentes, prosigue el oficial que dirige una verdadera requisitoria contra su antiguo ídolo.

> Paoli también enarboló (la bandera tricolor) en Córcega con el fin de tener tiempo para engañar al pueblo y aplastar a los verdaderos amigos de la libertad, para poder arrastrar a sus compatriotas en sus proyectos ambiciosos y criminales; enarboló la bandera tricolor e hizo disparar contra los edificios de la República y expulsar a nuestras tropas de las fortalezas, y desarmó a las que estaban allí… y saqueó y confiscó los bienes de las familias más acomodadas porque se habían adherido a la unidad de la República, y declaró enemigos de la patria a todos aquellos que permanecieran en nuestros ejércitos. Previamente, había hecho fracasar la expedición de Cerdeña. Y sin embargo, tuvo la desvergüenza de llamarse amigo de Francia y buen republicano.

Que las tropas federalistas deben tener cuidado de no hacer el juego al enemigo común: el realista, el español, el austríaco. Que desconfíen también del talento militar de sus jefes. Ya asoma la estrategia napoleónica:

> ¿Qué hará vuestro ejército si se concentra en Aix? Estará perdido; es un axioma en el arte militar que quien permanezca en sus atrincheramientos será vencido; la experiencia y la teoría concuerdan en este punto.

Después de haber adoptado un sesgo un tanto impetuoso a propósito de una eventual intervención española, la discusión concluye con la promesa de una negociación y de una reconciliación general. Un tema que Bonaparte retomará

después de Brumario. Porque todo Napoleón está en *La cena de Beaucaire*, y no fue por casualidad que Panckoucke reeditara el folleto en 1821 y que Bourrienne lo publicase asimismo como anexo a sus *Memorias*. Napoleón descubrió allí la importancia de la propaganda, un ámbito en el que se reveló, a partir de 1793, como un maestro: soltura de estilo, debate lleno de vida y de naturalidad; a pesar de inexactitudes veniales, la obra pone de manifiesto que su autor se había informado muy bien sobre la situación política y militar de Francia. Naturalmente, en la época *La cena* no tuvo ninguna repercusión. Sin embargo, supera con holgura los folletos difundidos por el bando contrario o los jacobinos.

Tolón

Donde Bonaparte alcanza la notoriedad es en el sitio de Tolón. Salicetti le ofreció en septiembre el mando de la artillería del ejército de Carteaux donde reemplazó a Dammartin, herido en Ollioules. Llegado ante Tolón, Bonaparte reunió su artillería: dos cañones de 24, dos de 16 y dos morteros. Era poca cosa. Las municiones escaseaban, pero la eficacia del tiro compensó las insuficiencias de personal y de material. El general Doppet, que sustituyó a Carteaux, escribió en sus *Memorias*:

> Este joven oficial une a sus muchos talentos una intrepidez nada habitual y la actividad más infatigable. En todas las revistas que hice a este ejército, siempre lo encontré en su puesto; si tenía necesidad de un momento de descanso, lo tomaba en el suelo y envuelto en un abrigo; nunca abandonaba sus baterías.

Se relaciona también con los jóvenes oficiales con los que hará la carrera: Duroc, Marmont, Victor, Suchet, Leclerc o Desaix.

> Durante la construcción de una de las primeras baterías, confiaría el Emperador a Las Cases, solicité sobre el terreno un sargento o un cabo que supiera escribir. Alguien salió de las filas y escribió al dictado, sobre el mismo parapeto. Apenas concluida la carta, una bala de cañón la cubrió de tierra. «Bueno, dijo el escribiente, parece que no voy a necesitar arena». Esta broma y la calma con la que fue dicha, atrajo mi atención y convirtió al sargento en un hombre afortunado; era Junot.

Los enviados especiales de la Asamblea Legislativa propusieron al capitán Bonaparte para el grado de jefe de batallón. Frente a la impericia del mando militar, presentó un plan de ataque. En él demuestra el convencimiento de su juicio: comprendió, en efecto, que la ocupación de la punta de la Éguillette podría volver indefendible la ensenada por parte de los ingleses. Lo que se necesitaba era apoderarse del fuerte Mulgrave, llamado Pequeño Gibraltar, que defendía la punta. Ese plan fue adoptado por Dugommier, el 25 de noviembre. El 11 de diciembre de 1793, se decidió la ofensiva. Cinco días más tarde, durante el bombardeo preliminar, la ráfaga de una bala de cañón tiró a Bonaparte al suelo. Rozó la muerte. Se lanzó el ataque; el 17, a la una de la madrugada, cayó el fuerte Mulgrave. Bonaparte recibió,

durante el asalto, un espontonazo en el muslo. El 18, los ingleses evacuaron Tolón, en tanto que, el 22, los enviados especiales nombraron a Bonaparte general de brigada. El nombramiento se ratificaría el 6 de febrero de 1794.

La protección de Robespierre el Joven le reportó el mando de la artillería. Salicetti lo envió a Niza para preparar una expedición contra Córcega. Bonaparte multiplicó los planes de ataque contra Italia. Se puso en marcha un proyecto que consistía en rodear los Alpes, en poder de las fuerzas del rey de Cerdeña, y apoderarse de Oneglia. Oneglia cayó el 9 de abril de 1794. Un éxito que confirmaba los puntos de vista del general Bonaparte. Pero, a pesar del apoyo de Robespierre el Joven, el Comité de Salvación Pública se mostró indiferente. Carnot habría preconizado una ofensiva a ultranza… en la frontera española. Bonaparte envió un informe titulado *Notas sobre la posición de nuestros ejércitos del Piamonte y de España*, para subrayar las ventajas de un ataque contra el Piamonte. Aseguraba que una guerra en España sería larga y costosa, y exigiría fuerzas enormes en razón del espíritu nacional que animaba a los españoles. Consideración que, por cierto, olvidaría en 1808. Por añadidura, el enemigo a batir era Austria: la guerra tenía que «golpear directa o indirectamente a esta potencia». Ahora bien, la guerra de España no afectaría en absoluto al Emperador. En cambio,

> si los ejércitos que están en la frontera del Piamonte adoptaran el sistema ofensivo, obligarían a la casa de Austria a proteger sus Estados de Italia, y entonces este sistema formaría parte del espíritu general de nuestra guerra… Si obtuviéramos grandes triunfos, en las próximas campañas podríamos atacar a Alemania a través de Lombardía, el Tesino y el condado del Tirol, mientras nuestros ejércitos del Rin atacarían por el centro.

En Italia, punto vulnerable del dispositivo enemigo, es donde habría que concentrar la ofensiva. En cambio, una ofensiva general, en todas las fronteras, como preconizaba el Comité de Salvación Pública, no conduciría a ningún resultado.

> La República no puede llevar a cabo la ofensiva con sus catorce ejércitos; no tendría los suficientes oficiales, ni suficiente artillería y caballería. Atacar por todas partes sería además un error militar: de ninguna manera se deben diseminar los ataques sino, al contrario, concentrarlos. Sucede con los sistemas de guerra como con los sitios de las plazas fuertes: se concentra el fuego contra un único punto; cuando se ha abierto una brecha y se ha roto el equilibrio, se puede prescindir de todo lo demás y se toma la plaza.

Es evidente que Italia no debe hacer que se pierda de vista el objetivo final: Austria. Realista, Bonaparte recordó los antiguos desastres. «Atacar a Alemania, nunca a España ni a Italia. Nunca debemos caer en la equivocación de penetrar en Italia (entiéndase Roma y Nápoles), mientras Alemania siga presentando un frente temible y no se haya debilitado».

Carnot se negaba a aceptar cualquier debilitamiento en la frontera española en provecho de la ofensiva en Italia. Tropezaba con Robespierre el Joven, que se había desplazado hasta París para defender las ideas de su protegido. ¿Justifica eso que se pueda escribir, con el capitán Colin, que «la injerencia de los Robespierre en los

asuntos militares los indispuso irrevocablemente ante el organizador de la victoria y provocó su perdición»? Mediante un golpe de mano, ¿ofreció Robespierre el Joven a Bonaparte trasladarse a París para reemplazar a Hanriot? Podemos imaginarnos entonces el curso diferente que habría tomado la Revolución. Lo cierto es que Bonaparte seguía siendo a los ojos de la Convención el «hombre de los Robespierre», «su planificador», según la expresión de un enviado especial. ¿Cómo pueden haber olvidado sus biógrafos que, en julio de 1794, Bonaparte se había convertido en un destacado general, un patriota digno de confianza, que había dado su aval a la Revolución? Tampoco podemos excluir que hubiera sentido hacia el Incorruptible una auténtica simpatía. Ambos hombres no llegaron nunca a conocerse, pero existían afinidades entre ellos: una juventud igualmente difícil; un carácter igualmente hermético; un mismo orgullo; una misma admiración por Rousseau. ¿Acaso no soñaron ambos con un Estado «donde no subsista ningún privilegio, donde la igualdad sea total, donde se desconozca la miseria, donde las costumbres sean puras, donde las leyes, expresión de la voluntad general, sean obedecidas y respetadas por todos»? En realidad, el joven oficial nunca se pronunció abiertamente a favor del Incorruptible. ¿Prudencia? ¿Indiferencia hacia la política interior? Es llamativa la carta que habría escrito el 20 de termidor a Tilly y que reproduce Coston: «Me he sentido un tanto afectado por la catástrofe de Robespierre el Joven, a quien estimaba y a quien creía puro; pero, aunque fuera mi hermano, lo hubiera apuñalado con mis propias manos de haber sabido que aspiraba a la tiranía». La autenticidad de la carta consiente algunas dudas, pero este Bonaparte puro y duro, a la manera de un Saint-Just, tendríamos la tentación de escribir, no nos parece inverosímil.

La desgracia

La caída de Robespierre dejó las manos libres a Carnot para dirigir las operaciones a su manera. Se dio la orden de interrumpir la ofensiva en la frontera italiana. Esta decisión suponía el fracaso de los planes elaborados por Bonaparte. Pero había algo más grave. El 13 de julio, Ricord, uno de los enviados especiales, había despachado a Bonaparte a Génova para que respondiera a una maniobra de intimidación de los austríacos, a comienzos de mes. Salicetti creyó, o fingió creer, que Robespierre y Bonaparte habían establecido un plan secreto en connivencia con el enemigo. El 9 de agosto de 1794, el general fue arrestado. Salicetti escribió a Arrighi, el 6 de agosto: «Me resulta imposible proteger a Bonaparte, sin traicionar a la República y sin perderme a mí mismo». Sin embargo, parece ser que Bonaparte no fue encarcelado en el Fort Carré de Antibes, sino simplemente puesto «bajo arresto disciplinario» en casa del hombre de negocios Laurenti, que le brindaba entonces hospedaje.

El general logró justificarse y fue «puesto en libertad» el 20 de agosto. En

realidad, los enviados especiales tenían necesidad de Bonaparte para hacer frente al contraataque piamontés. Dumerbion, que había recibido al comandante en jefe del ejército de los Alpes y de Italia, pidió su consejo. Al adoptar el plan de ataque sobre El Cairo, que le propuso Napoleón, consiguió asegurar al ejército de Italia una excelente base operativa para una futura invasión del Piamonte. «Debo al talento del general Bonaparte las sabias combinaciones que nos llevaron a la victoria», reconocía Dumerbion. Y se mantuvo preparado para una nueva ofensiva que pretendía, por consejo de Bonaparte, separar a los sardos de los austríacos. Carnot consiguió que se rechazara el proyecto.

Quedaba una esperanza: la expedición de Córcega siempre en estado de gestación. Pese a monopolizar sus pensamientos, Bonaparte se vio impedido con pesar a tomar parte en ella. Pero encontró un consuelo. En Marsella conoció, por mediación de su hermano José, a Désirée Clary, que pertenecía a una rica familia cuya fortuna se basaba en la jabonería y el comercio de tejidos con el Levante. A pesar de que José se iba a casar con la mayor de la casa, Julie, Napoleón obtenía el consentimiento de la menor, Désirée.

Pero el destino se encarnizaba con él. Bonaparte supo que había sido excluido de los mandos de la artillería y destinado al mando de una brigada de infantería en Vendée. Su decisión estaba tomada. Acudiría a París para explicarse y solicitar un mando en Provenza. Aubry, un antiguo capitán de artillería, se convirtió en el hombre fuerte del Comité de Salvación Pública para asuntos militares. Era a él a quien había que dirigirse, pero Aubry no prestó una buena acogida a las peticiones de Bonaparte, sospechoso para él de jacobinismo. Bajo el Directorio, por su alineamiento con la idea de una restauración monárquica, Aubry fue «fructidorizado» y murió en el exilio.

Para no tener que desplazarse a la Vendée, Napoleón solicitó una licencia. Es probable, por lo demás, que se encontrase enfermo. Su estado de ánimo se veía afectado por el enfriamiento de sus relaciones con Désirée Clary y un innegable apuro financiero. Viva imagen de la desesperación, símbolo del desencanto, Bonaparte paseaba una curiosa silueta por las calles de París. La futura duquesa de Abrantès, que lo conoció entonces, nos ha dejado un pintoresco retrato suyo:

> En esa época, Napoleón era tan feo y se cuidaba tan poco que sus cabellos, mal peinados y mal espolvoreados, le conferían un aspecto desagradable. Todavía lo veo entrando en el patio del palacete de la Tranquillité, atravesándolo con paso torpe e incierto, tocado con un tosco sombrero redondo, hundido hasta las cejas, que dejaba pender sus dos orejas de perro sobre el redingote, las manos largas, enjutas y negras, sin guantes porque, decía, era un gasto inútil, con botas mal acabadas y mal enceradas, y luego todo ese conjunto enfermizo consecuencia de su delgadez y su tez amarillenta.

Probablemente, fue en esta época cuando escribió un esbozo de novela, *Clisson et Eugénie*. Clisson es Bonaparte.

> Clisson había nacido para la guerra. Siendo todavía niño, conocía la vida de los grandes capitanes. Meditaba en los principios del arte militar en una época en la que los chicos de su edad iban a la escuela y

buscaban a las chicas. A partir de la edad de llevar armas, cada uno de sus pasos estuvo marcado por acciones brillantes. Sus victorias se sucedían y su nombre era conocido por el pueblo como el de uno de sus más queridos defensores.

Eugénie es Désirée.

Ella tenía dieciséis años. Era dulce, buena y despabilada, con ojos bonitos y una estatura normal. Sin ser fea, tampoco era una belleza, pero la bondad, la dulzura y una intensa ternura formaban parte esencial de su naturaleza.

Herido en combate, Clisson envía a Berville, su ayudante de campo, para que tranquilice a Eugénie. Pero los dos jóvenes se enamoran uno del otro. Clisson comprende su infortunio y decide morir en el curso de una batalla que debe librar:

¡Adiós, tú a quien había escogido como árbitro de mi vida, adiós, compañía de mis días más hermosos! En tus brazos disfruté de la dicha suprema. Había apurado la vida y sus bienes. ¿Qué me quedaba para la edad futura sino la saciedad y el hastío? A los veintiséis años, he agotado los placeres efímeros de la reputación, pero en tu amor paladeé el suave sentimiento de la vida del hombre. Ese recuerdo desgarra mi corazón. ¡Que puedas tú vivir ya sin pensar en el desdichado Clisson! ¡Besa a mis hijos! Que no tengan el alma ardiente de su padre; serían como él víctimas de los hombres, de la gloria y del amor.

Este adiós de Clisson a punto de expirar, «atravesado por mil disparos», es también el adiós de Bonaparte a la vida. Vuelve a aparecer en él la tentación suicida. A pesar de su genio, la suerte le ha sido funesta. Ha fracasado en todo.

Debates abiertos

Las dificultades materiales con las que chocó la familia Bonaparte suscitaron testimonios contradictorios; pueden leerse los balances de Gaffarel, *Les Bonaparte à Marseille, 1793-1797* (Marseille, 1905), y de P. Masson, *Marseille et Napoléon* (París, 1920). O. Lemoine, *Le Capitaine Bonaparte à Avignon* (1899), disipó las leyendas que rodeaban la participación, sostenida por los eruditos locales, de Napoleón en el combate de Aviñón. Jacques Fradin realizó una nueva puesta al día, «Le capitaine Bonaparte à Avignon», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1985, n.° 144, pp. 11-36. El *Mémorial* proporciona un relato bastante adornado del sitio de Tolón del que se adueñó la imaginería de Épinal. Se encuentran útiles precisiones en Du Teil, *L'Ecole d'artillerie d'Auxonne et le siège de Toulon* (1897); Cottin, *Toulon et les Anglais en 1793* (1898); Nel, *Bonaparte au siège de Toulon*; Agulhon, Vovelle y E. Constant, *Histoire de Toulon* (1980). Mediocre es Recouly, *L'Aurore de Napoléon, Bonaparte à Toulon* (1921). Fue en Tolón donde Bonaparte contrajo la sarna (Helmerich, *Le Secret de Napoléon*, p. 138) en circunstancias distintas a las heroicas relatadas por el *Mémorial*.

¿Fue Napoleón un jacobino convencido? Así lo cree Aulard: «Bonaparte républicain», *Études et leçons sur la Révolution*, 9.ª serie, pp. 71-92. El problema de

las relaciones con Robespierre fue retomado por J. Tulard, «Robespierre vu par Napoléon», *Actes du colloque Robespierre* (1965). Bonaparte pensaba que el Incorruptible se disponía a poner fin a la Revolución después de depurar la Convención de sus representantes más corruptos.

La oposición de Carnot a los proyectos de Napoleón en Italia es incuestionable, pero no debe exagerarse: véase Reinhard, *Le Grand Carnot*, t. II. La fecha del arresto y el lugar del encarcelamiento de Bonaparte suscitaron una abrumadora cantidad de estudios con frecuencia contradictorios. ¿Cuál fue, en especial, el papel exacto desempeñado por Salicetti? Mauguin intentó elucidarlo: «Salicetti et l'arrestation de Bonaparte à Nice», *Revue des Études napoléoniennes* (nov.-dic. de 1934). Augustin-Thierry («Un amour inconnu de Bonaparte», *La Revue des Deux Mondes*, 15 de nov. de 1940) atrajo la atención sobre el idilio entre Napoleón y Émilie Laurenti en marzo de 1794. El padre de Émilie habría evitado que Bonaparte viajara a París después de su arresto, al obtener, gracias a una fianza, que el oficial cumpliera su arresto en la casa de sus huéspedes.

Sobre las operaciones de Italia, se han conservado todos los planes de Napoleón; los analiza Camon, *La Première Manoeuvre de Napoléon* (1937), y, de forma general, Krebs y H. Moris, *Campagnes dans les Alpes pendant la Révolution 1792-1793* (1891).

Hochschild se refiere a la relación con Désirée Clary, *Désirée, reine de Suède et de Norvège* (1888), que completa Girod de l'Ain, *Désirée Clary d'après sa correspondance inédite avec Bonaparte, Bernadotte et sa famille* (1959). Se puede leer también F. Verang, *La Famille Clary et Oscar II* (Marsella, 1893).

La datación de *Clisson et Eugénie* suscitó muchas polémicas, toda vez que su autenticidad parece poco dudosa. F. Masson (*Napoléon dans sa jeunesse*, p. 111) ha puesto en tela de juicio que la pasión desdichada por Désirée haya inspirado a Bonaparte *Clisson et Eugénie*, que más bien sitúa hacia 1789, a causa de las analogías con la *Nouvelle Corse*. No quiere ver en ello sino la influencia de Rousseau. Es difícil admitir el punto de vista de Masson: al igual que Bonaparte, Clisson tiene veintiséis años en 1795; Eugénie tiene dieciséis años, la edad de Désirée cuando Bonaparte la vio por primera vez; y se llamaba Désirée-Eugénie. Askenazy, que publicó la primera *Clisson et Eugénie* (*Manuscrits de Napoléon en Pologne, 1793-1795*, Varsovia, 1929), señalaba una laguna a mitad de la novela. Estos pliegos pertenecían a la colección de André de Coppet (para su historia, véase J. Gallini, «L'étrange odyssée de *Clisson et Eugénie*», *Revue de l'Institut Napoléon*, julio de 1955, pp. 82-92) y se revendieron en Londres. El texto completo puede encontrarse en Napoleón, *Oeuvres littéraires* (ed. Tulard), t. II, pp. 440-453. Para la evolución de la rúbrica de Napoleón: Ciana, *Napoléon, autographes, manuscrits, signatures* (1939).

Capítulo 4

El hombre de Barras

> París volvió a ser muy alegre. Hubo hambruna, es cierto, pero el Perron resplandecía, el Palais-Royal estaba lleno, y todos los espectáculos a rebosar. Luego abrieron esos bailes de las víctimas, en que la impúdica lujuria revolcaba en la orgía su falso duelo. Pocos días después de Termidor, sus padres llevaron al teatro a un hombre que todavía vive y que tenía por entonces diez años, y a la salida quedó maravillado por la larga fila de vehículos deslumbrantes que, por primera vez, impactaban su vista. Había gente con traje, que se quitaba el sombrero y preguntaba a los espectadores que salían: «¿Necesita un coche, señor mío?». El niño no comprendió muy bien esos términos novedosos. Pidió que se los explicaran y le contestaron tan solo que se había producido un gran cambio con la muerte de Robespierre.

Así concluye Michelet su *Historia de la Revolución*. Muy pronto, en efecto, se rasgó el telón que dejaba al descubierto las intenciones de los vencedores de Robespierre, que ahora se llamaban «termidorianos», amalgama de girondinos supervivientes, dantonistas prudentes y montañeses arrepentidos, dominada por la «mayoría silenciosa» de la Plaine. El programa de esos termidorianos puede sintetizarse en una frase proferida por Boissy d'Anglas: «un país gobernado por los propietarios pertenece al orden social, pero aquel en el que gobiernan los no-propietarios se encuentra en el estado de naturaleza». Lo que implicaba que, a partir de ese momento, la Revolución tenía que paralizarse antes de que las reivindicaciones de los *sans-culottes* hubieran sido satisfechas. Los suburbios de la capital fueron su amarga constatación. Una vez más los «patriotas» se lanzaron a la calle a causa de la penuria provocada por la mala cosecha y la supresión de las requisas para asegurar el funcionamiento del servicio público, la asombrosa alza de los precios y el aumento del paro. Tomaron por asalto la Convención el 12 de germinal del año III (1 de abril de 1795), pero fueron dispersados por la Guardia Nacional, al carecer de cabecillas. Se produjo un nuevo levantamiento, el 1 de prairial (20 de mayo). La consigna era «¡Pan y Constitución de 1793!». De nuevo se dejó sentir la carencia de dirigentes. Las tropas que seguían siendo leales a la Convención y los batallones de la Guardia Nacional procedentes de las secciones del oeste dispersaron con facilidad a los manifestantes. Actualmente, se consideran estas últimas «jornadas» revolucionarias más como motines provocados por el hambre que como verdaderas insurrecciones políticas. Sin embargo la represión no fue menos despiadada. El personal de las secciones quedó diezmado y se desarmó a los *sans-culottes*: París fue aplastado, y ya no volvería a agitarse en treinta años.

«El mantenimiento de las propiedades constituye el fundamento del cultivo de la tierra, de toda producción, de cualquier medio de trabajo y del entero orden social», insistían los termidorianos. Defensa de la propiedad, desde luego, aunque es necesario precisar: de la propiedad tal como estaba repartida en 1795. Los termidorianos integraban el partido de los beneficiarios de la Revolución, de quienes habían comprado las propiedades de la Iglesia o los nobles emigrados, especulado con los suministros a los ejércitos o la devaluación del papel moneda, y acaparado los grandes empleos públicos. El postulado fundamental del programa era no poner en cuestión la venta de los bienes nacionales. Un programa que les proporcionaba a los termidorianos el apoyo del campesinado acomodado, mayoritario comprador de tales

bienes. En cambio, conllevaba asimismo el rechazo a cualquier idea de restauración del Antiguo Régimen. La fracción termidoriana contaba con demasiados regicidas entre sus miembros como para sopesar un posible retorno de Luis XVIII, hermano del rey mártir, incluso llevado al poder por sus partidarios más moderados, sólidamente implantados en el oeste, el centro y el sur.

Después de haber votado la constitución de 1795 que confería el poder ejecutivo a cinco directores y el legislativo a dos consejos, los Ancianos y los Quinientos, la Convención tenía que disolverse. Se habían previsto nuevas elecciones. Ahora bien, las intenciones conservadoras de los termidorianos seguían siendo mal conocidas por los notables provinciales que las asociaban con los excesos del Terror. ¿No se corría acaso el riesgo de asistir a un maremoto realista que impugnaría si no el poder colectivo de la burguesía, al menos sí el de los vencedores de Robespierre? Los decretos de los días 22 y 30 de agosto de 1795, que estipulaban que dos tercios de los nuevos diputados debían elegirse entre los convencionales, pretendían sobre todo apartar de las asambleas a «monarchiens» y «feuillants», partidarios de una realeza constitucional. Y habían de suscitar una nueva revuelta parisina.

El General Vendimiario

Se había vivido la insurrección del París *sans-culotte*, y se descubría ahora, por vez primera, en 1795, otro rostro de la capital: la sublevación de las secciones realistas. El decreto de los dos tercios había sido muy mal recibido por la opinión pública, se veía en él sobre todo la voluntad de los convencionales de mantenerse en el poder: en París, la totalidad de las secciones, salvo una, lo rechazó. Para los realistas moderados, era una buena ocasión para intentar apoderarse por la fuerza de un poder que ya no podían esperar conquistar por la vía legal de las elecciones.

Con el anuncio de los disturbios producidos en Dreux, siete secciones parisinas, instigadas por la de Le Peletier, sede de la Bolsa, se declararon en estado de insurrección, el 11 de vendimiario (3 de octubre de 1795). El movimiento arrastró tras sí a todos los descontentos. Como el comandante de la fuerza armada, Menou, un antiguo noble, disimulaba mal su simpatía por los insurgentes, la Convención confió la responsabilidad de las operaciones a una comisión de cinco miembros, entre los cuales se encontraba Barras, el verdadero vencedor del 9 de termidor.

> De lo que se trataba ahora no era de combatir contra patriotas extraviados, se puede leer en las memorias publicadas bajo su nombre, sino contra un cuantioso número de batallones de la Guardia Nacional. Estos honrados burgueses, que se autodenominaban y tal vez se creían republicanos, no se percataban en absoluto de que habían puesto al frente de ellos a cobardes conspiradores con privilegios. Lo mejor que se podía hacer, para combatir a tan serios adversarios, era enfrentarles a sus enemigos naturales, los patriotas encarcelados como consecuencia de las reacciones de Termidor.

Barras pensó naturalmente ponerlos bajo las órdenes de generales jacobinos que,

desde Termidor, carecían de empleo en París. Ahora bien, precisamente, Bonaparte, a quien había conocido en el sitio de Tolón, no dejaba de acosarlo para obtener un mando. Lo hicieron llamar. Solo por pura perfidia el redactor de las *Memorias de Barras* afirma que Bonaparte ya se había puesto en contacto, sin éxito, con miembros de la sección Le Peletier. Aunque Bonaparte, a su vez, en el relato que ofrecería de la jornada del 13 de vendimiario, deformaba mucho los hechos. Según el *Memorial*, los convencionales lo habrían llamado para reemplazar a Menou. Y él se lo habría pensado mucho:

> ¿Era prudente declararse, hablar en nombre de Francia? Incluso la victoria tendría algo de odioso, mientras que la derrota nos condenaría para siempre a la execración de las razas futuras. Pero, por otro lado, si sucumbiera la Convención, ¿en qué se convertirían las grandes verdades de nuestra Revolución? La derrota de la Convención ungiría la frente del extranjero y certificaría la vergüenza y la esclavitud de la patria.

Por eso se decidió. Aceptó el mando, pero puso sus condiciones. Démosle la palabra:

> Describió enérgicamente la imposibilidad de dirigir una operación tan importante con tres representantes que, en la práctica, ejercían todos los poderes y obstaculizaban todas las operaciones del general; añadió que había presenciado el suceso de la Rue de Vivienne, que los más culpables habían sido los comisarios, y, sin embargo, en el seno de la Asamblea, se habían comportado como acusadores triunfantes. Sorprendido por estas razones, pero en la imposibilidad de destituir a los comisarios sin una larga deliberación de la Asamblea, el Comité, para conciliarlo todo, puesto que no había tiempo que perder, decidió designar al general en la Asamblea misma. En esta perspectiva, propuso a Barras a la Convención como general en jefe y entregó el mando a Napoleón quien, por ello, se veía liberado de los tres comisarios, sin que tuvieran motivo de queja.

En este relato, todo es falso. La Convención no designó a Bonaparte para la comandancia en jefe. Ni las actas de la Asamblea ni *Le Moniteur* mencionan su nombre. Un nombre todavía oscuro, por otra parte, al contrario que el de Barras, que ya había salvado a la Convención en Termidor. ¿Fue acaso segundo jefe, el 13 de vendimiario? Probablemente fue llamado a reincorporarse al servicio con otros oficiales sin empleo. Los documentos tienen un carácter formal: «Los Comités de Salud Pública y de Seguridad General decretan que el general Bonaparte será empleado en el ejército del Interior, bajo las órdenes del representante del pueblo Barras, general en jefe de este ejército».

Este a su vez deformó la verdad al aseverar: «Durante la jornada, Bonaparte no se movió del Carrousel, mi cuartel general, solo lo abandonó para cumplir una misión en el Pont-Neuf, que acababa de ser abandonado por Carteaux». Las disposiciones que se adoptaron parecen haber sido obra de Napoleón. Las fuerzas de las que disponía la Convención eran mediocres: entre cinco y seis mil hombres, sin artillería ni municiones. Fue Bonaparte quien dio la orden a Murat, jefe de escuadrones en el 21 de cazadores, de apoderarse de las piezas del campo de los Sablons y de llevarlas a las Tullerías. Fue también él quien tomó las disposiciones necesarias para asegurar la

defensa de la Convención cerrando con la artillería el paso a las avenidas que conducían a las Tullerías e impidiendo así a las secciones insurgentes concentrar, como el 10 de agosto, sus fuerzas bajo las ventanas del palacio. No había asistido inútilmente a la caída de la monarquía en 1792. En cambio, no barrió a cañonazos a los realistas apostados en los escalones de Saint-Roch, ya que una descarga como esa era imposible, habida cuenta de la topografía, y fue Barras quien, al desplazarse a los principales puntos del combate, galvanizó a las tropas de la Convención. La falta de combatividad de los guardias nacionales, su carencia de artillería y la ineptitud del comandante de los insurgentes, Danican, facilitó la victoria.

Por primera vez desde Tolón, Bonaparte se encontraba en el bando de los vencedores. Los oficiales que habían salvado a la Convención se presentaron en la Asamblea el 17 de vendimiario. Fréron recordó que la mayoría de ellos habían sido destituidos como patriotas por Aubry. «No olvidéis, exclamó Fréron, que el general de artillería Bonaparte, nombrado en la noche del 12 para reemplazar a Menou y que solo pudo contar con la mañana del 13 para tomar las prudentes disposiciones cuyos afortunados efectos habéis presenciado, había sido apartado de su arma para hacerle entrar en la infantería». Con la complicidad de Barras, Fréron, que pretendía la mano de la bella Pauline, favoreció a su futuro cuñado el general Bonaparte. Este recibió oficialmente el nombramiento de segundo general del ejército del Interior; el 24 de vendimiario se convirtió en general de división; confirmado en su grado, tomó el mando del ejército del Interior después de la dimisión de Barras, el 3 de brumario del año IV. Por esta razón se le encargó el mantenimiento del orden en la capital, puesto de confianza, aun cuando perdiera su importancia desde el aplastamiento de las oposiciones de derecha y de izquierda. Desmanteló la Guardia Nacional y reorganizó la legión de policía destinada a reemplazarla, depurando a los elementos realistas precedentemente nombrados por Aubry. Pero también tuvo que hacer frente a la penuria: nueva subida del pan, privación de leña y un paro empeorado todavía más por la prolongación de la crisis. Para prevenir la explotación del descontento a las puertas de las panaderías o en los mercados, asestó un golpe a los jacobinos cerrando el club del Panteón donde se reunían. Hizo maniobrar a sus tropas —disponía de un efectivo cercano a los cuarenta mil hombres, cifra entonces nada desdeñable— por las calles de París para disuadir a los instigadores. Retengamos una anécdota, tal vez apócrifa, reproducida en el *Memorial*.

> Napoleón tuvo que hacer frente sobre todo a una gran carestía que dio lugar a varias escenas populares. Un día como otros en que la distribución había fallado y se habían formado numerosas aglomeraciones a las puertas de las panaderías, Napoleón pasaba con parte de su estado mayor para velar por la tranquilidad pública; gran parte del populacho, sobre todo mujeres, lo rodeó y lo hostigó, exigiendo pan a grandes gritos; la muchedumbre fue aumentando, crecieron las amenazas, y la situación se volvió de lo más crítica. Una mujer monstruosamente gruesa y gorda se hizo notar especialmente por sus gestos y sus palabras: «Todo ese montón de charreteras, gritó apostrofando al grupo de oficiales, se burlan de nosotros; como comen y engordan mucho, les da totalmente igual que el pobre pueblo se muera de hambre». Entonces, Napoleón la interpeló: «Criada, mírame bien, ¿quién es el más gordo de los dos?». Resulta que Napoleón era por aquella época extremadamente delgado. «Era un auténtico pergamino», decía. Una risa general

desarmó al populacho, y el estado mayor pudo proseguir su camino.

De esta época data su relación con Josefina Tascher de la Pagerie, viuda de un general guillotinado y madre de dos hijos; la había conocido antes de Vendimiario en casa de Barras. Ya había olvidado a Désirée y algunos otros amoríos que le atribuye con razón o sin ella la duquesa de Abrantès. Josefina, que tenía treinta y tres años, presentaba un aspecto algo ajado, si damos crédito a sus contemporáneos. Había entrado «francamente en decadencia», escribe Luciano. Con una boca «equipada con dientes amarillentos, cariados y pestilentes», según uno, un «contorno pectoral carente de gracia y los pies un poco grandes», según otro, Josefina apenas sería tentadora si no poseyera el arte de agradar. Ante todo, supo hechizar a Barras, que la tomó como una de sus amantes. Ahí reside quizá la razón de la fascinación que ejerció sobre Bonaparte: contaba con ella para obtener de Barras, que se había vuelto todopoderoso después de Vendimiario, un mando importante. Pero al interés se alió el placer. Por lo demás, Josefina no tenía ninguna necesidad de desplegar las habilidades que le atribuye un panfleto de la época, *Zoloé*, para enardecer a un novicio como Bonaparte.

> Me despierto lleno de ti, le escribe. Tu retrato y el recuerdo de la embriagadora velada de ayer no han concedido ningún reposo a mis sentidos. Dulce e incomparable Josefina, ¿qué extraño efecto producís en mi corazón? ¿Estáis enojada? ¿Os veo triste? ¿Estáis inquieta? Mi alma está partida de dolor y no hay sosiego alguno para vuestro amigo. Pero ¿todavía hay más reservado para mí, cuando, rendido al sentimiento profundo que me abruma, extraigo de tus labios, de tu corazón, una llama que me abrasa? ¡Ah, esta noche me he dado cuenta cabal de que tu retrato no eras tú! Te marchas a mediodía. Te veré dentro de tres horas. En la espera, *mio dolce amor*, recibe un millón de besos, pero no me los des tú, porque harían que mi sangre se inflamase.

Es evidente que Bonaparte no era Laclos. Las penosas bobadas de esta carta —y de las siguientes— abogaría a favor de una pasión sincera. ¿No hay que ver la mejor prueba de esta sinceridad en la boda celebrada el 9 de marzo de 1796 entre Napoleón Bonaparte y Josefina de Beauharnais? Sin duda, mediante este matrimonio, el general esperaba unirse de un modo más estrecho a la facción que gobernaba Francia, en una de cuyas egerias se había convertido Josefina. Pero es poco verosímil que Barras le hubiera impuesto esta ceremonia como contrapartida al mando del ejército de Italia. Al menos por una vez, el papel que desempeñó el sentimiento en este hombre pragmático no fue nada desdeñable. Es forzoso reconocer que semejante unión causó una cierta extrañeza a unos contemporáneos impasibles a pesar de todo.

El ejército de Italia

La guerra continuaba. Es cierto que España, Holanda y Prusia acababan de retirarse de la coalición destinada a aplastar la Revolución francesa. Pero el enemigo principal, Inglaterra, seguía siendo inaccesible. Era pues necesario castigar a su

aliado continental: Austria. ¿Y no era acaso Italia quien ofrecía su punto más vulnerable? Tal era la idea de Bonaparte, ya expresada en la época de Robespierre y desarrollada ante el Directorio al que acudía cotidianamente a dar cuenta de la situación en la capital. De hecho, Carnot siguió mostrándose hostil a cualquier ofensiva de ese género, y apenas se podía contar con el comandante en jefe del ejército de Italia, Scherer, escéptico y desengañado, para lanzarse sobre el Piamonte. ¿Acaso no escribió este a Masséna?:

> Necesito el informe de Aubernon (un comisario ordenador) para tapar la boca a los intrigantes que, desde París, pretenden que podríamos hacerlo mucho mejor de lo que lo hemos hecho. Adivina usted a quien me refiero, a Bonaparte, que acosa al Directorio y al ministro con proyectos a cada cual más insensato y que a veces parece que se le escucha.

Masséna consideraba a Bonaparte como un intrigante y Augereau lo calificaba de imbécil. No obstante, Scherer, cansado por las críticas de las que era objeto el ejército de Italia, presentó su dimisión el 4 de febrero. Al recibir la carta, los directores llamaron a Bonaparte, que les habría vuelto a exponer sus ideas. Según las *Mémoires* de La Révellière-Lépeaux, estas ideas fueron aceptadas en parte y, a propuesta de Carnot, Bonaparte recibió la sucesión de Scherer. Barras se habría contentado con aprobar esta decisión.

El plan de conjunto establecido por Carnot consistía en lanzar tres ejércitos sobre Viena. Mandados por Jourdan, Moreau y Bonaparte, debían marchar sobre la capital austríaca, el primero (ochenta mil hombres) por el valle del Main, el segundo (asimismo de ochenta mil hombres) por el valle del Danubio, rutas clásicas utilizadas ya en el siglo XVII, y el tercero, finalmente, por la llanura del Po y los valles de los Alpes austríacos. Inicialmente, el ejército de Italia solo debía ejercer un papel estático: proporcionar una distracción. Bonaparte consiguió sin embargo que participase en la ofensiva.

El 26 de marzo, estaba en Niza. Al día siguiente, recibió a sus subordinados Masséna, Sérurier, Laharpe y Augereau. Su autoridad se impuso, aun cuando la leyenda haya adornado un tanto este primer encuentro. El 28, Bonaparte escribió al Directorio que había sido muy bien recibido. Aunque denunció la escasez de las tropas que le eran confiadas. No hay que exagerarla a pesar de todo. El comisario del Directorio Salicetti, que se encuentra nuevamente al lado de Bonaparte, ya se había puesto manos a la obra para movilizar todos los recursos. Otra leyenda: la famosa proclamación «Soldados, estáis desnudos y mal alimentados». Data de Santa Elena, pero podemos considerar que resume bastante bien las arengas más largas y más deslavazadas pronunciadas ante los regimientos de infantería, pasados apresuradamente en revista antes de la ofensiva.

No entraremos aquí en el detalle de una campaña que ha provocado la admiración de todos los estrategas.

Dos ejércitos, uno austríaco y otro sardo, compuestos por setenta mil hombres,

tenían en su poder la ladera interior de los Alpes y del Apenino de Coni en Génova, que aseguraba la defensa del Piamonte. Bonaparte disponía de treinta y seis mil hombres. Su plan consistía en separar los dos ejércitos enemigos. Atravesando por el paso de Cadibone y el valle de la Bormida, se introdujo entre ellos, atacando a su derecha a los austríacos en Montenotte, el 12 de abril, y en Dego, el 14 de abril, y aplastando a su izquierda a los sardos en Millesimo, el 13 de abril. Separadas de sus aliados austríacos, las tropas del rey de Cerdeña fueron derrotadas de nuevo en Mondovì, el 21 de abril, y reclamaron un armisticio en Cherasco, seis días más tarde. Se había forzado el cerrojo piamontés.

Barridos los sardos, Bonaparte se volvió contra los austríacos. Estos le esperaban en la orilla izquierda del Po, hacia Pavía; pero apareció por el sur, después de haber atravesado el río en Plaisance. Temiendo ser desbordados, los austríacos se retiraron sin combatir hasta el Adda, donde Bonaparte los forzó al mortífero combate del puente de Lodi, el 10 de mayo. Sin pegar un tiro, Lombardía se había liberado de la dominación austríaca. Milán acogió a Bonaparte como a un liberador. El general colocó al frente de su municipalidad a patriotas moderados, burgueses y nobles liberales, y Milán se convirtió en un centro de atracción para todos los patriotas de la península. Aterrorizados, los duques de Parma y de Módena se apresuraron a solicitar la paz, que Bonaparte les concedió a cambio de gravosas contribuciones de guerra de las que solo una parte llegó a París. El 13 de mayo, Bonaparte recibió las directivas de Carnot que le ordenaban renunciar provisionalmente a la invasión del Tirol, orden que el general acató sin dificultades, ya que Moreau y Jourdan parecían afectados de inmovilismo. Carnot también le anunciaba que se encargaría a Kellermann la organización de la defensa del Piamonte, a lo que Bonaparte se negó en nombre de una indispensable unidad de mando en Italia. El tono enérgico de la carta del vencedor de Lodi, que fue seguida por su dimisión, cogió por sorpresa al Directorio, que cedió. La rapidez de sus éxitos militares había sorprendido al propio Bonaparte, le confirmaba en la idea de su propio valor y espoleaba su ambición. «Después de Lodi —dirá más tarde Napoleón—, ya no me consideré un simple general sino un hombre llamado a influir sobre la suerte de un pueblo. Se me ocurrió la idea de que podía volverme un actor decisivo en nuestra escena política».

No obstante, le convenía seguir siendo prudente, y obedeció a los requerimientos del Directorio que, influenciado por La Révellière-Lépeaux, le invitaba «a hacer que se tambaleara la tiara del pretendido jefe de la Iglesia Universal». El ejército francés ocupó Bolonia, Ferrara y Longo: el papa consintió finalmente en establecer negociaciones en las que Bonaparte desempeñó un papel ambiguo: mientras formulaba en sus cartas al Directorio acusaciones contra la «clerigalla», no dejaba de manifestar bajo mano, en su correspondencia con el cardenal Mattéi, una gran deferencia hacia el Santo Padre. Más que de una convicción real —había calibrado la fuerza del sentimiento religioso en Italia—, se trataba de una preocupación por preparar el porvenir.

Sin embargo, en Alemania la situación se trastocaba; el archiduque Carlos venció a Jourdan el 24 de agosto; Marceau murió en Altenkirchen; y Moreau llevó a cabo, en condiciones dudosas, un repliegue calificado como «estratégico». Cuando los austríacos, liberados de toda preocupación en el oeste, se volvieron hacia el sur, la posición de Bonaparte se tornó precaria.

La partida se jugó en Mantua, plaza fuerte que dominaba los valles del Mincio y del Adigio, vías de acceso de los ejércitos austríacos hacia Italia. La lucha duró seis meses, del 1 de agosto de 1796 al 2 de febrero de 1797. Un ejército de setenta mil hombres dirigido por Würmser intentó liberar la ciudad sitiada por Bonaparte. Pero fue derrotado en Lonato y Castiglione, los días 3 y 5 de agosto de 1796. En cinco días Würmser perdió veinte mil prisioneros y cincuenta cañones.

Un mes más tarde, Würmser lanzó una nueva ofensiva por el valle del Adigio con un segundo ejército compuesto por cincuenta mil hombres. Bonaparte tomó la delantera, aniquiló la vanguardia en Roverdo, el 4 de septiembre, y luego atropelló al propio Würmser en Bassano, cuatro días más tarde. Los supervivientes austríacos se lanzaron sobre Mantua, que quedó definitivamente bloqueada tras un último combate librado por Würmser, el 15 de septiembre. Duración de la campaña: doce días.

En noviembre, se le entregó a Alvinzi el mando de un tercer ejército, cuyos efectivos eran equiparables a los del ejército de Würmser. Esta vez Bonaparte, a falta de refuerzos, dio muestras de encontrarse en dificultades, y evacuó Verona. En realidad, se trataba de una trampa. Mediante un audaz movimiento en tenaza, tomó al enemigo por la espalda en los pantanos de Arcola. Al término de una batalla de tres días, Alvinzi tuvo que replegarse.

Este realizó un último esfuerzo, en enero de 1797. Disponía de setenta y cinco mil hombres, pero cometió el error de dividirlos para rodear a Bonaparte. El principal choque tuvo lugar en la llanura de Rívoli, en la desembocadura del Adigio, el 14 de enero de 1797. Bonaparte tenía la ventaja de conocer el terreno y de disponer de valiosos oficiales, Joubert, Masséna y, sobre todo, Berthier, perfecto jefe de estado mayor. Masséna derrotó al enemigo a la izquierda, y las cargas de caballería de los cazadores de Lasalle enderezaron la situación en el centro y a la derecha, donde Quasdanovitch tenía superioridad numérica. Bonaparte se hizo finalmente con la victoria. El 2 de febrero, Mantua capitulaba. Amo del norte de Italia, con las manos libres en el centro de Italia (donde el papa firmaba con Francia el tratado de Tolentino, el 17 de febrero) y seguro de la prudente neutralidad de Nápoles, Bonaparte se puso en marcha en dirección a Viena. Ahora, era el ejército de Italia quien tenía reservado el papel principal, mientras que los ejércitos franceses de Alemania estaban acantonados en maniobras de distracción. Viena lanzó contra Bonaparte a su mejor general, el archiduque Carlos. En vano. Las tropas francesas forzaron el paso de la Piave, del Tagliamento, del puerto de Tarvis y se encontraban en Semmering, a cien kilómetros de Viena, cuando un armisticio de cinco días interrumpió, el 7 de abril, las operaciones. ¡Ya era hora! «El ejército de Italia se

expone en solitario a los empujes de una de las primeras potencias de Europa», se quejaba Bonaparte. Finalmente, Hoche y Moreau se movieron; y los austríacos transformaron el armisticio, renovado el 13 de abril, en los preliminares de la paz en Leoben, el 18.

De esta forma, contrariamente a las previsiones del Directorio, fue Bonaparte quien asestó el golpe decisivo a Austria. Sus victorias se lograron gracias a dos tipos de combinaciones estratégicas que sorprendieron al enemigo: la maniobra de desborde, que le permitió apoderarse del Milanesado sin entablar verdaderamente combate, únicamente gracias a las piernas de sus soldados; y la maniobra en líneas internas, que auspiciaba, detrás de una cortina formada por una vanguardia desplegada ante el enemigo, convencido de habérselas con el grueso del ejército, operaciones destinadas a sorprenderlo en uno de los puntos débiles de su dispositivo. Todo se basaba en la resistencia de las tropas. Podemos citar el caso de la división Masséna: el 13 de enero de 1797, combatía en Verona; la siguiente noche recorría, por caminos nevados, treinta y dos kilómetros; llegaba el 14 por la mañana a la meseta de Rívoli; batallaba allí durante toda la jornada del 15; a continuación, atravesaba más de setenta kilómetros en treinta horas; y el 16, llegaba a tiempo para decidir la victoria a favor de los franceses en la Favorita, ante Mantua. «Había hecho más de cien kilómetros y participado en tres batallas en cuatro días».

La explotación política de la victoria

¿Cuál fue la razón principal de tales hazañas? La fidelidad al jefe. Porque Bonaparte supo ganarse de entrada a sus soldados no solo por las ventajas materiales (como, por ejemplo, el pago de la mitad del sueldo en efectivo), sino creando también un estado anímico especial en el ejército de Italia. Pudo comprobarse en 1797 cuando se enviaron refuerzos procedentes de Alemania: la amalgama se llevó a cabo con dificultad.

Este estado anímico, Bonaparte lo creó sirviéndose de la prensa. La idea no era nueva, pero nunca antes había sido explotada tan sistemáticamente. El 1 de termidor del año V se fundó *Le Courrier de l’armée d’Italie ou le patriote français à Milan*, cuya redacción se había encargado a Jullien, un antiguo jacobino, que había estado implicado en la conjura de Babeuf antes de pasar al servicio de Bonaparte. Su éxito conllevó la publicación de otro periódico, *La France vue de l’armée d’Italie*, bajo la dirección de Regnault de Saint-Jean-d’Angély, que había pertenecido a la Constituyente y representaba al ala moderada de la Revolución con respecto a Jullien. Distribuido gratuitamente, *Le Courrier de l’armée d’Italie* informaba a los soldados de las noticias procedentes de Francia, y naturalmente trataba de orientarlas políticamente en el sentido deseado por Bonaparte. También tenía la misión de reforzar el apego de los hombres a su jefe, a quien se presentaba del siguiente modo

en el número del 23 de octubre: «vuela como el relámpago y golpea como el rayo. Está en todas partes y todo lo ve». *La France vue de l'armée d'Italie* exaltaba por lo demás las costumbres austeras de este semidiós:

> Si nos adentrásemos en su intimidad, encontraríamos al hombre sencillo, que cuando está con su familia renuncia con naturalidad a su grandeza; su mente está ocupada habitualmente por alguna gran idea que solo suele interrumpir la comida o el sueño; y dice a quienes ama con una digna sencillez: «He visto reyes a mis pies, habría podido tener cincuenta millones en mis cofres, habría podido aspirar a algo muy diferente; pero soy ciudadano francés, soy el primer general de la Gran Nación; sé que la posteridad me hará justicia».

Además de a los soldados del ejército de Italia, los periódicos creados en Milán apuntaban a la opinión pública francesa, ya condicionada por la publicidad que rodeaba los informes que Bonaparte dirigía al Directorio, el envío de banderas y los botines de guerra. *Le Courrier* tenía una amplia difusión en Francia, y aunque se estipulaba una tarifa de abono, es probable que los periódicos se distribuyesen gratuitamente. A Bonaparte no le faltaba el dinero gracias al botín de guerra. «Se puede decir —anota Tocqueville— que asombró al mundo antes de que se conociera su nombre. Porque, durante la primera campaña de Italia, se podía ver escrito y pronunciado de diferentes maneras».

Así, se exageraron, o incluso falsearon —como, por ejemplo, en el caso de la batalla de Arcola—, los éxitos del ejército de la península italiana, gracias a una hábil propaganda cuya importancia ningún general, exceptuado Hoche, había estimado antes. No minimicemos las victorias de Bonaparte, pero cumple tener en cuenta la manera en que fueron presentadas a los contemporáneos. La leyenda napoleónica no nació en Santa Elena, sino en las llanuras de Italia. Después de Lodi, Bonaparte dirigió la mirada hacia París. Estaba al tanto de la impopularidad del Directorio, y no ignoraba que el poder estaba al alcance, a condición de contentar a todos los que habían obtenido algún tipo de beneficio de la Revolución.

Eso fue un motivo de inquietud para el Directorio. Bonaparte adquiría una dimensión política imprevista: disponía de un ejército, de un importante botín y de varios periódicos, incluso en París donde, en febrero de 1797, apareció un *Journal de Bonaparte et des hommes vertueux* de título explícito: confrontaba la pureza del general con la corrupción del personal directorial. En las negociaciones que se entablaron con Austria, sobre las condiciones de la paz, Bonaparte no hizo caso en absoluto de las instrucciones de los directores transmitidas por Clarke: reclamó Lombardía cuando Reubell, en el Directorio, preconizaba sacrificarlo todo por Renania. Con el pretexto de la matanza de franceses en Verona, el 17 de abril, declaró el 2 de mayo la guerra a Venecia, y se apoderó de la ciudad sin combate el 15. Era el preludio de un despedazamiento de la República que permitía ofrecer a Austria las compensaciones necesarias por la pérdida de Lombardía y de Bélgica. Sin perder tiempo, Bonaparte convirtió el 29 de junio a Lombardía en una República cisalpina, cuyas instituciones estaban calcadas de las de Francia. A la República le faltaba un

acceso al mar: un ultimátum de Bonaparte a Génova le garantizó esa salida al poner el puerto bajo la influencia francesa.

Esta política personal de Bonaparte irritaba en París. Los ataques vinieron de la derecha monárquica que había registrado un fuerte avance en las elecciones. No le perdonaba que hubiera desempeñado un papel importante el 13 de vendimiario y que hubiera apoyado a los jacobinos en Italia. Mallet du Pan hacía del «pequeño rechoncho de cabellos despeinados» su blanco preferido. Luego, Dumolard denunció en la tribuna de los Quinientos al general en jefe del ejército de Italia como culpable por haber intervenido en Venecia y en Génova sin consultar con el Directorio y los miembros de la Asamblea. Los soldados de ese ejército, heridos o declarados inútiles, eran maltratados e insultados a su regreso a Francia. Se los invitaba a gritar: «¡Viva el Rey!».

Bonaparte estaba suficientemente preparado para defenderse. Acababa de apoderarse de uno de los principales agentes realistas, el conde de Antraigues, y de tener acceso a sus papeles. En la cartera del conde de Antraigues, se encontraba un informe de Montgaillard —un aventurero— que relataba las negociaciones con los jefes militares de la República para incorporarlos a la causa de Luis XVIII. Pichegru, que se había convertido en el presidente del Consejo de los Quinientos, estaba implicado.

En París, el Directorio se dividía. Carnot y Barthélémy se adhirieron a la mayoría de derechas. Reubell, La Révellière-Lépeaux y Barras eran sus adversarios. Barras había pensado perpetrar un golpe de Estado militar apoyándose en Hoche, a quien hizo nombrar ministro de la Guerra, pero Hoche no podía ejercer sus funciones, a causa de su edad. No tenía los treinta años requeridos. Sufrió al ver empañada su reputación por los ataques de los que se volvió objeto y murió poco después: enfermedad, desesperación o veneno. A Barras no le faltaban, sin embargo, los estímulos de Bonaparte. Al parecer, este le habría hecho llegar las pruebas de la traición de Pichegru; en cualquier caso, envió a París a Augereau con exhortaciones incendiarias del ejército de Italia: «Si teméis a los realistas, apelad al ejército de Italia, pronto habrá barrido a los chuanes, a los realistas y a los ingleses». En la noche del 17 al 18 de fructidor (del 3 al 4 de septiembre), Barras, Reubell y La Révellière confiaron a Augereau la misión de anticiparse a los realistas. Pichegru y Barthélémy fueron arrestados, Carnot consiguió escapar. En los muros de París se pegaron carteles que reproducían los papeles que Bonaparte le había incautado a Antraigues. Una vez más había arruinado los proyectos de restauración realista.

Sin embargo, ¿había ganado mucho con el golpe de Estado? Reubell, contrario a las negociaciones con Austria, no se había movido de sus posiciones; Augereau, embriagado por el éxito, criticaba a su jefe; y Barras tomaba distancias.

> Os ruego, escribía Bonaparte al Directorio, que me reemplacéis y aceptéis mi dimisión. Ningún poder en la tierra será capaz de hacerme continuar en servicio después de esta horrible muestra de ingratitud por parte del gobierno, completamente inesperada para mí. Mi salud se ha resentido extraordinariamente y

exige imperiosamente reposo y tranquilidad. La situación de mi alma tiene también necesidad de volverse a sumergir en la masa de los ciudadanos. Hace demasiado tiempo que se ha confiado en mis manos un gran poder, del que, en todas las circunstancias, me serví para el bien de la patria, tanto peor para quienes no creen en la virtud y hayan podido sospechar de la mía. Mi recompensa está en mi conciencia y en la opinión de la posteridad.

De hecho, los termidorianos, al final de la prueba de Fructidor, no podían prescindir de Bonaparte. Jourdan había quedado desacreditado, Moreau levantaba sospechas, Augereau era un charlatán y Bernadotte hacía ostentación de convicciones ultrarrepublicanas. Todo eso no le pasaba desapercibido al general en jefe del ejército de Italia. Podía pues dirigir a su antojo las negociaciones con el representante austríaco, Cobenzl. Fue él quien inspiró, sin consultar a los directores, los artículos de la paz firmada en Campo Formio, el 18 de octubre de 1797. Austria abandonaba a Francia la posesión de Bélgica y reconocía la República cisalpina. En reciprocidad, recibía la República de Venecia, con excepción de las islas jonias. En cuanto a la orilla izquierda del Rin, se discutiría en la dieta prevista en Rastadt. Bonaparte confiesa: «Los abogados de París designados en el Directorio, no saben nada del gobierno. Son personas de pocas entendederas… Dudo de que podamos seguir estando mucho tiempo de acuerdo. Están celosos de mí… no me es posible ya obedecerles. Una vez saboreado el mando, ya no podría renunciar a él». Decididamente, Lodi marcó un cambio decisivo en su vida.

El texto del tratado de Campo Formio, aportado por Berthier y Monge, fue examinado por «los abogados de París», el 26 de octubre. Según La Révellière-Lépeaux, a los directores les costaba mucho admitir que se abandonara Venecia a los Habsburgo. Pero había que tener en cuenta la opinión pública francesa: se acrecentaban las manifestaciones de cansancio hacia la guerra; se temía una reacción de los soldados de Bonaparte. El Directorio ya era muy impopular, por eso Barras hizo que se aprobara el tratado. Pero ¿qué hacer con Bonaparte? Para deshacerse de él, lo nombraron comandante en jefe del ejército de Inglaterra; tenía que preparar en el norte una expedición contra las Islas Británicas; de momento, para estar seguros de mantenerlo alejado de la capital, se le encargó concluir en Rastadt las negociaciones de paz comenzadas en Campo Formio. Bonaparte se había vuelto para los termidorianos un general demasiado molesto. Porque, para los contemporáneos, era quien había vencido a Austria e impuesto la paz en el continente. Cuando esta se anunció, «se lanzaron todos los sombreros al aire, escribió el periodista del *Rédacteur*, el entusiasmo era indescriptible, y el nombre del feliz negociador volaba de boca en boca».

Debates abiertos

Barras, personaje dominante en ese período, espera su biógrafo: H. d’Aimeras, *Barras et son temps* (1930); J. Vivent, *Barras, le roi de la République* (1937); J.

Savant, *Tel fut Barras* (1954); J.-P. Garnier, *Barras, roi du Directoire* (1970), son superficiales. Sobre la protección que concedió a Bonaparte, véase Monteagle, «La première rencontre de Barras et de Bonaparte», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1958, pp. 141-145.

En la actualidad, se tiende a aminorar el papel desempeñado por Bonaparte en Vendimiario. Zivy (*Le 13 Vendémiaire*, p. 74 y ss.) mostró de forma convincente que solo fue nombrado general *en second* del ejército del Interior después del aplastamiento de la insurrección. Merlin de Douai, en su informe del 14 de vendimiario, al citar a los generales que se distinguieron, olvida incluso nombrar a Bonaparte. No es menos cierto, sin embargo, que este debió ejercer una actividad importante a nivel de la estrategia, para Barras, como mínimo, dado que recibió como recompensa el mando del ejército del Interior. Lo aprovechó para modificar el reclutamiento de la legión de policía encargada del mantenimiento del orden en París, favoreciendo la entrada de elementos avanzados que se implicarían más tarde en el movimiento babouvista (J. Tulard, «Le recrutement de la légion de police sous la Convention thermidorienne et sous le Directoire», *Annales historiques de la Révolution française*, 1964, pp. 38-64). Sobre todo, tuvo que hacer frente a los problemas de las subsistencias (véase Reinhard, *La France du Directoire*, t. I, 1956).

El personaje de Josefina suscitó abundantes libros: su infidelidad ha quedado probada (L. Hastier, *Le Grand Amour de Joséphine*, 1955; A. Gavoty, *Les Amoureux de l'impératrice Joséphine*, 1961; A. Castelot, *Joséphine*, 1964), pero su papel político sigue siendo mal conocido; quizá haya sido inexistente.

La campaña de Italia encontró en G. Ferrero (*Aventure. Bonaparte en Italie. 1796-1797*, 1936) un crítico que precedió a Bouvier, al mostrar cómo Bonaparte había disimulado los fracasos (*Bonaparte en Italie*, 1902), y Fabry, que destruía la leyenda de «la miseria» del ejército de Italia (Fabry, *Histoire de l'Armée d'Italie*, 1900). Para Ferrero, Bonaparte solo fue un fiel ejecutor de los planes del Directorio, tanto en el plano militar como en el plano diplomático; punto de vista exagerado que suscitó las observaciones de Louis Madelin (*L'Écho de Paris*, 17 y 24 de febrero de 1937) y del teniente coronel Gallini (*Revue militaire générale*, de abril de 1937).

Sin embargo, es indudable que Bonaparte aderezó un tanto a su favor, a partir de 1796, el relato de las operaciones de Italia. Recientemente, el interés se ha dirigido hacia los periódicos que se publicaron entonces con una intención propagandística: Marc Martin, Les *Origines de la presse militaire en France à la fin de l'Ancien Régime et sous la Révolution* (1975). Desafortunadamente, conocemos mal la financiación y la difusión de esos periódicos. Llamativa es la personalidad del redactor del *Courrier de l'Armée d'Italie*, Jullien, que atravesó sin demasiados percances los disturbios políticos a pesar de sus ideas muy avanzadas (H. Goetz, *M. A. Jullien*, «L'évolution spirituelle d'un révolutionnaire» (endeble), y M. V. Daline, «Marc-Antoine Jullien après le 9 Thermidor», *Annales historiques de la Révolution française*, de 1964 a 1966). La confusa proclama «¡Soldados! ¡estáis desnudos!…»

habría sido redactada en 1815 en el *Northumberland*. Falsa en cuanto a la forma, sería exacta en cuanto al sentido general.

La política italiana de Bonaparte comienza a ser mejor conocida desde el libro de P. Gaffarel, *Bonaparte et les Républiques italiennes 1796—1799* (1895) y el de G. Bourgin y J. Godechot, *L'Italie et Napoléon* (1936). ¿Prometió Bonaparte a los delegados milaneses Resta y Melzi, en mayo de 1796, el respeto a las creencias y el derecho de autodeterminación de las poblaciones? Es probable. ¿Se refirió a la unidad italiana? Es poco verosímil, en cambio. Véase Jacques Godechot, «Les Français et l'unité italienne sous le Directoire», *Revue politique et constitutionnelle*, 1952, pp. 96-110 y 193-204; el capítulo III de la *Histoire de l'Italie moderne* del mismo autor; Renzo de Felice, *Italia Giacobina* (Nápoles, 1965); G. Vaccarino, *Patrioti «anarchistes» e l'idea dell'unita Italiana* (Turín, 1956); A. Saitta, «Struttura soziale e realtà política nel progetto costituzionale del giacobini piemontesi», *Sociétà*, 1949, pp. 436-475. D. Woronoff resumió perfectamente (*La République bourgeoise*, pp. 93-95) las actitudes contradictorias de Bonaparte, que permitía que se desarrollara, en el curso del verano de 1796, la agitación en Lombardía a favor de la independencia y de la unidad, y luego, ante la inquietud del Directorio después del descubrimiento de la conjura de los Iguales, deshacía el movimiento y favorecía en octubre la formación por Módena, Reggio, Ferrara y Bolonia de una República cispadana.

Esta política italiana se encontraba en desacuerdo con las directrices del Directorio. La política exterior de este suscitó brillantes exégetas, de Albert Sorel, *L'Europe et la Révolution française*, t. V, 1903, a R. Guyot, *Le Directoire et la paix de l'Europe, 1795-1799* (1911). Más concretamente, B. Nabonne, *La Diplomatie du Directoire et Bonaparte* (1951), ha sacado a la luz el papel de Reubell en la definición de esta política y su oposición a Carnot. El Directorio, con Reubell, estaba interesado en el «sistema del Rin», y las conquistas italianas debían servir como moneda de cambio: Lombardía, tomada por Bonaparte, se intercambiaría por la orilla izquierda del Rin. Pero Bonaparte no quería desprenderse de Lombardía. ¿Veía en ella el punto de partida para una grandiosa política oriental (Villat, *Napoléon*, p. 391)? Parece exagerado. En cambio, ¿no es posible que alimentara las ambiciones italianas quizá privilegiadas por sus orígenes? La oposición entre los dos sistemas políticos, el del Directorio y el de Bonaparte, se confirma durante la misión de Clarke, ahora bien conocida. Fue el reparto de Venecia lo que permitió un compromiso con Austria, añadiendo la orilla izquierda del Rin y Bélgica a Lombardía. A este respecto, es sensato preguntarse por el origen de las «Pascuas veronesas» que proporcionaron un pretexto ideal para intervenir contra Venecia (véanse las *Mémoires* de Landrieux).

Había que actuar con rapidez: Bonaparte, subraya Suratteau («Le Directoire d'après des travaux récents», *Annales historiques de la Révolution française*, 1976, p. 197), no deseaba que una victoria de Jourdan o de Moreau en Alemania restituyera un equilibrio del que podría servirse el gobierno (véase Bourdeau, *Les Armées du Rin au*

début du Directoire, 1909). A. Sorel estudia la rivalidad con Hoche, *Bonaparte et Hoche en 1797* (1897).

Impuesto por Barras, Bonaparte habría servido sobre todo, hasta Fructidor, a la política de Carnot (Reinhard, *Le Grand Carnot*, t. II, 1952). Abandonó a los patriotas del Piamonte, con el acuerdo de Carnot, tanto más fácilmente cuanto que se inspiraban en las ideas de Buonarroti, comprometido en la conjura de los Iguales.

¿Cuál fue la actitud de Bonaparte en las vísperas del golpe de Estado de Fructidor? Se adaptó durante mucho tiempo a Carnot (con quien mantenía contacto a través de Lavalette, según Suratteau, *op. cit.*). Pero no por ello dejó de procurar a Barras los documentos del conde de Antraigues que demostraban la traición de Pichegru (según A. Ollivier, *Le Dix-Huit Brumaire*, habría expurgado la mención de una «probable entente» entre el general Bonaparte y los realistas). Sobre la personalidad del conde de Antraigues, se puede consultar Pingaud, *Le comte d'Antraigues* (1899), y, sobre todo, J. Godechot, *La Contre-Révolution* (1961). No hay mucho que extraer de las *Mémoires secrets* de Montgaillard, publicadas en 1804. Léase también G. Caudrillier, *La Trahison de Pichegru et les Intrigues royalistes dans l'Est avant Fructidor* (1908).

Según una nota del periodista Barbet, los directores, como en el caso de Barras, habrían dejado a sabiendas que Bonaparte desarrollara su propaganda personal: «El nombre de Bonaparte era útil para asegurar el éxito del 18 de fructidor» (Mathiez, *Le Directoire*, p. 375). De hecho, el general del ejército de Italia no tuvo necesidad de estímulos, y como reconoció Barbet: «La influencia del general adquiría ya su ascendente natural por encima de todos los elementos civiles».

El golpe de Estado del 18 de fructidor fue objeto de un estudio muy anticuado de A. Meynier (*Les Coups d'État du Directoire*, t.1, *Le 18 Fructidor an V*, 1928), que no cree en la realidad del complot realista. Augereau, que fue el ejecutor del Directorio, de acuerdo con Bonaparte, merecería una biografía.

Sobre los pillajes del ejército de Italia: Saunier, *Les Conquêtes artistiques de la Révolution et de l'Empire* (1902), y F. Boyer, «Les responsabilités de Napoléon dans le transfert à París des œuvres d'art de l'étranger», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, octubre de 1964, pp. 241-262.

La paz de Campo Formio proporcionó a Francia extraordinarias ventajas territoriales: Bélgica, orilla izquierda del Rin e influencia predominante en la República cisalpina. Pero estaba grávida de amenazas. «Comprometía a Francia —apunta acertadamente M. Reinhard, en J. Mistler, *Napoléon et l'Empire*, t. I, p. 61— en una aventura italiana cuyas repercusiones solo podían poner de nuevo en cuestión la paz misma. La cesión de la orilla izquierda del Rin, en el marco de una reorganización territorial de Alemania en Rastadt, presagiaba una larga serie de dificultades».

En sus recuerdos, Hamelin enumera los regalos que tuvo que hacer a Josefina para tener acceso a Bonaparte. Cuenta cómo la confiscación de las minas de Idria

reportó un millón de francos al proveedor Collot, lo mismo a Bonaparte, 100.000 francos a Berthier, y 50.000 francos a Bernadotte y a Murat. Es el anverso de una epopeya todavía mal conocida.

Capítulo 5

¿Sueño oriental o maniobra política? La expedición de Egipto

«Veinte batallas ganadas le sientan tan bien a la juventud, a una hermosa mirada, a la palidez y a una especie de agotamiento». El Directorio temblaba ante Bonaparte cuyo poder se revelaba de pronto amenazante: como comandante del ejército de Inglaterra, que podía contar con la devoción ciega del ejército de Italia y se había ganado en Rastadt los favores de una parte de las tropas de Alemania, el general disponía de fuerzas suficientes para barrer al poder ejecutivo. El pretexto estaba en sus manos: le bastaba con utilizar los documentos incautados de la cartera del conde de Antraigues para denunciar las intrigas de varios miembros del Directorio.

Bonaparte juzgó, con un sentido político muy certero, que todavía no había sonado la hora de un nuevo golpe de Estado. Los realistas acababan de ser «fructidorizados»; los jacobinos no lo habrían seguido y la opinión pública no hubiera admitido un poder militar, pues seguía existiendo mucha desconfianza hacia los generales políticos. El prestigio de Bonaparte se debía a sus victorias, pero también a su lealtad a la República. Ofrecía a la opinión pública la imagen de un héroe exento de cualquier compromiso y del único general que no había sido derrotado en la última campaña. Los grabados populares, la canción y la poesía se apropiaron de él, relevando la activa propaganda lanzada en Italia. En el teatro, se representaba *El Puente de Lodi* y el nombre del vencedor se aclamaba en cada sesión. La Rue Chantereine donde se encontraba su residencia fue incluso rebautizada Rue de la Victoire [calle de la Victoria]. Pero bastaba una imprudencia para que la opinión pública, especialmente versátil, lo hubiera abandonado, como le sucedió a Hoche. De regreso en París, Bonaparte se contentó con pasear una actitud modesta y un tanto preocupada por los banquetes y las fiestas celebradas en su honor. No desistió de esa reserva sino para ingresar, el 25 de diciembre de 1797, en el Instituto de Francia, en la primera clase, la de las ciencias, en la cátedra que Carnot había dejado vacante. Hábil maniobra que le garantizaba el apoyo de los ideólogos, verdaderas «conciencias» de la Revolución que tocaba a su fin. Además, el prestigio del Instituto incrementaba aún más la gloria de Bonaparte. La sesión pública del 4 de enero de 1798 adquirió, gracias a esta elección, un brillo muy especial.

> Bonaparte llegó a la sesión sin fastos, como se lee en *Le Moniteur*, asistió a ella con modestia, recibió con desinterés los elogios que le prodigaron los lectores y los espectadores, y se retiró *de incognito*. ¡Ah, qué bien conocía este hombre el corazón humano y en especial a los gobiernos populares! El hombre de mérito se ve obligado a comprar, a fuerza de modestia y de sencillez, una gracia que en todas partes los ignorantes y los hombres vulgares le concederían con dificultad, aunque mucho más todavía en las Repúblicas.

¿Por qué Egipto?

Si franqueasteis los montes, atravesaréis las olas,
y castigaréis los complots de los tiranos del mar.
Ellos luchan por el oro; vosotros, por una patria.
* *

¿Qué peñascos, qué murallas les servirán de asilo
cuando Neptuno irritado sobre su isla lance
de Arcola y de Lodi los terribles soldados,
todos esos jóvenes héroes, en el arte de los combates avezados,
la gran Nación acostumbrada a vencer
y el Gran General guiando a la Grande Armée?

En realidad, en el transcurso de un viaje del 8 al 20 de febrero de 1798, Bonaparte se había dado cuenta de las dificultades que presentaba el proyecto de desembarco en Inglaterra. Se arriesgaba a jugarse todo su prestigio en una expedición en la que ya Hoche había fracasado. En el informe que dirigía al Directorio el 23 de febrero, observaba:

> Por muchos esfuerzos que hagamos, no conseguiremos, de aquí hasta dentro de varios años, la superioridad de los mares. Efectuar un desembarco en Inglaterra sin ser dueños del mar es la operación más atrevida y más difícil que se haya intentado. Se necesitan largas noches y después el invierno. Pasado el mes de abril, ya no es posible emprender nada.

Proponía otras dos soluciones: atacar Hanover o conquistar Egipto, proyecto que había expuesto Talleyrand, ministro de Relaciones Exteriores, el 14 de febrero, ante el Directorio. La primera solución era razonable: demasiado para la sed de gloria de Bonaparte, demasiado igualmente para los directores preocupados por desembarazarse lo más rápidamente posible de un general molesto. La conquista de Egipto parecía una locura: había que privar a Francia de un ejército y de un general experimentado, cuando la guerra amenazaba en cualquier momento con reanudarse en el continente; intentar escapar a la flota inglesa en el Mediterráneo; y enfrentarse a un país todavía mal conocido a pesar de las declaraciones del cónsul francés en El Cairo, Magallon, sobre la facilidad de semejante conquista. Pero Oriente hablaba a la imaginación de Bonaparte; aún más, la operación le permitía dejar que se pudriera, en su ausencia, la situación política de Francia; la opinión pública, al tener conocimiento del proyecto, se entusiasmaría por una expedición hacia una región misteriosa que había puesto de moda Volney en *Las ruinas*; y finalmente, el Directorio vería sin disgusto cómo se alejaba una amenaza temible.

Egipto presentaba un triple interés: permitía, de momento, al ocupar el istmo de Suez, cortar una de las rutas de la India hacia Inglaterra; estaba llamada a constituir una colonia que, como decía Talleyrand, «por sí sola valdría por todas las que Francia había perdido»; y suministraría, más tarde, una base útil para una futura conquista de la fuente principal de la riqueza inglesa: la India, donde Tippo-Sahib capitaneaba el combate contra el invasor británico.

La expedición de Oriente combinaba los objetivos militares y económicos con preocupaciones científicas. Se inscribía en la gran estirpe de los viajes de exploración del siglo XVIII. Una comisión de las ciencias y de las artes habría de acompañar al ejército para formar el Instituto de Egipto. Escogidos por Monge, Berthollet y Arnault, 21 matemáticos, 3 astrónomos, 17 ingenieros civiles, 13 naturalistas e

ingenieros de minas, otros tantos geógrafos, 3 ingenieros de pólvoras y salitres, 4 arquitectos, 8 dibujantes, 10 artesanos, 1 escultor, 15 intérpretes, 10 hombres de letras, 22 impresores provistos de caracteres latinos, griegos y árabes, formaron parte del viaje. La lista de estas personalidades es impresionante: Monge, Berthollet, Costaz, el geómetra Fourier, el mineralogista Dolomieu, el astrónomo Mechain, el naturalista Geoffroy-Saint-Hilaire, el médico Desgenettes, el químico Conté, célebre por sus lápices, el arqueólogo Jomard, el orientalista Jaubert, el grabador Vivant Denon… Sin olvidar a un poeta, Parseval-Grandmaison, cuya musa apenas se sentiría inspirada por esta epopeya, un pintor de flores, Redouté, y un pianista, Rigel.

Al otorgar un carácter científico a su expedición, Bonaparte ratificaba así su alianza con los ideólogos. En definitiva, la conquista de Egipto se presentaba ante todo como una operación de política interior: Bonaparte era demasiado realista, a pesar de las declaraciones que se le atribuyen, para pensar en confeccionarse, a la manera de Alejandro Magno, un imperio en Oriente. En su camino se presentaban demasiados obstáculos, comenzando por la religión y la lengua. Que luego hubiera considerado un reparto de las posesiones otomanas con el zar, que hubiera soñado más tarde con un Egipto renovado por la administración francesa e incluso con un Imperio Universal, todo eso es irrebatible. Pero, en 1798, pensaba sobre todo en alejarse para evitar poner en peligro el prestigio adquirido: Egipto parecía, franqueado el Mediterráneo, una presa fácil. Bonaparte esperaba extraer de su conquista un incremento de gloria mientras en París seguía su avance la descomposición del poder. Él mismo lo confesó: «apunta a Francia mientras aguarda a Europa». ¿Cuándo? ¿Cómo? Todavía lo ignora. Pero podemos dar por sentado que no pensó en encerrarse en Egipto.

La conquista

El 19 de mayo, doscientos navíos bajo el mando del almirante Brueys, que cargaban un ejército de treinta y cinco mil hombres, salían de Tolón. Todo se dispuso en un mes: soldados, material y barcos, lo que dice mucho de la impaciencia de Bonaparte por alejarse —provisionalmente, desde luego— de París; y explica también las inevitables lagunas que pronto se manifestaron en la preparación material de la expedición. Al almirantazgo británico no le habían pasado desapercibidos tales preparativos, pero Nelson perdió a la flota francesa en dos ocasiones y creyó en una intervención en Turquía. A pesar de todo, en su avance, Bonaparte se apoderó sin combate de Malta. El 1 de julio se produjo el desembarco en la bahía de Alejandría sin suscitar resistencia. La ciudad caía pronto en manos de los franceses. Pero el entusiasmo desapareció rápidamente ante el calor (¡Bonaparte había elegido mal el momento del año, y nunca pareció preocuparse en sus campañas por consideraciones de tipo meteorológico!), el desierto, la mugre y la miseria. Según el testimonio del

artillero Bricard, «nuestros soldados morían en las arenas por la carencia de agua y de víveres, un calor excesivo les había obligado a desprenderse de su botín y varios, cansados de sufrir, se habían volado los sesos». A pesar de habérseles leído una proclama, muchos se preguntaban por las razones de su llegada a una tierra tan inhóspita. François Bernoyer, jefe del taller de vestuario del ejército de Oriente, escribía a su esposa:

> Me he informado acerca de las intenciones de nuestro gobierno al enviar un ejército para que se estableciera en los Estados del Gran Señor, sin ninguna declaración de guerra, ni ningún motivo para declarársela. Basta con un poco de sagacidad, se me dijo. Bonaparte, por su genio y por las victorias que ha obtenido con un ejército que se ha vuelto invencible, había alcanzado demasiada influencia en Francia. Era un estorbo, por no decir un obstáculo para quienes detentan las riendas del poder. No he podido averiguar otras causas.

Ese era el estado anímico del ejército de Oriente.

Provincia del Imperio otomano, Egipto estaba sometido de hecho a la feudalidad militar de los mamelucos, en su origen esclavos comprados entre las poblaciones del Cáucaso. Esta casta guerrera gobernaba a una población de pequeños artesanos, de tenderos y de *fellahs* que soportaba con tanta mayor impaciencia su autoridad cuanto que Egipto experimentaba, en ese final del siglo XVIII, una innegable decadencia económica. El rápido derrumbamiento de los mamelucos corroboró las informaciones del cónsul Magallon. Bastó con una batalla: se desarrolló en Gizeh, frente a El Cairo, en proximidad de las grandes pirámides, el 21 de julio. Las cargas de caballería de los mamelucos se deshicieron contra los cuadros de infantería francesa. La leyenda hizo suya esta victoria y la amplificó desmesuradamente. Al menos, garantizó a Bonaparte la posesión de El Cairo.

Pero el 1 de agosto la flota francesa que había escapado durante la travesía de los buques ingleses, se vio sorprendida en la rada de Abukir por Nelson, y fue enteramente destruida. Bonaparte se encontraba así prisionero de su propia conquista.

La situación se agravó con la declaración de guerra de Turquía, en septiembre, y la amenaza de una intervención de las fuerzas otomanas. Había que tener en cuenta, asimismo, las enfermedades debidas al clima. La hostilidad de los habitantes se tradujo en la rebelión de El Cairo, el 21 de octubre, que le costó la vida al general Dupuy y al ayudante de campo preferido de Bonaparte, Sulkowski. Esta terrible insurrección mostraba los límites de la adhesión de las personalidades musulmanas.

Sin embargo, se había hecho todo lo posible para granjearse las simpatías de la población. Respeto por sus creencias, destrucción de la antigua feudalidad, reparación de los canales, despertar de la actividad económica. La nivelación del istmo de Suez y los trabajos preparatorios para la conexión del mar Rojo con el Mediterráneo comenzaron bajo la dirección del ingeniero en jefe Le Père. Se fundó un Instituto de Egipto según el modelo del Instituto de Francia. Tenía como misión «el progreso y la propagación de la Ilustración en Egipto». Se publicaron dos periódicos en francés: *Le Courrier d'Egipte* y *La Décade égyptienne*. Se ha podido hablar, en definitiva, de un

nuevo arranque de Egipto liberado de las servidumbres económicas y sociales, si no religiosas, impuestas por la dominación de los mamelucos. No se descuidó el pasado: las excavaciones arqueológicas en Tebas, Luxor y Karnak, el descubrimiento de la piedra de Rosetta y los numerosos croquis tomados por Vivant Denon y los dibujantes de su equipo suministraron los principales elementos de una fructífera cosecha que desembocaría en la publicación de los gruesos volúmenes de la *Descripción de Egipto* a partir de 1809.

La guerra continuaba. Los turcos, en efecto, se dirigían hacia Egipto: en febrero de 1799, Bonaparte salió a su encuentro en Siria. Expedición cuidadosamente preparada. Gaza (donde murieron dos mil turcos), y luego Jaffa, cayeron sin dificultad. Pero los franceses se estrellaron contra San Juan de Acre, defendido por el pachá Jazzar y un antiguo condiscípulo de Bonaparte, Phélippeaux. La ciudad estaba abastecida por la flota inglesa del comodoro Sidney Smith, mientras que las tropas francesas carecían en cambio de artillería de sitio, ya que sus cañones, que debían llegarles por mar desde Damieta, habían sido interceptados por los ingleses. En sus cartas, Bernoyer declara que algunos generales, como Dommartin, inquietos por los proyectos que se le atribuían a Bonaparte, especialmente el de hacerse coronar rey de Persia, «hicieron todo lo posible para entorpecer la toma de San Juan de Acre». La enfermedad también tuvo su parte. Además, en la batalla de Monte Tabor, cerca de Nazareth, el 16 de abril, fue necesario parar a un ejército turco procedente de Damasco. Otro ejército más, desembarcado en Abukir, fue aplastado, el 25 de julio, por Bonaparte, que había regresado apresuradamente a Egipto. Antes, Lanusse había reprimido un levantamiento fomentado por El Modhy.

El sueño oriental se transformó en una pesadilla. Y aún más en la medida en que las noticias que llegaban de París eran malas. Sobre la campaña de Egipto circulaban, a falta de informaciones precisas, los rumores más fantasiosos: los adversarios de Bonaparte engrandecieron el desastre marítimo de Abukir y la rebelión de El Cairo. Este, desconectado de Francia, y sufriendo por esta falta de relaciones, solo muy difícilmente podía reaccionar. Los ingleses también ponían de su parte al denunciar las atrocidades de Bonaparte: describían con complacencia la mortandad de soldados franceses afectados por la peste o de turcos desarmados. A la propaganda bonapartista le faltaba nervio, y difícilmente podía hacer creer en una «deportación del general y de la elite del ejército de Italia». La atención del público, con la reanudación de la guerra en el continente, se dirigía ya a otros campos de batalla. Se hablaba de un golpe de Estado preparado por Sieyès con la aquiescencia de un brillante general, Joubert. El alejamiento de Bonaparte se estaba volviendo contra él. El 26 de agosto, Kléber, que se había convertido en el comandante en jefe del ejército de Egipto, informaba a las tropas de la partida, el 23, de su general. El mensaje dejado por este explicaba así ese extraño abandono: «Únicamente el interés de la patria, su gloria, la obediencia y algunos acontecimientos extraordinarios me han decidido a pasar entre las escuadras enemigas para volver a Europa». Bonaparte se llevaba con él a Berthier,

Lannes y Murat, así como a Monge y Berthollet. Era tentar doblemente la suerte: había que escapar a la vigilancia inglesa en el Mediterráneo; y era además conveniente justificar el regreso, aun cuando Bonaparte había hecho una solicitud oficial para abandonar su puesto el 26 de mayo. El milagro se produjo por partida doble: por una parte, el buque no fue interceptado; por otra parte, el informe de la victoria de Abukir del 24 de julio alcanzó París algunos días antes de la llegada de Bonaparte: desmentía las informaciones desalentadoras que habían corrido hasta entonces sobre el ejército de Egipto; e impresionó al público con el relato que daba de la brillante victoria obtenida por Bonaparte. No se tuvo en cuenta que el ejército de Oriente quedaba en un atolladero y que su ausencia había pesado gravemente en los primeros fracasos continentales de la nueva guerra. Eso dio la razón a Bonaparte por haber tomado distancias con respecto al Directorio. A pesar del fracaso de la expedición de Egipto, regresaba a Francia aureolado con el prestigio de victorias lejanas amplificadas por la propaganda de sus partidarios. «Todas las ciudades y pueblos por los que pasó para llegar hasta la capital se iluminaron», observó, tal vez un tanto exageradamente, un contemporáneo. El periódico *Le Surveillant* informaba el 18 octubre: «Bonaparte llegó a París. Se bajó en su casa, en la Rue de la Victoire. Allí encontró a su madre, que todavía podrá disfrutar durante mucho tiempo de la gloria de su hijo, ya que solo tiene cuarenta y siete años». Después de esta emotiva observación, el periodista continuaba: «Bonaparte es casi el único oficial de nuestro ejército en Egipto que no ha contraído una enfermedad. A pesar de una complexión en apariencia bastante débil, es extraordinario tanto en el aspecto físico como en el moral». La propaganda imponía una vez más la imagen del héroe ya delineada durante la campaña de Italia. A Joubert lo habían matado, Moreau estaba demasiado comprometido, Bernadotte era demasiado prudente. La vía estaba libre. Este mesías con botas, llamado a terminar la Revolución, que anunció Robespierre en 1792, cuando denunciaba las consecuencias de la política belicista de los girondinos, sería por tanto Bonaparte.

Debates abiertos

La historiografía egipcia ha atravesado fases de simpatía y de hostilidad hacia la expedición francesa. Para los egipcios occidentalizados, ese fue el *take off* del país, que preparó el camino a Mehmet Alí. Para los musulmanes integristas, la condena es inapelable.

Les Origines de l'Expédition d'Egypte fueron estudiados en 1910 por F. Charles-Roux. El informe de Magallon que atrajo la atención sobre la debilidad de la dominación de los mamelucos se publicó en *La Revue d'Egypte* de septiembre de 1896. ¿Acaso no se exageró un tanto la decadencia de Egipto? André Raymond, en *Artisans et commerçants du Caire au XVIII^e siècle* (1975), proporciona un cuadro

menos pesimista.

¿Cuál fue el papel que desempeñó Talleyrand? G. Lacour-Gayet (*Talleyrand*, t. I, pp. 317-318) lo acusa de no haber pensado nunca en apoyar verdaderamente la acción militar de Bonaparte mediante una acción diplomática bajo forma de una misión en Constantinopla, tal como se había convenido. Por eso Bonaparte se vio obligado a repeler los asaltos de los ejércitos turcos. Guyot cree, en cambio, en la sinceridad de Talleyrand. Este no se desplazó por temor a ser, en su ausencia, apartado de Relaciones Exteriores. C. L. Lokke («Pourquoi Talleyrand ne fut pas envoyé à Constantinople?», *An. hist. Rév. fr*., 1933, pp. 153-159) traslada la responsabilidad al Directorio, que no quería prescindir, en las negociaciones con Estados Unidos, de un ministro experimentado. Michel Poniatowski, en un estudio casi exhaustivo sobre *Talleyrand et le Directoire* (1982), subraya a la vez las responsabilidades del ministro y la manera como supo librarse de ellas en su informe del 3 de septiembre de 1799.

En cuanto al «sueño oriental» de Bonaparte, que se remonta a Campo Formio (tras la caída de Robespierre, había pensado en alquilar sus servicios a Constantinopla) y que fue estudiado especialmente por G. Spillman, *Napoléon et l'Islam* (1969), quizá haya sido exagerado por Benoist-Méchin. Es cierto que Bonaparte declaró a Bourrienne, en 1798: «Europa no es más que una topera. Aquí todo se desgasta. Hay que irse a Oriente, ¡todas las grandes glorias proceden de allí!»; sin embargo, durante la expedición de Egipto pensaba ante todo en los asuntos políticos franceses. Por lo demás, ¿acaso podía el *sueño* oriental convertirse *en realidad*? La conexión con la India era difícil y la rebelión de Tippo-Sahib seguía siendo limitada (véase Saint-Yves, «La chute de Tippo», *Revue des Questions historiques*, 1910, y la encantadora novela de Paul Morand, *Montociel*). Los proyectos de conversión del ejército al Islam chocaban con serias dificultades (como el consumo de vino). Ahora bien, sin esa conversión, era imposible confiar en expandirse por Oriente Próximo, como demuestra Charles-Roux (*Bonaparte gouverneur d'Egypte*).

¿Pensó Bonaparte restaurar el antiguo reino de Jerusalén en provecho de los judíos? *Le Moniteur* del 22 de mayo de 1799 le atribuyó una proclama que invitaba a los judíos de Asia y de África a que se unieran a él. ¡J. Godechot demostró que se trataba de una falsificación (*Les Juifs et la Révolution française*, 1976, pp. 68-69)!

¿Cómo la conquista, y luego la ocupación, de Egipto pudo emprenderse con tan pocos hombres? A la desesperación de los comienzos (el general Dumas, padre del escritor, eligió regresar a casa por sus propios medios, lo que no le perdonaría Bonaparte), le siguió una incuestionable fascinación que ilustran bien los admirables dibujos del suboficial Dejuine encontrados y publicados por F. Beaucour, preludio a la monumental *Description de l'Egypte*. Algunos musulmanes acabaron por sumarse a los franceses. Pero no se trataba más que de una burguesía ilustrada que simboliza Jabarti.

Sobre la etapa intermedia del regreso antes de llegar a París: Córcega, léase Ch.

Barbaud y L. Carbo, «Le retour d'Egypte», *Revue des Études napoléoniennes*, noviembre de 1922, pp. 161-198, que elucida todos los problemas planteados por la estancia de Bonaparte en la isla.

Las condiciones de la elección de Bonaparte por el Instituto en la clase de ciencias físicas y matemáticas, el 25 de diciembre de 1797, por 305 votos sobre 624 votantes, fueron descritas por Lacour-Gayet, *Bonaparte membre de l'Institut* (1921). Los conocimientos del general no superaban el curso de Bezout.

Léase también la biografía de Lanusse por J.-F. Massié (1986), que también dedicó otra obra a su hermano, el general barón del Imperio.

Segunda Parte

LA REVOLUCIÓN SALVADA

Capítulo 6

El pasivo

Tradicionalmente, la historia del Consulado comienza con el panorama de Francia bajo el Directorio: un país devastado por la guerra, recorrido en el oeste y el sur por bandas de malhechores que saquean las arcas públicas y desvalijan a los viajeros; una industria arruinada y un comercio paralizado; finanzas en peligro; un ejército del que los soldados, faltos de dinero y de víveres, desertaban a miles; hospitales donde se moría de hambre; una nación desmoralizada e indiferente a las nuevas fronteras, únicamente preocupada por aprovechar los placeres que le ofrecía la capital. Así era la Francia de 1799. Entonces apareció un joven general que enderezó la situación militar, depuró los medios políticos, reanimó la economía y fundó nuevas instituciones. A la anarquía social sucedió el orden; a las derrotas, la victoria. ¿Acaso no resulta este contraste demasiado simple para ser cierto? ¿Fue total la ruptura entre el Directorio y el Consulado?

La gran inspección del año IX

Desde Thiers, conocemos la fuente de la que han bebido todos los historiadores de la Francia del Directorio. Los informes dirigidos por los consejeros de Estado al gobierno consular, como consecuencia de las inspecciones ordenadas por él, a comienzos del año IX, proporcionaron efectivamente de la situación, apenas algunos meses después del 18 de brumario, un panorama especialmente sombrío. Como no estaban destinados a la publicidad y fueron firmados por hombres valiosos, Champagny, Thibaudeau, Fourcroy o Lacuée, estos informes parecían presentar alguna garantía de verdad.

Lo que choca, en primer lugar, a los consejeros de Estado desplazados es el deficiente mantenimiento de las vías de comunicación. Fourcroy observa, en el curso de su misión en la 16.ª división militar, que «todas las rutas del departamento de Nord, excepto la de Lille a Dunkerque, la menos frecuentada por los carreteros, están en pésimo estado. Existen —añade— verdaderas fronteras; muchos adoquinados están arrancados; en general, todas las rutas se parecen a campos labrados». En el Paso de Calais, los accidentes del terreno destrozan constantemente los vehículos ligeros. La situación apenas es mejor en el sur, donde Français de Nantes observa que dos terceras partes de las rutas son impracticables o manifiestamente malas.

El bandidaje aumenta más la inseguridad. Muy extendido en el oeste, remite de un modo sensible desde hace poco en el sur. Pero Fourcroy informa que, algunos meses antes, no se podía atravesar el Ventoux sin temor. «Quienes viajaban por esas comarcas se veían obligados a adquirir los visados del jefe de los bandidos y a pagar el rescate del pillaje. Había carteles que advertían a los cocheros que, si no llevaban consigo al menos cuatro luises, serían fusilados, y varios lo fueron». La calma, observa el consejero de Estado Najac, todavía no se ha instalado en el Ródano, donde causan el terror los Compañeros de Jehu. En París, se organizaron bandas que

defraudaban los impuestos de consumo que había restablecido el Directorio. «Se hacen pasar —escribía Lacuée— por pretendidos negociantes o comisionistas, e incluso por las sociedades que los pagan».

En las fronteras, el país da muestras de la invasión. En Valenciennes, una casa de cada tres está en ruinas; a lo largo del Rin, los bosques dejan ver las huellas de numerosas devastaciones; en Provenza, decenas de pueblos fueron aniquilados. Los estragos de la guerra civil llegan incluso más lejos: matanzas, incendios y saqueos convirtieron en algunos lugares de la Vendée en un desierto.

Pero los reproches que los consejeros de Estado dirigen al régimen precedente apuntan, sobre todo, a la anarquía administrativa. La aplicación de las leyes variaba de un departamento a otro. Barbé-Marbois, encargado de inspeccionar la 13.ª división militar, escribe que «los mismos objetos se regían por principios contrarios», y atribuye su responsabilidad a la falta de coherencia de las órdenes ministeriales. Pero en lo que se interesan especialmente los enviados del gobierno es en las finanzas. El desorden más completo parece haber reinado en los libros de los recaudadores, a quienes Fourcroy acusa de ser en su mayoría culpables de exacciones. El propio ejército no se había privado de echar mano a las arcas del Estado, y Barbé-Marbois refiere esta sentencia de un oficial: «La riqueza pertenece a los valientes; tomemos, nuestras cuentas están en la boca de los cañones».

El Directorio se topó igualmente con el problema religioso nacido de la constitución civil del clero.

> Si el conocimiento del corazón humano, escribe Fourcroy, no supiera que la gran masa de los hombres tiene necesidad de religión, de culto y de sacerdotes, la frecuentación de los habitantes de las zonas rurales y, sobre todo, las que están más alejadas de París, la visita de los departamentos que he recorrido, por sí sola me lo habría perfectamente confirmado.

El fracaso de los cultos decadario y teofilantrópico, subrayado por los informes, es en definitiva el del Directorio que pretendió imponerlos.

El fracaso espiritual se corresponde con el fracaso material. Najac observa la ruina de la sedería lionesa: cuatro mil trescientos treinta y cinco oficios menos que en 1788. Las respuestas del prefecto del Sena, Frochot, al cuestionario de Lacuée son pesimistas:

> El estado de las manufacturas parisinas se ha deteriorado mucho durante la Revolución. Por una parte, la guerra, el estancamiento del comercio, las dificultades de las recuperaciones y las quiebras forzaron a los empresarios a restringir sus especulaciones; por otra, los pagos que recibieron en asignados se engulleron todos sus anticipos, destruyeron sus recursos y la mayoría de ellos se vieron obligados a pedir prestados capitales a fortísimos intereses que los minaron día a día absorbiendo la mayor parte de sus beneficios.

En el norte, los canales se encontraban en mal estado, y los pantanos ganaban sin cesar terreno en torno a Rochefort, hasta el punto de volver su puerto impracticable. La degradación de las obras de interés público era notoria. Refiriéndose al comercio

de Marsella, Français de Nantes escribe: «El estado de las importaciones y de las exportaciones en los últimos meses del año IX no presenta un movimiento similar al que ofrecían antaño quince días de paz». A veces, la miseria es tan grande que no afecta solo a las clases populares. Français de Nantes señala el caso de dos ingenieros de puentes y caminos que murieron de hambre por no haberles pagado el Estado. ¿Qué decir de los rentistas?

El balance del Directorio, a la lectura de estos informes, es grave. Pero ¿acaso no ha sido voluntariamente exagerado el pasivo? ¿Era justo endosarle los errores cometidos con anterioridad a su advenimiento?

La obra del Directorio

Al leer los resultados de la inspección del año IX, hay que tener en cuenta los sentimientos de hostilidad de algunos consejeros de Estado hacia la Revolución. Además, *El estado de Francia a finales del año VIII*, de Alexandre de Hauterive, y muchos otros folletos de circunstancias, ponen de manifiesto que los partidarios de Bonaparte, mucho antes de la Leyenda, estuvieron interesados en ensombrecer al Directorio para justificar el golpe de Estado.

No es que el período que precedió al Consulado hubiera sido uno de los más gloriosos de la historia de Francia. Pero se dejaron en la sombra, deliberadamente, los éxitos de Masséna al vencer a los rusos en Zúrich y de Brune al repeler en Bergen, Holanda, un desembarco anglo-ruso: victorias que, a partir de 1799, alejaron cualquier peligro exterior. Se olvidó la obra de Ramel, que creó la administración de las contribuciones que arrebataba a los cuerpos electos el reparto y la recaudación de los impuestos. Se dejó de lado la política escolar del ministro del Interior, y luego director, François de Neufchâteau, que multiplicaba las escuelas centrales e imaginaba el régimen de becas. Su política económica no merecía menos atención. «El pueblo —observaba— solo se adherirá al régimen mediante la prosperidad». Mucho antes del bloqueo napoleónico, François de Neufchâteau intentó garantizar la hegemonía francesa en el continente al imponer tratados de comercio favorables a la industria, abrir rutas transalpinas y cerrar Europa a los productos ingleses gracias a un sistema aduanero reforzado. El 4 de frimario del año VI se creó una caja de crédito comercial. De doce accionistas al comienzo, pasó a tener cien a finales del año 1798.

Para sacar adelante esa política, el Ministerio del Interior recuperó la tradición de las grandes inspecciones administrativas del Antiguo Régimen. Por ejemplo, la inspección industrial del año V, que concernía no solo a la producción, sino al número de obreros por fábrica, el desarrollo del maquinismo, la comparación con los productos extranjeros y el problema de las salidas al mercado. Una circular del 27 de fructidor del año VI lanzó el proyecto de una descripción estadística de los departamentos. Se emprendió un recuento cantonal «de la población y del ganado de

cualquier tipo». Asimismo, François de Neufchâteau proyectó el establecimiento de un cuadro de la población por cantón con observaciones sobre las causas de aumento o de disminución.

La política del Directorio precedió en numerosos puntos la del Consulado. La tradición solo retuvo la inestabilidad política de un régimen sometido a la presión de dos oposiciones: a la izquierda, los jacobinos; a la derecha, los realistas. Los golpes de Estado y la inseguridad nacida de una guerra civil larvada enmascararon los éxitos interiores y exteriores de los que el Consulado supo sacar provecho.

Las recientes investigaciones de los historiadores han puesto de manifiesto que el infortunio del Directorio consistió en haber coincidido con un largo período de depresión económica que se extendió de 1796 a 1801. Cargó con la gravosa tarea de liquidar la gestión financiera de la Revolución. La excesiva emisión de asignados había llegado hacia 1796 al punto en que los gastos de impresión superaban el valor del propio valor moneda. La creación de mandatos territoriales aceleró esta devaluación; su supresión solo tuvo como resultado la disminución de los intercambios: si la oferta volvía a ser abundante, el dinero seguía sin salir a la luz. El agio pasó del 1 al 3 por 100 mensual. La destrucción del crédito y la disminución de la moneda en metálico desembocaron en una deflación. Al alza de los precios agrícolas, que había enriquecido a los campesinos, sucedía una baja general agravada todavía más por una serie de cosechas abundantes. El precio del hectolitro de trigo cayó de 19,48 francos a 16,20 francos. La consecuencia lógica de este desmoronamiento fue un subconsumo rural que perjudicó al comercio y a la industria en un momento en que menguaban los mercados exteriores y se producía la ruptura con Turquía a causa de la expedición de Egipto. El movimiento de deflación repercutió sobre los salarios y favoreció el paro, que impedía a los obreros de las ciudades beneficiarse adecuadamente de la bajada del precio del pan.

Marasmo en los grandes centros textiles del norte y del oeste; situación desastrosa de la sedería lionesa; crisis del comercio en París. Los puertos no ofrecían un panorama más brillante: Marsella experimentó el debilitamiento del tráfico con el Levante por la razones antes expuestas; Burdeos, que había resistido bien hasta entonces gracias a la llegada de navíos americanos que embarcaban vinos y aguardiente a pesar de la prohibición del Directorio, el 29 de nivoso del año VI, se hundió; Nantes ofrecía un espectáculo de desolación; ni siquiera Tolón, a pesar de su arsenal, salió bien parada. El *Journal du Commerce* de Burdeos enumeró los males que asediaban a «las principales ciudades marítimas»: penuria de las especias, bancarrota, entorpecimiento que creaba la marina inglesa a las comunicaciones.

En los últimos años del Directorio, la depresión que afectaba a todas las categorías sociales, aniquiló los esfuerzos de recuperación emprendidos por François de Neufchâteau.

Fue el final del marasmo económico (que se volvió evidente a partir de 1801) y la manera espectacular en que se superó la breve crisis de 1802, los que contribuyeron a

acreditar la idea de una recuperación milagrosa de Francia debida al Primer Cónsul. No es menos cierto que Bonaparte supo crear el clima de confianza indispensable para una reanudación de la actividad económica ganándose los favores de la burguesía sin la cual, en 1799, nada hubiese sido posible, en la medida en que poseía a la vez el dinero y los talentos. En el origen de la autoridad adquirida ante ella por el nuevo jefe del Estado, estaban varios éxitos logrados en un intervalo de dos años: el equilibrio presupuestario y el pago de la renta en metálico, la pacificación de Vendée y el restablecimiento del orden, la reconciliación con Roma y el final de la guerra, no solo la continental sino también la marítima. Molé confesará a Tocqueville: «Reconozco que me quedé deslumbrado al ver esta reconstrucción tan rápida del gobierno. Todo me parecía pulverizado, destruido sin apelación. No imaginaba cómo podría reconstruirse nada». Y añadía: «Mi juventud me ocultaba los recursos que ofrecía la sociedad de entonces para semejante obra; ese fue mi gran error, lo confieso». El «milagro consular» no hubiera sido posible sin el apoyo de los notables y de la clase media. Y el propio Tocqueville observa:

> Bonaparte impuso veinticinco céntimos adicionales al llegar al poder, y no se dijo nada. El pueblo no se revolvió contra él; todo lo que hacía era popular. El gobierno provisional adoptó la misma medida en 1848 y pronto sucumbiría bajo el anatema. El primero hacía la revolución que se deseaba; y el segundo, la que no se deseaba.

Debates abiertos

Abrumado durante mucho tiempo por la historiografía de derechas (L. Madelin, *La France du Directoire*, 1922) o de izquierdas (Mathiez, *Le Directoire*, 1933; la detención en Fructidor), ¿fue el Directorio víctima de la leyenda napoleónica? En la actualidad, se esboza una tentativa de rehabilitación cuyos elementos pueden encontrarse en Gaxotte y Tulard, *La Révolution française*, p. 404. Así, A. Soboul no ve ninguna solución de continuidad entre el Directorio y el Consulado; simplemente, en lugar de una dictadura revolucionaria, hubo una dictadura militar. Las reformas financieras del Consulado le debieron mucho a Ramel (M. Marion, *Histoire financière*, t. IV); el bandidaje persistió bajo el Consulado (M. Marion, *Le Brigandage pendant la Révolution*, 1934; G. Sangnier, *Le Brigandage dans le Pas-de-Calais de 1789 à 1815*, 1962); el Directorio inventó el Bloqueo Continental (G. Pariset, *Études d'Histoire révolutionnaire et contemporaine*, 1929, p. 113). «El Consulado heredó empresas en curso de ejecución y se atribuyó su mérito. En política, únicamente el corto plazo es eficaz» (Woronoff, *La République bourgeoise*, p. 225).

Capítulo 7

Las nuevas instituciones

En diciembre de 1799, un dicho corre por París: «¿Qué hay en la Constitución? Hay Bonaparte». Sin embargo, Napoleón solo alcanzó la plenitud del poder por etapas. No era el único vencedor de Brumario y tuvo previamente que separarse de Sieyès; hasta la victoria de Marengo, su poder siguió siendo discutido. Los termidorianos se preguntaban cuáles eran sus intenciones.

Ajeno a las asambleas y ausente de París bajo el Directorio, Bonaparte no conocía bien a los políticos de su tiempo, por eso se vio obligado a encomendarse a su hermano Luciano, a Cambacérès o a Talleyrand para la elección del nuevo personal; su experiencia jurídica y financiera era limitada y sus intervenciones en el Consejo de Estado dieron prueba de pasmosas ignorancias.

Hay que evitar ver en Bonaparte al único encargado de las grandes reformas del Consulado. Es conveniente atribuir una parte importante de la recuperación del año VIII a esos altos funcionarios del Antiguo Régimen que fueron Lebrun y Gaudin. La obra institucional realizada entonces lleva su marca y refleja la voluntad política de los nuevos notables: es un compromiso entre las conquistas de la Revolución y las instituciones de la vieja monarquía, sin el rey y la nobleza.

La hora de Sieyès

Después del golpe de Estado de Brumario, los vencedores se habían puesto a trabajar. Se entregó el poder ejecutivo a tres cónsules, Sieyès, Roger Ducos y Bonaparte. Pronto eligieron a sus ministros. Se mantuvo a Cambacérès y a Fouché en Justicia y en la Policía, se llamó a Gaudin para Hacienda y a Berthier para la Guerra; Talleyrand sustituyó a Reinhardt en Relaciones Exteriores el 22 de noviembre. Del Directorio sobrevivieron cuatro ministros y dos cónsules. El golpe de Estado no se llevó a cabo en provecho de nuevos hombres, sino de un nuevo régimen.

La misma noche, en efecto, se nombraron comisiones para preparar una reforma política. Pero los comisarios apenas tenían ideas y acudieron a Sieyès, reputado por su profundo conocimiento del derecho constitucional. Por fin había llegado el momento para el antiguo abad, devorado por la pasión de redactar constituciones. Después de diez días de meditación, el oráculo dio su respuesta: el poder ejecutivo recaería en el gran elector, asistido por dos cónsules, uno para la guerra y el otro para la paz; el poder legislativo correspondería a tres asambleas elegidas a partir de listas de notabilidades. La palabra había sido pronunciada: Francia pertenecería a los notables, entendámonos a los propietarios. Una de esas asambleas, el Senado, podría absorber al gran elector y a los cónsules, en el caso de que se volvieran demasiado poderosos. Sieyès resumió su proyecto en una frase que definía con precisión su carácter cesáreo: «La autoridad viene de arriba y la confianza de abajo». Precisemos, no obstante, que su plan no conducía al pueblo a abandonar sus prerrogativas a un hombre, sino a una asamblea, el Senado, que el propio Sieyès pretendía reclutar entre

los termidorianos, esos convencionales que se habían mantenido constantemente en el poder tras la caída de Robespierre. Hombre de la Revolución, Sieyès solo creía en el gobierno asambleario y negaba toda autoridad a los individuos. ¿Cómo en estas condiciones Bonaparte habría podido adaptarse a las ideas de Sieyès? Cuando el antiguo abad le ofreció el cargo de gran elector, puesto honorífico y dotado de una dignidad excepcional, el general rechazó brutalmente ese papel de «cerdo cebado». Se inició una vehemente tensión entre los dos vencedores de Brumario. «Sieyès —decía Bonaparte— cree que solo él posee la verdad. Cuando se le objeta algo, contesta como un pretendido inspirado y no hay nada más que decir». Por su lado, Sieyès denunciaba públicamente la intención de Bonaparte «de convertirse en rey», acusación terrible en unos tiempos en que las convicciones republicanas de numerosos brumarianos estaban todavía sólidamente arraigadas. Talleyrand empleó inútilmente su talento diplomático para reconciliar a los adversarios. De pronto, el porvenir del nuevo régimen parecía amenazado, y Barras, antiguo amo del Directorio, pensaba ya en la eventualidad de un retorno al poder.

Cuando la opinión pública se enteró de que Bonaparte rechazaba el cargo de elector vitalicio que le destinaba Sieyès, fue Bonaparte quien pasó por ser el verdadero republicano y se granjeó, de creer en los informes de la policía, el favor del público. Garantizado el apoyo popular, el cónsul convocó en su casa a los comisarios encargados de redactar la constitución. Las sesiones de trabajo tuvieron lugar, durante once noches seguidas, en un salón del Luxemburgo. Se presentaron abundantes enmiendas a los proyectos de Sieyès. ¿Cómo Bonaparte, inexperto en materia de derecho constitucional, consiguió imponerlas? Más tarde, en Santa Elena, daría su explicación. «Estos hombres, que escribían muy bien y gozaban de elocuencia, estaban no obstante privados de toda consistencia en el juicio, carecían de lógica y argumentaban de un modo lamentable». Apreciación severa, pero exacta. Bonaparte supo someter las ideologías con su sentido común y, aun más, con su resistencia física. «Para los asuntos públicos, administrativos y militares —añadió— es necesario un pensamiento firme, un análisis profundo y la facultad de poder fijar durante mucho tiempo los objetivos sin sentir fatiga». Astutamente, Bonaparte prolongaba hasta muy entrada la noche los debates sobre la constitución para desarmar por cansancio a sus adversarios.

La Constitución del año VIII

A Roederer, uno de sus consejeros, le declaró: «Es preciso que una constitución sea corta y…» clara, iba a añadir Roederer, «corta y oscura», zanjó Bonaparte. En este sentido, la nueva constitución, que retomaba en beneficio de Bonaparte las grandes líneas del proyecto de Sieyès, era una obra maestra de la ambigüedad. Sin embargo, no podía dar lugar a engaño durante mucho tiempo. El poder se

concentraba en las manos del Primer Cónsul, aunque estuviera flanqueado por otros dos cónsules y por cuatro asambleas, entre las que se encontraba el Senado conservador afecto a Sieyès. El pueblo, que no había tenido ninguna parte en el golpe de Estado, era ajeno a la formación del nuevo régimen y había sido apartado de su funcionamiento. No se hacía ninguna mención del principio de soberanía nacional.

Aparentemente, se había restablecido el sufragio universal. Cualquier ciudadano con edad de veintiún años, domiciliado con más de un año en su municipio, tenía derecho al voto, pero no había elecciones, tan solo presentaciones. Los electores reunidos en la cabeza de distrito designaban a la décima parte de entre ellos para formar una lista de notabilidades departamentales. Estas notabilidades establecían, según un procedimiento idéntico, listas de notabilidades nacionales. A partir de estas listas, el gobierno elegía a los funcionarios municipales y departamentales, y a los miembros de las asambleas nacionales.

El poder legislativo estaba dividido en cuatro asambleas. El gobierno tenía únicamente la iniciativa de las leyes, y los proyectos se preparaban en el Consejo de Estado formado por entre treinta y cuarenta miembros nombrados y presididos por el Primer Cónsul. A continuación se sometían al Tribunado, asamblea de cien miembros, renovada en una quinta parte cada año, que podía discutirlos y emitía su opinión con un voto de rechazo o de aprobación. Los proyectos pasaban luego al Cuerpo Legislativo (trescientos miembros cuya quinta parte se renovaba anualmente). Este, después de haber escuchado a tres comisarios del gobierno explicar las intenciones del Primer Cónsul y a tres tribunos dar a conocer el voto de su asamblea, procedía a una votación sin debate. El Senado, compuesto por sesenta inelegibles para cualquier otro cargo público, con una edad de al menos cuarenta años e inscritos por cooptación, nombraba a los miembros del Tribunado y del Cuerpo Legislativo eligiéndolos entre las notabilidades nacionales. Guardián de la constitución, el Senado podía anular las actas que le habían sido presentadas por el Tribunado como inconstitucionales. No se daba ninguna publicidad a estas sesiones, lo que lo aislaba de la nación.

Este complicado mecanismo, que desembocaba en la parálisis del poder parlamentario, procedía del sistema de Sieyès, y Bonaparte lo mantuvo hábilmente. Pero, con el poder ejecutivo, fue distinto. El gran elector desapareció: lo remplazaron tres cónsules decenales nombrados por el Senado. A los tres primeros, Bonaparte, Cambacérès y Lebrun, los designó la constitución. El Primer Cónsul, Bonaparte, era el único que detentaba la realidad del poder: iniciativa de las leyes que promulgaba, nominación de los consejeros de Estado, ministros y funcionarios, derecho de guerra y de paz. Los otros dos cónsules tenían tan solo voz consultiva.

Los ministros eran responsables ante los cónsules. No había ministerios propiamente dichos. Por lo demás, alentados por Bonaparte, antagonismos personales enfrentaban a estos ministros. Luciano, en Interior, entró en rivalidad con el responsable de la policía, Fouché, que asimismo detestaba a Talleyrand. Algunos

ministerios se desdoblaron con la creación de un director general y luego ministro del Tesoro, al lado del ministro de Hacienda, y al lado del ministro de la Guerra, con un director de la Administración de la guerra. El principal ministerio pretendido era el de Interior. Luciano protestó cuando se propuso flanquearlo con directores generales reclutados entre los consejeros de Estado. Sin embargo, no pudo impedir la institución de una dirección general de Puentes y Caminos encomendada a Cretet. «Es útil —declaró su hermano— que se designe a un consejero de Estado para el manejo de los asuntos públicos, así las leyes de las que se ocupa en su gabinete estarán en consonancia con las necesidades y la posibilidad de su ejecución».

El plebiscito

Un artículo de la constitución preveía: «La presente constitución se ofrecerá posteriormente a la aprobación del pueblo francés». Esta regla, ya establecida bajo la Revolución a propósito de las constituciones de 1793 y 1795, servía en realidad a los intereses de Bonaparte. Sustituía así las elecciones por un plebiscito sobre un proyecto constitucional que, fatalmente —como consecuencia de la personalidad de Bonaparte—, se transformaba en plebiscito sobre un hombre.

¿Cómo se desarrolló este plebiscito? De una manera que no deja actualmente de sorprendernos, pero que no extrañó a los contemporáneos. Se decidió que se abrirían en cada municipio registros en que los ciudadanos escribirían, a continuación de su nombre, un *sí* o un *no*, cuyos motivos podrían además especificar. Tal consulta, si permitía a cada cual explicar su postura, no respetaba el secreto de voto. Este, por añadidura, no se realizó en todas partes al mismo tiempo. En París comenzó inmediatamente, pero se retrasó en provincias. Muchos ciudadanos dudaron en acudir a votar, porque temían que, en caso de disturbios, las listas de personas que habían expresado su opinión se convirtiesen en listas de proscripción. Para tranquilizarlos, el gobierno tuvo que prometer que, después de la consulta, los registros serían quemados. No se hizo así, y la mayoría de los que se abrieron en las administraciones, los ayuntamientos, las notarías y los juzgados de paz, llegaron hasta nosotros. Estos registros muestran la confusión en que se desarrolló la consulta. Un escrutinio permite encontrar en ellos una cantidad importante de científicos y artistas. Hecho significativo: los antiguos convencionales otorgaron sus sufragios a Bonaparte.

Hubo pocos votos negativos. Según *Le Moniteur*, en París se registraron 12.440 «sí» y diez «no». La proporción de los rechazos parece netamente más elevada en Córcega: nadie es profeta en su tierra. La constitución se aprobó, finalmente, por 3.011.007 votos contra 1562. ¿Hay motivos para extrañarse? Es excepcional que un gobierno pierda un referéndum a menos que dé síntomas de una voluntad suicida. Pero el peligro podía proceder de los abstencionistas. ¿Cómo podrían no haber sido

numerosos en el año VIII, dado el apresuramiento con que se organizó la consulta, el retraso debido a que los nuevos administradores no habían ocupado todavía su puesto en todas partes, la influencia jacobina, que seguía siendo grande en provincias, y el hecho de que también había que contar con los realistas? Si la abstención podía explicarse en los tiempos turbulentos de la Revolución, ¿acaso no corría el riesgo de ser interpretada, en una época más calmada, como una desaprobación del gobierno o, como mínimo, como una señal de desconfianza hacia él?

Ahora bien, Bonaparte necesitaba un amplio apoyo popular que se tradujera en una participación más elevada. Luciano comprendió esa necesidad. Al recontar los resultados, un investigador, M. Langlois, puso de manifiesto los fraudes llevados a cabo por el ministro del Interior. La cifra de tres millones de «sí» para un electorado de cinco millones de ciudadanos representaba una franca mayoría. Sin embargo, no habría habido más que un millón y medio de «sí» verdaderamente expresados. Poco importaba: los servicios de Luciano redondearon todas las cifras de los departamentos, de modo que se recuperaron así cerca de novecientos mil votos. Se les añadió otro medio millón de «síes» que representaban el voto del ejército, al que no se consultó, pero del que se afirmó —un tanto apresuradamente— que daba muestra de sentimientos bonapartistas. Y asunto concluido. Bonaparte, por lo demás, no había esperado los resultados definitivos para aplicar la constitución.

Por consiguiente, resulta imposible extraer una enseñanza seria de esa consulta, en que el voto era público y los resultados habían sido trucados. Pero no hay que creer a los contemporáneos que declararon que «cualquier individuo, cualesquiera que fuesen su edad, su sexo, su condición y su país, no solo fue admitido sino también invitado a rubricar». El examen de los registros no confirma de ningún modo tales aserciones. Los resultados reflejaron la opinión general, pero el plebiscito así entendido, lejos de ser una libre consulta popular, no era más que la ratificación de un hecho consumado: «Fue de esa manera como se fundó en Francia —escribía A. Aulard en 1926— la República plebiscitaria».

El pueblo francés, en lugar de los múltiples representantes a quienes hasta entonces había encomendado legislar y gobernar, se dio un representante único, Napoleón Bonaparte.

Incluso antes de haber sido adoptada, la constitución había entrado en vigor. El personal político fue reclutado entre los moderados, antiguos *feuillants* o termidorianos, esforzadamente mezclados con algunos notables que precedentemente se habían abstenido. Se les añadieron algunos monárquicos arrepentidos. En el Senado ingresaron, elegidos principalmente por Sieyès, generales (Kellermann, Hatry, Lespinasse, Sérurier), almirantes (Bougainville y Morard des Galles), magistrados, científicos (Berthollet, Monge, Laplace, Daubenton, Lagrange), escritores (Volney, Destutt de Tracy), banqueros (Perrégaux) y un pintor (Vien). Treinta y siete de sesenta eran parlamentarios de carrera (Cornudet). Los Ancianos y los Quinientos suministraron a Dubois-Dubais, Garat, Lenoir-Laroche, Vimar y

Cornet, por nombrar solo a los más conocidos; y las asambleas anteriores, a Garan-Coulon, Dailly y François de Neufchâteau. En el Tribunado prevalecían los ideólogos: Daunou, Benjamin Constant (impulsado por Mme. de Staël), Dupuis, Jean-Baptiste Say, Laromiguière, Andrieux, Marie-Joseph Chénier, Desrenaudes y Guinguené. La elección se había dirigido a jóvenes conocidos por su espíritu crítico. Sieyès esperaba así constituir una oposición oficial y constructiva. Seguía siendo, contrariamente a Napoleón, un parlamentario en el alma. De haber guiado Sieyès las riendas de Francia, el Tribunado hubiera desempeñado un gran papel.

De los trescientos miembros del Cuerpo Legislativo, doscientos setenta y siete procedían de las antiguas asambleas. Citemos a Grégoire, Dalphonse, Bréard…

Se perpetuaba así, a través de los distintos regímenes, el personal político heredado de la Revolución,

Las reformas administrativas

En la elaboración de la constitución, Bonaparte había desempeñado una función preponderante. No sucedió exactamente lo mismo en las reformas administrativas, donde las intervenciones de Chaptal y de Cambacérès fueron determinantes.

Los principios liberales de la Revolución —poder colegial, elección y autonomía de las administraciones locales— fueron abandonados por la ley del 28 de pluvioso del año VIII (17 de febrero de 1800). Se volvió de ese modo, en un prurito de eficacia, a la política de centralización. Se había conservado la división del territorio en departamentos, distritos y municipios, pero se confió su administración al prefecto en los departamentos, al subprefecto en los distritos y al alcalde en los municipios, todos nombrados por el Primer Cónsul aunque elegidos por los notables. El prefecto resucitaba al intendente, a pesar de que este último había tenido sus poderes limitados bajo el Antiguo Régimen por la existencia de cuerpos privilegiados, parlamentos y Estados Provinciales. Barridos por la Revolución, tales obstáculos ya no estorbaban al prefecto. Los únicos poderes que tenían los consejos locales (consejos municipales, de distrito y generales), nombrados por el gobierno, eran financieros. Los consejos de prefectura se consagraban al contencioso administrativo.

París y el departamento del Sena ocupaban un lugar especial. Por reacción contra las instituciones colegiales instauradas bajo la Revolución y que se revelaron ineficaces, Bonaparte y sus consejeros establecieron una administración que se inspiraba en la anterior a 1789. El departamento del Sena se dividió en tres distritos comunales. El primero (Pantin, Belleville, Clichy y Passy) y el segundo (Vincennes, Montreuil y Sceaux) tuvieron un subprefecto. El tercer distrito constituido por París no recibió ninguno. Sin embargo, la capital, que volvía a ser municipio único, siguió estando dividida en doce barrios, con un alcalde cada uno responsable del estado civil. Pero el verdadero alcalde de París fue el prefecto del Sena, instalado en el

Ayuntamiento, y que heredó los poderes del preboste de comerciantes. París no tuvo consejo municipal: el consejo general del Sena hacía sus veces. Se deseaba evitar no solo la presencia al frente de la ciudad de un alcalde elegido que hubiera sido más poderoso que el prefecto, sino también prevenir la insurrección de una asamblea análoga a la comuna insurreccional de 1792, que fue responsable de las matanzas de septiembre. Amparada tanto en el plano fiscal como en el de la conscripción, la capital era objeto de una atenta vigilancia. Y dado que la tarea del prefecto se anunciaba aplastante y se podía temer que descuidara la seguridad de la capital, se le adjuntó un segundo magistrado especialmente encargado del mantenimiento del orden. Tal fue el prefecto de policía, heredero del teniente general de la vieja monarquía. Bonaparte eligió, por recomendación de Fouché, a un antiguo procurador en el Châtelet, Louis-Nicolas Dubois.

El alistamiento de los prefectos se efectuó sobre todo, al igual que en el Senado y el Cuerpo Legislativo, entre los antiguos miembros de las asambleas revolucionarias. Frochot, prefecto del Sena; Mounier, que sustituyó a Borie, en Ille y Vilaine; Dauchy (Aisne); Lameth (en los Bajos Alpes, en 1802), Marquis (Meurthe), Huguet (Allier), Giraud (Morbihan), Méchin (Landes), Eymar (Leman), Harmand (Mayenne), Joubert (Nord), Ricard (Isère) y Pougeard (Alto Vienne), eran antiguos constituyentes. Beugnot (Sena Inferior), Rabusson-Lamothe (Alto Loira), Rougier de la Bergerie (Yonne), Montaut-Desilles (Maine y Loira), Verneilh-Puiraseau (Corrèze), Boullé (Costas del Norte), Richard (Alto Garona), Nogaret (Hérault), Lamarque (Tarn), Imbert (Loira), Roujoux (Saona y Loira), procedían de la Legislativa. Letourneur (Loira Inferior), Jean de Bry (Doubs, donde sustituyó a Marsson en 1801), Thibaudeau (Gironda), Colchen (Mosela), Quinette (Somme), Jean Bon Saint-André (Maguncia), Pelet de la Lozère (Vaucluse), Cochon de Lapparent (Vienne), Bailly (Lot), Musset (Creuse), Lacoste (Forêts), Delacroix (Bocas del Ródano), Guillemardet (Charente Inferior) y Brun (Ariège), habían pertenecido a la Convención. Texier-Olivier (Bajos Alpes) y Riou (Cantal) ocupaban antes un escaño en las asambleas del Directorio. Algunos generales estaban presentes para recordar el carácter autoritario de la función. Diplomáticos y literatos (Ramon de Carbonnières se negó) eran, en cambio, poco numerosos.

El Primer Cónsul efectuó la elección a partir de las listas presentadas por Cambacérès, Lebrun, Talleyrand y Luciano Bonaparte, quien tuvo con frecuencia la última palabra. Clarke también jugó su papel: impuso a Shée, su tío, en Bajo Rin; le sucedería Lezay-Marnésia, familiar de Josefina. Incluso si habían sido ministros (Bourdon, Delacroix, Faypoult), miembros del Comité de Salvación Pública (Jean Bon Saint-André) o del Directorio (Letourneur), los prefectos no eran en realidad más que comparsas. Las primeras figuras de la Revolución habían muerto o estaban en el exilio. Pero no por ello estos personajes de segundo plano dejaban de simbolizar el espíritu de 1789.

¿Qué se esperaba de esos prefectos? Que representaran al gobierno en los

departamentos, que desarrollaran, en conexión con el cuerpo de Puentes y Caminos animado por un equipo excepcional de grandes ingenieros (Prony, Becquey-Beaupré, Dumoustier, Brémontier), una política de trabajos públicos que, a falta de dinero, el Directorio no pudo llevar a cabo. Mejorar el estado de las vías de comunicación se presentaba como una de las prioridades, pero los puentes, la navegación interior, los puertos y las fortificaciones debían ser también objeto de su interés.

No hemos llegado todavía al momento de los balances, pero si los primeros resultados fueron a menudo brillantes, muy rápidamente los prefectos se vieron asfixiados bajo el papeleo. En sus *Memorias*, Vaublanc se quejará de las dificultades con que se topó como prefecto de Mosela, pero fue en 1810. Los problemas materiales fueron los primeros que los prefectos tuvieron que superar. Texier-Olivier daba cuenta al ministro del Interior de su toma de posesión: «Después de once días de camino, llegué ayer al puesto que me ha sido delegado, no sin penas y fatigas. El mal estado de las carreteras y la dificultad de viajar por las montañas retardaron la marcha». Con frecuencia, el edificio reservado para la prefectura era incómodo; sucedía a veces incluso que el prefecto tuviera que compartirlo con el obispo. El alejamiento de París, al menos, aseguraba una mayor independencia, y por tanto un poder mayor. Las noticias llegaban al prefecto de Lot con seis días de retraso. Durante la conspiración del año XII, este prefecto se quejaba de no haber tenido conocimiento del complot sino gracias a los periódicos y las informaciones recogidas por otros funcionarios. Los prefectos tenían que tomar iniciativas. Sin embargo, su independencia estaba limitada por la vigilancia que ejercían, más o menos sobre ellos en el departamento, el obispo o el comandante de la división militar.

La ley del 27 de ventoso del año VIII (18 de marzo de 1800) completó la reorganización administrativa de Francia adaptando la jerarquía judicial a los nuevos dirigentes. Cada cantón tuvo un juez de paz; cada distrito un tribunal civil de primera instancia y un tribunal correccional; cada departamento, un tribunal criminal. Por encima: veintinueve audiencias territoriales, cuyas competencias correspondían aproximadamente a las antiguas divisiones provinciales, y, en París, un Tribunal Supremo, cuyo procurador general fue Merlin de Douai, «la gestión de la hiena», dirá Molé, pero con un excepcional conocimiento de la jurisprudencia. Si se había restablecido la inamovilidad de los jueces, estos eran en adelante funcionarios nombrados por el Primer Cónsul, y ante cada tribunal un comisario del gobierno desempeñaba el papel del ministerio público y el de vigilancia de sus colegas.

La recuperación financiera

Aun más que una reorganización administrativa, lo que interesaba prioritariamente llevar a cabo era una recuperación de las finanzas. Era una condición indispensable para cualquier tipo de consolidación del nuevo régimen. Ahora bien, se

dice que, en Brumario, no quedaban en las arcas del Estado más que 167.000 francos.

Antiguo colaborador de Necker, Gaudin, llamado al Ministerio de Hacienda, prosiguió las reformas emprendidas bajo el Directorio. En noviembre de 1799, se creó una dirección de las contribuciones directas. Agentes del Estado sustituyeron a los cuerpos electos para el reparto y la recaudación de impuestos: directores y controladores establecían las funciones de las contribuciones; cobradores y recaudadores colectaban el dinero. Estaban obligados a abonar una fianza. Como había intentado Ramel bajo el Directorio, el gobierno exigió menos del impuesto territorial que de los impuestos indirectos (registro, tabaco, bebidas). Los ingresos de dinero se volvieron regulares y el presupuesto del Estado se equilibró por fin en 1802.

Había que fortalecer el crédito. Gaudin creó el 29 de noviembre de 1799 una caja de amortización alimentada por las fianzas de los recaudadores generales y cuya gestión se le confió a Mollien, que había pertenecido, bajo el Antiguo Régimen, a las Fermes Générales [organismo de recaudación de impuestos]. Tenía como misión disminuir la deuda pública mediante el rescate de rentas. Para devolver la confianza al comercio, la caja de cuentas corrientes creada en 1796 por Pérregaux se desechó en provecho de un Banco de Francia fundado el 13 de febrero de 1800. Banco privado, dirigido por regentes (Perrier, Pérregaux, Mallet, Lecouteulx, Récamier, Barillon), debía facilitar y regularizar el mercado monetario y atenuar las crisis mediante la oferta de un crédito holgado a las casas en apuros. Sus principales operaciones eran: la deducción de las letras de cambio y los pagarés, los anticipos sobre los cobros, la apertura de cuentas corrientes y la emisión de billetes al portador. Su unión con el gobierno favoreció su éxito. Una ley del 14 de abril de 1803 le atribuyó el monopolio durante quince años de la emisión de billetes de banco. Aparentemente, el recuerdo de los asignados se había desvanecido.

Pero el efecto psicológico más espectacular de la recuperación financiera fue el restablecimiento del pago en metálico de las rentas del Estado. Esta medida contribuyó al incremento de la popularidad del régimen en los medios burgueses, y la confianza recobrada permitió el establecimiento de una nueva moneda: en marzo de 1803, una ley creaba un *franco* de cinco gramos de plata, el famoso *franco germinal*, que conservaría su estabilidad hasta 1914.

Espectacular fue la recuperación de los dos primeros años del Consulado, aun cuando no se puedan olvidar las reformas ya puestas en marcha bajo el Directorio. ¿Hay que ver en ello «el prefacio de un nuevo Antiguo Régimen» o la estabilización de la Revolución? Desde luego, los prefectos continuaron la obra de los intendentes, el Consejo de Estado sustituyó al Consejo del Rey, al igual que el prefecto de policía de París al lugarteniente general. Bonaparte había pertenecido a la nobleza pobre del Antiguo Régimen y su entorno a la administración de la vieja monarquía. ¿Es posible que lo hubieran olvidado en el momento de reorganizar Francia? Pero esta había sido transformada por diez años de Revolución: también tenían que tenerlo en cuenta. De este compromiso nació, según la expresión de Hippolyte Taine, «la Francia

contemporánea», cuyas instituciones llegaron hasta nosotros. Pues garantizaban la preponderancia de la nueva burguesía y no esa dictadura militar que se denuncia equivocadamente, en tanto que Bonaparte apartó precisamente del poder político a los generales que gravitaban alrededor del Directorio, para apoyarse en los notables. Pasarán los regímenes, pero las instituciones no se modificarán. Imperio, Monarquía y República solo serán epifenómenos. Más allá de la inestabilidad política, lo que hemos de tener en consideración es la permanencia de la administración establecida bajo el Consulado.

Debates abiertos

La historia de la administración, mucho tiempo descuidada, experimenta un nuevo desarrollo. Sin embargo, el período consular e imperial fue una verdadera edad de oro para la burocracia a causa del carácter centralizador y autoritario del régimen. Si comenzamos a conocer mejor la vida de los despachos (J. Bourdon, «Les conditions générales de nomination des fonctionnaires au début du Consulat», *Bull. Soc. Histoire moderne*, 1931, pp. 31-33; G. Thuillier, *La Vie des bureaux sous le Premier Empire, Témoins de l'administration*, 1967, cap. II; J. Tulard, «Les directeurs de ministère sous l'Empire», *Actes du colloque sur les directeurs de ministère XIX^e —I^er moitié XX^e siècle*, 1976), todavía no entendemos bien el poder de decisión de los ministros. ¿Cuál fue el peso de su entorno, de los Gaillard, Jal o Beauchamp alrededor de Fouché, y de los Montrond, Le Chevalier, Roux-Laborie y demás Villemarest que componían el «taller» de Talleyrand? Parece que no tenían ningún control sobre los servicios, y las tareas técnicas les eran esquivas. El gabinete ministerial solo se desarrollará con el régimen parlamentario (J. Tulard, «La notion de cabinet ministériel sous le Consulat et l'Empire», en *Histoire des Cabinets des ministres de France*, 1975). La creación de directores generales, rivales en potencia de los ministros, merecería ser estudiada (Petot, *L'Administration des Ponts et Chaussées*, 1958). Procedían del Consejo de Estado (Duchâtel en el registro, etc.).

La recuperación financiera fue objeto de numerosos trabajos sin que todas las preguntas hayan obtenido respuesta. Fue G. Thuillier quien, basándose en diferentes folletos (Basterreche, *Essai sur les Monnaies*, año IX; Des Rotours, *Mémoire sur la nécessité d'une refonte générale*, año XI y los informes de Bérenger), sacó a la luz la anarquía monetaria del Consulado y la génesis de la ley del 7 de germinal del año XI concerniente a la fabricación y la verificación de las monedas. G. Thuillier se muestra severo con respecto a la reforma: «Al oponer una moneda real contra la moneda de cuenta, esta ley constriñó a Francia durante medio siglo a un riguroso metalismo que frenó en parte el desarrollo industrial» («La réforme de l'an XI», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1975, pp. 83-102). El mismo autor ha subrayado la curiosa persistencia de los bancos de suelos («Pour une histoire des banques de sols», *Revue de l'Institut*

Napoléon, 1973, pp. 4553). ¿Cuál era entonces la reserva monetaria? Según G. Thuillier, habida cuenta de la emigración y el atesoramiento provocado por la fundición de la orfebrería religiosa, del metálico importado de Bélgica y de las regiones renanas, esta reserva se elevaría a dos mil seiscientos millones («Le stock monétaire de la France en l'an X», *Revue d'histoire économique et sociale*, 1974, pp. 247-257).

Muchas veces se ha recordado que las instituciones con que el Consulado dotó a Francia se inspiraban en el Antiguo Régimen (Consejo de Estado, prefectos, a la espera del Tribunal de Cuentas, en 1807): este aspecto «reaccionario» de la legislación napoleónica que, «sobre fundamentos revolucionarios, restaura un edificio de estilo antiguo», se verifica igualmente en el ámbito hospitalario donde, «sobre los cimientos asentados por el Directorio, resurgieron la mayoría de las instituciones execradas por los filósofos o los economistas del siglo XVIII» (desarrollo de la caridad privada, restablecimiento de las Hijas de la Caridad, recurso a los limosneros…), tal como muestra J. Imbert, *Le Droit hospitalier de la Révolution et de l'Empire* (1954).

¿Qué valor tenía esta nueva administración? De Balzac a Vivien, parece haber dejado una gran nostalgia. Bonin intentaba fundar una ciencia administrativa; Herbouville y Stendhal soñaban con una escuela de administración (G. Thuillier, *Témoins de l'administration*, 1967; P. Legendre, *Histoire de l'administration*, 1968). Pero G. Ardant muestra que su rendimiento fue mediocre («Napoléon et le rendement des services publics», *Revue de défense nationale*, 1953). J. Favier, en una nota sobre las hojas de trabajo de la Secretaría de Estado (*Inventaire général de la série A F*, t. I), pone de manifiesto la estrecha subordinación de los ministros a Bonaparte desde el Consulado. La dominación de la «burocracia», palabra forjada por Peuchet, data del Directorio: Clive Church, *Revolution and Red Tape* (1981).

Capítulo 8

La paz

Los resultados exactos del plebiscito del año VIII confirmarían, si fuera necesario, la ausencia de entusiasmo suscitado por el golpe de Estado y por la nueva constitución. Durante el voto, el sur se mostró más bien frío, París reservado y los departamentos belgas gélidos. La adhesión del propio ejército no era unánime. Nada diferenciaba todavía al régimen consular del Directorio. Por grande que haya sido el prestigio de Bonaparte, la opinión pública no lo distinguía bien del clan de los termidorianos reconvertidos en brumarianos: muchos pensaban asistir a una segunda operación de los dos tercios destinada a perpetuar en el poder a los antiguos convencionales, después del apartamiento de los más comprometidos como Barras.

Fueron los éxitos de Bonaparte los que, en dos años, modificaron la mentalidad pública, tranquilizando tanto a los beneficiarios de la Revolución, burgueses y campesinos adquisidores de los bienes nacionales, como a los nobles que habían regresado o permanecido en Francia, suscitando el reconocimiento de los rentistas por fin pagados en metálico y ganándose, como señalan los informes de la policía, la confianza de los obreros.

Vendée pacificada

Primer éxito: la pacificación de Vendée. En 1795 se había fracasado. Las convenciones firmadas en mayo no se habían respetado como consecuencia de los excesos cometidos por ambas partes. Hoche, entonces en la cumbre de su gloria, se había desgastado en estériles negociaciones. Curiosa carrera abocada al fracaso en comparación con la de Napoleón. La ejecución de Stofflet, el 25 de febrero de 1796, había endurecido las posiciones, pero favorecido a fin de cuentas la ascensión al frente de Vendée del cura de Saint-Laud, Bernier, convertido a la idea de un acuerdo con la República. Bonaparte iba a triunfar, gracias a Bernier, allí donde había fracasado Hoche. Bernier, aunque sin hacerse ilusiones sobre las intenciones del Primer Cónsul, recomendaba, tras el golpe de Estado de Brumario, la apertura de nuevas conversaciones. Fortalecido por su autoridad, no dejaría de reclamar el final de las hostilidades. A pesar de los llamamientos a la resistencia de Frotté, y luego de Cadoudal, se firmó un primer armisticio el 24 de noviembre de 1790, entre Hédouville, por parte del gobierno consular, y Châtillon, Autichamp y Bourmontpor parte de los insurrectos. La tregua se prolongó hasta el 22 de febrero de 1800.

En el bando realista, se alimentaban algunas ilusiones (inesperadas después de Vendimiario y Fructidor, aunque habían sido Barras y Augereau quienes habían desempeñado el papel principal) sobre las intenciones de Bonaparte. Bajo pretexto de discutir algunos puntos del acuerdo, el jefe chuan d’Andigné fue enviado a París. Hyde de Neuville, que dirigía, en nombre del conde de Artois, la «agencia inglesa» en la capital, preparó la entrevista por mediación de Talleyrand. El 26 de diciembre de 1799, Hyde era recibido en el Luxemburgo para fijar sus detalles: «Entró un

hombre pequeño, vestido con un tosco frac verdoso, la cabeza gacha y una facha casi lamentable». Era Bonaparte, a quien el conspirador tomó por un sirviente. Pero cuando el general se acercó a la chimenea y levantó la cabeza, «pareció haber crecido de golpe, y la llama de su mirada, inesperadamente refulgente, daba a conocer que se trataba de Bonaparte». La entrevista decisiva tuvo lugar a la mañana siguiente. No cabe sospechar del relato proporcionado por Hyde de Neuville. El del general d'Andigné no es menos interesante. Muestra un mismo sentimiento de sorpresa ante la apariencia física de Bonaparte:

> Nos hicieron entrar en un gabinete, en la planta baja. Un hombre pequeño, con mal aspecto, entró en él pocos instantes después de nosotros. Con un frac color oliva, cabellos lisos y un aire de negligencia extrema, nada en su conjunto me hizo pensar que pudiera ser un hombre importante. Por eso me quedé un tanto sorprendido cuando Hyde me anunció que ese hombre era el Primer Cónsul.

Bonaparte reconoció, en el curso de la discusión, si no la legitimidad de la rebelión del oeste, al menos el derecho a la insurrección contra un «opresor». Se habló del tratado. Se llegó a un acuerdo sobre las principales cláusulas: exención de la conscripción en los departamentos insurgentes, cancelación de los impuestos atrasados y restitución de los bienes no vendidos a los emigrados. Se hablo un rato del rey. «No soy realista», confirmó Bonaparte. Sin embargo, se había disipado cualquier ambigüedad… ¿Cómo podría haber sido de otro modo? A comienzos de 1800, el Primer Cónsul estaba demasiado vinculado a los antiguos termidorianos como para esbozar un acercamiento a los realistas. D'Andigné tendría la confirmación poco después.

> De ninguna manera quería abandonar París sin comunicarle a Bonaparte el verdadero objeto de mi misión. Le escribí pues que la finalidad de mi viaje había sido el ofrecerle, de parte de los jefes realistas, todos los medios que estaban en su poder en caso de que quisiera emplearlos en la restauración de la monarquía. En esta carta, extremadamente lisonjera hacia él, hablaba de la gloria inmortal que uniría a su nombre y del reconocimiento eterno que le deberían los franceses. Por un lado, le hacía entrever que no tendría ninguna recompensa más allá de tal servicio; por otro, le mostraba la poca seguridad que encontraría entre hombres que, con propósitos interesados, habían servido a los distintos gobiernos que se habían ido sucediendo, y que se volverían contra él, en caso de sufrir grandes reveses, con la misma facilidad que se habían apresurado a destituir el Directorio en el momento en que lo vieron tambalearse.

Visión profética que iba por lo demás a confirmar inmediatamente el anuncio, en junio, del resultado primero incierto de la batalla librada en Marengo por Bonaparte. Este contestó con una negativa velada a d'Andigné, el 30 de diciembre de 1799: «Ya ha corrido demasiada sangre francesa desde hace diez años…». Sin embargo, por temor a sus aliados, Bonaparte pareció no querer dar ninguna publicidad a esta misiva. Cuando, como consecuencia de una imprudencia del abad Godard, todos los papeles de Hyde de Neuville fueron confiscados, entre ellos figuraba una copia de la carta del Primer Cónsul, que no se había publicado en la recopilación impresa de los documentos de la agencia realista entregados al público.

El 10 de enero de 1800, Bonaparte lanzó una proclama en la que declaraba que

solo se llegaría a la paz con la sumisión de los insurrectos. «Ya solo pueden seguir armados contra Francia hombres tan carentes de fe como de patria, pérfidos instrumentos de un enemigo extranjero». Concentraciones de tropas, bajo el mando de Brune, destinado al frente del ejército del oeste, aportaron un peso suplementario a estas amenazas. En enero, los nobles —en primer lugar, Bourmont, Châtillon, d'Autichamp y Suzannet— renunciaron a la lucha. Cadoudal no abandonaría hasta febrero, después de la incierta batalla de Grandchamp. En cuanto a Frotté, cayó en una emboscada que no se dejaría de imputar —erróneamente— al Primer Cónsul. «No fui yo quien dio la orden, habría dicho en realidad, pero no puedo decir que me haya disgustado su ejecución».

La chuanería quedaba provisionalmente extinta. En sus *Memorias*, d'Andigné explica las causas de este fracaso: «La protesta generalizada del partido realista había concitado, en un principio, el asentimiento de todos los bienpensantes en Francia. Los deseos de la gente honrada estaban de nuestro lado, pero eso era todo. Ningún individuo de fuera de nuestros departamentos había venido a reunirse con nosotros. Inglaterra quería suministrarnos algunos medios para la resistencia, pero nos negaba los medios para el triunfo». A pesar de que la causa realista había suscitado algunas simpatías en el conjunto del país, se produjo un cambio de opinión, como confesaba el propio d'Andigné, a favor de Bonaparte: «Los habitantes de las provincias del oeste vieron en su mayoría con agrado un tratado que les dejaba respirar».

En el sur, los informes seguían siendo alarmantes. El 4 de febrero de 1800, la policía denunciaba los del abad de Cyran, llamado Desbaumes, y del marqués de Villard: «El plan diseñado entre agentes del extranjero, antiguos jefes del campamento de Jalès y guardaespaldas consistía en aniquilar el comercio, intimidar a los negociantes, impedir las comunicaciones, oponerse al aprovisionamiento de nuestros ejércitos y forzar al pueblo a la rebelión». La «chuanería» —la policía empleaba el término igualmente para las regiones meridionales— difícilmente se distinguía del bandidaje. Hubo que esperar la votación por el Cuerpo Legislativo, después de agitados debates en el Tribunado, de la ley llamada del 18 de pluvioso del año IX (7 de febrero de 1801) que establecía tribunales especiales sin jurado para poder poner freno al bandidaje. Un decreto del 4 de ventoso creó jurisdicciones especiales en trece departamentos del oeste y catorce departamentos del sur. El efecto fue, sobre todo, psicológico: el bandidaje no desapareció enteramente, pero todo confirma que, en Vaucluse o Var, los habitantes experimentaron un sentimiento de alivio. Tanto más cuanto Bonaparte tuvo la habilidad de combinar la indulgencia con la firmeza. El 3 de marzo de 1800, declaraba cerrada la lista de emigrados en la fecha del 25 de diciembre. Así concretaba su voluntad de reconciliación nacional, sin dejar de respetar los nuevos derechos de los compradores de los bienes nacionales. Siguieron otras medidas, y se evaluó en el 40 por 100 el número de emigrados que regresaron, hacia comienzos de 1802.

Los últimos terroristas

A la izquierda, los titubeos de los generales jacobinos y la depuración de las administraciones provinciales habían desactivado el peligro de una guerra civil. Los antiguos «exclusivos» disponían todavía de dos medios: provocar motines populares y explotar el descontento del ejército o asesinar a Bonaparte.

La idea de un levantamiento parisino estaba excluida, salvo una explosión provocada por la hambruna.

> La situación de la barriada Antoine —explicaba un informe del 16 de mayo de 1800— es tal que no da lugar a ninguna inquietud. A decir verdad, los malhechores intentan cada día agitarla, pero la inmensa mayoría de los habitantes, aunque descontenta por la falta de trabajo y por el estancamiento del comercio, se niega a cualquier tipo de movimiento y está fuertemente decidida a no tomar nunca la menor parte en él.

En la capital, los jacobinos, aparte de las conversaciones de café, únicamente intentaron sobornar a los soldados que se encontraban en gran número después de Brumario. Los realistas también, por otro lado. Los informes de la policía del primer trimestre de 1800 traslucen una innegable preocupación: incitación a la insubordinación; tentativa de enfrentar algunos cuerpos a la guardia consular, presentada como mejor equipada y mejor pagada; desencadenamiento de la violencia en las calles para crear un clima de inseguridad. Por lo demás, estallaron motines en algunas ciudades de provincias, bajo pretexto de dificultades de aprovisionamiento: en Toulouse, los sediciosos obtenían, en marzo, el establecimiento de un impuesto, si damos crédito a un boletín de Fouché, cuyo tono no es sin embargo alarmista, con fecha del día 30; en Marsella, se advertían desórdenes así como en otras ciudades del sur.

La propaganda de los jacobinos se había vuelto difícil, es cierto, debido a la supresión de la libertad de prensa de la que fueron las principales víctimas. Hasta el 17 de enero de 1800, los periódicos habían aparecido libres de toda censura. En esa fecha, un decreto suprimió todos los impresos políticos publicados en París, excepto trece: *Le Moniteur, Le Journal des Débats, Le Journal de Paris, Le Bien informé, Le Publiciste, L'Ami des Lois, La Clef du Cabinet, Le Citoyen français, La Gacette de France, Le Journal des Hommes libres, Le Journal du Soir, Le Journal des Défenseurs de la Patrie* y *La Décade philosophique*, a reserva de una supresión inmediata en caso de oposición al gobierno. «Los periódicos —escribía Fouché— han sido siempre el toque a rebato de las revoluciones; las anuncian, las preparan y acaban por volverlas indispensables. Al haber disminuido su número, los vigilaremos más fácilmente y los orientaremos con mayores garantías hacia el afianzamiento del régimen constitucional». Se reguló la venta ambulante. Quedaba la circulación clandestina de los panfletos. Muy pronto hicieron un llamamiento al «tiranicidio». Podemos citar *Le Turc et le Militaire français* de Metge, que invitaba a los franceses a transformarse en «miles de Brutus». La invitación fue escuchada. Se realizaron numerosas tentativas, desde la máquina infernal de Chevalier hasta el proyecto de un

antiguo edecán del general Hanriot de asesinar a Bonaparte en el camino de Malmaison. La policía se interpuso: «la conspiración de los puñales», que pretendía traspasar a «estiletazos» al Primer Cónsul en su palco en la Ópera el 10 de octubre de 1800, fue probablemente fruto de «tertulias de café», exageradas por la policía; condujo a la detención del pintor Topino-Lebrun, de un secretario de Barère, del escultor romano Ceracchi y del *adjudant-général* Arena, hermano de ese Barthélémy Arena que habría alzado un puñal contra Bonaparte, en el Consejo de los Quinientos, el 19 de brumario. ¿Cómo extrañarse de que, cuando explotó, en la Rue Nicaise, el 24 de diciembre de 1800, una máquina infernal al paso del carruaje del Primer Cónsul que se dirigía a la Ópera, se atribuyera la responsabilidad del atentado a los exclusivos? Por mucho que Fouché insistió en que los medios jacobinos estaban demasiado bien vigilados para haber intentado un golpe tan importante, Bonaparte no quiso saber nada. Se había encontrado el pretexto para limpiar la capital de los últimos terroristas, aunque no haya motivo para sospechar de la buena fe del Primer Cónsul, convencido del origen jacobino del atentado. El senadoconsulto del 14 de nivoso del año IX decidía «la vigilancia especial, fuera del territorio europeo de la república», de ciento treinta exclusivos; algunos fueron calificados como «septembristas» con el propósito de estigmatizar a todos los deportados. Chevalier fue fusilado; Arena, Ceracchi y Topino-Lebrun subieron al cadalso. Por su parte, Lemare había intentado vanamente asesinar a Bonaparte en el paso de los Alpes, durante la segunda campaña de Italia.

La oposición de izquierdas estaba destrozada. No hubo ningún movimiento a su favor, aun cuando Fouché aportó la prueba de que los verdaderos autores del atentado de la Rue Nicaise eran chuanes: Saint-Rejeant, Carbon y Limoelan. Los dos primeros fueron capturados y enviados a la guillotina, vestidos con la camisa roja de los parricidas. Hyde de Neuville desaprobó el atentado y se fugó. Sin embargo, no podía negar que la explosión hubiera sido la respuesta de los realistas a la carta que Bonaparte había dirigido el 7 de septiembre a Luis XVIII, que había intentado un nuevo acercamiento el 4 de junio: «No deberíais desear vuestro regreso a Francia; tendríais que pasar por encima de cien mil cadáveres». La torpeza de Saint-Rejeant y de Carbon condujo a que la policía desmantelara las redes del conde de Artois que se mantenían activas en la capital. Los rivales de Hyde de Neuville, Précy, Imbert-Colomès y Dandré, que habían fundado la agencia de Augsburgo en relación con Luis XVIII y que operaban sobre todo en el sur, apenas tuvieron mejor fortuna. Privados del dinero inglés de Wickham y desplazados de Augsburgo a Bayreuth, fueron arrestados por las autoridades prusianas a solicitud del gobierno francés, y sus papeles enviados a París, donde se publicaron por orden del Primer Cónsul en 1802.

A la oposición nada parecía salirle bien. Los propios brumarianos, inquietos por las incertidumbres de la campaña de Italia, creyeron, tras la partida de Bonaparte hacia la península el 6 de mayo de 1800, poder preparar su relevo en caso de fallecimiento o de derrota. Se pensó en Moreau, La Fayette, Bernadotte, y un

triunvirato que agrupaba a Talleyrand, Fouché y el senador Clément de Ris, para suceder al Primer Cónsul. El anuncio prematuro de un desastre francés en Marengo empujó a algunos a la imprudencia, lo que permitió que Bonaparte se distanciara de ellos a su regreso. La «crisis» sirvió a sus intereses al imponer en la opinión pública la idea de que el Primer Cónsul no estaba sometido a la facción política de los brumarianos, extermidorianos, poco populares a fin de cuentas en el país. Bonaparte podía situarse por encima de las facciones y presentarse como el reconciliador de los franceses.

La pacificación religiosa

La pacificación política hubiera sido imposible sin el apaciguamiento del conflicto religioso. Debido a que el trono y el altar habían estado ligados bajo el Antiguo Régimen, los constituyentes creyeron, mediante la constitución civil del clero, poder reformar la Iglesia al mismo tiempo que el Estado; como la Iglesia había parecido confundir su causa con la de la monarquía, los revolucionarios se vieron arrastrados a una política de descristianización que muchos no habían deseado. Los termidorianos emprendieron, pero demasiado tarde, un régimen de separación que resultó sobre todo nefasto para el clero constitucional, que perdió todo apoyo oficial al mismo tiempo que la remuneración que le dispensaba el Estado. Con un personal diezmado, dividido entre constitucionales y sacerdotes refractarios, edificios confiscados y vendidos (Michelet contó en sus memorias cómo nació, en 1798, en la iglesia de las Damas de Saint-Chaumont, en la Rue Saint-Denis, donde su padre había instalado su imprenta), y la fe en retroceso en París y en provincias, la situación de la Iglesia de Francia podía parecer desesperada mientras moría, prisionero del Directorio, el desafortunado Pío VI. Muchos tuvieron la sensación de que había llegado el Apocalipsis, de que el fin del mundo estaba próximo. A pesar de todo, una elite había sobrevivido a las persecuciones, y la masa todavía seguía apegada a las manifestaciones externas de la religión (las campanas, los cantos y el latín) a las que no habían podido sustituir la teofilantropía y el culto decadario. Bastante eficaz en los medios urbanos, la descristianización apenas había aflorado en el campo. El campesino no había comprendido qué podía reportarle: la liberación de algunos «tabúes» sexuales y la desaparición general del diezmo. Por eso el nuevo régimen no podía ignorar la existencia de un problema religioso cuya solución era vital para su futuro.

Los católicos, al menos en París, habían acogido con reservas un golpe de Estado que no anunciaba aparentemente ningún cambio ya que los constitucionales y los ideólogos seguían en el gobierno. No se conocían las intenciones del Primer Cónsul, y es probable que el propio Bonaparte tampoco tuviera las ideas muy afianzadas sobre el problema religioso, salvo que era conveniente resolverlo con la mayor

rapidez posible.

Se le ofrecían dos soluciones: dejar que se desarrollase el movimiento de restauración religiosa sin intervenir y consagrar así la separación de la Iglesia y del Estado, o establecer un acuerdo con el jefe de la cristiandad para poner fin al conflicto y atribuirse de ese modo la prerrogativa de la paz recobrada. Si algunos ideólogos se inclinaban por la primera solución, Bonaparte, por temperamento y por cálculo, era más proclive a la segunda. Las dificultades que planteaban la cuestión de la autoridad del papa sobre la Iglesia de Francia, la restitución de los bienes nacionales y la reconstitución de las órdenes religiosas, apenas podían resolverse mediante la libertad. Para el Primer Cónsul era más ventajoso negociar con el papa, no solo para alejar así a los católicos de los Borbones, sino también para asentar la autoridad del nuevo régimen. En su informe sobre el Concordato, Portalis resumió perfectamente el estado de ánimo del Primer Cónsul: «El buen orden y la seguridad pública no permiten que se abandonen las instituciones de la Iglesia a sí mismas». La religión podía mostrarse como un eficaz freno social. Más allá de la pacificación, Bonaparte ¿no deseaba acaso la restauración de una Iglesia galicana a su devoción? Lo que dictó su proceder al Primer Cónsul fue la fría razón de Estado, y no las creencias personales. Es inútil volver sobre el viejo problema de las ideas religiosas de Bonaparte.

Las primeras medidas adoptadas por los cónsules mostraban la voluntad del gobierno de poner fin a las persecuciones. Mediante los decretos del 28 de diciembre de 1799, las iglesias no alienadas volvían a ponerse a disposición «de los ciudadanos de los ayuntamientos a que pertenecían desde comienzos del año II»; podían abrirse cualquier día aparte del *decadí*. Estas decisiones coincidían con el Día del Año: «La afluencia en la puerta de las iglesias —observaba un informe de la policía— fue considerable esos días. Un gran número de las que habían sido cerradas se reabrieron para satisfacción de una multitud de personas de cualquier sexo. Algunos se daban la mano y se abrazaban». Pero todavía era factible preguntarse por las intenciones reales del Primer Cónsul. Antes de partir a la segunda campaña de Italia, Bonaparte se las hizo partícipe a Talleyrand: «entrevistarse con el nuevo Papa», Pío VII, a quien acababa de elegir un laborioso cónclave el 14 de marzo de 1800.

Negociaciones con Roma

La victoria de Marengo, al afianzar su poder, permitió a Bonaparte desvelar sus intenciones. Después de disponer la celebración de un *Te Deum* el 18 de junio en la catedral de Milán, menos para «impresionar a los pueblos de Italia», como pretendía el *Bulletin de l’armée de réserve*, que para informar a la opinión pública francesa, como reveló al cardenal Martiniana, en Verceil, el día 25, de su propósito de negociar con el papa. La noticia se comunicó pronto a Roma. Y Pío VII accedió al inicio de las

negociaciones sin engañarse acerca de las dificultades que le esperaban.

Bonaparte invitó a monseñor Spina, arzobispo de Corinto, a París, quien, después de obtener el beneplácito de la Curia, llegó a la capital el 5 de noviembre. Fue solo allí donde conoció el nombre de su interlocutor, el antiguo comisario general de los ejércitos vendeanos, Bernier, en quien Bonaparte había delegado la gestión de las negociaciones bajo la autoridad de Talleyrand. Este, en efecto, no podía intervenir directamente en razón de su pasado como prelado secularizado y concubino, y tampoco Grégoire, el jefe de filas de los «constitucionales» que no dejaba de pregonar sus suspicacias con respecto a las astucias diplomáticas de la corte de Roma. Por el contrario, Bernier brindaba una carrera más conciliadora y contrastadas cualidades diplomáticas. Y tuvo que echar mano de ellas. Comenzadas en noviembre, las negociaciones se prolongaron varios meses. Bernier supo mostrarse paciente. Tras haber consolidado la pacificación política en Vendée, puso fin al conflicto religioso. Fue él, más que los generales, el principal artífice de la gloria de Bonaparte. Enseguida, las discusiones toparon con el muro de la renuncia de los obispos. La de los obispos constitucionales no planteaba problemas, pero no sucedía lo mismo con los antiguos titulares a los que el papa había solicitado que dimitieran. ¿Podía Pío VII exigir este último sacrificio de quienes habían querido seguir siendo fieles a la Santa Sede a pesar de las persecuciones? Otra dificultad: Roma deseaba que el catolicismo fuera declarado religión de Estado o, como mínimo, «religión dominante», pero los negociadores franceses no podían hacer caso omiso a la opinión pública, que no habría tolerado un retorno demasiado evidente al Antiguo Régimen. Último problema: el de los bienes de la Iglesia vendidos bajo la Revolución como bienes nacionales. El papa accedía a no reclamar su restitución, pero había que fijar las modalidades de la indemnización. Más que una suma global, Bonaparte prefería comprometerse a garantizar la subsistencia del clero mediante una remuneración. Hábil maniobra que favorecía la «funcionarización» de los obispos y de los curas.

El Concordato

A comienzos de noviembre de 1800, fracasó un primer proyecto como consecuencia de una intriga de Talleyrand que lo juzgaba demasiado desventajoso para los obispos casados, y para él mismo. La explosión de la máquina infernal impugnó un nuevo proyecto: Fouché, al descubrir a los verdaderos autores, agentes realistas, suscitó un endurecimiento de la actitud del Primer Cónsul en las últimas discusiones. Bonaparte se impacientaba: tenía necesidad del Concordato para afianzar su popularidad y despegar a los católicos de la causa real, que conservaba todavía muchos partidarios; la lentitud romana le exasperaba. Ante la amenaza de una ocupación militar de Roma, Consalvi, secretario de Estado de Pío VII, se vio obligado a ponerse en camino hacia París. Con un fuste muy diferente al de Spina,

desbarató las trampas urdidas por Talleyrand. Las últimas negociaciones fueron dramáticas. Después de tres días de discusiones acerca de un texto corregido sin cesar una y otra vez, se fijó la fecha del 13 de julio de 1801 para la firma oficial. En el momento de estampar su rúbrica, Consalvi (directamente advertido por Bernier) se dio cuenta de que el texto que se le presentaba no era el documento acordado. Protestas, amenaza de ruptura, elaboración de un nuevo concordato. Y furor de Bonaparte que lo arrojó al fuego y dictó un noveno (!) que intentó imponer sin modificaciones a los negociadores. Pero Consalvi se mantuvo firme. Podemos observar ahí un rasgo del carácter de Bonaparte: no se obstinaba en una vía que conducía a un callejón sin salida. Se acordó una solución conciliadora. «El convenio entre Su Santidad Pío VII y el gobierno francés» se firmó, finalmente, el 15 de julio a medianoche. En el preámbulo, el gobierno reconocía a la religión católica y romana como la religión de la gran mayoría de los franceses. En los artículos siguientes, se regulaba la reorganización de la Iglesia de Francia. Principales puntos: la Santa Sede debía examinar con el gobierno francés un nuevo reparto de las diócesis; el Primer Cónsul nombraría a los obispos cuya investidura canónica les concedería el papa; obispos y curas prestarían un juramento de fidelidad al gobierno; en reciprocidad, recibirían una remuneración y las iglesias podrían disfrutar de fundaciones.

La sensación de alivio fue general entre los creyentes. Sin más tardanza, Pío VII firmó el tratado el 15 de agosto de 1801. Mediante su breve *Tarn multa*, invitaba a los obispos legítimos a presentar su dimisión. La mayoría se sometió. Aunque unos cuantos formaron en el oeste una pequeña Iglesia anticoncordato, realista y cismática, se sobreestimó su seguimiento.

Poco después, Roma enviaba a un legado a la capital, el cardenal Caprara. Por su lado, Bonaparte reemplazaba en la ciudad eterna a su embajador, Cacault, por un personaje más prestigioso, el cardenal Fesch, su tío, arzobispo de Lyon.

Rápidamente se fijaron las nuevas circunscripciones eclesiásticas y los nuevos obispos que reunían las condiciones para ser designados: doce antiguos constitucionales (como Le Coz), dieciséis refractarios (señaladamente Champion de Cicé) y treinta y dos nuevos incorporados (entre los cuales Bernier, que había esperado el arzobispado de París, solo fue el coadjutor, y tuvo que contentarse con la diócesis de Orleans).

Sin embargo, se produjeron reticencias. Procedían menos de la Curia romana que de las asambleas francesas. El Concordato fue acogido por el Consejo de Estado con un silencio reprobador; en el Tribunado se ironizó abiertamente sobre el texto del acuerdo; el Cuerpo Legislativo eligió como presidente a un ateo; y el Senado cooptó a Grégoire, el antiguo obispo constitucional, que había criticado enérgicamente el acuerdo. Finalmente, el ejército no disimuló su hostilidad.

Bonaparte se sirvió de esta oposición, fácilmente controlada, para que Portalis, nuevo ministro de los Cultos, redactase, en desconocimiento del papa, los artículos orgánicos que modificaban profundamente el espíritu del Concordato. En adelante,

Roma no podía publicar ninguna bula, ni enviar a ningún legado, sin la autorización del gobierno; se le prohibía convocar concilios sin permiso; y se debía enseñar en todos los seminarios la declaración galicana de 1682. Todos los eclesiásticos se vestirían a partir de entonces a la francesa y solo habría un catecismo para todas las iglesias. Para recalcar que el catolicismo había dejado de ser una religión de Estado, el ministro del Interior, Chaptal, redactó los artículos orgánicos de los cultos protestantes, que preveían para los pastores, al igual que para los curas, una remuneración del Estado.

Las consecuencias del Concordato

El 18 de abril de 1802, el día de Pascua, una gran manifestación religiosa celebró el retorno a «la paz de las conciencias» en Notre-Dame de París, que se había devuelto al culto. Al salir del oficio, el general Delmas, feroz republicano, habría refunfuñado: «¡Bonito sermón! Solo faltaban ahí los cien mil hombres que murieron para acabar con todo esto». Reproche injusto. Salvo en los tiempos del Terror, por la confusión que se había establecido entre el catolicismo y la causa monárquica, la Revolución no había sido hostil, en sus comienzos, a la Iglesia. La constitución civil del clero fue más un accidente que un complot deliberado contra el cristianismo. El entusiasmo popular, en el que prevalecía el alivio por la conclusión de la guerra civil, disipó las cautelas y convirtió al *Genio del Cristianismo*, publicado entonces oportunamente por Chateaubriand, en un enorme éxito editorial.

De este modo, el Primer Cónsul había conseguido sus dos objetivos: establecer la paz religiosa y someter a la Iglesia a la autoridad del Estado. Por lo que respecta al primer punto, Luis XVIII comprendió inmediatamente el peligro que representaba para su causa la pérdida del apoyo católico. Desde que tuvo conocimiento de la apertura de las negociaciones, envió credenciales a Maury, encargado de representarle ante la Santa Sede y de hacer que fracasase cualquier conciliación entre el papado y el «gobierno monstruoso que aflige a Francia desde hace diez años». Pero Pío VII devolvió a Maury a su diócesis de Montefiascone. El furor de los realistas después de la firma del Concordato estalló en declaraciones violentas. Joseph de Maistre escribió: «Deseo la muerte al Papa con todo mi corazón, de la misma manera y por la misma razón que se la desearía a mi padre, si fuera a deshonrarme mañana». La debilidad de la oposición realista de 1803 a 1809 se explica en parte por el apaciguamiento del conflicto religioso.

En cambio, la victoria de Bonaparte sobre Roma era más precaria. Había deseado un clero que dependiera del Estado e independiente de la Santa Sede. Pero el galicanismo, que se justificaba en la época de la monarquía cristiana, ¿tenía acaso alguna posibilidad de resurgir bajo una república carente de creencias religiosas? El reflejo de esta Iglesia ¿no sería más místico que nacional? ¿Cómo no habría de

inclinarse por la Santa Sede, centro de la cristiandad, frente a un jefe de Estado que afirmaba con cinismo no ver en ella más que una fuerza política y social? El obispo de Nantes, Duvoisin, el amigo de Fouché, y uno de los más fieles defensores del régimen imperial, ilustraría este desgarramiento de los obispos en el momento del conflicto entre el Sacerdocio y el Imperio: «Suplico al Emperador, dictaba, algunas horas antes de su muerte, en 1813, la devolución de la libertad al Santo Padre; su cautividad sigue perturbando los últimos instantes de mi vida».

Hacia la paz continental

La llegada del Consulado encontraba a Francia en litigio con la segunda coalición formada por Austria, Rusia e Inglaterra. Si el territorio se había librado de la invasión en septiembre de 1799, no menos urgente era el restablecimiento de la paz. ¿Acaso no se prolongaba ya la guerra contra Europa durante más de siete años? Bonaparte había podido darse cuenta de la popularidad que le había granjeado la firma de la paz de Campo Formio.

Desde un principio, se puso en contacto con Inglaterra y con Austria para hacerles ofertas de paz, pero ni el primer ministro Pitt, ni el canciller Thugut accedieron a entablar negociaciones. La respuesta de Inglaterra resultó incluso insolente. «¿Acaso ha desaparecido el jacobinismo de Robespierre, del Triunvirato y de los cinco directores por el hecho de que ahora se concentre en un hombre que surgió de su seno?», exclamaba William Pitt. A decir verdad, Bonaparte apenas esperaba una reacción favorable; pero la habilidad de su gestión le garantizaba el apoyo de la opinión pública francesa. A los ataques de la prensa inglesa, *Le Moniteur* respondía con artículos anónimos, dictados en realidad por el Primer Cónsul: «Muy antigua es la costumbre de injuriar a los enemigos. No podemos negar que en esta suerte nos sacan ventaja los ingleses».

Para doblegar a Austria, su enemigo más cercano, a Bonaparte se le ofrecían dos soluciones: la alianza turca a la manera de Francisco I o la alianza prusiana de Luis XV. La misión de Descorches de Sainte-Croix, enviado a Constantinopla para negociar allí con el sultán el problema de la ocupación de Egipto, quedó sin objeto tras la capitulación de las fuerzas francesas en El-Arich. Ante el rey de Prusia, el Primer Cónsul encomendó una misión diplomática a su fiel Duroc. La acogida fue favorable: Berlín no se oponía a un acercamiento del que Prusia podía esperar una ampliación en Alemania. Pero, a la postre, el ministro Haugwitz no ofreció más que una mediación.

Los sentimientos de Bonaparte se transformaron totalmente cuando tuvo conocimiento de que Kléber, cuya capitulación de El-Arich no había sido reconocida por los ingleses, acababa de obtener la victoria de Heliópolis. Poseído de nuevo por su viejo sueño oriental, Bonaparte, para salvar su conquista egipcia, resolvió, ya no a

discutir, sino a dictar la paz.

La segunda campaña de Italia

En Italia, Masséna, sitiado en Génova, resistía heroicamente a la presión austríaca; en Var, Suchet lograba contener al enemigo. Bonaparte, para poner fin a los ataques austríacos, concibió una doble ofensiva. Moreau recibió el mando de un ejército de cien mil hombres destinado a operar en Baviera y a entretener allí, lejos de la península italiana, a las fuerzas que comandaba el general Kray. El Primer Cónsul se reservaba Italia para sí. Una maniobra audaz —el paso del Gran San Bernardo—, que la prensa francesa cotejó con la hazaña de Aníbal, le permitió rodear a los austríacos no sin sufrimientos atroces debidos a la falta de equipamiento y la experiencia necesarios para el traslado en alta montaña de grandes unidades. En la desembocadura del puerto, el fuerte de Bard, defendido por el capitán Bernkopf, estuvo a punto de ser fatal para la expedición. Fue necesario esquivarlo a través de senderos abruptos que solo pudo seguir una pequeña parte de la artillería, ya muy experimentada. Bonaparte entraba en Italia con un material casi tan exiguo como el de 1796.

El propósito de semejante esfuerzo consistía en abordar por la retaguardia a los austríacos atareados en Génova y en Niza, cortando las rutas que los unían a sus bases. Por eso Bonaparte, en lugar de prestar ayuda a Masséna en Génova, tomó la ruta de Milán, donde entró el 2 de junio de 1800. Los refuerzos procedentes de Alemania llegaron en el mismo momento a través del San Gotardo. Los austríacos habían caído en la trampa, y Melas reaccionó como había previsto Bonaparte dirigiéndose hacia Milán para restablecer el contacto con su apoyo logístico. Pero este plan tan bien diseñado peligraba desbaratarse por la prematura caída de Génova. Las fuerzas de Melas disponían ahora de una plaza fuerte donde podían ser reavitualladas por la flota inglesa. Ya no se trataba de esperar a que el enemigo intentara abrir una brecha en el terreno elegido por Bonaparte. Al contrario, había que apresurarse a perseguir a Melas para impedirle cualquier repliegue en Génova. Fue difícil establecer contacto. Enviado en vanguardia, Larmes atrapó al enemigo en Montebello, el 9 de junio, pero luego la huella de los austríacos se perdió. Para volverla a encontrar, Bonaparte tuvo que desplegar sus tropas enviando grandes destacamentos —uno de ellos bajo el mando de Desaix— hacia Génova y hacia el Po septentrional. Era una imprudencia. Napoleón volvería a cometerla en Waterloo y, en el momento decisivo del combate, al cuerpo de Grouchy le faltó tiempo para llegar al campo de batalla. El 14 de junio, Melas, que había concentrado al conjunto de sus fuerzas en la Bormida, atacaba a Bonaparte, cuyos efectivos se habían reducido considerablemente a causa del envío de esos destacamentos en avanzadilla. Si estos últimos no regresaban a tiempo, la batalla que se libraba en Marengo solo podía

favorecer a los austríacos, cuya superioridad numérica era aplastante.

A las tres de la tarde, a pesar de una resistencia desesperada, el ejército de Bonaparte optó por la retirada, y Melas podía dar por hecha la victoria austríaca. ¡Fue entonces, hacia las cinco, cuando hizo irrupción, guiado por el tronar de los cañones, el general Desaix con la división Boudet! El efecto sorpresa que tuvo sobre los austríacos fue total, toda vez que habían creído que la batalla se había acabado ya. A las diez, las tropas de Melas habían vuelto a pasar la Bormida: la derrota francesa se había transformado en victoria. Se debió al regreso de Desaix, muerto poco después, y no al genio militar de Bonaparte. A este respecto, los diferentes relatos que Napoleón ofreció de la batalla, desde el boletín del ejército de Italia hasta los dictados de Santa Elena, proporcionaron una versión muy retocada de ese combate en que la parte de Desaix fue minimizada en beneficio del Primer Cónsul.

El Tratado de Lunéville

La victoria de Marengo, que magnificó la propaganda bonapartista, reforzaba la autoridad personal de Bonaparte en Francia. Aunque los términos del convenio firmado por Melas en Alejandría, que preveía la evacuación austríaca del Piamonte, Lombardía y Liguria, no ponían fin a la guerra. Viena todavía podía esperar una victoria en Alemania. Pero las derrotas de Kray ante Moreau en Baviera hicieron que esa esperanza se volviera ilusoria. Austria tomó la resolución de negociar. El nuevo canciller Cobenzl se desplazó a Lunéville para deliberar con José Bonaparte, pero las negociaciones se alargaron demasiado so pretexto de que su tratado de subsidios con Inglaterra prohibía a Austria formalizar cualquier tipo de paz por su cuenta antes de febrero de 1801. «Es fácil darse cuenta —escribía José— de que cada paso que la corte de Viena da hacia una pacificación razonable, solo lo efectúa en función de la percepción que tiene de sus propios peligros; en consecuencia, nosotros debemos contar, ante todo, con la disposición de nuestros ejércitos».

Exasperado, el Primer Cónsul reanudó las hostilidades. Mientras el ejército de Italia, bajo el mando de Brune, se ponía en marcha en Lombardía, Moreau, del lado alemán, rodeaba al archiduque Juan, el 3 de diciembre de 1800, en el bosque de Hohenlinden, y aniquilaba al grueso de las fuerzas austríacas, abriendo a los franceses el camino hacia Viena. Victoria deslumbrante que Bonaparte no le iba a perdonar a su rival. Italia, después de los éxitos de Dupont en Pezzolo, de Macdonald en los Alpes y de Murat en el reino de Nápoles, pasaba casi enteramente a manos de los franceses.

Los austríacos se vieron por tanto obligados a aceptar las condiciones de Bonaparte. Firmado el 9 de febrero de 1801, el tratado de Lunéville ratificó las cesiones, hechas en Campo Formio, de territorios de Italia, Bélgica y el Rin. De Italia, Austria solo conservó el Véneto. Reconocía las repúblicas bátava, helvética y

cisalpina, esta última ampliada con Módena y las Legaciones. A través de las cláusulas de este tratado, se transparentaban los dos objetivos de Bonaparte: Italia y el Rin. El reconocimiento por parte de Viena de la República cisalpina consolidaba la influencia francesa en el norte de Italia. La cesión de Toscana por el archiduque Fernando a la infanta de España, casada con el duque de Parma, confirmaba la penetración de esta influencia más allá de la República cisalpina. Del lado alemán, Austria estaba obligada a admitir el Rin como límite entre Francia y el Imperio, pero se veía en la imposibilidad de impedir una intervención de Francia en los problemas de indemnización a los príncipes del Imperio desposeídos en la orilla izquierda del río.

La Paz de Amiens

Eliminada Austria, quedaban Inglaterra y Rusia. De Rusia, Bonaparte podía esperar mucho. En efecto, Pablo I se había prendado de admiración por él y un partido francófilo se había perfilado en una corte cansada de las exigencias de los emigrados. Para reforzar esta corriente, Bonaparte liberó a los siete mil soldados capturados en Suiza y escribió al zar, el 21 de diciembre de 1800, para proponerle una alianza «entre las dos naciones más poderosas del mundo». Más concretamente se trataba de un reparto del Imperio turco que concedería Constantinopla al zar y Egipto a Francia, reparto al que se oponía Inglaterra, que protegía al sultán para salvaguardar la India. Cuando ya el zar se desmarcaba de Londres y había puesto en pie, en diciembre de 1800, la Liga de los Neutrales (Suecia, Dinamarca y Prusia) que cerraba al comercio británico sus principales salidas, fue estrangulado en su dormitorio, en marzo de 1801, por oficiales sobornados por el partido anglófilo. El bombardeo de Copenhague por la flota inglesa, el 2 de abril, precipitó la disolución de la Liga de los Neutrales. El nuevo zar, Alejandro I, emprendió un acercamiento inmediato a Inglaterra.

París recibió con consternación la noticia de la muerte de Pablo I: «Pablo I murió en la noche del 24 al 25 de marzo —se podía leer en *Le Moniteur*—. La escuadra inglesa atravesó el Sund, el 31. La historia nos dirá las relaciones que se pueden establecer entre estos dos acontecimientos». Sin embargo, Bonaparte continuó sus avances en Rusia enviando a Duroc a San Petersburgo en abril de 1801.

No ignoraba que, sin el dominio de los mares, no podría vencer a Inglaterra; por eso sus esfuerzos se encaminaban en ese sentido. El 1 de octubre se suscribió en San Ildefonso un pacto secreto con España. Con la promesa al duque de Parma de un reino italiano, promesa contraída en Lunéville, Bonaparte recibía Luisiana, que podía desempeñar la función de punto de apoyo en la lucha contra Inglaterra, y seis buques de guerra. El tratado de Aranjuez ratificó, el 21 de marzo de 1801, las estipulaciones de San Ildefonso. Por el de Florencia, el 29 de marzo, el rey de Nápoles cedía la isla

de Elba a Francia y cerraba sus puertos a los ingleses. Se formalizaron acuerdos con Argel, Túnez y Trípoli. El tratado de Mortefontaine, el 3 de octubre de 1800, restablecía, entre Francia y Estados Unidos, «una paz firme, inviolable y universal», fundada en el respeto de los principios fundamentales del derecho marítimo.

La situación amenazaba con volverse peligrosa para Inglaterra. Desde luego, la guerra le había reportado todas las ganancias que podía esperar: conquista de las colonias de Francia y de Holanda; toma de Malta, en septiembre de 1800; fructífero contrabando con las colonias americanas de España; aumento de su influencia en la India; caída inminente de Egipto después del asesinato de Kléber, el 14 de junio de 1800, que fue remplazado por el endeble Menou, que firmó la capitulación de las tropas francesas en agosto de 1801.

Pero el nuevo prestigio de Francia, que se extendía a sus elites, entre las que se gestaba un partido francófilo, inquietaba a Inglaterra. Además, la economía insular se encontraba amenazada por una crisis fruto de la inflación y las malas cosechas de 1799 y de 1800. El alza de los precios provocaba motines que el ejército se vio obligado a reprimir. La cuestión irlandesa y la locura del rey agravaban aún más la situación. A comienzos de febrero, Pitt se hacía a un lado para dejar paso a Addington. Lord Hawkesbury, nombrado en el Foreign Office, ofreció a París el inicio de las conversaciones sobre las posibilidades de paz. Como respuesta, Bonaparte envió a Londres a Luis Otto, de Baden. Las negociaciones fracasaron al topar con el problema egipcio. Finalmente, por los preliminares de Londres (1 de octubre de 1801), se decidió la devolución de Egipto a Turquía, en tanto que Malta sería restituida a sus antiguos posesores, los caballeros de San Juan, aunque la evacuación de los ingleses quedaría subordinada a la retirada de los franceses de los puertos napolitanos. Inglaterra devolvía todas sus conquistas coloniales salvo Trinidad y Ceilán.

Esos preliminares fueron acogidos con entusiasmo por la opinión pública británica cansada de la guerra y exasperada por la escalada de la miseria (el 15 por 100 de los ingleses tuvieron que ser socorridos por causa de indigencia). Sin embargo, hubo voces que deploraron la inexistencia de un convenio comercial. En Francia se agradeció al Primer Cónsul por haber mantenido las promesas de Brumario al poner término al conflicto.

Se llegó, finalmente, a la elaboración de un tratado definitivo en Amiens, donde, el 27 de marzo de 1802, José Bonaparte y Cornwallis firmaron la paz. Antes se había ya formalizado un acuerdo con Rusia, el 8 de octubre de 1801, y, al día siguiente, con Turquía.

Devastada por la guerra durante diez años, Europa recuperaba al fin la paz. En realidad, se trataba más bien de una tregua. Napoleón no tenía intenciones de renunciar, de ninguna manera, a su sueño oriental, e Inglaterra no estaba dispuesta a reconocer la hegemonía de Francia en el continente. Parafraseando el dicho de Burke, que veía en 1790 un gran vacío en el lugar que correspondía a nuestro país, Sheridan

exclamó en los Comunes: «Mirad ahora este mapa, por todas partes no se ve otra cosa que Francia».

No por ello la paz de Amiens dejó de tener una enorme repercusión.

> Los obreros no dejan de hablar de la paz y del Primer Cónsul con un entusiasmo difícil de explicar. Su confianza en el gobierno no tiene límites. No sucede lo mismo en la alta sociedad, donde apenas se presta atención a este dichoso acontecimiento; más bien parece aterrada. Se contentan con decir, con un dejo de ironía, que el pueblo cree ahora que el maná les caerá del cielo y se extrañan de la permanente felicidad que acompaña todas las operaciones del Primer Cónsul.

En provincias se acogió la noticia más calurosamente que en París, sobre todo en los puertos arruinados por las operaciones marítimas. En Burdeos habrían iluminado las casas. Según los informes de los prefectos, el sur, con excepción de la parte mediterránea, se habría mostrado más reservado que el norte. En cualquier caso, el prestigio de Bonaparte salía considerablemente fortalecido del fin de las hostilidades. Después de Campo Formio y de Lunéville: Amiens. Bonaparte se presentaba como el hombre de la paz. Estamos aún lejos del Ogro de Córcega.

La crisis económica superada

En 1801, se seguía dudando de la solidez del régimen. Desde luego, jacobinos y realistas habían padecido graves fracasos. El anuncio de la victoria de Marengo acababa de aplastar de raíz los complots que tramaban algunos brumarianos inquietos por el día de mañana. El ejército no se inmutaba, a pesar de las intrigas de algunos generales. Fouché se encargaba de mantener la calma en las barriadas parisinas. Pero en cualquier momento una insurrección de la calle, que arrastrase a todas las fuerzas de la oposición, podía barrer al gobierno consular. Lo que Bonaparte temía por encima de todo era un motín del hambre. Ni Luis XVI, ni los montañeses habían encontrado un antídoto. ¿La fuerza? «A los soldados —confesaba Napoleón a Gourgaud— no les gusta disparar contra las mujeres que, con niños a la espalda, van a gritar ante las panaderías». La cosecha de 1799 había sido escasa y el precio del saco de harina había subido bruscamente; pero en junio todo volvía a su cauce. La noticia del triunfo de Marengo coincidió con una bajada del precio del pan; por lo que aún tuvo mayor repercusión.

Súbitamente, en la primavera de 1801, el pan volvió a encarecerse en toda Francia. Hacia finales del verano, cuatro libras costaban en la capital dieciocho *sous*, excediendo el límite tolerable para un presupuesto obrero. Los habitantes de los alrededores de París, donde el precio era más alto, acudían a abastecerse a la ciudad, contribuyendo así al incremento de la carestía. A partir de las cuatro de la mañana, se formaban colas en las puertas de las panaderías; en la Rue Saint-Honoré atacaron un convoy. Los pillajes se volvieron frecuentes en provincias. En Marsella, Lille y Amiens, el ejército protegía los comercios. Se improvisaban ya oradores en las

tribunas o en los mercados, que atribuían la responsabilidad de la penuria al gobierno. La atmósfera adquirió tintes dramáticos cuando la situación económica se agravó paralelamente a la carestía: paro en Lyon, Ruan y Sedán. Los informes de los prefectos dejaban entrever un neto repliegue del ánimo colectivo. Los días aciagos del Terror parecían haber regresado. El marasmo económico y el miedo a la hambruna eclipsaban ante la opinión pública las negociaciones entre Francia e Inglaterra. Había que reaccionar con la mayor rapidez posible.

Bonaparte, después de algunos titubeos, convocó el 27 de noviembre a sus ministros de la Policía y del Interior, a cuatro consejeros de Estado —Cretet, Defermon, Roederer y Réal— y al prefecto de policía Dubois. Se impuso silencio a la prensa sobre la situación: «La hambruna es una materia de la que nunca se habla al pueblo impunemente», advertía Chaptal. Cinco banqueros recibieron el encargo, por un decreto del 30 de noviembre, para hacer llegar a París entre cuarenta y cinco y cincuenta mil quintales de cereales mensuales. Pronto fueron reemplazados por una compañía formada por los financieros Ouvrard y Vanlerberghe.

> Bonaparte —cuenta Ouvrard en sus *Memorias*— sabía que todas las hambrunas podían provocar desórdenes y conmociones. Si son inquietantes para los viejos gobiernos, lo son todavía más para un poder reciente. Sentía que su popularidad pendía de un hilo: veía su autoridad devaluada si toleraba motines, y la veía en peligro si recurría a la fuerza. Había que salir de esa situación a cualquier precio, ¡de ahí la premura con la que aceptó nuestras ideas!

A cambio de una comisión del 2 por 100, Ouvrard y Vanlerberghe proponían comprar en los puertos ingleses y holandeses todos los cargamentos de cereales que llegaran y trasladarlos a El Havre. «El éxito fue tan rápido y rotundo, y las arribadas a los puertos de El Havre y de Ruan tan considerables, que, en menos de tres semanas, todos los temores se habían disipado. ¡Era todo lo que había que hacer para acabar con la hambruna que afligía a Francia!» Era importante su acción psicológica, tal como puso muy de relieve un informe del prefecto de policía: «Esas arribadas producen un buen efecto, pueden impedir la subida de los cereales y las harinas, y contribuyen mucho a calmar las pequeñas inquietudes». El precio del pan se mantuvo por debajo del umbral fatídico de los dieciocho *sous* y la panadería regulada. París escapaba al hambre.

Se abrieron obras en la capital y se distribuyeron sopas «económicas» a los indigentes, para ayudar a la población obrera a pasar el invierno. Se permitieron préstamos sin interés a algunas manufacturas en dificultades en París, Lyon y Amiens. «En las circunstancias en las que nos encontramos, la Banca es demasiado circunspecta —escribía Bonaparte a Perrégaux, uno de los regentes—; podría ayudar más al pueblo». El Primer Cónsul estimulaba a la Caisse d’Escompte du Commerce, y vigilaba a los demás establecimientos (Comptoir Commercial, Banque Territoriale, Caisse Lafarge, Société du Numéraire) cuyos balances se hacía entregar por los comités secretos.

A finales de 1802, la crisis se había terminado. Aparentemente, Bonaparte había

tenido éxito allí donde Luis XVI y la Revolución acababan de fracasar. No se tuvo en consideración el carácter infinitamente menos grave de la depresión: se trataba más de un pánico que de una hambruna real. Solo se recordó la victoria del Primer Cónsul sobre el hambre y el paro. Éxito más decisivo a los ojos de la opinión pública que Marengo y cuyo efecto psicológico fue tan grande como el provocado por la firma de la paz de Amiens.

Debates abiertos

A pesar de una abundante documentación, el papel de los negociadores del Concordato sigue apasionando a algunos historiadores (C. P. Caselli, «*Il cardinale Caselli*», *Rivista Storica svizzera*, 1976, pp. 33-86). Lo mismo sucede con el problema político vinculado a la adhesión al Concordato: Lavaquery abrió la vía con *Le Cardinal de Boisgelin* (1921). También se ha llamado la atención sobre los orígenes de los obispos, con frecuencia ajenos a su diócesis: E. Hout, «Un Lyonnais évêque de Versailles», *89e Congrès des Soc. sav*., Lyon, 1964, pp. 915-929; Balmelle, «Un Aixois évêque de Mende, archevêque d'Avignon, Mgr Morel de Mons», *83e Congrès des Soc. sav*., 1958, pp. 37-39. Una comparación con los prefectos sería útil a partir de la recopilación biográfica de los obispos de Benard. ¿Tuvo la aplicación del Concordato consecuencias benéficas para el bajo clero? El problema fue suscitado por J. Leflon, «Le clergé du second ordre sous le Consulat et l'Empire», *Rev. Hist. Égl. Fr*., 1945, pp. 97-135. Es, por otra parte, una lástima que la tesis de S. Delacroix, *Les Congrégations religieuses sous le Consulat et l'Empire*, haya permanecido inédita (EPHE, sección V, 1955). Para la discusión de todos estos problemas solo podemos remitirnos a Plongeron y Godel, «Un quart de siècle d'histoire religieuse», *Annales Hist. Rev. fr*., 1972, pp. 181-203 y 352-389.

A veces se olvida que el protestantismo fue también víctima de la descristianización: carencia de pastores, disminución de las finanzas y profundas discordias (Burdeos contra Sainte-Foy, el *bocage* normando contra Caen). Por esta razón, Bonaparte, aunque lo hubiese querido, no habría podido convertir al protestantismo en la religión nacional de los franceses (M. Guerrini no cree que se le hubiera ocurrido: *Napoléon devant Dieu*, 1960). Como mostró en una tesis magistral (que toma el relevo de un libro antiguo de Ch. Durand, *Histoire du Protestantisme français pendant la Révolution et l'Empire*, 1902) Daniel Robert, *Les Églises réformées en France, 1800-1830* (1961), los artículos orgánicos permitieron al protestantismo un nuevo punto de partida (véase también *L'Histoire du Protestantisme* de E. G. Léonard). Pero D. Robert subraya igualmente los peligros a que se exponían las iglesias reformadas con la política napoleónica: el reagrupamiento artificial en consistoriales de seis mil almas, la supresión de los sínodos (de hecho sometidos a la autorización del gobierno), la funcionarización de

los pastores y la prohibición de relaciones con las comunidades extranjeras iban en contra de las tradiciones del protestantismo.

Para los luteranos: Marcel Scheidhauer, *Les églises luthériennes en France, 1800-1815* (1975; centrado en Alsacia, Montbéliard y París).

¿Fue Napoleón un antisemita, como sostiene Boisandré en un folleto reeditado en 1938, o era favorable a los judíos, como pretendía, deplorándolo, el título del estudio del abad Lemann, *Napoléon et les Israélites, La prépondérance juive* (1895), o incluso F. Pietri, *Napoléon et les Israélites* (1965), que trataba de demostrar que Napoleón había deseado culminar con la asimilación de los judíos, votada por la Constituyente pero que se había quedado en letra muerta, su obra de pacificación religiosa: la asamblea judía de 1806, el Sanedrín de 1807 y los decretos de 1808, como etapas cuyo objetivo era convertir al judaísmo en un tercer culto oficial? Idéntico punto de vista en un artículo de Sagnac, «Les Juifs et Napoléon», *Revue d'Histoire moderne*, 1900-1901. R. Anchel, en *Napoléon et les Juifs* (1928), solo admite un aspecto positivo: la organización oficial del culto; en cuanto al resto, piensa que Napoleón, influenciado por su entorno procedente del Antiguo Régimen, despreciaba a los judíos y adoptó contra ellos la ley sobre la usura de 1808. Esta posición suscitó la irritación de Mathiez, que no soportaba que se modificara una imagen de la Revolución y del Imperio como protectores de las minorías (R. Anchel, «Napoléon et les Juifs», *Annales Hist. Rév. fr*., 1928, y las actas del coloquio *La Révolution française et les Juifs*, 1976). Los enfoques más recientes son: Simon Schwarzfuchs, *Napoléon, The Jews and the Sanhedrin* (1974) y *Le Grand Sanhédrin de Napoléon* (1979).

El título de un folleto de Ch. de Flahault, *Les Francs-Maçons fossoyeurs du Premier Empire*, publicado en 1943, tiene mucho de exagerado. La francmasonería se limitaba, después de su reorganización por Roettiers de Montaleau (véanse los calendarios masónicos publicados entonces por el Gran Oriente y G. Bourgin, «La Franc-Maçonnerie sous l'Empire», *Revue française*, 1905), a discursos en honor de las autoridades oficiales y a grandes banquetes (Bouton, *Les Francs-Maçons monceaux et la Révolution française, 1741-1815*, 1958; G. Gayot, «Les Francs-Maçons ardennais à l'époque du Consulat et de l'Empire», *Revue du Nord*, 1970, pp. 339-366). El soporte entre los funcionarios, a pesar de un testimonio de Arnault, fue muy limitado. Se vigiló muy estrechamente a las logias y Napoleón no tuvo de qué quejarse, salvo en lo que concierne a las logias militares, cuya oposición dio nacimiento al famoso mito de los Filadelfos del coronel Oudet, difundido especialmente por Nodier. ¿Fue francmasón el propio Napoleón? Es lo que piensa J. Palou (*La Franc-Maçonnerie*, 1964), que reproduce documentos masónicos que aludirían a una participación de Napoleón «en los trabajos» de la masonería. J. Boisson, *Napoléon était-il francmaçon?* (1967), se muestra escéptico. A su vez, de manera muy convincente, J. Ligou, también masón, destruye la hipótesis de una adhesión de Napoleón a la masonería (en tanto que la de José es indiscutible): «Les

Bonaparte et la Franc-Maçonnerie», *Problèmes d'Histoire de la Corse*, 1971, pp. 233-253. François Collaveri piensa que fue iniciado en Egipto y presenta como prueba de su adhesión los numerosos documentos de las logias de la época que aluden a esta pertenencia (*La Franc-Maçonnerie des Bonaparte,* 1982, la mejor síntesis sobre la historia de las logias bajo el Imperio, y *Napoléon francmaçon,* 1986). Sobre el papel de la masonería en el ejército: Quoy-Bodin, «La Franc-Maçonnerie dans les armées de la Révolution et de l'Empire», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1981 (da la lista de los 347 generales que pertenecieron a la francmasonería).

Con excepción del fareinismo, apenas se ha prestado atención a las innumerables sectas religiosas que pulularon entonces. Los acontecimientos revolucionarios habían transtornado profundamente las mentes: la ejecución del rey y, luego, la cautividad del papa, ¿no prefiguraban acaso el Apocalipsis? La policía persiguió a profetas e iluminados, no en el plano religioso, sino en el del orden y las buenas costumbres. No le faltaban razones, por lo demás. En el boletín de Fouché, del 16 de agosto de 1805, podemos leer: «El objeto de la *secta del estado de reparación* consiste en *reparar* mediante la prostitución y el libertinaje más desenfrenado los crímenes de impureza y de lujuria del mundo corrompido». ¡Curiosa forma de combatir el pecado!

Sobre el Temple, véase Valentín Érigène, *Napoléon et les sociétés secrètes* (1986).

Capítulo 9

Un Washington coronado

Después de Marengo,

> ya solo se hablaba —escribe Thibaudeau— de herencia y de dinastía, de fortificar al gobierno y de disminuir la influencia de los demás cuerpos del Estado, sobre todo del Tribunado, y de organizar definitivamente la Nación. Luciano, ministro del Interior, era uno de los más ardientes propagadores de estas ideas; Roederer los apoyaba con todo el poder de su metafísica y Talleyrand con el sufragio de todos los gabinetes.

La opinión pública deseaba una transformación de los poderes del Primer Cónsul. ¿Escrúpulo u oportunismo? Bonaparte callaba. Luciano estuvo a punto de estropearlo todo al divulgar prematuramente, en octubre de 1800, un *Paralelo entre César, Cromwell, Monk y Bonaparte*. Su hermano lo envió en desgracia a la embajada de Francia en Madrid y lo reemplazó en el Ministerio del Interior por Chaptal. No obstante, alentada por el entorno de Bonaparte y las garantías ofrecidas a los brumarianos, la idea de una consolidación del poder consular se había puesto en marcha; desembocaría finalmente, en 1802, en el Consulado vitalicio y, dos años más tarde, en el Imperio.

> Es necesario —dijo Bonaparte a Thibaudeau— o bien que la forma de los gobiernos que nos rodean se parezca a la nuestra, o que nuestras instituciones políticas se armonicen un poco más con las suyas. Siempre se produce un clima bélico entre las viejas monarquías y una República totalmente nueva. Esta es la razón de las desavenencias europeas.

De ese modo se invocaba la necesidad de establecer un poder monárquico en Francia para restablecer definitivamente la paz. La palabra «forma» es fundamental. Se respetaría el espíritu de la Revolución, pero era conveniente cambiar las apariencias externas del poder ejecutivo, conferirle un título que estuviera en consonancia con el de los demás países de Europa. Se promovió ese objetivo bajo el pretexto de otorgar al Primer Cónsul una prueba de reconocimiento nacional después de los éxitos tanto interiores como exteriores acumulados en esos dos últimos años. Pero fue necesario pasar por encima de «la clase política» reticente a efectuar una nueva consulta al pueblo. La votación del año VIII seguía inspirándose en un procedimiento revolucionario; en cambio, las de los años X y XII fueron verdaderos plebiscitos.

La oposición política

Los brumarianos, y más concretamente el clan de los ideólogos, estaban preocupados. Bonaparte iba adquiriendo una importancia cada vez mayor. Les alarmaba tanto la idea de una dictadura, que no fuera colectiva, como el hecho de que Sieyès hubiera sido apartado del poder. De acuerdo con las insinuaciones de Benjamin Constant, sus partidarios se habían infiltrado en las asambleas para oponer a las ambiciones del Primer Cónsul el dique del Legislativo, y los tribunos habían

manifestado muy pronto su desafío. Desde la apertura de la primera sesión, en enero de 1800, eligieron como presidente a Daunou, un miembro del Instituto. Duveyrier habría comenzado, a propósito de la sede de las sesiones de la asamblea, el Palais Royal: «En este lugar, si alguien se atreve a hablar de un ídolo de quince días, le recordaríamos que aquí vimos derribarse a un ídolo de quince siglos»; un discurso de Riouffe, que comparaba a Bonaparte con Aníbal, fue recibido con murmullos. La oposición se imponía en el Cuerpo Legislativo que presidía Grégoire. Sin embargo, no hay que exagerarlo. La ley sobre las contribuciones del año X, la ley sobre las prefecturas y la reorganización jurídica fueron votadas sin problemas.

La segunda sesión se abrió en noviembre de 1800. Animada por Ganilh, Mallarmé, Andrieux y Constant, que informa a Mme. de Staël, la oposición del Tribunado renace con mayor violencia. Se rechaza un proyecto sobre los archivos nacionales así como otro sobre el procedimiento de los veredictos en materia criminal. Bonaparte se irrita. El 5 de diciembre, la emprende con el Consejo de Estado, con «esos listones azules de 1793 cuyo amor propio se muestra ofendido por recuerdos mal digeridos». «De todo ello —prosigue— resulta que nos obligarán a que hagamos el mínimo de leyes posible, a que nos limitemos a las que sean indispensables, como la ley del presupuesto, y a callarnos sobre todo lo demás». La advertencia no fue atendida. La batalla continuó en torno a las medidas de excepción, los créditos del Estado y los juzgados de paz. Bonaparte vuelve a irritarse: «Hay ahí dos docenas de metafísicos para correrlos a palos. Son como polillas en mi ropa; pero ¿es que acaso alguien se ha creído que me dejaré hacer como Luis XVI?». La amenaza hacia los ideólogos era manifiesta.

En octubre de 1801 comienza una nueva sesión. Dupuis, el autor de *El origen de todos los cultos*, fue elegido presidente del Tribunado. Este ateo, antiguo convencional, se opuso a las negociaciones que Bonaparte había entablado con Roma: un nuevo desaire para el Primer Cónsul. El término «súbdito» empleado en uno de los tratados de paz que Bonaparte acababa de firmar con Rusia, Baviera, Estados Unidos, las Dos Sicilias y Portugal, suscitó la ira de Ginguené, Costaz y Jard-Panvilliers. Pero la gran batalla se libraba en los primeros proyectos concernientes al Código Civil. Bonaparte tuvo que retirar su texto sobre el disfrute de los derechos civiles. Fue un fracaso. Fracaso que vino a subrayar aún más la intervención de Chazal que elevó su insolencia, en el momento en que Bonaparte partía para recibir el título de presidente de la República italiana, al grado de recordar que ningún ciudadano francés podía aceptar un cargo de un gobierno extranjero.

La renovación de una quinta parte de los tribunos y de los legisladores proporcionó a Bonaparte la ocasión para deshacerse de los defensores de la ideología. Cambacérès, segundo cónsul, se encargó de la operación. En lugar de echarlo a suertes, procedimiento habitual, aunque no previsto en la constitución, el Senado designó a los trescientos veinte «continuantes» y a los ochenta «nuevos». De ese modo desaparecieron discretamente Benjamin Constant, Laromiguière, Ginguené,

Daunou, Jean-Baptiste Say, Andrieux, Isnard, Ganilh y Bailleul. En el Cuerpo Legislativo, donde la resistencia había sido más tibia, a causa del silencio de sus miembros y del anonimato de los votos, cayeron los que se habían aproximado demasiado a Sieyès o los amigos de Mme. de Staël: Bréard, Lacretelle… No hubo protestas. En realidad, los partidarios de la ideología, designados y no electos, no gozaban de ningún apoyo popular. Confiaban en su prestigio intelectual para imponerse a Bonaparte y a la opinión pública. Abandonados por una parte de los brumarianos, plantados por el público indiferente a su suerte, fueron derrotados con facilidad. Los intereses prevalecían sobre los principios. Las victorias de Bonaparte pesaban en la balanza mucho más que las obras completas de los ideólogos. Los salones de Mme. de Condorcet y de Mme. de Staël no eran Francia.

Otro foco de resistencia era el ejército. Sus mandos se sentían profundamente republicanos. ¿De qué extrañarse? ¿Acaso no debían todos los generales su rápido ascenso a la Revolución? «Lo que entendían por amor a la República era sobre todo amor a la Revolución —escribió Tocqueville—. El ejército constituía, en efecto, entre los franceses, la única cosa en que todos los miembros, indistintamente, habían salido ganando con la Revolución y tenían en ella un interés personal». La desocupación provocada por la paz continental o las envidias hacia un jefe más afortunado o más audaz, inspiraban igualmente muchos rencores. Se produjeron movimientos en torno a Moreau. Augereau, Lecourbe, Delmas hacían declaraciones incendiarias. En Rennes, en medios próximos a Bernadotte y su ayudante, el general Simon, se desarrolló la conspiración llamada «de los potes de mantequilla», ya que esos potes se utilizaban para trasladar los panfletos hostiles a Bonaparte. Este llamó al orden, sin dificultad, a los principales dirigentes; Decaen partió hacia Île de France, y Richepanse, hacia Guadalupe; Lecourbe fue destituido y luego implicado en un asunto de buenas costumbres; Brune se convirtió en embajador en Constantinopla.

A la falta de carácter de los generales republicanos, y más concretamente de Bernadotte, tratado con consideración por ser el cuñado de José Bonaparte, se añadía la actitud de las tropas. Los complots militares eran asunto exclusivo de los mandos; el soldado no se ocupaba de eso. El fin de las hostilidades no podía disgustarle. Fouché, sospechoso de ser demasiado contemplativo con la oposición y de oponerse al proyecto de un Consulado vitalicio, fue apartado de la policía. Con deferencias, es cierto: el ministerio se suprimió y su titular fue nombrado para el Senado.

Realistas en expectativa, diezmados jacobinos e ideólogos a partir de ahora marginados asistieron, impotentes, a la explotación que la propaganda oficial hizo de los éxitos de Bonaparte. Este adquirió la figura del héroe: es el hombre del restablecimiento de la paz tanto interior como exterior, el verdadero baluarte de las conquistas revolucionarias, el reconciliador nacional que permite el retorno de los emigrados al mismo tiempo que preserva los bienes nacionales, que rehabilita al cura, pero se niega a cualquier resurrección de los derechos feudales. Citemos las *Memorias* de Lamartine. En ellas se encuentra el reflejo del fervor popular que

suscitaba Bonaparte:

> El primer entusiasmo político del que me acuerdo me asaltó en un patio de pueblo lindante con el patio de nuestra casa. Pertenecía a un joven llamado Janin, un poco más instruido que sus vecinos y que enseñaba a los niños de la parroquia. Un día, salió de una casa en ruinas que le servía de escuela, al son de un clarinete y de un tambor, y, tras haber reunido alrededor suyo a los muchachos y las muchachas de Milly, les mostró las imágenes de esos grandes hombres que vendía el vendedor ambulante a su lado. «Mirad, les decía, la batalla de las Pirámides, en Egipto, ganada por el general Bonaparte. Es ese hombrecito delgado y negro, que caracolea con su largo sable en la mano ante esos montones de piedras cortadas que se llaman pirámides»; el vendedor ambulante se pasó la mañana vendiendo esa gloria nacional y Janin explicándosela a los viñadores. Su entusiasmo se contagiaba a toda la región. Fue así como tuve las primeras sensaciones de la gloria. Un caballo, un plumero y un gran sable serían siempre simbólicos. Este pueblo sería un soldado por mucho tiempo, quizá para siempre. Durante todas las veladas de invierno, se habló, en las caballerizas, de la venta de ese vendedor ambulante y se llamaba constantemente a Janin a las casas para que descifrara los textos de esas bellas y verídicas imágenes.

Se le añadía lirismo, del chantre oficial al modesto alumno de una escuela pública:

Tú que la infancia no conociste en la vida,
siguiendo los impulsos de tu poderoso genio
en una gradación que teme ser detenida,
de un solo paso alcanzaste la madurez.

O también:

Él es la esperanza
y el sostén de Francia,
él le devolverá todo su esplendor,
a eso se llama tener corazón.

El *Journal de Paris* presentaba así a Bonaparte:

> La fuerza prodigiosa del organismo del Primer Cónsul le permite dieciocho horas de trabajo diarias, le permite fijar su atención durante esas dieciocho horas en un solo asunto o prestársela sucesivamente a veinte, sin que la dificultad o la fatiga de ninguna estorbe el examen de otra.

El relato de *Marengo* en términos vibrantes fue Joseph, granadero a caballo de la guardia de los cónsules, quien lo hizo.

Ese vasto condicionamiento de las mentes comenzó desde la primera campaña de Italia y rindió rápidamente sus frutos. Tanto los notables como el pueblo llano son adictos a la causa de Bonaparte.

Al mismo tiempo se produjo una alteración en el apoyo que el personal político aportaba al Primer Cónsul, que se dividía en clanes: Fouché contra Luciano; Talleyrand y Roederer, eminencia gris de los comienzos del Consulado, contra el mismo Fouché. Los brumarianos más flexibles o los más convencidos de la necesidad de un refuerzo del poder ejecutivo, Talleyrand, Cambacérès y Roederer, se acercaron a los moderados, Barbé-Marbois, Muraire, Dumas y Portalis, antiguos «fructidorizados» y partidarios de una monarquía constitucional. Siméon resumía así

la actitud de estos herederos de los «monárquicos» de 1789 que sustituyeron a los defensores de la ideología:

> El pueblo, propietario y dispensador de la soberanía, puede cambiar su gobierno. El retorno de una dinastía destronada, derrocada no tanto por el infortunio como por sus propias culpas, no podría ser beneficiosa para una Nación que se precie. Si la Revolución nos ha extenuado, ¿tendríamos acaso otros medios, al dar por finalizada su existencia, que regresar bajo ese yugo roto hace ya doce años? No nos engañemos dando el nombre de revolución a lo que no es más que el resultado de la Revolución. Nosotros la consumaremos.

De este modo, se desarrolló una corriente «neomonárquica» que promovía la consolidación perpetua del poder de Bonaparte.

El consulado vitalicio

Los éxitos de Bonaparte justificaban una providencia de reconocimiento nacional que el Tribunado reclamó el 6 de mayo de 1802. Pero manipulado por Fouché, jefe de filas de los partidarios de la República, el Senado solo ofreció la reelección anticipada de Bonaparte por diez años. A su manera, en que se combinaba la habilidad política y la astucia jurídica, Cambacérès aconsejó al Primer Cónsul que solo aceptara «si el deseo del pueblo se lo autorizaba», lo que equivalía a apelar de nuevo al plebiscito. Y la pregunta que se planteó transformó completamente la decisión del Senado. Se le preguntó a la nación no por una reelección anticipada de diez años, sino por la reorientación vitalicia del poder de Bonaparte. «¿Será Napoleón Bonaparte cónsul vitalicio?». Esa era la pregunta planteada.

Fijémonos de paso en la nueva denominación. Hasta entonces se decía «el ciudadano Bonaparte» o «el general Bonaparte». Por primera vez desde Brienne, donde había sido víctima de multitud de sarcasmos, emerge de la sombra ese nombre original: *Napoleón*, con frecuencia escrito hasta entonces *Napoleone*, y lo hace para mostrarse en un texto oficial. Del *General Bonaparte* hemos pasado a *Napoleón Bonaparte*; se acerca el momento en que se dirá *Napoleón*, relegando a las sombras el nombre de *Bonaparte*.

El plebiscito sobre la cuestión de saber si Napoleón Bonaparte sería cónsul vitalicio se desarrolló en condiciones idénticas a las de la consulta sobre la constitución del año VIII. Hubo tres millones seiscientos mil «síes» contra 8374 «noes». El 2 de agosto de 1802, el Senado proclamó, de grado o sin él, a Napoleón Bonaparte como Primer Cónsul Vitalicio.

Los «síes» se habían incrementado en medio millón de votos: resultado normal, aun cuando se hubieran dado algunas componendas. Reflejaba la opinión pública. La paz de Amiens, la pacificación religiosa y la amnistía concedida a los emigrados le proporcionaron a Bonaparte los sufragios de numerosos realistas y de muchos moderados que previamente se habían abstenido. En cambio, los republicanos lo

abandonaron: ya no se encuentra en los registros al puñado de convencionales marginados desde Brumario, y los ideólogos del Instituto se desentendieron del escrutinio. De ese modo, se concretaba el divorcio entre Bonaparte y el ala progresista de los brumarianos. En cuanto a los ocho mil «noes», procedían en su mayoría del ejército. Por lo demás, hubo que adoptar medidas. Stanislas de Girardin cuenta:

> Uno de nuestros generales reunió a los soldados que estaban bajo sus órdenes y les dijo: «Camaradas, se trata de nombrar al general Bonaparte cónsul vitalicio. Hay libertad de opinión; no obstante, debo advertirles que al primero de ustedes que no vote por el Consulado vitalicio, lo hago fusilar frente al regimiento».

Entre los opositores, citemos solo a un regresado de calidad: La Fayette. «No puedo votar por tal magistratura mientras no se garantice suficientemente la libertad pública; solo entonces, daré mi voto a Napoleón Bonaparte». En una carta dirigida al Primer Cónsul, justificaba pormenorizadamente su voto.

> Es imposible que vos, general, el primero en ese género de hombres que, para compararse y hacerse valer, engloban todos los siglos, pretendáis que semejante revolución, tantas victorias y tanta sangre, tantos dolores y prodigios, no tengan para el mundo y para vos otra consecuencia que un régimen arbitrario.

Podemos leer en un registro del departamento del Sena, bajo una pluma más oscura, la de un tal *sieur* Duchesne, esta fórmula vigorosa: «Como debe hacer todo amigo de la libertad, respondo no, porque esta perpetuación de poder entre las mismas manos no podría compadecerse en ningún caso con los principios de un gobierno sabiamente constituido». Duchesne no sufrió acoso por ello.

La reforma de Termidor del año X

El senadoconsulto adoptado el 4 de agosto de 1802 como consecuencia del plebiscito modificó el régimen instituido el año VIII. Reforzaba considerablemente los poderes del Primer Cónsul, a quien se concedía el derecho de presentar al Senado a su sucesor, una etapa importante hacia la herencia. Se le asignaba también al Primer Cónsul la ratificación de los tratados de paz y de alianza, el derecho de gracia y la designación de los otros dos cónsules. La reforma favorecía también al Senado. Si perdía toda importancia en la designación de los cónsules, obtenía a cambio la regulación, mediante senadoconsultos orgánicos (votados por los dos tercios de los presentes), de «todo lo que no hubiera sido previsto por la constitución y que fuera necesario para su funcionamiento», se le encomendaba la misión de explicar «aquellos artículos que dieran lugar a diferentes interpretaciones», y, finalmente, podía adoptar con una mayoría relativa, por senadoconsulto, varias medidas excepcionales: la reducción de la libertad individual, la suspensión de los jurados y la disolución del Cuerpo Legislativo y del Tribunado. Pero el incremento de los poderes

del Senado tenía como contrapartida su domesticación: si seguía formándose por cooptación, el Primer Cónsul detentaba el derecho, sin embargo, de elevar el número de sus miembros a ciento veinte, nombrando, «sin previa presentación por los colegios electorales de departamento, ciudadanos distinguidos por sus capacidades y sus servicios». Por otra parte, el Primer Cónsul disponía de importantes medios de seducción, no solo mediante la supresión de esa incompatibilidad que había apartado en frimario del año VIII a los senadores de cualquier otra función pública, sino mediante la distribución de senadurías (una por incumbencia de tribunal de apelación) dotadas de una vivienda y de una renta de veinte a veinticinco mil francos. El Senado se convertía por tanto en el primero de los grandes cuerpos del Estado. Pero, en realidad, como confesaba Bonaparte a su hermano José: «El Senado obtenía toda su respetabilidad de su alianza con el gobierno; estaba destinado a ser un cuerpo de hombres ajados y acabados, incapaces de luchar contra un cónsul enérgico».

Paralelamente, las demás asambleas perdían una parte importante de sus poderes. El Cuerpo Legislativo dejaba de celebrar sesiones regulares, se reducía el Tribunado a cincuenta miembros y el Consejo de Estado tendía a convertirse cada vez más en una simple jurisdicción administrativa.

El sistema de las listas de confianza fue sustituido por los colegios electorales de cantón, de distrito y de departamento. La asamblea de cantón, formada por todos los ciudadanos domiciliados en el cantón, presentaba candidatos a los consejos municipales y a los juzgados de paz sobre la lista de los cien mayores contribuyentes elaborada por el prefecto. Y designaba a los miembros del colegio electoral de distrito y a los miembros del colegio electoral de departamento, estos últimos elegidos sobre la lista de los seiscientos mayores contribuyentes. Los colegios de distrito presentaban dos candidatos por sede vacante al Tribunado y al Cuerpo Legislativo; el colegio de departamento dos candidatos por sede vacante al Cuerpo Legislativo y al Senado. Era el retorno a una representación nacional a través de los electos locales y en apariencia un progreso del principio representativo, aunque el régimen electoral fuese censitario. De hecho, el Primer Cónsul controlaba indirectamente estas designaciones, porque nombraba a los presidentes de los colegios electorales y podía añadir por su propia autoridad diez miembros en cada colegio de distrito y veinte en los colegios de departamento.

Fue en el curso del verano del año X cuando se produjo la transformación del régimen todavía republicano de Brumario en un despotismo al que ya solo le faltaba el título monárquico o imperial.

Retorno a las formas monárquicas del poder

Así fue, contada por Thibaudeau, la llegada de Bonaparte al Senado el día 9 de fructidor del año X:

Fue la primera vez que desplegó realmente en público todo el aparato del poder supremo. Desde la mañana, los puentes y las calles por donde debía pasar estaban protegidas. ¡Las tropas formaban una doble hilera desde las Tullerías hasta el Luxemburgo! El Primer Cónsul iba en un coche de ocho caballos. Le seguían seis coches del gobierno, para el segundo y el tercer cónsul, los ministros y los oradores del Consejo de Estado, e iba acompañado por una numerosa y magnífica escolta de edecanes, generales de la guardia e inspectores generales de las diferentes armas. Una delegación de diez senadores vino a recibirle al pie de la escalera.

Estamos ya lejos del cónsul de Brumario. Quien se dirige al Luxemburgo es ya un soberano.

Reaparición de las libreas y desaparición del tuteo; ceremonias, cazas y misas en Saint-Cloud; desarrollo de la guardia consular; organización de una corte predominantemente militar pero donde se cuelan en el entorno de Josefina —que recibió en 1802 un rango oficial— nombres con partícula (Mmes. de Rémusat, de Lauriston, de Talhouet, de Luçay), etiqueta cada vez más minuciosa e indumentarias de corte: todo ello anuncia una restauración de las formas monárquicas, y las grandes leyes del año X permiten prever cuál va a ser la política social del Imperio. A pesar de que se acelera el movimiento de retorno de los emigrados, el restablecimiento de la nobleza parece esbozarse con la creación de la Legión de Honor, que choca con fuertes resistencias: tres sesiones en el Consejo de Estado y una votación ganada por escaso margen (catorce votos contra diez); violentas resistencias en el Tribunado y el Cuerpo Legislativo, donde el proyecto solo pasa con muchas dificultades.

Sin duda, se trataba de recompensar a soldados —o civiles— que hubieran rendido grandes servicios a la República. Las armas que precedentemente se les distribuían se sustituyeron por un orden jerarquizado, formado por dieciséis cohortes, un consejo de administración y un gran canciller. Su riqueza debía constituirse con posesiones tomadas de los bienes nacionales no vendidos. Aunque sus miembros tuvieran la obligación de prestar juramento de combatir cualquier restablecimiento del régimen feudal y de los títulos que eran sus atributos, una parte de los brumarianos percibió, en esta vanguardia de un nuevo patriciado, una traición de Bonaparte a la República.

El 28 de floreal del año X (18 de mayo de 1802), Savoye-Rollin atacó el proyecto en el recinto del Tribunado: «La institución vulnera literalmente la constitución»; y precisaba: «Al colocarla entre vosotros, aceptáis un patriciado cuya continua tendencia será la de devolveros una nobleza hereditaria y militar». A su vez, Chauvelin denunciaba una corporación establecida y repartida en toda Francia gracias a las capitales de cohortes, cuyas jerarquías y afiliaciones subordinadas o colaterales concurrían para formar una organización fuerte y poderosa, que amenazaba un retroceso a «ese corporativismo que desnaturaliza las mejores ideas y corrompe las intenciones más generosas». Finalmente, el Tribunado aprobó el proyecto por solo 56 sufragios contra 36. Al día siguiente, el Cuerpo Legislativo se pronunciaba en una votación no menos disputada, habida cuenta de las condiciones de la época: 166 votos a favor y 110 en contra.

A pesar de las reservas formuladas, la Legión de Honor, instituida el 19 de mayo de 1802, obtuvo un inmenso éxito. Se distribuyeron cerca de nueve mil condecoraciones en dos años. Intelectuales, como Stendhal, hicieron remilgos. El ejército se entusiasmó: no hay más que leer el relato que hizo Coignet de la gran distribución del 14 de julio de 1804. La fecha había sido elegida deliberadamente por Bonaparte. En 1808, había ya 20.275 portadores de la Legión.

Si a veces chocaba de frente con el ala izquierda, Bonaparte sabía preservar las adquisiciones de la Revolución burguesa. La ley del 11 de floreal del año X dejó la enseñanza secundaria, fundada en el latín y las matemáticas, en manos de los notables. Obra de Portalis, Tronchet y Maleville, el Código Civil, que no se promulgó hasta el 21 de marzo de 1804, consagraba la desaparición de la aristocracia feudal y el mantenimiento de los principios de 1789: libertad de las personas, igualdad ante la ley, libertad del trabajo. La codificación era ya en sí misma contraria al espíritu del Antiguo Régimen. Pero sobre el divorcio (supresión de la incompatibilidad de caracteres, mantenimiento, con restricciones, del consentimiento mutuo, restablecimiento de la separación de cuerpos suprimida por la Revolución), sobre la situación de la mujer tratada como menor de edad, sobre los hijos naturales excluidos de la herencia, el Código marcaba un neto retroceso con relación a la legislación revolucionaria. La voluntad del padre volvía a ser la base de la célula familiar y se restablecía la separación entre familia legítima y familia natural. Se proclamaba la libertad de empresa y la libertad de competencia, de cara a la burguesía. Código hecho para una sociedad conservadora, a la que solo interesa la propiedad de la tierra —se ignoran los valores mobiliarios—, se ha podido decir que es «la victoria del espíritu jurídico sobre el espíritu filosófico». Victoria acogida favorablemente, si hacemos caso a los informes de los prefectos, por los notables de los departamentos. Se restablecía la jerarquía social en provecho de esos notables, se reconstituían las profesiones liberales, que se sometían a reglas precisas (médicos, abogados, notarios), y se instituían, en las grandes ciudades, las cámaras de comercio: la burguesía se volvió el soporte de un régimen que daba garantías asimismo al campesinado contra el retorno de la feudalidad. Los únicos sacrificados fueron los obreros. La ley del 22 de germinal del año XI (12 de abril de 1803) les renueva la prohibición de sindicarse y les obligó a llevar una cartilla obrera. Pero el Primer Cónsul mantiene el precio del pan a un bajo nivel (de doce *sous* la libra en 1803 cayó a nueve *sous* al año siguiente), y les asegura trabajo gracias a la recuperación de los negocios que favorece por otra parte una elevación de los salarios.

Por consiguiente, la evolución hacia un régimen monárquico puede proseguir. Y la precipitó la reanudación del conflicto con Inglaterra. El 12 de mayo de 1803, el embajador Whitworth dejó París: el 19 se había consumado la ruptura entre las dos naciones. Al haber comenzado los ingleses las hostilidades sin declaración de guerra, Francia no podía descargar en su jefe la responsabilidad del conflicto: al contrario, tendió a incrementar sus poderes para garantizar la defensa del territorio. Se imponía

una dictadura de Salvación Pública. ¿Cómo no confiársela a Bonaparte? Ese fue el momento que eligieron torpemente los realistas para reemprender sus intrigas contra el Primer Cónsul, reforzando así la popularidad de este último y ligando su suerte a la de las conquistas revolucionarias.

La conspiración del año XII

En octubre de 1803, varios chuanes sorprendidos en París fueron arrestados y llevados ante una comisión militar que los condenó a muerte. Uno de ellos, Querelle, en el momento de ser fusilado, pidió que se le escuchara. Reveló que había llegado a la capital al mismo tiempo que Cadoudal, que tenía el propósito de asesinar al Primer Cónsul. Estas revelaciones sembraron el espanto en una policía ya desorganizada por la supresión del ministerio de Fouché, caído en desgracia el 15 de septiembre de 1802. El ministro de Justicia Régnier, que dirigía la policía, asistido por el consejero de Estado Real, carecía de la envergadura de su predecesor. Ahora bien, el asunto adquirió proporciones considerables como consecuencia de las confesiones de un comparsa, Bouvet de Lozier, quien, después de una tentativa de suicidio fallida, dio los nombres de los instigadores del complot: Moreau, el vencedor de Hohenlinden, cuyo prestigio en el ejército era comparable al de Bonaparte, y Pichegru, deportado durante el golpe de Estado de Fructidor y que había regresado clandestinamente a Francia. El interrogatorio de Bouvet aclaró los principales aspectos del complot: «el restablecimiento de los Borbones; las asambleas trabajadas por Pichegru; un movimiento en París sustentado por la presencia de un príncipe; un ataque empleando la fuerza dirigido contra el Primer Cónsul; la presentación del príncipe a los ejércitos por Moreau, que de antemano debía haber preparado los ánimos».

Como resultado de un consejo extraordinario, Bonaparte tomó la decisión de hacer arrestar a Moreau. Pero la opinión pública lo desaprueba: considera al rival de Bonaparte la víctima de una maquinación política, en tanto que Cadoudal y Pichegru siguen en paradero desconocido. Todos los informes de policía hacen notar la conmoción de los parisinos y el descontento del ejército. Sin embargo, los acontecimientos se vuelven rápidamente a favor de Bonaparte. Pichegru y, luego, los representantes del conde de Artois, Polignac y Rivière, caen en manos de la policía. A su vez, Cadoudal fue arrestado, lo que probaba la realidad de la conspiración. La muchedumbre echa una mano a los agentes, que capturan al chuan: es el síntoma de un giro de la opinión.

En los interrogatorios de Cadoudal, se hizo mención de un príncipe de quien se esperaba la llegada a Francia. Ahora bien, Luis de Borbón Condé, duque de Enghien, se encontraba entonces en Ettenheim, cerca de la frontera francesa. Por consejo de Talleyrand (que se defenderá de ello), Bonaparte lo hace secuestrar en territorio alemán, el 15 de marzo de 1804. El duque llega a París el 20 de marzo; en la noche

del 20 al 21 se le traslada ante una comisión militar formada apresuradamente. Él rechaza cualquier participación en el complot, pero reconoce haber combatido contra la Francia revolucionaria. Preparada por Savary, su ejecución tuvo lugar en las fosas de Vincennes a las tres de la madrugada. Su muerte no causó, por mucho que haya pretendido Chateaubriand, ninguna conmoción en la opinión pública francesa. José cuenta que, en el curso de una cena en Mortefontaine, en marzo de 1804, cuando se apiadaba de la suerte del duque de Enghien, uno de los miembros más eminentes de la antigua nobleza, que no había emigrado, aprobó la ejecución: «¿Se permitirá entonces a los Borbones conspirar impunemente? El Primer Cónsul se equivoca si piensa que la nobleza que no ha emigrado, y sobre todo la nobleza histórica, manifiesta un gran interés por los Borbones. ¿Cómo trataron a Biron, y a mi abuelo, y a tantos otros?». No será hasta la Restauración cuando los principales actores del drama —Talleyrand, Savary y el propio Napoleón en el *Memorial*— intentarán justificarse.

De momento, la instrucción de la conspiración proseguía. El proceso Moreau-Cadoudal (Pichegru había sido estrangulado en su celda) se inauguraba el 25 de mayo de 1804. El 25 de junio, doce chuanes, entre los cuales estaba Cadoudal, subieron al cadalso. Los conspiradores de origen noble (Polignac, Rivière) habían sido indultados: Moreau, condenado inicialmente a dos años de prisión, fue finalmente desterrado.

Mal preparada, la gran conspiración del año XII fue para colmo víctima de la coyuntura económica: el bajo precio del pan y la ausencia de paro eliminaban las principales causas de un descontento popular. Los protagonistas del complot fueron presentados como los aliados de un país en guerra con Francia. Finalmente, la actitud ambigua de Moreau desalentó al ejército. El fracaso de la conspiración no puso fin a las artimañas de los realistas —seguirían otros complots—, pero les asestó un golpe decisivo. La acción antinapoleónica se concentrará en adelante en el seno de las sociedades secretas, logias masónicas militares o asociaciones místicas y caritativas. De la conjunción de su acción nacerá en 1812, aprovechando una depresión económica, el golpe de Estado del general Malet.

Por ahora, la conspiración del año XII servía involuntariamente a Bonaparte. Los revolucionarios veían en la consolidación del poder consular, en adelante ligado, por la ejecución del duque de Enghien, «a los horrores de la Revolución», el único baluarte que oponer a las tentativas de restauración realista. No sin razón, el convencional regicida Alquier declaraba: «La próxima elevación del Primer Cónsul a la dignidad imperial hereditaria colma mis deseos». Más que nunca, Bonaparte es «el salvador».

La Constitución del año XII

La conspiración había indignado a una amplia fracción de la opinión pública. Hábilmente, la propaganda bonapartista se apoderó del sentir popular. Bien dirigida, la prensa hizo comprender a sus lectores la necesidad de asentar el poder del Primer Cónsul sobre bases estables. «La mayor parte de los complots tramados contra mi vida no me inspira ningún temor, aseguraba Bonaparte. Pero no puedo defenderme de un sentimiento profundo y penoso cuando pienso en qué situación se encontraría actualmente este gran pueblo si el último atentado se hubiera saldado con éxito» (entiéndase, las ventajas adquiridas por la Revolución pronto se habrían visto amenazadas). Y el Senado respondió con un recurso del 27 de marzo que preveía una reforma constitucional. El problema fundamental era el de la herencia. Consultado sobre la cuestión de saber si había que proponer la herencia como base para el gobierno de Francia, el Consejo de Estado mostró sus vacilaciones. Fue del Tribunado de donde llegó la propuesta esperada. Un antiguo revolucionario, Curée, presentó allí una moción que proponía «que Napoleón Bonaparte, actualmente Primer Cónsul, fuera declarado emperador de los franceses y que la dignidad imperial se declarara hereditaria en su familia». Carnot fue el único que se opuso públicamente a esta propuesta. El 4 de mayo, se llevó la propuesta al Senado, que la aprobó. Los recursos comenzaron a afluir. Redactada rápidamente, la nueva constitución fue promulgada bajo la forma del senadoconsulto del 18 de mayo de 1804 (28 de floreal del año XII).

Este texto de 142 artículos fundaba un nuevo régimen, el Imperio, y adaptaba a este régimen las antiguas instituciones.

«El gobierno de la República se otorga a un emperador que adquiere el título de emperador de los franceses». Se había preferido este título al de rey para contemporizar con la susceptibilidad de los revolucionarios. Y sedujo a Napoleón por su referencia a Carlomagno y por lo que tenía de «ilimitado».

> Sus numerosos enemigos en Europa, observa Thiers, al atribuirle todos los días proyectos que no tenía en absoluto, o no todavía, al repetir en una multitud de octavillas que soñaba con la reconstrucción del Imperio de Occidente o, al menos, la de los galos, habían preparado a todas las mentes, incluso a la suya propia, para el título de Emperador.

El artículo 2 designaba al titular, Napoleón Bonaparte, sin precisar la esencia de su poder. El Imperio era un hecho, impuesto por la fuerza de las cosas. La dignidad imperial pasaba a la descendencia directa del Emperador —con exclusión de las mujeres y de su descendencia: viejo recuerdo monárquico—, pero como no había heredero, Napoleón podía elegir a su sucesor mediante adopción entre los hijos y nietos de sus hermanos: estos hijos adoptivos debían ceder el paso a los descendientes sobrevenidos después de su adopción. En la adopción residía la novedad: puesto que había hecho el Imperio, Napoleón reivindicaba el derecho a disponer de él a su antojo. La opinión pública admitió la herencia sin dificultades en la medida en que Napoleón no tenía hijos. Y se presentó, sobre todo, como el medio más seguro para

mantener la estabilidad del poder al atajar de un plumazo con las intrigas y los complots. Lo que no significaba de ninguna manera la aceptación de una dinastía a la manera de los Borbones. El Imperio era ante todo una dictadura de salvación pública, destinada a preservar las conquistas revolucionarias.

Se había franqueado una nueva etapa en la reconstrucción de la nobleza mediante la creación de seis grandes dignatarios (gran elector, archicanciller, architesorero, archicanciller de Estado, gran condestable y gran almirante) y grandes oficiales del Imperio (entre los cuales había dieciséis mariscales). Los dignatarios eran quienes presidían los colegios electorales.

La contrapartida aparente de este nuevo absolutismo era que, del Emperador al más modesto funcionario, se requería que todos los detentores de la autoridad prestaran juramento. Por esta razón, el Imperio daba prueba de una diferencia con la realeza: revestía ese carácter de salvación pública indicado más arriba.

Además, se instituyeron dos comisiones en el Senado: la comisión de la libertad individual encargada de examinar los arrestos arbitrarios, y la comisión de la libertad de prensa destinada a frenar los abusos de la censura. En realidad, estas comisiones solo formulaban advertencias sin sanción a los ministros.

Se organizó un tercer plebiscito. Se invitaba al pueblo a aceptar «la herencia de la dignidad imperial en la descendencia directa, natural, legítima y adoptiva de Napoleón, y en la descendencia directa, natural y legítima de José Bonaparte y de Luis Bonaparte». No se ponía en cuestión el título imperial.

Los resultados fueron proclamados el 6 de noviembre de 1804: 3.572.329 «síes» contra 2569 «noes». En algunos municipios, los registros solo llevan una mención: «Votos unánimes por el sí». Muchos sufragios en París fueron incentivados. Los aprendices de poetas se emplearon a tope:

Nuevo César sobre la nueva Roma reinad
y que un Emperador es un hombre no olvidéis jamás.

O incluso:

Aunque nada soy, que un rey hago más.
Ellos, tan poderosos, ¿de mí qué harán?

Los resultados produjeron arranques de júbilo. Un general, al mando del departamento de Charente, rehusó en cambio todo tipo de festejos. ¿Su nombre? El general Malet.

La coronación

La inesperada conclusión del plebiscito fue la ceremonia de la coronación. El autor del Concordato pretendió invocar como Luis XVI, último rey de Francia, el

derecho divino. La idea resultó extravagante para los brumarianos, todavía demasiado impregnados en el espíritu de la Revolución. En el Consejo de Estado, las resistencias fueron enérgicas. Descartadas Reims y Aix-la-Chapelle en provecho de París, Napoleón se empeñó en resucitar la tradición imperial de hacer venir al papa a la capital. Pío VII aceptó, con la esperanza de obtener algunas concesiones en los artículos orgánicos. Pero un incidente estuvo a punto de estropearlo todo: hubo que proceder apresuradamente, en la noche del 1 al 2 de diciembre, al matrimonio religioso entre Napoleón y Josefina.

El 2 de diciembre de 1804, tuvo lugar en Notre-Dame, en presencia del cuerpo diplomático, la corte, las asambleas y los representantes de las «buenas ciudades», una fastuosa ceremonia inmortalizada por Isabey y David. El ceremonial había sido revisado y corregido por Portalis y Bernier: había que evitar todo lo que pudiera prestarse a chanza por parte de un público muy poco creyente, todo lo que hubiera denotado una superioridad de lo espiritual sobre lo temporal. Napoleón, como es sabido, se coronó a sí mismo, un gesto que no fue de independencia o de improvisación personal, como se suele decir, sino que estaba previsto en el protocolo, tan detenidamente estudiado como la exención de la comunión pública. Luego, el propio Emperador coronó a Josefina. ¿Capricho? ¿Amor? ¿Maniobra política?

Una vez que se retiró el papa, llegó la hora del juramento. Era la contrapartida a la ceremonia, indispensable para aplacar los escrúpulos de los antiguos revolucionarios, el momento en que se sellaba solemnemente la alianza entre Napoleón y los notables: «Juro —declaró el Emperador— mantener la integridad del territorio de la República, respetar y hacer respetar las leyes del Concordato y la libertad de cultos, respetar y hacer respetar la igualdad de derechos, la libertad política y civil, y la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales, no subir ningún impuesto, no establecer ninguna tasa sino en virtud de la ley, mantener la institución de la Legión de Honor, y gobernar con la mirada puesta únicamente en el interés, la felicidad y la gloria del pueblo francés». Con este juramento, Napoleón se proclamaba «representante coronado de la Revolución triunfante». Anunciaba que serviría a los intereses de la clase pudiente surgida de 1789, a la espera de poder servirse a su vez de ella y quizá ya pensando en la amalgama entre estos nuevos notables y las antiguas familias. Se presentó, escribió Balzac en *Los campesinos*, como «el hombre que garantizaba la posesión de los bienes nacionales. Su coronación se bañó en esta idea».

Debates abiertos

Algunas etapas de la transición del Consulado provisional al Imperio fueron aclaradas por P. Sagnac, «L’avènement de Bonaparte à l’Empire», *Revue des Etudes napoléoniennes* (1925, pp. 133-154, 193-211). Es conocido el papel de Luciano,

igualmente el de Fouché, a través de las biografías de Pietri para el primero, y de Madelin para el segundo. Se puede entrever mejor lo que fue la acción eficaz de Cambacérès merced a su correspondencia descubierta por Jean Duhamel y publicada en 1973 por J. Tulard. Sobre el plebiscito, concerniente al Consulado vitalicio, esperamos con impaciencia el resultado de las investigaciones de Langlois; las falsificaciones eran menos necesarias que en el año VIII porque sus éxitos habían reportado, al menos si damos crédito a los informes de los prefectos sobre el estado anímico de la población en los departamentos (arch. nat. FICIII), una gran popularidad a Bonaparte. Fue esta popularidad la que le permitió eliminar la oposición parlamentaria: la diferencia de puntos de vista entre François Pietri, que cree en el respeto por parte de Bonaparte hacia los diputados (¿por qué el Primer Cónsul no habría de tenerlo con respecto a representantes no electos sino designados?), y Charles Durand, que ha puesto de manifiesto las inexactitudes y las exageraciones de la tesis de Pietri, redundan en beneficio de Charles Durand. Lo cierto es que Bonaparte, a pesar de la dureza de sus declaraciones, contemporizó con los senadores y mantuvo una especie de ficción parlamentaria; ¿consecuencia de la alianza establecida en Brumario?

El Código Civil, finalmente promulgado, estableció una sociedad fundada en la propiedad y la igualdad, pero esta igualdad «sigue siendo la de los propietarios» (Bertaud). Podemos encontrar un buen análisis de la evolución de las ideas sobre la propiedad de bienes raíces y el régimen sucesorio en P. Sagnac, *La Législation civile de la Révolution française* (1898): «De la Constituyente a la Convención todos los revolucionarios presentan el derecho a la propiedad y, por consiguiente, el de testar, como una creación social»; hacia 1800, la doctrina se modificó, predominando los defensores del origen natural de la propiedad y del testamento. Boulay de la Meurthe y Duveyrier sostienen que el derecho de propiedad es anterior a la sociedad, que el derecho a disponer es también un derecho natural. La misma transformación en lo que concierne a la autoridad paterna; el Consulado reaccionó contra la igualdad sucesoria absoluta. Sagnac veía en ella el cuño del derecho romano; de hecho, André-Jean Arnaud, *Les Origines doctrinales du Code civil* (1969), muestra que el artículo 544 (derecho de propiedad) proviene, no del derecho romano, sino de los romanistas modernos retomados por Pothier. Otros artículos (especialmente el 1134) fueron inspirados por Pothier (1689-1772). R. Martinage-Baranger mostró por su parte la influencia de Bourjon, jurista del siglo XVIII (*Bourjon et le Code civil*, 1971). Sigue siendo útil: R. Savatier, *Bonaparte et le Code civil* (1927).

La muerte del duque de Enghien marca un giro en la evolución hacia el Imperio; tranquilizó a los convencionales regicidas y a otros brumarianos demasiado comprometidos con la Revolución (Talleyrand, Roederer) y reforzó su alianza con Bonaparte. El Imperio podía adoptar el carácter de una dictadura de salvación pública. Pero ¿quiso el Primer Cónsul la muerte del duque de Enghien? Henri Welschinger le hace cargar con la responsabilidad de la ejecución. J. Dontenville, en

«La Catastrophe du duc d'Enghien», *Revue des Études napoléoniennes* (1925, pp. 43-69), en cambio, colma de injurias al desventurado Borbón. Maricourt (*La Mort du duc d'Enghien*, 1931) insiste en la culpa de Réal que, habiendo recibido de Bonaparte, a las ocho de la tarde, la orden de interrogar al príncipe, no llega a Vincennes más que pasada la medianoche, cuando todo ha concluido. Para Jean-Paul Bertaud, la ejecución del duque de Enghien, así como la de Cadoudal, fueron queridas por Bonaparte como «ceremonias» mediante las cuales pretendía renovar los tiempos del Terror e impresionar la imaginación de las gentes al subrayar la oposición entre las dos Francias, la revolucionaria y la realista. La parte de responsabilidad de Talleyrand, de Caulaincourt, de Hulin y de Savary es difícil de determinar. En *Qui a tué le duc d'Enghien*, Maurice Schumann responde: «el exceso de celo». Su conclusión es clara: «¿Quién hizo secuestrar y juzgar al duque de Enghien? Bonaparte. ¿Quién determinó la sentencia de muerte? El duque de Enghien por un sentido borbónico del honor. ¿Quién mató al duque de Enghien? Anne-Jean-Marie-René Savary, impaciente antes que nada por servir instantáneamente a su amo aun a riesgo de perjudicarlo eternamente». De todas formas Napoleón zanjó el problema al declarar en Santa Elena: «Hice que se arrestara y juzgara al duque de Enghien porque eso era lo necesario para la seguridad, el interés y el honor del pueblo francés, cuando el conde de Artois mantenía según su confesión sesenta asesinos en París. En una circunstancia semejante, volvería a hacer lo mismo».

El artículo de G. Mauguin, «Le plébiscite pour l'hérédité impériale en l'an XII», *Revue de l'Institut Napoléon* (1939, pp. 5-16), habla con demasiado apresuramiento de una «Francia unánime»; pero si la oposición ya no se atrevía a manifestarse abiertamente, no es menos cierto que la opinión pública parece haber acogido favorablemente el Imperio. ¿Acaso el vizconde de Ségur no decía de Bonaparte: «Es un hombre que no le gusta a nadie, pero a quien todo el mundo prefiere»?

Capítulo 10

Las victorias continentales

El tratado de Amiens había puesto fin al conflicto que enfrentaba desde 1792 a la Francia revolucionaria con la Europa de los reyes. Las viejas monarquías cedían; reconocían, al menos en Francia, la legitimidad de las nuevas ideas de libertad e igualdad, que no habían podido sofocar con la intervención armada. Bonaparte no era solo el hombre de la paz, se presentaba también como el salvador de la Revolución.

La formación de una nueva coalición en 1805, consecuencia previsible de la ruptura, dos años antes, de las relaciones con Inglaterra, ¿se inscribía en la continuidad de las guerras revolucionarias o se trataba al contrario de un nuevo tipo de guerra cuya responsabilidad habría que atribuir a Napoleón? Los contemporáneos no albergaban el menor género de duda: Inglaterra reanudaba un combate que solo había interrumpido para recobrar el aliento. Sin titubeos, la opinión pública francesa hizo recaer sobre Inglaterra la responsabilidad de la ruptura.

> Los ingleses, puede leerse en los boletines de información procedentes de Londres, consideran que la guerra es ahora casi segura, que la prensa y los armamentos despliegan tal actividad que no cabe la más mínima duda de que su gobierno albergue realmente intenciones hostiles. Añaden que, por otra parte, no puede darse un momento más favorable; que es el único medio de disuadir al Primer Cónsul de las grandes mejoras que prepara en interés de Francia, y que, una vez ejecutadas en todo su alcance, privarían de toda esperanza a Inglaterra.

A su vez, a pesar de las reticencias, los historiadores han aceptado las expresiones de «tercera coalición» y de «cuarta coalición», admitiendo así una continuidad. Las campañas de 1805 y de 1806 siguen siendo las de la «Gran Nación».

La ruptura

Informe de policía del 14 de marzo de 1803: «Los ingleses solo hablan de guerra. Dicen haber recibido ayer y anteayer cartas de Londres anunciando que el Parlamento, según el mensaje del rey, ha votado sumas enormes, el reclutamiento de un gran contingente de tropas y el armamento súbito de cuarenta buques de línea». En un informe de la misma fuente, del 16 de marzo, puede leerse: «Macdonald, médico del duque de York, residente en la Rue du Bac, dice que todos los oficiales ingleses que se encuentran en París y con quienes tiene relación piensan que la guerra es segura». El 21 de marzo: «Los ingleses anuncian que nuevas cartas llegadas de Londres apuntan a que el armamento redobla su actividad, que la urgencia nunca ha sido tan apremiante, que no se desdeña ningún medio para ponerse en condiciones, que en toda Inglaterra nadie duda de que la guerra sea inevitable». Así podemos seguir a través de las informaciones recogidas para el Primer Cónsul el proceso de degradación de las relaciones franco-inglesas. La ruptura se volvió definitiva el 17 de mayo de 1803. Como habían previsto los informes de policía, fueron los ingleses quienes tomaron la iniciativa de las hostilidades. Sus quejas eran numerosas. Whitworth, su embajador en París, las había enumerado en una conversación privada

de la que pronto informó a Bonaparte su policía:

> 1.º En Amiens se firmó que no hubiera injerencia de ningún tipo en Suiza, y se hizo a mano armada; 2.º al acordar la evacuación de Malta, se ofreció la garantía de Rusia, y la corte de Petersburgo solo aceptó garantizarla desplazando a la isla una guarnición, lo que no podía convenir ni a Inglaterra ni a Francia; 3.º se prometió un tratado de comercio, y no se quiso oír hablar de él en absoluto; 4.° finalmente, no se quería decir el verdadero motivo del programa de armamento militar.

La decepción de Inglaterra había sido profunda ante la negativa opuesta por Bonaparte, bajo presión de los manufactureros pero también por convicción mercantilista, de entablar negociaciones comerciales: el recuerdo del tratado de 1786 que había arruinado a la industria textil al abrir Francia a la libre circulación de los productos ingleses estaba todavía demasiado cercano. Apenas salida de la guerra civil, Francia no habría sido capaz de hacer frente a la competencia británica. Pero había un motivo más serio: Bonaparte pretendía reservar el continente para las mercancías francesas. Londres estaba preocupado por la transformación de Alemania. El 23 de febrero de 1803, la dieta del Imperio había modificado su mapa en beneficio de los grandes Estados, Prusia, Baviera y Wurtemberg. Dalberg, archicanciller del Imperio, que había presidido los destinos de esta remodelación, era favorable a Francia. Austria, aliada de Inglaterra, se veía poco a poco excluida. En Italia, la ocupación francesa se extendía a Génova y a la Toscana. Desde el 19 de febrero de 1803, Bonaparte era el mediador de la Confederación Helvética. Ya muy fuerte en Bélgica, la influencia francesa se había estrechado sobre la República Bátava. Todos ellos mercados perdidos para Inglaterra. Más irritante incluso: Bonaparte sentó las bases de un gran imperio colonial. ¿Reaparición del sueño oriental? Una vez firmada la paz con la Puerta, el 26 de junio de 1801, Brune fue enviado como embajador a Constantinopla; Sébastiani se desplazaba al Mediterráneo en el curso de septiembre de 1802 y, en su informe sobre el estado defensivo de Egipto, publicado en *Le Moniteur* del 30 de enero de 1803, hacía un llamamiento para una nueva intervención de Francia. El 7 de agosto, se efectuó una demostración naval contra Argel; el 18 de junio, Decaen había recibido su nombramiento como capitán general de los asentamientos comerciales de la India y de Île de France, donde tenía el encargo de establecerse. Cavaignac se convirtió en comisario de relaciones comerciales en Máscate el 20 de junio. ¿Nacimiento de un sueño americano? El 24 de septiembre de 1802, se nombraba a Victor capitán general de Luisiana, de la que España acababa de hacer retrocesión a Francia. Y esta recuperaba con Victor Hugues su influencia en Guyana. Los proyectos americanos del Primer Cónsul se concretaban: se disponía de una base en Norteamérica, Nueva Orleans; y una base en Sudamérica, Cayena. Para restablecer el orden en Santo Domingo, antigua posesión francesa que había caído en manos de un negro, Toussaint-Louverture, Bonaparte envió a su cuñado el general Leclerc, con veinticinco mil hombres. Pero el sueño americano se desmoronó rápidamente: mal preparada —no se tuvo en cuenta el clima—, la expedición a Santo Domingo, diezmada por la fiebre amarilla y la revuelta de los antiguos esclavos,

fracasaba definitivamente en diciembre de 1803. En mayo, el Primer Cónsul había vendido Luisiana a Estados Unidos. Finalmente, con excepción de la de Sébastiani, las misiones enviadas a Oriente tampoco daban resultado. Decaen se vio obligado a replegarse a las Mascareñas. El imam de Máscate rechazó las propuestas de Cavaignac. Bajo un pretexto científico, la expedición de Baudin a las «Tierras australes», de 1800 a 1804, había intentado implantar la influencia francesa en las costas meridionales de Australia, rebautizadas especialmente en el atlas publicado por Peron y Lesueur, al regreso del viaje, «Tierra Napoleón»; pero también eso fue un fracaso. Los conatos de imperialismo colonial no tuvieron éxito por falta de continuidad en las miras y a causa de la desproporción entre los medios y la meta perseguida; al menos indicaban un despertar de las ambiciones francesas de ultramar que dieron motivos suficientes como para inquietar al gabinete británico.

Fue el problema de la evacuación de Malta lo que provocó la ruptura. Ante las usurpaciones europeas de Francia, Inglaterra no tenía intenciones de soltar una prenda tan importante, recuperada a Francia después de la breve ocupación. Bonaparte replicaba que había retirado sus tropas de los puertos napolitanos en conformidad con los acuerdos y que se mostraría intransigente en los temas mediterráneos y, más concretamente, acerca de la isla.

Talleyrand se volvía el portavoz del jefe del gobierno. «El Primer Cónsul tiene treinta y tres años y no ha destruido todavía más que Estados de segundo orden; ¿quién sabe cuánto tiempo será preciso, si se ve forzado a ello, para cambiar de nuevo la faz de Europa y resucitar el Imperio de Occidente?». El tono subió rápidamente; el 13 de marzo de 1803, Bonaparte tuvo un altercado —calculado— con el embajador de Inglaterra. Londres respondió con un ultimátum en el que exigía la evacuación de Holanda y de Suiza, y luego únicamente de Holanda, mediante la retirada, en un plazo de diez años, de las fuerzas inglesas establecidas en Malta, exceptuada la base de Lampedusa.

En mayo, Bonaparte proponía un arbitraje de las potencias neutrales. Malta sería ocupada provisionalmente por los rusos. Pero los ingleses no pensaban deshacerse de ninguna manera de un bastión que dominaba en el Mediterráneo la ruta de Egipto sobre la que los franceses no disimulaban sus intenciones. El 16 de mayo se produjo la ruptura. Todos los barcos franceses que echaron ancla en los puertos británicos fueron capturados. Bonaparte, por su parte, hizo inmediatamente detener a los ingleses que residían en Francia, a pesar de que sus tropas ocupaban Hanover y varios puertos del sur de Italia. La guerra se reanudaba.

La iniciativa procedía de Inglaterra, pero la guerra favorecía los propósitos de Bonaparte: la obra de recuperación bien encaminada, consolidada la República y alejado el peligro exterior, ¿amenazaba acaso la burguesía revolucionaria con desposeer al Primer Cónsul, cuyo poder personal no dejaba de incrementarse y de amenazar las libertades? Había que mantener a cualquier precio la imagen del salvador: «Un Primer Cónsul no se asemeja a esos reyes por la gracia de Dios que

consideran sus Estados como un patrimonio hereditario. Tiene necesidad de acciones brillantes y, por consiguiente, de la guerra», habría confesado Bonaparte. Pero la guerra no disgustaba tampoco a una burguesía anglófila en sus gustos, pero anglófoba en sus intereses. Había que acabar con el poder económico de Gran Bretaña: la guerra se presentaba como el único medio de arruinar a la pérfida Albión en una época en que los teóricos franceses sostenían que toda prosperidad está basada en un mercantilismo riguroso y una ortodoxia financiera fundada en la moneda en metálico y la exclusión del crédito.

La guerra franco-inglesa

Para vencer a Inglaterra, Napoleón desempolvó un viejo proyecto del Directorio: el desembarco. Entonces, Hoche había sugerido que fuera Irlanda, católica y oprimida, en plena ebullición desde la guerra de Independencia, el primer objetivo. La implacable represión que había seguido a la tentativa del general Humbert volvía ahora esa solución imposible: había que hacer frente directamente a Inglaterra, desembarcar hacia Dover y marchar sobre Londres. Gran Bretaña acababa de demostrar su superioridad naval bloqueando los puertos franceses y recuperando Santa Lucía y Tobago. Ahora bien, para atravesar el Canal de la Mancha, era indispensable disponer durante diez horas del dominio de ese mar. A continuación, la resistencia en tierra de las milicias inglesas sería de las más pobres: la ocupación de Londres debía llevarse a cabo sin ningún esfuerzo. Hipótesis optimista, que descuidaba la capacidad de resistencia de los ingleses y las dificultades que debía encontrar un ejército separado de sus bases por el mar. De cualquier modo, el problema del paso de la Mancha permanecía en pie. Pero también en eso el optimismo parecía obligatorio:

> Pocas leguas nos separan de Inglaterra y cualquiera que sea la presunta vigilancia de sus cruceros, no pueden asegurarse esa continuidad de medidas y el concurso de los elementos necesarios para cortar la ruta a una *flotilla* que se beneficiaría de la ventaja de su *posición*, de la *multiplicidad* de sus medios y de la *velocidad de sus maniobras de salida*.

Texto fundamental para comprender la estrategia elegida inicialmente por Napoleón y sus consejeros, la del ataque por sorpresa gracias a una flotilla cargada de soldados. La *flotilla* debería estar formada por tres mil unidades: no habrá más que dos mil ciento cuarenta el 28 de julio de 1805. La *posición* elegida fue Boulogne, donde Napoleón instaló su cuartel general: disponía de doscientos mil hombres, apartados así de París y de los juegos de la política. Pero si Boulogne estaba cerca de la capital, lo que permitía al Emperador atender simultáneamente los asuntos internos y los proyectos militares, se trataba probablemente del «peor puerto de la Mancha», aquel cuyos preparativos pueden vigilar mejor los ingleses. La *multiplicidad de los medios* dejaba que desear: ¿cuánto valían esas chalanas armadas o chalupas

cañoneras? El incidente producido el 20 de julio de 1804, cuando una terrible tempestad dispersó a una docena de embarcaciones, puso de manifiesto la fragilidad de la flotilla. Muy pronto hubo que admitir que el recurso a las escuadras era indispensable. En cuanto a la *velocidad de sus maniobras de salida*, para salir de Boulogne es necesario contar con las dos mareas. De modo que volvemos al problema fundamental del dominio del Canal de la Mancha. Los diferentes planes barajados hasta entonces, basados en un ataque por sorpresa de la flotilla a la costa inglesa, al amparo de la noche en las estaciones frías, fueron desestimados.

La entrada de España en la guerra, con una aportación naval importante, modificó efectivamente la estrategia inicial: a partir de entonces la marina recuperó su función fundamental. Las instrucciones de febrero-marzo de 1805 preveían que las escuadras de Brest (Ganteaume) y de Tolón (Villeneuve), esquivando el bloqueo británico, se dirigieran hacia las Antillas donde se les unirían las de Rochefort (Missiessy), Cádiz y Ferrol, obligando a los ingleses a enviar sus flotas a las Indias, el Mediterráneo y las Antillas, y dejando libre el paso de la Mancha.

El 30 de marzo de 1805, Villeneuve salió de Tolón. El 11 de enero, Missiessy ya había partido de Rochefort y, a su vez, Gravina lo había hecho de Cádiz. Pero el reagrupamiento en las Antillas no se produjo. Primeramente, por la falta de coordinación entre las flotas francesa y española, y la remodelación del plan inicial, porque Ganteaume fue invitado por Napoleón a permanecer en Brest; hubo otras modificaciones que chocaron con el problema de las comunicaciones; además, los plazos previstos por el Emperador eran demasiado breves. Las flotas no se encontraron y retornaron a sus puertos de amarre. Al mismo tiempo el almirantazgo británico consiguió evitar la dispersión. Las instrucciones de lord Barham fueron imperativas: «En caso de incertidumbre acerca de los movimientos del enemigo, todo el mundo deberá reunirse en Ouessant, de forma que quede cubierta la entrada del Canal de la Mancha. Allí es donde es importante mantener la superioridad decisiva, porque si el enemigo se hace dueño del canal, Inglaterra estará perdida». De regreso a Europa, Villeneuve se enfrentó a una nueva misión, unirse con Allemand, salido de Rochefort, y desbloquear la escuadra de Brest. Misión imposible: Villeneuve prefirió reservarse para el futuro encerrándose en Cádiz. Sin embargo, Napoleón se impacientaba; la situación se degradaba en el continente, había que lograr la irrupción en el plazo más breve. De ahí las órdenes apremiantes que le llegan a Villeneuve en el momento en que Napoleón ya ha renunciado al desembarco. El 26 de agosto, el Emperador ha tomado una decisión; el 29, los primeros destacamentos parten hacia Alemania. Villeneuve atribuirá a la mentalidad de Napoleón la responsabilidad del fracaso de una empresa en la que nadie creía en Boulogne. Apremiado por órdenes contradictorias, Villeneuve acabó por salir y se topó, a la altura del cabo de Trafalgar, con Nelson y Collingwood, el 21 de octubre: la línea franco-española se hundió: un buque se hundió, diecisiete fueron capturados, y Villeneuve se rindió. Dumanoir, que había conseguido escapar, fue aplastado en el combate de Ortegal. Victoria decisiva

de la flota inglesa, debida al elevado nivel técnico de sus equipamientos y a la precisión de sus cañoneros, pero victoria pagada muy cara por la muerte de Nelson, a quien mató en el *Victory* una bala disparada por un gaviero del *Redoutable*. Victoria decisiva, en la medida en que Napoleón carecía ya de una flota adecuada para enfrentarse a Inglaterra. Desalentado, le cedió el dominio de los mares, es decir, la victoria final. Pero nadie sabía todavía, ni siquiera Pitt, el primer ministro, que los ingleses habían ganado la guerra.

Austerlitz

El oro inglés no había permanecido inactivo en el continente. Consiguió aglutinar una coalición, la tercera contra Francia. Rusia se dejó convencer sin dificultad: Alejandro I envidiaba a Bonaparte, y la anglomanía triunfaba en San Petersburgo, donde la ejecución del duque de Enghien había causado una fuerte impresión. El principal consejero del zar, el polaco Czartoryski, empujaba a su señor a reanudar la guerra contra Francia. Inglaterra prometía 1.250.000 libras anuales por cada cien mil hombres que Rusia invirtiera en el conflicto. Descontento con remodelaciones territoriales decididas por Francia en Alemania e Italia, Austria se unió a la coalición, en la que entraron asimismo los Borbones de Nápoles.

La formación de esta coalición recordaba a las que había constituido Inglaterra contra la Revolución; no podía, por tanto, sorprender a la opinión pública francesa. El propio Napoleón, en su proclama del 30 de septiembre de 1805, hablaba de una «tercera coalición»: «Soldados, Vuestro Emperador está entre vosotros; no sois sino la vanguardia de un gran pueblo. Si es necesario, a una voz mía se pondrá todo él en pie de guerra para confundir y disolver esta nueva liga que ha tejido el odio y el oro de Inglaterra». No obstante, se extendía una cierta inquietud ante la reanudación de las operaciones continentales. Corrían rumores concernientes a las cajas de la banca: Napoleón las habría vaciado en el momento de partir en campaña. La inquietud se transformó en pánico. Pánico excesivo, pero que agravó los apuros de la banca, en una situación complicada por la impericia del ministro del Tesoro en la gigantesca especulación montada por Ouvrard sobre las piastras mexicanas. La depresión de 1806, sobre la que volveremos más adelante, fue ante todo una crisis de confianza generada por la reanudación de las hostilidades en el continente. Napoleón supo, a través de los boletines de la *Grande Armée*, que justificaban y explicaban las operaciones militares, levantar «la moral de la nación». Esos boletines experimentaron a partir de 1806 una amplia difusión: los actores los declamaban en el escenario de los teatros, los profesores se los leían a los alumnos en clase y los curas los comentaban desde el púlpito; llegaban hasta los pueblos más apartados, donde se anunciaba su llegada con un repicar de campanas o el redoble del tambor. La prensa y la poesía prolongaron su repercusión: *El boletín imperial*, ese era el título que Colson

dio a sus «estancias heroicas» en 1806. Se establecía así un vínculo entre las fuerzas militares y el país, y se mantenía la ficción de un ejército nacional, cuando la *Grande Armée* ya no era otra cosa que el instrumento de las ambiciones del Emperador.

Pero aún más que los boletines, fueron las victorias fulminantes de Napoleón las que restablecieron la confianza. Desde Boulogne, el 13 de agosto de 1805, había dictado un plan de operaciones que preveía el desplazamiento de la *Grande Armée* de las costas de la Mancha hacia Alemania. El ataque por sorpresa de las fuerzas austríacas contra Baviera, aliada de Francia, lejos de cogerle desprevenido, proporcionó al Emperador la ocasión para retirarse del avispero de Boulogne. A pesar de que se le había encomendado a Brune el mando del campamento, la *Grande Armée* dividida en siete cuerpos (Bernadotte, Marmont, Davout, Soult, Lannes, Ney y Augereau, y la reserva de caballería bajo el mando de Murat) marchaba hacia el Rin, según los itinerarios previstos de antemano. En veinte días, la *Grande Armée* estaba concentrada Maguncia. Por el valle del Main y Donauwoerth, en el Danubio, Napoleón acababa de cortar la línea de retirada del general Mack, agresor de Baviera. Derrotados en Elchingen, donde se hizo ilustre Ney, el 14 de octubre, los austríacos se parapetaron en Ulm. Mack capitulaba el 20 de octubre de 1805, víspera de Trafalgar. La primera parte de la campaña había durado dos semanas.

A pesar de lo que generalmente se ha escrito, la campaña chocó con dificultades materiales: si cada soldado recibió en el Rin los pares de zapatos necesarios así como la soldada hasta el 23 de octubre, si las líneas de aprovisionamiento, a medida que el ejército penetraba en Alemania, estuvieron bien concebidas, el 22 de noviembre se contabilizaban ya ocho mil enfermos, la marcha demasiado rápida había reventado a numerosos caballos y los robos eran tan cuantiosos en retaguardia que Napoleón, por orden del 25 de noviembre, tuvo que instaurar comisiones militares.

De Ulm, Napoleón se internó hacia Viena, de la que se apoderó sin resistencia el 15 de noviembre. Francisco II había evacuado su capital para unirse a las fuerzas del zar Alejandro. La «batalla de los tres emperadores» tuvo lugar el 2 de diciembre, día del aniversario de la coronación, en un campo de batalla elegido por el propio Napoleón: Austerlitz. La más grande de las victorias napoleónicas fue también la más nítida. El plan del Emperador era simple: tras haber cedido a los austro-rusos la meseta de Pratzen y desplegado sus divisiones frente a esa meseta (Soult en el centro, Davout a la derecha, Lannes y Murat a la izquierda), debía inspirar al enemigo el proyecto, en la esperanza de cortarle la retirada hacia Viena, de rodear al ejército francés por su derecha voluntariamente debilitada. Para ejecutar ese proyecto, el estado mayor adversario debía desguarnecer su centro, en Pratzen, para poder reforzar su flanco izquierdo. Una vez incurrido en ese error, Napoleón escalaría la meseta, arrollaría el centro del dispositivo austro-ruso así indefenso, partiría al ejército enemigo en dos y aplastaría al ala más débil. Todo sucedió como se había previsto. Entablada a las siete de la mañana, con la salida del sol, la batalla acabaría hacia las cuatro de la tarde, a la caída de la noche, con la derrota de los rusos. «Ya

había visto algunas batallas perdidas, dirá uno de los principales actores, el emigrado Langeron; no me imaginaba una derrota semejante». El enemigo perdió 27.000 hombres, cuarenta banderas y ciento ochenta cañones. Mientras que los rusos se retiraron en etapas, los austríacos iniciaron negociaciones que concluyeron con la firma del tratado de Presburgo, el 26 de diciembre de 1805. A pesar de las recomendaciones de moderación que le hizo Talleyrand a Napoleón, Austria entregó Venecia, Istria y Dalmacia al reino de Italia (la antigua República Cisalpina transformada en reino por voluntad del Emperador que se había coronado en Milán el 26 de mayo de 1805), y Suabia y el Tirol a los electores de Wurtemberg y de Baviera. Además se comprometió a abonar treinta y dos millones en letras de cambio y ocho millones en metálico. Las cuentas de la intendencia militar revelan el carácter fructífero de la campaña de 1805.

Las consecuencias europeas de la derrota austríaca fueron inmensas: amo ya del norte de Italia, Napoleón, rodeando Roma, se instalaba en el sur. Mediante un simple decreto con fecha del 27 de septiembre de 1805, «como si se tratara de la revocación de uno de sus prefectos», arrebataba el reino de Nápoles a los Borbones, que habían entrado imprudentemente en la tercera coalición. «¡Soldados! La dinastía de Nápoles ha dejado de reinar. Su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y el honor de *mi Corona* [ya no se trataba del *Gran Pueblo* o de la *Gran Nación*]. Marchad, precipitad en las olas, si es cierto que os esperan, esos débiles batallones de los tiranos de los mares. No tardéis en informarme que Italia entera está sometida a mis leyes y a las de mis aliados». José, que había rechazado el reino de Italia, recibió, sin posibilidad de discusión, el trono de Nápoles. «Le diréis que lo nombro rey de Nápoles, pero que ni la menor vacilación, ni la menor incertidumbre lo pierda del todo. Solo reconozco como parientes a quienes me sirven. No pertenecerán ya a mi familia quienes no se ensalcen conmigo. La he convertido en una familia de reyes o, mejor dicho, de virreyes». José y Masséna marcharon con cuarenta mil hombres sobre Nápoles. Fernando IV y, luego, su terrible esposa María Carolina, tuvieron que huir a Sicilia. Ninguna resistencia opuso el pueblo, más bien indiferencia. El 15 de febrero, el nuevo monarca hacía su entrada en Nápoles. Nada parecía resistir a Napoleón.

Austria, expulsada de Italia, también lo fue de Alemania. Las victorias de la Revolución habían hecho retroceder hasta el Rin la frontera francesa; la resolución de 1803 había operado una primera simplificación del mapa de Alemania; Austerlitz abrió la vía a nuevas remodelaciones: a Murat se le atribuyó el gran ducado de Berg, y a Berthier, Neuchâtel; los electores de Baviera y de Wurtemberg recibieron la corona real, por decisión del Emperador que suplantaba así a las antiguas instituciones. Los nuevos reyes entraron con la totalidad de los príncipes del sur y el oeste de Alemania en una Confederación del Rin bajo la hegemonía francesa. Los estados confederados del Rin, cuya capital era Fráncfort, sede de una dieta formada por dos colegios, reconocían a Napoleón como protector y le entregaban la dirección

de la política exterior, el derecho de guerra y de paz y el mando de las fuerzas armadas. Esta secesión arrastraba a la ruina al Sacro Imperio Romano Germánico, reducido a Austria, Prusia y algunos Estados del norte. El 6 de agosto de 1806, Francisco II renunció a su título de emperador de Alemania: reconvertido en Francisco I —extraño ejemplo de degradación—, se tituló a partir de entonces emperador hereditario de Austria.

Estas remodelaciones fueron seguidas por la transformación de la República Bátava en el reino de Holanda, confiado a Luis. Una activa política matrimonial completaba estos éxitos diplomáticos. Su alteza imperial y real, Eugenio de Beauharnais, adoptado por Napoleón y sucesor de este al trono de Milán (al que la paz de Presburgo había impuesto, a modo de concesión a Austria, su futura separación a perpetuidad del trono imperial francés), se casaba con Augusta de Baviera. Napoleón pensaba igualmente casar a Jerónimo, cuando la unión de este con la norteamericana Patterson se hubiera roto. Jerónimo se casaría, en 1807, con la hija del rey de Wurtemberg, y Estefanía de Beauharnais, convertida por este motivo en hija adoptiva del Emperador (era prima de Josefina), se casará con el heredero de Baden. La opinión pública francesa había recibido con entusiasmo la victoria de Austerlitz. Daba por segura la paz tan deseada. Puede leerse en el *Journal de Paris* del 4 de diciembre:

> Ayer por la mañana, al amanecer, tres descargas de artillería anunciaron en París la apertura de las negociaciones de paz, y, por la corriente de alegría muy sentida que esta noticia provocó en todas las clases, se podía asegurar que el brillo de nuestras victorias ha transido todos los corazones porque reflejaban, con la gloria del vencedor, la esperanza de una próxima paz, que siempre fue su gran y principal obsesión.

Buen resumen del estado anímico de la población, que confirman los informes de los prefectos.

La paz de Presburgo se presentó como «el prefacio de la paz general», y la cesión de Hanover a Prusia parecía anunciar el nacimiento de un eje franco-prusiano, garante del equilibrio continental. Versátil, el zar comenzaba a negociar. En Inglaterra, Pitt había desaparecido —muerto, se decía, como consecuencia de Austerlitz— dejando su puesto a un *whig*, Fox, mejor predispuesto hacia Francia, y, sobre todo, convencido de la incapacidad de sus socios europeos. En junio, lord Yarmouth llegaba a París. Desde mayo, el representante del zar, Oubril, se alojaba allí. Por parte inglesa, se tropezaba con Sicilia, que Napoleón quería arrebatar a los Borbones; por parte rusa, Czartoryski, que empujaba a Alejandro hacia Oriente, fue descartado en provecho del francófobo Budberg. Y se alejó cualquier esperanza de paz. Se había perdido una buena oportunidad para restablecer el equilibrio europeo.

La decepción fue grande en Francia, y a ella se añadió una sorda inquietud ante la extraña política llevada a cabo por Napoleón. ¿Qué significaba esa creación de nuevas realezas, esa orientación dinástica impuesta a la diplomacia francesa? ¿Dónde se encontraba el interés por la Gran Nación, invocado al comienzo de la campaña, en

esos tratos matrimoniales, en esos repartos de coronas?

Uno de los principales beneficiarios, Murat, habría criticado a su cuñado en estos términos: «Francia, cuando os elevó al trono, creyó encontrar en vos un jefe popular, condecorado con un título que debía situaros por encima de todos los soberanos de Europa. Ahora rendís homenaje a títulos de poder que no son los vuestros, que están en oposición con los nuestros, y únicamente vais a mostrar a Europa cuánto valor concedéis a lo que nos falta a todos, la grandeza de nacimiento. —Señor príncipe Murat —habría respondido el Emperador— os sigo viendo con confianza al frente de mi caballería. Pero en esta ocasión no se trata de una operación militar, se trata de un acto de política y he meditado mucho en ello. Este matrimonio [el de Eugenio con la hija de Maximiliano José de Baviera] os disgusta. A mí me agrada, y lo considero como un gran éxito, como un éxito equiparable a la victoria de Austerlitz». ¿No fue acaso Murat, según Luciano, el más lúcido de los miembros de la familia Bonaparte? Alertaba a Napoleón: este estaba traicionando la Revolución. ¿Conocieron algunos ministros esa advertencia? Murat había sido atraído a los círculos de Talleyrand y de Fouché desde la crisis de Marengo. Volverá a oirse pronunciar su nombre en los conciliábulos de esos representantes de las eminencias revolucionarias, en 1808, cuando la guerra de España adquiera un sesgo nefasto. En 1814 será Italia la que mire en dirección a este brillante «caballero y rey», bastante apresuradamente reducido por los historiadores al mero papel de militar. ¿Habría que atribuir esta lucidez política a Carolina Bonaparte, su esposa?

Jena

Pero apenas había tiempo en 1806 para preguntarse acerca de las intenciones de Napoleón, su fidelidad a los principios de la Revolución, la transición de la «Gran Nación» al «Gran Imperio» y la transformación del «Robespierre a caballo» en un nuevo Carlomagno. Las operaciones ya se reanudaban. Por segunda vez desde 1792, Francia y Prusia van a pelearse.

Indiscutiblemente, Berlín carga con la responsabilidad de esta nueva guerra; innegablemente, el conflicto prolonga las guerras revolucionarias. Estamos ante la «cuarta coalición» puesta en marcha contra las ideas de 1789. Por un momento desorientado, el país cierra filas en torno al salvador. Nunca el peligro fue mayor: se consideraba a Prusia como la primera potencia militar de Europa desde Federico II.

Su intervención habría podido cambiar en 1805 el curso de la guerra. Napoleón le había ofrecido Hanover, a título definitivo en caso de alianza, o a título provisional si aceptaba mantener una neutralidad amistosa. Por su lado, Rusia y Austria habían rogado a Federico Guillermo III que se uniera a la coalición. Los consejeros del rey de Prusia, Haugwitz, Hardenberg y Brunswick, recomendaban equiparse de manera ostensible, pero demorar cualquier intervención. La victoria de Austerlitz y la cesión

de Hanover a Federico Guillermo daban razón a su prudente expectativa, pero la formación de la Confederación del Rin inquietaba a Berlín: la «unidad alemana» ¿tenía que pasar por París? A decir verdad, Talleyrand había tentado a los ministros prusianos, el 22 de julio de 1806, ese año en que la paz general parecía tan próxima, con risueñas perspectivas: «Su Majestad prusiana puede reunir bajo una nueva ley federal los Estados que siguen perteneciendo al Imperio Germánico e introducir la corona imperial en la casa de Brandeburgo». ¿Qué hubiera aportado esta división de Alemania en dos confederaciones? ¿Era sincero Napoleón? Su oferta de restitución de Hanover a Inglaterra fue interpretada por Berlín como una traición y determinó un acercamiento ruso-prusiano el 12 de julio. Prusia se dejó finalmente arrastrar a la guerra: a partir del 9 de agosto movilizó sus fuerzas; el 26, lanzó un ultimátum a Francia: Napoleón debía retirar sus tropas al otro lado del Rin antes del 8 de octubre. El ultimátum le llegó al Emperador mientras se encontraba en Bamberg. Para reducir costes, había dejado la *Grande Armée* en Alemania, donde vivía del campo ajeno. La proclamación del 6 de octubre disipó todas las dudas acerca de las intenciones de Napoleón. Tras mitigar el descontento de sus soldados («la orden para vuestro regreso a Francia ya ha partido; os esperan fiestas triunfales y los preparativos para recibiros ya han comenzado en la capital»), Napoleón hacía recaer la responsabilidad del nuevo conflicto sobre Berlín y recordaba el precedente de las llanuras de Champaña, en 1792, donde los prusianos ya habían encontrado «la derrota, la muerte y la vergüenza». Era una astuta manera de recalcar que, catorce años más tarde, proseguía el mismo combate. En el primer boletín de la *Grande Armée*, hablaba del «desvarío» de la reina Luisa de Prusia, que había sido la más virulenta en el desencadenamiento de los odios contra Francia. «Desvarío» era justamente la palabra adecuada: Prusia se lanzaba a la guerra, sin esperar la llegada del aliado ruso, con las finanzas maltrechas y una opinión pública indiferente, si se exceptúan las clases altas. El plan prusiano consistía en invadir Baviera con tres ejércitos: sesenta mil hombres bajo el mando del rey y del duque de Brunswick; cincuenta mil sajones y prusianos, bajo el mando del príncipe de Hohenlohe; y otros treinta mil hombres bajo el mando de Ruchel. Napoleón los interceptó antes de que hubieran podido reunirse. En Jena, el 14 de octubre, sorprendió a Hohenlohe: la superioridad numérica de los franceses transformó la derrota prusiana en una derrota total. Según el relato oficial de la batalla suministrado por el 5.º boletín:

> La niebla cubrió a los dos ejércitos durante dos horas, pero al fin se disipó y lució un hermoso sol de otoño. Ambos ejércitos se divisaron a un tiro de cañón de corto alcance. La izquierda del ejército francés, pegada a un pueblo y a los bosques, estaba mandada por el mariscal Augereau. La guardia imperial la separaba del centro, que ocupaba el cuerpo del mariscal Lannes. La derecha estaba formada por el cuerpo del mariscal Soult. El ejército enemigo era numeroso y ostentaba una buena caballería: sus maniobras se ejecutaban con precisión y rapidez. Al Emperador le hubiera gustado retrasar dos horas el inicio de las hostilidades, para esperar, en la posición que acababa de tomar, después del ataque de la mañana, a las tropas que debían unirse a él y, sobre todo, a su caballería, pero se dejó llevar por el ardor francés. Vio cómo el enemigo se ponía en movimiento, al haberse introducido varios batallones en el pueblo de Holhstaedt, para desalojarlos de allí. El mariscal Lannes recibió en el acto la orden de marchar en

escalones para mantener ese pueblo. El mariscal Soult atacó un bosque a la derecha. El enemigo realizó un movimiento de su ala derecha sobre nuestra izquierda, y se encargó al mariscal Augereau que lo rechazara. En menos de una hora la acción se generalizó: doscientos cincuenta mil o trescientos mil hombres, con setecientas u ochocientas piezas de cañón, sembraban la muerte por doquier y ofrecían uno de esos raros espectáculos en la historia. Por un lado y por otro, se maniobraba sin cesar, como en un desfile. Entre nuestras tropas, nunca se produjo el menor desorden, la victoria no fue en ningún momento incierta… El mariscal Soult, habiendo capturado el bosque al que atacaba desde hacía dos horas, hizo un movimiento hacia delante: en ese instante se informó al Emperador de que las divisiones de caballería francesa de reserva comenzaban a ubicarse y que dos nuevas divisiones del cuerpo del mariscal Ney se situaban en retaguardia, en el campo de batalla. Se hizo entonces que avanzaran todas las tropas que estaban en reserva a la primera línea, la cual, al verse así respaldada, derrotó al enemigo en un parpadeo y lo puso en plena retirada. Durante la primera hora, la llevó a cabo en orden, pero se convirtió en un horrible desorden cuando nuestras divisiones de dragones y nuestros coraceros, que tenían al frente al gran duque de Berg, pudieron tomar parte en el asunto.

A tres leguas al norte, en Auerstaedt, el grueso de las fuerzas de Brunswick chocaba con la vanguardia de Napoleón, mandada por Davout, a quien asistían tres extraordinarios generales de división, Friant, Gudin y Morand. Davout aguantó el choque y derrotó incluso a Brunswick, herido de muerte en la acción. Los fugitivos de los dos ejércitos prusianos se entremezclaron, provocando un pánico general. Se observará que el relato oficial es muy discreto acerca del combate de Auerstaedt: si Davout hubiera flaqueado, ¡la suerte de la batalla habría cambiado! Tampoco se dice nada de Bernadotte que, situado entre los dos campos de batalla, no llegó a intervenir.

Les prusianos perdieron de golpe veintisiete mil hombres, entre muertos y heridos, otros veinte mil prisioneros y la totalidad de su artillería. Las fortalezas cayeron sin resistencia, con excepción de Kolberg, Dantzig y Graudentz. El 27 de octubre, Napoleón entraba en Berlín mientras Federico Guillermo se refugiaba junto al zar.

Sin demora, Napoleón decidió la suerte de la Alemania conquistada. Ordenó la toma de posesión de todos los estados prusianos entre el Rin y el Elba, los del duque de Brunswick, el príncipe de Orange y el elector de Hesse-Cassel. Prusia debía pagar una enorme contribución de guerra: 159.425.000 francos. Sus antiguas posesiones quedaban divididas, por el decreto del 3 de noviembre de 1806, en cuatro departamentos: Berlín, Custrin, Stettin y Magdeburgo, emplazados bajo la autoridad de un gobernador general, Clarke, asistido por el intendente general Daru, el tesorero general Estève y el recaudador general de las contribuciones La Bouillerie. El Emperador perdonaba en cambio a Sajonia, cuyos seis mil soldados y los trescientos oficiales prisioneros liberó al día siguiente de Jena, antes de convertir al elector en un rey de Sajonia que entraba a formar parte en la Confederación del Rin con los cinco duques de Sajonia-Weimar, Gotha, Meiningen, Hildburghausen y Coburg. El contingente de Sajonia para la continuación de la guerra se fijó en veinte mil hombres. Así, Alemania del Norte entraba a su vez en la esfera de influencia francesa.

La guerra franco-rusa

Faltaba Rusia. Napoleón reforzó su ejército (el senadoconsulto del 15 de diciembre autorizaba el reclutamiento de ochenta mil conscriptos, de los cuales sesenta mil de modo inmediato, que debían ser vestidos, calzados y equipados en los tres centros de Boulogne, Maguncia y Potsdam) y, luego, se dirigió al encuentro de los rusos en Prusia oriental. Pero el teatro de las operaciones no se adaptaba ni a su genio, ni a las condiciones de vida y de maniobra de la *Grande Armée*. Para colmo, al retirarse, los rusos lo quemaban todo, lo que provocó dificultades de aprovisionamiento. En cambio, el ejército ruso, numeroso y tenaz, operaba sobre un terreno y en condiciones climáticas que le iban de maravilla. A la guerra-relámpago le sucedieron el hundimiento en el fango, las dificultades de aprovisionamiento, el frío y la lluvia, y en la retaguardia, los ataques aislados de los guerrilleros prusianos. El 6 de febrero, Napoleón escribía a Daru: «No debéis ocultaros que, de todo lo que habéis enviado al ejército, nada le ha llegado, porque el ejército ha estado siempre en marcha, mientras que, si todo eso hubiera podido salir al mismo tiempo que el ejército, este hubiera estado suficientemente alimentado». El enfrentamiento entre las dos fuerzas tuvo lugar en Eylau, el 8 de febrero de 1807, en medio de una cegadora tempestad de nieve. Batalla indecisa. Napoleón creyó poder sorprender a los rusos, pero fue él el sorprendido en estado de inferioridad: Bennigsen enfrentaba setenta mil hombres contra los cincuenta mil franceses. Al perder su orientación en la tormenta, el cuerpo de Augereau fue aniquilado; pero la ofensiva rusa no consiguió perforar el centro del dispositivo francés. Napoleón solo consiguió enderezar la situación al lanzar una colosal carga de caballería, ochenta escuadrones bajo el mando de Murat. La noche caía y los rusos seguían pegados al terreno cuando la llegada de Ney por su derecha los obligó a retirarse. Sobre la nieve yacían veinticinco mil rusos y tal vez unos dieciocho mil franceses. A propósito de esta batalla se menciona tradicionalmente el célebre cuadro de Gros. La otra cara del combate nos la dio Percy, el cirujano de la *Grande Armée*:

> Jamás tantos cadáveres habían cubierto un espacio tan exiguo. No había rincón en que la nieve no estuviera teñida por la sangre; la que había caído y la que seguía cayendo comenzaba a ocultar los cuerpos a las miradas desoladas de los que pasaban por allí. Se amontonaban los cadáveres en cualquier lugar donde hubiera algunos bosquecillos de abetos, detrás de los cuales habían combatido los rusos. Sobre los caminos o en los campos, había miles de fusiles, gorros y capas esparcidos. En el declive de una montaña cuya otra parte había elegido el enemigo sin duda para defenderse mejor, había grupos de cien cuerpos ensangrentados; caballos tullidos, pero todavía vivos, aguardaban a que el hambre viniera a derribarlos a su vez sobre esos montones de muertos. Apenas habíamos atravesado un campo de batalla, nos encontrábamos otro, y todos estaban cubiertos de cadáveres.

Visión horripilante que el 64.º boletín no pudo disimular: «Después de la batalla de Eylau, el Emperador pasó todos los días varias horas en el campo de batalla, espectáculo horrible, pero que el deber había vuelto necesario. Fue necesario mucho trabajo para enterrar a los muertos».

Nerviosamente exhausto, Napoleón suspendió las operaciones. Se instaló en el castillo de Finkenstein. Desde allí preparó un nuevo plan de campaña contra el zar: Sébastiani en Constantinopla, Marmont en Dalmacia y Gardanne enviado ante el sah de Persia en Teherán, deberían desviar una parte de las fuerzas rusas hacia Oriente. En mayo de 1807, cayó Dantzig, sitiada por Lefebvre y excelentes oficiales de artillería y del cuerpo de ingenieros militares, como Lariboisière y Chasseloup-Laubat, abriendo así la ruta de Polonia. Al mismo tiempo, Napoleón reforzó sus efectivos. La vida material seguía siendo difícil: los transportes estaban paralizados por la carencia de caballos y la insuficiencia de la red fluvial. De ahí el persistente problema del abastecimiento que provocaba la proliferación de desertores y saqueadores. «Si tuviera en Osterode seis mil quintales de harina, sería dueño de mis movimientos», suspiraba Napoleón el 8 de marzo de 1807.

Con la primavera, se reanudaron las operaciones. Napoleón marchó sobre Koenigsberg, donde se encontraban los principales almacenes del ejército ruso. Bennigsen intentó un ataque por el flanco para liberar la ciudadela. El enfrentamiento se produjo el 14 de junio en Friedland, en una situación desventajosa para los rusos, de espaldas al río Alle. Lannes, enfrentado con el enemigo desde las tres de la madrugada, sostuvo las operaciones con el fin de dar tiempo a Napoleón para acudir desde Eylau con el grueso de sus tropas. La verdadera batalla se entabló a las diecisiete horas; y duró seis. A la izquierda y en el centro, Mortier y Lannes tenían como misión contener a Gortchakof. A la derecha Ney debía, sin preocuparse por las bajas, arrollar a la izquierda enemiga al mando de Bagration, tomar Friedland, que dominaba el terreno a retaguardia del dispositivo ruso, y cortar los puentes del Alle por donde los rusos habían atravesado el río. Lannes y Mortier pasarían entonces a la ofensiva. A las ocho de la tarde, Friedland estaba en poder de los franceses; a las diez, Lannes y Mortier arrojaban al Alle a Gortchakof, que carecía de retirada por la falta de puentes; cientos de rusos perecieron ahogados en el río. La jornada le costó al zar veinticinco mil hombres y ochenta cañones. Sus fuerzas se batían en retirada en el Niemen.

A pesar de la escasez de los subsidios ingleses, la guerra con Turquía y la amenaza de una insurrección polaca, nada estaba sin embargo perdido para los rusos, pero Alejandro, de carácter versátil y que pasaba por fases de entusiasmo y luego de depresión, se decidió a tratar con Napoleón. El encuentro de ambos emperadores tuvo lugar en Tilsit, el 25 de junio de 1807, en una balsa instalada en medio del Niemen. «Sire, ¡odio a los ingleses tanto como vos! En ese caso, la paz está hecha». En el intercambio de estas palabras reside la significación del acuerdo alcanzado entre los dos emperadores. No hubo, como abusivamente se ha escrito, un reparto del mundo, sino una alianza contra Inglaterra.

El objetivo de Napoleón —apunta justamente Albert Vandal— era vencer a Inglaterra y conquistar la paz general. De todas las potencias, Rusia le parecía la mejor emplazada para ayudarle en esta tarea; podía ayudarle por su situación geográfica, a la vez continental y marítima, por su fuerza, por la inmensidad de

sus medios; le ofrecía un asidero por su desorientación presente, y se dirigía a ella para proponerle luchar juntas contra Inglaterra.

Prusia por ahora, y Turquía en un futuro más lejano, pagaban los costes del acuerdo firmado el 7 de julio. Los estados arrebatados a Prusia entre el Elba y el Rin, así como una parte de Hanover, formaron el reino de Westfalia entregado por Napoleón a Jerónimo. Los territorios polacos de Prusia constituyeron, por otro lado, el gran ducado de Varsovia adjudicado al rey de Sajonia, que pasó a formar parte, junto con el rey de Westfalia, de la Confederación del Rin. Esta englobaba ahora toda Alemania con excepción de Prusia y de Austria. Napoleón ofrecía su mediación en el conflicto ruso-turco; si el sultán no la aceptaba, se procedería al desmembramiento de las provincias otomanas de Europa para no dejar a los turcos más que Constantinopla y Rumelia. Alejandro, que reconocía por lo demás todos los cambios acaecidos en Europa, ofrecía por su lado su mediación en la guerra franco-inglesa: en caso de negativa, Alejandro se comprometía a unirse a Napoleón para presionar a las cortes de Copenhague, Estocolmo y Lisboa para que cerraran sus puertos a las mercancías británicas. En la nueva estrategia definida por Napoleón después del fracaso de Trafalgar y conocida con el nombre de «Bloqueo Continental», Rusia se convertía en una baza decisiva. Los ingleses lo supieron para su desdicha a partir de comienzos de 1808. Nunca Napoleón estuvo tan cerca como entonces de la victoria y el continente de la paz general.

Por qué Austerlitz y Jena

Las victorias fulminantes de Napoleón en Austerlitz y Jena fascinaron a los contemporáneos. Clausewitz y Jomini dedicaron largos análisis al genio militar de Napoleón, que abrieron camino a los teóricos y a los estrategas de los siglos XIX y XX. Los errores de apreciación de Napoleón fueron, no obstante, considerables. Apuntemos en el pasivo su rechazo a las innovaciones técnicas: «carro de agua movido por el fuego» de Fulton o cohetes de Congreve, telégrafo de Jean Alexandre y globos de observación del comandante Coutelle. Todas sus campañas las emprendió con las armas heredadas del Antiguo Régimen: el fusil modelo 1777 (apenas modificado en 1803) y los cañones de Gribeauval. No se inmutó ante las investigaciones de Berthollet, que proponía reemplazar en la fabricación de la pólvora el salitre (nitrato de potasio) por el clorato de potasio; desdeñó el descubrimiento de Forsyth que sustituía la platina de sílex por un pistón fulminante colocado en contacto con la carga. Sabía que el fusil prusiano llevaba una lámina cortante con la que el soldado abría el cartucho sin necesidad de morderlo: esta innovación poco costosa permitía a la infantería de Federico Guillermo III disparar más rápido que la nuestra. Napoleón no le concedió ninguna importancia. Incluso decidió devolver a doce regimientos de caballería el casco y la capa abandonados

desde Luis XIV. Con menos frecuencia se ha subrayado su pasmosa ignorancia del clima y de la geografía que ponen de relieve las terribles pérdidas padecidas en Egipto y en Santo Domingo a causa de las condiciones naturales; y se suele olvidar la imprudencia que le hizo atravesar el Oder en 1806 sin tener en cuenta, en el momento de la partida, la nieve, el fango y el frío. El desconocimiento del terreno y la carencia de exploradores lo pusieron en situaciones muy complicadas en Marengo y en Eylau.

Mal jugador de ajedrez, Napoleón no estaba menos convencido, como todos los generales surgidos de la Revolución, de los méritos de la ofensiva. Clausewitz mostrará, en sentido contrario, que «cualquier ofensiva se debilita por el hecho mismo de su progresión». La campaña de Rusia le dará la razón: «Medio millón de hombres atravesaron el Niemen, ciento veinte mil combatieron en Borodino, y todavía menos llegaron a Moscú». Clausewitz concluía que «la forma defensiva de la batalla es más fuerte que la forma ofensiva».

Las ideas estratégicas de Napoleón no eran nuevas; las tomaba directamente de Guibert y del principio divisionario: articulación del ejército en cuerpos de ejército autónomos formados por dos o tres divisiones de infantería, una división de caballería, artillería y servicios. ¿Cuál fue la principal razón de sus éxitos? Distinguía entre el dispositivo de marcha dispersada y el dispositivo de batalla concentrada. Al dispersar sus tropas en los desplazamientos, podía abastecerse sin problemas en campo ajeno y organizar una trampa en la que el enemigo, que sigue maniobrando de forma agrupada, se dejase atrapar. Mack permaneció inmóvil en Ulm, y fue acorralado; los prusianos se desplazaron en 1806, Napoleón los rodeó y se vieron obligados a librar batalla en frentes invertidos: fue la derrota de Jena. La guerra se volvió rápida, fulminante. Cuando el enemigo marchaba en columnas separadas, Napoleón podía maniobrar en «líneas interiores»: frenaba a una u otra columna mediante destacamentos que tenían como misión retrasar su avance. Aplicaba, sin embargo, el grueso de sus fuerzas sobre una de estas columnas, a la que aplastaba, y luego se volvía contra la otra. Toda la maniobra se basaba en su dispositivo de marcha en fila que le permitía en todo momento estirar los cordones y cerrar la red sobre el conjunto o sobre una parte del enemigo. Durante la batalla, sabía explotar el error del adversario o incluso incitarlo a cometer el fallo que será su perdición, como en Austerlitz. En el peor de los casos, mediante la intervención inesperada de un cuerpo separado, por el flanco o la retaguardia de su contrincante, creaba «el acontecimiento» que decidía la victoria. Pero Europa aprenderá pronto las reglas de este nuevo juego y anulará las trampas que le tienda el Emperador. La táctica napoleónica chocará, no ya con ejércitos en campo raso, sino con fuerzas atrincheradas en Portugal, en Borodino o en Waterloo. Además, la pesadez de los efectivos, la dificultad de las comunicaciones y los problemas de lengua en un ejército cada vez más internacional, imposibilitaban a Napoleón una movilidad tan grande como durante la primera campaña de Italia. Cada vez maniobra menos, y busca tomar ventaja mediante la potencia de fuego de gigantescas baterías o las

cargas masivas de la caballería, como en Eylau. La batalla se convirtió entonces en una carnicería. Desde la campaña de Prusia oriental, a finales de 1806, el declive es evidente. El efecto sorpresa, que favorecía la guerra relámpago, dejó de jugar su papel.

Todavía en 1806 y en 1807, Napoleón encontró en Polonia un entorno político favorable (los polacos esperaban de él la resurrección de su reino). Viena y Berlín no habían opuesto resistencia a la entrada dentro de sus muros del vencedor de Austerlitz y de Jena. Con la guerrilla, Napoleón chocará con una forma de guerra que no sabrá contrarrestar. La fuerza de los ejércitos revolucionarios y de la *Grande Armée* en sus comienzos residía en el hecho de que se trataba de ejércitos nacionales frente a bandas de mercenarios. Cuando la *Grande Armée* pierda su carácter nacional como consecuencia de la heterogeneidad de su reclutamiento, se habrá terminado para ella la era de las victorias.

Los mariscales y generales de Napoleón eran más luchadores que estrategas (Ney, Murat, Delort, Lasalle, Saint-Hilaire, Pacthod, Pajol, Compans, Curely, Claparède). Algunos fueron honrados diplomáticos (Lauriston, Caulaincourt, Andreossy). Los hubo «cobardes» (Monnet, pero no Baraguey d'Hilliers Marescot o DuPont, a pesar de sus zozobras), tramposos (Dutertre), corruptos (Chabran), desertores (Sarrazin, Bourmont) y generales de familia (los Abbatucci, los Aboville). Algunos murieron en cautividad, en condiciones atroces (Lefranc), otros fueron arrinconados por republicanismo (Ambert, Delmas, Monnier) o por la sospecha de simpatizar con Moreau (Durutte). Más numerosos fueron todavía aquellos a quienes la metralla segó la vida antes de que pudieran dar toda su medida (Desaix, Valhubert). Napoleón guardó siempre en la memoria a su edecán, Muiron.

Finalmente, la cantera de hombres irá menguando. La conscripción ya no abastecerá suficientemente de soldados «al Ogro». Perdida definitivamente la ventaja numérica frente a una Europa coaligada, Napoleón estará condenado, dado que la proporción de las pérdidas, hasta entonces favorable a los franceses, tiende a igualarse. A partir de Eylau, el ejército se presentaba mal equipado, mal encuadrado y, con mucha frecuencia, sin disciplina. De las fuerzas de Boulogne quedaban pocos hombres, y todos eran suboficiales o estaban en la Guardia. Los reclutas de 1806 y 1807, poco instruidos, formaban las cuatro quintas partes de los efectivos. El impulso nacional decayó rápidamente: la guerra se desarrollaba lejos de Francia y los intereses vitales del país no parecían estar amenazados. La burguesía se inquietaba por el rebasamiento de las fronteras naturales y solo se tranquilizaba con la perspectiva de nuevas salidas para sus manufacturas. La cámara de comercio de París, «tomando en consideración el estado de guerra en el que la República de nuevo se encuentra colocada por la mala fe del enemigo», obsequió al Primer Cónsul, el 5 de pradial del año XI, con un buque de 120 cañones, que recibiría el nombre de *Commerce de Paris*. Pero el corazón estaba en otro lado. Sin embargo, la guerra, aparte de las pérdidas humanas, no pesaba en absoluto sobre el país; no se

desarrollaba en su territorio. En lugar de costar, reportaba ganancias. Se pudo establecer, a partir de la contabilidad de Daru, el balance de la campaña entre el 1 de octubre de 1806 y el 15 de octubre de 1808: las contribuciones extraordinarias reportaron 311.662.000 francos, las imposiciones de las haciendas 79.667.000 y los decomisos 16.172.000. A los diferentes impuestos cobrados al enemigo se añadía la remonta, que había proporcionado cuarenta mil caballos, así como numerosos suministros, o sea un total de seiscientos millones de francos obtenidos oficialmente de Prusia, sin contar con el pillaje. El gasto de la *Grande Armée* habría sido, según Daru, de 212.879.335 francos y el recaudador general habría ingresado en caja 248.479.691 francos. Es decir que las campañas de Prusia y de Polonia no le costaron nada al contribuyente francés. La opinión popular, ya condicionada por los boletines, no podía no aprobarlas. Tanto más cuanto las victorias de 1805 y de 1806 provocaron en toda Europa un conmoción y consolidaron, después de las dos campañas de Italia, la reputación de invencibilidad de Napoleón. La Revolución había elegido bien a su salvador.

Debates abiertos

¿Sobre quién recae la responsabilidad de la reanudación de la guerra? El problema fascinó durante mucho tiempo a los historiadores. A. Lévy (*Napoléon et la Paix*, 1902) defiende la tesis de un Napoleón pacifista, retomada por Cassagnac, *Napoléon pacifiste* (1932). Igualmente Sorel, en *L'Europe et la Révolution française*, ve en Inglaterra el alma de todas las guerras. Responsabilidad de Inglaterra denunciada asimismo por J. Dechamps, «La rupture de la paix d'Amiens», *Revue des Études napoléoniennes*, 1939, pp. 172-207. Los historiadores ingleses atribuirán más a Napoleón el origen de la guerra (véase t. XII de la *Oxford history of England*, de sir George Clark, 1960).

La venta de Luisiana a Estados Unidos ¿era legal? En una tesis todavía inédita, el abad Garnier mostró que el proyecto de venta habría debido someterse al Senado.

Las negociaciones de 1806 han sido bien aclaradas por P. Coquelle, *Napoléon et l'Angleterre, 1803-1813* (1904), en especial el doble juego de Napoleón con respecto a Rusia e Inglaterra. M. Bruguière puso de manifiesto el papel de las fuerzas financieras en estas negociaciones: «Hambourg et "le parti de la paix"», *Francia*, 1973, pp. 467-481.

¿Cuáles fueron el papel y las motivaciones de Talleyrand? La bibliografía que le concierne es inmensa. Ignoraremos las obras anecdóticas, particularmente numerosas: Vivent (1940), Savant (1960), Orieux (1970, ¡Talleyrand habría actuado siempre en interés nacional!), Carrère (1975) y los libros muy superados de Bulwer (1868), Loliée (1910), Saint-Aulaire (1936) y Duff Cooper (1937). En cambio, no se pueden ignorar las obras consagradas a aspectos de su vida: Greenbaum, *Talleyrand*

statesman priest, the agent general of the clergy (1970); Poniatowski, *Talleyrand aux États-Unis* (1967); del mismo autor, *Talleyrand et le Directoire* (1982); L. Noël, *Talleyrand* (1975; principales capítulos: ¿Fue Talleyrand el padre de Delacroix?; el matrimonio religioso del antiguo obispo; el tenebroso asunto Maubreuil); M. Missoffe, *Le Coeur secret de Talleyrand* (1966, interesante capítulo VIII sobre las inversiones financieras); Martinie-Dubousquet, «Talleyrand et d'illustres goutteux», *Information médicale* (feb. de 1974, pp. 3-18). Pero la obra fundamental sigue siendo G. Lacour-Gayet, *Talleyrand* (4 vols., 1930-1934), que completa E. Dard, *Napoléon et Talleyrand* (1937, cita los archivos de Viena donde figura la prueba de la traición de Talleyrand a Erfurt, documentos que M. Dunan había descubierto precedentemente y que utilizó en el capítulo VI del *Talleyrand* colectivo de «Génies et Réalités», 1964). Resumiendo los trabajos precedentes, L. Madelin (*Talleyrand*, 1944) insiste en la política austríaca de ese de quien Tarlé (*Talleyrand*, trad. Champenois) convirtió en el «diplomático de la burguesía ascendente»: «Austria es en Europa la única potencia a la que puedan alarmar, del mismo modo que las ampliaciones de Francia, los propósitos cada día más patentes tanto de Rusia como de Inglaterra sobre el Imperio otomano, la única potencia también que se pueda irritar por el trabajo constante de reducción llevado a cabo en Alemania por los Hohenzollern contra los Habsburgo». Era necesario por tanto establecer un eje Viena-París que garantizase el equilibrio europeo. Francia debía hacer que se reconocieran sus fronteras naturales y no exigir nada más, sea en Italia (cuya corona se entregaría a un sucesor que designaría Napoleón), sea en Alemania. L. Madelin le da la razón. Talleyrand expresaba, en efecto, los temores de la burguesía: «El Emperador, arrebatando provincias a Austria y engrandeciendo ese reino de Italia al que su ministro hubiera querido que renunciase, entraba en "la carrera sin término" de la que, bajo el Consulado, había hablado Talleyrand, preocupado, y la catástrofe aguardaba al final de la aventura a la que este había, a fines de 1805, intentado vanamente poner un freno». La biografía más reciente de Talleyrand es la de André Castelot (1980).

¿Cómo se efectuó el movimiento de la *Grande Armée* de Boulogne a Ulm? P. A. Wimet discute el célebre dictado de Napoleón a Daru en el que exponía de un tirón todo el plan de la campaña que iba a emprender contra Austria y los itinerarios de los siete cuerpos de la *Grande Armée*: se trataría de una creación del «demasiado lírico Ségur» («Napoléon a-t-il dicté à Daru le plan de la campagne de 1805?», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1971, pp. 173-182). El coronel Daru, basándose en los testimonios de José y de Monge, refutó los argumentos de Wimet («A propos de la dictée de Boulogne», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1972, pp. 113-115). En una tesis inédita sobre *Daru et l'Intendance militaire* (dactilografiada, 1977), de la que tomamos prestadas las cifras suministradas en este capítulo, M. Bergerot minimiza el papel de Daru: «El Emperador esperaba de Daru que se ocupase sobre todo de la lista civil; el cuartel general imperial estaba en Boulogne con Berthier; un plan de

campaña incumbe más a un estado mayor que a un comisario general adjunto, aunque fuese Daru; las etapas las decide el estado mayor y la intendencia las sigue, si las órdenes son ejecutables. Que Pierre Daru haya recibido la confidencia de la campaña de 1805 es verosímil, pero que haya sido el preparador secreto y casi único, con Dejean, es poco compatible con los hechos establecidos y la costumbre militar». Y el autor recuerda el papel desempeñado por el intendente general Petiet, aunque enfermo. Fue él quien, el 5 de septiembre, por orden de Berthier, invitó a los prefectos a dejar practicables las rutas que llevaban al Rin.

¿Hubo filtraciones a propósito de la maniobra naval que desembocó en Trafalgar? L. Pingaud, en su biografía del conde de Antraigues (cap. VI), mostró que este agente contrarrevolucionario tenía información de Francia por «el hijo del amigo», misterioso corresponsal que se ha querido identificar con Daru, el pariente y protector de Stendhal. El coronel Daru ha refutado esta identificación y demostrado que, de todas formas, las informaciones comunicadas por «el hijo del amigo» no habían podido favorecer a Nelson en Trafalgar («La bataille de Trafalgar et le fils de l'ami», *Annales historiques de la Révolution française*, 1973, pp. 128-133). Contra la opinión de Pingaud, léase también J. Godechot, «D'Antraigues et les Daru», *Ibídem*, 1965, pp. 401-449, muy convincente, y del mismo autor, *Le comte d'Antraigues*, 1986.

¿Desempeñó el espionaje, por otra parte, un papel importante? Bonaparte ya había utilizado a un agente doble, Mehée de la Touche, en 1803, para desacreditar la red inglesa de Drake. Léase P. Muller (*L'Espionnage militaire sous Napoléon*, 1896) y J. Savant (*Les Espions de Napoléon*, 1957), quien pretende que Mack fue engañado por el célebre espía Schulmeister, verdadero vencedor de Ulm. Retoma la demostración de A. Elmer, *L'Agent secret de Napoléon* (1932), que se puede completar con Harsany, «Schulmeister, citoyen de Strasbourg et espion de Napoléon», *Saisons d'Alsace*, n.º 51, pp. 84-99. Pero es conveniente matizar mucho tales afirmaciones a la espera de la tesis de Montarras. Sobre varios aventureros: L. Grasilier, *Le baron de Kolli, le comte Pagowski* (1902).

El final de algunos generales sigue siendo mal conocido: Dorsenne probablemente murió como consecuencia de las heridas sufridas en 1812, al igual que Ordener o Rochambeau. ¿Y Nansouty? ¿Se suicidó Boudet tras haber perdido su artillería en Aspern? Nos gustaría conocer mejor a algunos generales que han permanecido en la oscuridad (Rey, Jalras) o que aguardan su biógrafo (Espagne, Marchand, Haxo, Gazan y los hermanos Faucher, fusilados en 1815). Véase P. Conard, «Napoléon et les vocations militaires», *Revue de Paris*, 1902. Son abundantes los testimonios sobre los prisioneros de guerra franceses en España, especialmente en Cabrera (Wagré, Gille…), recogidos por Geisendorf des Gouttes (1932), y luego por Pelissier y Phelipeau, *Les Grognards de Cabrera* (1979); Kirkor, «Les prisonniers de guerre en Grande-Bretagne», *Revue de l'Institut Napoléon* (1982). Se suelen olvidar los prisioneros franceses de las campañas alemanas, cuya suerte recuerda Georgescu, «Prisonniers français du sud-est de l'Europe», *Revue*

Roumaine d'Histoire, 1976, pp. 509-531. Por encima de los demás testimonios, el de Pillet, *L'Angleterre vue à Londres*, merecería ser reeditado. La suerte de los prisioneros ingleses en Francia fue más llevadera: M. Lewis, *Napoleon and his british captives* (1962). Sobre las fábricas de guerra, la tesis de J. Rousseau, resumida en *Souvenir napoléonien* (1971), revela que la producción era en 1806 de 265.800 armas de fuego, y de 216.258 en 1811. El fusil de sílex, con cañón liso y cargamento por delante, tenía un alcance útil de quinientos metros. Se podían disparar tres veces por minuto. Las balas que disparaban los cañones pesaban entre una y veinticuatro libras. Se utilizaba también la metralla. Pero se debate sobre la eficacia de los tiros.

¿Estaba este ejército dispuesto a afrontar las guerras nacionales? La derrota, el 4 de julio de 1806, de Reynier en Calabria ante el inglés Stuart habría debido alertar a Napoleón (véase Rambaud, *Naples sous Joseph Bonaparte*, cap. III). El general Hugo en persecución de Fra Diavolo y P. L. Courier pusieron de manifiesto el carácter atroz de las operaciones de Calabria, preludio de la guerra de España tratada más adelante.

Sobre las marchas, el general Villaume elaboró un precioso *Dictionnaire de ses officiers* (1987).

Un aspecto de la guerra con frecuencia descuidado: el secuestro de los bienes enemigos, que es objeto de la tesis de P. Robin (1929).

Sobre la explotación de la victoria: M. Reinhard, «L'historiographie militaire officielle sous Napoléon I^{er}» (*Revue historique*, 1946); Mathews, «Napoleon's bulletin» (*Journal of Modern History*, 1950); J. Tulard, «Napoléon et l'arrière» (*Rev. de Défense nationale*, 1969).

En cuanto a la casta de los mariscales, ha sido bien estudiada por L. Chardigny, *Les maréchaux de Napoléon* (1977), quien evita los excesos de la hagiografía, aunque matizando las feroces críticas del *Diario* de Stendhal. Los juicios de Napoleón sobre sus mariscales se reagrupan en el célebre diccionario de Damas Hinard (1854). Con quien se mostró más injusto Napoleón fue con Gouvion Saint-Cyr: Christiane d'Ainval (*Gouvion Saint-Cyr*, 1981) nos da sus razones. Recordemos que el Emperador hizo prohibir, después del año XIII, la publicación del *Estado militar del Imperio*, por razones evidentes.

Las causas de las victorias residen en la calidad de los soldados: los campesinos aguerridos, habituados a la vida al aire libre. Los obreros serán menos resistentes.

Otras lecturas: Jacques Jourquin, *Dictionnaire des Maréchaux du Premier Empire* (1986). Quizá haya que rehabilitar la marina imperial. En el *Dictionnaire Napoléon*, el almirante Dupont proporciona un cuadro completo de todas las campañas navales que no fueron sistemáticamente fracasos. Le debemos también una biografía ejemplar: *L'Amiral Willaumez* (1987).

Capítulo 11

El bloqueo continental

Después de Tilsit, Napoleón ya solo tenía que luchar contra Inglaterra. Triunfante en el continente, no podía pretender imponerse en el mar; el desastre de Trafalgar y la excesivamente lenta reconstrucción de la flota francesa le impedían alcanzar directamente las Islas Británicas. Por eso, consideró una nueva forma de lucha: la guerra económica.

Para hacer mella en el comercio y la industria británicos, fundamentos de la potencia inglesa, Napoleón invitó u obligó al conjunto del continente europeo a rechazar barcos y mercancías procedentes de Inglaterra. Desde la ruptura de la paz de Amiens, Bonaparte había intentado impedir a los navíos británicos, mediante el *coast System*, el acceso a las costas del continente sometidas a su influencia. Seguía obedeciendo a una preocupación defensiva, la protección de la industria francesa contra la competencia inglesa. Mediante los decretos de Berlín y de Milán, el bloqueo extendido al conjunto del continente se convertía en la piedra angular de su política exterior. En adelante, quien no participara en el Sistema Continental estaba en su contra; ya no cabía la posibilidad de ser neutral en el conflicto que enfrentaba a Napoleón con los «oceanócratas».

Los orígenes del bloqueo

Su historia enseñaba a los franceses a ver en el crédito una base inestable y frágil cuyo desplome arrastraba la caída del gobierno que se había apoyado en él. El punto más vulnerable de Inglaterra ¿no era acaso su sistema financiero? De Thomas Payne a Lassalle, cuyo tratado *De las finanzas de Inglaterra* apareció en 1803, numerosos autores habían sacado a la luz una deuda nacional inglesa desmesuradamente agrandada, una moneda de papel que comenzaba a desprestigiarse y miles de personas amenazadas por el paro. Por imponente que pareciera, la prosperidad inglesa, conforme corroboraban economistas como Saladin o Monbrion, ¿no era acaso artificial? Cerrar el continente a Gran Bretaña equivalía a conducirla, mediante la bancarrota, a implorar la paz. El Directorio, en lucha contra la orgullosa Albión, ya había proyectado la aplicación de una política similar, pero no había dispuesto de todos los medios para conseguirlo.

Después de la ruptura de la paz de Amiens, Napoleón retomó el proyecto. Fue en el boletín n.º 15 de la *Grande Armée*, publicado en *Le Moniteur* del 30 de octubre de 1806, donde se empleó por primera vez la expresión de *Bloqueo Continental*.

Aunque la idea, tomada prestada del Directorio, figuraba ya en una intervención improvisada de Bonaparte en el Consejo de Estado, el 1 de mayo de 1803, la víspera de la ruptura. Miot de Melito nos la ha preservado en sus *Memorias*:

> Tendremos que lamentar las pérdidas en el mar, quizá también las de nuestras colonias, pero nos consolidaremos en el continente. Ya hemos conseguido una extensión suficientemente grande de costas para volvernos temibles. Seguiremos ampliando esta extensión; formaremos un sistema de costas más completo, e Inglaterra acabará por llorar con lágrimas de sangre la guerra que ella misma habrá

emprendido.

De hecho, se trataba de volver contra Inglaterra un arma que había sido la primera en emplear, desde la guerra de los Cien Años hasta la lucha contra Luis XVI, y que acababa de retomar, el 16 de mayo de 1806, mediante la *Order in Council* que declaraba en estado de bloqueo las costas de Francia. Era un bloqueo ficticio, pero que justificaba por parte de los cruceros británicos el examen de los navíos, la mayoría norteamericanos, que traficaban con el Imperio.

Después de Jena, Napoleón, considerándose lo suficientemente fuerte como para responder, firmó, el 21 de noviembre de 1806, el decreto de Berlín que instituía el Bloqueo Continental, término al que tal vez habría que preferir el de bloqueo inglés, ya que la expresión «Bloqueo Continental» parece más adecuada para la acción de la marina británica. La decisión del Emperador era inesperada y un tanto brutal. Napoleón no parece haber consultado a las cámaras de comercio, pero estas ya habían dado a conocer sus deseos. El 23 de nivoso del año XII, Delessert en París había reclamado la prohibición con preferencia en la tasación, para proteger a la industria naciente. En 1806, el Bloqueo Continental se presentó como el medio para relanzar una economía sacudida por la crisis nacida de la quiebra de los negociantes reunidos en la que se había comprometido imprudentemente el Tesoro. La acogida fue, en consecuencia, favorable entre los manufactureros, y de ninguna manera hostil en el negocio a pesar de todo directamente concernido. El cambio remontaba sensiblemente en los últimos días de 1806; «el interés del dinero en las transacciones comerciales se bonificó en París», señalaba un informe de la cámara de comercio.

El bloqueo continetal

En los considerandos del decreto de Berlín, el Emperador hizo constar que, contrariamente al «derecho de gentes observado universalmente por todos los pueblos civilizados», Inglaterra, al considerar como «enemigo» a cualquier súbdito de un Estado enemigo, hacía prisioneras de guerra a las tripulaciones de los navíos comerciales, e incluso a los viajeros. Extendía a las propiedades de los particulares el derecho de conquista que solo podía aplicarse a los bienes del Estado enemigo, y declaraba en estado de bloqueo «lugares que ni con todas sus fuerzas reunidas serían capaces de bloquear, costas enteras y todo un Imperio».

El Emperador añadió:

> Considerando que este abuso monstruoso del derecho de bloqueo no tiene otro objetivo que el de impedir las comunicaciones entre los pueblos y de alzar el comercio y la industria de Inglaterra sobre la ruina de la industria y del comercio del continente, y que es de derecho natural oponer al enemigo las mismas armas de las que él se sirve, hemos resuelto aplicar a Inglaterra los usos que ella ha consagrado en su legislación marítima, y decretado en consecuencia: artículo 1, las Islas Británicas quedan en estado de bloqueo.

Así, en el texto mismo del decreto de Berlín, no se trata de ninguna manera de bloquear al continente, sino a Inglaterra. Pero, puesto que Napoleón carecía de una flota para conseguirlo, tuvo que cerrar el continente a los barcos y las mercancías ingleses. En adelante,

> queda prohibido todo comercio y toda correspondencia con las Islas Británicas; cualquier individuo, súbdito de Inglaterra, al que las tropas francesas o aliadas encuentren en los países ocupados será hecho prisionero de guerra; cualquier almacén, cualquier mercancía, cualquier propiedad de cualquier naturaleza que sea, perteneciente a un súbdito de Inglaterra, será declarada legítimamente confiscable. Se prohíbe el comercio de mercancías inglesas, y cualquier mercancía perteneciente a Inglaterra o procedente de sus fábricas y de sus colonias, se declara legítimamente confiscable.

La comunicación del decreto se dirigió «a los reyes de España, de Nápoles, de Holanda y de Etruria, cuyos súbditos son víctimas como las nuestras de la injusticia y de la barbarie de la legislación marítima inglesa».

A un bloqueo marítimo, Napoleón responde así mediante un bloqueo terrestre. «Quiero, dijo con una frase célebre, conquistar el mar mediante el poder de la tierra». La prohibición de los productos ingleses no era una novedad, pero los neutrales se veían esta vez implícitamente incumbidos porque el bloqueo abandonaba su carácter proteccionista para convertirse en un instrumento de guerra.

Los decretos de Milán

Al decreto de Berlín, Londres respondió con las *Orders in Council* de noviembre de 1807. El gabinete británico declaraba en estado de bloqueo riguroso todos los puertos de Francia y de los países en guerra contra Gran Bretaña. Pretendía prohibir cualquier comercio que no fuera con Gran Bretaña y facilitar en cambio el tráfico entre esta última y la Europa napoleónica. Por eso solo se concedía la libre circulación en el mar a los navíos que acudieran a un puerto británico para pagar derechos de tránsito que equivalían como media al 25 por 100.

Devolviendo golpe por golpe, Napoleón ordenó, por el primer decreto de Milán (23 de noviembre de 1807), la captura de navíos que hubieran atracado en un puerto de Inglaterra, y luego, por un segundo decreto (17 de diciembre de 1807), la captura de cualquier navío que se hubiera adaptado a las *Orders in Council*.

El primer decreto de Milán concluía con un llamamiento directo a los estadounidenses, mediante el que se les invitaba a sacudirse del yugo marítimo de Inglaterra.

Las circunstancias eran excelentes: después del incidente de la fragata *Chesapeake*, que el almirante inglés Berkeley había cañoneado el 22 de junio de 1807, el presidente Jefferson había excluido, el 2 de julio, a los navíos de guerra británicos de las aguas territoriales de Estados Unidos. Napoleón contaba con una alianza con Norteamérica. Una serie de contratiempos puso en peligro ese proyecto

indispensable sin embargo para la realización de sus planes. Mediante una decisión del 18 de septiembre de 1807, el Emperador había autorizado a sus corsarios la captura en el mar de las mercancías de procedencia inglesa que transportaban navíos neutrales. En tales condiciones, Jefferson prefirió mantener en sus puertos a todos los navíos de altura estadounidenses por el acta de embargo votada el 22 de diciembre de 1807. En consecuencia, Napoleón firmaba el 17 de abril de 1808 el decreto de Bayona que declaraba legítimamente confiscables los navíos norteamericanos que entraran en los puertos europeos. «Estados Unidos —declaró a Gaudin— estableció un embargo sobre las embarcaciones. Por tanto, es evidente que los que dicen proceder de América vienen en realidad de Inglaterra y que sus papeles están falsificados». Con todo, eso equivalía a exponerse al riesgo de fricciones con la joven potencia de Estados Unidos y a echar por tierra un acercamiento que hubiera contribuido al éxito del bloqueo.

La aplicación del bloqueo

Después de Tilsit, la alianza rusa permitió a Napoleón concebir la clausura total del continente.

> Gran y poderoso efecto de la alianza entre las dos primeras potencias del globo —se lee en un documento de 1807—. A su voz el continente se alza entero y, merced a sus deseos, va a coaligarse contra el enemigo del continente. Este estado de guerra de tantas potencias contra las insulares, que aniquilará su comercio, paralizará su industria y hará que el mar, el más fértil de sus dominios, se les vuelva estéril, era una hermosa concepción, y el plan más vasto así como el más difícil de ejecutar. Y se ha ejecutado.

Entre julio y noviembre de 1807, el continente se cerró en efecto casi por completo al comercio inglés.

Dinamarca se aliaba con Francia, el 31 de octubre de 1807, por el tratado de Fontainebleau. La ruta de Tönningen quedaba así cortada al tráfico británico.

Derrotadas, Austria y Prusia debían asimismo aceptar el bloqueo, pero fue sobre todo la clausura del mercado ruso, después del tratado de Tilsit, lo que asestó el golpe más sensible al comercio de Inglaterra. Los efectos no se dejaron sentir inmediatamente a causa de la clausura tardía de los puertos rusos, pero, a largo plazo, Inglaterra corría el riesgo de verse privada de materias primas importantes para su flota, como el cáñamo, el lino y la madera.

Holanda, encomendada desde 1806 a Luis Bonaparte, había acogido con algunas reticencias el Bloqueo Continental. El nuevo soberano advertía que el sistema, si se proponía arruinar a Inglaterra, no dejaría de arruinar antes a Holanda. Intentó eludir las disposiciones más severas. Llamado al orden por su hermano, tuvo que resignarse a presentar el 15 de diciembre de 1806 un decreto que establecía el bloqueo en su reino. Pero no por ello dejó de desarrollarse un importante contrabando, una especie de «válvula de seguridad» para la economía holandesa. Amenazado por Napoleón

con el envío a su reino de columnas móviles, se decidió a publicar el 28 de agosto de 1807 un decreto más enérgico seguido por la captura en los puertos de su reino de una cuarentena de embarcaciones británicas. A finales de 1807, Holanda estaba casi totalmente cerrada a las mercancías procedentes de Gran Bretaña.

Tras las costas del norte, Napoleón debía negar a los ingleses las del sur. Se aplicaron severas medidas en Italia. El 29 de agosto de 1807, el general Miollis hacía confiscar las mercancías inglesas depositadas en Livorno. Pisa fue asimismo ocupada; se establecieron guarniciones en los puertos de los Estados Pontificios, en Ancona, Pesaro y Civitavecchia.

En España un decreto del 19 de febrero de 1807 decidió una rigurosa aplicación del bloqueo. Las comunicaciones con Gibraltar quedaban interrumpidas. A su vez, después de largas tergiversaciones, Portugal debía adherirse a finales de 1807 al Sistema Continental. Capitulando ante un ultimátum de Francia, los ministros portugueses aceptaron, el 6 de noviembre, establecer el embargo sobre los navíos ingleses; el 8, dieron la orden de detener a los súbditos británicos y de embargar sus bienes. Una decisión demasiado tardía para evitar la invasión del territorio por las tropas francesas; el 21 de noviembre, se informaba de que Junot había atravesado la frontera portuguesa. El golpe era especialmente duro para el comercio británico: las exportaciones hacia Lisboa ya habían sido, en 1807, un 40 por 100 inferiores a las de 1806.

La crisis inglesa de 1808

A finales de 1807, todas las potencias europeas con excepción de Suecia, que siguió siendo fiel a la alianza inglesa, habían adoptado el bloqueo. Las consecuencias del cierre del continente se dejaron sentir rápidamente en Londres. El primer semestre de 1808 fue especialmente difícil para la economía británica. Durante los tres primeros meses el valor de las exportaciones cayó de 9000 libras esterlinas a 7244. El segundo trimestre acusó con respecto a 1807 una nítida inflexión: 7688 libras frente a 10.754. Estas dificultades se agravaron aún más por la ruptura de relaciones con Estados Unidos, de donde los ingleses importaban cereales y algodón. La paralización en el mercado de los productos coloniales vino acompañada por una crisis en las exportaciones de artículos manufacturados británicos. Los industriales de Manchester no conseguían dar salida a sus stocks de algodón; la situación no era menos difícil en Lancashire y en Escocia. La crisis era igualmente grave en la industria lanera, en tanto que, a la ruptura de relaciones con el Báltico, siguió la subida de la cotización del lino.

En mayo y junio de 1808, estallaron disturbios sociales en Lancashire como consecuencia del movimiento al alza de los precios. En agosto de 1808, se dibujaban los primeros síntomas de la devaluación de la libra. Napoleón podía vislumbrar ahora

una victoria que desde 1807 venía anunciando al Cuerpo Legislativo:

> Inglaterra, castigada en la misma causa que inspiró su cruel política, ve cómo sus mercancías son rechazadas por toda Europa, y sus barcos cargados con inútiles riquezas, errando sobre esos vastos mares donde hacían ostentación de su reinado, buscan en vano desde el estrecho de Sund hasta el Helesponto un puerto que se abra para recibirlos.

Debates abiertos

¿Bloqueo Continental o Sistema Continental? Marcel Dunan estableció la distinción necesaria en *Napoléon, l'Italie et le système continental*, comunicación para la Academia de Ciencias Morales y Políticas recogida en la *Revue de l'Institut Napoléon*, 1965, pp. 176-190. «El Sistema Continental, expresión inventada por Napoleón y de la que todos los contemporáneos antes que los historiadores se sirvieron con la acepción precisa que él le había dado, no debe confundirse con el Bloqueo Continental». Mientras que la guerra en el continente conserva sus aspectos tradicionales, el duelo franco-inglés reviste un carácter económico. Napoleón quiso castigar a la orgullosa potencia británica fundada en el avance de sus técnicas industriales y comerciales cerrándole sus salidas europeas. Es el *Bloqueo Continental* proclamado por el decreto y cuya extensión es el *Sistema Continental* o *coast system*. «El sistema de costas convertido en Sistema Continental por la instintiva extensión del nombre de bloqueo, adquiere su forma definitiva allí donde este, bajo su forma económica de empresa contra la fortuna inglesa, se completa con una empresa de imperialismo industrial y comercial en beneficio del poseedor de la hegemonía europea».

El aduanero se convierte en un personaje fundamental de la epopeya napoleónica, en la misma medida que el veterano o el prefecto. Léase J. Clinquart, *L'administration des douanes en France sous le Consulat et l'Empire* (1979, exhaustivo sobre la organización aduanera).

El bloqueo modificó la geografía económica de Francia. Los centros de actividad se desplazaron de la fachada atlántica hacia el surco renano. ¿Cómo se efectuó esta mutación? Es lo que pone de relieve Geoffrey Ellis en *Napoleon's Continental Blockade, The Case of Alsace* (1981).

¿Cómo pudo resistir Inglaterra? A. Cunningham, en *British credit in the last napoleonic War* (1910), había puesto de relieve el papel del crédito; F. Crouzet renovó el problema en «La Formation du capital en Grande Bretagne pendant la Révolution industrielle», *Deuxième Conférence internationale d'Histoire économique*, Aix-en-Provence, 1962. El mismo autor mostró los límites de esta resistencia. El Bloqueo Continental fue incuestionablemente uno de los factores que determinaron la depreciación de la libra esterlina. Los recursos financieros de Gran Bretaña no eran inagotables. La inflación, lejos de permitir la prolongación del esfuerzo de guerra, al contrario, lo paralizó. Fue la causa del fracaso de la quinta

coalición («La crise monétaire britannique et la cinquième coalition», *Bulletin de la Société d'Histoire moderne*, oct.-dic. de 1955, pp. 14-19).

En 1815, el endeudamiento de Gran Bretaña será prodigioso mientras que Francia dispondrá de importantes reservas de oro.

En cuanto a la alianza con Rusia, ¿era sólida? El comportamiento de Alejandro I suscitó una abundante literatura: Waliszewski (1923), Paléologue (1937), C. de Grunwald (1955), Valloton (1966), Palmer (en inglés, 1974), Troyat (1981), y, sobre todo, Ley, *Alexandre Ire et la Sainte-Alliance*, quien pone de manifiesto el papel de los místicos rusos (Kochelev y Galitzin) en la política imperial.

Tercera Parte

EL EQUILIBRIO

No fue en 1811, durante el nacimiento del rey de Roma, cuando Napoleón alcanzó su apogeo, sino en 1807, después de la entrevista de Tilsit. En adelante el continente, en su totalidad, es o bien aliado, o bien vasallo de Francia. Totalmente aislada, Inglaterra se encontraba amenazada por un desplome financiero como consecuencia del cierre de sus salidas comerciales en Europa. Las fronteras naturales de Francia, el Rin, los Alpes y los Pirineos, se afianzaron; el viejo sueño de la monarquía y del Comité de Salvación Pública se había hecho realidad. En el interior del país, se superó finalmente la depresión de 1806, como la de 1801: una demostración de que el poder dominaba perfectamente los mecanismos económicos de la época. Al salir de dos siglos de absolutismo, apenas se notó la supresión de libertades, salvo la burguesía, pero esta tenía más miedo todavía al desorden. Ahora bien, las luchas de partidos parecían enterradas, a pesar de algunos actos de bandidaje, cuya significación política no siempre es evidente. Se instauró un nuevo equilibrio social. Los notables fueron sus principales beneficiarios, pero el pueblo concedía su confianza a quien siguiera siendo el garante de las conquistas revolucionarias: venta de los bienes nacionales, reparto de los bienes municipales e igualdad civil. Por lo demás, los salarios subieron y el paro fue reabsorbido en parte, al menos en París, dejando a los obreros, en relación con las duras condiciones que vendrán después, el recuerdo, sin duda exagerado, de una verdadera «edad de oro», que no harán olvidar ni la agravación de la carga de la conscripción, ni los horrores de las invasiones de 1814 y de 1815. Quizá nunca fue Francia tan poderosa, ni estuvo tan unida, ni fue tan respetada. Breve momento antes de que se esbocen las primeras grietas; momento privilegiado para describir a esta Francia de Napoleón, momento excepcional cuya nostalgia guardará el país a través de todo el siglo XIX; este corto momento de equilibrio territorial, político y social, tanto como la propaganda oficial y las victorias, es la causa del éxito de la leyenda imperial.

Capítulo 12

El imperio napoleónico

¡Asombrosa diversidad la de la Francia imperial! A quien quisiera visitarla, Langlois le ofrecía, en un *Itinerario* publicado en 1806, reeditado en 1811 y que rivaliza con la *Guía de Viajeros* de Reichard, preciosos consejos. Al viajero, se le recomendaba no entrar en Francia con paquetes sellados o incluso simples cartas selladas, bajo pena «no solo de ser llevado a prisión, sino incluso de pagar quinientas libras de multa por cada carta». En cambio, se le aconsejaba llevar consigo pistolas de dos disparos y, sobre todo, no confiar nunca en los postillones. Un viajero que disponga de vehículo propio debe limitarse a un cofre, un maletero de cuero llamado *vaca* y una cajita para las joyas, el dinero y las letras de cambio, cajita provista de clavijas que permitan sujetarla fuertemente en el coche o en la habitación del albergue. El precio de los viajes no es excesivo: «Se puede calcular un franco por cada legua recorrida en las diligencias, incluida la propina de los postillones y del conductor; y en posta, no contando más que dos caballos, un amo y un criado, cinco francos». Stendhal no era de la misma opinión al contabilizar los gastos de su desplazamiento de Grenoble a París en el año XII.

Pero el autor del *Itinerario completo del Imperio francés* insiste muy especialmente en las diferencias entre la Francia meridional y la del norte, y entre los departamentos del oeste y los de la orilla izquierda del Rin: disparidad de mentalidades y de paisajes, de actividades y de riquezas, de las que se le advierte al viajero para que no deje de tenerlas en cuenta. La misma observación se encuentra bajo la pluma del hamburgués Nemnich en el precioso relato de su viaje, que publicó el gran editor de Tubinga, Cotta, en 1810.

La Francia del Norte

Al norte, la Francia imperial ya no se detiene en las fronteras del Antiguo Régimen, sino que las rebasa hacia Bélgica, y se extenderá, después de la anexión del reino de Holanda, a las Provincias Unidas. A esta Francia del norte, lo único que le da una unidad, que paisajes y lenguas desmienten, es la fachada marítima y la desembocadura del Rin.

Al norte: Holanda, la antigua República Bátava, convertida en reino en 1806 en provecho de Luis Bonaparte, hasta que fue anexionada brutalmente a Francia, en 1810, porque Napoleón no podía tolerar las manifestaciones de independencia de su hermano. Ya cuando este deseó adaptar el Código Civil al derecho local, se granjeó una severa reprimenda del Emperador: «Una nación de un millón ochocientas mil almas no puede tener una legislación aparte. Los romanos otorgaron sus leyes a sus aliados; ¿por qué no habría Francia de hacer adoptar las suyas a Holanda?». Luego, la aplicación del Bloqueo Continental precipitaría el conflicto entre Napoleón y su hermano. Para evitar la ruina de su reino, cuya economía se basaba en el comercio marítimo, ¿acaso no estaba Luis obligado a tolerar el contrabando inglés,

convirtiendo así a Holanda en el punto más vulnerable del Sistema Continental? Por eso, desde 1808, Napoleón había decidido su anexión. La invasión fallida de Walcheren por los ingleses, en julio de 1809, le confirmaría en su propósito. Luis fue invitado, en marzo de 1810, a ceder sin compensaciones los territorios al sur del Rin. En adelante, siete mil franceses deberían garantizar el control de las costas holandesas; en realidad, fueron veinte mil. Luis se adelantó al Emperador abdicando el 1 de julio de 1810.

Menos agitados, los nueve departamentos belgas englobaban los antiguos Países Bajos austríacos y el principado de Lieja. De esta integración a Francia data el desarrollo de Bélgica. Si la transformación política fue profunda, porque el recuerdo mismo de los antiguos principados fue borrado por la uniformización administrativa y jurídica que emprendieron las autoridades francesas, las conmociones económicas y sociales fueron incluso mucho mayores. Es cierto que la nobleza, a pesar de la pérdida de sus privilegios, conservó sus propiedades y su influencia en las zonas rurales. Pero la venta de los bienes nacionales, que afectó a la Iglesia, se llevó a cabo no en provecho de los campesinos cuyos escrúpulos religiosos impidieron adquirir las haciendas del clero, sino en beneficio de una burguesía que hasta entonces solo había tenido algún peso en el principado de Lieja. Gracias a los capitales que les procuró la especulación con los bienes nacionales y a las posibilidades que les ofrecía la apertura de un vasto mercado, estos burgueses se interesaron en el desarrollo industrial. En Gante, floreció una industria mecanizada del algodón, fundada en la introducción de maquinaria inglesa. De quinientos en 1808, el número de oficios alcanzó los dos mil novecientos dos años más tarde. El Bloqueo Continental y la nueva legislación minera contribuyeron a la extracción de hulla. Si en 1795 Bélgica producía ochocientas mil toneladas de carbón, en 1811 produjo un millón trescientas mil toneladas. Los encargos de las industrias de guerra fomentaron la metalurgia de Hainaut. Amberes, donde estuvo Napoleón en 1803 y en 1810, era la sede de importantes astilleros: cuatro buques —dos de ellos de 74 cañones— se botaron en 1807.

En la vida industrial del Imperio, Bélgica ocupaba un lugar cada vez más importante: suministraba la mitad del carbón y la cuarta parte de los productos de los altos hornos. Después de París, como anotaba el viajero alemán Nemnich, Gante era la primera ciudad «en distinguirse por una gran variedad de fábricas».

Al revés que Holanda, demasiado orientada hacia el comercio exterior, Bélgica extrajo pues de la ocupación francesa importantes beneficios. Así se explica la ausencia de oposición al régimen imperial. La burguesía estaba provisionalmente satisfecha con un sistema político que favorecía sus intereses económicos; la nobleza, después de haber mirado durante mucho tiempo hacia Viena, se adhirió a Napoleón después de su matrimonio con María Luisa y aceptó sentarse en las asambleas francesas. El duque de Arenberg y el conde de Mérode entraron en el Senado. A pesar de la conscripción que había provocado en 1798 una sublevación y a despecho del

conflicto con el papa, las masas campesinas conservaron hasta el final su apego a Napoleón. Se puede ver una prueba de ello en la escasa proporción de insumisos y en el impulso patriótico de 1813, cuando se reconstruyó el ejército francés después del desastre de Rusia.

Queda la Francia del norte propiamente dicha, con sus metrópolis industriales de Lille, Valenciennes y Amiens.

Lille era a la vez el centro industrial y el mercado agrícola de una región que producía especialmente granos oleaginosos de los que varios centenares de molinos extraían un aceite exportado a Holanda, a Aix-la-Chapelle o incluso a Dusseldorf. Lúpulo, tabaco, lino y tulipanes completaban la producción. La ciudad misma acogía, además de la fabricación de encajes, refinerías de azúcar e hilaturas de algodón a la manera inglesa. En Tourcoing se tejían nanquines, satinados y «napoleones».

Valenciennes sufrió más las consecuencias de la Revolución. Las familias ricas, que llevaban allí una vida mundana, fueron diezmadas, pero la batista, tejida en los sótanos, y los encajes, a pesar de su precio de coste elevado, conservaron su reputación.

El algodón prosperó en Saint-Quentin —donde el número de obreros pasó de 502, en 1806, a 1500, en 1810— y en Amiens, donde Morgan y Délaye fueron los primeros en implantar las máquinas de hilatura *jennys*. En 1806, se contabilizan 15.348 brocas.

Para acabar de hacer de la región de Nord una de las zonas más industrializadas del Imperio, las minas de Anzin experimentaron una considerable expansión gracias a las máquinas de vapor que se instalaron allí: el peso del carbón extraído pasó de 242.277 quintales en 1807 a 420.706 en 1809.

El estado anímico de la población de los departamentos del norte era excelente: retroceso considerable del bandidaje, cuyos perjuicios habían sido enormes en tiempos de las bandas de asaltadores de casas durante la Revolución [*chauffeurs*], neta inflexión del número de desertores e insumisos. En 1803 había alrededor de trescientos refractarios al ejército en Pas-de-Calais; en 1804 no se cuentan más que ciento treinta y cuatro; y doce en 1812.

La Francia del Este

Al este, el Rin no dejó de ser una frontera. Alsacia recobró una prosperidad que había podido creer perdida. El Imperio desarrolló allí tabaco y remolacha, favoreció la repoblación forestal y multiplicó las almácigas y los pastos artificiales. El Bloqueo Continental permitió el desarrollo de las industrias de Alto Rin: destacan dos grandes casas de hilatura, Gros, Roman et Cie (5038 brocas y 185 obreros en 1806 en Wesserling) y Dolfuss et Cie (1404 brocas y 72 obreros en la misma época). Bajo el efecto del crecimiento industrial, Mulhouse, gran centro algodonero, pasó de seis mil

a ocho mil habitantes. La asimilación de Alsacia se consumó sin dificultades.

También progresó en los cuatro departamentos de la orilla izquierda del Rin que sustituyeron a unos noventa y siete estados. Solo en ellos se contabiliza una población de un millón y medio de habitantes. El desarrollo económico es también ahí indiscutible. Dos innovaciones: la supresión del diezmo y de los derechos señoriales, que estimuló la agricultura (expansión de la remolacha azucarera, importante reforestación, extensión de la viña), y la eliminación de la competencia inglesa de la que se beneficiaron el textil y la metalurgia (en Crefeld se doblaron las empresas de sedería; en Aix-la-Chapelle, donde la población pasó de diez mil a treinta mil habitantes, el número de las manufacturas se decuplicó; con 2550 empresas y sesenta y cinco mil obreros, el departamento de Roër era el más industrializado del Imperio en 1811).

Se adoptaron medidas para mejorar, gracias a la supresión de los antiguos peajes, la navegación en el Rin. Esta cambió, por otra parte, de carácter: el tráfico hacia arriba de las materias primas de la cuenca renana pasó a predominar sobre el tráfico hacia abajo de las mercancías coloniales de Holanda que el bloqueo había enrarecido.

Los progresos de la industria y del comercio permitieron la formación de una burguesía de negocios que se convirtió en el principal sostén del régimen napoleónico. Pero la nobleza local, a pesar de la pérdida de sus títulos y de sus privilegios, se abstuvo de hacer ascos al nuevo sistema: pobló las subprefecturas, entró en el consejo general y forzó sin dificultades la puerta del Senado. En cuanto a los campesinos, acogieron con entusiasmo el final del bandidaje (el famoso Schinderhannes fue puesto fuera de combate) y la aplicación del Código Civil (en ningún país anexionado se tradujo y se comentó tanto el Código Napoleón). El probable motivo de que la opinión renana se inclinara hacia Francia fue la prudente administración de prefectos como Lezay-Marnesia en Coblenza o Jean Bon Saint-André en Maguncia, que supieron evitar una política de afrancesamiento demasiado brutal, especialmente en el ámbito lingüístico. Sin volverse franceses, los renanos tomaron conciencia de su peculiaridad en relación con el resto de los alemanes. Las declaraciones francófobas de Goerres, fundador del *Mercure rhénan,* no encontraron más que un débil eco antes de 1813.

La influencia francesa penetró hasta el corazón de Alemania con el reino de Westfalia, creado en 1807 a partir de las tierras del duque de Brunswick, de las del elector de Hesse y de las regiones de Goettingen, Osnabrück y Grubenhafen arrebatadas al elector de Hanover. Una Alemania francesa en contraste con la Francia alemana de la orilla izquierda del Rin; «este reino dará existencia —anunciaba el Emperador el 24 de agosto de 1807— a un pueblo que, dividido en un número tan grande de soberanos no tenía siquiera un nombre. Los habitantes de tantos de pequeños Estados tendrán por fin una patria y serán gobernados por un príncipe francés». Ese fue Jerónimo, el hermano más joven de Napoleón, que lo invitaba, en una carta del 7 de julio de 1807, a responder a las aspiraciones del pueblo alemán:

> Que los individuos que no son en absoluto nobles y que poseen capacidades tengan un igual derecho ante vuestra consideración y para los empleos; que cualquier especie de servidumbre y de vínculos intermediarios entre el soberano y la última clase del pueblo sea enteramente abolida. Los beneficios del Código Napoleón, la publicidad de los procedimientos y el establecimiento de los jurados serán otros tantos caracteres distintivos de vuestra monarquía.

Asistido por Siméon, procedente del Consejo de Estado, Jerónimo dividió su reino en ocho departamentos, y puso al frente de cada uno a un prefecto. La jerarquía judicial se inspiró en el modelo francés. Los estados eran elegidos por los colegios electorales. Coexistía un personal alemán procedente de la aristocracia y de los medios intelectuales (Jean de Muller, Leist, profesor de derecho en Gotinga, Jacob Grimm) y francés (Norvins, Pichón, Duviquet, Lecamus). La feudalidad fue abolida mediante el decreto del 23 de enero de 1808; pero si desaparecía la *corvea* feudal, algunos impuestos (censo, rentas, prestaciones monetarias) se declararon simplemente rescatables. Ahora bien, los campesinos carecían de dinero. Sucedió que los prefectos, al provocar el reparto de los bienes municipales y la abolición del pasto libre, para acelerar la desaparición de la alternancia obligatoria de cultivos, habían llevado a la quiebra al municipio rural. Sin embargo, hay que reconocer que las ideas de la Revolución, a despecho de una aplicación limitada, se habían difundido ampliamente en Alemania.

La Francia del Oeste

Donde reside uno de los puntos débiles del Imperio es en el oeste: Vendée. La pacificación del año VIII y, luego, el fracaso de Coudoudal en el año XII no pusieron fin del todo a la agitación realista. El conde de Puisaye continuó trabajando para los ingleses. En sus *Memorias*, definió el sentido de la acción que creía llevar a cabo:

> A fin de cuentas, cualquier guerra civil no es más que una sucesión de combates entre aquellos que no tienen nada o que no se conforman con lo que tienen, ya sean riquezas, distinciones, privilegios o poder, y aquellos que, según ellos, tienen mucho o demasiado de todo eso. La intervención de un fanatismo cualquiera puede aportar alguna variedad en la forma o en los detalles, pero no aporta ninguna en cuanto al principio.

En realidad, Puisaye está paralizado por las intrigas de los emigrados. En 1808, los conspiradores recibieron un nuevo golpe. Después del arresto de Prigent, principal agente de Puisaye, y luego de Chateaubriand, primo del escritor, la agencia de Jersey quedaba decapitada. Por otra parte, Puisaye se enemistaría con d'Avaray, favorito de Luis XVIII.

El bandidaje continuaba haciendo estragos en Sarthe, Mayenne, Maine y Loira, y Loira Inferior. El boletín de la policía del 11 de marzo de 1809 analiza las causas de tal persistencia: dificultad de concertar medidas entre los cuatro departamentos, inercia de los habitantes, influencia de la *Petite Église*, disminución del número de

gendarmes e indulgencia de los magistrados. ¿De dónde procedían esos bandidos? Fouché distingue tres clases: la primera, y «es la menos numerosa», está formada por «malhechores del país que aprovechan la ocasión para robar y dar a su bandidaje un color político». La segunda clase, «la que constituye el principal capital del movimiento, se compone de desertores y, sobre todo, de conscriptos insumisos». La tercera, «de antiguos chuanes, algunos de cuyos nombres encontramos entre ellos, pero, sobre todo, el espíritu y las maneras». En cuanto a las intrigas anglo-realistas: «Bretaña está demasiado reprimida y vigilada, Normandía se debe demasiado a un sentimiento inmovilista: es a Maine hacia donde dirigen sus esperanzas para una primera sublevación».

Los puertos del oeste estaban, en efecto, bloqueados; todas las bahías y ensenadas, de donde partían el cabotaje y la pesca, vieron su tráfico reducido a la nada. El descontento era pues grande y el estado anímico de la población incierto.

Para desarmar a la oposición, Napoleón perdonaba la vida a Vendée: el peso de la conscripción era allí menos pesado que en el resto del Imperio. Para vigilarla, decidió la fundación de una ciudad en el corazón mismo de Vendée, y eligió en 1804 el emplazamiento de La Roche-sur-Yon, en las lindes del *bocage*. La nueva ciudad, capital del departamento de Vendée, recibió el nombre de Napoleón. Pero, en 1812, no cuenta todavía con más que mil novecientos habitantes. Finalmente, para ganarse Vendée, Napoleón concedió en 1808 una exención de contribuciones por quince años a todas las viviendas destruidas durante la guerra civil y que hubieran sido reconstruidas antes del 1 de enero de 1812. «¿Se sigue hablando de los Borbones?», preguntó Napoleón al procurador Torlat, durante su viaje al Oeste en 1808. «Sire, respondió este, hace mucho tiempo que vuestra gloria y vuestros favores han hecho que los olviden». Torlat era un adulador, y Napoleón no se dejó engañar. Pero no es menos cierto que, entre 1808 y 1812, el oeste, que seguía conservando las cicatrices de la guerra civil, aspiraba profundamente a la paz. Prueba de esta pacificación fue el decreto del 6 de noviembre de 1810, que redujo a ciento cincuenta las brigadas de la gendarmería en los departamentos occidentales.

El centro

Auvernia no brillaba por su riqueza, parecía incluso como un poco abandonada por la política imperial. Si el suroeste encontró en la hierba pastel y el tabaco un complemento de recursos, es verdad que a veces incierto (las fábricas, que solo utilizaban una octava parte de la producción local e importaban tabaco de Virginia, eran deficitarias a partir de 1806), el centro de Francia no podía ofrecer —si damos crédito a los informes de los prefectos— más que un espectáculo desolador. Esto es lo que escribía el prefecto de Alto Loira en el año IX:

> El reparto de los bienes municipales fue una verdadera plaga para la agricultura. La región, cuya

principal riqueza era la abundancia de pastos esparcidos por sus montañas, había perdido enteramente sus recursos por el desmonte. Los montículos cubiertos de hierba requisados en las regiones montuosas se transformaron en trigales. Las primeras lluvias arrastraron esa poca tierra y, después de una o dos cosechas de granos, en lugar del pasto grueso que suministraba un elemento abundante a miles de rebaños, no queda ya más que una roca árida y descarnada.

Otra plaga era la devastación de los bosques, no solo nacionales, sino también particulares: pastoreo abusivo y proliferación de cabras contra las que ya no se ejercen las antiguas prohibiciones de los intendentes.

Auvernia seguía siendo pues un foco de emigración, al menos temporal. La Revolución había desacelerado el movimiento; en los primeros años del Imperio la conscripción lo acrecentó. Se esperaba encontrar en la capital un refugio que permitiera eludir el servicio. Con las levas incesantes y la escasez de mano de obra rural, la emigración hacia París disminuyó. La sustituyó otra emigración, según el prefecto de Cantal, la de los niños: «Existe una especie de banda negra que, todos los años, escarba en los municipios más pobres y más aislados, y recluta un pequeño ejército de niños que se lleva a París; allí los convierte en deshollinadores, o bien en mendigos». Pero el estado anímico de la población seguía siendo bueno, y aunque la vida fuera dura, el campesino no se quejaba.

La Francia meridional

Las dos grandes fachadas marítimas del sur de Francia, en el Atlántico y el Mediterráneo, no ofrecían más que un espectáculo de desolación, si hemos de creer a los contemporáneos. Por ejemplo, La Rochelle, que describió así el alemán Nemnich en 1809:

Antes de estos tiempos tan nefastos, reinaba una gran actividad en La Rochelle. Se contaban más de veinte mil habitantes, y parecía asombroso que la población no fuese mayor. Ahora reina un silencio de muerte. Se recorren las calles sin encontrar ni un alma viva. La hierba ocupa tanto lugar como en los campos. La población, reducida en más de la mitad, permanece normalmente en casa porque no hay nada que hacer afuera.

Las exportaciones de aguardientes a Inglaterra quedaron, en efecto, a merced de las vicisitudes del Bloqueo Continental. Idéntica situación en Burdeos:

En lugar de progreso, anota Nemnich, se teme sin cesar una regresión cada vez mayor. La población se redujo a sesenta mil o setenta mil habitantes; algunos consideran incluso que ha caído más. Cientos de casas buscan moradores, y los antiguos proyectos de expansión resultan ridículos. Se ven navíos parsimoniosamente desperdigados sobre la extensa superficie de las aguas, y la vista ha dejado de ofrecer un bosque infinito de mástiles.

Las consecuencias de este marasmo comercial, que hay que matizar, como veremos más adelante, hicieron que las inversiones de los negociantes se orientasen hacia la industria de la tierra, a falta de especulaciones marítimas. Las refinerías de

azúcar suministraban uno de los mejores azúcares de Francia, vendido sobre todo en el sureste. Burdeos contaba asimismo con unas cincuenta manufacturas de tabaco y fábricas de papel. Pero otras industrias periclitaban, como la vidriería o la tonelería. Aunque, en las Landas Duplantier prosiguió la obra de Bremontier de plantación de pinos, y el campo de Burdeos conoció una excepcional expansión, especialmente la viña, el problema de las salidas comerciales se planteaba con mayor intensidad. Por eso el estado anímico de la población era detestable en Burdeos.

Apenas era mejor en la fachada mediterránea. El bloqueo inglés se hizo allí cada vez más estrecho y el régimen imperial se desacreditó por su impotencia para garantizar la seguridad de las costas. Cada noche, en 1813, la flota inglesa fondeaba en la rada de Hyères. «Su presencia no puede producir inquietud porque carece de tropas de desembarco, no puede emprender nada en nuestras islas y en nuestras costas. Lo que ofende es solo su audacia y la seguridad con la que pasea sus embarcaciones por toda la rada». Ya en 1808, en su diario, Maurice de Tascher anota que «la escuadra inglesa, compuesta por doce barcos y cuatro fragatas, bloquea exactamente el puerto de Tolón». Marsella ya no tenía la gran prosperidad de tiempos pasados; la supresión del puerto franco en 1794 y, luego, el Bloqueo Continental redujeron el comercio a la inactividad. Las relaciones con Córcega eran difíciles. El general Morand desbarató, en 1809, una conspiración fomentada por los ingleses en Ajaccio.

La situación industrial no era menos catastrófica. Si los paños de Limoux conservaron su clientela en Italia, los fabricantes de Carcasona perdieron sus salidas comerciales del Levante. Incluso antes de la crisis de 1810, la sedería de Nîmes se encontraba en dificultades. Las esperanzas depositadas en el mercado de Estados Unidos para sustituir la pérdida de España se desvanecieron rápidamente. En Marsella, las jabonerías que habían alimentado una importante corriente de exportación hacia Oriente con los gorros de lana roja de Hérault, fueron igualmente víctimas de la guerra. La disminución del comercio condujo, en efecto, a numerosos negociantes a invertir sus capitales en la jabonería. De ahí una superproducción que coincidía con una crisis de salidas comerciales. Los departamentos mediterráneos padecieron finalmente la insuficiencia de su producción cerealista. Tenían que importar cada año una gran cantidad de trigo y solo podían compensar sus compras con la venta a menudo difícil de otros productos, principalmente los de la viña y de la arboricultura. En estas condiciones ¿es de extrañar que los informes sobre el estado anímico de la población fueran tan pesimistas? El subprefecto de Aix escribió: «Los hombres adictos al gobierno son escasos. Apenas se encuentran salvo entre los funcionarios públicos y los magistrados. Los partidarios del Emperador pueden enumerarse, pero los impacientes y los descontentos son como hormigas». Los realistas no eran los únicos que se agitaban; los anarquistas eran igualmente activos en la región marsellesa, Var y los Alpes. Se formaron alianzas. La policía descubrirá en 1811 un complot cuyo jefe parece haber sido Guidai, futuro cómplice de Malet:

proyectaba entregar el litoral de Tolón a los ingleses. Acusado de ser el centro de esta intriga por el prefecto de Bocas del Ródano, Barras, entonces retirado en el sur por razones de salud, tuvo que exilarse a Roma.

Remontando el Ródano, Nemnich dejaba constancia, en 1809, de que en la región lionesa la situación económica era en cambio muy brillante. Después de las destrucciones del Terror y de las conmociones del Directorio, la Fabrique experimentó una asombrosa recuperación gracias a la acción de su cámara de comercio y a las innovaciones técnicas de Jacquard, en la mecánica, y de Raymond, en la tintura. Pero Lyon debía esta expansión ante todo a los nuevos pasos de los Alpes y, más concretamente, a la ruta del Mont-Cenis. La ciudad podía así abastecerse fácilmente en algodón ilirio y levantino o en arroz piamontés, y por la misma vía expedir libros y paños. El tránsito lionés representaba, en 1801, las siete octavas partes del comercio local. Después de la tormenta, la sociedad fue encontrando poco a poco su equilibrio. La vida intelectual recobró su antiguo lustre, y de ninguna manera se merecía el severo juicio de Benjamin Constant en 1804: «Esta ciudad me parece reunir el tedio de las pequeñas ciudades comerciantes de Alemania y toda la insipidez de las pequeñas ciudades de Francia». Lyon fue, en efecto, el centro del renacimiento religioso estrechamente ligado a la filosofía de Ballanche.

Junto con Thonon y Bonneciudad, en el departamento de Leman, creado el 25 de abril de 1798, Ginebra, como recordaba Benjamin Constant en una memoria de 1799, simbolizaba el espíritu republicano y protestante frente a los saboyanos católicos y monárquicos. El arreglo funciona francamente mal. Mientras que algunas fábricas se implantaban en la ciudad, el resto del departamento estaba dedicado exclusivamente a la agricultura. De hecho, la fortuna de Ginebra menguó considerablemente. Incorporada a un sistema rígido, perdió su función tradicional como comisionista y como depósito. Compensadas por la tranquilidad interior, algunas categorías de la burguesía soportaron con impaciencia este marasmo financiero y comercial.

La Confederación Helvética, cuyo mediador era Napoleón, recobró también esta seguridad. La opinión pública suiza saludó en Napoleón al hombre que, como en Francia, puso fin a las luchas entre partidos y, sobre todo, barrió a la impopular República Helvética. El acta de mediación de 1803 mantuvo el régimen de igualdad entre los ciudadanos al mismo tiempo que preservaba la autonomía de los cantones. Del régimen helvético, establecido por el Directorio, mantuvo las ventajas sociales; de la antigua confederación, la tradición federalista. En realidad, el acta de mediación se dobló con un tratado de alianza que reducía la confederación al rango de Estado satélite. De ahí las protestas de los patricios, que jugaron la carta austríaca, y el descontento de los comerciantes y los industriales afectados por el Bloqueo Continental, además de una cierta irritación de los suizos cuando Francia anexionó el Valais, en 1810, o durante la ocupación del Tesino.

La Italia francesa

La barrera de los Alpes dejó de existir en el Gran Imperio. Por el puerto del Simplón, se une Milán con el alto valle del Ródano y Ginebra. Desde 1802, Bonaparte había comprendido la importancia económica y estratégica de esta vía, pero hasta 1810, el Simplón no desempeñó el papel esperado. Se le reprochaba el haber permitido que los milaneses practicaran un fructífero contrabando con Suiza en detrimento de Francia. El favor se inclinaba más hacia el Mont-Cenis. Los saboyanos habían abogado por esa ruta que une Maurienne a Chambéry. La sedería lionesa había apoyado, igualmente, esa vía de paso, que le permitía procurarse con facilidad su materia prima en el Piamonte, e incluso por Ancona y el Adriático en Levante. El Piamonte, finalmente, deseaba el desarrollo de la ruta del Mont-Cenis propicia a su comercio. El Mont-Cenis se había vuelto en 1805 paso obligado del gran eje París-Turín-Génova. Los decretos de 1807 y de 1808 confirmaron esta opción. El acarreo del Mont-Cenis era entonces cuatro veces superior al del Simplón. En 1810, la situación cambió. La anexión del Valais hizo que el Simplón recuperase su importancia, facilitando en adelante el trabajo de los aduaneros. Y como desde la anexión de Iliria se temía un embotellamiento de los algodones de Levante en la vía del Mont-Cenis, un decreto del 12 de abril de 1811 concedió al Simplón las mismas ventajas aduaneras que al Mont-Cenis. El tránsito se repartió entre las dos vías.

Bajo la dominación napoleónica, el mapa de Italia se había simplificado considerablemente.

La Italia francesa, o sea quince departamentos, se extendía de Turín a Roma, de la que se desposeyó al papa en 1809 y se convirtió en la segunda ciudad del Imperio. El reino de Italia, formado por veinticuatro departamentos, era administrado en Milán por un virrey, Eugenio de Beauharnais. Finalmente, el reino de Nápoles, expropiado a los Borbones, que huyeron a Sicilia, disfrutó, bajo José Bonaparte y luego bajo Murat, de una relativa independencia. Italia se encontraba entonces embarcada en la vía de la unificación, y Napoleón en Santa Elena se mostró orgulloso de ello no sin exageración:

> En cuanto a los quince millones de italianos, el agrupamiento ya estaba muy avanzado. Solo había que dejarlo envejecer, y cada día maduraría en ellos la unidad de principios y legislación, la unidad de pensar y sentir, ese cimiento seguro, infalible de las agrupaciones humanas. La unión del Piamonte a Francia, y la de Parma, Toscana y Roma, solo habían sido en mi concepción temporales y no tenían otro objetivo que el de vigilar, garantizar y anticipar la educación nacional de los italianos.

A la voluntad de unificación política, excesivamente exagerada por Napoleón en Santa Elena, se añadía una voluntad de unificación jurídica. La introducción de los códigos franceses tenía como finalidad, tanto en Roma como en Turín, consagrar la anexión, prepararla en Milán, y doblegar la oposición de la antigua feudalidad, en Nápoles. Apoyado por una fuerza de cuarenta mil hombres que sirvió para poner freno al bandidaje, especialmente activo, José emprendió una obra de reorganización

importante: la institución de un Ministerio del Interior y de intendentes provinciales, sobre el modelo de los prefectos franceses, la remodelación del sistema fiscal y el establecimiento de una contribución territorial, y la venta de los bienes de la Iglesia. José tuvo la suerte de estar rodeado por excelentes ministros: Miot, Roederer, Salicetti. Con Murat, que sucedió a José en 1808, la burguesía napolitana se vinculó al gobierno, en especial gracias a dos grandes ministros, Zurlo en Interior y Ricciardi en Justicia, con un papel predominante en el gobierno. Paralelamente, se constituyó una clase media de funcionarios y de dirigentes militares donde se desarrollaría la *carboneria*. Nápoles despertaba a pesar de las exigencias del Bloqueo Continental. Se abolieron todas las viejas jurisdicciones. En el norte (Lombardía, Toscana y Piamonte), donde la legislación ya estaba avanzada después de las reformas del despotismo ilustrado de Viena y del iluminismo italiano, no causaron ninguna impresión las innovaciones napoleónicas. No sucedía lo mismo en el sur. En Roma, desaparecían los tribunales pontificios: para la burguesía romana, formada fundamentalmente por hombres de leyes, eso supondrá una profunda conmoción. Y una revolución mayor todavía: la introducción del divorcio, que chocó con el clero italiano. Desde la entrada de las tropas francesas en Italia, bajo la Revolución, los derechos señoriales habían sido abolidos; la ocupación napoleónica consagró su desaparición, a pesar de importantes matices en el sur. Pero el campesinado italiano no se benefició de la dominación francesa para lograr el acceso a la propiedad: la transferencia se efectuó de la aristocracia a la burguesía, lo que permitió el mantenimiento de las grandes haciendas en las que los nuevos propietarios desarrollaron producciones avanzadas. En el Piamonte, los arrozales adquirieron una extensión inmensa a causa de la actividad de los ricos granjeros convertidos en grandes propietarios. Los efectos fueron desastrosos para la salud pública. «Los arrozales siguen cosechando hombres», escribía en 1803 el prefecto de Sesia. Pero, por otra parte, la administración francesa fomentaba las sociedades agrícolas, las diferentes formas de reforestación, los trabajos de irrigación en el Mincio y el Adige, y de desecamiento en la región de Verona, y los apriscos modelo. En el norte, progresaban el trigo y la morera; en el sur, el algodón, la hierba pastel y la caña de azúcar.

Napoleón pretendía convertir a Italia en un abastecedor de productos agrícolas. En cambio, en el plano industrial, solo la ve como una salida comercial para los productos manufacturados franceses. Sin embargo, existían condiciones favorables para la industrialización en el norte donde, antes de la llegada de los franceses, se habían abolido las corporaciones. De hecho, las sederías periclitaban en el Piamonte; la seda cruda o procesada circulaba directamente hacia Lyon. De ese modo, el comercio de Francia con los países italianos adquirió la forma de las relaciones entre la metrópolis y las colonias.

Las resistencias nacionales fueron débiles en la Italia del norte. Los grandes propietarios terratenientes y los antiguos jacobinos aceptaron prestar sus servicios en

la nueva administración. No sucedió lo mismo en Roma, donde la burguesía había vivido demasiado de las familias nobles y de la Santa Sede para desolidarizarse de ellas. En cuanto a las grandes familias, a despecho de algunas adhesiones —un Borghèse, un Spada, un Chigi—, mantuvieron su distancia. Roma no perdonará a los franceses el secuestro de Pío VII y los proyectos de traslado del Vaticano a París. Pero, más que las humillaciones nacionales, fue la conscripción lo que irritaba a la opinión pública. Cuando los nuevos prefectos de Trasimeno y de Roma, Tournon y Roederer, anunciaron el 30 de abril de 1810 la primera leva, la tercera parte de los llamados al ejército se sumó al maquis. Los grandes trabajos de Tournon, que desecó en tres años las lagunas de los Agri Pontini, construyó las terrazas y los jardines que se extienden entre la Villa Médicis y la Villa Borghèse, exhumó la Roma antigua y transformó la Campaña romana en un inmenso campo de algodón, no harían olvidar la ausencia de Pío VII. Roma no será por mucho tiempo la segunda ciudad del Imperio, a pesar de los gigantescos proyectos ideados para ella por Napoleón. El frágil equilibrio obtenido en 1807, en Italia, se quebró dos años más tarde por el secuestro del papa.

París

París sigue siendo la capital del Imperio a pesar de la intención manifestada en 1804 por Napoleón de trasladar la sede de su gobierno a Lyon, cerca de Italia. La ciudad albergaba la sede del gobierno instalado en el palacio de las Tullerías, las asambleas (el Cuerpo Legislativo en el Palacio Borbón y el Senado en el Luxemburgo), los ministerios y las direcciones generales.

El aspecto de la capital, cuya población pasó de quinientos mil a setecientos mil habitantes en quince años, no cambió extraordinariamente bajo el Imperio. El París de Napoleón seguía siendo el París de Luis XVI con algunos monumentos de más: la columna Vendôme, acabada en 1810 por Gondouin y que corona la estatua del Emperador esculpida por Chaudet, el Arco de Triunfo del Carrousel, que terminaron a finales de 1808 Percier y Fontaine, los cimientos del Arco de l’Étoile, debidos a Chalgrin, la Rue de Rivoli y sus arcadas, la iglesia de la Madeleine comenzada antes de la Revolución y a la que Napoleón deseaba convertir en el templo de la gloria, algunos muelles y puentes… El balance no es desdeñable, aunque no alteró el aspecto de París tan profundamente como había pretendido Napoleón, que deseaba hacer de ella una ciudad grandiosa compuesta por palacios y edificios públicos.

Bajo el Imperio comenzó el gran éxodo de los provincianos hacia París. Pero siguió efectuándose mediante el rodeo de la emigración estacional. Cuarenta mil obreros iban cada año a París para buscar empleo en la época de los trabajos. Muchos de estos obreros no volvían a marcharse al concluir la temporada y se aglutinaban en los cuchitriles del centro, donde constituyeron el núcleo de esas clases peligrosas que

descubrirán Eugène Sue y Victor Hugo en la época de Luis Felipe.

En efecto, el nuevo auge industrial de París, comenzado durante la Revolución, prosiguió bajo el Imperio. La desaparición de la competencia inglesa favoreció la industria algodonera; los descubrimientos científicos y las necesidades de la guerra explican el progreso de la industria química y de las construcciones mecánicas; la afluencia de extranjeros estimuló la industria de lujo (orfebrería, relojería y ebanistería). Pero este desarrollo siguió siendo endeble a causa de la hostilidad de la administración que temía una concentración excesivamente grande de obreros en la capital. Por otra parte, los industriales parisinos tampoco deseaban esta concentración. De diez mil obreros, Richard-Lenoir apenas empleaba un millar en París. Respondía así a los deseos de una administración que temía una concentración demasiado densa en la capital del Imperio. Evitar la escasez, el paro y las epidemias, era la preocupación permanente de las autoridades.

Fue en el ámbito artístico e intelectual donde debía expresarse y se expresó la superioridad de París. Después de haber disfrutado de los placeres de la capital, Stendhal no siente más que desprecio por las provincias. Desprecio con frecuencia injustificado: ¿acaso no tenían las provincias sus periódicos, sus academias y sus teatros? Pero no podían rivalizar con los de la capital. De ahí esa fascinación que ejercía París sobre el resto del Imperio.

La unificación

Prosperidad del norte y del este manufactureros, de las llanuras de trigales de Île-de-France y del *bocage* normando, pero ruina de las regiones portuarias y acentuación del retraso económico del Macizo Central: ¿era consistente esta Francia de 42 millones de habitantes, en la que se hablaban al menos seis lenguas sin contar los dialectos? El equilibrio alcanzado en 1807 ¿no parecía de los más frágiles?

Para mantener su unidad, Napoleón se inspiró en los principios romanos. Concedió una importancia primordial a las vías de comunicación. En 1805, escribía: «De todos los caminos o rutas, los que tienden a reunir Italia con Francia son los más políticos». Y en 1811: «La calzada de Ámsterdam a Amberes acercará veinticuatro horas esta primera ciudad de París y la de Hamburgo a Wesel acercará cuatro días Hamburgo de París; esto garantiza y consolida la unión de estos países al Imperio». El decreto del 16 de diciembre de 1811 estableció la clasificación de las catorce rutas de primera clase que irradian de París hacia las zonas más apartadas del Imperio. Las más importantes son la ruta n.º 2 de París a Ámsterdam por Bruselas y Amberes, la ruta n.º 3 París-Hamburgo por Lieja y Bremen, la ruta n.º 4 hacia Maguncia y Prusia, la ruta n.º 6 París-Roma por el Simplón y Milán, la ruta n.º 7 París-Turín por el Mont-Cenis y la ruta n.º 11 París-Bayona.

No exageremos la calidad de las carreteras: Poumiès de la Siboutie tuvo que hacer

frente a verdaderos baches para dirigirse de su Dordoña a París; por su parte, Maurice de Tascher prefirió, a pesar de los peligros, el coche de agua, del que nos ofrece en su *Diario*, a propósito de su viaje por el Saona, una pintoresca descripción. Los correos se organizaron como un servicio de Estado, el 16 de diciembre de 1799, y se encargaron a continuación a La Valette, que estableció para el Emperador un sistema de estafetas cuyos méritos exaltó en sus *Memorias*. El Estado extendió su control especialmente a los transportes públicos de viajeros y de mercancías mediante el decreto del 20 de mayo de 1805. Únicamente el acarreo seguía siendo libre. En la sociedad francesa, el dueño de postas adquirió el aspecto de un notable. Pero el viaje seguía siendo una aventura. Se invertían ciento veinte horas, cuenta Poumiès de la Siboutie, para ir de Burdeos a París en la diligencia. «Se partía por la mañana, a las seis o a las siete, se paraba hacia el mediodía para almorzar y se dedicaba todo el tiempo al viaje. Por la noche se cenaba y la gente se acostaba hasta el día siguiente». Muchos solo se desplazaban a pie. Entonces se cubrían grandes distancias andando, lo que explica la resistencia de los soldados de Napoleón.

Como Roma, Napoleón impuso a este Imperio una legislación común. El Código Civil se introdujo en todos los países anexionados y en los reinos vasallos. Debía nacer una nueva sociedad en la que el campesino se liberaría de los derechos señoriales y en la que la burguesía obtendría una situación económica preponderante. Napoleón veía en el Código Civil una máquina de guerra contra una feudalidad con la que sabía contemporizar si las circunstancias se lo exigían. «Establece el Código Civil en Nápoles —escribió a José en 1806—. Entonces, todo lo que no os sea afecto se destruirá en pocos años y se consolidará lo que queráis conservar. Esa es la gran ventaja del Código Civil». Pero, a excepción de los territorios anexionados, se cuida de imponer en todas partes una aplicación íntegra. Es un reformador que sabe proceder por etapas. Se ve con claridad a propósito de la lengua: naturalmente, la administración es bilingüe y las funciones de responsabilidad las ejercen preferentemente franceses, pero también entran en el Senado italianos, belgas y holandeses; algunos prefectos, sobre todo de origen belga, se forman en los departamentos franceses. La enseñanza en los países anexionados conservó su originalidad, el francés no se volvió una segunda lengua obligatoria, no se hizo ninguna tentativa para destruir el alma de las provincias conquistadas. Los cruces de población que provocaba la conscripción constituían por otra parte un factor importante de fusión entre pueblos de lengua diferente. En 1806, el subprefecto de Montélimar anota que en

> lo que antes era la Provenza, en el Languedoc y en la parte meridional de Dauphiné, el uso del idioma dialectal está un poco menos generalizado: los movimientos de tropas, la circulación de viajeros y el regreso de los militares a sus hogares debieron llevar a la aplicación de la lengua francesa a un cierto número de individuos.

La unificación es, finalmente, también económica: los departamentos estaban

cercados por el cordón proteccionista de las aduanas imperiales que impedían la competencia extranjera. Este imperio, que se extendía de Dantzig a Bayona, representaba un mercado de ochenta millones de consumidores. El carácter fundamental del sistema económico napoleónico consistió en reservar este mercado para la industria francesa, mientras que las otras partes del Imperio debían aportarle los productos que necesitaba: «Mi principio —escribió Napoleón a Eugenia de Beauharnais— es ¡Francia por encima de todo!». El historiador del Sistema Continental, Marcel Dunan, escribe:

> Políticamente, Napoleón quiso rodearse de vasallos, no de aliados; económicamente, no quiso amigos, sino tributarios. Las prerrogativas que exigía de los demás países para la industria y el comercio franceses, no se le ocurre de ninguna manera ofrecérselos en sus propios Estados. Nuestros productos debían circular por todas partes, entrar libremente, incluso beneficiándose de una serie de concesiones caballerosamente negociadas, pero las fronteras seguían inexorablemente cerradas a cualquier competencia extranjera y los artículos que no caían como resultado de las múltiples prohibiciones, reportaban, más o menos gravosamente tasadas, millones a las arcas de las aduanas imperiales.

Al menos hasta 1810, eso era servir a los intereses de la nueva burguesía francesa. Por eso, muy pronto, la imagen de la Revolución se confundirá en los países anexionados con un imperialismo económico frecuentemente brutal y sin relación con las posibilidades de producción de la Francia propiamente dicha, una Francia todavía mal recuperada de la guerra civil que acababa de conocer.

Debates abiertos

En el momento en que Francia domina a Europa, los contemporáneos se interrogan sobre la identidad del francés. Encontraremos elementos de respuesta en M. N. Bourguet, «Race et folklore, l'image officielle de la France en 1800», *Annales*, 1976, pp. 802-823, que analizó las estadísticas oficiales, «distribuyendo a los franceses a través del espacio nacional según su estatura, su fisonomía y su carácter». ¿Podemos comparar físicamente a esos franceses? Basándose en las estadísticas, los consejos de revisión y los pasaportes, J. Houdaille ha escrito dos artículos descriptivos: «La taille des Français au début du XIX siècle», *Population*, 1970, y «La couleur des yeux à l'époque du Premier Empire», *Annales*, 1976.

¿Y la mujer? Y. Knibiehler («La nature féminine au temps du Code civil», *Annales*, 1976) explica la regresión relativa de la condición de la mujer (exclusión de la enseñanza al igual que de la política) por la influencia de la medicina (Moreau de la Sarthe, Virey) que insistía en dos aspectos físicos de la mujer: su debilidad con respecto al hombre y su predestinación a la maternidad.

Un atlas lingüístico del Imperio sería indispensable. El francés era la lengua oficial, la de la administración, pero incluso en Francia se chocaba con las lenguas vernáculas y los dialectos. ¿Fue un instrumento de dominación de la burguesía, como

sostienen Balibart y Laporte, en *Politique et pratique de la langue nationale sous la Révolution* (1974)? Es posible, pero ese papel de dominación, si no de unificación, parece discutible en los países anexionados o vasallos. Reinhard, representante de Francia en Westfalia, preguntó a varios consejeros de Estado sobre la lengua oficial en el reino de Jerónimo: «Me respondieron que era la lengua alemana porque era la empleada en los tribunales y las administraciones, y porque el texto alemán del Código Napoleón se había declarado código del reino. Sin embargo, al menos en tres ministerios, todos los asuntos se trataban en francés, las discusiones del Consejo de Estado se llevaban a cabo en francés, la redacción de los decretos era francesa y las traducciones alemanas eran con frecuencia inexactas». Más allá, los carteles o las proclamas eran bilingües. En Italia, donde «la lengua francesa estaba poco extendida», anotaba Thiard en sus *Memorias*, p. 67, se utilizaban diccionarios portátiles como el Cormon y Manni (1802). Recordemos que el francés era en las cancillerías (Viena, por ejemplo) la lengua corriente. Las mismas dificultades se presentaban en los pesos y medidas. La unificación no se había consumado todavía en Francia. Dificultades igual de grandes con las monedas. Se publicaban habitualmente tablas de cambio. Es conocida la forma como los Rothschild edificaron su fortuna sobre la fructífera transferencia de guineas de Inglaterra a Francia (B. Gille, *Histoire de la maison Rothschild*, 1.1, 1965).

Indiquemos la existencia de una corriente favorable a una unión aduanera de los Estados de obediencia imperial, de una confederación comercial continental (J.-B. Dubois, Catineau-Laroche), que Napoleón siempre rechazó. Este rechazo desempeñó un papel decisivo en el fracaso del Gran Imperio.

Un estudio interesante sería el de los diplomáticos de Napoleón. Ha sido esbozada por Whitcomb, *Napoleon's Diplomatie Service* (1979). Disponemos de un buen retrato de embajador y de un documentado análisis de su actividad: Perrin de Boussac, *Alquier, ambassadeur à Madrid, Naples, Rome, Stockholm et Copenhague* (1983).

Un tópico que corregir: el de la Francia de los 130 departamentos. El 26 de enero de 1812 se crearon los departamentos del Ter (Gerona), del Segre (Puigcerdà), del Delta del Ebro (Lérida) y de Montserrat (Barcelona). Los consejeros de Estado, Gerando para el norte y Chauvelin para el sur, dirigían a los cuatro prefectos. Se estableció la legislación francesa. Mediante el decreto del 7 de marzo de 1813, los departamentos de Montserrat y del Delta del Ebro se fusionaron.

El problema de los franceses al servicio de los Napoleónidas en los reinos vasallos (Siméon en Westfalia, Agar en Nápoles…) fue estudiado por Goasguen, *Les Français au service de l'étranger sous le Premier Empire* (tesis de derecho inédita): para Napoleón son ante todo franceses al servicio de Francia; no pueden naturalizarse en el extranjero sin autorización imperial, lo que dice mucho sobre la independencia de los reinos vasallos. Un caso ejemplar: Reinhardt (o Reinhard). Sobre su misión en Cassel: Marquant, en la *Bibliothèque de l'École des Chartes* (1962), y la tesis inédita

de Delinière, *Un intellectuel allemand au service de la France* (1983).

Capítulo 13

El reinado de los notables

Si tomamos a Bertin el Mayor, pintado hacia 1832 por Ingres, como símbolo de la Francia «luisfelipista», sería Français de Nantes, tal como lo ha visto David (el rostro congestionado, la corpulencia y el uniforme engalanado del hombre importante), quien caracterizaría mejor las aspiraciones de los franceses bajo el Imperio: la riqueza, los grandes empleos y los honores. Comienza el reinado de los nuevos notables. Citemos a Barante:

> La autoridad pública, en sus diversas ramas y en todos sus grados, hacía varios años que había pasado por las manos de funcionarios que no habían sido elegidos por su capacidad, su experiencia o la consideración de la que gozaban. Las opiniones que habían profesado, las sucesivas suertes de la Revolución, los azares de la elección y la confianza o el favor de los «representantes en misión» habían sido los únicos títulos para estas promociones. Francia había sido delegada por la Convención a esta nueva aristocracia. La clase superior, que se componía de hombres distinguidos por su talento, su posición social, su independencia o el ejercicio de los empleos públicos, había sido diezmada por el cadalso, el exilio, la persecución… La riqueza había sido destruida por las confiscaciones, las bancarrotas, la ley del máximo y el papel moneda.

Bancarrotas, ley del máximo y papel moneda que, junto con los bienes nacionales, están en la base de la fortuna de los nuevos notables. A. Malraux tendrá una fórmula inesperada para traducir este paso de la aristocracia a la banca: «Napoleón es la causa de que Mme. Récamier en su tumbona haya sustituido a la Maja desnuda».

Los fundamentos de la nueva sociedad

La tierra sigue siendo, en 1808, la base esencial de la riqueza, aun cuando otras formas hicieron su aparición. Al prestigio que seguía unido a su posesión, se añadió el sentimiento de seguridad que procuraba desde la desastrosa inflación de los asignados. Tierra liberada de las sujeciones feudales: el Código Civil consagró la abolición del Antiguo Régimen y ya solo limitaba el inviolable y sagrado derecho de propiedad con el derecho del Estado. El Código se concibió para el individuo que tenía posesiones, y que sobre todo poseía la tierra. El interés se dirigía más hacia la propiedad inmobiliaria que hacia la propiedad mobiliaria. A partir de 1807 comenzaron los trabajos del catastro destinados a fijar el reparto de bienes raíces y a ratificar la venta de los bienes nacionales.

La liquidación de estos bienes prosiguió, pero a un ritmo más lento. Suspendidas por el decreto del 9 de floreal del año IX, que exceptuaba no obstante las reventas por portadores de obligaciones y la alienación de las casas afectadas por el reembolso de los bonos de dos tercios, las ventas se reanudaron después de las leyes de los días 15 y 16 de floreal del año X, y luego del 15 de ventoso del año XII. Mientras que la Revolución había elevado la cifra de ventas a 1.100.674, no se producirán, después del año X, más que cuarenta mil. Y es que la Revolución había dejado muy mermado el stock, y las restituciones a los nobles y a las «fábricas» contribuyeron aún más a su

disminución. Añadamos que el decreto del 15 de brumario del año IX atribuyó a los hospicios cuatro millones en bienes nacionales y que otros bienes fueron donados a la Legión de Honor y, luego, a las senadurías. Todavía importantes en el norte, las ventas fueron a la baja de un modo constante en el sur y en el oeste, y permanecieron estancadas en el Alto Rin y en Lorena. ¿Quiénes eran los compradores? Como media, se contabiliza un 10 por 100 de negociantes y de comerciantes, aproximadamente tantos como leguleyos; del 7 al 8 por 100 de antiguos nobles, algunos funcionarios o eclesiásticos, y el resto eran campesinos agrupados frecuentemente en asociaciones. Como se trataba de tierras mediocres, de una renta mínima, a menudo formadas por partes aisladas que no permitían ninguna concentración parcelaria, la era de los especuladores parecía haber concluido. Salvo en la proximidad de París, especialmente en Sena y Marne, donde el prefecto se verá obligado a anular, bajo el Consulado, adjudicaciones resultado de alianzas «entre un puñado de hombres ávidos». Se aprovechaban de estas últimas ventas los pequeños propietarios, menos en el este, es cierto, que en el norte y el sur.

La alienación de los bienes municipales decidida en razón de las dificultades del Tesoro por la ley del 20 de marzo de 1813 relanzará la especulación, pero de forma breve y geográficamente limitada (no se encuentra ninguna traza de ventas en Alto Loira o en Dombes).

El interés se dirige a las propiedades privadas que sus posesores no explotadores (antiguos nobles o burgueses) se ven obligados a vender como consecuencia de dificultades heredadas de la Revolución y que resume bien en sus *Memorias* Rémusat: «La incautación, las medidas revolucionarias y los años malos habían degradado las propiedades, suprimido los ingresos y agravado las deudas», y solo al precio de largos y difíciles procesos podían recuperarse muchas sucesiones para ser inmediatamente revendidas. El pago de los arrendamientos en asignados devaluados había asestado un golpe muy duro a la antigua riqueza de bienes raíces. A menudo la preocupación del emigrado que había regresado consistía en concentrar todos sus recursos para recuperar una hacienda determinada. Se deshacía así de algunas de sus tierras.

Financieros, comerciantes, manufactureros enriquecidos por la especulación con productos coloniales o la expansión dada a la industria con la apertura de mercados continentales se convirtieron pronto en compradores e invirtieron sus liquideces en bienes inmobiliarios. ¿No es acaso significativo que, entre los 1056 más opulentos propietarios de bienes raíces de Francia, se encontrasen 130 manufactureros y comerciantes? La fortuna de un Richard-Lenoir, de un Ternaux, de un Récamier, es en parte inmobiliaria, urbana o rural. Fortuna constituida, sobre todo, durante la Revolución con los bienes nacionales. Cuando Bidermann quiebra, en enero de 1811, dispone de un activo superior de un millón ochocientos mil francos al pasivo, pero se trata de bienes inmobiliarios que se ve en la imposibilidad de ejecutar.

La tierra es un valor refugio para los capitales. Pero es también una fuente de

prestigio social. Fiévée, anota en diciembre de 1802, que la constitución de los colegios electorales reclutados entre los ciudadanos más contribuyentes hizo «subir el valor de las grandes propiedades territoriales». Una elite no puede concebirse, en esos comienzos de siglo, sin propiedad territorial. Seguía siendo la posesión de la tierra la que establecía la jerarquía.

Los notables

Todo el sistema napoleónico se apoya en los notables, que dominan la vida económica, administrativa y judicial del país. La noción, si no la palabra, aparece ya en la constitución del año VIII que les reserva los cargos públicos, departamentales y nacionales. Pero es con el establecimiento de las listas de notabilidades, previstas por la ley del 13 de ventoso del año IX, cuando se pueden captar mejor sus contornos sociales. ¿Cuáles eran los criterios que debían predominar? ¿La cuna? ¿La edad? ¿El mérito? ¿La fortuna? Los antiguos revolucionarios eran hostiles a la cuna, y Bonaparte se oponía a la fortuna: «No se puede convertir la riqueza en un título. ¿Quién es el rico? El comprador de los bienes nacionales, el proveedor, el ladrón. ¿Cómo una notabilidad puede fundarse en la riqueza así adquirida?». Si las buenas costumbres desempeñaron algún papel, como se lee en los informes de los prefectos, fue sin embargo el dinero lo que se convirtió en el criterio fundamental de un régimen de designación censitario, combinado con el derecho de nominación reservado al Primer Cónsul para los funcionarios y al Senado para las asambleas. Con la reforma del año X, los miembros de los colegios de los departamentos debían elegirse vitaliciamente entre los seiscientos ciudadanos más contribuyentes del departamento. Estas listas nos proporcionan el primer cuadro de los notables que van a dominar la vida política francesa en estos comienzos del siglo XIX.

Retengamos el caso de París: se comprueba allí un claro predominio de los propietarios y los rentistas (más de 240), los comerciantes (72, aunque la patente haya sido a veces eliminada del cálculo de las imposiciones) y los altos funcionarios (54). Algunas profesiones estuvieron ampliamente representadas: los notarios (22), los banqueros (15); otras solo contaban con un contingente restringido: los médicos, por ejemplo. La media general de las rentas varía según los barrios: ¡40.000 francos en la Fontaine de Grenelle, 35.000 francos en el barrio de Roule, 12.000 francos en el barrio de la Reunión, 15.000 francos en el barrio de Arcis! Las rentas nunca eran inferiores a cinco mil francos. Esta media de cinco mil francos de renta anual, o sea cien mil francos de capital, es la que encontramos con mayor frecuencia en provincias. Pero podía caer, en las regiones más desfavorecidas, a tres mil francos.

¿Qué era un notable bajo el Imperio? Un propietario (con mucha frecuencia un antiguo noble), un rentista, un opulento negociante, un hombre de leyes, y la mayoría de las veces un notario o un abogado, cuyas rentas inmobiliarias eran generalmente

superiores a cinco mil francos. Si figura entre los seiscientos más contribuyentes de su departamento, tiene posibilidades de entrar en el colegio electoral de la capital de provincia, quizá de convertirse en presidente o ser designado para las funciones de senador o diputado en el Cuerpo Legislativo. Es cierto que se podía ejercer una gran influencia en un departamento sin poseer una gran fortuna y entrar así en el colegio de distrito cuyo reclutamiento no era censitario. Pero a este propietario modesto, a esta «conciencia» de una pequeña ciudad, se lo excluirá del colegio de departamento reservado a los seiscientos mayores contribuyentes. Incluso en el cálculo del impuesto, el peso de la contribución inmobiliaria es determinante, ya que no existen, salvo excepciones, grandes fortunas mobiliarias. Se creó una mentalidad que se perpetuaría: si la posesión de una cartera de acciones alcanzaría, con el desarrollo del capitalismo, una importancia que no podía tener en 1808, nunca resistió la competencia ejercida por un patrimonio inmobiliario (casas, fincas, bosques) que se presentaba, con las devaluaciones sucesivas, como el refugio más seguro para los capitales.

Lo cierto es que el rentista del Estado era probablemente el más interesado, entre los notables, en la superviviencia del régimen. Napoleón, que exigía conocer diariamente la cotización de la renta del 5 por 100 y que, para sanear el mercado financiero en peligro por el agiotaje, reglamentó la profesión de agente de cambio y la actividad de la Bolsa, no se equivocaba. El efecto de las decisiones consulares, a pesar de la reanudación de los pagos en metálico, seguía siendo lento, a causa de la guerra y de la quiebra de la Compañía de los Negociantes Reunidos. Pero la desconfianza de los rentistas se disipó después de la victoria de Friedland: la renta del 5 por 100 que estaba en 17,37, el 8 de febrero de 1800, pasó a 93 el 27 de agosto de 1807. Y se estabilizó durante tres años en torno a 84.

A menudo, el notable era un funcionario. Balzac, uno de los primeros, subrayó la creciente importancia adquirida bajo el Imperio por una población de empleados que obtenía del gobierno honores y medios de existencia. El 21 de abril de 1809, Cretet, ministro del Interior, estableció el primer estatuto de los funcionarios. Se elaboró entonces un baremo de remuneraciones. En el prestigio de la función pública (habrá dos mil candidatos para ochenta plazas cuando se creó el Tribunal de Cuentas), la remuneración (por fin pagada de manera regular) desempeñó un papel decisivo. Un prefecto cobraba en París treinta mil francos, y en provincias entre ocho y veinticuatro mil francos; un subprefecto ganaba entre tres y cuatro mil francos; un inspector general de puentes y caminos, doce mil francos. En París, un jefe de división recibía doce mil francos, un jefe de oficina de primera clase seis mil francos, un subjefe cuatro mil quinientos francos, un redactor tres mil cuatrocientos francos, un empleado entre dos y tres mil francos. En la cima de la jerarquía, la remuneración de un consejero de Estado era de veinticinco mil francos, a los que había que añadir importantes gratificaciones. En cambio, los «talentos», según la expresión de la época, miembros del Instituto, médicos, escritores y profesores, solo ocuparon un

lugar insignificante en las listas de notabilidades. Una prueba más, si hubiera necesidad de ella, del carácter censitario del régimen. El notable es quien ejerce una autoridad: el patrón sobre sus obreros, el alto funcionario sobre sus empleados, el propietario sobre sus granjeros y sus aparceros. Autoridad en cuyo origen se encuentra el dinero. La antigüedad de las fortunas no se tuvo en consideración. La riqueza de los notables era la mayoría de las veces, en cuanto a su origen, anterior a la Revolución, y se incrementó gracias a esta Revolución. Fueron los Dietrich, los Rambourg y los Wendel quienes siguieron dominando las herrerías; en el textil, las empresas fundadas antes de 1789 superaban el 50 por 100. Casi toda la gran burguesía de negocios del Antiguo Régimen estaba representada en los expedientes industriales del Imperio. Lo mismo sucedía en la banca, donde los Mallet, los Hottinguer, Lecouteulx, y demás Perregaux, comenzaron a edificar su fortuna antes de 1789. ¿Acaso no es significativo que la encuesta ordenada bajo el Consulado para conocer a los doce mayores contribuyentes en el impuesto de bienes inmobiliarios vaya encabezada con frecuencia por un noble: duque de Luynes en Sena y Oise, duque de Luxembourg en Sena y Marne? La vieja burguesía rentista del suelo se aprovechó con creces de la venta de los bienes nacionales y resistió mejor que la de los oficios. Y descubrimos que la mayor parte de los negociantes especializados en el tráfico triangular en Nantes o Burdeos llevaron a cabo a veces hábiles reconversiones. Los nuevos notables procedían de los empleos públicos, de la política y, sobre todo, de la especulación con los bienes nacionales, los productos coloniales, los asignados o los suministros militares.

La otra Francia: las clases populares

Aunque Francia se aburguesaba, seguía siendo profundamente rural. Sin embargo, el mundo campesino presentaba una gran diversidad, del propietario opulento que especulaba con la venta de sus productos al pequeño aparcero cuya situación era con frecuencia difícil. Un punto difícilmente discutible: la influencia de los notables —antigua nobleza o nuevos propietarios— en el campo. Todos los prefectos confirmaban esta influencia y el gobierno no la infravaloraba.

Dos categorías se aprovecharon de los progresos de la producción agrícola y de la coyuntura nacida de la guerra: el propietario opulento y el jornalero. El propietario opulento, gracias a sus capitales y a la buena productividad de sus tierras, se enriqueció en los períodos de escasez, especialmente en 1801; en tiempos normales, se benefició con el incremento de las salidas comerciales que le garantizaban las conquistas napoleónicas. «Las victorias de nuestros ejércitos, al extender los límites del Imperio, favorecieron considerablemente la venta de los productos de nuestros campos —escribió Caillot en sus *Memorias*—; entonces, ejércitos inmensos de trigo pasaron hacia naciones cuyo reducido territorio no podía cubrirse de espigas».

Observación exacta para el norte y el este, no para la fachada atlántica.

En cuanto al jornalero, que constituía el proletariado rural, mayoritario en el campo (del 60 al 70 por 100), se benefició de la escasez de mano de obra causada por una conscripción cada vez más exigente. La subida de los salarios derivada de ello alcanzaba entre 1798 y 1815 cerca del 20 por 100. Por eso, al mejorar su situación, pudo pensar a veces en desempeñar el papel de comprador —muy modesto, es cierto — en las postreras ventas de bienes nacionales. El prefecto de Var, Fauchet, señala que, en su departamento, adquirieron, «a fuerza de ahorros y mediante acuerdos poco onerosos», un campito que cultivaban al margen de su jornada laboral. En el distrito de Provins, los 6271 braceros censados explotaban 34.680 hectáreas sobre una superficie cultivable de 84.000 hectáreas. Caso tal vez menos excepcional de lo que parece, pues los jornaleros tenían incluso criados, un subproletariado de guardadoras de vacas, pastores y carreteros. Esta subida no se producía sin suscitar irritación: «Los jornaleros —anota el autor de la estadística departamental de Nord— se mostraron insolentes y osados a partir del momento en que sus brazos se volvieron más necesarios por las levas realizadas para el servicio de los ejércitos». Para evitar subidas demasiado fuertes, se prohibió a los criados y a los obreros temporeros (cosechadores, vendimiadores) que se mancomunaran.

La coyuntura era menos favorable para el granjero y el aparcero. Si el granjero opulento, al igual que el propietario vendedor, se beneficiaba de la subida de los precios y de la ampliación de los mercados, el pequeño granjero se encontraba con dificultades muy serias. Después de una época de euforia, el alza del precio del trigo era apenas, en el período 1809—1812, del 18 por 100, mientras que la del arrendamiento en el mismo período alcanzó el 37 por 100. Este era el caso, descrito por el prefecto de Meurthe, de un granjero del distrito de Lunéville, que explotaba una propiedad de doce hectáreas. El arrendamiento era de mil doscientos francos; el granjero debía pagar a un mozo de arado y a un pastor, empleados todo el año, y procurarse, durante la temporada, el servicio de braceros. A ello se añadía el mantenimiento del material, la alimentación y el vestido. En total, los gastos del granjero superaban los 3488 francos, mientras que los ingresos alcanzaban los 3646 francos: el beneficio se obtenía por la venta del trigo, ya sea en el mercado, ya a feriantes que acudían a comprarlo a las granjas. La duración demasiado limitada de los arriendos —de tres a nueve años— era un grave inconveniente. Pero más grave era incluso la situación del aparcero, que representaba, según Sismondi, una novena parte de los concesionarios. Al trabajar en tierras de bajo rendimiento, no disponía de un excedente negociable que le llegara para beneficiarse de las ventajas que ofrecía la nueva coyuntura. No obstante, su condición mejoró considerablemente: su parte ya no estaba sometida al diezmo y eludía frecuentemente las contribuciones. En sus *Memorias sobre la aparcería*, Gasparin observaba que la clase de los aparceros era, en Francia, la menos gravada por los impuestos.

Un caso especial, el de los viñateros, generalmente pequeños productores. Según

los informes de los subprefectos, un año mediocre que daba vino de buena calidad era más provechoso que un año abundante a causa de la disminución de los gastos y del incremento en cambio del precio del hectolitro. Los gastos eran efectivamente elevados: estiércol, estacas, cultivos, toneles. Incluso en el Bordelés, donde se planteaba el problema de la salida hacia Inglaterra, los ingresos eran escasos.

No deja de ser menos cierto que los campos fueron comprados, hasta 1809, al régimen imperial, que les garantizaba la vuelta a la seguridad, gracias al retroceso del bandidaje, un reparto más justo de los impuestos y el mantenimiento de las conquistas revolucionarias (abolición de los derechos feudales y, en cierta medida, venta de los bienes nacionales). Indiscutiblemente, las condiciones de vida en el campo mejoraron. Lo observaba Peuchet en 1805, en sus *Estadísticas elementales de Francia*:

> Actualmente se come más pan y más carne en Francia que antes. El hombre del campo que solo conocía una alimentación ruda y una bebida poco sana, tiene en la actualidad carne, pan, buena sidra y cerveza. Los productos coloniales (entendamos el azúcar y el café) se extendieron también a los campos con el aumento de la riqueza de los cultivadores.

Y el propio Chaptal reconocía:

> El sistema de ruina para el campo, unido al de las requisiciones y de la conscripción, habría debido hacer que el campesino aborreciera al Emperador, pero nos engañaríamos. Sus más calurosos partidarios estaban ahí, porque les tranquilizaba sobre el retorno de los diezmos, los derechos feudales y la restitución de los bienes de los emigrados y de la opresión de los señores.

El Emperador encontraba igualmente esa popularidad entre las filas del proletariado urbano. Esta población de las ciudades, artesanos, obreros, ganapanes, que había sido la avanzadilla de las grandes jornadas revolucionarias de París, que había aportado en Lyon el grueso de los efectivos de los «chalieres» y en Marsella el de los terroristas, se alió sin grandes dificultades al Imperio. El ideal de los *sans-culottes* no era más que un recuerdo que solo hacía temblar todavía a algunos veteranos de la policía. ¿Cómo explicar semejante admiración —la palabra no es demasiado fuerte— hacia Napoleón?

En efecto, la condición jurídica del obrero empeoró bajo el Imperio. La ley del 22 de germinal del año XI le impuso la obligación de la cartilla obrera que debía entregar a su patrón en el momento de ser contratado y que este le devolvía a su partida. La cartilla colocaba pues al obrero bajo la dependencia del amo y permitía a la policía vigilar las migraciones obreras. Pero a veces se olvida que el Ministerio del Interior justificó la institución de la cartilla, que no era más que un regreso a una práctica del Antiguo Régimen, por la escasez de mano de obra: las empresas intentaban despedir a los obreros de las casas rivales, y también los obreros tendían a aprovecharse, sin cumplir sus compromisos previos, de las ventajas que les reportaba tal sobrepuja. La cartilla tenía como finalidad garantizar a las manufacturas un personal mínimamente estable. Pero los patronos mismos alentaron, al contratar sin

cartilla, sobre todo en la construcción, a que los obreros se saltaran la ley, no siendo los amos objeto de ninguna sanción. Además, las tentativas hechas por la policía para controlar al movimiento obrero gracias a las oficinas de colocación, se saldaron con fracasos.

Se prohibieron las mancomunidades mediante los artículos 414, 415 y 416 del código penal. Sin embargo, las huelgas fueron numerosas, sobre todo en París. Sin duda, se limitaban a una cantera, como máximo a algunos elementos de un mismo oficio, y no superaban los ocho días. Nunca adquirieron un cariz político. Fueron provocadas fundamentalmente por la introducción de máquinas (en Lille en 1805, en Sedán en 1803) o por la duración de la jornada laboral. En 1801, los obreros ocupados en levantar los andamios para la fiesta del 14 de julio en París reclamaron un aumento del 10 por 100; los cabecillas, entre ellos un vendedor de vino, fueron detenidos por la policía; en el mes de agosto de 1802, se interrumpieron las construcciones en el puente de Austerlitz. La proximidad de la coronación suministró un pretexto, en 1804, a los obreros empleados en Notre-Dame. Al año siguiente fueron los obreros que trabajaban en el Louvre quienes se negaron a un incremento de su jornada. En 1805, la huelga fue más seria, extendiéndose a un elevado número de canteras públicas. Nueva huelga, en agosto de 1807, de los talladores de piedra del Louvre. Un movimiento muy serio se produjo en la cantera del Arco de l'Étoile, en marzo de 1810, como consecuencia de un accidente: se necesitó la intervención de la fuerza armada. Se trataba en estos casos de manifestaciones espectaculares, y buena parte de las mancomunidades acababan en una solución de compromiso. En octubre de 1806, una ordenanza de la policía decidió en París un nuevo horario para las canteras públicas: solo se contemplaba una hora de descanso, entre las diez y las once. Los obreros rechazaron esta vuelta a los antiguos reglamentos, y reclamaron por la tarde una pausa para la merienda que se llamaba «comida en la piedra». Detalle significativo: «Pretendían que, de haber estado el Emperador en París, S. M. no habría permitido de ninguna manera que se aprobara esa ordenanza». Iniciado el 6 de octubre, el movimiento no concluyó hasta el día 13, con una transacción: los obreros desayunarían de diez a once y merendarían en el lugar de trabajo desde las catorce treinta hasta las quince horas. El caso fue excepcional; la represión, con frecuencia, severa: encarcelamiento o devolución de los cabecillas a provincias. Pero los amos tampoco se libraban de ella. Cuando se ponían de acuerdo para rebajar los salarios, la policía se cruzaba pronto en sus proyectos. Sin duda, se trataba más de una cuestión de orden público que de una preocupación por la equidad, pero esa actitud impresionaba favorablemente a los obreros de la capital y explica la popularidad del Emperador en las barriadas. Así, por ejemplo, el prefecto de policía de la región parisina, Dubois, rechazó la solicitud de los amos papeleros, que querían cortar en seco las reclamaciones de sus obreros, de fijación de un máximo de los salarios. Análogamente, en 1801 y en 1810, se anularon tarifas establecidas por los amos sombrereros.

Instituidos por la ley del 18 de marzo de 1806, los tribunales de conciliación destinados a evitar por vía de arbitraje los conflictos entre patrones y obreros distaron mucho de ser paritarios, como había previsto Napoleón. Pero el obrero disponía de armas suficientes: ilegalmente, renacían los gremios obreros. ¿Había que prohibirlos? Réal, uno de los jefes de la policía, recomendaba una política tolerante: «Los gremios obreros, especie de masonería, existen desde tiempos inmemoriales. Sin esperanzas de combatirlos fructíferamente en su fundamento, me limito a prevenir sus excesos tanto como esté en mis manos». ¿Podía actuar de otra manera? Al menos, en tanto que los gremios se agotaran en trifulcas y carecieran de toda acción política. Así se explica, en provincias si no en París, cierta complacencia de la policía imperial.

Al igual que en el campo, las sangrías provocadas por las guerras napoleónicas vaciaban las ciudades de sus miembros más jóvenes, lo que provocó una grave crisis de mano de obra. Sin duda, la proporción era poco significativa con respecto a la población en edad de trabajar, pero se llevaba a los elementos más activos y los más solicitados. La inmigración estacional, que representaba cerca de cuarenta mil obreros que se trasladaban cada año a buscar trabajo a la capital, en la temporada buena, decayó a partir de 1812. Al visitar las canteras parisinas, en diciembre de 1813, Napoleón se extrañó de no ver allí más que obreros entrados en años. «Se encuentran más viejos de los que uno desearía —replicó el empresario—, pero no hay ni arrojo ni fuerza en el trabajo. Y los jóvenes, ya no se ven; la conscripción se lo ha llevado todo». El relevo no está garantizado por causa de la duración de las guerras.

El obrero no se quejaba, a condición de eludir el servicio militar. Porque una escasez como esa favorecía el aumento de los salarios. Aumento variable según las profesiones: se nota sobre todo en la construcción, mucho menos en el textil. Aumento más fuerte en París que en provincias: de ahí la importancia de la emigración estacional con destino a la capital. Aumento anómalo, que interrumpirá la crisis de 1810. Podemos evaluarlo en más del 25 por 100 desde 1789 (pero el coste de la vida también aumentó, salvo en el precio del pan que en París se mantuvo, por voluntad de Napoleón, por debajo de 18 *sous* las cuatro libras). El jornal de un obrero le reporta, en la capital, entre tres y cuatro francos, o sea, habida cuenta de festivos y domingos, menos de novecientos francos anuales, casi nada en relación con los veinticinco mil francos de un consejero de Estado. En provincias, el salario medio de un jornalero era de un franco veinte en 1801; el de un obrero más especializado variaba entre un franco sesenta y dos francos, pero la vida era menos cara que en la capital, excepto el pan.

No obstante, la desaparición del paro y la subida relativa de los salarios conllevaron una mejora de la condición material. Desde luego, los accidentes laborales eran abundantes y la enfermedad producía estragos. En el abrumador informe elaborado por la Prefectura de Policía, en 1807, se registraba que, en algunas profesiones (zapateros, panaderos, cardadores), las esperanzas de vida superaban escasamente los cincuenta años, y que los suicidios eran frecuentes. Alexis de

Ferrière observó en el año IX: «El obrero ha mejorado un poco su alimentación; recurre con mayor frecuencia a la carne, bebe licores fermentados, sus vestidos están más limpios y son de mejor calidad». Otros testimonios confirman esta observación. El inglés Birbeck anotaba en 1814: «La clase trabajadora ocupa aquí una escala social mucho más elevada que entre nosotros». Napoleón favoreció, por otro lado, la constitución de sociedades de seguros mutuos, como para los mineros de Lieja por un decreto del 26 de mayo de 1813. La caja se abastecía gracias a una retención del 2 por 100 sobre los salarios y una participación patronal calculada en el 0,5 por 100 de esos salarios. La experiencia anticipaba nuestra Seguridad Social.

Este relativo bienestar y la ausencia de un sentimiento de clase (a excepción de las manufacturas de armas, poco antes grandes empresas, la media nacional se situaba alrededor de cuatro obreros por taller) explican, al igual que una vigilancia policial meticulosa, la tranquilidad de las barriadas. Una tranquilidad que durará hasta 1830.

Una sociedad bloqueada

El ascenso de un Murat, hijo de tabernero, convertido en rey de Nápoles, o la de la mariscala Lefebvre, popular Madame Sans-Gêne [Señora Sin Reparos], pudieron hacer creer en una grandísima movilidad social bajo el Imperio. En realidad, las grandes fortunas terratenientes eran la mayoría de las veces de origen antiguo: atravesaron la Revolución sin contratiempos o se reconstruyeron después de 1800; las más recientes databan de la Revolución. ¡Ay de quienes no supieron aprovecharse de la venta de los bienes nacionales para enriquecerse! A pesar de los ejemplos deslumbrantes, tales oportunidades se volvieron más raras bajo el Imperio, donde solo subsistieron la especulación con los productos coloniales y el pillaje de los países vencidos. A fin de cuentas, la conquista de Europa solo benefició a los privilegiados: gratificaciones que provenían del *domaine extraordinaire* [contribuciones impuestas a los vencidos] para los generales, los altos funcionarios y, después, los miembros de la vieja nobleza; beneficios comerciales para los manufactureros y los negociantes.

Más acá, la ascensión social era difícil. En algunas regiones, los campesinos seguían accediendo a la pequeña propiedad, pero apenas tenían posibilidad, al margen del servicio militar, de escapar a su condición. Ese era el inconveniente del retorno al equilibrio.

Incluso la promoción social a través del ejército debería matizarse. El paso de simple soldado al rango de oficial se volvió difícil bajo el Imperio, a pesar del incremento del número de batallones y la formación de estos en seis compañías. Las estadísticas efectuadas en los registros de control muestran que antes del año XII la proporción de oficiales salidos de una escuela militar no superaba el 2 por 100; entre 1807 y 1809, se elevará al 15 por 100. Entrado en el servicio en 1799, el célebre

Coignet solo era cabo en 1807 y sargento en 1809; se convirtió finalmente en teniente en 1812. La bolsa de los veteranos no guardaba ningún bastón de mariscal (Lefebvre ya era general y mandaba la división militar de París en el 18 de brumario: fue a la Revolución a quien debió su ascenso). Como máximo, al margen de la Legión de Honor, que llevaba asignada una remuneración, el soldado podía albergar la esperanza de acabar teniente, y el sueldo que cobrará, no sin dificultades, le proporcionará una posición superior a sus camaradas que hayan seguido siendo campesinos.

En la cúspide de la jerarquía, se desarrolló el espíritu de casta. Forjada en las guerras de la Revolución, se creó una solidaridad, nacieron dinastías. Por ejemplo, la de los Berthier. Dos hermanos del mariscal se convirtieron en generales, una hermana se casó con un viejo oficial, d'Haugéranville, cuyo hijo obtendría un rápido ascenso; el yerno de César Berthier, Bruyères, fue nombrado edecán del mariscal. Se encontrarán casos semejantes con los Dejean, los Ney, los Leclerc ligados a los Davout.

Hay que creer a las *Costumbres administrativas* de Ymbert, quien escribió en 1826:

> Cuando un jefe de división satisfacía con soltura y sin vacilaciones los enérgicos interrogatorios de Napoleón, regresaba normalmente de las Tullerías con la cinta de la Legión de Honor o la dignidad de consejero de Estado. Era esa una de las compensaciones de este reinado de hierro: cuando un hombre tenía talento, jefe, subjefe o empleado, por oscuro que fuera el rango en que la fortuna lo hubiera colocado, Napoleón, con su brazo hercúleo, lo izaba por los cabellos, lo ponía en un pedestal y decía: esta es mi criatura.

La función pública no fue, contrariamente a lo que se ha escrito, un factor de ascensión social: los empleados no se convirtieron en jefes de división, ni los jefes de oficina en consejeros de Estado. Cuando se constituyó, en 1807, el Tribunal de Cuentas, el origen del 20 por 100 de los nuevos miembros era la contabilidad nacional, el del 17 por 100 el Tribunado, el del 5 por 100 la magistratura y el del 5 por 100 la *Ferme Générale*. No había hombres nuevos, sino la consagración de un fin de carrera. En la administración, así como en el ejército, se estableció, después de las bruscas promociones que siguieron a 1789, una estricta jerarquía que ralentizó las oportunidades de promoción. Se objetará que el período fue demasiado corto —catorce años— como para permitir que se dieran ascensos sociales. Pero podemos adivinar el modo como Napoleón proyectaba el futuro. La nueva elite debería reclutarse entre los auditores del Consejo de Estado. «Preparaba para mi hijo —confesará el Emperador a Las Cases— una de las posiciones más afortunadas. Educaba para él, en la escuela nueva, a la nutrida clase de los auditores en el Consejo de Estado. Acabada su educación y llegada su edad, hubiesen realzado un buen día todos los puestos del Imperio». Creada mediante un decreto consular del 19 de germinal del año XI, la institución experimentó un gran desarrollo. De hecho, el reclutamiento se efectuaba de entrada entre los hijos, yernos o sobrinos de ministros,

senadores, consejeros de Estado, generales y prefectos. Estos medios sociales proveerán auditores hasta el final del Imperio. Era el nacimiento de dinastías si no burguesas, al menos administrativas. Régnier, Abrial, Treilhard, Roederer, Mounier: esos fueron los nombres de los primeros auditores. En estas primeras promociones, se encontraban asimismo familiares de la alta burguesía de antaño, Anisson-Duperron o Vincent-Marnolia, hijos de banqueros, Perregaux y Lecouteulx, y miembros de la nobleza belga, como d'Arberg. A partir de 1809, los candidatos debían disfrutar, ya por sí mismos, ya bajo la forma de una pensión pagada por su familia, de una renta anual de seis mil francos.

> La exigencia de una renta o de una pensión de seis mil francos, apunta Charles Durand, apartaba oficialmente de las filas de los auditores a todos los jóvenes menos afortunados, por muy instruidos, bien dotados, laboriosos, de impecable educación, familia acomodada y bien considerada que fueran. Un funcionario, incluso de alto rango, el presidente de un tribunal, un *maître des requêtes* o un general, no podían, si carecían de recursos aparte de su sueldo, hacer que su hijo, aunque fuera único, formase parte de los auditores. Mucho menos podía aspirar a ese título el hijo de un general muerto en el campo de batalla o de un administrador muerto trabajando sin dejar fortuna.

«El principal obstáculo estriba en la fortuna», escribe justamente Stendhal a su hermana en el momento de entrar a formar parte de este cuerpo. Deberá justificar una renta de siete mil libras para volverse auditor. Asimismo hay que pagar una fianza para convertirse en recaudador de impuestos. Deliberadamente mal pagados, los jueces tampoco pueden reclutarse sino entre los ciudadanos acomodados.

El carácter «elitista» del régimen se vio aún más reforzado por la creación, el 17 de marzo de 1808, de la Universidad Imperial que aspiraba a formar en un mismo molde a la juventud burguesa cuyos estudios secundarios hubieran obtenido un diploma, el bachillerato. Si la enseñanza superior recuperó una importancia perdida bajo el Antiguo Régimen, con las grandes escuelas (como la Politécnica) y las facultades, la enseñanza primaria se descuidó, abandonada prácticamente a los hermanos de las escuelas cristianas.

Las oportunidades de acceder a la elite administrativa estaban en adelante reservadas a una plutocracia enriquecida por la Revolución o incluso a la antigua aristocracia. La sociedad napoleónica era la del retorno al orden en provecho de los notables.

Debates abiertos

¿Cuál era el movimiento de la población bajo el Consulado y el Imperio? Marcel Reinhard es el primero en haber orientado las investigaciones hacia este campo («La statistique de la population sous la Révolution et l'Empire», *Population*, 1950, pp. 103-120; «Étude de la population pendant la Révolution et l'Empire», *Bulletin d'Histoire économique et sociale de la Révolution française*; 1959-1960, pp. 20-28;

«Supplément», *ibidem*, 1962, pp. 19-20; «Bilan démographique de l'Europe, 1789-1815», *Rapport au XIIe Congrès international des Sciences historiques*, Viena, 1965), con Michel Fleury y Louis Henry («Pour connaître la population de la France depuis Louis XIV. —Plan de travaux par sondages», *Population*, 1958, pp. 663-686).

El Imperio no tuvo una política demográfica, pero no descuidó sin embargo esos problemas. Peuchet se interesó por ello en su *Essai d'une statistique générale de la France* (año IX) y en su *Statistique élémentaire* (1805), así como Duquesnoy, pero se atribuyó un papel fundamental, hasta su supresión en 1812, a la Oficina de Estadística del Ministerio del Interior, animado por Duvillard, Alexandre de Ferrière y, luego, Coquebert de Montbret (B. Gille, *Les Sources statistiques de l'Histoire de France*, 1964; Biraben, «La statistique de population sous le Consulat et l'Empire», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 1970, pp. 339-372).

Hubo tres grandes censos; 1801 (poco fiable, da una población de 27,9 millones de habitantes para la Francia de los límites de 1861), 1806 (29,5 millones de habitantes, más estricto) y 1811. Para su interpretación: J. Dupaquier, «Problèmes démographiques de la France napoléonienne», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 339-358, y R. LeMée, «Population agglomérée, population éparse au début du XIX^{e} siècle», *Annales de Démographie historique*, 1971, pp. 455-510 (la estadística de 1809 fijó en dos mil almas el umbral de la población aglomerada). La proporción de la población urbana era sobre todo fuerte en Sena (el 89 por 100), el sudeste (Bocas del Ródano: el 67 por 100, Var, Hérault y Vaucluse: 41 por 100), Ródano (el 38 por 100), el departamento de Nord (el 34 por 100). Rusia cuenta entonces con 45 millones de habitantes, Austria con 29 millones, Gran Bretaña con 20 millones.

Se puede observar una indiscutible caída de la natalidad como consecuencia de los progresos de la contracepción ligados tal vez a la descristianización (la tasa cae del 34,6 por 100 al 31,8 por 100 en el período 1806-1810, según Armengaud, «Mariages et naissances sous le Consulat et l'Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 373-389), aunque habrá un aumento de nacimientos ilegítimos (el 4,6 por 100 en el año X, el 6,5 por 100 en 1812). Paralelamente, se aprecia una neta disminución de la mortalidad (del 31,5 por 100 al 26,3 por 100 entre 1806 y 1810). ¿Hay que atribuirla a la vacunación? Pero no fue inventada por Jenner hasta 1796: sus efectos eran todavía reducidos bajo el Imperio. Sin embargo, en 1811, un informe del doctor Husson indicaba que la cantidad anual de viruelas que se acercaba al millón había caído más acá de la barrera de los cien mil (Darmon, *La longue traque de la variole*, 1986). Sin duda, la mejora de las condiciones de vida fue igualmente determinante.

Retomando las conclusiones de una amplia investigación del INED, en el número especial de *Population* de noviembre de 1975, L. Henry y Y. Blayo proponen las siguientes cifras para Francia (en los límites de 1861):

Población en millones	*Nacimientos en miles*	*Matrimonios en miles*	*Defunciones en miles*	*PERÍODOS*
29,29	4.824	874	4.475	1800-1804
29,73	4.812	1.180	4.270	1805-1809
30,15	4.913	1.305	4.624	1810-1814

Como puede verse, el balance demográfico sigue siendo positivo. La nupcialidad no dejó de elevarse a causa, al parecer, del sistema de conscripción, que dispensaba a los hombres casados del servicio: la natalidad le siguió, aunque en una proporción más débil. Si el número de defunciones fue especialmente grande, sobre todo después de 1809, es porque la guerra pesaba de una manera cada vez más grave a partir de la expedición de España. Passy habló de 1.700.000 muertos, cifra tomada de Hargenvilliers, director adjunto de la Conscripción, y retomada por Taine. Vacher de Lapouge avanzaba 2.600.000 hombres para Francia y 3.500.000 para el extranjero. En 1930, Albert Meynier, utilizando las indicaciones suministradas por Martinien, *Officiers tués et blessés, 1805-1815*, disminuía, en la *Revue des Études napoléoniennes* de 1930 (pp. 26-51), «Levées et pertes d'hommes sous le Consulat et l'Empire», las estimaciones precedentes a 427.500 muertos en el campo del honor. Pero no tenía en cuenta a los soldados muertos de enfermedad o a los prisioneros que no habían regresado. Admitió, en una reedición de su artículo, en 1932, bajo forma de tirada aparte (*Une Erreur historique, les morts de la Grande Armée et des armées ennemies*), que el total de las pérdidas debía fijarse en un millón para el período 1800-1815. Cifra adoptada por G. Lefebvre. Retomando el problema, a partir del censo de 1851 (que aporta la distribución por edad), Bourgeois-Pichat, en *Population* (1951), propuso 860.000 desaparecidos. Utilizando en esta ocasión los registros de control conservados en los Archivos del Ministerio de la Guerra, Jacques Houdaille llega, para el ejército de tierra, a un total de 916.000 muertos para Francia («Le problème des pertes de guerre», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 411-423). No podemos hablar de una sangría demográfica en razón del excedente de nacimientos sobre las defunciones y de la inmigración extranjera, puesta de manifiesto por Houdaille.

Otro factor de morbilidad: las epidemias, en regresión bajo el Imperio, con excepción del tifus, a partir de 1813. Se leerá con interés R. Darquenne, «La dysenterie en Belgique à la fin de l'Empire», *La Revue du Nord*, 1970, pp. 367-373, a la espera de una historia de la enfermedad para el período 1800-1815 (véase G. Thuillier, «Pour une histoire du médicament en Nivernais au XIX^{e} siècle», *Revue d'Histoire économique*, 1975, pp. 73-98). Las nosografías utilizadas por Biraben («Les causes de décès sous la Révolution et l'Empire», en *Mélanges Reinhard*, 1973, pp. 59-71) ponen de relieve la aplastante mayoría de las defunciones por lesiones

orgánicas (sífilis, cáncer, gangrena…).

Al nivel de la ciudad o de los pueblos, se leerán los estudios sobre Nancy, Toulouse, Estrasburgo y Caen en *Contributions à l'Histoire démographique de la Révolution française*, 2.ª serie (1965). Para París: J. Tulard, «Guerre et expansion démographique à Paris sous le Consulat et l'Empire», y L. Bergeron, «Recrutement et engagements volontaires à Paris sous le Consulat et l'Empire», *ibidem*, 3.ª serie (1970).

Balzac explicó la popularidad de Napoleón entre los campesinos por la garantía que les daba en lo concerniente a la venta de los bienes nacionales. Esa es igualmente la idea desarrollada por G. Lefebvre y Chabert (*Essai sur le mouvement des prix et des revenus en France de 1789 à 1820*, 1949). En cambio, Tocqueville, M. Bloch (*Caractères originaux de l'Histoire rurale française*, 1952) y Godechot (*Les Institutions de la France sous la Révolution et l'Empire*) minimizan el alcance social de la venta de esos bienes. Blandine Maurel retomó la cuestión: «Vente des biens nationaux et popularité de l'Empereur», *Revue d'Histoire économique et sociale*, 1975, p. 428. Es cierto, corrobora, que Foville en *Le Morcellement* (1885) registra la aparición de medio millón de nuevos propietarios entre 1789 y 1816. Pero el establecimiento del catastro parcelario y la venta que la nobleza hace de sus bienes para hacer frente a sus necesidades intervienen de un modo importante en este crecimiento. Son sobre todo los burgueses acomodados los que compraron los bienes nacionales. «Si la parte inmobiliaria de los campesinos y de las clases populares, obreras y artesanales, se elevó de 16.000 millones en 1789 a 16.700 millones después de la venta de los bienes nacionales, este aumento del 4,3 por 100 no puede considerarse como una transferencia del capital inmobiliario para beneficio del pueblo… En realidad, aparte de los hábiles políticos aprovechados del nuevo régimen, la venta de los bienes nacionales benefició mucho a los burgueses acomodados y muy poco a los campesinos, y de estos los más interesados tuvieron que contentarse con las briznas desdeñadas por los otros». Pero el autor no habla de la abolición de la feudalidad, mantenida por Napoleón, y de la subida salarial de los jornaleros, factores decisivos en la popularidad del Emperador.

La criminalidad sigue siendo mal conocida. Algunos casos famosos de falsificadores de moneda y de contrabandistas, y el horrible crimen del abacero Trumeau, desviaron la atención de las realidades. En París, el 30 por 100 de los delincuentes eran mujeres; el 62 por 100 venían de las provincias. El 65 por 100 eran obreros y, tan solo, el 8 por 100 criados; el 19 por 100 tenía menos de veinte años. Pasquier, prefecto de policía, señala la existencia de bandas de niños bien organizadas.

Napoleón concedía una importancia considerable a la cotización de la renta, el famoso 5 por 100 (véase Lanzac de Laborie, *Paris sous Napoléon*, t. VI, 1910) negociado en Bolsa. En realidad, el mundo de los rentistas parece haber preferido los préstamos hipotecarios, las tontinas, especie de sociedades de seguros mutuos, la

especulación en los países conquistados o incluso la actividad «corsaria». De ahí la atonía de la Bolsa (véase A. Colling, *Histoire de la Bourse*). Sobre la ley del 21 de nivoso del año VIII: G. Massa-Gille, «Les rentes foncières sous le Consulat et l'Empire», *Bibl. École des Chartes*, 1975).

Un problema de vocabulario: el empleo de la palabra *burgués* cuyo sentido se modificó desde la Edad Media. Bajo el Imperio, se habla más de *propietario* para designar la clase burguesa, una de cuyas elites estaba representada por los notables (Vovelle y Roche, «Bourgeois, rentiers et propriétaires», *84e Congrès des Sociétés savantes*, 1959, pp. 419-452). Sigue dedicándosele atención al mundo de las ciudades: P. Delpuech, «Une institution de Napoléon I^{er}, les bonnes villes», *Rev. Institut Napoléon*, 1971. Para Normandía: J. Vidalenc, «Sociétés urbaines et villes de la Seine inférieure sous le Premier Empire», *Annales de Nice*, 1969, pp. 291-314, y el *Journal d'un bourgeois d'Evreux* (1850).

¿Hay que situar en el anaquel de las leyendas el desprecio de Napoleón hacia los comerciantes? Ch. Durand es matizado («Les intérêts commerciaux et le recrutement du Conseil d'État pendant le Consulat et l'Empire», *Études et documents*, Conseil d'État, 1961); asimismo Begouën-Demeaux, en su biografía de Jacques-François Begouën (t. II, 1958), opulento negociante de Le Havre llamado al Consejo de Estado, pero que no consiguió nunca ingresar en el Senado. Hecho significativo: la mayoría de los consejeros de Estado llamados a tramitar negocios financieros (Jaubert en el Banco de Francia, Berenger en la Caja de Amortización…) habían surgido de la burguesía, pero no eran confidentes de Napoleón, a la manera de los compinches de Luis XI (Olivier le Daim, Tristan l'Hermite). Narbonne (hijo natural de Luis XV) ha sido, con tal vez Roederer antes, uno de los pocos en desempeñar vagamente esa función (véase Dard, *Le comte de Narbonne*, 1943).

Predominio de la burguesía en el reclutamiento de los nuevos mandos del ejército, como mostró P. Caries, en el caso de Hérault (el 50 por 100 de hijos de propietarios entre los aspirantes a la charretera), en el curso del coloquio de historia militar de Montpellier (1974). Los gastos de estudios en la Politécnica, en la Escuela Especial Militar instituida en 1802 y en la Escuela de Caballería de Saint-Germain, creada en 1809, eran lo suficientemente elevados como para que, a pesar de las becas, solo pudieran soportarlos padres acomodados.

Eso no atenuó el conflicto entre sociedad civil y sociedad militar (véanse los ejemplos aportados por G. Canton, *Napoléon antimilitariste*, 1902).

Observemos paralelamente la creación de círculos (Agulhon, *Le Cercle dans la France bourgeoise*, 1977) que traducen una reacción masculina contra el predominio de la mujer en *el Salón*; las esposas estaban excluidas de los círculos. La sociedad napoleónica fue, por lo que parece, profundamente misógina. Un punto positivo sin embargo: Napoleón fue uno de los precursores de la seguridad social al firmar, el 26 de mayo de 1813, el decreto que autorizaba la creación de una sociedad de previsión y de seguros para los mineros del departamento de Ourthe, alimentada por una

retención del 2 por 100 sobre los salarios y una participación patronal (Puraye, «Napoléon et le mineur Goffin», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1957, pp. 1-8).

Capítulo 14

UNA ECONOMÍA DE GUERRA

A la llegada de los notables se encuentra ligada la expansión económica de Francia. Del mismo modo que se fecha el fabuloso destino de las «dinastías burguesas» en la época napoleónica, nos sentimos tentados a hacer partir del Imperio el triunfo del capitalismo en Francia. Napoleón puso de su parte. «Fui yo quien creó la industria francesa», confesó a Caulaincourt en 1812. Se elaboró, en efecto, sin haberlo querido quizá conscientemente, una legislación favorable a las grandes sociedades; un gobierno más atento que sus predecesores a los problemas económicos, pero cuyo dirigismo no se debe exagerar, fomentó los progresos del maquinismo; finalmente, la estadística ocupó un lugar importante en los escritos de la época, aun cuando no hubiera sido inventada por el Imperio. Sin embargo, esta nueva economía está sometida ante todo a una coyuntura de guerra, la del bloqueo. Aparentemente, la victoria abrió a la industria francesa fabulosos mercados, los que hasta entonces poseía Inglaterra en Europa; pero la Francia napoleónica no disponía de una producción suficientemente desarrollada para conquistarlos, a causa de una mecanización tardía y lenta. Con la guerra marítima, se arruinaron los antiguos motores de expansión del siglo XVIII, los puertos del Atlántico, y los futuros centros carboneros del interior todavía no habían cogido el relevo. Es cierto que la agricultura vio aparecer nuevos cultivos en relación con la escasez provocada por la detención de las importaciones de productos coloniales, aunque los vinos y los aguardientes tuvieron dificultades para exportarse hacia su principal cliente, Gran Bretaña. Frente a las crisis que sacudieron a esta economía, los notables del Primer Imperio no parecían haber asimilado todavía los mecanismos económicos que constituyeron la fortuna de Inglaterra. A buen seguro, la revolución industrial y capitalista solo estaba en sus inicios. Pero se habían dado los tres bastonazos para llamar la atención del público.

Las rutinas de la agricultura

«¿Qué es la agricultura? La base de la riqueza del Estado, el granero principal al que todos los demás acuden a proveerse», escribió Pradt en el año X. Términos que retomó Napoleón: «El alma, la base principal del Imperio». Es decir que, al igual que la propiedad de la tierra seguía siendo la fuente fundamental de la riqueza, la agricultura no había dejado de ser la principal actividad económica.

Pradt, en su libro *Del estado del cultivo en Francia*, patrocinado por Arthur Young y la agronomía inglesa, invitaba a los agricultores a mejorar sus técnicas. Trazaba un vasto programa ante el que el gobierno consular y luego imperial no se mostró indiferente: creación de granjas experimentales, aclimatación de plantas exóticas, «cuidados especiales que procurar a los animales útiles», interés mayor orientado al viñedo.

Suprimidas bajo la Revolución, las sociedades agrícolas se reconstruyeron en el

año VI. En 1808, había cincuenta y dos. Su papel fue importante en la mejora de los instrumentos de labor y la extensión de praderas artificiales. El impulso vino sobre todo de París, cuya sociedad publicaba informes en tiradas de mil ejemplares a cargo del departamento. A las discusiones teóricas, añadía consejos ofrecidos a los propietarios explotadores que acudían a exponer sus dificultades. En provincias se abrieron concursos sobre la abolición de los barbechos y la introducción de la alfalfa. Pero las iniciativas privadas tuvieron a menudo una influencia más importante que los informes de los agrónomos: citemos por ejemplo, en Doubs, la hacienda de la Roche donde el conde de Scey emprendió, en acuerdo con el prefecto Jean Debry, el cultivo de la remolacha azucarera.

De hecho, los progresos siguieron siendo lentos bajo el Imperio. De los cincuenta y dos millones de hectáreas que constituían entonces la superficie de Francia, había —según escribe Chaptal— veintitrés millones de hectáreas de tierras laborables, tres millones y medio de hectáreas de pastos, y otros tantos de prados; alrededor de cuatro millones eran tierras baldías, landas y brezales; siete millones de hectáreas estaban ocupadas por los bosques. El barbecho solo retrocedió en las regiones ricas, Normandía, Alsacia o norte de Francia. El gran problema seguía siendo el de la falta de estiércol. Insuficiencia de la ganadería, pero también mediocre calidad de los abonos, mal preparados a base de malas pajas. Poco progreso del utillaje (arado de Brie, preferencia por la hoz —más económica— sobre la guadaña, trilla con mayal).

Entre los nuevos cultivos, la patata solo experimentará su verdadero desarrollo bajo el reinado de Luis Felipe. El tabaco estaba sujeto en el sur a fluctuaciones: en el invierno del año XIII, el precio de la libra subió hasta 16 *sous*; pero, a partir de 1806, los beneficios disminuyeron: la detención de las importaciones de tabaco de Virginia y la multiplicación de las fábricas clandestinas fueron la causa de este declive. El gobierno reaccionó con el decreto del 29 de diciembre de 1810, que creaba la Régie des Droits Réunis, encargada de comprar todo el tabaco, que vendían estanqueros provistos de licencia. Entonces aparecieron manufacturas de tabaco, como la de Tonneins en Lot.

Napoleón recibió con entusiasmo la invención de Delessert que permitía la extracción de azúcar de la remolacha. En un informe del 23 de marzo de 1811, el ministro del Interior aseguraba que «la remolacha es una de las mejores plantas que pueden emplearse para alimentar a los animales; es una de las más productivas y ejerce una feliz influencia en el abono de las tierras y las dispone favorablemente para la producción de cereales».

> La extensión de este cultivo —añadía Montalivet— debe beneficiarse con grandes ventajas, y por lo demás, al no exceder la porción de terreno necesario para el abastecimiento de las remolachas, de las que podría extraerse todo el azúcar necesario para nuestro consumo, las treinta y cinco mil hectáreas, bastaría con que cada uno de los departamentos del Imperio suministrase un contingente de cien a cuatrocientas hectáreas.

Los derechos arancelarios de entrada y de consumo sobre el azúcar de las

colonias ya habían sido fijados por un decreto del 5 de agosto de 1810. Se mantuvieron y se concedieron primas a los fabricantes. Pero los rendimientos en azúcar siguieron siendo pobres, a pesar de la multiplicación de fábricas: Passy, Château-Thierry, Bourges, Pau, Castelnaudary, Douai, Mons, Namur, Parma.

Menos afortunado incluso fue el algodón: los establecimientos fundados en Bocas del Ródano y Pirineos no dieron apenas resultados. Exitosa fue, en cambio, la hierba pastel en el sur: la escuela experimental de Albi perfeccionó su técnica. Pero las plantas industriales perturbaban los hábitos de los campos y los notables rurales que hubiesen podido imponerlas no siempre comprendían su interés. En el mejor de los casos, no se buscaba más que un beneficio rápido y arrendamientos seguros.

Triunfó igualmente la rutina en la ganadería. Algunas instalaciones de carneros (Sabres, Loriol, Adge o Cambrai) o de sementales (Pau, Tarbes, Perpiñán, Grandpré en las Ardenas o Le Bec en Normandía), el cruce de ovinos landeses con merinos españoles, o la aparición de búfalos en las Landas, no bastaron para rehacer los antiguos rebaños. En los Alpes, la trashumancia seguía siendo la regla. De octubre a mayo, más de cincuenta mil animales se trasladaban a pastar a Provenza, y en verano volvían a las montañas en columnas de dos mil. Los habitantes recogían algunos abonos de estos tránsitos sin dejar de deplorar el incremento del número de lobos. El principal obstáculo para el progreso de la ganadería residía, como subrayaban los informes de los prefectos, en la fragmentación de las propiedades, del mismo modo que la mediocridad de los rendimientos en cereales se explicaba por la debilidad de los abonos; círculo vicioso en el que se encontraba encerrada la agricultura francesa en tanto siguiera rechazando la pradera artificial.

No cesaron de producirse estragos en los bosques. Principal enemigo: las cabras. «Suponen la pérdida de los bosques cuya reproducción impiden», escribe el prefecto de Bajos Alpes, Alexandre de Lameth. El 6 de enero de 1801 y, luego, el 26 de enero de 1805, se reorganizó la administración de los bosques. Un director general presidía un consejo de cinco miembros. Los inspectores recorrían los treinta y un distritos forestales del Imperio, encomendados a los conservadores y ayudados por guardias generales. En vano: los delitos forestales siguieron siendo numerosos. Había ocho millones de hectáreas de bosque de las que un millón ochocientas mil pertenecían a particulares y el resto al Estado o a los municipios.

Y estaban los viñedos, especialmente prósperos bajo el Imperio. Hacia 1808, cubrían, según las estimaciones de Chaptal, 1.613.939 hectáreas y producían una cosecha de treinta y cinco millones de hectolitros. «¡Qué furor de viñedos! Francia está cubierta de ellos», anotaba un contemporáneo. La diversidad de la producción era enorme, de Borgoña, donde se consideraba el *chambertin* como vino preferido del Emperador, a Champaña, donde Moët y Chandon impusieron sus espumosos. A pesar del bloqueo, las exportaciones de los vinos del Bordelés, siempre buscados, prosiguieron por acarreo en el continente, pero también por vía marítima hacia Inglaterra, gracias al sistema de las licencias: 2593 galones en 1805, 13.105 en 1809.

En cambio, en los alrededores de París no se obtuvieron más que vinos «fríos» y «acerbos», pero que servían para el consumo de la capital. En estas condiciones, se entiende el interés concedido al cultivo de la viña: el arte de plantarla, de podarla y de abonarla suscitó numerosas obras. Cadet de Vaux insistía, por su parte, en la intervención del químico en la preparación del vino.

Se lee en *La hoja del cultivador* que, al margen del viñedo, que está bien cuidado, las demás partes de la agricultura son insignificantes o viciosas. Observación excesiva, sin duda, pero que subraya el retraso de Francia con respecto a la agronomía inglesa. Los prefectos solían acogerse al reparto de los bienes municipales para explicar este retraso. La venta de los bienes nacionales, en cambio, permitió la explotación de grandes haciendas dejadas hasta entonces sin cultivar por la Iglesia. A condición no obstante de que hubieran sido adquiridas por grandes granjeros o propietarios explotadores. Porque la búsqueda de prestigio social fue con frecuencia más determinante que la preocupación por la rentabilidad en el momento de la adquisición de tierras por parte de los nuevos notables, que sacrificaban a su vez los suelos arables a los parques de recreo y a los bosques ricos en caza. Napoleón se irritaba por ello: «No soportaría que, en un departamento triguero, un particular condenase a la esterilidad veinte hectáreas de terreno para hacerse un parque». Cólera sin futuro.

Los progresos de la industria

En cuatro años, los franceses pudieron calibrar los progresos realizados en el ámbito industrial. La exposición del año IX había reunido a doscientos veinte expositores en el patio del Louvre, en la del año siguiente había quinientos cuarenta. La guerra interrumpió esta tradición. Se reanudó en 1806 y la nueva exposición reunió a 1422 expositores, procedentes de todos los departamentos. Si se lee el informe del jurado encargado de examinar los productos expuestos, lo que se presenta es un compendio de todas las actividades industriales de la época: pañerías, cachemires, sargas y estameñas, telas de fantasía, terciopelos y seda; sombrerería y cintería, encajes y blondas; cáñamo, lino, algodón, bombasíes y piqués, muselinas y nanquines; en el textil, hierros y aceros; en la metalurgia, máquinas de hilar; en la mecánica, alumbre, sosa cáustica, sulfato de hierro y tintes; en la industria química, cristales, porcelana, orfebrería de Biennais y relojería de Breguet… Se concedía una importancia especial a las manufacturas del Estado: porcelana de Sèvres, tapicerías de Gobelins y de Beauvais, tapices de la Savonnerie. Ocupado en la campaña de Prusia, Napoleón no pudo visitarla. Champagny le escribió, el 4 de octubre de 1806: «Todo el mundo coincide en decir que las exposiciones precedentes estaban muy lejos de haber suscitado una contribución semejante. Y da fe de que nuestras manufacturas han realizado progresos».

Tres sectores en punta: el algodón, la química y los armamentos.

El primero no gozó de los favores del Emperador, que le reprochaba la importación de su materia prima, y prefería fomentar la seda, el lino o la lana. Las tentativas de aclimatación en el sur de Francia y en Italia habían fracasado y hubo que resignarse a utilizar fibras procedentes de Oriente Medio o de Brasil. Pero la desaparición de la competencia inglesa y la moda de los nanquines, bombasíes e indianas fueron poderosos estimulantes, relacionados con el desarrollo del lujo. Los progresos técnicos fueron importantes, sobre todo en la hilatura donde se obtuvieron hilos cada vez más finos. Se multiplicaron las devanadoras de algodón y las lanzaderas mecánicas. «Es en las máquinas de hilar el algodón donde nuestra industria parece haber hecho más progresos», informaba Champagny al Emperador en su carta del 4 de octubre. Hubiera sido necesario citar también la máquina de hilar el lino de Philippe de Girard y el telar de Jacquard, pero el rendimiento del material inglés seguía siendo entre cuatro y cinco veces superior al del utillaje francés.

La química experimentó igualmente una brillante expansión. Durante mucho tiempo, Francia había sido tributaria, en lo que concierne a la sosa cáustica, de las importaciones extranjeras. Las barrillas de sosa se hacían llegar de España y de Sicilia para abastecer las cristalerías, lavanderías y tintorerías del país. La reanudación de la guerra con Inglaterra, y luego las dificultades con España, provocaron una subida espectacular del precio del quintal: de 45 francos en 1807 pasó a 350 francos en 1808. Aclimatar la sosa en Provenza era una solución, pero insuficiente. Un decreto del 13 de octubre de 1809 liberó la industria de la sosa cáustica de sus trabas fiscales (a saber, el impuesto sobre la sal empleada en la fabricación): había treinta y tres fábricas. Como consecuencia, el precio del quintal de la sosa cáustica de España cayó de 120 a 55 francos. En otro sector, el agua de Javel [lejía], ácido hidroclorhídrico diluido en agua, tuvo un gran éxito. En su fábrica de Ternes, Chaptal producía todos los ácidos, el clorato de sodio y las sales de plomo.

¿Habría algo de que extrañarse por las elevadas cifras de producción obtenidas por las manufacturas de armas? A las antiguas manufacturas de Maubeuge, Charleroi, Saint-Étienne, Tulle y Klingenthal, se añadieron Mutzig, Lieja, Turín y Culembourg. La producción total alcanzó, en 1806, 265.800 armas. Los obreros, aunque sometidos al régimen militar, podían eludir el campo de batalla: de ahí quizá su elevado número. La fabricación estaba sometida a la supervisión de inspectores generales cuyos informes llegaban a la sexta oficina del Ministerio de la Guerra dirigido por Gassendi. A menudo se ha hecho recaer en Napoleón la responsabilidad por la ausencia de adelantos técnicos en el armamento. En realidad, con frecuencia fue la burocracia la que frenó las mejoras. Así, al advertir los armeros que «la frecuente renovación del tornillo que fija el martillo del fusil de infantería se debe a la facilidad con la que se rompe cuando, por falta de atención, el soldado tira del gatillo con la batería invertida», y que sería deseable que este tornillo estuviera hecho de acero y no de hierro, el proyecto quedó enterrado en el olvido en el Ministerio de la Guerra sin

haber sido transmitido al Emperador.

El maquinismo sin el que la revolución industrial hubiera sido imposible fue saludado en términos entusiastas por Chaptal: en realidad, la máquina de vapor no experimentó bajo el Imperio más que una débil difusión. La metalurgia, con excepción de Creusot, gracias a sus altos hornos de carbón, se atascó.

Pese a todo, dos factores prepararon, a largo plazo, el desarrollo del capitalismo. La legislación napoleónica consagró el triunfo de la libre empresa gracias al mantenimiento de la supresión de las corporaciones, a pesar de algunas veleidades de restablecimiento por parte de la policía imperial. Si el Estado intervino, en el caso de concesiones mineras, por ejemplo, fue en el sentido de los intereses privados. Al romper con la ley del 28 de julio de 1791, que daba total libertad a los «propietarios de la superficie», el nuevo derecho minero separaba, en efecto, por la ley del 21 de abril de 1810, la propiedad del suelo de la del subsuelo y atribuía al Estado el derecho de conceder la explotación de este último. Las concesiones se efectuaron contra el pago de un impuesto módico en relación con los beneficios; poco numerosas, en definitiva, permitieron una primera concentración de las explotaciones. Las supervivencias del Antiguo Régimen se habían abolido. En la orilla izquierda del Rin, desapareció la utilización colectiva de los altos hornos y de las forjas; la ley francesa transformó las antiguas enfiteusis en libres propiedades hereditarias. Finalmente, el Código del Comercio de 1807, al crear las sociedades anónimas, favoreció así las nuevas aportaciones de capitales.

Paralelamente a la legislación establecida, un segundo factor debe ser tenido en cuenta: el capitalismo inmobiliario, que fue la causa del desarrollo de la metalurgia de la fundición en el siglo XVIII, tendió, bajo el Imperio, a eclipsarse ante un capitalismo bancario, más triunfador. Se puede observar en Dauphiné con los Périer: Augustin se ocupaba a la vez de su banco y de su fábrica de indianas en Vizille.

Al lado de los mariscales y de los consejeros de Estado, ocupan un lugar en la leyenda napoleónica los grandes capitanes de la industria. Por ejemplo, Richard (1765-1839), el rey del algodón. Este hijo de campesino desempeñó todos los oficios antes de abrir, en asociación con Lenoir-Dufresne, gracias a afortunadas especulaciones con los bienes nacionales, un almacén de paños cuyos beneficios fueron rápidamente formidables. Richard y Lenoir «inventaron» la venta a precio fijo. Pasando del comercio a la fabricación, instalaron talleres de tejido y de hilatura en el antiguo convento del Bon-Secours, Rue de Charonne. De París, se extendieron por las provincias: Alençon en 1800, Sées en 1802, Laigle en 1806… En 1810, a la muerte de Lenoir, la empresa empleaba a doce mil ochocientos obreros. Otra gran figura del textil fue Oberkampf, que instaló en Jouy, antes de la Revolución, una manufactura de telas pintadas. Esta tenía, en 1805, 1322 empleados y daba un beneficio anual de 1.650.000 francos. François de Wendel (1778-1825), en el ámbito de la siderurgia, reconstruyó una fortuna de la que había sido desposeído como emigrado: la recompra de Hayange y, luego, en 1809, de Creutzwald, la adquisición finalmente de

Moyeuvre, en 1811, marcaron una nueva etapa en el destino de esta familia. Habría que citar a Ternaux, que revolucionó la industria de los paños, a Douglas y sus máquinas para cardar la lana, a Koechlin.

A pesar de la escasez de algunas materias primas y de la limitación de las fuentes de energía, la industria francesa desbordaba de optimismo entre 1806 y 1810. El retorno del orden y la seguridad, el restablecimiento del lujo y la ampliación de las salidas comerciales en relación con las conquistas napoleónicas (Napoleón no dudaba en presionar a sus aliados para que abrieran sus fronteras a los productos franceses) fueron el motivo de una euforia que llevará a cometer imprudencias.

Pero este desarrollo industrial no se da sin la preocupación de los notables más conservadores. Chaptal resume sus temores aunque él mismo siempre había sido favorable al progreso:

> Cuando la guerra o las prohibiciones cierran las salidas comerciales a los productos industriales, vemos con dolor a grupos de hombres inactivos sufrir, agitarse y con demasiada frecuencia perturbar la tranquilidad pública. Sin duda, sería deseable que, en lugar de formar estas aglomeraciones de individuos para explotar algún género de industria, se les dejase diseminados por los campos donde la fabricación no sería más que un instrumento auxiliar de los trabajos de la tierra.

Por miedo a una explosión social, las autoridades parisinas frenarán la expansión manufacturera de la capital, ya obstaculizada por la falta de materias primas y de fuentes de energía.

Avances y retrocesos del comercio

Si el Bloqueo Continental proporcionó a la industria una eficaz barrera proteccionista, precipitó en cambio el declive de los grandes puertos, al menos aquellos a los que la actividad corsaria (como en Calais, Boulogne y Dunkerque) y el cabotaje no aseguraban un complemento de recursos, o que carecían de raíces profundas en el interior del país gracias a los ríos o a los canales. Ese era el caso de La Rochelle. «La ruina de las colonias y la prolongación de la guerra provocan un perjuicio inmenso a las ciudades marítimas. Nunca el desaliento de cualquier empresa comercial se llevó tan lejos. Mucha gente se ha arruinado», indicaba el consejo general de Charente Inferior en su sesión del año XII. Entre 1804 y 1810, apenas unos sesenta navíos que ondeaban un pabellón del norte de Europa y una veintena de navíos norteamericanos que venían a buscar vinos, sales y aguardiente, fondearon en los puertos de La Rochelle, si hemos de creer al *Anuario estadístico del departamento* de 1813. La casa de comercio más importante de la plaza, la de los hermanos Garesché, no pudo resistirlo, dejando un pasivo de novecientos mil francos.

Nantes y Burdeos soportaron mejor el bloqueo. Con la paz de Amiens, el armamento colonial había recuperado un poco de su esplendor pasado. En 1802, Burdeos armaba cerca de doscientos ocho navíos para las colonias, «o sea una cifra

bastante comparable a las del final del Antiguo Régimen», según las evaluaciones de los historiadores. El puerto recibió, ese año, doscientos veinte cargamentos coloniales. En los armamentos, las islas de Francia y de Borbón tomaban el relevo de las Antillas. Finalmente, las exportaciones de los grandes crudos bordeleses hacia Inglaterra recobraban su antiguo tonelaje. Después de 1803 y hasta 1807, Burdeos, al igual que los demás puertos del Atlántico, más beneficiados que los del Canal de la Mancha, sometidos a la estrecha vigilancia de la flota inglesa, conservó una parte de su tráfico gracias a los países neutrales, Estados Unidos y Dinamarca. En 1808, cuando el endurecimiento del bloqueo afectó al comercio con los neutrales, la interrupción fue general; fue el sistema de las licencias, con —en menor medida— la actividad corsaria, los que salvarán al puerto de la asfixia. Pero asistimos en el interior del país a un fenómeno de «desindustrialización» que acabó por afectar a la mayor parte de la fachada atlántica.

Marsella disfrutó de un respiro análogo entre 1801 y 1807, antes de eclipsarse en beneficio de Trieste, Livorno y Malta.

> El Emperador había conquistado Génova en el año XIII, Livorno en 1808, y el tratado de Viena le concedió Trieste. Lo que adulaba el orgullo nacional afligía cada vez más a los negociantes de Marsella, escribió en sus *Memorias* Thibaudeau, bien situado para recoger las reclamaciones de los marselleses, ya que era el prefecto de Bocas del Ródano. Consideraban a estos tres puertos extranjeros como intrusos en la familia francesa, rivales que el Emperador favorecía como recién llegados.

Índice significativo de la preocupación que empezaba a causar entre los «notables» la política de incesantes anexiones del Emperador.

El declive de la feria de Beaucaire va ligado al de Marsella. Sin embargo, el comercio interior, como se ha subrayado muchas veces, sacó un enorme beneficio de la coyuntura. El desplazamiento hacia el este favorecía las grandes vías navegables: el Rin hizo de Estrasburgo un almacén a escala europea. Que Napoleón haya retomado la política de los canales comenzada por la monarquía (canal de Saint-Quentin, canal del Ourcq, etc.) no nos puede extrañar. El interés concedido al sistema viario provenía, en lo que a él respecta, del ejemplo romano. El decreto del 16 de diciembre de 1811 establecía una clasificación entre rutas imperiales y rutas departamentales. Tales vías debían facilitar naturalmente la circulación de las mercancías y permitir tanto a los correos como a las mensajerías mejorar su velocidad. De hecho, todavía se necesitaban quince horas para ir de París a Orleans, y el informe sobre el transporte, en 1811, sacó a la luz los retrasos acarreados por las prácticas rutinarias de los comisionistas y los carreteros. Pero para Napoleón las rutas tenían sobre todo un valor estratégico. La ruta del Simplón, inaugurada el 9 de octubre de 1805, pero concluida en 1809, afirmaba el dominio francés sobre Italia. Lo mismo sucedía con el paso del Mont-Cenis. Lyon aprovechó su apertura para incrementar su importancia comercial.

Otros factores estimularon el comercio interior: la estabilidad monetaria, la introducción en las costumbres del sistema métrico

(es cierto que no sin fuertes resistencias), la promulgación de un Código de Comercio en 1807, y el establecimiento de cámaras de comercio, cuyo papel era simplemente consultivo, pero cuyos deseos podían orientar al gobierno. Signo de los tiempos: el escaparate suplantaba poco a poco al letrero. Esta transformación de las tiendas se llevó a cabo más rápidamente en París que en provincias.

La crisis de 1805

La vulnerabilidad de la economía francesa queda atestiguada por varias crisis, la última de las cuales, volveremos sobre ella, será fatal para el régimen. Esta vulnerabilidad radicaba en la debilidad del crédito: la menor crisis de confianza bastaba para hacerlo tambalear, y es sabido cómo en período de guerra el más mínimo rumor alarmante puede cobrar rápidamente consistencia. Se vio bien en el caso de los Negociantes Reunidos, que revistió en 1805 proporciones inesperadas.

Fiévée, con ocasión de una nota de febrero de 1806, la analizó penetrantemente: veía en ella el abuso de la especulación en una capital cuya resistencia financiera no era tan fuerte como la de Londres. En septiembre de 1805, Barbé-Marbois, ministro del Tesoro, había devuelto la crisis a sus justas proporciones: una falta de confianza sobrevenida en un momento delicado de la coyuntura.

Al comienzo se dejó arrastrar por hábiles especuladores, Ouvrard, Desprez y Vanlerberghe, en un proyecto de importación a Francia de piastras mexicanas. Cuando la operación cobró mal cariz, se extendieron rumores de una posible sacudida del Banco de Francia: los reintegros adquirieron una amplitud considerable, en la medida en que se murmuraba que, al alejarse para una nueva campaña, el Emperador había dejado las cajas vacías de cualquier liquidez. La afluencia a las ventanillas de reembolso se convirtió en un motín. La victoria de Austerlitz restableció, mal que bien, la confianza. Pero, al haberse enrarecido súbitamente la liquidez, siguieron una serie de quiebras, la más ilustre de las cuales fue la de Récamier. La caída de las ventas en el textil vino a agravar la situación. El paro se abatió sobre los grandes centros manufactureros: el invierno de 1806 a 1807 fue todavía duro, en Lyon y en París, para los obreros. Iniciado a comienzos de 1806, el marasmo industrial se generalizó de Normandía a Alsacia, de norte a sur. Napoleón reaccionó enérgicamente: un refuerzo del proteccionismo, a partir de febrero de 1806, verdadero preludio del bloqueo que se decretó en Berlín el 21 de noviembre del mismo año; importantes préstamos a los industriales; y encargos a la industria del lujo. En la primavera de 1807, se había superado la crisis. Como en 1802, el régimen ganó con ello una nueva popularidad y extrajo una impresión de seguridad demasiado grande que habría de cegarle en 1810. La depresión de 1805 no fue más que una crisis de confianza en la banca, complicada por una superproducción textil, quizá independiente, quizá ligada a la deflación del crédito, sobre eso no se ponen de acuerdo los economistas. El sector agrícola no se vio afectado; las cosechas siguieron siendo satisfactorias en 1805, 1806 y 1807. Se perdió de vista este aspecto del

problema: la exposición de 1806, con los paños finos de Ternaux, las cachemiras de Bellanger, los bombasíes de Richard-Lenoir, la porcelana de Nast y Dilh, las telas enceradas de Seghers, los cueros de Salleron, los bronces de Thomire y los papeles pintados de Jacquemard y Bernard, mostraban la vitalidad de la industria. Napoleón recibió alabanzas. Ya a comienzos de enero de 1806, el ministro de Hacienda, Barbé-Marbois, como buen cortesano, que sin embargo habría de perder su puesto, escribía a Napoleón que el cielo se despejaba. ¿Por qué razón? «Bastó la noticia del pronto regreso de Vuestra Majestad para que mejoraran sensiblemente todos los negocios. Las quiebras cesaron inmediatamente en París».

Debates abiertos

¿Hay que fechar en el Imperio la puesta en marcha de la revolución industrial en Francia? Ese es el punto de vista defendido en especial por Marczewski y Toutain, en la *Histoire quantitative de l'Économie française* (1961), y Markovitch, *L'Industrie française de 1789 à 1859*, t. I (1965): incremento de las tasas de producción (el 3 por 100 anual entre 1796 y 1812), desarrollo de industrias punta e introducción acelerada del maquinismo (Ballot, *L'Introduction du Machinisme dans l'Industrie française*, 1923) serían sus principales indicadores. François Crouzet impugnó esta opinión: «El crecimiento realizado entre 1800 y 1810 no fue en parte más que una recuperación de las pérdidas padecidas durante la Revolución, y las industrias que se modernizaron solo constituían un sector muy minoritario de la industria» (prólogo al número especial del *Souvenir napoléonien*, 1971, «Napoléon et l'industrie»). Para Pierre Chaunu, más radical incluso, la expansión del siglo XVIII, rota por la Revolución, no se reanudó bajo el Imperio (*La Civilisation de l'Europe classique*, 1965). Según Albert Soboul, al contrario, «si la ausencia de una verdadera revolución tecnológica y el carácter modesto de la tasa anual de crecimiento no permiten hablar de un verdadero arranque industrial», no se puede enmascarar sin embargo la expansión de los años 1800-1810 y la prosperidad que lleva unida (*Le Premier Empire*, 1973). E. Labrousse habla de «crecimiento de la guerra». El bloqueo pudo tener «un efecto de desaceleración, pero no de inhibición», pudo retardar el crecimiento global, no frenarlo, «ayudó eficazmente a la acumulación de capitales de donde brotarán después de la paz los préstamos públicos y la inversión privada» (*Rapport au XIIe Congrès international des Sciences historiques*, 1965).

En «Wars, Blockade and Economic Change in Europe 1792-1815», *Journal of Economic History*, diciembre de 1964, pp. 567-588, François Crouzet puso de relieve el fenómeno de «desindustrialización» y de «pastoralización» de las tierras del interior de los grandes puertos, especialmente Burdeos, que trabajaba para ultramar. En contrapartida, se asistió al desarrollo de industrias situadas más al interior del Continente (el algodón en Sajonia y en la Francia del este). De ello resulta que,

contrariamente a lo que sostenía Tarlé («Napoléon et les intérêts économiques de la France», *Revue des Études napoléoniennes*, 1926, pp. 117-137), que mostraba a Napoleón sacrificando los países anexionados al «interés nacional», Bélgica y la orilla izquierda del Rin experimentaron un indudable progreso industrial, que desde luego hay que matizar, pero que fue real: R. Devleeshouwer, «Le Consulat et l'Empire, période de *take-off* pour l'économie belge?», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 610-610; el autor señala que, en 1807, Bélgica tenía una industria relativamente más importante que el resto del Imperio y que su crecimiento fue el mayor en «el conjunto relacionado con ella»; y R. Dufraisse, «L'industrialisation de la rive gauche du Rhin», *Souvenir napoléonien*, 1970, pp. 28-33. Así, el desplazamiento de los centros vitales de la economía europea hacia la cuenca renana favoreció lo que todavía en la actualidad constituye el «triángulo de oro» París-Hamburgo-Milán.

El pensamiento económico bajo el Imperio ¿merece el descrédito en el que se le ha tenido? Émile James llamó la atención sobre las grandes corrientes entre las que se reparte («Napoléon et la pensée économique de son temps», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1966, pp. 113-123). En una memoria que sigue inédita, M. Michel Chelini estableció una bibliografía crítica de las obras aparecidas en este campo entre 1800 y 1815, que da fe de la riqueza de estas corrientes. En 1801, Guer mostraba, en su *Essai sur le crédit commercial*, que Francia era más rica que Inglaterra, y solo la ausencia de un buen sistema de crédito explicaba el retraso de nuestro país con respecto a Gran Bretaña. De Guer se consagró a refutar a Gentz (*Essai sur l'état actuel de l'administration des finances et de la richesse nationale de la Grande-Bretagne*) y presentó, así como Bosc y Sabatier, otros economistas injustamente olvidados, un método de cálculo de la renta nacional (G. Thuillier, «Les essais de calcul du revenu national de 1800 à 1808», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1976, pp. 41-53) que equilibraba las evaluaciones de Francis d'Ivernois, el economista genovés que se pasó al servicio de Inglaterra (O. Karmin, *Sir Francis d'Ivernois*, 1920).

La crisis de 1805 dio lugar a una abundante literatura: Lanzac de Laborie, *Paris sous Napoléon*, t. VI (1910), Marion, *Histoire financière*, t. IV (1927), A. Fugier, *Napoléon et l'Espagne* (1930); A. Duchêne, *Guerre et Finances: une crise du Trésor sous le Premier Empire* (1940); J. Gabillard, «Le financement des guerres napoléoniennes et la conjoncture du Premier Empire», *Revue économique*, 1953, pp. 548-572 (defiende lo contrario de Chabert, que en su *Essai sur l'activité économique* ya citado había sobre todo puesto en duda una industrialización demasiado rápida y una caída de las ventas en el textil; para Gabillard, la crisis se explica más bien por un fenómeno de economización, fundamentalmente urbano, que provoca una deflación). B. Gille en su «Contribution à l'étude de la crise de 1805», *Bulletin du Centre de recherches sur l'histoire des entreprises*, 1954, insiste asimismo en este fenómeno de deflación. Para J. Bouvier, «À propos de la crise de 1805», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 506-513, se trata de una crisis típica del Primer Imperio: crisis de

deflación engendrada por la financiación de la guerra y por los comportamientos monetarios que acompañan la falta de confianza. «Faut-il réhabiliter Barbé-Marbois?», pregunta Escoube en la *Revue de l'Institut Napoléon*, 1975, pp. 101-119. Para él, la causa fundamental fue la ausencia de un recurso sistemático al crédito público. Napoleón quiso que la guerra abasteciese la guerra; se condenó a no tener las finanzas que exigía su política. Al menos, la guerra napoleónica costó así menos de lo que pudiera creerse. J. Muracciole, «Le tournant de l'Empire (1808-1812)», *Bull. Soc. Hist. moderne*, 1978, evaluó su precio en siete mil millones. (Lo que confirmaría las evaluaciones de Daru para el período 1805-1807, citadas más arriba).

Capítulo 15

El estilo imperio: ¿arte burgués o napoleónico?

No se dice «estilo Napoleón», sino «estilo Imperio». Sin duda menos para sobreestimar la importancia en el arte oficial de lo que llamamos en nuestro vocabulario «la ideología de la clase dominante», a saber la burguesía, que para subrayar la presunta incultura del gran hombre.

¡Qué curioso lector, en efecto, este soberano que arrojaba por las ventanas de su berlina los libros que no le gustaban! ¡Qué pobre cultura la de este emperador que ignoraba las reglas más elementales de la ortografía y confundía el Elba y el Ebro, Smolensk y Salamanca! ¡Y cómo se prestaría a risa el historiador que hablara del «siglo de Napoleón» con el mismo énfasis que para Pericles o Luis XIV! La dictatura militar de Napoleón no tiene buena reputación. ¡Ningún régimen en Francia pasa por haber asfixiado tanto la vida intelectual y artística de su tiempo! Y, sin embargo, ningún gobierno quizá se interesó tanto en estos problemas como el de ese general que sostenía: «Solo hay dos poderes en el mundo, el sable y el espíritu. A la larga, el sable siempre es vencido por el espíritu».

Triunfo del gusto burgués, a pesar de los acentos guerreros, y fracaso de la cultura dirigida, se ha dicho, de la orientación dada a las letras, las artes y las ciencias por Napoleón. Al menos conviene elaborar su balance en el apogeo del Imperio; podríamos quedar sorprendidos.

¿Decadencia de la literatura?

Mucho se ha hablado de una decadencia de la literatura, de la que sería responsable Napoleón. Únicamente Chateaubriand y Madame de Staël merecerían atención; ahora bien, ambos se encontraban en la oposición. El régimen imperial habría agotado toda inspiración, asfixiado cualquier forma de independencia y vaciado en el molde oficial los grandes géneros del siglo XVIII. Principal queja: la censura, una censura puntillosa, aunque encomendada a hombres de letras. Es cierto que Sade fue internado en Charenton, pero disfrutó de una relativa libertad y montó espectáculos —poco sádicos por lo demás— reservados por el director del hospicio, Coulmier, a algunos privilegiados. Su diario, encontrado más tarde, nos revela las facilidades «de todo tipo» de que gozó. Desorgues tuvo un suerte similar, pero con una duración limitada; Brifaut se vio obligado a cambiar el tema de *Don Sancho* por culpa de la guerra de España. Pero tras convertir *Barcelone* en *Babylone*, lo que dejaba la rima intacta, desaparecieron los obstáculos. En 1810, se prohibieron *Los Estados de Blois*, de Raynouard: el autor había introducido demasiadas alusiones políticas, pero no fue molestado.

Pero ¿por qué no decir que esta decadencia, cuya causa sería la censura, se remontaba ya a la Revolución? Esta implantó una represión más despiadada incluso que el Imperio: Chénier y Roucher fueron guillotinados mientras que ningún escritor fue ejecutado bajo el Imperio. François de Neufchâteau, por su *Pamela*, Destutt de

Tracy y Garat fueron encarcelados, así como Sade y Laclos. Marie-Joseph Chénier tuvo que renunciar a su *Timoleón*, retrato de excesivo parecido con Robespierre. Varias obras fueron desterradas del repertorio (*Atalía* o el *Mahomet* de Voltaire), otras expurgadas de cualquier alusión a la monarquía o al cristianismo. El Imperio, en comparación, parece infinitamente más suave. Lo que no significa de ninguna manera que la vigilancia se hubiera relajado bajo Napoleón. El decreto del 29 de julio de 1807 reducía el número de los teatros parisinos a ocho: Comedia francesa, Teatro de la Emperatriz (Odeón), Ópera, Ópera Cómica, Variétés, Gaîté, Ambigu-Comique y Vaudeville. Por consiguiente, «no se podía representar ninguna obra en otros teatros ni admitir público, incluso gratuitamente, colgar ningún cartel, distribuir ningún boleto impreso o a mano». A cada teatro se le asignaba un repertorio prefijado. Pero el decreto no siempre fue bien entendido. Pretendía volver a poner orden en la anarquía y evitar las quiebras que obligaban a cerrar las salas.

Sucedió lo mismo, más tarde, con la creación de la Dirección de la Librería y la Imprenta en 1810. Las preocupaciones policiales eran evidentes. Reducir el número de libreros parisinos a sesenta, exigirles un certificado y el juramento de «no imprimir nada contrario a los deberes hacia el soberano y al interés del Estado», equivalía a ponerlos en manos del gobierno. Pero la situación de la imprenta requería reformas. Un inventario de impresores establecidos en la capital censaba, hacia 1808, ciento cincuenta y siete, la mayoría de los cuales, especialmente el padre de Michelet, «miserables y sin patente», según el autor del informe, vegetaban sin verdadera cualificación profesional, muchos se habían improvisado como impresores después de la Revolución. Solo algunos negocios seguían siendo florecientes, Firmin-Didot o Agasse, yerno de Panckoucke. Las quejas eran numerosas: «Los libreros-editores optarán tarde o temprano por imprimir en provincias, donde el papel y los jornales de los obreros impresores son más baratos». Por lo demás, fue la solución adoptada por Mame. Los propios libreros no estaban exentos de reproche. Barba había adquirido una reputación nefasta en el comercio de libros vendidos «bajo mano». Según Werdet, el editor de Balzac, autor de una obra titulada *De la Librería*, aparecida en 1860, algunos libreros, como Bossange, adquirieron licencias de importación de productos coloniales cuyo mercado controlaba Inglaterra. La única condición impuesta por el gobierno imperial era la exportación hacia Gran Bretaña de mercancías por un valor equivalente. Se cargaban así varios navíos con libros que se arrojaban al Canal de la Mancha, ya que la reventa de los productos coloniales cubría con mucho el precio de las obras sacrificadas. Pero la especulación no fue feliz y Bossange tuvo que reducir sus actividades.

Otra ventaja del establecimiento de la dirección general de la Imprimerie fue la publicación de un *Diario general de la Librería* que daba cuenta del conjunto de los libros aparecidos.

Este aspecto policial tuvo, por tanto, lados positivos y no podría explicar por sí solo la presunta decadencia de la literatura.

Literatura oficial y marginales

Se atribuye a Napoleón una frase a menudo repetida. «Tengo de mi lado a la pequeña literatura y contra mí a la grande».

El Instituto, y más concretamente la sección de lengua y literatura francesa, ¿merecen las críticas que le han rodeado?

En la sección de lengua y literatura francesa, heredera de la academia y restaurada en 1803, se hallan al lado de políticos como Sieyès, Maret o Cambacérès, estimables poetas como Parny, conocido sobre todo por su *Guerra de los Dioses* (1799), que la censura persiguió después del Concordato, Legouvé, que celebraba en 1801, con un enorme éxito, *El mérito de las mujeres*, y Lebrun-Pindare, que se afilió finalmente a Bonaparte después de haber hecho una apología de Robespierre en su *Oda al Ser Supremo*. Su elocuencia cáustica producía pavor. Citemos este cuarteto suyo sobre uno de sus colegas:

—Me acaban de robar…
—Cuánto lamento tu aflicción.
—Todos mis versos manuscritos.
—Cuánto compadezco al ladrón.

Poesía un tanto roma pero que sedujo, sobre todo en el caso de Legouvé, a un público burgués con tendencias moralizantes.

El gran poeta de la época era Delille, profesor en el Collège de France y laborioso traductor de Virgilio. A su muerte, en 1813, se celebraron exequias oficiales. Un rival se dibujaba: Baour-Lormian, hábil adaptador del seudo-Ossian que había puesto a los bardos de moda.

El teatro estaba fuertemente representado en la Academia: Collin d'Harleville, el encantador inventor del barón de Crac; Picard, que anunciaba a Labiche, con *La pequeña ciudad* y *Monsieur Musard o el viejo fatuo*; Alexandre Duval; Andrieux; y, sobre todo, Étienne, cuyo *Los dos yernos* (1810) fue uno de los mayores éxitos de la época. También aquí se trataba de un público burgués que hacía triunfar obras que lo halagaban al tiempo que se burlaban de él.

Para la tragedia y el drama histórico, citemos a Ducis, adaptador de Shakespeare en Francia, Marie-Joseph Chénier, Népomucène Lemercier (*Pinto*, 1800, *Cristóbal Colón*, 1809), y, sobre todo, Raynouard, cuyo *Los Templarios* obtuvo en 1805 un éxito gracias a algunos versos de factura corneliana:

Quien desea escapar ya está deshonrado,

o también:

El hombre ha creado el honor, Dios creo la virtud.

Encontramos también en la sección de lengua y literatura francesa, a

historiadores, Lemontey, Lacretelle y Michaud, y un superviviente del siglo XVIII, Bernardin de Saint-Pierre. El olvido que se abatió sobre la mayoría de los autores aquí citados parece a veces injusto. Algunos, como Delille, merecieron sin duda que el tiempo les diera la espalda; otros, como Raynouard, no estaban desprovistos de aliento.

Lo que domina es la ideología, entendiendo por ella a los últimos partidarios de la filosofía de la Ilustración: Volney, Garat, Destutt de Tracy, Cabanis, Naigeon, Roederer. Se opusieron durante las elecciones a la corriente neo-cristiano-monárquica (Fontanes, Chateaubriand) cuya influencia se ejerció a través del *Journal de l'Empire*, gracias al folletón del crítico Geoffroy, que el propio Stendhal leía con pasión.

Pero la Academia estaba dividida también en salones rivales. Los de Maret y de Régnault de Saint-Jean-d'Angély: la candidatura de Étienne será objeto de una furiosa batalla entre estos dos salones.

A la literatura oficial se puede añadir una floración de obras hagiográficas, de *La epopeya de los francos*, de Lesur, a *Austerlitz*, de Millevoye, uno de los mejores poetas del período junto con Chênedollé.

Enfrente, los marginales. La corriente libertina, ya perseguida por la Revolución en nombre de la virtud robespierrista, fue asfixiada por el Imperio como contraria a los principios de esa sociedad burguesa con la que Napoleón sustituyó al antiguo mundo aristocrático. Si Laclos fue «recuperado», lo fue como general; por otra parte, murió en 1803. Restif de la Bretonne vegetaba como empleado en el Ministerio de la Policía General. Sus últimas obras, porque escribió hasta su muerte en 1806, no contribuyeron a mejorar su situación material. Fue apartado del Instituto a pesar del apoyo de Mercier. Sade acabó sus días en Charenton, en 1814. Louvet desapareció en 1797, Nerciat en 1800; Mirabeau los precedió a comienzos de la Revolución. Casanova murió en 1798.

Otra corriente marginal: el iluminismo, igualmente ajeno a las preocupaciones de la nueva burguesía. Saint-Martin, «el filósofo desconocido», desapareció en 1803, y el movimiento pareció perder el aliento. Algunas obras, sin embargo, lo relanzaron: los trabajos de Fabré-Pélaprat sobre los Templarios, las *Investigaciones sobre el origen y el destino de las pirámides* de Dewismes, en 1812, *Los versos dorados de Pitágoras*, de Fabre d'Olivet, al año siguiente. Ballanche y la escuela mística lionesa ocupan un lugar aparte.

Algunas personalidades son difíciles de clasificar: Senancour y su *Obermann* (1804), que anunciaba el Romanticismo; Charles Nodier, al que una sátira, *La Napoleana*, le reportó algunos sinsabores por parte de la policía consular; Joseph Fiévée, sobre todo, en cuya *La dote de Suzette*, reeditada en 1803, traza una de las pinturas más feroces de la sociedad termidoriana. Último de un largo linaje de moralistas (los *Pensamientos* de Chamfort se publicaron en 1803), Joubert, cuya obra no será conocida por el público hasta después de su muerte. Citemos asimismo a

Azaïs y su teoría de las compensaciones.

Pongamos aparte la literatura gastronómica, que ilustran Berchoux y Grimod de la Reynière, a la espera de Brillat-Savarin. Era la traducción del apetito de disfrute de los arribistas.

Quedan los marginales políticos: Madame de Staël y Chateaubriand. Su destino fue no obstante diferente: la primera recibió la orden de exiliarse a Coppet, y el segundo de presentarse a la Academia. Sin embargo, fue Chateaubriand quien más se quejó.

El carácter revoltoso y poco femenino de Madame de Staël irritaba a Bonaparte; sus libros precipitaron la ruptura. *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales* (1800) defendía ideas bastante alejadas de las preocupaciones del Primer Cónsul. Su teoría de los climas, la liberación con respecto a los modelos antiguos y la exaltación de una literatura «republicana» no encontraron ningún eco en Bonaparte. Las novelas de tendencia feminista, *Delphine*, y luego *Corinne*, chocaban con los principios de la sociedad burguesa establecida, en que la mujer estaba subordinada a su marido. Germaine cometió una imprudencia ante Bernadotte y Moreau. Y fue obligada a abandonar París. Coppet se convirtió en un centro de oposición a pesar de que su castellana prodigaba las gestiones para volver a congraciarse, no consiguiendo otra cosa que importunar. Allí trabajó en su gran libro *De Alemania*, que establece un paralelismo entre la filosofía y la literatura germánica, por una parte, y los escritores y los pensadores franceses, por otra; paralelismo que inclinó a favor de nuestros vecinos del otro lado del Rin. No es extraño si se piensa que Hegel acababa de escribir su *Fenomenología del espíritu* y que Kant acababa de morir en 1804. Pero era demasiado. El libro fue confiscado y destruido; Madame de Staël huyó al extranjero.

El genio del cristianismo, al que precedieron *Atala* (1801) y *René* (1802), convirtió a Chateaubriand, al contrario de lo que sucedió con Madame de Staël, en un escritor oficial. La obra respondía a los propósitos de restauración religiosa del gobierno. El autor fue recompensado con un puesto de secretario de embajada en Roma, y luego de ministro plenipotenciario en el Valais. Recompensa insuficiente en opinión del autor de *René*. La ejecución del duque de Enghien le proporcionó un pretexto para distanciarse. Pensando en una vasta epopeya cristiana, emprendió en 1806-1807 un gran viaje «de París a Jerusalén». Del que se trajo *Los mártires* (1809), obra que fue publicada cuando la querella entre el papa y el Emperador adquiría un sesgo trágico. Fracaso. Elegido para la Academia en 1811, no pudo pronunciar su discurso de recepción, que era una condena más que un elogio de su predecesor, Marie-Joseph Chénier, convencional regicida.

«Estaba decidido —escribirá en las *Memorias de ultratumba*— a hacer oír mis reclamaciones a favor de la libertad, y a elevar mi voz contra la tiranía». Pero sin un exceso de valentía hasta 1814.

Dos pensadores anunciaron el futuro: Fourier lanzó, en 1808, su *Teoría de los*

cuatro movimientos, y Saint-Simon elaboró la suya especulando con los bienes nacionales.

La literatura popular

No podríamos olvidar la literatura popular. La canción muy pronto se revelará sediciosa (*El conscripto del Languedoc, El rey de Yvetot*, de Béranger en 1813); en cambio, el vodevil, con Desaugiers, no dejará de ser anodino en su pintura de la sociedad.

Si se puede encontrar algún atractivo a la poesía ligera de Piis y el *Almanaque de las Musas*, fuerza es reconocer que las novelas de Mme. Cottin o de Mme. de Genlis son ilegibles.

Dos géneros causaron furor. En primer lugar, la novela negra inspirada en las obras «góticas» de Walpole, Anne Radcliffe o Lewis. Ducray-Duminil (*Víctor o el hijo del bosque*, 1796, *Celina o la hija del misterio*, 1798, *Lolotte y Fanfán*, 1807) y Pigault-Lebrun (*Monsieur Botte*, 1802, *El hombre de los proyectos*, 1807) tuvieron tiradas fabulosas. Subterráneos y castillos encantados, hombres enmascarados y jóvenes seducidas, maldición paterna y reconocimiento filial no solo hacían las delicias de los cocheros y de las porteras, si es que sabían leer, sino también las de una clientela burguesa.

Loaisel-Tréogate se encargó de llevar a escena esos temas: Caigniez, «el Racine de la comedia ligera», y sobre todo Pixérécourt, quien se comparaba sin falsa modestia con Sófocles. El melodrama, como su nombre indica, es un drama mezclado con cantos y danzas. Boieldieu y Kreutzer no lo desdeñaron. Sin embargo, fue objeto de encendidas polémicas entre La Harpe, defensor de un teatro reservado a una elite, y Mercier, que exclamaba: «¿Por qué cerráis vuestro teatro al pueblo, nación orgullosa o avara? El pobre tiene más necesidad que nadie de llorar y enternecerse. ¿Cuál será el autor que piense en este buen pueblo, que le dé un alimento sano y agradable, que presida sus honestos placeres y le enseñe a disfrutarlos?». La gente acudía en masa al melodrama. *La mujer con dos maridos*, de Pixérécourt, se representó 451 veces en París y más de mil en provincias.

El Primer Imperio fue una época en que la lectura hizo enormes progresos. El propio Napoleón dio ejemplo, y su bibliotecario Barbier le tenía al tanto de las novedades. «El número de gabinetes de abono aumenta cada día, señala el Boletín de la Imprenta y la Librería de París, el 21 de octubre de 1809; se añaden los peluqueros». ¿Qué es lo que se lee? Ducray-Duminil y Pigault-Lebrun, y traducciones de Radcliffe y de Walpole. La literatura «académica», con excepción de Chateaubriand, estaba ausente de los catálogos de los gabinetes. En cambio se aprecia un gusto marcado por las sociedades cultas: Mangourit fundó la Sociedad de Anticuarios de Francia en 1813, y Malte-Brun devolvió el honor a la geografía.

Las bellas artes de moda

El gusto por la pintura y la escultura entusiasmó a la sociedad. Se multiplicaron las publicaciones estéticas: se debatían las teorías de Winckelmann o de Quatremère de Quincy; Legrand tradujo las obras de Piranese sobre la arquitectura; Amaury Duval subrayó la influencia de la pintura sobre las artes industriales; recíprocamente, Reveroni Saint-Cyr mostró el perfeccionamiento de las artes por las ciencias exactas. En 1801, Ballanche publicó *Del sentimiento en sus relaciones con la literatura y las artes*, pero su obra fue eclipsada por *El genio del cristianismo* de Chateaubriand. Landon editó los *Anales del Museo y de la Escuela moderna de Bellas Artes*. Las colecciones privadas se multiplicaron (Fesch, Luciano Bonaparte, Vivant Denon, Soult); Europa, gracias a las conquistas, se abrió a la curiosidad. El precio de los cuadros, a pesar de una abundante oferta, no dejaba de subir. La gente abarrotaba el Salón, cuya entrada, es cierto, era gratuita. «¡Qué muchedumbre abominable! —observa un contemporáneo—. ¡Porteros! ¡Charlatanes! ¡Criados!». El Museo Napoleón atraía igualmente al público. Durante la exposición de los cuadros procedentes de Italia, hubo treinta mil visitantes. Sin duda, el orgullo de la victoria militar que permitió un botín tan fructífero fue, incluso más que la curiosidad artística, la causa de ese aflujo de visitantes. Napoleón comprendió perfectamente hasta qué punto el arte era un maravilloso instrumento de propaganda. «La intención de Su Majestad —escribió Montalivet a Denon en 1810— es que la inauguración del Salón tenga lugar durante las fiestas que se ofrecerán a la *Grande Armée*, y que en ese momento el Museum se encuentre también en toda su brillantez». Se ha podido denunciar alguna ostentación en las relaciones del Emperador con los artistas. En 1808, se desplazó al Salón, muy deseoso de honrar a Gros; distribuyó condecoraciones y charló con los pintores, haciendo afectación de ignorar al autor de *La Batalla de Eylau*; una vez terminado el reparto de las medallas, se volvió hacia él y, desprendiendo su propia cruz de la Legión de Honor, se la prendió en el pecho al artista. Cuando fue a ver el cuadro de la coronación, que David acababa de terminar, lo miró pausadamente, no dijo nada, «luego, dando dos pasos hacia David —según el testimonio de Delécluze— levantó su sombrero y, haciendo una ligera inclinación con la cabeza, le dijo en voz alta: “David, yo te saludo”».

David reinaba en solitario en el mundo de la pintura, que gracias a encargos oficiales o privados contaba con una gran actividad. Primer pintor del Emperador, senador, oficial de la Legión de Honor, del Instituto, David alcanzó su apogeo. Fue él quien representó los grandes momentos de la epopeya: *Bonaparte en el San Bernardo, La distribución de las águilas, La coronación*. Pero tampoco desdeñó lo antiguo. Bajo el Consulado, emprendió el *Leónidas en las Termópilas*, que concluirá en 1814. En 1809, pintó *El Amor y Faetón*. En 1812, *Homero y Calíope*. Con él triunfó esta estética neoclásica que va unida a su nombre.

Sus alumnos fueron numerosos. Su hijo contabilizó cuatrocientos treinta y tres. Se

puede ver a los principales en un cuadro titulado *El taller de David*. Ahí está Gros (1771-1835), el hijo pródigo de la familia de David: clásico con *Safo en Léucade*, en 1801, se convirtió también en un testigo de la leyenda en sus cuadros históricos, *Abukir, Eylau* (1807) y *Los apestados de Jaffa* (1804); Gérard (1770-1837), ingresó en la escuela de David en 1786, abandonando sus *Belisario* o *Psique* para especializarse en los retratos de la familia imperial y los grandes dignitarios; Girodet-Trioson (1767-1824) destacó con *El sueño de Endimión*, en 1793; su *Ossian o la apoteosis de los héroes franceses muertos por la patria*, encargado en 1800 para el Salón Doré de Malmaison, *Los funerales de Atala*, y, sobre todo, *El diluvio* (1806), que se preferirá a las *Sabinas* de David con ocasión del concurso decenal de 1810, lo convierten en uno de los mayores maestros de su tiempo. Nos gustaría detenernos en Hennequin, que dejó interesantes recuerdos, en Fabre (1766-1837), segundo alumno de David que obtuvo el Gran Premio de Roma, en Alexandre-Évariste Fragonard (1780-1850), hijo del gran Fragonard muerto en 1806 y discípulo infiel de David, a quien abandonó por el «gótico trovador», en Franque, Mulard, Wicar, Drolling o Revoil. Ingres (1780-1867) ocupa un lugar aparte. Sus retratos de Napoleón sorprenden por su aspecto majestuoso, casi bizantino. Pero es también el autor de la serie de las *Odaliscas*, que ofrece una imagen más voluptuosa de las líneas de la mujer que David.

El neoclasicismo no agota toda la actividad pictórica. La pintura tiene también sus marginales. Como Prud'hon (1758-1823), hijo de un tallador de piedra de Cluny, influenciado por los alemanes, que había frecuentado los medios revolucionarios y luego fue introducido en los salones oficiales por el prefecto del Sena, su paisano Frochot. *El triunfo de Bonaparte*, en 1801, apuntaló su reputación, y se convirtió en el decorador de las grandes fiestas ofrecidas en París en honor del Emperador. Jean Broc (1771-1850), reacio a la influencia de David, se unió a los primitivos, que exigían del arte, bajo la influencia de Maurice Quay y Charles Nodier, una originalidad y una pureza absolutas. Ingres permanecerá indiferente a ellos. Broc es el autor, durante mucho tiempo desconocido, de una extraordinaria *Muerte de Jacinto* (1801). La escuela condenó la caza a la manera de Weenix y las ruinas de Panini que defendía Suvée.

Todos los géneros fueron realzados. Valenciennes (1754-1819) publicó un tratado de pintura donde defendía el paisaje histórico como marco de una escena de la Antigüedad o la mitología. El propio paisaje seguía estando de moda con Hubert Robert, que vivió hasta 1808, Bidault (1758-1846) o Moreau el Mayor (1739-1805). Boilly (1761-1845) destacó en las escenas familiares: *La llegada de la diligencia* (1804), *La partida de los conscriptos de 1807* o, incluso, *La lectura del 7.º boletín de la Grande Armée* (1808). Tuvo como rival a Taunay (1755-1830). El campo de Duplessis-Bertaux fue la anécdota militar; Danloux rivalizó en el retrato con los maestros del género. Mientras que el pintor de animales Huet moría en 1811, Carie Vernet (1758-1836) se especializaba en los caballos. Citemos también a Meynier

(1768-1832).

Y fue entonces cuando apareció Géricault (1791-1824). Su *Retrato ecuestre de un oficial de cazadores a la carga*, en 1812, y luego *El coracero herido*, de 1814, anunciaban por su movimiento dramático la llegada del Romanticismo. Como Delacroix, Géricault no se formó tanto en los talleres como en el Museo Napoleón, donde descubrió sin orden a Tiziano y Velázquez, Caravaggio y Ribera, Rubens y Rembrandt. Como Vigny y Lamartine, Géricault, tentado por el estado militar, se enrolará en los mosqueteros rojos del rey y seguirá al soberano a Gante durante los Cien Días antes de regresar a la vida civil.

Esta adusta enumeración de pintores tiene como objeto mostrar la extraordinaria abundancia de talentos bajo el Imperio. La pintura napoleónica fue reducida con demasiada facilidad a algunas reconstrucciones al modo antiguo, escenas de batalla y retratos de dignatarios: *El rapto de las Sabinas* de David, *Eylau* de Gros y *Madame Récamier* de Gérard. Tres obras maestras en este caso, pero que no dan cuenta del conjunto de la producción en el curso de los quince primeros años del siglo XIX. Desapareció el libertinaje y el estilo lacrimoso, pero el Imperio, bajo la influencia de Chateaubriand y del Museo de los Monumentos franceses de Lenoir, inventó el estilo trovador, nostálgico de una Edad Media imaginaria, se inspiró en el seudo-Ossian para renovar los viejos mitos y favoreció mediante la descentralización (la expansión de los museos provinciales data del decreto del 14 de fructidor del año IX, por el que se les enviaron 846 cuadros) la eclosión de focos regionales. Grobon en Lyon, Claudot en Lorena, Constantin en Provenza. Aparentemente, Francia podía parecer atrasada con respecto al auge de lo fantástico europeo (Füssli en Alemania, Blake en Inglaterra). Error. Vafflard (1774-1837), injustamente olvidado, representa, entre otros, esta corriente con el sobrecogedor *Young y su hija* (1804).

Triunfo del neoclasicismo, desde luego, pero diversidad, como podemos ver, de las tendencias, y más aún conquista de Europa: Isabey pasó una temporada en Viena; en 1812, David pintó para el príncipe Youssoupof. A la inversa, los dos hijos de Piranese se instalaron en París. ¿Y cómo olvidar que Goya se convirtió en el pintor oficial de José Bonaparte?

Escultores y arquitectos

Triunfo del clasicismo igualmente entre los escultores. Pero las obras maestras fueron menos abundantes que en pintura. No nos sorprende. Pajou, Clodion y Houdon se eclipsan. Chinard (1756-1813), Roland (1746-1816), Cartellier (1757-1831) y Moitte (1746-1810) los sustituyen. Petrificados por el academicismo, carecen a menudo de aliento; no obstante, su virtuosismo es innegable, especialmente en el busto de Mme. Récamier, de Chinard, o en el bajo relieve de la columnata del Louvre esculpida por Cartellier. Más personal, Chaudet (1753-1810) destacó en el tema

mitológico, que renovó a partir de 1791 gracias a la frescura de su inspiración; se le conoce, sobre todo, por la estatua del Emperador con indumentaria romana, encargada para coronar la columna Vendôme. Pero no puede soportar la comparación ni con Bosio (1768-1845), autor de los bajos relieves de la misma columna, ni con el italiano Canova (1757-1822), cuya influencia fue considerable. Su *Napoleón desnudo*, inspirado en el Apolo del Belvedere, no se expuso por orden del Emperador, que se ofendió por la anatomía de atleta que le había dado el escultor. Canova no dejó por ello de ser el especialista en la familia imperial. Paulina como Venus y la Señora Madre como Agripina causaron sensación. Pero el artista, a pesar de las invitaciones de Napoleón, prefirió Roma a París.

Preponderancia del neoclasicismo también en la arquitectura: Gondoin (la Escuela de Medicina), Peyre, Chalgrin (el Odeón, el Arco de l'Étoile), Poyet (trabajos del Cuerpo Legislativo), Vaudoyer, Célerier (teatro de las Variedades), Vignon (la Madeleine) y Brongniart representan la corriente oficial, pero, si la arquitectura francesa parece vuelta hacia el pasado, aparecen en cambio nuevas concepciones. En el plano técnico, es la utilización del hierro, especialmente en la construcción de los puentes (el puente de Austerlitz, la pasarela de las Artes) o en las cúpulas (el mercado de trigo recibió, en 1806, después de un incendio, una cúpula de hierro y cobre realizada por Bélanger). En el plano teórico, Durand (1760-1834), antiguo alumno de Boulée, que se había convertido en profesor de la Escuela Politécnica, y Rondelet (1743-1829), defendieron, uno en su *Selección y paralelismo entre edificios de todo tipo antiguos y modernos*, y el otro en su *Tratado teórico y práctico del arte de edificar*, una concepción de la arquitectura fundada en la utilidad y no en la belleza, en la que el ingeniero tendría en adelante el papel predominante. Ledoux murió en 1806; su ciudad ideal no tendrá influencia en las creaciones napoleónicas de Pontivy y de La Roche-sur-Yon.

Los arquitectos preferidos de Napoleón fueron Fontaine (1762-1853) y Percier (1764-1838), verdaderos inspiradores, junto con David, del estilo Imperio. Posición difícil. A menudo se han descrito los titubeos de Napoleón al mezclar gigantescos proyectos: transformación de los Inválidos en templo de Marte, unificación del Louvre y las Tullerías, arcos triunfales, reconstrucción de Versalles, inauguración del palacio del rey de Roma en la colina de Chaillot y de una ciudad administrativa en el Campo de Marte. Ante los planos presentados, el Emperador era incapaz de decidirse. No concluyó más que el Arco de Triunfo del Carrousel, de Fontaine, obra que actualmente parece muy apretada, pero que hay que ver en la antigua perspectiva del palacio de las Tullerías. El templo de la Gloria, que decidió para la Madeleine, fue objeto de varios proyectos y numerosos cambios de parecer por parte de Napoleón. Este habría pensado incluso en un colgante en la loma de Montmartre, «una especie de templo de Jano», donde se proclamarían los tratados de paz. La unión del Louvre y las Tullerías fue periódicamente aireada y constantemente diferida. El diario de Fontaine nos revela un Napoleón inesperado, lleno de incertidumbres y paralizado

por el temor a equivocarse. Idéntico titubeo con Versalles. Gondoin presentó un proyecto de cincuenta millones. Percier y Fontaine fueron más comedidos. Finalmente, Napoleón zanjó: «No se hará nada que no pueda rivalizar en belleza con la parte edificada por Luis XIV». Por lo que concierne a Chaillot, Percier y Fontaine, habían concebido un proyecto grandioso, expuesto en *Residencias de soberanos*. Se comenzaron las expropiaciones, pero ningún monumento llegó a levantarse del suelo a causa de la guerra. «La ambición excesiva —declaró Napoleón— deja los palacios inacabados». ¿Hay que ver un reflejo de esta actitud en los nuevos dignatarios? Estos construyeron poco, contentándose con acondicionar los antiguos hoteles de la aristocracia. En cuanto a la burguesía, impuso el inmueble de inquilinos y sustituyó el letrero de las viejas tiendas por la vitrina. Se aprecia en esta arquitectura privada el triunfo de lo egipcio y del dórico, a comienzos del Consulado, y luego de abundantes préstamos del Renacimiento italiano, a veces admirablemente adaptado, como en el paladianismo de la Rue de Rivoli.

Las artes decorativas: el estilo imperio

Donde se puede hablar mejor de un estilo Imperio es en la decoración del interior de las casas. Percier y Fontaine impusieron de forma dictatorial sus concepciones a los ebanistas. Reinó la caoba, maciza o en chapa, para «los muebles de *second choix*». A menudo se incrustan en ellos delgadas redecillas de madera clara para evitar masas demasiado oscuras. La base de los muebles está formada frecuentemente por un zócalo en relieve o pies «con garras de león»; los montantes de las cómodas, coronados por cariátides que sostienen el entablamento; las formas se vuelven rectilíneas. El decorado se inspira en lo egipcio, lo grecorromano o lo etrusco. La mitología (diosas o cisnes) convive con los símbolos guerreros (espadas, flechas o cascos), las abejas con las águilas. El papel del orfebre y del broncista son determinantes en esas obras maestras que son el tocador ofrecido por la Ciudad de París a María Luisa, en 1810, o la cuna del rey de Roma, obras de Prud’hon, Odiot y Thomire. Otro gran orfebre: Biennais, que se estableció bajo el rótulo de «Mono violeta». Fue él quien cinceló los accesorios de la coronación.

Mientras que se multiplican las mesas portátiles y los veladores, aparecen nuevos tipos de muebles: la psiqué, espejo que pivota en su marco; el vaciabolsillos o la silla curul. Así era la habitación de Mme. Récamier descrita por Reichardt:

> Muy elevada, está casi enteramente rodeada por altos espejos de una pieza. Entre los paneles de espejo y encima de las grandes puertas en marquetería se percibe una carpintería blanca con redecillas castañas. El tabique del fondo, que hace frente a las ventanas, es un espejo inmenso. Ahí es donde se encuentra, el cabezal contra el muro, el etéreo lecho de la divinidad del lugar.

Esta alcoba tan poco frecuentada, con excepción de su propietaria, nos es conocida por otro testigo: «Se tiene la cama por lo más hermoso de París. Está hecha

de caoba ornada de cobres y montada sobre dos escalones de la misma madera. Al pie de la cama, sobre un pedestal, hay una bella lámpara griega de cobre». Únicas capaces de rivalizar con este prestigioso lecho, eran las camas confeccionadas para Josefina en Fontainebleau. Eran obra de Jacob-Desmalter (1771-1841), uno de los maestros del nuevo estilo, cuya producción fue inmensa: 217 camas, 58 consolas, 87 secreteres, 106 despachos y 577 asientos, nada más que para el palacio de Fontainebleau. Muy apreciados son igualmente los jarrones de Sèvres decorados con escenas mitológicas o guerreras. Fue Isabey quien aportó el diseño de la célebre mesa de los mariscales que admiró Stendhal.

Como las artes de la madera y del metal, las del textil participaban de la nueva decoración. El interés se dirigía a los calicós, en los que destaca Oberkampf, a las sederías (en relación con el renacimiento de los talleres lioneses gracias al telar de Jacquard), los damascos y los satenes bordados en oro o plata. Como apunta Mme. de Genlis: «Por ostentación, se plegaban las telas en las paredes en lugar de extenderlas».

El vestido

De la ornamentación de la casa a la de las personas, los principios seguían siendo los mismos. Lo antiguo reinaba, con un toque no obstante de Oriente (el éxito de la cachemira). Los tintes eran oscuros; las telas, pesadas para complacer al Emperador, que las quería suntuosas con la segunda intención de hacer trabajar así más a la industria textil. La indumentaria masculina siguió estando influenciada por la Revolución, pero el pantalón, elemento fundamental del vestido del *sans-culotte*, estaba desde hacía tiempo proscrito del traje burgués. El redingote, el frac y el chaleco recto daban a la silueta un falso aire de uniforme. Esta preocupación se encontraba incluso, de manera inesperada, en el traje femenino: sombrero en forma de chacó, falda rígida entallada en tubo, botas, hombreras o talabartes. El prestigio de la función pública procedía en parte del uniforme que el Emperador había impuesto a sus funcionarios. Había un estilo Imperio del vestido. Napoleón era el único que estaba exento: pequeño sombrero más o menos hundido, redingote gris y traje verde de los cazadores de la guardia. Componía así una silueta tan insólita como su propio nombre, que hubiera bastado para hacerlo entrar en la leyenda.

La música

En el mobiliario de la buena burguesía, figuraban habitualmente un arpa o un piano, preferentemente un Erard; el pianoforte había destronado efectivamente al clavecín. «No entraréis en un salón —escribe en 1803 un contemporáneo— sin encontrar en él un pianoforte. Oiréis a jóvenes que, con diez años, son prodigios en

este instrumento». Lo que equivale a mostrar la importancia que revestía la música.

No cabe duda de que Napoleón era lo menos melómano que quepa imaginarse. Ubicada en la Rue de la Loi, en el emplazamiento del actual Square Louvois, la Ópera tenía buena salud, a pesar de las dificultades financieras debidas al abuso de localidades gratuitas y a los caprichos de los cantantes. Era el género al que concedía su preferencia Napoleón, al igual que sus contemporáneos, empezando por Stendhal, que llevaba en su diario un minucioso recuento de las representaciones a las que asistía. Al Emperador le gustaba sobre todo la ópera italiana. El favorito era el napolitano Paisiello, rival de Rossini. Pero Napoleón se entusiasmó igualmente, en 1807, con la *Vestale* de Spontini, que hacía desfilar a las legiones romanas. En 1808, le encargó *Fernand Cortez o la conquista de México*, sobre un libreto de Esmenard y de Jouy. Es cierto que el libreto tenía más peso que la música en la admiración que desencadenó la obra, cuyo estreno tuvo lugar el 28 de noviembre de 1809. El *Journal de l'Empire* lo reseñó en un artículo que subrayaba lo bien que fueron entendidas las alusiones:

> Este tema conviene sobre todo a la época en que vivimos. El pueblo, que tiene bajo sus ojos milagros de intrepidez y de constancia heroica, contempla su débil imagen en la escena con mayor placer e interés. Cortez, que conquistó un vasto imperio con setecientos soldados de infantería y diecisiete caballos, ¿acaso no despierta con naturalidad en todas las conciencias el recuerdo del héroe que, al frente de legiones más respetables por el coraje que por el número, desconcertó a las más formidables líneas, disipó ejércitos innumerables y triunfó sobre los esfuerzos de la Europa conjurada?

El cariz que adquirieron los acontecimientos en España condenó definitivamente a *Fernand Cortez*, que exaltaba involuntariamente el patriotismo español después de haber cantado las alabanzas del salvador.

Con Cherubini, las relaciones fueron difíciles. «El Emperador me pedía —dirá más tarde el florentino— una música carente de sentido común». Fue a Paër a quien Napoleón encomendó finalmente las funciones de maestro de música de su casa.

Los franceses no fueron olvidados. Méhul triunfó en 1807 con *José*, pero quien obtenía sobre todo el favor popular era Lesueur, el maestro de Berlioz. *Los bardos*, inspirados en los poemas de Ossian, suscitaron un entusiasmo que no compartió Stendhal. Fueron eclipsados, en 1807, por *El triunfo de Trajano*, apología del Imperio que naufragó en la adulación más desvergonzada. Cuando Trajano subía como triunfador al Capitolio, podía oírse la marcha que Lesueur había compuesto para la entrada de Napoleón en Notre-Dame durante la coronación. Una puesta en escena fastuosa (los caballos del circo Franconi, cuatrocientas treinta y dos vestimentas), Mme. Branchu y Lainez, consideradas como las mejores cantantes del momento, y el aval imperial fueron determinantes.

Los *ballets* de la Ópera atraían igualmente a la muchedumbre que se repartía entre partidarios de Vestris, de Duport y de Gardel, los bailarines estrella de la época. La Ópera acogía también conciertos. Fue al ir a escuchar la *Creación* de Haydn cuando Bonaparte escapó por poco a la explosión de la máquina infernal, el 24 de diciembre

de 1800.

Los predilectos eran Grétry, Dalayrac, Boieldieu, Trial y Monsigny, que alimentaban el repertorio de la Ópera Cómica. Son las arias de estos pequeños maestros las que se desea escuchar de nuevo en el concierto. La romanza, especialidad del compositor e intérprete Garat, tuvo un gran éxito, así como la música militar con la *Batalla de Marengo*, ilustración sonora del combate cuyas principales fases Viguerie reconstruyó con fidelidad. Citemos también a Martini, el autor de *Placer de amor solo dura un instante*.

La vida musical no estaba somnolienta, como se ha escrito a veces. Únicamente el impulso sinfónico, que habían representado Stamitz, Haydn y Mozart, se quebró provisionalmente en Francia, así como el desarrollo de la música religiosa. Pero la Revolución tuvo tanta responsabilidad como el Imperio. A este le correspondió el mérito de estimular a los compositores, de fundar los premios de Roma de música y de desarrollar, bajo la dirección de Sarrette, el Conservatorio.

El progreso de las ciencias

Tomemos el caso de Parmentier, que es ejemplar. Quien pasa por haber divulgado en Francia el uso de la patata (cultivo que no se difundió en realidad sino bajo la monarquía de Julio) y que preconizó el azúcar de uva como sustituto del azúcar de caña en 1793, fue uno de los fervientes sostenes del régimen napoleónico. Sin hacerse ilusiones sobre la eficacia de una medicina todavía rudimentaria, creía en las virtudes de la higiene y de la alimentación como medios preventivos de las epidemias. Su papel en el Consejo de Salubridad de París todavía no es bien conocido, pero podemos adivinar el oscuro combate desarrollado contra las enfermedades contagiosas. Ahora bien, Parmentier estaba convencido de que los progresos de la Ilustración solo podrían llevarse a cabo por vía autoritaria.

Esa era también la opinión de Napoleón, que se apoyó en la Academia de Ciencias. Del fracaso de los proyectos de Fulton, se ha deducido con excesiva premura la indiferencia de Napoleón hacia los descubrimientos científicos. Contrariamente a la época precedente (y es uno de los puntos en los que rompe con la Revolución), Napoleón no pensó en utilizar los descubrimientos de los científicos en el ámbito militar. El caso más llamativo es el de los globos de observación, construidos en Meudon bajo la dirección del comandante Coutelle y de los que habían hecho uso los generales republicanos en Charleroi y en Fleurus. El Emperador disolvió el cuerpo de los aerostáticos, y se negó a comprender su importancia para estudiar el terreno. Las tropas francesas fueron bombardeadas por los cohetes de Congreve en 1804; Napoleón no recogió el desafío. Su concepción de la ciencia era desinteresada. Se pudo comprobar en Egipto. ¿Cómo censurárselo? Nunca un soberano estuvo más atento al movimiento científico ni prodigó tanto los estímulos.

Lacépède fue gran canciller de la Legión de Honor. Lagrange, Monge y Berthollet ingresaron en el Senado, Fourcroy, en el Consejo de Estado. Fourier fue prefecto de Grenoble, donde alentó los comienzos del joven Champollion.

Enumeremos algunos nombres. En el ámbito de las matemáticas, Monge (1746-1818), fundador de la geometría descriptiva; Lagrange (1736-1813), cuyo tratado *De la resolución de las ecuaciones numéricas* apareció en 1808 y cuya *Mecánica analítica*, en 1811; Laplace (1749-1827) emprendió su *Tratado de mecánica celeste* y su *Teoría analítica de las probabilidades*. En química, destacan los nombres de Berthollet (1748—1822), autor de la *Estática química* y animador de los trabajos de la sociedad de Arcueil; Fourcroy (1755-1809), que desarrolló los principios de la química de Lavoisier; Gay-Lussac (1778-1850), en colaboración con Thénard, estudió los metales alcalinos y extrajo la noción de resistencia eléctrica. Las ciencias naturales entraron en una nueva vía gracias a Lamarck (1744-1829), que se dedicó a los animales invertebrados; a Cuvier (1769-1832), creador de la paleontología y de la anatomía comparadas; a Geoffroy Saint-Hilaire (1772-1844), que se opondrá a Cuvier a propósito de la unidad de composición orgánica en la naturaleza. La medicina fue igualmente rica en grandes nombres: Bichat, muerto en 1803; Corvisart, médico del Emperador; Pinel, médico jefe de la Salpêtrière, que atenuó la condición de los pacientes mentales; Dupuytren, especialista de medicina operatoria; Laënnec, que aplicará en 1815 los principios de la acústica a la auscultación de las enfermedades de pecho. La farmacia debe mucho a Vauquelin (1763-1829), así como a Cadet de Gassicourt, farmacéutico del Emperador. En el plano técnico, el descubrimiento por Lebon del gas de iluminación seguía sin aplicación práctica, pero Leblanc elaboró la sosa artificial.

Los recién llegados hicieron su aparición. Los más jóvenes salían de la Escuela Politécnica: Arago o Sadi Carnot. Otros llevaron a cabo la puesta a punto de descubrimientos que revolucionarán la ciencia moderna: Fresnel, Ampère, Cauchy.

¿Qué régimen puede enorgullecerse de haber favorecido el nacimiento o la expansión de tal pléyade de científicos?

Al servicio de un hombre

«Lo que persigo por encima de todo —decía Napoleón a Vivant Denon— es la grandeza: lo que es grande siempre es bello». El gusto por lo monumental y lo suntuoso sustituyó al «placer de vivir» de los últimos años del Antiguo Régimen. El estilo Luis XVI, considerado demasiado ligero, dejó paso tanto en la literatura como en el mobiliario, en arquitectura como en música, a un estilo grave por no decir pesado: caoba maciza, bronce cincelado, telas gruesas, frases de oratoria, música pomposa, arcos de triunfo a la romana. Si Sainte-Beuve no teme escribir que «los triunfos militares encontraron más de una vez esplendores rivales en las artes

contemporáneas, tal página de los *Mártires*, una batalla de Gros, o *La Vestale* de Spontini», tampoco faltaron los sarcasmos. No sin injusticia, se ha comparado a Napoleón con Luis XIV: de un lado, quince años apenas de poder; del otro, un reinado especialmente largo; aunque el balance no es el mismo.

Lejos de ser desastroso, el balance de la época imperial es positivo: nacimiento de un estilo original, con intensa actividad artística, estimulada esta por los encargos oficiales. París se convirtió en la capital intelectual de Europa.

Sin duda, hay un reverso: la manera en que el arte fue puesto al servicio de un hombre. A partir de 1805, la adulación oficial ya no tiene límites. Un cuadro muestra a todos los pueblos de la Tierra llegados para saludar al busto del Emperador: el chino está ahí, así como el negro e incluso un piel roja cuyo jefe está coronado con plumas multicolores. La admiración confina pronto con el ridículo. «¡Qué honor para Dios que tan grande homenaje le sea rendido por un genio tan poderoso!», exclamó desde el púlpito un predicador que recibía al Emperador en el oficio. El propio Napoleón tuvo que frenar bruscamente este culto excesivo: «Os dispenso de compararme con Dios», escribió a Decrès. Pero suspira: «He llegado demasiado tarde, ya no hay nada grande que hacer. Sí, lo confieso, mi carrera es hermosa, he andado un buen camino, pero qué diferencia con Alejandro. Cuando se anunció a los pueblos como hijo de Júpiter, todo el Oriente le creyó. Y yo, si me declarara hijo del Padre Eterno, no habría grosero que no silbara a mi paso. Los pueblos están muy ilustrados en la actualidad». Pero al utilizar al arte para su propia propaganda, ¿no continuaba Napoleón la Revolución sin tener que remontarse a Luis XIV?

Por otra parte, ¿acaso no se tiene tendencia a olvidar que Balzac, Hugo, Musset, Vigny, Berlioz, Delacroix se formaron bajo el Imperio? ¿Es necesario recordar que su imaginación fue exaltada por la lectura de los boletines de la *Grande Armée*? «En los liceos —dirá Vigny— los maestros no dejaban de leernos los boletines de la *Grande Armée* y nuestros gritos de "¡Viva el Emperador!" interrumpían a Tácito y a Platón». Pensando en esos boletines, Thiers y Sainte-Beuve hicieron de Napoleón el más grande escritor de su época.

Al recobrar el sentido de la epopeya y fijarse como programa la glorificación del héroe, el Romanticismo respondía al ideal que Napoleón había intentado imponer a los escritores y a los artistas de su tiempo. Ahí donde la manera autoritaria había fracasado, triunfó la leyenda. El siglo de Napoleón fue, en definitiva, la época romántica.

Debates abiertos

No podríamos negar que Napoleón haya utilizado las artes de su tiempo con un propósito de propaganda personal. Holtman, en *Napoleonic Propaganda* (1950), lo mostró de forma convincente, y B. Monteano extrajo sus consecuencias en el plano

literario, en *Une théorie de la littérature dirigée sous la Révolution et l'Empire*, recogida en *Constantes dialectiques en littérature et en histoire* (1967).

Otra causa de «asfixia»: la censura encomendada por lo demás a escritores. Esmenard, Lemontey, Fievée, Lacretelle… Su mecanismo ha quedado muy bien descrito en H. Welschinger, *La Censure sous le Premier Empire* (1882).

Sin embargo, ¿es necesario hablar de una decadencia total de la literatura? Brunetière intentó, sin eco, su rehabilitación en «La littérature française sous le Premier Empire» (*Études critiques sur l'Histoire de la littérature française*, 1911, pp. 255-282): «La literatura imperial no merece ni el olvido ni el soberbio desdén de la crítica y de la historia. Merece ser conocida».

¿Han sido exageradas las persecuciones? El caso de Desorgues, internado por unos malos versos contra Napoleón puede explicarse. Sade estuvo confinado en Charenton con la conformidad de su familia. Si Mme. de Staël pudo sufrir bajo el Imperio, ¿qué pasa con Chateaubriand? H. Guillemin (*L'Homme des Mémoires d'outre-tombe*) aclaró el asunto del nombramiento en la república del Valais: fue la salud de Mme. de Chateaubriand lo que se invocó, no el duque de Enghien. El autor pone, por lo demás, en paralelo la actitud ambigua de Mme. de Staël (página 81, nota 1) a propósito de esta ejecución y reduce a más justas proporciones la oposición de Chateaubriand.

Si no se puede discutir la expansión de las ciencias, se ha encontrado gusto en tratar a Napoleón como «anticientífico» invocando el caso Fulton. Fue Marmont uno de los primeros que, en sus *Memorias* (t. II, pp. 210-212), escribió a propósito de este asunto: «Bonaparte, a quien sus prejuicios volvían reacio a las innovaciones, rechazó las propuestas de Fulton». A estas afirmaciones, se opuso una carta de Napoleón a Champagny, con fecha del 21 de julio de 1804, donde Napoleón habría escrito: «El proyecto del ciudadano Fulton puede cambiar la faz del mundo». Se trata, sin el menor género de dudas, de una falsificación. Queda por determinar la utilidad práctica del proyecto de Fulton para un desembarco en Inglaterra: puede ser muy discutida.

Sobre un punto de la pequeña historia, señalemos que Guy Beaujouan, según Fayol (*Philippe Lebon*, 1943), destruyó la leyenda del asesinato del inventor del gas de iluminación, en 1804.

P. Gerbod (*L'Europe culturelle et religieuse de 1815 à nos jours*, 1977) insiste en la laicización de la cultura, pero subraya igualmente cómo esta cultura, a partir de 1809, se afirma cada vez más nacional: Fichte, Schlegel, Arnim, Hoffmann, Schilling en Alemania, Alfieri y Leopardi en Italia, Wordsworth en Inglaterra. Nacimiento también de una literatura popular diferente de la literatura de venta ambulante. Ducray-Duminil y Arlincourt anuncian a Gaboriau, Boisgobey, Renard, Leroux y Fantômas («Le roman feuilleton», *Europe*, 1974).

Noir reúne al Emperador y al presidiario en su *Vidocq* (1889). Weber (nacido en 1786), junto con Marschener (1795), preparan no el advenimiento del convincente

Suppé, sino el de la ópera germánica de Wagner a Orff.

Cuarta Parte

LOS NOTABLES TRAICIONADOS

Durante la entrevista de Erfurt entre Alejandro y Napoleón en 1808, Talleyrand se presentó delante del zar: «Sire, ¿qué venís a hacer aquí? A vos os corresponde salvar a Europa y solo lo conseguiréis plantándole cara a Napoleón. El pueblo francés es civilizado, su soberano no lo es. Corresponde por tanto al soberano de Rusia ser el aliado del pueblo francés». En el curso de otra entrevista, fue todavía más preciso: «El Rin, los Alpes y los Pirineos son una conquista de Francia; el resto es conquista del Emperador; a Francia no le interesa». ¿Francia? Entendámonos, la burguesía revolucionaria de la que Talleyrand se hacía eco.

Primer motivo de discordia entre los notables y Napoleón: la creación de la nobleza del Imperio. A pesar de las precauciones que la rodearon, parece contraria al principio de igualdad; favorece la reinserción de los antiguos aristócratas; puede ser un preludio al restablecimiento de la feudalidad tan odiada. El matrimonio austríaco viene todavía a subrayar más el refuerzo monárquico del poder napoleónico, que ya se hacía sentir en 1806 con la desaparición de la palabra «República». El Emperador ¿no estaba traicionando el juramento de 1804? De golpe, se le perdona mal su autoritarismo. La ausencia de libertad se volvió tan insoportable como la falta de azúcar y de café. A partir de 1808, la gente se complacía en denunciar en privado el despotismo imperial.

El asunto de España aceleró la ruptura entre los aliados de Brumario. En 1808, Napoleón había consolidado la obra de la Revolución. Único punto negro: la guerra con Inglaterra. Algunos revolucionarios, como Fouché, intentarán reanudar los hilos de la negociación al precio de concesiones que Napoleón no está dispuesto a aceptar. Confiaba en el apoyo de un sector de la burguesía, porque la ruina de los puertos franceses tuvo como contrapartida el auge de las manufacturas, protegidas por el Sistema Continental. De ahí que el Emperador se prodigara en múltiples declaraciones y estímulos a favor de la industria.

En cambio, el asunto de España fue acogido con reticencia por el conjunto de los notables, sobre todo cuando reveló su verdadero rostro. Ningún progreso cabía esperar del conflicto franco-inglés: ninguna ventaja económica podía contemplarse (excepto en el ámbito de los suministros militares), sobre todo después de la sublevación del imperio colonial de América contra la dominación francesa. Fue la locura dinástica de Napoleón lo que se puso en cuestión. Por primera vez la guerra no nacía de una coalición europea formada contra la Francia revolucionaria, sino de la voluntad del caudillo por la que se había dado esa Revolución de apoderarse de una corona. Poco importaba que fuese la corona de un Borbón. El modo como procedió Napoleón no solo chocó a Europa sino también a la opinión pública francesa.

> *Tomó —escribe Chateaubriand— la corona de Nápoles de la cabeza de José y la colocó en la cabeza de Murat; y este cedió a aquel la corona de España. Bonaparte hundió de un manotazo esos tocados en la frente de los dos nuevos reyes y ellos se fueron cada uno por su lado, como dos conscriptos que han cambiado de chacó por orden del cabo de equipamiento.*

El espectacular acercamiento entre Talleyrand y Fouché fue fruto de una inquietud nacida del desarrollo excesivo del Imperio napoleónico y de una política que ya no obedecía a la lógica «revolucionaria».

¿Cómo la vivacidad de las reacciones nacionales en Alemania, así como la resistencia opuesta por Austria durante la campaña de 1809, no habrían de confirmar los temores suscitados por la guerra de España? Se arrojaba así una duda sobre la estabilidad de las conquistas napoleónicas. Ya Carnot, como hemos visto, había rechazado los proyectos de expansión de Robespierre en 1794. La política de las «repúblicas hermanas», cara al Directorio, había sido superada. Lo que Napoleón quería anexionar era Europa entera. Pero Francia ¿tenía los medios para hacerlo?, se preguntaba con lucidez una parte de la burguesía.

La depresión económica de 1810 acabó de apartar a los notables del régimen imperial. La especulación descubrió sus límites; después de la banca y los negocios, la industria se tambaleó; la agricultura tomó el relevo en 1811; y más tarde, en 1813, se desaceleró de nuevo la actividad de las manufacturas como consecuencia de la pérdida de las salidas comerciales exteriores. Tres años negros que sacudieron el optimismo del mundo de la renta y de los negocios mientras se acrecentaba el descontento de los medios rurales.

Se acerca la derrota y se consuma la ruptura. La amplitud del desastre de Rusia aleja del poder napoleónico a sus principales partidarios: por una parte, a la burguesía revolucionaria, que ya no quiere invertir dinero en una empresa que ha dejado de ser rentable, porque «la obstinación en doblar la apuesta y la pasión del riesgo» que caracterizaban a Napoleón eran ajenos a los Grandet de provincias, astutos y prudentes; por otra, al campesinado, cansado de soportar solo, o poco menos, el peso en vidas humanas de una guerra que ya no defendía las conquistas de 1789, sino que servía a los intereses dinásticos de un individuo.

1808: punto de inflexión en la aventura napoleónica, verdadero comienzo del fin.

Capítulo 16

Del salvador al déspota

«La necesidad de una dictadura momentánea y absoluta, a veces necesaria para salvar un Estado, impugnaba todas las reflexiones sobre las consecuencias de semejante poder, y nadie pensaba que la gloria fuese incompatible con las libertades públicas», escribió Bourrienne en sus *Memorias*. Estas libertades ¿no estaban acaso garantizadas por «las instituciones que apelaban al espíritu y a las luces del siglo»? El propio Benjamin Constant admitía «la excepción» justificada por el estado de guerra. Pero a la dictadura de Salvación Pública, de inspiración romana, y a la dictadura «ilustrada», en el sentido del siglo XVIII, había sucedido la monarquía hereditaria. Es cierto que se trataba de hacer que los soberanos de Europa, que se habrían irritado ante formas demasiado republicanas, reconocieran el nuevo régimen, y se consolidaran así las conquistas sociales de la Revolución. Si se hubiera apoyado en la burguesía, Napoleón habría podido garantizar el futuro de su dinastía e instaurar una solidaridad entre el Imperio y los notables. Muy al contrario, se alejó de ella a partir de 1808: la personalización del poder suprimió el funcionamiento de las instituciones políticas ordinarias, y las libertades desaparecieron. Napoleón no creía en las «constituciones»; pensaba que lo que había hecho la Revolución no era el deseo de libertad, sino la vanidad. «Los gobiernos tan mal llamados ponderados nunca serán otra cosa que la línea más corta para llegar a la anarquía», declaró a Molé. Y a este le resultará fácil responder más tarde: «Francia nunca había creído en la duración de un estado de cosas que se fundaba en la fuerza, se mantenía mediante la coerción y se justificaba por la gloria».

Napoleón

El endeble general del ejército de Italia, cuyo rostro enjuto, de tez olivácea, estaba enmarcado por largos cabellos, dio paso a un hombre «pequeño», casi barrigón, con la cara rellena, tez cerúlea y cabellos cortos. Físicamente, Bonaparte y Napoleón ya no tenían nada en común. Quedaba la mirada, a veces imperiosa y a veces encantadora, la sonrisa «acariciante y hermosa», como dirá Chateaubriand, y en la voz seguía cantando el acento de Ajaccio.

Se ha dicho todo sobre la extraordinaria capacidad de trabajo de Napoleón, sobre su prodigiosa memoria, sobre la admirable organización de su inteligencia, y, sin duda, nos hemos dejado atrapar por su genio de la puesta en escena. Se ha hablado de su desprecio hacia los hombres, de su desmesurado orgullo, de su extremo nerviosismo, que lo sacudía en crisis semejantes a la epilepsia, pero sería conceder demasiado crédito a las *Memorias* de Bourrienne o de Chaptal, sus colaboradores caídos en desgracia. El hombre era colérico, pero fiel en la amistad y casi rutinario con prejuicios a pesar de todo (se dice que no le gustaban mucho Gouvion Saint-Cyr o Jourdan). Era un ansioso, que dudaba ante los proyectos de unión del Louvre y las Tullerías presentados por Fontaine, o al final del Imperio, al no poder decidirse, si

hemos de creer a Rogniat, ante algunas decisiones militares. La leyenda y luego la contraleyenda contribuyeron a embrollar la figura de Napoleón, sobrevalorando unas veces sus cualidades y otras sus defectos. Su correspondencia nos revela su desmesura pero también su sensatez, su dureza pero asimismo su lado sentimental. Tierno, le escribe a Eugenio de Beauharnais, el 14 de abril de 1806: «Debéis tener más alegría en vuestra casa, eso es necesario para la felicidad de vuestra mujer y para vuestra salud. Una mujer joven tiene necesidad de que la diviertan, sobre todo en la situación en la que ella se encuentra». Seco, le bastan dos líneas para felicitar la paternidad de su hermano Luis, en mayo de 1808: «Os doy la enhorabuena por el nacimiento de vuestro hijo. Deseo que ese príncipe se llame Carlos Napoleón». Se trataba del futuro Napoleón III.

¿Y las mujeres? Napoleón dirá a Gourgaud: «Nunca amé con un amor verdadero, salvo quizá a Josefina, un poco, y quizá ni eso, porque yo tenía veintisiete años». Ella pronto lo cansó con sus infidelidades, sus gastos y sus caprichos (el perrito Fortuné que mordía las pantorrillas de Bonaparte en la cálida intimidad del lecho conyugal). El Emperador tuvo al menos dos hijos fuera del matrimonio: León, en 1806, de una lectora de Carolina, Éléonore Denuelle de la Plaigne, y Alejandro, en 1810, de María Walewska. Quizá también una hija, Émilie, futura condesa de Brigode, de Françoise-Marie Leroy. Ninguna relación —y fueron numerosas— tuvo la menor incidencia en la propia vida de Napoleón. Simples reposos del guerrero.

El Emperador se despertaba a las siete y se hacía leer los periódicos y los informes de policía centralizados por Duroc, mariscal de Palacio, examinaba las facturas de sus proveedores y se entretenía con sus familiares. A las ocho estaba en su despacho de trabajo, donde dictaba su correo a sus secretarios, Bourrienne, y luego Méneval y Fain, y echaba un vistazo a los boletines de la policía. A las nueve: *petit lever* [ceremonia íntima del soberano con familiares y cortesanos], seguido a las diez por un desayuno del que daba cuenta en diez minutos, regado por el habitual *chambertin* cortado con agua, según una tradición heredada del Antiguo Régimen. Luego regresaba a su despacho, donde lo aguardaba el estudio de expedientes, catálogos y hojas de servicios, y consultaba los mapas que le preparaba Bacler d’Albe. A la una de la tarde asistía a las sesiones del Consejo de Ministros, del Consejo de Estado o de los consejos de administración. Cenaba a las cinco, aunque a menudo no se sentaba a la mesa hasta las siete. Después de cenar, se entretenía en el salón con la emperadora, echaba un vistazo a los últimos libros que le facilitaba Barbier, su bibliotecario, y luego regresaba a su despacho para acabar el trabajo del día. Se acostaba a medianoche y se despertaba hacia las tres de la madrugada para meditar en los asuntos más delicados, tomaba un baño caliente y se volvía a acostar a las cinco.

Solo los viajes y las campañas militares perturbaban este tipo de vida. El Emperador disponía entonces de una berlina especial acondicionada con cajones y compartimentos para los papeles. Un servicio de chambelanes y de edecanes le

precedía o le seguía. En coche, dictaba para no perder tiempo; en las paradas, Berthier, su jefe de Estado Mayor, o sus secretarios, despachaban el correo.

A finales del Imperio, no obstante, el agotamiento es evidente. Todos los testimonios confirman la pérdida parcial de su energía intelectual. Queda el sentido de la propaganda. Pocas veces un personaje histórico se habrá preocupado tanto en fraguarse un perfil: pequeño sombrero y redingote gris, mano en el chaleco: apenas tuvieron trabajo la caricatura y la imagen de Épinal para aprovecharse del Emperador.

Las ideas políticas de Napoleón

Las ideas políticas de Napoleón evolucionaron mucho. Algunos borradores y esbozos, la *Carta a Buttafuoco* y *La cena de Beaucaire*, habían revelado a un joven oficial que buscaba con franqueza, en vísperas de la Revolución, y con realismo, después de su fracaso en Córcega, el gobierno ideal. Napoleón lo encontró: el Imperio. El ejercicio del poder no lo desvió sin embargo de la reflexión política. En el Consejo de Estado, ante sus familiares, en su correspondencia, se complace en expresar sus ideas. A partir de casos concretos, deduce una filosofía política. Filosofía más próxima a Maquiavelo que a Rousseau, de quien ha renegado por lo demás desde el Consulado. A Eugenio, convertido en virrey de Italia, le envía el 7 de junio de 1805 sus recomendaciones: «Mostrad por la nación que gobernéis una estima que es tanto más conveniente manifestar cuantos más motivos encontréis para estimarla menos. Llegará un momento en que reconoceréis que hay muy poca diferencia entre un pueblo y otro». Podríamos, con ayuda de los consejos prodigados en esta carta, escribir un nuevo tratado del *Príncipe*. El secreto debe ser el principal resorte del arte de gobernar; el príncipe debe hablar lo menos posible y escuchar la mayoría de las veces: «La fuerza de un príncipe que se calla no se puede evaluar —escribe Napoleón —; cuando habla, tiene que tener conciencia de ser muy superior». El príncipe no debe conceder ningún crédito a los espías y desconfiar de los embajadores extranjeros, porque «un embajador no dirá nada bueno de vos —observaba el Emperador— ya que su oficio estriba en hablar mal». En definitiva, hay que mostrarse inflexible con los bribones: «El descubrimiento de un contable infiel es una victoria ganada por la administración». La fuerza, añadía Napoleón en otro texto, es el principio fundamental de cualquier gobierno: «La debilidad produce guerras civiles; la autoridad mantiene la tranquilidad y la prosperidad de los Estados». Para superar la crisis heredada de la Revolución solo podía establecerse un régimen autoritario, el de Brumario. Régimen autoritario que no tenía ninguna cuenta que rendir a un parlamento a la inglesa. «El gobierno —declaró en 1804— ya no es, como antaño, una emanación del Cuerpo Legislativo; no tiene con él más que lejanas relaciones». Una idea que se repite con insistencia: la del llamamiento a la nación, el bonapartismo dirá «el llamamiento al pueblo».

El Cuerpo Legislativo es el guardián del ámbito público; su misión consiste en otorgar el impuesto; si se opusiera a leyes de interés puramente local, lo dejaría hacer; pero si se formase una oposición en su seno, que fuera capaz de paralizar la acción del gobierno, recurriría al Senado para prorrogarlo, cambiarlo o anularlo, y haría un llamamiento, en caso de necesidad, a la nación, que está detrás de todo esto.

Y sin embargo, escribió a Lebrun, encargado de administrar Holanda: «No me hice cargo del gobierno de Holanda para consultar al populacho de Ámsterdam y hacer lo que quieran los demás».

La influencia del poder absoluto acentúa todavía más un rasgo del carácter de Napoleón: en un gobierno en el que todo reposa sobre un solo hombre, la confianza en uno mismo destruye muy pronto cualquier espíritu crítico. «Mis pueblos de Italia me conocen lo suficiente para que no se les olvide que yo sé más con mi dedo meñique de lo que ellos saben con todas sus cabezas juntas». De la infatuación, resbala rápidamente, en vista del éxito obtenido, al cinismo: «Siempre he observado que la gente honrada es inútil».

Se pasó progresivamente de la dictadura de Salvación Pública, de origen popular («el recurso al pueblo tiene la doble ventaja de legalizar la prorrogación y de purificar el origen de mi poder, que, de otro modo, siempre habría parecido dudoso»), a la cuarta dinastía, que pretendía que aceptasen las viejas monarquías («he demostrado que quiero cerrar la puerta a las revoluciones. Los soberanos me deben el haber detenido el torrente del espíritu revolucionario que amenazaba sus tronos. Si cayera el de mi hijo, todos los tronos se hundirían», confesó a Caulaincourt). Cada vez se convence más de que la aristocracia debe ser el soporte principal de la monarquía hereditaria que él pretende fundar: «Es el verdadero, el único soporte de una monarquía, su moderador, su palanca, su timón, un verdadero balón de oxígeno». Rousseau deja paso a Montesquieu, y se declina el apoyo de los notables en provecho de la antigua nobleza.

La familia imperial

En pocas ocasiones el entorno familiar habrá desempeñado un papel tan grande en la vida de un hombre de Estado. La historia de las relaciones de Napoleón y su familia, contada con éxito por Frédéric Masson, no es más que una larga sucesión de desavenencias y reconciliaciones. Con todo, los hermanos y las hermanas del Emperador no tenían de qué quejarse. La familia Bonaparte, desde el comienzo del Imperio, constituyó una dinastía de príncipes franceses en cuyo linaje la corona era hereditaria. José (1768-1844), el mayor, al que Napoleón guardó durante mucho tiempo algún respeto, recibió el reino de Nápoles arrebatado a los Borbones en 1806, y luego reemplazó en el trono de España a Carlos IV. Luis (1778-1846), que se había casado con la hija de Josefina, Hortensia de Beauharnais, obtuvo en 1806 el reino de Holanda. Excelente soberano, se tomó a pecho los intereses de su Estado castigado por los efectos del Bloqueo Continental; por consiguiente, era inevitable un conflicto

con su hermano. Jerónimo (1784-1860), cuyas extravagancias habían provocado la cólera de Bonaparte con motivo de su matrimonio con la rica estadounidense Miss Paterson, se reconcilió con el Emperador en 1805; casado el 12 de agosto de 1807 con la hija del rey de Wurtemberg, se convertiría seis días más tarde en el soberano de Westfalia. Únicamente Luciano (1775-1840), a pesar de ser el más inteligente, y a pesar de haber sido ministro del Interior, embajador en España, y luego tribuno, no recibió ningún reino. Se casó con Mme. Jouberthon, contra la voluntad de su hermano, y tuvo que retirarse a Roma, a su tierra de Canino, erigida por el papa en principado. Elisa (1777-1820), mujer de un oscuro oficial corso, Félix Bacciochi, a quien Napoleón hizo entrar en el Senado, se convirtió en princesa de Lucques y Piombino, y luego en gran duquesa de Toscana. Paulina (1780-1825), cuya belleza fue inmortalizada por Canova, tuvo como esposo, después de Leclerc, al príncipe Borghèse. Por último, Carolina (1782-1839), casada con Murat, recibió las coronas de gran duquesa de Berg y, luego, de reina de Nápoles.

Convertidos en reyes, los hermanos de Napoleón no debían ser en la intención del maestro más que auxiliares de su política. A Luis, le escribió el 6 de mayo de 1808: «Leo en los periódicos de París que habéis nombrado príncipes. Os ruego encarecidamente que no hagáis nada. Los reyes no tienen la prerrogativa de nombrar príncipes; ese derecho es inherente a la dignidad imperial». A Elisa, le recordaba desde Schönbrunn, el 27 de agosto de 1809: «Sois súbdita, y como todos los franceses, estáis obligada a obedecer las órdenes de los ministros». A medida que se iban desarrollando las consecuencias de la política imperial que a menudo contrariaban los intereses de sus Estados, los hermanos y hermanas de Napoleón tendieron a abrazar las aspiraciones de sus pueblos, de modo que amenazaban la unidad del Imperio. En 1810, Napoleón comenzó a arrepentirse de haber distribuido los tronos. El nacimiento del rey de Roma, el 20 de marzo de 1811, iba a modificar su visión del Imperio: deseó recuperar en beneficio de su hijo los territorios que imprudentemente había donado. Luis fue, en Holanda, la primera víctima de este cambio de política, que acabó por amenazar a su vez a Murat. Esa política irritó, por lo demás, a la opinión francesa; el interés de la nación pasaba a un segundo plano: en adelante solo contaban los motivos dinásticos. Finalmente, su familia abandonó a Napoleón, menos por sus intrigas que por la imagen que daba de un clan que explotaba a Francia, y luego a Europa, para acumular enormes fortunas y satisfacer dudosos apetitos.

La máquina gubernamental

Si el calendario republicano no desapareció hasta el 1 de enero de 1806 y si la expresión República francesa se conservó en las monedas hasta finales de 1808, el gobierno imperial adoptó, desde 1804, el aspecto de una dictadura personal, sin los

miramientos y las apariencias de legalidad del Consulado. Progresivamente, la influencia que los notables habían creído conservar a pesar de la fundación del Imperio fue desapareciendo. Solamente imperaba la voluntad de un hombre, y esta voluntad ya no correspondía a los intereses de la burguesía sino a los caprichos de un individuo.

Los ministros quedaron reducidos al papel de simples ejecutores y toda su correspondencia pasó en adelante por el Emperador. Chaptal había dejado Interior en 1804. En 1807, Talleyrand fue sustituido en Relaciones Exteriores por el concienzudo Champagny. Caído en desgracia en 1810, Fouché entregó la policía al «gendarme» Savary. Con ello eliminaba, en provecho de servidores entregados pero sin talento, a las personalidades fuertes que habrían podido modificar las decisiones imperiales. Considerado demasiado importante, el Ministerio del Interior (Cretet y luego Montalivet) perdió parte de sus atribuciones en beneficio de un Ministerio de las Manufacturas y del Comercio, creado en 1811 para Collin de Sussy. Las direcciones generales que limitaban los poderes de los ministros se multiplicaron.

En cambio, el contrapeso de las asambleas, ya débil bajo el Consulado, desapareció. Aunque hubiera abandonado toda oposición sistemática, el Tribunado, dividido en tres secciones por la constitución del año XII, se suprimió en 1807. El Cuerpo Legislativo, cuyo reclutamiento se efectuaba entre funcionarios o antiguos funcionarios, vio reducidas sus sesiones a unas pocas semanas. Napoleón habría incluso meditado su desaparición. Durante la renovación de los diputados, en 1807, el porcentaje de abstenciones fue muy elevado en la mayoría de los colegios electorales encargados de presentar candidatos. Los electores se inhibían manifiestamente de unas elecciones sin verdadera trascendencia. El poder mismo parecía desinteresarse de ellas: en 1812, había 399 miembros que nombrar en los colegios de distrito del Sena, y 139 en el colegio del departamento. El Senado se abstuvo de cualquier veleidad de independencia a pesar de los poderes relativos de que disponían las comisiones de la libertad de la prensa y de la libertad individual. Esta última anuló incluso la decisión de la Sala de lo Penal de Bruselas que había absuelto al alcalde de Amberes, Werbrouck, acusado por el comisario general de policía, Bellemare, con quien había reñido, de fraude y malversación. Internado en Charenton, Sade apeló en vano a la comisión senatorial, que no se pronunció sobre su suerte.

Por su lado, el Consejo de Estado, tan importante bajo el Consulado, perdió una parte de su influencia. Napoleón compareció cada vez menos, imponiendo sus decisiones sin escuchar a los consejeros, si hemos de creer a Thibaudeau. Este declive fue no obstante relativo, porque un registro del secretario del consejo, Locré, encontrado recientemente, presenta a Treilhard contradiciendo al menos seis veces, el 6 de junio de 1810, las sugerencias de Napoleón sobre los tribunales de apelación, y al Emperador en minoría, inclinándose ante el resultado de la votación, en una sesión del 11 de noviembre de 1813. Por otra parte, la clase de los auditores —a la que perteneció Stendhal— se constituyó progresivamente en cantera de futuros

administradores. Con ello se reconocía el papel de «crisol» desempeñado por el consejo. Al quedar atrás las grandes leyes, ¿acaso no era normal que esta asamblea se consagrara fundamentalmente a la jurisdicción administrativa?

La magistratura no conservó durante mucho tiempo su inamovilidad. El senadoconsulto del 12 de octubre de 1807 encomendó a una comisión senatorial, nombrada por el Emperador, la tarea de depurarla. La ley del 20 de abril de 1810 reorganizó la administración de la justicia, sustituyendo los tribunales de justicia criminal por las salas de lo penal que tenían su sede en la capital de departamento; los miembros del jurado se elegían de entre una lista de sesenta personas presentadas por el prefecto. La búsqueda del criminal pertenecía al fiscal, y el juez de instrucción decretaba las órdenes de comparecencia. Los tribunales de apelación adoptaron el nombre de tribunales imperiales.

En las prefecturas apareció una nueva generación, a menudo procedente de la antigua nobleza y más dócil a las conminaciones del poder: Molé, nombrado prefecto de Côte-d'Or en 1807; Montalivet, prefecto de la Mancha y luego del Sena y Oise antes de convertirse en ministro del Interior en 1809; Pasquier, que sustituyó, en 1811, a Dubois en la Prefectura de Policía. El matrimonio austríaco precipitó la invasión de las prefecturas por la antigua aristocracia (Cossé-Brissac, La Tour du Pin, Breteuil). Pero el favoritismo tuvo también su parte. Abrial, hijo del antiguo ministro, o Régnier, hijo del ministro de Justicia. La elección de los prefectos dependía cada vez más del «capricho» del Emperador; quienes habían creído en una relativa estabilidad del empleo debían morderse los nudillos. Las notas administrativas adoptaron un cariz cada vez más arbitrario. Eran dictadas por el ministro del Interior, el ministro de la Policía General y el director general de la conscripción. Fue esta última actividad la que iría absorbiendo poco a poco la energía de los prefectos, que debían ser igualmente apreciados, según Savary en una nota al Emperador, en función de su nacimiento, de su fortuna y «de la gracia particular de Vuestra Majestad». Se juzgaba también la autoridad que ejercían sobre los consejos generales reducidos, en el curso de «sesiones-relámpago», a deseos abocados a quedarse en papel mojado. En el desdén en que se tenían las funciones municipales había que considerar la ausencia de poderes reales de los alcaldes.

Mientras se simplificaba el mecanismo legislativo mediante la desaparición o la disminución del poder de las asambleas, la administración se fragmentaba en compartimentos cada vez más numerosos, bajo la forma de direcciones generales y de distritos. El prefecto de Mosela, Vaublanc, anota que esta fragmentación fue llevada a tal grado en los últimos años del Imperio que el entrelazamiento de los asuntos se volvió inextricable. La buena mecánica administrativa acababa por encasquillarse bajo el efecto de la desconfianza imperial y de una centralización llevada al extremo. La víspera de librar la batalla de Leipzig, se solicitó que Napoleón diera su conformidad a los gastos del comisario de Saint-Malo, y se distrajo así su atención de un combate sin embargo decisivo para el futuro de Alemania.

En adelante Napoleón zanjaba solo incluso los asuntos de segundo orden. Si reunía consejos privados, era en última instancia para modificar la redacción de un senadoconsulto, nunca para ratificar un tratado de paz o de alianza como había previsto la constitución. Los consejos de ministros, el miércoles, ya solo eran formalidades, como confesaba el barón Fain:

> El Emperador no se sometió a firmar en consejo. A medida que se presentaban los proyectos de decreto, se depositaban en la oficina con el informe y la documentación de apoyo. Una hoja de trabajo que contenía el sumario de los diferentes proyectos aportados por el ministro servía de envoltorio al expediente que se había depositado para su firma. Los ministros no se llevaban de la sesión otra cosa que la impresión de lo que se había dicho y pasado en su presencia.

El Emperador prefería los consejos de administración, a los que se dedicaban los lunes, los jueves y los sábados, y que podían durar desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde.

> Los consejos de administración tenían como objeto el examen a fondo de un único asunto o de un solo tipo de asuntos. La mayoría de las veces —observa Fain— se trataba del pago de presupuestos especiales, como el presupuesto de puentes y caminos, el de ingeniería militar o el de ingeniería marítima.

El Emperador llamaba a consulta a los consejeros de Estado, a los técnicos y a los jefes de oficina. Se han conservado las actas de estos consejos. En ellos, cada cual daba su opinión, pero, aunque esta opinión se tenía a menudo en cuenta, era no obstante el Emperador quien adoptaba en solitario una resolución. Al reunir este tipo de consejos, Napoleón no pretendía otra cosa que informarse, en la medida en que a menudo se mostraba —rasgo de su carácter generalmente poco conocido— inseguro acerca de los problemas técnicos. Se llegó incluso a la situación paradójica de que los presupuestos de la ciudad de París fueran aprobados por los consejos de administración antes incluso de haber sido examinados por el consejo general convertido en consejo municipal de la capital, y entraran en aplicación sin tener en cuenta la opinión de los notables parisinos.

Las finanzas imperiales

El funcionamiento de la máquina gubernamental costaba caro. Para controlar sus gastos se instituyó, en 1807, un Tribunal de Cuentas, presidido por el antiguo ministro del Tesoro, Barbé-Marbois, caído en desgracia después de la quiebra de los Negociantes Reunidos. Napoleón deseaba obtener los recursos necesarios de las contribuciones indirectas. De 1804 a 1810, se restablecieron los impuestos sobre las bebidas; en 1806, se resucitó la impopular gabela bajo la forma de un impuesto sobre la sal; en, 1810, se instituyó el monopolio del tabaco en provecho del Estado.

La dirección general de los «Derechos Reunidos» [impuestos indirectos] recayó en el «Anacreonte de la fiscalidad», Français de Nantes. Esta vez el descontento

popular se unió al de los notables: renacían la *Cour des Aides* y la impopular gabela. Un viento de revuelta estuvo a punto de soplar en las zonas rurales. Y es que la guerra ya no financiaba a la guerra. A partir de las operaciones de 1805, Napoleón había instituido una caja especial llamada *Caisse de l'Extraordinaire*, administrada por La Bouillerie, bajo la autoridad de Daru, intendente general para los países ocupados. La *Caisse de l'Extraordinaire* habría recibido, entre 1805 y 1809, 734 millones de francos. Un senadoconsulto del 30 de enero de 1810 organizó el *Domaine Extraordinaire* [recursos extraordinarios] encomendado a Defermon, y del que solo el Emperador podía disponer mediante decretos para atender a los gastos del ejército, recompensar los grandes servicios civiles y militares, emprender obras públicas y fomentar las artes. El *Domaine Extraordinaire* se nutría con las contribuciones de guerra y las inversiones efectuadas por su administración. Pero, a partir de la cuestión de España, la conquista dejó de aportar el botín de guerra. La derrota de Austria en 1809 permitió un último «reflote» en condiciones todavía mal conocidas. Y luego sucedió la catástrofe prevista por el economista Francis d'Ivernois.

La Universidad Imperial

Formar a los dirigentes del Imperio, ese era el objetivo asignado por Napoleón a la Universidad. «No habrá un Estado político consolidado, decía, si no hay un cuerpo docente con principios afianzados». La ley del 11 de floreal del año X que instituyó los liceos se había saldado con un fracaso: personal reclutado sin homogeneidad y de valor mediocre, militarización excesiva de los alumnos, mala gestión financiera. La burguesía estaba disgustada con el nuevo sistema. Los liceos no pudieron resistir la competencia de los establecimientos privados. El 10 de mayo de 1806 se votaba una ley que creaba, «bajo el nombre de Universidad Imperial, un cuerpo encargado exclusivamente de la enseñanza y de la educación públicas en todo el Imperio». Los miembros del cuerpo docente debían contraer «obligaciones civiles, especiales y temporales». Fourcroy se puso a trabajar para dar un contenido a la ley. Se examinaron veinte proyectos antes de que fuera firmado, el 17 de marzo de 1808, el decreto de 144 artículos que sentaba «las bases de la enseñanza en las escuelas de la Universidad». El monopolio de la enseñanza quedaba reservado a esta Universidad. Colocada bajo la autoridad de un *Grand Maître* [especie de ministro de Educación], a quien asistía un consejo de la Universidad y un cuerpo de inspectores generales, la Universidad imperial se dividía en academias administradas por rectores provistos a su vez de un consejo y de inspectores. Se necesitaba la autorización del *Grand Maître* para que un profesor enseñara y para la apertura de un centro, y cada institución debía pagar a la Universidad una retribución anual. La enseñanza se dividía en tres grados: la enseñanza primaria, que Napoleón encomendó a los hermanos de la Doctrina Cristiana; la enseñanza secundaria, impartida en los liceos y los colegios municipales;

y la enseñanza superior, reservada a las facultades de Letras, de Ciencias, de Derecho, de Medicina y de Teología. Con el Imperio se gestó el prestigio del bachillerato, cuya posesión permitía acceder a la elite. La formación de los profesores siguió a cargo de la Escuela Normal, reorganizada en 1810. Napoleón ratificaba así su voluntad de modelar, en un molde hecho a su conveniencia, a las nuevas elites. Los notables no se llamaron a engaño: la Universidad Imperial fue mal recibida. En realidad, no respondió al objetivo que Napoleón le había asignado.

El poeta Louis de Fontanes fue nombrado *Grand Maître* de la Universidad en lugar de Fourcroy, autor del proyecto, y que murió de abatimiento. El científico fue apartado a causa de su pasado revolucionario. Probablemente, Fontanes vio en este puesto un retiro lucrativo, o con mayor seguridad un medio para garantizar su futuro velando por los intereses de la Iglesia amenazada con perder el control de la enseñanza. Hizo entrar en el consejo de la Universidad a católicos ultramontanos como Bonald o el abad Émery, y nombró a numerosos eclesiásticos como directores, censores o profesores. Traicionó así, en beneficio del neocatolicismo, las intenciones del Emperador.

El monopolio no fue, en definitiva, tan absoluto como se hubiera podido creer. Al margen de los seminarios, siempre hubo, aunque declarada incorporada a la Universidad, una enseñanza privada de escuelas y de internados sostenidos por particulares y sometidos al control de los inspectores. Lejos de cesar, la competencia que los establecimientos privados, sobre todo eclesiásticos, hacían a los liceos no dejó de amplificarse.

El caso que estalló en Saint-Pol-de-Léon en 1810 de la transformación de una escuela secundaria en un seminario menor provocó la irritación de Napoleón: «Decidle al *Grand Maître* que es con los prefectos con quien tiene que comunicarse, no con los obispos, y no convertir la instrucción pública en un asunto de camarilla y de religión». El 17 de julio de 1810, el ministro de la Policía dirigió una circular a los prefectos para conocer la situación de los liceos y la naturaleza de su enseñanza. La investigación confirmó el éxito de los establecimientos eclesiásticos y la influencia de la Iglesia sobre la juventud. Las futuras elites escapaban a la influencia napoleónica. El decreto del 15 de noviembre de 1811 completó y modificó el del 17 de marzo de 1808. En adelante, los seminarios menores se sometían a la autoridad de la Universidad. No debía haber más que una escuela eclesiástica por departamento y los alumnos estaban obligados a llevar el hábito religioso. En las instituciones e internados, la enseñanza se limitaba a simples réplicas. Incluso los alumnos de los seminarios menores debían seguir las clases del liceo. En 1813, Montalivet, en la *Situación del Imperio*, contabilizó sesenta y ocho mil alumnos en los liceos y colegios, y cuarenta y siete mil en las instituciones privadas. Sin embargo, ese decreto fue tergiversado la mayoría de las veces por los obispos con la complicidad de Fontanes y de los inspectores. Guizot dejaba constancia, hacia 1816, de que la administración universitaria del Imperio no había «dejado de propagar los principios

religiosos, las costumbres piadosas y las buenas doctrinas morales». No era eso lo que podía disgustar a los notables.

El desapego de los notables

Frente a las usurpaciones de un poder cada vez más absoluto, la burguesía acabó por inquietarse. El reflejo cesáreo se transformó en profunda decepción ante un gobierno que no respetaba ya los intereses de los notables y perseguía su propia finalidad.

Pero las posibilidades de expresar este descontento y de arruinar la popularidad del régimen se encontraban cada vez más reducidas. La cámara de comercio de París denunció las consecuencias nefastas de la guerra para los negocios. «La incertidumbre acerca de la duración de la guerra, puede leerse en sus actas, se añade a los apuros de esta situación al impedir especulaciones que la llegada de la paz volvería ruinosas». Una circular del 31 de marzo de 1806 prohibía cualquier publicación o divulgación de sus opiniones sin autorización del ministro del Interior. La burguesía parisina ya no podía expresarse a través del consejo general de las manufacturas al que le había sido prohibida cualquier publicidad de sus debates.

La creación de la dirección general de la Imprenta y de la Librería, el 5 de febrero de 1810, y la limitación del número de imprentas habían dejado presagiar una nueva regulación de la prensa. Esta se produjo rápidamente: el decreto del 3 de agosto de 1810 solo autorizaba la publicación de un único periódico por departamento. Solo se toleraban, provisionalmente, algunas publicaciones literarias o científicas, y las notificaciones judiciales concernientes a la venta de inmuebles o los movimientos de mercancías. En París, el número de periódicos se limitó a cuatro a partir del mes de octubre de 1811: *Le Moniteur, La Gazette de France*, *Le Journal de Paris* e, incautado el 18 de febrero de 1811 a los hermanos Bertin, *Le Journal des Débats* que se convirtió en *Le Journal de l’Empire*.

El control de la policía sobre estas publicaciones era absoluto. Por lo demás, el 17 de septiembre de 1811, el decreto de Compiègne confiscaba todos los periódicos de París en provecho del Estado. Los beneficios se repartieron entre la policía, los cortesanos y los hombres de letras. Jamás fue instituido un régimen más draconiano. La contrapartida fue el aspecto monótono e insípido de esos periódicos enteramente en manos del gobierno, cuya lectura carecía de todo interés. Al final del Imperio, el burgués parisino se veía privado de café, de azúcar y de gaceta: ¡era pedirle demasiados sacrificios!

La burguesía que había padecido el Terror soportó con preocupación el refuerzo del carácter policial del sistema imperial. De regreso al Quai Voltaire, Fouché había proporcionado a la policía general una temible eficacia. Había dividido la actividad del ministerio en tres y, luego, en cuatro distritos a cargo de los consejeros de Estado:

Réal, Pelet de la Lozère y el prefecto de policía Dubois. Desmarest velaba más concretamente por la seguridad encargada de desbaratar complots. Con excepción de un «atropello policial», la conspiración del general Malet en 1808, en que la rivalidad entre el ministerio y la Prefectura de Policía, consentida por Napoleón, embrolló los hilos de las pesquisas, la policía imperial desbarató complots e intrigas: todas las tentativas dirigidas desde Londres por Puisaye para implantar sus redes en el oeste se vieron abocadas al fracaso. El conspirador Le Chevalier fue ejecutado el 9 de enero de 1808; Prigent, que preparaba una insurrección del oeste, fue capturado el 5 de junio del mismo año.

Pero Fouché sabía hacerse igualmente tranquilizador con respecto al Faubourg Saint Germain, suavizando por ejemplo las condiciones de detención de los Polignac. Su partida sembró el espanto. Savary, que lo reemplazó, no tenía las sutilezas «del ametrallador de Lyon». Había demostrado su brutalidad en España. Acumuló torpezas al frente de la policía. Por ejemplo, ideó suministrar a los criados una cartilla por los servicios prestados. ¿Cómo no ver en ello un nuevo medio de vigilancia de las «buenas casas»? La medida suscitó un clamor general de protesta y no fue prácticamente aplicada por los amos. Bajo el pretexto de una «estadística moral y personal», emprendió la tarea de fichar a toda Francia y de inmiscuirse en el matrimonio de las ricos herederos y las hijas de la antigua nobleza. Esta intrusión en la vida privada de la gente acabó de desacreditar los servicios del Quai Voltaire. No fue Fouché quien creó el mito de la policía imperial; al contrario, la volvió tan discreta como era posible. Fueron las meteduras de pata de Savary las que pusieron de manifiesto el carácter policial que había ido adoptando poco a poco el régimen.

Si la monarquía absoluta había sido, según la célebre fórmula de Saint-Simon, un *largo reinado de vil burguesía*, opinión por lo demás en absoluto compartida por esta burguesía, el gobierno imperial dejó de ser, después de 1807, el de una clase —la misma burguesía— para convertirse en el juguete de los caprichos de un individuo. Evolución contraria a la esperada: se contaba con el paso progresivo de una dictadura de Salvación Pública a un gobierno constitucional de tipo liberal. De hecho, como subraya Molé:

> El genio de Napoleón y su temperamento lo alejaban de cualquier forma de reparto de la autoridad. En su opinión, la unidad era la condición indispensable de cualquier gobierno fuerte; todo poder discutido, limitado, contenido, estaba a su parecer condenado a la indecisión y privado de esas iluminaciones repentinas gracias las que él mismo había obrado milagros… En el momento en que su estrella empalidecía, ¿sabéis —añadía Molé— adónde fue su pensamiento a buscar el remedio y las condiciones de estabilidad que quería para el futuro? Se reprochó por haber concedido al Cuerpo Legislativo demasiada libertad e injerencia en los asuntos, y al Senado demasiada importancia.

¿Cómo los notables, que habían visto sin nostalgia la desaparición del Antiguo Régimen, habrían podido admitir que al orden le sucediera la aventura, y a la autoridad la tiranía?

Debates abiertos

Usurpador para los realistas y tirano para los jacobinos, Napoleón fundó un régimen cuya definición divide a los politólogos. Para René Rémond (*La Vie politique en France*, t. 1, 1965), el Imperio marca un paréntesis en la evolución parlamentaria de Francia: la noción de elección fue escamoteada, el papel de las asambleas reducido a la nada, la prensa aniquilada. Para Pietri, al contrario (*Napoléon et le Parlement*, 1955), el Emperador permaneció hasta el final respetuoso con las prerrogativas parlamentarias. Presentó la supresión del Tribunado como un refuerzo del poder de las asambleas: el Tribunado no fue suprimido, sino incorporado al Cuerpo Legislativo. Debido a esto, los legisladores dejaron de estar mudos, y recibieron el derecho a la palabra que reivindicaban desde hacía mucho tiempo; paralelamente, los veintisiete tribunos mezclados con el Cuerpo Legislativo pudieron finalmente votar de forma definitiva sobre proyectos que antes no hacían más que discutir.

De hecho, el carácter dictatorial del régimen no parece ofrecer dudas. La primacía del ejecutivo era absoluta (véase Duverger, *La Dictature*, 1961, y los trabajos de sus alumnos, como J.-P. Daviet). Dictadura militar, escriben Mathiez o Lefebvre, aunque si el ejército proporcionó, en efecto, la contribución decisiva en el éxito de Brumario, ya solo intervendrá, en el plano interior, para reprimir los desórdenes de Caen en 1812. ¿Despotismo ilustrado? Pero los ideólogos herederos de los filósofos fueron apartados del poder desde el Consulado. Muchas veces se ha presentado a Napoleón como el precursor de las dictaduras fascistas del siglo XX. Ahora bien, el régimen no se estableció ni sobre una doctrina racial (solo los bohemios tuvieron, en nombre del mantenimiento del orden, algunos problemas: véase Vaux de Foletier, «La grande rafle des Bohémiens du Pays basque sous le Consulat», *Études tsiganes*, 1968, pp. 13-22), ni sobre métodos sanguinarios («La sangre de las víctimas no hace crecer las raíces, las mata, lo que ha matado a la República es el Terror», dirá Napoleón en Montholon). La dictadura napoleónica es, en el fondo, el cesarismo de la Roma antigua, un compromiso entre las necesidades de un gobierno de Salvación Pública, en lucha contra Europa, y las susceptibilidades heredadas de la Revolución hacia el poder monárquico. ¿Cesarismo? O más exactamente *Bonapartismo*, porque el mérito del vencedor de Marengo consiste en haber sustituido su nombre por el del vencedor de Alésia (véase Jean Tulard en «Actes du colloque d'Augsbourg sur le bonapartisme», *Francia*, 1977). Todo se basa en el carisma personal de Napoleón: el régimen se identifica con un individuo.

No es de extrañar que este individuo no deje de apasionar. Sin embargo, es de lamentar que su estatura (1,68 m según M. Dunan, *Revue de l'Institut Napoléon*, 1963, p. 178), sus enfermedades (Cabanes, *Au chevet de l'Empereur*; Hillemand, *Pathologie de Napoléon*, según el profesor Chouard padecía el síndrome de apnea del sueño; era miope según el doctor Amalric, *Points de vue*, junio de 1986, y utilizaba

gafas con cristales de 18 dioptrías), sus caballos (Merllie, «Le cavalier Napoléon et ses chevaux», *La Sabretache*, n.° 53, 1980) y, sobre todo, sus amores hayan atraído la atención más que sus ideas políticas. Sobre los amores, se ha plagiado el libro de F. Masson, *Napoléon et les femmes* (1894). Joseph Valynseele se dedicó a *La descendance naturelle de Napoléon* (1964), de donde A. Gavoty excluyó a Emilie Pellapra (*Bulletin de l'Institut Napoléon*, abril de 1950). J. Savant erigió el cuadro de honor de quienes «resistieron» (*Cahiers de l'Académie d'Histoire*, 1970, n.° 4): Mme. de Tallien, Mme. Récamier, Alexandrine de Bleschamp, condesa de Regnault de Saint-Jean-d'Angély, etc., es decir, las mujeres más hermosas de la época. He aquí lo que hará pensar en los límites de la dictadura napoleónica.

Capítulo 17

Una equivocación: la nobleza de imperio

«El dogma absurdo de la igualdad es siempre la religión favorita de los tenderos», había advertido el jacobino Fouché. Napoleón no lo escuchó. Antes incluso de la guerra de España, cometió su primera equivocación: la creación de una nobleza. Había dicho: en el origen de la Revolución está la vanidad, la libertad solo fue un pretexto. Al abrir la nueva nobleza a los notables, Napoleón esperaba hacerles aceptar la supresión de las libertades. Pretendía también amalgamar la burguesía revolucionaria con la antigua aristocracia que se separaría así de los Borbones. Cálculo doblemente erróneo: la vieja nobleza solo sirvió a desgana al usurpador; y, en las tiendas, se lloró la pérdida de la igualdad, al menos si hemos de creer a Fouché. La inquietud se apoderó del mundo del campo: ¿iba a resucitar la feudalidad a pesar del juramento de 1804? En pocas palabras, la acogida distó mucho de ser entusiasta.

La etapas de una creación

La idea de igualdad estaba tan fuertemente arraigada que Napoleón necesitó ocho años para fundar una nueva nobleza cuando, desde 1804, nadie podía ya hacerse ilusiones sobre la naturaleza de su régimen.

> Hay dos cosas para las que la nación no está madura —confesó el Primer Cónsul a Roederer—: la herencia de los cargos y la nobleza. Una nobleza hereditaria cuyo origen se remontara a nobles acciones, a grandes servicios prestados a la patria, no ha podido sostenerse. Sin embargo, era mucho más propicia que una nobleza instituida que elevara de golpe a los nobles por encima de sus pares.

Apenas establecidas, las listas de notabilidades, que habrían podido ser el embrión de una nueva aristocracia, desaparecieron, desde la constitución del año X, en provecho de colegios electorales de los que se desinteresó el Imperio. Según Roederer, Bonaparte se había opuesto a las listas de notables por temor a que se formara una nobleza nacida de la Revolución, que hubiera escapado de sus manos. De ahí esa indiferencia manifestada a continuación hacia los colegios electorales.

¿Podemos considerar la fundación de la Legión de Honor como una etapa hacia el establecimiento de la nobleza, etapa esta vez querida por Bonaparte? A ejemplo de las listas de notabilidades, ¿no pretendía acaso formar una elite, en la que podría apoyarse el gobierno consular? Elite que, al revés de las notabilidades, no se distinguía por la fortuna, sino por los servicios prestados al Estado, y era nombrada por el Primer Cónsul.

La Asamblea Constituyente había suprimido, el 30 de julio de 1791, «todo signo exterior que supusiera distinciones de nacimiento», pero se había reservado el derecho de estatuir sobre el problema «de una condecoración nacional única que podría concederse a las virtudes, los talentos y los servicios prestados al Estado». La Convención había admitido que podrían otorgarse recompensas «a los ciudadanos que hubieran servido con brillantez a la patria». El Directorio, en fin, había multiplicado las recompensas militares bajo forma de armas de honor. Pero estas

marcas distintivas no violaban de ninguna manera el principio de igualdad. Simplemente excluían el elemento civil. La creación de la Legión de Honor por Bonaparte pretendía ampliar la noción de recompensa; respondía a las preocupaciones de la Constituyente. La «consigna» no aparecía en el proyecto de ley, y el origen de la expresión «Legión», del todo romana, pretendía tranquilizar a la opinión pública. Las resistencias no fueron menos enérgicas en el Consejo de Estado, donde Berlier habría exclamado: «El orden propuesto conduce a la aristocracia: las cruces y las cintas son los sonajeros de la monarquía». «¿Por qué la institución no habría de ser común a los hombres de guerra y a los hombres del estado civil? Los hombres que primero hicieron palidecer al despotismo y que proclamaron la libertad ¿no tienen acaso los mismos derechos que los guerreros que defendieron el Estado contra los extranjeros?», habría exclamado Bonaparte. Los debates en el Tribunado no fueron menos tumultuosos. En el Cuerpo Legislativo, hubo 166 sufragios favorables, pero 110 contrarios. La Legión de Honor fundada en un juramento y dotada de bienes territoriales contenía en germen una nueva nobleza.

Nueva etapa en la aristocratización de Francia: las senadurías. El senadoconsulto del 14 de nivoso del año XI preveía la constitución de una senaduría por distrito de tribunal de apelación, especie de división administrativa cuya responsabilidad moral tenía un senador. Cada senaduría estaba dotada con una casa y una renta anual en haciendas nacionales de un valor entre veinte y veinticinco mil francos destinada a cubrir los gastos de representación y de desplazamiento del senador obligado a residir durante una parte del año en su senaduría. Nada que hubiera chocado con los sentimientos igualitarios de los franceses si estas senadurías no hubieran sido poseídas de por vida y no hubieran parecido el esbozo de una nueva feudalidad.

Como las listas de notabilidades, la Legión de Honor y las senadurías representaban en definitiva tentativas de restablecimiento de la nobleza. La Legión de Honor padeció a finales de 1804 una crisis financiera cuyo orden no se recuperará. El decreto del 28 de febrero de 1809 le retiró los bienes rurales administrados por las cohortes a cambio de una inscripción de 2.082.000 francos de renta al 5 por 100 consolidados. Inflexión decisiva: la Legión de Honor debía renunciar a constituir un cuerpo aristocrático, que dispusiera gracias a su fortuna inmobiliaria de una profunda influencia; se veía así reducida a su punto de partida: una simple recompensa individual.

La decepción de los titulares de algunas senadurías fue viva cuando descubrieron que las rentas de estas senadurías estaban avaladas por bienes geográficamente muy dispersos. Por ejemplo, a la senaduría de Agen se asignaron haciendas nacionales situadas en los departamentos de Gers, de Lot y Garona, de Sena y Oise y de Eure y Loir, lo que complicaba sustancialmente la entrada de los ingresos que debían avalar al titular de la senaduría. Caso generalizado, con muy pocas excepciones. Fue el titular de la senaduría de Riom quien se quejó: «La administración es penosa y onerosa, el producto casi nulo y el titular desespera de vencer los obstáculos que se

oponen a la simple percepción de su renta». En Bourges, Gamier-Laboissière deploraba «la existencia de parcelas tan parcas y tan aisladas unas de las otras que necesitan otros tantos pequeños granjeros cuya solvencia siempre equívoca comporta a menudo pérdidas o discusiones litigiosas». Nos encontramos aquí a mucha distancia del feudo convertido en principado.

Fracaso deliberado. Bonaparte arrastró a Francia por otra vía, la de una aristocracia que solo extrae su riqueza y su influencia del gobierno imperial. Los brumarianos deseaban una forma de nobleza que consagrara simplemente su conquista del poder y su perpetuación. Napoleón no podía adecuarse a eso. Su desconfianza hacia los notables lo condujo a restringir el papel de los colegios electorales y a paralizar cualquier implantación regional de los senadores, ayudado en este último punto por el enrarecimiento de los bienes nacionales. Más difícil de explicar fue el desinterés manifestado bastante rápidamente por la Legión de Honor: la inflación de las condecoraciones muestra de un modo indiscutible, a partir de 1805, que el Emperador pretendía limitarla al papel de simple recompensa que es el que sigue jugando todavía en nuestro Estado republicano.

Fue en las Tullerías donde nació la nobleza con la aparición de una corte. Primero reducida, la casa del Primer Cónsul se va ampliando progresivamente. La recepción en junio de 1801 de los soberanos de Etruria favorece el desarrollo del protocolo y el retorno a las libreas. El fasto oficial se vuelve ostentoso. En adelante, las botas y los pantalones desaparecen en beneficio de los zapatos con hebilla, las medias de seda y los calzones cortos. Un decreto del 12 de noviembre de 1801, no impreso, creó un gobernador y cuatro prefectos de palacio. No solo no dejaron de aumentar los honores dispensados a Josefina, sino que se aprecia la importancia adquirida por el elemento femenino, habitualmente de rancia nobleza, en el entorno de la esposa del Primer Cónsul: Mmes. de Luçay, de Lauriston, de Talhouët, etc. La instauración del Consulado vitalicio precipitó una evolución que consagraría la proclamación del Imperio. Pero ¡cuántas precauciones hasta entonces! ¡Y cuántas justificaciones cuando reaparecieron los grandes cargos! «El ridículo envolvió primero esos disfraces, pero pronto se acostumbraron a ellos», se lee en las *Memorias* de Fouché. Molé observa por su parte: «Bonaparte se sentía incómodo por mostrarse a los ojos de los republicanos y de su ejército con la pompa y los ornamentos del supremo poder». Las reticencias eran vivas, no solo por parte de los militares sino también en la propia burguesía. Algunos habían visto con inquietud el regreso de los emigrados. ¿A quién beneficiaría el restablecimiento de la nobleza si no a los antiguos nobles? Fiévée no se equivocaba; en una nota de diciembre de 1802, analizaba el sentimiento público: «La gran dificultad consiste en comprender cómo se hace o cómo se rehace una nobleza y si títulos que, en su origen, correspondían a funciones y que por abuso se habían vuelto personales y trasmisibles, podían volver a empezar por donde habían acabado».

La reinstauración de las formas monárquicas del poder volvía sin embargo

ineluctable la constitución de una nobleza. Etapa decisiva: el decreto del 30 de marzo de 1806, que atribuyó a los miembros de la familia imperial el título de príncipe. Era el primer desgarrón al principio de igualdad: «El estado de los príncipes llamados a reinar en este vasto imperio y a fortificarlo mediante alianzas no podría ser en absoluto el mismo que el de los demás franceses». El reparto de las coronas y la política matrimonial del Emperador servían todavía como justificación. Pero ¿qué decir de los demás decretos fechados el mismo día?: La princesa Paulina y su esposo el príncipe Borghèse recibían el principado de Guastalla, el príncipe Joachim Murat los ducados de Clèves y de Berg; por su lado, Berthier obtuvo Neufchâtel. En los estados de Parma y de Piacenza se erigían tres ducados llamados «grandes feudos»: «Nos reservamos —afirmaba el Emperador— la prerrogativa de adjudicar la investidura de los llamados feudos, por ser transmitidos hereditariamente, en orden de primogenitura, a los descendientes varones legítimos y naturales de aquellos a favor de quienes lo habremos dispuesto». ¿No era eso restablecer la nobleza, aun cuando esos nuevos feudos estaban todos situados en el extranjero?

El paso definitivo se dio dos años más tarde. El decreto del 1 de marzo de 1808 restablecía las antiguas denominaciones nobiliarias, con excepción de las de vizconde y de marqués. Los grandes dignatarios del Imperio llevaban el título de príncipe y de alteza serenísima; los ministros, senadores, consejeros de Estado vitalicios, los presidentes del Cuerpo Legislativo y los arzobispos, el de conde; los presidentes de los colegios electorales, los primeros presidentes del Tribunal Supremo y del Tribunal de Cuentas, los obispos de Imperio y los alcaldes de las treinta y siete «buenas ciudades» recibían el título de barón. También estaban previstos caballeros. Esta resurrección de los antiguos títulos iba acompañada de la del derecho a los escudos de armas. El Consejo del Sello de los Títulos creado por un segundo decreto del 1 de marzo de 1808 y formado por el archicanciller asistido por tres senadores, dos consejeros de Estado, un fiscal general y un secretario general, se encargaba de regular los problemas planteados por estos escudos de armas que estaban sometidos a la aprobación del Emperador. Napoleón había encontrado un hábil compromiso entre el gusto de los franceses por las distinciones honoríficas y la idea de igualdad proclamada en 1789. La calidad de noble de Imperio no llevaba consigo ninguna exoneración de impuestos, ningún privilegio, ni ninguna emancipación de las leyes generales. Los derechos feudales seguían estando abolidos. Si con frecuencia se concedían ventajas pecuniarias a los nuevos dignatarios, no estaban ligadas a los títulos concedidos. Cuando el título va unido al nombre de una tierra, esta se encuentra situada fuera del territorio francés.

Los títulos recompensaban servicios prestados al Estado en el ámbito civil o militar. Eran comparables con las distinciones de la antigua Roma que solo proporcionaban prelaciones. Las cartas patentes del 10 de septiembre de 1808 que confirieron al mariscal Lefebvre el título de duque de Dantzig, ponen de manifiesto las intenciones del Emperador.

Queriendo dar a nuestro primo el mariscal y senador Lefebvre un testimonio de nuestra benevolencia, por el apego y la fidelidad que siempre nos ha prodigado y reconocer los servicios eminentes que nos ha prestado el primer día de nuestro reinado (*entendamos el 19 de brumario*), y que no ha dejado de prestarnos después y a los que acaba de añadir todavía un nuevo resplandor con la toma de la ciudad de Dantzig; deseando además consagrar con un título especial la conmemoración de esta gloriosa y memorable circunstancia, hemos resuelto conferirle y le conferimos por las presentes disposiciones, el título de duque de Dantzig con una dotación en haciendas situadas en el interior de nuestros Estados.

Entendemos que el susodicho ducado de Dantzig sea poseído por nuestro primo el mariscal y senador Lefebvre, y transmitido hereditariamente a sus hijos varones, legítimos y naturales por orden de primogenitura, para que disfrute de él en toda su propiedad, con los cargos y condiciones y con los derechos, títulos, honores y prerrogativas vinculados a los ducados por las constituciones del Imperio.

Se observará que el Emperador no concede al mariscal ningún bien, renta o inmueble situado en la ciudad de Dantzig o en los alrededores. El título no es más que una simple conmemoración del asedio, un *cognomen* a la manera romana. Las dotaciones siempre estarán constituidas por rentas sobre tierras situadas fuera de Francia. Preocupación por contentar con la opinión pública hostil a cualquier reinstauración de la feudalidad, pero también voluntad deliberada de vincular esta nobleza al futuro del gran Imperio.

Estos títulos, estrictamente personales, no eran hereditarios. Recompensaban a un individuo y no, como antes, a una familia. Sin embargo, el título se volvía transmisible en el caso de constitución de un mayorazgo. Este mayorazgo debía estar formado por un capital indisolublemente ligado al título, y transmisible con él. Podía abarcar bienes inmobiliarios, libres de toda hipoteca, o acciones del Banco de Francia y rentas sobre el Estado, cuya importancia variaba según los títulos. Se puede adivinar fácilmente la intención del Emperador. El recuerdo de su juventud difícil y el espectáculo de los nobles arruinados en vísperas de la Revolución le conducían a poner los títulos que volvía a suscitar al abrigo de una derogación asegurándoles al menos las rentas producidas por los bienes del mayorazgo.

Abierta a todos, esta nobleza se reclutó fundamentalmente, por su propia naturaleza, entre los militares, los funcionarios y los notables, pero con importantes desproporciones: el 59 por 100 para los primeros, el 22 por 100 para los segundos (consejeros de Estado, prefectos, obispos, magistrados) y únicamente el 17 por 100 para los últimos (nuevamente se trataba de notables que desempeñaban funciones públicas, senadores, miembros de colegios electorales, alcaldes). La parte reservada al comercio, la industria, las artes y las profesiones liberales (médicos, abogados) era insignificante.

No es extraño que las reservas vinieran de esos medios. El banquero Hottinguer apuntaba en su diario: «El comercio considera como uno de sus mayores derechos el ser juzgado por sus pares. Napoleón, por su parte, quería jerarquías a cualquier precio». «Los financieros están descontentos —puntualizaba Fiévée— porque las distinciones sociales fundadas en conmemoraciones y servicios los deja en tercera fila».

Los sentimientos de los demás notables son más difíciles de desvelar, por haber

sido el ingreso en la nobleza la mayoría de las veces automático, puesto que era la consecuencia de la función: Senado, Consejo de Estado… No es sino al nivel de la constitución de los mayorazgos donde se puede medir el interés concedido a la institución. Quizá, entre los notables, no fuera tan grande como se haya podido creer. Es cierto que el Consejo del Sello de los Títulos quedó prontamente desbordado. Así, durante su sesión del 28 de octubre de 1808, examinaba la formación de los mayorazgos de los condes Laforest, Chauvelin, Mérode de Westerloo, Darjuzon, Contades (presidente del colegio electoral de Maine y Loira), Estève (tesorero general de la Corona), Perrégaux (auditor en el Consejo de Estado), Wals-Serrant (presidente del colegio electoral de Finisterre), Mercy d'Argentau (chambelán), Duval de Beaulieu (alcalde de Mons), etc. Entre los barones examinados el mismo día: nueve prefectos, una decena de miembros de los colegios electorales y varios magistrados. Pero se descubren muchos ausentes: ¿expedientes perdidos, indiferencia? Hubo indecisión incluso entre los militares: «He tenido entre las manos, escribe Pasquier, que perteneció al Consejo del Sello de los Títulos, un número bastante grande de peticiones en las que se pedía el ingreso en la nobleza, como si se pidiera en un regimiento».

Al atraer a la antigua aristocracia, Napoleón esperaba conseguir una fusión entre dos elites: el 23 por 100 de viejos nombres, el 58 por 100 de burgueses. Aunque estos últimos habían sido mayoritarios, no vieron sin inquietud la parte cada vez mayor que ocupaba la vieja nobleza en la corte y en las prefecturas. Se reavivaron susceptibilidades, se despertaron odios. La creación de la nobleza de Imperio ¿no era acaso un pretexto para devolver a los antiguos privilegiados a la cima de la jerarquía social? El temor fue real, si damos crédito a algunos informes de prefectos sobre el estado anímico de la población. Sin embargo, Napoleón no tuvo éxito del todo en su tentativa de adhesión de la antigua elite. Desde luego, se pueden encontrar en la nobleza de Imperio muchos grandes nombres: Noailles, Montmorency, Turenne, Montesquiou. El atractivo de los cargos y del dinero desempeñó un papel decisivo. Pero ¿era sincera esta adhesión? Pasquier explicó que el motivo por el que había aceptado servir al Imperio no era sino para preparar mejor el futuro.

La fundación de la nobleza de Imperio fue aparentemente una equivocación y un fracaso. Una equivocación, en la medida en que los brumarianos no deseaban de ninguna manera el restablecimiento de una aristocracia; vimos ya la resistencia opuesta por las asambleas a la creación de la Legión de Honor. La tendencia igualitaria se identifica la mayoría de las veces en Francia con la nivelación por lo bajo. Se desea menos igualarse a las clases superiores que destruirlas. De ahí el escándalo provocado por la respuesta, a pesar de todo sensata, dada por Guizot: «Enriqueceos», a quienes le reclamaban una reducción del censo bajo la monarquía de Julio. Los notables aceptaron los honores que se les repartieron y acabaron por considerarse nobles. Pasquier habla con gracia de Gantier, cuyas ideas eran contrarias a las instituciones nobiliarias, pero cuyo «título de conde acariciaba demasiado

agradablemente los oídos». Pero los recién promovidos no guardaron ningún tipo de reconocimiento hacia el régimen.

De ahí el fracaso: la nobleza de Imperio no fue el sostén dinástico esperado por Napoleón. Este lo reconocía ante Caulaincourt en 1812: la institución no había respondido a sus expectativas. Dos años más tarde, la vieja nobleza recuperaba sus antiguos títulos, y la nueva olvidaba al Emperador.

Debates abiertos

El problema de la fusión de las dos noblezas solo puede elucidarse mediante el estudio de la política matrimonial de la nobleza de Imperio, estudio facilitado por el *Armorial* de Révérend y las investigaciones de Valynseele. Esta fusión parece haberse consumado lentamente. Las primeras alianzas se anudaron, sobre todo, con la alta banca: J. Lhomer, *Le Banquier Perrégaux et sa fille, la duchesse de Raguse* (1926). Ney se casó el 5 de abril de 1802, en el castillo de Grignon, con la segunda hija de Auguié, proveedor general de víveres para el ejército y luego administrador de Correos.

¿Constituyeron las dotaciones imperiales una aportación importante? Las conocemos por los trabajos (en polaco) de M. Senkowska-Gluck (Varsovia, 1968), de Berding («Les dotations impériales dans le royaume de Westphalie», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1976, pp. 91-101), de Ingold (*Bénévent sous la domination de Talleyrand*, 1916), de J. Courvoisier (*Le maréchal Berthier et sa principauté de Neuchâtel*, 1959) y el artículo de H. de Grimouard, «Les origines du Domaine extraordinaire», *Revue des Questions historiques* (1908, pp. 160-192). Las rentas garantizadas fueron, a fin de cuentas, poco importantes (J. Tulard, «Les composants d'une fortune; le cas de la noblesse d'Empire», *Revue historique*, 1975, pp. 119-138): bienes demasiado dispersos, problemas de cambio, mala voluntad de las autoridades locales, escasez de los arrendamientos. Para los grandes donatarios, las pérdidas fueron del orden del 40 por 100 (el 90 por 100 en 1813). Las remuneraciones y los sueldos se pagaron de modo irregular al final del Imperio: las causas de algunas fortunas fueron, por tanto, las gratificaciones dadas directamente por el Emperador (palacetes, sumas de dinero), las inversiones privadas (como el negocio corsario, que atrajo a Soult, Andreossy o Caffarelli, por ejemplo), la especulación (Bourrienne, Brune, Bernadotte), el pillaje (Masséna, Soult) y la corrupción (F. Boyer, «Oeuvres d'art pour des généraux français», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1965, pp. 15-23). Un ejemplo de gran fortuna formada bajo la Revolución y el Imperio: R. Marquant, «La fortune de Cambacérès», *Bulletin d'Histoire économique et sociale de la Révolution française*, 1971, pp. 169-251. La reconstitución de las fortunas antiguas es menos conocida. Entre los afiliados, fue la nobleza de corte la que obtuvo los favores. Era preferible ser chambelán que general o prefecto. «Un orinal más en la cabeza de estos

nobles», se burlaba, después del nombramiento de varios chambelanes, Pommereul, él mismo exchambelán, que se convirtió en prefecto y fue llamado en 1811 para reemplazar a Portalis hijo al frente de la dirección de la Imprenta, al no haber denunciado a la policía este último a su primo el abad de Astros.

Capítulo 18

El patinazo de la política exterior: el avispero español

Fue después de Tilsit cuando Napoleón decidió intervenir directamente en España. Desde 1788 reinaba, en la península Ibérica, un príncipe débil y bonachón, Carlos IV, que había abandonado la realidad del poder a su esposa María Luisa de Parma y al primer ministro Godoy. La llegada de Carlos IV había coincidido con el final de una gran época colonial, que había multiplicado por diez los beneficios de la metrópoli sin provocar la nefasta inflación del siglo XVI. Pero España solo había participado desigualmente en este desarrollo: al revés que los burgueses de Cádiz o de Barcelona, los aristócratas y los campesinos de Galicia o de Andalucía no habían sido afectados por las transformaciones del Siglo de las Luces. Se enfrentaban dos Españas: una entregada a las nuevas ideas, y la otra que seguía siendo tradicionalista. Godoy, nombrado primer ministro a los veinticinco años de edad, era perfectamente consciente de esta oposición, y, a pesar de la impopularidad que le valió su rápida ascensión, logró mantener equilibrada la balanza entre «la España negra» y «la España ilustrada»; pero se enzarzó en un complejo juego diplomático que iba a ser su perdición, al facilitar la intervención de Napoleón.

Una intervención nacida por propia iniciativa de Napoleón, aun cuando fuera un tanto impulsada por Talleyrand y Murat. Primera equivocación del Emperador: la imagen de una España en peligro, formada a partir de relatos de viajeros e informes diplomáticos, le hizo creer que podría presentarse como un salvador que acudía a regenerar la Península. Un nuevo Brumario, en definitiva. Si España sufría por el bloqueo, la crisis solo afectaba a Cataluña, comerciante e industrial, Valencia y Cádiz; de ninguna manera interrumpió la expansión demográfica de un país que había pasado de nueve millones de habitantes en 1765 a doce millones en 1808. Una vitalidad que debiera haber impugnado el optimismo de Napoleón acerca de las facilidades de la conquista de la Península. Segunda equivocación: el sentimiento de que, en esa guerra, Francia apoyaba al Emperador. Las campañas de 1805 y 1806 le habían sido impuestas: se inscribían en la lógica de las guerras revolucionarias, y por eso habían sido aceptadas por la opinión pública. En España no sucedía lo mismo. Por primera vez intervenía un elemento desconocido desde 1789: el interés dinástico. Los Bonaparte habían sustituido a los Borbones: eso era en definitiva lo que estaba en juego en el combate. Napoleón podía pensar que una sustitución semejante sería bien recibida en Francia: además de la confiscación de las riquezas españolas, significaba la introducción en un país sometido a un régimen retrógrado de las nuevas ideas de 1789; y significaba colocar a España en la esfera de influencia francesa, integrarla en el Sistema Continental. En realidad, hasta Burdeos puso mala cara. Salvo algunos medios de negocios atraídos por las lanas españolas y las minas americanas, y pronto desengañados, la opinión pública acogió con frialdad, incluso en el sur, si hemos de creer los informes de los prefectos sobre el estado anímico de la población, la aventura española. La idea de las fronteras naturales estaba demasiado profundamente anclada en las mentalidades: los notables miraron con preocupación la intervención más allá de los Pirineos. Fue uno de los primeros síntomas de ruptura

entre Napoleón y la burguesía francesa.

La política exterior de Godoy

Signatario de la paz de Basilea que puso fin en 1795 a la guerra entre España y Francia, Godoy, a quien se había atribuido el título de «príncipe de la Paz», orientó a su país por las vías de un acercamiento a la República. Mediante el tratado de San Ildefonso, España se convertía en 1796 en aliada de Francia. Alianza que el Consulado permitió que se olvidara. Embajador en España, Luciano Bonaparte se esforzó en separar a Madrid de Portugal, bastión económico de Inglaterra en el continente. Godoy, nombrado general de las tropas españolas, invadió el territorio de su vecino a cuyo ejército aplastó antes de que interviniese Inglaterra. La burguesía de Cádiz ya daba síntomas de cansancio: acogió con entusiasmo la paz de Amiens. La larga interrupción del comercio con las colonias acababa de arruinar las finanzas españolas: el papel moneda había padecido una devaluación del 70 por 100. Por eso, cuando se reanudó el conflicto franco-inglés, Godoy intentó mantenerse al margen de la guerra. El 19 de septiembre de 1803, Bonaparte escribió una carta amenazante a Carlos IV, mostrándole «el inmenso abismo abierto por Inglaterra bajo el trono que la dinastía española ocupa desde hace cien años» y revelándole las intrigas de Godoy, «verdadero rey de España». La advertencia fue entendida y la flota española participó en las operaciones marítimas de Francia hasta el desastre de Trafalgar. Juzgando que la fortuna había abandonado a Napoleón, Godoy hizo un llamamiento a las armas a los españoles contra un enemigo al que no nombraba pero que era fácil identificar. ¿No ofreció acaso a la coalición la tentativa de una maniobra de diversión en los Pirineos y no abrió negociaciones con Londres después de la toma de Buenos Aires por una escuadra británica? La derrota de la coalición reveló al primer ministro la amplitud de su error. Error cometido precedentemente por los Borbones de Nápoles que, violando su tratado de neutralidad con Francia, acogieron un ejército anglo-ruso. Portugal, por su lado, seguía padeciendo, con frecuencia de manera más aparente que real, la influencia económica de Inglaterra: 354 navíos, ondeando el pabellón británico, entraron en sus puertos en 1806. La «neutralidad» de Portugal, fuente de aprovisionamiento para Francia en productos coloniales, dejaba de parecer ventajosa. Otros tantos motivos para Napoleón de estrechar su dominio sobre los Estados mediterráneos.

El primer golpe lo recibieron los Borbones de Nápoles. De un plumazo, Napoleón los destronó mediante una proclamación fechada el 27 de diciembre de 1805: «La dinastía de Nápoles ha dejado de reinar: su existencia es incompatible con la tranquilidad de Europa y el honor de mi corona». Elevado al rango de soberano, José Bonaparte se apoderó sin dificultades de su reino abandonado por María Carolina y Fernando IV, que encontraron refugio en Sicilia. Hubo sin embargo que pacificar

Calabria, y nunca se pudo atravesar el estrecho de Mesina.

Napoleón se volvió a continuación contra Portugal, que se negaba a aplicar el bloqueo. En octubre de 1806, Napoleón había declarado al embajador español: «Cuento con España para plegar a Portugal a mi sistema». En enero de 1807, especificaba sus intenciones: «golpear a los ingleses en su comercio con Portugal». Muchos españoles estaban en contra de esa intervención. Pensaban —y los trabajos recientes de los historiadores portugueses han confirmado sus puntos de vista— que no había que sobreestimar la parte de Gran Bretaña en el comercio portugués y que la ocupación de Portugal provocaría el embargo de los ingleses sobre Brasil y, a corto plazo, sobre España.

Por lo que respecta a Godoy, en cambio, animó al Emperador a intervenir contra el reino de Braganza con la esperanza de obtener un principado lusitano. Por el tratado de Fontainebleau, se decidió, en octubre de 1807, el reparto de Portugal: el sur se le atribuiría a Godoy, el norte a la reina de Etruria (cuyas posesiones italianas Napoleón pensaba anexionar) y se reservaba el centro con la capital. Junot, al frente de veinticinco mil hombres, se lanzó contra Lisboa, de la que se apoderó el 30 de noviembre de 1807. La familia real huyó a Brasil tras haber cerrado demasiado tarde los puertos al comercio inglés para apaciguar a Napoleón.

Junot en Lisboa no intentó, a pesar de las peticiones de los liberales y de los franco-portugueses, como el industrial Ratton, introducir reformas. Aunque Napoleón le prescribió la aplicación del Código Civil en el reino, Junot no se movió y se contentó con formar una legión portuguesa. ¿Esperaba convertirse en el soberano de la parte central de Portugal? Se ha pretendido eso, aunque sin pruebas. En cualquier caso, su impericia puso en peligro las posibilidades de éxito francesas.

Pero Godoy, al sacrificar los reinos de Etruria y de Portugal a su codicia personal, había abierto las puertas de España a los ejércitos de Napoleón.

La emboscada de Bayona

La facilidad con la que Napoleón había destronado a los Borbones de Nápoles no podía más que incitarle a repetirlo en Madrid. Bajo pretexto de preservar a Portugal de una acción militar de Inglaterra, las tropas francesas se infiltraron efectivamente sin dificultades en la Península. La corte incluso había solicitado a Napoleón que interviniera en los asuntos españoles. El infante Fernando, príncipe de Asturias, bajo influencia de su preceptor, el canónigo Escoiguiz, meditaba la caída de Godoy. Alentado por el embajador de Francia, propuso a Napoleón, en una carta del 11 de octubre de 1807, casarse con una princesa de la familia del Emperador a cambio de su apoyo contra el favorito. Al descubrir «la Conjura de El Escorial», Godoy convenció a Carlos IV de que arrestara a su hijo. Este imploró la clemencia paterna: «Señor, papá mío, he delinquido…», escribió a Carlos IV quien, por su lado,

denunció a Napoleón «este atentado tan horrendo» y le rogó la ayuda de sus consejos.

La revuelta de Aranjuez proporcionó al Emperador la ocasión para intervenir. El 17 de marzo de 1808, un motín, nacido de la combinación de una intriga aristocrática con el descontento del pueblo contrariado por el inmoralismo de Godoy, provocó la caída del favorito y la abdicación de Carlos IV. Según los recuerdos de Champagny, la insurrección de Aranjuez cambió

> no las intenciones del Emperador, que eran las de hacer servir a España para incrementar el poder de Francia, sino el camino que se proponía seguir para realizarlas. Su primer propósito había sido derribar al Príncipe de la Paz, lo que hubiera sido muy del agrado del pueblo español, y hacer gobernar en su lugar a hombres elegidos por él; le pareció que la revuelta de un hijo contra su padre le ofrecía un pretexto más engañoso y le conduciría a un mejor resultado.

Al protestar Carlos IV por las violencias de que había sido objeto, Napoleón convocó a la familia real en Bayona para arbitrar el conflicto entre padre e hijo. Los príncipes no manifestaron ninguna resistencia, pero la opinión pública española se disgustó por ver a un soberano extranjero arreglando los asuntos nacionales. El 2 de mayo de 1808, cuando se quiso meter en un coche al más joven de los hijos de Carlos IV para enviarlo a Bayona, estalló un motín que fue duramente reprimido por Murat: el «Dos» y el «Tres de Mayo» inmortalizados por Goya. Alrededor de trescientos muertos. La noticia llegó a Bayona, y habría debido alertar a Napoleón, advertirle de la exasperación del sentimiento nacional en la Península. Napoleón se limitó a utilizarlo para amedrentar a los Borbones. Al término de una escena violenta, Fernando devolvió la corona a su padre y el viejo rey abdicó a su vez en «su amigo, el gran Napoleón». El Emperador no deseaba la corona para sí mismo: se la ofreció a su hermano Luis, que la rechazó, y José se vio obligado a aceptarla a disgusto el 6 de junio. Murat, que había creído que su trabajo en Madrid iría en su beneficio, se contentó de mala gana con Nápoles. Para regularizar la operación, del 15 de junio al 7 de julio, se celebró en Bayona una junta de notables que elaboró una «constitución» según el modelo francés y proclamó la abolición de la tortura y los mayorazgos, dejando la nobleza y la Inquisición.

Más tarde, en Santa Elena, Napoleón confesará: «Enfoqué mal ese asunto, lo reconozco; la inmoralidad debió resultar demasiado patente, la injusticia demasiado cínica y todo ello harto malo, puesto que he sucumbido».

¿Qué razones llevaron a que Napoleón se embarcara en un avispero semejante? Se ha invocado el desprecio de los Borbones que lo traicionaron en Nápoles y en Madrid. «Son mis enemigos personales», le dijo a Metternich. Se ha recordado también la fascinación que ejercía sobre él Luis XIV:

> La corona de España —confesó el Emperador— perteneció desde Luis XIV a la familia que reinaba en Francia, y no podemos lamentarnos de lo que costó en tesoros y sangre la instauración de Felipe V porque solo eso consolidó la primacía de Francia en Europa. Es pues una de las partes más hermosas de la herencia del gran Rey, y esta herencia debía recogerla entera el Emperador; no debía, no podía abandonar ninguna parte.

Este imperativo de su política dinástica (colocar a los miembros de su familia en los tronos de Europa) tuvo un peso tan grande en la mente de Napoleón como las necesidades de la lucha contra Inglaterra que le obligaban a asegurarse de la fidelidad de España, pero no a conquistarla.

¿Hay que invocar igualmente el atractivo de las riquezas atribuidas a España, cuya exagerada descripción habría hecho Talleyrand para desviar a Napoleón de Austria? La obtención de más dinero (el mito de la opulencia ibérica fundado en las piastras de América) y más navíos (el recuerdo de la Armada Invencible), tal era el objetivo perseguido por Napoleón. Las complicidades con que contaba el Emperador por parte de los *afrancesados*, partidarios de las reformas liberales, pudieron hacerle pensar que un derrocamiento dinástico no plantearía ningún problema. «Esa nación estaba madura para grandes cambios y los pedía con fuerza; era allí muy popular», siguió declarando a Las Cases varios años después.

El razonamiento de Napoleón no era del todo falso. La insurrección no fue obra ni de los Borbones (Fernando ofreció en varias ocasiones sus servicios a Napoleón), ni de los consejos, ni de las clases ilustradas favorables a la introducción de las reformas. La resistencia vino, sobre todo, de los medios populares y de la Iglesia. Fue menos el resultado de un arranque patriótico que de una reacción social nacida de una crisis económica (el Bloqueo Continental, al obstaculizar el tráfico colonial, perjudicaba gravemente los intereses de España) y de la voluntad del clero español y de los grandes propietarios de oponerse a los cambios que deseaban introducir los partidarios de Francia. Pero no es menos cierto que el orgullo nacional desempeñó igualmente un papel determinante. La arrogancia y la deslealtad de los franceses, denunciadas violentamente por Cevallos en la *Exposición de los hechos y maquinaciones empleados por el Emperador Napoleón para la usurpación de la Corona de España*, pusieron en pie a las masas populares. El golpe de Estado de Bayona disgustó, por su brutalidad y su desprecio de la nación española, incluso a numerosos *afrancesados*, que vieron ya en Napoleón a un neodéspota que traicionaba los ideales de la Revolución. Si la junta se hubiera celebrado en Madrid y no en Bayona, si se hubiera destituido a Carlos IV y mantenido a Fernando, la revolución habría sido popular y las cosas habrían tomado otro cariz, puntualizó Las Cases ante Napoleón en Santa Elena. Entre los *josefinos*, ¿no se encontraba acaso la elite intelectual y política de España: Azanza, O'Farril, Cabarrus, Urquijo, Moratín —el delicado autor de *El sí de las niñas*— o Goya, que después de haber pintado a Carlos IV haría el retrato de José sin pruritos de conciencia? En cambio, otros, menos numerosos, Jovellanos o Quintana, se unieron a los patriotas, rechazando las reformas impuestas desde el exterior.

La resistencia española

En algunas semanas se constituyó en España un ejército rebelde de cien mil hombres, formado sobre todo por campesinos y artesanos escoltados por soldados de oficio. «Nadie ignora que fue el pueblo en su sector menos instruido el que eligió la guerra», observaba con desdén un afrancesado, Reinoso. Los grandes, las autoridades civiles y todos los que temían el desorden estaban dispuestos a adherirse a José. Algunas ejecuciones decididas por la justicia popular aminoraron su celo profrancés, pero muy pocas veces se mezclaron con la guerrilla, que fue dirigida por cabecillas de condición modesta: «el Manco», «el Empecinado», «Tres Pelos». Oviedo se sublevó el 24 de mayo, Zaragoza el 25 (resistió durante largos meses, bajo el mando de Palafox), Galicia el 30 y Cataluña el 7 de junio. Animada por el gobierno de Londres, preocupado por evitar el estallido de la resistencia a favor del particularismo local, una junta *nacional*, a cuya cabeza se puso al antiguo ministro Jovellanos, se reunió en Sevilla y luego en Cádiz: declaró la guerra a Francia en nombre de Fernando VII. José solo pudo entrar en Madrid el 20 de julio de 1808, después de la victoria obtenida por Bessières en Medina de Rioseco, seis días antes. Aunque se hubieran tomado, sin graves dificultades, el País Vasco, Castilla y Cataluña, el nuevo rey, desde su capital, dirigía cartas pesimistas a Napoleón. Este seguía negándose a considerar cualquier posibilidad de resistencia seria, cuando le llegó la noticia de que el general Dupont, que dirigía las operaciones en Andalucía, había sido rodeado por los españoles a la salida de Sierra Morena y que sus hombres —la mayoría jóvenes conscriptos—, muertos de hambre y de sed, habían tenido que rendirse en Bailén el 22 de julio de 1808. No era la primera vez que las tropas napoleónicas eran vencidas en campo abierto. Reyner había sido derrotado por Stuart en Calabria, el 4 de julio de 1806, pero había sabido limitar las consecuencias de su fracaso con una hábil retirada. En cambio, Bailén abría el camino de Madrid a los sublevados. Uno de los vencidos de Bailén, Maurice de Tascher, escribió: «Somos franceses, seguimos respirando y no somos vencedores».

Loco de miedo, José abandonó Madrid y se refugió cerca de la frontera. Era un nuevo tipo de guerra que descubrían los franceses. Les sorprendía por la explosión de odio de que eran objeto. De la «soldadesca» francesa, los españoles decían:

Mean delante de las mujeres
y después de la digestión
hacen explosión
por el órgano del culo.

Lannes se inquietaba: «El sitio de Zaragoza no se parece en nada a la guerra que hemos hecho hasta ahora».

El movimiento de resistencia se apoderaba de Portugal donde desembarcaba, respondiendo a la llamada de una junta establecida en Porto, un contingente inglés de dieciséis mil hombres al mando de Wellesley, el futuro duque de Wellington. Junot tomó la decisión de atacar, pero, víctima de su inferioridad numérica, perdió en

Vimeiro. El 30 de agosto, firmaba la convención de Sintra que preveía la repatriación de los franceses y los portugueses que habían colaborado con Francia. Enardecidos, los ingleses efectuaron una incursión en Galicia, donde gozaron de la complicidad de la población.

Esos desastres, sobre todo el de Bailén, produjeron una conmoción en Europa: ponían fin a la leyenda de invencibilidad de la *Grande Armée*. En realidad, esta se había quedado en Alemania y las tropas vencidas estaban formadas fundamentalmente por conscriptos, marinos y contingentes extranjeros. Pero la propaganda inglesa se apropió pronto de la noticia y la flota británica desembarcó en las costas francesas fardos de libelos que anunciaban la derrota de Dupont. En Prusia, el partido patriota aceleró las reformas. Austria, conmocionada por el derrocamiento de los Borbones de España, volvió a armarse. Entre los aliados de Napoleón había preocupación. Del rey de Baviera escribió Stadion: «Se percibe en cualquier ocasión la dificultad que le cuesta no dejar estallar sus sentimientos por la indignación que le causa la aniquilación de esa dinastía y por el examen retrospectivo de su propia situación incierta y dependiente».

La entrevista de Erfurt

Se volvía imposible que Napoleón siguiera descuidando la península Ibérica. Pero hacer pasar la *Grande Armée* de Alemania a España era hacer el juego a Austria, que aspiraba a una revancha. Había que encomendar al aliado ruso la misión de vigilar a Viena. Los dos soberanos convinieron en renovar su encuentro de Tilsit y se citaron en Erfurt, pequeño enclave provisionalmente francés en Turingia. El contencioso era grave. Los consejeros de Alejandro deseaban la evacuación de Prusia por las tropas francesas para privar a Napoleón de una base militar contra su país. En principio, esta evacuación se fijó para el 1 de octubre de 1808, pero, necesitado de dinero, Napoleón se esforzaba por recuperar la mayor parte de la indemnización impuesta a Prusia utilizando la presión militar: por eso retardaba la partida de sus tropas. En Oriente, el proyecto de desmembramiento del Imperio turco tropezaba con el problema de Constantinopla, que Napoleón no quería entregar a Alejandro. Este acusaba a los franceses de no hacer nada para facilitarles la ocupación de Finlandia y comenzaba a pensar que su asociado obtenía de su alianza todas las ventajas que podía sin conceder nada como contrapartida. Aunque finalmente Napoleón concedió a Prusia la evacuación de su territorio a cambio de una contribución de ciento cuarenta millones y el compromiso de que el ejército prusiano no superaría los cuarenta y dos mil hombres, no fue suficiente para distender las relaciones entre los dos aliados.

En Erfurt, Napoleón se presentó como solicitante: tenía que desplegar todas sus seducciones. Por eso la corte y la Comédie Française hicieron el viaje. Apartado de Asuntos Exteriores desde el 9 de agosto de 1807, Talleyrand se encontró con la

sorpresa de ser requerido de Valençay, donde había sido transformado en carcelero de los príncipes españoles. Napoleón le expuso sus intenciones: «Vamos a Erfurt. Quiero volver libre para hacer en España lo que quiera. Quiero estar seguro de que Austria se preocupe y contenga. Y no quiero adquirir compromisos concretos en los asuntos del Levante. Preparadme una convención que contente al emperador Alejandro, que vaya sobre todo dirigida contra Inglaterra y en la que me sienta a gusto. En cuanto a lo demás, os ayudaré, no faltará el prestigio». Talleyrand preparó el proyecto, Napoleón le añadió dos artículos. El primero preveía que establecería él mismo las causas que deberían determinar la entrada en guerra de Rusia contra Austria. El segundo decidía el envío inmediato de tropas rusas a la frontera austríaca. En el cumplimiento de esas dos cláusulas estribaba el éxito de la entrevista de Erfurt.

Napoleón llegó primero, el 27 de septiembre de 1808. Todas las testas coronadas de la Confederación del Rin se apresuraron a la ciudad: «un parterre de reyes», se dijo, o más exactamente «un arriate», rectificó un ironista. Alejandro no se impresionó por ese despliegue de fasto: sus disposiciones hacia Napoleón se transformaban. Si damos crédito a las *Memorias* de Metternich, Talleyrand se encargó de atizar el fuego. Hábil para husmear por dónde soplaban los vientos, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores se hizo el portavoz de una burguesía preocupada por el imperialismo napoleónico, aparentemente desenfrenado y generador de guerras interminables. En consecuencia, impulsado por Talleyrand, que le hacía conscientemente el juego a Austria, Alejandro se negó a aceptar los dos artículos propuestos por Napoleón. No figuraron en la convención firmada el 12 de octubre, y Talleyrand advirtió de ello inmediatamente al gobierno de Viena. Seguro de la neutralidad rusa, Austria se decidió a desencadenar las hostilidades en primavera.

En otro punto fracasó igualmente Napoleón. Habría deseado obtener la mano de una de las hermanas del zar y encargó que se sondeara a Alejandro. «Reconozco —confesó el antiguo ministro— que estaba espantado por Europa de una alianza más entre Francia y Rusia. A mi entender, había que conseguir que la idea de la alianza fuese suficientemente admitida para satisfacer a Napoleón y que hubiera sin embargo reservas que la hiciesen más difícil». Preparado por Talleyrand, Alejandro se limitó ante Napoleón a observaciones generales para ganar tiempo. Pero un mes más tarde, Coulaincourt anunció al Emperador los esponsales de la gran duquesa Catalina con el príncipe de Oldenburgo; la otra hermana del zar, Ana, solo tenía entonces catorce años.

Para obtener un resultado positivo en Erfurt, Napoleón habría debido ofrecer Constantinopla al zar. No pudo resignarse. Desde ese momento, la convención firmada el 12 de octubre solo concernió a puntos secundarios: se le concedieron al zar Finlandia y las provincias rumanas de Moldavia y de Valaquia; a cambio, el artículo 10 preveía que «en caso de que Austria entrara en guerra contra Francia, el emperador de Rusia se comprometía a declararse contra Austria y a hacer causa

común con Francia». Pero esa garantía era vaga, al haber negado Alejandro las cláusulas concretas propuestas por Napoleón. Así, una carta amenazante dirigida al emperador de Austria solo fue firmada por Napoleón, mientras que Alejandro se limitaba a «aconsejar» al representante austríaco, el barón Vincent, no tentar de nuevo la suerte de las armas.

El 14 de octubre, los dos soberanos se separaron. La entrevista de Erfurt concluía con un fracaso diplomático para Napoleón. Sin embargo, nada estaba todavía perdido para él si conseguía resolver rápidamente el problema español, de manera que pudiera trasladar la *Grande Armée* al Danubio en primavera.

Napoleón en España

El 29 de octubre de 1808, Napoleón abandonó París al frente de ciento sesenta mil hombres repartidos en siete cuerpos de ejército confiados a Lannes, Soult, Ney, Victor, Lefebvre, Mortier y Gouvion Saint-Cyr. La Guardia estaba de viaje. Algunas refriegas bastaron a Napoleón para abrirse el camino de Madrid. El desfiladero de Somosierra fue forzado por la caballería ligera polaca el 30 de noviembre, y Madrid cayó el 4 de diciembre. Dos días antes, Napoleón había tomado medidas para asegurarse el apoyo de los liberales: supresión de la Inquisición, los derechos feudales, las aduanas interiores y un tercio de los conventos.

Pero la primera parte de la campaña había mostrado la debilidad de los mariscales franceses. Así, Lefebvre y Victor, que sentían mutuamente celos, dejaron escapar, por falta de coordinación, al ejército de Galicia. Asimismo, Ney, privado del apoyo de Lannes, no pudo aplastar al ejército del centro. Una nueva mentalidad aparecía entre las filas de los soldados: el 22 de diciembre, al paso de la Sierra de Guadarrama, durante un tiempo espantoso, la tropa murmuró y se negó a avanzar. Napoleón se vio obligado a bajar del caballo para dar ejemplo. Llegada a París, la noticia de esta insubordinación produjo una conmoción. Fouché la mencionó, no sin segundas intenciones, en su boletín del 18 de enero de 1809.

Entretanto, el general inglés Moore, que había reagrupado sus fuerzas, marchaba sobre Burgos para cortar las comunicaciones a los franceses. A su vez, Napoleón intentó alcanzar a los ingleses por la espalda, pero su maniobra fue contrariada por el mal tiempo y la ausencia de informaciones.

Napoleón estaba en Astorga el 1 de enero, cuando le llegó un voluminoso paquete de partes. Después de haberlos leído, Napoleón suspendió la persecución de los ingleses y anunció que se quedaría algunos días en Astorga. El 3, decidió regresar a París y abandonó el mando a Soult que, a pesar de las victorias de Lugo, el 7, y luego de La Coruña, el 16, no pudo impedir que los ingleses embarcaran.

¿Qué noticias habían incitado a Napoleón a abandonar súbitamente España cuando todavía faltaba llegar hasta Lisboa y Cádiz? Según Pasquier, generalmente

bien informado:

> Napoleón no pudo ignorar durante mucho tiempo que el armamento de Austria seguía con una actividad que anunciaba proyectos muy serios. Había sido informado, en fin, de que, cediendo a las instigaciones de Inglaterra, se disponía a aprovechar su alejamiento para atravesar las fronteras, invadir Baviera, llevar la guerra hasta las orillas del Rin y llevar así a cabo la liberación de Alemania. Era una ocasión muy buena para intentar una empresa tan grande. En efecto, todo se ponía en movimiento en los Estados de Austria cuando Napoleón corrió para hacer frente a ese nuevo peligro. Ese momento en su vida es uno de aquellos en que su alma ha debido ser presa de las más vivas agitaciones.

Pasquier menciona otra razón para el regreso precipitado de Napoleón: «Las intrigas que se agitaban en el seno de su gobierno», y más concretamente el acercamiento entre Tayllerand y Fouché, antes reñidos. «Lo que hubo de asombroso en ese acuerdo inesperado —anota Pasquier— fue el eco que dos personas, que habrían debido ser tan prudentes, juzgaron oportuno darle. Era necesario o bien que se creyesen muy fuertes por su unión, o bien que se hubiesen asegurado bien de la pérdida del Emperador». Como la víspera de Marengo, los dos cómplices habrían considerado la posibilidad de una desaparición de Napoleón y pensado en sustituirlo por Murat. Tales intrigas traicionaron el cansancio del entorno imperial y la inquietud de los notables ante el incesante rebrote de las guerras.

Las características de la guerra de España

Al abandonar España, Napoleón dejaba una situación mejor que a su llegada: se había vuelto a tomar la capital, se había expulsado al contingente inglés, y Zaragoza, al término de un sitio de tres meses en el que perecieron cuarenta mil personas, caía el 20 de febrero de 1809. Pero estos éxitos no ponían fin a la guerra de España. Guerra confusa, cuyas crueldades quizá fueron exageradas por la imaginación popular. Se volvió difícil para las tropas francesas por las condiciones naturales, las dificultades de aprovisionamiento en una tierra pobre que ya no alcanzaba en tiempos normales a alimentar a su población, y la guerrilla que dirigía contra las columnas aisladas o los convoyes un pueblo fanatizado por una propaganda religiosa y xenófoba. Las venganzas individuales, los antagonismos sociales y regionales, y el carácter apasionado del pueblo español privaban al conflicto de todo carácter racional.

El error de Napoleón fue razonar en el caso de España como si hubiera tenido similitudes con la Francia de 1789. Las reformas que él mismo o su hermano José introdujeron en España solo podían garantizarle la simpatía de una fracción de la burguesía, la más ilustrada, la de los jóvenes oficiales y de algunos eclesiásticos hostiles a la Inquisición. Y entre esos afrancesados, ¡cuántos funcionarios preocupados por mantener su situación o proveedores de los ejércitos interesados en los enormes beneficios que les procuraba la guerra!

Fue un error, igualmente, la tentativa de despertar los particularismos locales para dividir al enemigo. Augereau hizo imprimir vanamente periódicos en lengua catalana donde se recogían viejos temas autonomistas. En cambio, la dispersión de los centros de resistencia desconcertaba a los mariscales de Napoleón, habituados a los combates en campo abierto contra un único enemigo.

Por primera vez, se hacía fracasar la concepción napoleónica de la *guerra-relámpago*, fundada en operaciones que obligaban rápidamente al enemigo a negociar. El ejército francés se internó en la Península sin poder obtener victorias decisivas. El Imperio se encontró así desguarnecido en soldados: hubo que llamar a más conscriptos. En 1809, se había reclutado por anticipado la quinta de 1810, y no sin resistencia: los informes de Fouché señalan varias manifestaciones contra la guerra a partir de 1808 en Burdeos y en París. Y Metternich escribía el 4 de diciembre de 1808: «Las fuerzas militares de Francia se redujeron a la mitad desde la insurrección de España».

Convertida en larga, la guerra había dejado de «valer la pena». En su panfleto *Napoleón administrador y financiero*, que publicó en 1812, el economista ginebrino Francis d'Ivernois sacaba a la luz las consecuencias financieras de las operaciones de España.

> Hasta 1809, Napoleón solo había seguido su carrera triunfante sirviéndose de los despojos de un enemigo vencido para atacar a otros, con el fin de despojarlos a su vez. Si exceptuamos su incursión en la península española, todas las precedentes fueron tan cortas y tan productivas que, después de haberse reembolsado por la victoria los gastos de cada campaña, siempre había regresado con un tesoro que lo había ayudado a equipar al año siguiente a sus conscriptos y a mantenerlos en Francia hasta su llegada a territorio extranjero. Pero, al llevarlos más allá de los Pirineos, se lanzó a una empresa tan costosa que, en lugar de sacar en cada campaña doscientos cincuenta millones de francos, se vio condenado a desembolsar sumas tan fuertes, lo que cambió de repente el hecho de la ganancia a la pérdida, de los ingresos al gasto.

En definitiva, la guerra de España salvó a Inglaterra de la crisis económica al abrir una brecha en el Bloqueo Continental. La insurrección no solo debilitó el sistema costero establecido por Napoleón en Europa, al atraer a los ejércitos franceses a la Península, dejando así el campo libre para un contrabando que la penuria y la subida de los productos coloniales en el continente solo podían estimular, sino que también abrió a los exportadores británicos los puertos de España y les ofreció el vasto mercado de las colonias de América que codiciaban desde hacía mucho tiempo. En julio de 1808, se reanudaron las relaciones comerciales entre Inglaterra y las provincias insurrectas. Interrumpidas durante la campaña de Napoleón, se desarrollaron enormemente en 1809, permitiendo la salida de importantes stocks de artículos manufacturados. La apertura de las colonias españolas de América, adheridas a Fernando VII, fue más lenta pero no menos importante para las exportaciones inglesas. D'Ivernois observaba, en un panfleto de 1809 titulado *Los efectos del Bloqueo Continental en el comercio, las finanzas, el crédito y la prosperidad de las Islas Británicas*, que el bloqueo habría podido ser eficaz si «en el

momento mismo en que el gobierno francés adoptaba medidas tan violentas para cerrar a los británicos los mercados de Europa, no hubiera tomado otras aún más violentas para abrirle los de la América meridional».

Las consecuencias de la guerra de España fueron por tanto desastrosas para Napoleón. En Santa Elena, reconocía: «Esta desdichada guerra de España ha sido una verdadera plaga, la causa primera de las desgracias de Francia». Contribuyó, sobre todo, a apartar a la burguesía del Emperador e incluso más a los medios populares azotados por una conscripción cada vez más ávida. La leyenda del «Ogro» nació en 1809 de las levas que hicieron necesarias las operaciones en la península Ibérica. ¿Y cómo no ver en ese *coloso* que amenaza a una multitud de seres humanos y de animales, en una de las telas más célebres de Goya, pintada entre 1808 y 1809, al propio Napoleón?

Debates abiertos

Si el doble juego de Godoy ha sido profusamente estudiado, se ha descuidado en cambio el de Barca en Portugal hasta el artículo de J. de Pins, «Le comte de Barca, 1754-1817», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1976, pp. 103-140. El autor se aplica en demostrar que intentó aplicar una política de neutralidad para la que carecía de medios, pero supo, a favor de la odisea brasileña de la monarquía portuguesa (Oliveira Lima, *D. Joao VI no Brasil, 1808-1821*, t. I, 1945), enderezar una situación personal muy comprometida. ¿Acaso no fue uno de los artesanos del desarrollo de Brasil? (N. Daupias d'Alcochete, «Lettres de Jacques Ratton à Araujo de Azevedo, comte de Barca, 1812-1817», *Bulletin des Études portugaises*, 1964, pp. 137-256, muestra cómo sus iniciativas acabaron por inquietar al gobierno de Londres, a pesar del tratado anglo-portugués del 19 de febrero de 1810).

Las responsabilidades de Talleyrand denunciadas por Napoleón en el *Memorial* y refutadas por el príncipe de Benevento en sus *Memorias* siempre han apasionado a los historiadores: desde Henri Welschinger, en «Talleyrand et la guerre d'Espagne» (*Comptes rendus de l'Académie des Sciences morales*, dic. de 1908, pp. 499-510), hasta André Fugier, con *Napoléon et l'Espagne* (t. Il, p. 316), admitieron que Talleyrand había sido constantemente hostil a España y aprobó la instalación de José en Madrid. Ningún documento nuevo ha venido a invalidar este punto de vista. La parte de Murat en la decisión de intervenir en la península no fue menor. Ligado al banquero Michel Jeune, presentado a Godoy, buscó una compensación al decepcionante gran ducado de Berg que le había sido atribuido. El conde Murat (*Murat, lieutenant de l'Empereur en Espagne*, 1897) no niega que Murat haya ambicionado el trono de España, pero afirma que se inclinó sin dificultad ante José y lo limpia de la acusación de Napoleón: «Murat me ha echado a perder todo esto». Véase también el tomo V de las *Lettres* de Murat (ed. Le Brethon). J. Tulard (*Murat*,

1983) demostró que la carta de Napoleón a Murat del 29 de marzo de 1808 que le hacía responsable de la expedición y de la revuelta de Madrid era una falsificación forjada bajo la Restauración para liberar a Napoleón.

Marx, en sus artículos del *New York Daily Tribune* de 1854, reunidos en *Revolution in Spain* (Londres, 1939), se muestra muy riguroso con la Junta central, a la que califica como contrarrevolucionaria, y da indirectamente la razón a los afrancesados. L. Dupuis ha llamado la atención sobre la distinción necesaria entre el afrancesamiento cultural y el afrancesamiento político, que no son equivalentes (*Caravelle*, 1963). Incluso en el afrancesamiento político se dan muchos matices: un estudio comparado de las *Memorias* de Espoz y Mina (reed. 1952), de Azanza y O'Farril (*Memoria justificativa*, reed. 1957) y de Reinoso (*Examen de los delitos de infidelidad a la patria*, 1818) sería revelador. Solo está esbozado, aunque de manera magistral, por Artola en su introducción a las *Memorias de tiempos de Fernando VII*, y Crawley, «French and english influences in the cortes of Cadiz», *Cambridge Historical Journal*, 1939, pp. 176-208.

Otros temas de debate: el peso de los factores económicos en la «resistencia» y la «colaboración». Los efectos del Bloqueo Continental fueron más limitados en España que en Portugal: véase Mercader Riba, «España en el Bloqueo Continental», *Estudios de Historia moderna*, 1952. Un cuadro general de la economía española en el momento de la guerra de Independencia fue dado por Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, t. IV, 1957.

Artola aclaró las razones del éxito de la guerrilla: colaboración de la población civil, conocimiento del terreno y, consideración paradójica, inferioridad numérica («La guerra de guerrillas», *Revista de Occidente*, 1964). Compárense estos puntos de vista con los de J. Godechot, «Caractères généraux des soulèvements contre-révolutionnaires en Europe au début du XIX^{e} siècle», *Mélanges Vicens Vives* (1967, pp. 169-181), que insiste en la insuficiencia general de los efectivos franceses en la Península.

La situación de los prisioneros españoles en Francia fue estudiada de forma exhaustiva por Aymes, *La déportation sous le Premier Empire, les Espagnols en France* (1983): sería interesante comparar la situación de los españoles con la de los prisioneros de otros países. (La situación de los prisioneros franceses se menciona más arriba).

La falta de efectivos provocará el envío a España de contingentes especiales: Buttner, «La compagnie de réserve du département de l'Hérault» (*Cahiers de Montpellier*, n.° 5, 1982).

El papel de los mariscales franceses tendría que ser precisado: ¿quiso Soult convertirse, en marzo de 1809, en rey de Portugal, como pretende Thiebault? ¿Cuál fue la naturaleza exacta de la conspiración montada contra él por Loison, Donadieu, etc., revelada por Argenton, que lo pagó con su vida?

En cuanto a los problemas de la independencia de las colonias españolas, además

del sugestivo artículo de P. Chaunu, «Interprétation de l'indépendance de l'Amérique latine» (*Tilas*, 1963), esbozo de los numerosos trabajos que siguieron bajo la pluma del mismo autor, consúltese J. Godechot, *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne*, que proporciona la bibliografía fundamental.

Otras lecturas: sobre el envío de contingentes especiales a España, Buttner, *Les Compagnies de réserve des départements*, tesis (1987).

Capítulo 19

El despertar de los nacionalismos

Con la campaña de 1809, Napoleón perdió la iniciativa: Austria, que consideraba llegado el momento de vengar Austerlitz, le impuso la guerra. «Si la guerra no entra en los cálculos de Napoleón, debe entrar de un modo esencial en los nuestros», escribía el principal dirigente austríaco, Stadion, quien negociaba una alianza con Prusia liberada de la ocupación francesa y contaba con una sublevación del norte de Alemania e incluso revueltas entre los soberanos de la Confederación del Rin. Una efervescencia patriótica agitaba Viena, desde donde el chantre de «la idea nacional», Joseph Hormayr, lanzaba su *Plutarco austríaco* y Castelli sus *Cantos de soldados*.

Esta campaña encontró ecos favorables en una opinión pública que había rechazado la ejecución del librero Palm, fusilado en 1806, por haber difundido un libelo antifrancés: *Alemania en su profunda humillación*. Se hacía responsable al emperador de los franceses de la ruptura del precario equilibrio de Europa. «Hay circunstancias incompatibles entre sí —apuntaba Metternich—; la del poder actual de Francia lo es con la conservación de cualquier otro trono en Europa». La propaganda antinapoleónica en Austria encontraba su principal inspiración en los panfletos que circulaban en la península Ibérica.

Napoleón, al contrario, hubiera deseado evitar un conflicto en el momento en que se encontraba comprometido en España y percibía síntomas de cansancio frente a una sucesión ininterrumpida de guerras. Alejandro podía impedir las hostilidades con Austria. Desde Valladolid, Napoleón le despachó a un edecán para proponerle el envío a Viena de notas idénticas a las que debía seguir la ruptura de las relaciones diplomáticas si la respuesta del gobierno austríaco no era satisfactoria. El zar se negó, y Napoleón tuvo que renunciar a su proyecto. Un semifracaso en España ya había asestado un golpe terrible a su prestigio. El acercamiento hábilmente puesto en escena por Talleyrand y Fouché, hasta entonces reñidos, repercutía como un disparo de advertencia: los notables tomaban sus distancias. El nuevo conflicto se presentaba pues en malas condiciones. Frente a Napoleón, Austria en armas y Alemania agitada; detrás de él, España sublevada, los ingleses en Portugal y la traición en París. Después de Marengo, no había jugado una partida más difícil.

La campaña de Baviera

El 8 de febrero de 1809, los partidarios de la guerra se impusieron en Viena argumentando a Francisco I que la crisis financiera obligaba a recurrir rápidamente a los subsidios ingleses prometidos por la entrada en campaña. El plan inicial preveía un ataque por sorpresa en el Rin destinado a arrastrar a Prusia y a suscitar sublevaciones nacionales contra las tropas francesas de ocupación. El archiduque Carlos decidió finalmente dirigir la ofensiva a Baviera donde esperaba sublevar a la población contra Francia. El archiduque Juan preparaba, por su parte, la invasión de la península Italiana y el archiduque Fernando tenía como misión la ocupación de

Varsovia.

El 10 de abril de 1809, el reino de Maximiliano José de Baviera era invadido. Un llamamiento del archiduque a «la nación alemana», redactado por Schlegel, anunciaba: «Combatimos para devolver a Alemania su independencia y su honor nacional». Parece que la entrada en guerra de Austria sorprendió a Napoleón, que no la preveía para antes de finales de abril. Los austríacos se habían adelantado al ejército de Alemania, cuyo mando se había reservado (ya que la *Grande Armée* seguía enredada en España). «Nunca Napoleón —escribe Savary en sus *Memorias*— había sido cogido desprevenido». Sin embargo, gracias a la consigna dada a esos generales, «actividad y velocidad», iba a enderezar rápidamente la situación.

Los ciento veintiséis mil hombres del archiduque Carlos, después de haber traspasado el Inn y arrollado a las tropas bávaras, fueron retrasados por las lluvias y las dificultades de aprovisionamiento. Napoleón llegó a Donauwoerth el 17 de abril por la mañana. En cinco días, del 19 al 23, con las batallas de Thann, Abensberg, Landshut, Eckmühl y Ratisbona, donde Napoleón fue herido ligeramente en un pie, se rechazó al archiduque Carlos. «Soldados, habéis justificado mis expectativas —declaró Napoleón en su proclamación del 24—. Antes de un mes estaremos en Viena». Los cálculos del archiduque Carlos habían sido desbaratados, y los bávaros no habían respondido a sus avances. El ministro de Maximiliano José, Montgelas, escribía a su soberano:

> El conde Stadion pudo comprender la enorme equivocación que cometió al aceptar el cambio del plan de operaciones. Habría encontrado en el norte de Alemania muchos partidarios, mientras que, en Baviera, no encontró ni uno solo. En lugar de por el lado más débil de la confederación, había empezado el ataque por el más fuerte.

Vencido en Eckmühl, el archiduque Carlos pudo escapar por Ratisbona y la orilla izquierda del Danubio. Napoleón descendió por el río menos rápidamente que en 1805, hostigado en sus flancos por las fuerzas austríacas de Bohemia y del Tirol.

La campaña prosiguió en los alrededores de Viena, donde Napoleón entró por segunda vez el 13 de mayo. La acogida fue glacial, en contraste con la curiosidad impregnada de una cierta simpatía manifestada en 1805. Los austríacos, instalados en las elevaciones, habían destruido los puentes del Danubio. El Emperador decidió atravesar el río más abajo de Viena, utilizando la isla Lobau. Hizo construir del 17 al 20 de mayo un puente de barcas y, en la noche del 20 al 21, los cuerpos de Masséna y de Lannes ocuparon Aspern y Essling. Al día siguiente fueron atacados por las fuerzas superiores en número del archiduque Carlos y rápidamente aislados por la ruptura del puente que unía la orilla a la isla Lobau. El puente se rehizo durante la noche y la mañana del 22, y la ofensiva hacia Wagram se reanudó. Fue entonces cuando la corriente se llevó el gran puente. Falto de municiones, Lannes tuvo que replegarse en Essling, donde fue herido mortalmente. Reparado el puente, Masséna pudo reunir a los supervivientes aprovechando la noche en la isla Lobau. El fracaso

de Essling, amplificado por la propaganda austríaca, produjo una conmoción en Europa. ¿Acaso no anunció el *Allgemeine Zeitung* la captura de veinticinco generales y la muerte del Emperador? La resistencia de las tropas austríacas era poco habitual. No se trataba ya de los combatientes de 1805. En adelante, la voluntad de victoria, que había faltado a los «mercenarios desengañados» de Austerlitz, animaba a los soldados del Imperio de Austria. Napoleón descubría el patriotismo alemán.

La crisis del Gran Imperio

Mientras Napoleón se hacía fuerte en la isla Lobau, donde iba a permanecer un mes esperando los refuerzos procedentes de Italia, el Imperio estaba amenazado en numerosos puntos.

En Alemania, al llamamiento de Austria, estallaron varios movimientos insurreccionales. El más importante fue el del Tirol, país austríaco entregado por Napoleón a Baviera. El posadero Andreas Hofer sublevó allí en abril a los habitantes «por Dios, el emperador y la patria». Como en España, las condiciones eran favorables para la guerrilla en un país montañoso y atrasado, sometido a la influencia de los frailes y hostil a los extranjeros. La sublevación tirolesa solo fue reducida definitivamente en enero de 1810, y Andreas Hofer pasado por las armas. En Westfalia, el teniente Katt intentó en abril de 1809 un golpe de mano contra Magdeburgo. A su vez, el mayor Schill, que había salido de Berlín al frente de su regimiento, intentaba vanamente invadir el reino. Rechazado en Stralsund, en mayo, encontró allí la muerte. El coronel Dornberg fracasaba análogamente en una operación contra Cassel.

La marcha aventurera de Schill en Westfalia fue reanudada por el hijo del duque de Brunschwick y sus húsares de la muerte en Sajonia. En su proclamación a los alemanes se leía: «Hermanos míos, tocad a rebato, que esa señal de incendio alumbre en vuestros corazones la llama del amor a la patria, que sea para vuestros opresores la señal de su pérdida». Su legión negra atravesó impunemente Dresde, Leipzig, Brunswick, Hanover y Bremen.

Todas estas tentativas se vinculaban a un mismo plan, largamente premeditado, pero que la impaciencia de los conjurados hizo fracasar. Revelaban a pesar de todo la fermentación de los espíritus en una Alemania que había permanecido hasta entonces pasiva bajo la dominación napoleónica. Del Tirol al Báltico, se despertaba una nueva fuerza de la que se hizo portavoz el filósofo Fichte en sus catorce discursos a la Nación Alemana pronunciados en la Academia de Berlín entre el 13 de diciembre y el 20 de marzo de 1808.

En España, donde Napoleón había dejado sus mejores tropas, los mariscales, que acumulaban errores, se mofaban de la autoridad de José. Bajo la dirección de caudillos enérgicos y crueles como los hermanos Mina o el Empecinado, la guerrilla

cobraba mayores dimensiones. A comienzos de 1809, Soult había lanzado una ofensiva victoriosa contra Portugal, pero tras la caída de Porto, en el mes de marzo, se limitó a operaciones secundarias. ¿Hay que ver, en esta súbita pasividad de Soult, el deseo de ser proclamado rey de Portugal bajo el nombre de Nicolás I, como insinuaron el mariscal Ney, a quien le resultaba difícil servir bajo sus órdenes, y el general Thiébault, cuyas *Memorias* son generalmente malévolas hacia los grandes jefes militares de la época? Sin duda se trata de rumores calumniosos, pero las rivalidades que enfrentaban entre sí a los mariscales de Napoleón permitieron que los ingleses desembarcaran importantes refuerzos bajo el mando de Wellesley, en abril de 1809. Gracias a la táctica adoptada por el futuro duque de Wellington, que imponía a sus soldados el ponerse a cubierto detrás de los accidentes del terreno y precisar su tiro, infligiendo así graves pérdidas a las tropas francesas que avanzaban al descubierto, los ingleses retomaron Porto el 12 de mayo y obligaron a Soult a evacuar Galicia.

Aprovechando las dificultades de Napoleón en Austria, el gobierno británico decidió un desembarco en los Países Bajos. El 29 de julio de 1809, cuarenta mil ingleses se instalaron en la isla de Walcheren, en la desembocadura del Escaut, y luego se apoderaron, el 13 de agosto, de Flessingues, mientras las fuerzas francesas se replegaban en Amberes.

En París aumentó la preocupación. Fouché, ministro del Interior interino, al estar Cretet enfermo, decidió por su cuenta movilizar a los guardias nacionales de los departamentos septentrionales y encomendó la defensa de Amberes a Bernadotte, a quien Napoleón acababa de retirar el favor. En París se reconstruyó la Guardia Nacional. Se había dado la alerta en las costas de Provenza, donde se esperaba una acción de la flota inglesa. Primeramente aprobada por Napoleón, la acción enérgica de Fouché acabó por alarmar al Emperador, que sospechó segundas intenciones en el duque de Otranto. Peor todavía, Napoleón se sentía reemplazado. Ya no era el único baluarte de la burguesía revolucionaria. Poco después, haría caer en desgracia al demasiado poderoso ministro de la Policía General.

Finalmente, en Roma, la situación se había agravado. Pío VII se había negado a aplicar el Bloqueo Continental en sus Estados. A las gestiones de Napoleón, que le declaraba «Vuestra Santidad es el soberano de Roma, pero yo soy el Emperador», el papa respondía que la misión espiritual de la Iglesia le impedía tomar partido en un conflicto temporal entre sus hijos. La partida de Consalvi, uno de los pocos elementos moderados del Vaticano, contribuyó a agravar el litigio dejando el campo libre al cardenal Pacca, partidario de la intransigencia. El 21 de enero de 1808, Napoleón ordenó al general Miollis la ocupación de los Estados Pontificios. Todavía embriagado por su entrada en Viena, decidió su anexión, el 16 de mayo de 1809.

La detención del papa el 6 de julio, al dramatizar el conflicto entre Napoleón y Pío VII, hizo perder a Napoleón el favor de la opinión pública italiana y estimuló la rebelión española. De Gentz, que denunciaba «la esclavitud de Alemania», a

Cevallos, que ponía al descubierto los «trapos íntimos» de Bayona, de las caricaturas de Gillray a las imprecaciones de Kotzebue, una parte de la elite intelectual se inflamó contra Napoleón. En 1804, Beethoven había arrancado la dedicatoria de la *Heroica*, Goya meditaba ahora el *Dos de mayo*. El Emperador seguía teniendo las armas de su lado, pero la unidad de la Europa espiritual se formaba contra él.

Wagram

El 14 de junio, el ejército de Italia mandado por el príncipe Eugenio y Macdonald arrollaba al archiduque Juan en el Raab y se unía al ejército de Napoleón. Era el momento.

En la noche del 4 al 5 de julio, aprovechando una tormenta, el Emperador se decidió a atravesar el Danubio, al sur de Enzersdorf. A partir del día siguiente, las tropas francesas se desplegaron en el Marchfeld, al haber replegado el archiduque Carlos una parte de sus efectivos en Wagram.

El 5 por la tarde, Napoleón hacía que el ejército de Italia, apoyado por el cuerpo sajón, atacase a las fuerzas austríacas, pero como consecuencia de una equivocación del ejército de Italia, que había tomado a los sajones por enemigos, la operación tuvo que suspenderse.

El 6, al alba, se reanudó la batalla. El archiduque Carlos había dispuesto sus efectivos —ciento cuarenta mil hombres y cuatrocientos cañones— en horquilla, para estrechar a los franceses entre las dos ramas de su ejército. La derecha se dirigiría a Aspern y cortaría el paso del Danubio a Napoleón, y la izquierda debía repeler a los franceses hacia el río. La articulación de su dispositivo estaba situada en la ciudad de Wagram.

Por su lado, Napoleón oponía al ala izquierda austríaca los cuerpos de Davout y de Oudinot, y al ala derecha los de Bernadotte y de Masséna, mientras reservaba a la Guardia y al ejército de Italia para desplazarlos rápidamente a los puntos más vulnerables.

Hacia las once, el archiduque Carlos pudo creer que la victoria estaba a su alcance: su ala derecha obligaba a los franceses a recular y se acerca a Aspern; y, en el centro, los sajones perdían pie. Pero Napoleón lanzó pronto a la batalla a Macdonald y al ejército de Italia, después de que una colosal batería de cien piezas, instalada por Drouot, hubiera detenido la ofensiva austríaca. Por otra parte, Davout desbordaba al enemigo en Veusidel y Oudinot se apoderaba de Wagram. Después de doce horas de combate, el archiduque Carlos, que había perdido cincuenta mil hombres, se replegó hacia Moravia. Carente de una caballería adecuada, Napoleón no pudo desorganizar las fuerzas austríacas y lograr una victoria definitiva. Tenía que reconocer que el ejército de Alemania, compuesto en parte por extranjeros y en parte por conscriptos, no tenía el valor de la *Grande Armée* de Austerlitz y de Jena.

El combate se reanudó en Znaim, el 11 de julio, pero el archiduque Carlos solicitó un armisticio el 12.

La Paz de Viena

Inmediatamente después del armisticio, se entablaron conversaciones entre Champigny, ministro de Asuntos Exteriores, y Metternich, que concluyeron en el castillo de Schönbrunn el 14 de octubre de 1809. Advertidos de las dificultades que oponían a Napoleón y a Alejandro a propósito del gran ducado de Varsovia, los austríacos intentaron dar largas a las negociaciones. Pero, el 1 de septiembre, el embajador de Rusia les previno de que el zar no rompería de momento sus relaciones con Francia.

Preocupado por rehacer su prestigio, Napoleón impuso a Austria rigurosas condiciones de paz. Mediante el tratado de Viena, Francisco I cedía a Francia Carintia, Carniola y gran parte de Croacia, como Fiume e Istria con Trieste. Baviera recibía, como indemnización por su invasión, Salzburgo y el valle superior del Inn, la Engadina. Al gran ducado de Varsovia se le concedía el norte de Galitzia con Cracovia y Lublin. En cuanto al zar, a pesar de su actitud ambigua, le otorgaba la Galitzia oriental con Tarnopol. Las pérdidas eran muy graves para Austria, obligada además a pagar una indemnización de guerra de setenta y cinco millones.

La derrota austríaca no había apaciguado las pasiones nacionales en Alemania. En Schönbrunn, durante el desfile militar, dos días antes de la firma del tratado de Viena, un joven estudiante sajón, Frederic Staps, intentó apuñalar al Emperador. A Napoleón que lo interrogó: «¿Un crimen no es nada entonces para vos?», Staps respondió «Mataros no es un crimen, es un deber». La reacción del Emperador la conocemos por los recuerdos de Champigny: «El puñal levantado contra él no le espantaba, pero le reveló las disposiciones de los pueblos de Alemania, su necesidad de paz y su disposición a hacer, para obtenerla, todos los sacrificios».

Finalmente, la ruptura con Rusia parecía inevitable. Alejandro se había sentido cruelmente decepcionado por el tratado de Viena. ¿Esperaba acaso que le ofrecieran el gran ducado de Varsovia? Por su lado, Napoleón, decidido a separarse de Josefina (el divorcio se pronunció el 16 de diciembre de 1809 y la anulación por la oficialidad metropolitana el 12 de enero de 1810), había pensado en obtener la mano de la hermana pequeña del zar. Como Alejandro demoraba su respuesta, y el rechazo era probable, el Emperador se volvió hacia Austria. Metternich entendió pronto el interés de un matrimonio que sacudiría definitivamente la alianza franco-rusa. Sin duda, tal unión sería una mancha para los Habsburgo, pero bastaba con presentar la solicitud de Napoleón como un ultimátum del vencedor. Pedida oficialmente el 6 de enero de 1810, la mano de María Luisa, hija de Francisco I, se le concedía al día siguiente a Napoleón. En el mismo momento llegaba el rechazo del zar, que quedaba así

ridiculizado. El cálculo de Metternich se revelaba acertado: la alianza franco-rusa había pasado a mejor vida.

María Luisa, a quien fue a buscar Berthier a Viena —olvidando con este motivo su título de «príncipe de Wagram»—, llegó a Estrasburgo el 22 de marzo de 1810. Impaciente por conocerla, Napoleón iba delante del cortejo. El encuentro tuvo lugar en Compiègne, el 28 de marzo. El matrimonio civil se celebró en Saint-Cloud, el 1 de abril, y el matrimonio religioso al día siguiente, en el Salon Carré del Louvre. Napoleón ingresaba finalmente en «la familia de los reyes» y podía creerse aceptado por ellos.

Esta alianza no solo suscitó la preocupación de los regicidas, forzados a verificar cómo el Emperador se convertía por su matrimonio en el sobrino por alianza del último rey, sino que los notables en su conjunto se disgustaron por las ceremonias. En Santa Elena, «brutalmente despertado de su sueño de legitimidad monárquica», Napoleón confesaba que él habría debido casarse con una francesa y, sobre todo, no una princesa. Era dar en el clavo, pero demasiado tarde. «La austríaca trae desgracias», se decía. En efecto, la inquietud se había instalado. ¿No estaba traicionando Napoleón a la Revolución? ¿No iría a restablecer los privilegios de la vieja nobleza? Las conquistas exteriores parecían tan amenazadas como las conquistas interiores: una ola de nacionalismo sublevó a Europa contra Francia. Los más lúcidos no se engañaban. Tremendos crujidos agrietaban el Imperio, a pesar de las victorias «pírricas» conseguidas en el Danubio. Cada vez se volvía más difícil contener a Europa. Desde la guerra de España, la impopularidad de la conscripción no dejaba de crecer. Fouché advirtió de ello al Emperador, el 11 de septiembre de 1808: «La clase obrera manifiesta bastante alto su descontento sobre la conscripción. Se arrojaron en los lugares que frecuenta octavillas lacradas, que contenían provocaciones manuscritas contra el gobierno dirigidas a las hijas, a las mujeres, a todo el mundo». Tales incidentes se multiplicaron en 1809. Todavía más grave: los soldados ahora se comportaban como mercenarios. Los dragones del 17.º aseveraron en Burdeos: «El Emperador no debería de ninguna manera hacer la guerra si no tiene dinero para pagar a sus soldados. *No queremos ir a que nos maten por nada*». El momento en que la guerra se volvía nacional en Europa, perdía ese carácter en Francia. ¿Hay que ver en ello la explicación de las futuras derrotas de Napoleón?

Debates abiertos

Hubo mucho interés entre las dos guerras en analizar el nacimiento del nacionalismo alemán. La tesis de A. Robert, *L'idée nationale autrichienne et les guerres de Napoléon. —L'apostolat du baron de Hormayr et le salon de Caroline Pichler* (1933), insistió en la personalidad del poeta dramático y compilador Hormayr (1781-1848). ¿Fue el ancestro del pangermanismo y el anunciador del Anschluss?

Así lo piensa W. C. Langsman, *The napoleonic wars and german nationalism in Austria* (1933); A. Robert es más reservado. A. Fugier, *La Révolution et l'Empire* (1954), ve en él, sobre todo, un precursor del romanticismo. Por su voluntad de fundar «la idea nacional austríaca» en la historia, especialmente en «la Edad Media habsburguesa», anuncia en efecto el movimiento romántico. Idéntico punto de vista en J. Droz, *Le Romantisme allemand et l'État* (1966; destaca las corrientes de resistencia y de colaboración en la Alemania napoleónica). Puede leerse también H. Hammer, *Oesterreichs Propaganda zum Feldzug, 1800* (1935). Sobre Stadion, el ministro austríaco, la obra de Rossler (1957) y Falk, «Stadion adversaire de Napoléon, 1806-1809», *Annales historiques de la Révolution française* (1962, pp. 288-305).

Otro artesano de la resistencia a Napoleón: Gentz (Robert de Clery, *Frédéric de Gentz*, 1917; Sweet, *Gentz, old defender of the old order*, 1941; Albert Garreau, *Saint-Empire*, 1954). Citemos también a Schlegel: Condesa de Pange, *Schlegel et Mme de Staël*, 1938; L. Wittmer, *Le Prince de Ligne, Jean de Muller, Frédéric de Gentz et l'Autriche*, 1925; J. Mistler, *Mme de Staël et Maurice O'Donnel* (1926).

En cambio, fracaso del movimiento en la orilla izquierda del Rin. R. Dufraisse, en *Patriotisme et nationalisme en Europe* (coloquio, 1973, pp. 103-141) lo explica por el hecho de que la masa campesina estaba satisfecha con la supresión de los derechos señoriales y de las corveas, y no deseaba un regreso al pasado. Por su lado, Napoleón no supo explotar los movimientos nacionales que sacudían entonces al Imperio austríaco y, especialmente, el particularismo húngaro: Kosary, *Napoléon et la Hongrie* (1979).

Pequeño detalle, pero que tiene su importancia en la leyenda: ¿Cómo fue herido Napoleón en Ratisbona? ¿Por una bala de carabina (Méneval, Marbot) o una bala muerta (d'Espinchal)? ¿Fue alcanzado en el talón (Berthezène, Lejeune, Pils, Bourrienne)? ¿En el dedo gordo del pie izquierdo (Savary)? ¿En el tobillo del pie derecho (Reiset)? Encontraremos la discusión de estas hipótesis en Dunan, *Napoléon et l'Allemagne*, p. 642. «La bala que me tocó, no me hirió», escribió Napoleón a Josefina.

El matrimonio con María Luisa, consecuencia de Wagram, cuyos efectos psicológicos fueron nulos en Europa (excepción hecha de las reacciones de despecho del zar) y desastrosos en Francia, donde se quería poco a los austríacos, fue estudiado por F. Masson, *L'Impératrice MarieLouise, 1809-1815* (1902). Al contrario que María Antonieta, María Luisa, de quien Clary-et-Aldringen nos dejó un vivo retrato con ocasión del matrimonio, no desempeñó ningún papel político. Léase a este respecto G. Chastenet, *Marie-Louise l'impératrice oubliée* (1983).

Capítulo 20

El malestar religioso

¿Cuáles fueron en Francia las consecuencias del conflicto entre el papa y el Emperador, ese viejo problema que resurgió en 1809 de las profundidades de la Edad Media para contraponer de nuevo lo espiritual y lo temporal? En apariencia, la opinión pública se mostró indiferente. Tan indiferente incluso que los antiguos reflejos volterianos o galicanos, que habrían servido la causa imperial, no desempeñaron en definitiva ningún papel. No es menos cierto que los notables no perdonaron a Napoleón la quiebra del Concordato. Dos cuestiones les angustiaban, perceptibles a través de los informes de los prefectos sobre el estado anímico de la población: El final de la paz religiosa ¿iba engendrar de nuevo la guerra civil? ¿Podía impugnar el papa el reconocimiento realizado en 1801 de la venta de los bienes del clero? Lo que parecía probable, pero no se manifestaba bajo la pluma de los prefectos, era que esos mismos notables consideraban la megalomanía de Napoleón responsable del conflicto. La ocupación de Roma no se conoció bien y fue malentendida. Sobrevino en un momento en que la *Grande Armée* se atascaba en Austria, y en que la guerra de España llegaba a un punto muerto: ¿se abría acaso un nuevo frente en esa Italia que había sido la tumba del imperialismo francés desde el siglo XVI? De un pesimismo excesivo, la pregunta apareció en un panfleto pronto requisado por la policía. Lo espiritual vino más tarde, porque la cautividad del papa despertó entonces los viejos fantasmas apocalípticos o el gusto por las conspiraciones. Pero, en conjunto, la fe estuvo ausente del debate.

La Iglesia Imperial

Del retroceso de la influencia religiosa en la nueva sociedad, ¿qué mejor prueba que la laicización de los antiguos servicios tradicionalmente desempeñados por la Iglesia, seguridad social, enseñanza y estado civil? Es cierto que el pesimismo de las autoridades eclesiásticas parecía a menudo excesivo. La obra de reconstrucción material había sido alentada por el gobierno. Pero el nuevo reparto de las diócesis planteó múltiples problemas: los límites de las parroquias (en París fueron vivamente criticados a causa de la desigualdad de la conscripción), la restitución de los edificios de culto, en peligro por la mala voluntad de los precedentes ocupantes, y, sobre todo, las casas de los curas no ocupadas a consecuencia de la crisis de las vocaciones. Crisis cuantitativa, a pesar de una perceptible recuperación, entre 1806 y 1810, del número de ordenaciones. Crisis cualitativa, más significativa todavía, del descrédito de la Iglesia. «Ya no encontramos en las clases superiores de la sociedad jóvenes que se destinen al estado eclesiástico —escribía el obispo de Quimper al ministro de los Cultos en marzo de 1811—. Todos nuestros recursos se reducen a la clase de los pobres cultivadores». La misma comprobación, llena de amargura, en Le Coz, obispo de Besançon, que deploraba «la desaparición de esos sacerdotes cuya educación esmerada, profundos estudios, conocimientos extensos y variados, unidos a las otras

ventajas que su nacimiento podía ofrecer, regocijaban a la Iglesia, edificaban a todas las clases de ciudadanos y parecían añadir todavía más poder a la influencia de la religión». Le Coz daba la razón de semejante desafección: «los bienes del clero han desaparecido». La situación era especialmente difícil para las órdenes religiosas, que chocaban con la hostilidad de Napoleón. El decreto del 3 de mesidor del año XII (22 de junio de 1802) declaró disueltas todas las congregaciones no autorizadas. Solo recibieron algunos estímulos las órdenes misioneras, que Napoleón deseaba oponer a la penetración inglesa en Oriente, y las congregaciones de mujeres, indispensables en los hospitales y en la enseñanza. Animado por su voluntad de simplificación, Napoleón pensó durante todo su reinado en un cuerpo único de hermanas de la caridad. Por el decreto del 23 de marzo de 1805, la Señora Madre recibió el título reservado bajo el Antiguo Régimen a las reinas viudas, y se convirtió en protectora de las asociaciones hospitalarias. La estadística de 1808 da para el conjunto de las diócesis un total de 10.257 religiosas, de las que 4792 eran maestras y 5465 enfermeras. Algunas diócesis contaban con menos de cincuenta religiosas: Digne, Chambéry. Y otras superaban las quinientas: Nancy, Ruan y Lyon. Al lado de las maestras, citemos a los hermanos de las Escuelas Cristianas, que abrieron centros en cincuenta y siete ciudades.

Lo que debilitó a la Iglesia y desvió de ella a las elites fue el embargo del gobierno, que la redujo al papel de agente del «despotismo». Se enseñaba un único catecismo en toda Francia, en el que figuraban, entre los deberes impuestos por Dios, «el amor, el respeto, la obediencia y la fidelidad hacia el Emperador, el servicio militar y los tributos ordenados para la defensa del Imperio». Los mandamientos, cartas pastorales y ordenanzas episcopales participaban en la elaboración del culto imperial: los ejércitos napoleónicos se asimilaban en ellos a los ejércitos divinos, la nación se transformaba en el pueblo elegido y la guerra se volvió una guerra santa contra el impío, querida por Dios. Pocas veces la elocuencia del púlpito fue tan vigilada: un sermón imprudente del abad Fournier lo envió a Bicêtre y luego al destierro de Turín. El cardenal Fesch consiguió sacarlo de allí, pero no sin dificultades. A su vez, Frayssinous fue reducido al silencio en 1809. Abramos el *Journal des Curés*: allí se encuentran más boletines de la *Grande Armée* que vidas de santos. Más sutilmente, el clero, funcionarizado por el Concordato, se integró gracias a sus cuadros superiores en el mundo de los notables oficiales. Se encuentran eclesiásticos, en proporciones variables según las diócesis, ocupando un puesto en el colegio de distrito, el consejo municipal o, incluso, la alcaldía. De ese modo, la Iglesia se convertía en un instrumento del reino, al igual que el ejército o la policía. «Mis prefectos, mis obispos, mis gendarmes»: esa numeración napoleónica resume perfectamente la situación de la Iglesia. La docilidad de esta Iglesia fue la contrapartida del fin del cisma. Docilidad que Bonaparte pudo apreciar desde el momento en que se dio aplicación a los artículos orgánicos. Las protestas pontificias no encontraron ningún eco en el clero francés. Napoleón esperaba esta misma

docilidad del papa. Cuando estalló la guerra con Austria, Napoleón ocupó Ancona. La protesta de Pío VII ante esta violación de la soberanía pontificia sorprendió al Emperador por su violencia. Réplica fulminante, aunque tardía, de Napoleón: «Me he considerado, así como mis predecesores de la segunda y tercera raza, como el hijo mayor de la Iglesia, que solo tiene la espada para protegerla y ponerla a resguardo de ser ultrajada por los griegos y los musulmanes». Con el establecimiento del Sistema Continental, Napoleón exigió que los puertos de los Estados Pontificios fuesen cerrados a las mercancías inglesas. ¿No era acaso Inglaterra una tierra herética? ¿Podía el papa permanecer neutral en un conflicto que Napoleón transformó apresuradamente, en beneficio de su propia causa, en un enfrentamiento entre catolicismo romano y anglicanismo? «Vuestra Santidad es soberano de Roma, pero yo soy el Emperador. Todos mis enemigos deberían ser los suyos». Pío VII siguió haciendo caso omiso a los argumentos religiosos y a las amenazas militares. Napoleón descubrió poco a poco que había minusvalorado la resistencia de su adversario.

El Papa cautivo

El 21 de enero de 1808, el general Miollis recibió la orden de invadir los Estados Pontificios y de ocupar Roma. Era cosa hecha, el 2 de febrero. El embajador de Francia, Alquier, previno al Emperador: la determinación de Pío VII parecía inquebrantable. Napoleón estaba decidido a anexionar Roma. Pero primero tenía que resolver el asunto de España, y luego hacer frente a la agresión austríaca contra Baviera. El 16 de mayo de 1809, un decreto imperial, firmado en Schönbrunn, unió los Estados Pontificios a Francia. Miollis izó la bandera francesa en el castillo de Sant'Angelo, el 10 de junio. Pío VII respondió inmediatamente con una bula de excomunión contra «los usurpadores, promotores, consejeros, afiliados y ejecutantes de esta violación sacrílega». «Recibo la noticia de que el papa me ha excomulgado. Es un loco furioso que hay que encerrar», escribía el Emperador, el 20 de junio. ¿Arrebato de cólera o meditada decisión madura? Radet, que mandaba en la gendarmería de la Ciudad Eterna, no titubea. Se invadió el Palacio del Quirinal, y se obligó al papa a renunciar a su soberanía temporal y, ante su negativa, fue llevado por la fuerza fuera de Roma, con el cardenal Pacca, su principal consejero. Este nos dejó, en sus *Memorias*, el relato de este lamentable viaje que condujo al ilustre cautivo de Florencia a Grenoble, y luego desde esta misma ciudad a Savona, por Aviñón y Niza, como consecuencia de órdenes contradictorias que ponen de manifiesto las vacilaciones de Napoleón cogido desprevenido por el exceso de celo de sus subordinados y seducido por la idea de instalar al papa en París, adonde hizo llegar como avanzadilla al Colegio Cardenalicio. El 6 de julio de 1809, Pío VII llegó a Savona; permanecería allí hasta el 9 de junio de 1811. A pesar de los honores de los

que se le rodeó, se comportaba como un prisionero, renunciando a cualquier prestación, lavando él mismo su sotana y pasando sus jornadas en oración. Falsa pasividad: Pío VII utilizaba las armas de que disponía y que le entregó imprudentemente Napoleón durante la firma del Concordato. Efectivamente, le había otorgado la investidura canónica de los obispos sin calibrar completamente las consecuencias de esta concesión. Como prisionero del Emperador, el papa rechazó la investidura canónica a los obispos nombrados por el Emperador en los obispos vacantes, Napoleón debía recurrir a un expediente: hacer conferir a los obispos por el capítulo, el título y la autoridad de vicario capitular. Lo que no se produce sin vacilaciones, especialmente en París, después de la muerte del cardenal de Belloy en junio de 1808. Napoleón necesitaba, en el conflicto que le enfrentaba con el papa, de una Iglesia galicana unida detrás de sí. El comité eclesiástico, reunido en 1809, mostró sus fallas: proponía tan solo la reunión de un concilio nacional con una función por lo demás puramente consultiva, que eludió Napoleón. Este volvió a verse en un aprieto durante su divorcio. El caso ¿competía a la Santa Sede? Ante las divergencias del derecho galicano y el derecho romano, M. Émery zanjó a favor del primero, lo que contentaba al Emperador. Pero los cardenales romanos presentes en París razonaron de un modo diferente: trece se abstuvieron de comparecer durante el matrimonio religioso con María Luisa. Eso desató el furor del Emperador, que les prohibió llevar las insignias de su dignidad y los exilió a provincias. Pero finalmente tuvo que decidirse, ante las reticencias de un segundo comité eclesiástico y el fracaso de una misión de buenos oficios a Savona, a convocar un concilio. Este se inauguró el 17 de junio de 1811 bajo la presidencia del cardenal Fesch. Pero Napoleón no encontró en esta asamblea de obispos franceses e italianos el servilismo con que contaba. El clero de Francia se irritaba por la intrusión del Estado en las cuestiones espirituales; el Emperador había olvidado la susceptibilidad de la Iglesia en este ámbito y multiplicó en vano cóleras y amenazas. Fue el propio Fesch, tío del Emperador, quien pronunció el juramento inicial: «Reconozco a la Santa Iglesia católica y romana, apostólica y romana, madre y señora de todas las Iglesias. Prometo y juro una verdadera obediencia al supremo Pontífice romano, sucesor de san Pedro, príncipe de los apóstoles y vicario de Jesucristo». Fue Belmas quien reclamó la libertad del papa antes de cualquier debate, y la comisión encargada de estudiar la cuestión de la investidura la que declaró al concilio incompetente en la materia contra la voluntad del Emperador. Este se resignó a disolver el concilio e hizo detener a los principales instigadores de la oposición. Hirn, obispo de Tournay, De Broglie, obispo de Gante, y Boulogne, obispo de Troyes. Napoleón había esperado que el concilio autorizara la transferencia a los metropolitanos del poder de investir en caso de negativa del papa: ese fue el fracaso. El 2 de agosto, después de haber obtenido mediante amenazas el acuerdo individual de cada obispo al proyecto de decreto que otorgara al metropolitano el poder de conceder la investidura en caso de oposición del Santo Padre, el Emperador decidió la reapertura del concilio. Una delegación de ese

concilio fue enviada a Savona para obtener la aprobación de Pío VII. La obtuvo, pero en formas que no agradaban al Emperador. Este quería en realidad un papa a su disposición, instalado en la Île de la Cité, en París. Estaba convencido de que el resultado victorioso de la campaña de Rusia haría que el papa cediese. Para obligarlo a ello, Napoleón ordenó que fuese transferido a Fontainebleau. Pero, cuando se encontró con Pío VII, lo hizo como vencido. Esta vez, después del desastre de la retirada de Rusia, el Emperador tenía una necesidad imperiosa del acuerdo del papa. Consiguió, mediante la intimidación, «el Concordato de Fontainebleau», firmado el 25 de enero. La cuestión de las investiduras, a falta de la instalación del papa en París, estaba resuelta. Pero Napoleón, contrariamente a su promesa, se apresuró a dar a este texto una gran publicidad, haciéndole aparecer en *Le Moniteur*. Pío VII desautorizó el Concordato. «Queremos que se reforme para que de él no resulte ningún daño para la Iglesia ni ningún perjuicio para nuestra alma». El 21 de enero de 1814, Napoleón daba la orden de devolver a Pío VII a Savona y, luego, el 10 de marzo, de volverlo a conducir a Roma. El papa había ganado.

Las consecuencias del conflicto

La ocupación de Roma y la cautividad del papa parecen haber sorprendido más que verdaderamente conmocionado a la opinión pública, al menos si hemos de creer a los boletines de la policía o a los informes de los prefectos. Tan solo una elite de jóvenes de fe profunda y convicciones realistas bien arraigadas reaccionó asegurando, bien que mal, la difusión de la bula de excomunión del Emperador por Pío VII. Se establecieron redes y se fundaron asociaciones secretas según el modelo de la francmasonería, a la que se atribuía la responsabilidad de la Revolución; organismos caritativos o piadosos sirvieron de tapadera para actividades políticas: Caballeros de la Fe, de Ferdinand de Bertier; Sociedad del Corazón de Jesús; Aa, cuyo influencia sobre la opinión pública debemos evitar exagerar.

Esta solo empezó a conmoverse en 1811. Las informaciones proporcionadas sobre el concilio nacional fueron escasas. Pero el público conoció por varias fuentes la resistencia opuesta por los obispos al Emperador. De Bélgica a Italia, la efervescencia adquirió un cariz inquietante: si el oeste, mejor vigilado, permanecía en calma, en el sureste y el centro se producían agitaciones. «Por todas partes —señala un boletín de la policía de los primeros días de enero— los devotos exclaman que, si el Emperador viviera diez años más, ya no habría religión». Diócesis sin obispos, parroquias sin curas, sacerdotes encarcelados o deportados: ¿había regresado el tiempo de la persecución? Funcionarios civiles y militares, incluso católicos, ejecutaron sin protestas las órdenes dadas. Pero ignoramos el fondo de las conciencias. Los libelos, que denunciaban el despotismo imperial, se multiplicaron. Se instaló el malestar. Y apartó a los notables del régimen en el que habían puesto

todas sus esperanzas.

El balance del Imperio no es a pesar de todo enteramente desfavorable: obispos más cercanos al pueblo, supresión de grandes beneficiados, vida decente para los curas con la seguridad de recibir una remuneración superior a la antigua «porción congrua». La Iglesia ganó en consideración. Una consideración que debe a Napoleón, y que se convirtió en un arma que se volvió contra él. A partir de 1812, cada vez fueron más numerosos los predicadores que denunciaron el absurdo de la guerra y aceptaron ocultar a los desertores. Bajo la influencia del clero, poco a poco se fue creando un divorcio entre el Emperador y la nación.

Debates abiertos

Los trabajos de B. Plongeron, que tomó el relevo de monseñor Jean Leflon, insistieron a la vez en la sociología y en la teología del nuevo clero, demasiado descuidadas por los historiadores («Le fait religieux», en la «Nouvelle Histoire de la France contemporaine: Révolution-Empire», *Revue hist. de l'Église de France*, 1972). En la estirpe de estos trabajos, medítense las observaciones de J. Godel, «L'Église selon Napoléon», *Revue d'Histoire moderne* (1970, pp. 837-845). La política religiosa de Napoleón fue menos innovadora de lo que parece. Reforzó sin duda el principio de autoridad en el interior de la Iglesia (organización eclesiástica paralela a la administración civil, autoridad de los obispos sobre los sacerdotes mediante la amovilidad y, finalmente, sin haberlo querido, autoridad del papa sobre la Iglesia de Francia, al conferirle poderes excepcionales para la negociación del Concordato y al prepararle una Iglesia en la que se habían deshecho todos los cuerpos intermediarios). De ese modo, Napoleón, que había deseado una Iglesia galicana, obtuvo una Iglesia ultramontana. En el conflicto entre el papa y el Emperador, el papa sale vencedor en toda línea.

En cuanto a la idea de una cristiandad unida, fusión bajo la autoridad imperial de los católicos y de los protestantes, teniendo como base la confesión de Augsburgo, fue agitada en varias ocasiones. ¿Se trataba de un medio de presión sobre los católicos? (Plongeron, «Les projets de réunion des communautés chrétiennes», *Revue d'histoire de l'Église*, 1980).

Capítulo 21

La crisis económica

De 1809 a 1812, la suerte de la guerra ya no se decide en los campos de batalla, sino en los puertos y en las costas del continente. Este parece tener que cerrarse de nuevo al comercio británico, para precipitar la caída de los «oceanócratas». Pero las violencias y las anexiones que suponía la implacable lógica del bloqueo, las privaciones mal toleradas de café, té, azúcar, cacao o especias, el encarecimiento de los cueros y las telas de algodón, los autos de fe espectaculares de mercancías, así como la corrupción de los aduaneros, tuvieron más peso a la hora de desvincular a la opinión pública europea que todos los panfletos ingleses. En diciembre de 1811, Jerónimo, rey de Westfalia, advertía a su hermano: «La efervescencia está en su punto más alto, se abrigan y acarician con entusiasmo las más locas esperanzas, se pone el ejemplo de España, y, si la guerra acaba por estallar, todas las comarcas situadas entre el Rin y el Oder serán el foco de una vasta y activa insurrección». Peor, el arma económica del bloqueo se volvió contra Francia, lo que provocó en 1810 una crisis financiera que se transformó, como consecuencia de una mala cosecha, en una crisis económica general que el gobierno, por primera vez, parecía incapaz de dominar. Napoleón perdió ahí una parte de su popularidad.

El contrabando

Las previsiones optimistas que desarrollaba Champagny sobre la ruina de la pérfida Albión, quedaron pronto desmentidas por la recuperación de la economía inglesa en 1809. ¿Qué otra causa asignar a esa recuperación británica sino el desarrollo del contrabando en el continente a pesar de los cordones aduaneros y la justicia presbostal?

En el Mediterráneo, Malta, sede de treinta a cuarenta firmas inglesas, Gibraltar y Salónica eran los principales centros de un contrabando activo. En el Adriático, los cargamentos británicos se descargaban sin dificultad en Trieste. En la entrada del Báltico, Gotemburgo posibilitaba el tráfico con la Europa septentrional.

> El comercio de Inglaterra —señalaba un informe— se hace bajo pabellón sueco. Los buques enmascaran sus cargamentos y, con el pretexto de llevar un cargamento sueco, transportan productos coloniales. Muchos buques entran en el puerto de Copenhague con pabellón danés y llevan productos coloniales. Y aunque vengan directamente de Inglaterra, se alega que vienen de Islandia o de Noruega con producciones islandesas y noruegas.

En el Mar del Norte, Heligoland abastecía los puertos alemanes. Los ingleses ocuparon la isla en 1807. A partir de abril de 1808, se desarrolló allí el tráfico con la complicidad del gobierno británico:

> El comercio de Heligoland aumenta día a día, señalaba un agente inglés, y los envíos regulares, que han hecho bajar los precios hasta un nivel equitativo, se hacen desde Inglaterra. No tengo la menor duda de que aumentará y que toda la vigilancia del enemigo no podrá impedirlo. Durante los diez últimos días, siete pequeños barcos partieron de aquí, algunos con cargamentos que valen entre dos y tres mil libras. Se

trataba de un tráfico de trueque de productos coloniales y artículos manufacturados a cambio de productos alimentarios y granos.

Desembarcados en el continente, los fardos seguían los grandes ejes de circulación. De Ámsterdam, remontaban el Rin en gabarra hasta Arnhem, donde se introducían en coches. A partir del gran ducado de Baden, se distribuían a continuación en Alemania. Hamburgo competía por lo demás con Ámsterdam, alimentando por tierra a Fráncfort. Con frecuencia también los fardos seguían su subida por el Rin hasta Suiza. Desde Trieste, los algodones de América y los productos coloniales llegaban hasta Viena y, luego, Estrasburgo y Basilea, Múnich y Leipzig. Solo la frontera francesa estaba suficientemente vigilada para desanimar a los contrabandistas. En el Doubs, en mayo y agosto de 1808, verdaderas batallas campales enfrentaban a agentes de aduanas y bandas armadas de defraudadores. Frecuentemente estallaban escándalos que afectaban a altas personalidades. En Estrasburgo, en 1808, la captura de una bernesa verde por dos encargados de aduanas de Wantzenau reveló que el ingeniero de puentes y caminos, Robin, participaba en una empresa de contrabando que se proveía en Hanau de mercancías procedentes de Fráncfort. Poco después se descubría un nuevo caso en que se inculpó a médicos y grandes negociantes estrasburgueses. El movimiento del contrabando se incrementó todavía más en 1809, sobre todo en torno a Mulhouse. Se calculan cerca de cien mil contrabandistas y llegó a haber aseguradores que cubrían sus operaciones.

De ese modo, el fraude hizo el juego a Inglaterra. Pero la recuperación de las exportaciones británicas hacia el continente estuvo sobre todo estimulada por la sublevación española. El historiador más reciente del Bloqueo Continental, François Crouzet, observa con razón:

> Si en un primer semestre de depresión y de marasmo sucedió un segundo semestre durante el que las exportaciones y la actividad industrial acusaron una notable recuperación que anunciaba el boom de 1809-1810, la causa primordial fue la insurrección de España. En efecto, esta abrió o volvió a abrir a los exportadores británicos mercados importantes en la península Ibérica y en Latinoamérica. Además, al atraer hacia la Península la atención del Emperador y una buena parte de la *Grande Armée*, dejó el campo libre al contrabando en el norte de Europa y en el Mediterráneo.

Primera equivocación diplomática del Emperador, la guerra de España, como hemos visto más atrás, permitió a Inglaterra la superación de una crisis económica que podía haberle sido fatal.

El sistema continental

Mientras que los ingleses acababan de apoderarse sin dificultades de las colonias de Francia y de sus aliados, que tomaban El Cabo y luego Java a los holandeses, Guadalupe y la Île de France [Isla Mauricio] a los franceses, que se instalaban en América, donde las colonias españolas de México, Perú, Chile y Colombia, en 1810,

y luego Paraguay, en 1811, se habían sublevado contra «el usurpador José», Napoleón reveló, frente al contrabando, su impotencia para controlar las costas del continente. Para reforzar su sistema aduanero, se vio obligado a practicar una política de anexión: Ancona, las Legaciones, Parma, Piacenza y Toscana, los Estados Pontificios, las provincias ilíricas —con Trieste—, arrancados a los austríacos por el tratado de Viena, pasaron bajo dominación francesa. Furioso contra su hermano Luis, que vanamente intentó negociar con Inglaterra, por mediación de los banqueros Baring y Ouvrard, las condiciones de una paz que habría preservado los intereses económicos de su reino, Napoleón le quitó, en marzo de 1810, la orilla izquierda del Waal y luego, después de la abdicación del rey, anexionó Holanda, el 9 de julio de 1810. Esta anexión, explica Champagny, «completa el Imperio de Vuestra Majestad y la ejecución de su sistema de guerra, política y comercio. Es un primer paso, pero un paso necesario hacia la restauración de su Marina. En fin, es el golpe más sensible que Vuestra Majestad pueda asestar a Inglaterra». El senadoconsulto que unía Holanda a Francia incorporaba al Imperio una parte del condado de Berg, las posesiones de las dos ramas principescas de Salm, el ducado de Oldenburgo, una parte del reino de Westfalia y las tres ciudades hanseáticas de Hamburgo, Lübeck y Bremen, que formaron tres nuevos departamentos: el Elms Superior (Osnabrück), las Bocas del Weser (Bremen) y las Bocas del Elba (Hamburgo). «Los inmensos almacenes de Heligoland amenazarán siempre despacharse al continente mientras quede un solo punto abierto al comercio inglés en las costas del Mar del Norte», precisaba Champagny. Para poner fin al contrabando suizo, Napoleón hizo ocupar el Tesino y el Valais en noviembre de 1810.

Este furor anexionista, consecuencia lógica del Bloqueo Continental, produjo una conmoción. Acentuaba aún más el desequilibrio europeo y atentaba contra la solidez de la obra napoleónica en Alemania, al ridiculizar la autoridad de los reyes que el Emperador había puesto allí. Irritaba al conjunto de Europa, incluido el zar, cuyo cuñado era el duque de Oldenburgo. Incluso en Francia la gente sentía pánico ante el peligroso crecimiento de los departamentos que destruía la armonía y comprometía el futuro de una Francia limitada a sus fronteras naturales. Esta política encontraba su justificación en el bloqueo: cuando Napoleón hizo excepciones a este por el régimen de licencias, el Sistema Continental se volvió impopular.

El régimen de las licencias

Las nuevas medidas adoptadas por el Emperador no pusieron fin al contrabando. Simplemente se desplazó hacia el este. «Las rutas de Rusia a Prusia, de Polonia y de Moravia a Viena, de las provincias otomanas a las del Imperio austríaco, están atiborradas de mercancías», señala la correspondencia de los cónsules. El Danubio sustituyó al Rin. Europa va a abastecerse de algodón a Viena, al término de

asombrosos viajes, que evocaría algunos años más tarde Jean-Baptiste Say en su condena del proteccionismo:

> Se expedían desde Londres buques cargados de azúcar, café, tabaco y algodón hilado hasta Salónica, desde donde estas mercancías se transportaban en caballos o mulas, a través de Serbia y Hungría, a toda Alemania e incluso a Francia, de manera que una mercancía que se consumía a veces en Calais venía de Inglaterra, que está a siete leguas, después de haber hecho un rodeo que equivalía por los gastos a un viaje de dos vueltas alrededor de la Tierra.

Por otra parte, el bloqueo se reveló para Napoleón en un arma de doble filo. Más incluso que las Islas Británicas, ahítas de stocks y amenazadas por el paro y la inflación, el continente, que no disponía aún de productos de reemplazo en cantidades suficientes (el azúcar de remolacha, por ejemplo, solo estaba en sus primeros ensayos), padeció escasez de materias primas y productos coloniales. El acta de embargo de Jefferson privó a la industria francesa de algodón americano. Los manufactureros ya solo recibían el algodón de Nápoles y el del Levante, pero este aprovisionamiento era insuficiente. A las quejas de los industriales se unían las de los consumidores, que encontraban el tejido de lana o de lino a un precio demasiado alto. Las importaciones de azúcar en bruto cayeron de veinticinco millones de kilos en 1807 a dos millones en 1808. El café no dejaba de subir.

> Los productos coloniales, confiesa el ministro del Interior Cretet, el 1 de junio de 1808, experimentan un encarecimiento tan rápido que ya no se podría explicar cómo se siguen encontrando compradores de algodón de Pernambuco de once a doce francos la libra, de azúcar de cinco a seis francos y de café a ocho francos, si no se comprendiera que el enorme beneficio extraído de estos productos se ha vuelto objeto de una especulación en la que se mezclan gentes de todo tipo.

Finalmente, las exportaciones europeas se vieron igualmente afectadas. A las quejas de los industriales y de los consumidores, se unían las de los armadores y de los explotadores agrícolas. ¿Acaso no era el continente un vendedor de trigos, frutos, lana, madera y, sobre todo, vinos? La cámara de comercio de Burdeos señala una acumulación de aguardiente en 1809. Para colmo, la cosecha de cereales de 1808 había sido sobreabundante y los campesinos se quejaban de no poder exportar sus excedentes.

Un último argumento obligó a Napoleón a suavizar su bloqueo: la caída de ingresos de las aduanas, que le privaba de un recurso fiscal importante en un momento en que se encontraba enredado en España en un tipo de guerra que había dejado de dar beneficios.

Inglaterra había dado ejemplo permitiendo, por el régimen de licencias, las importaciones de vinos y alcoholes franceses así como otros artículos cuya lista fue establecida el 19 de julio de 1808. Napoleón se adhirió a esa idea y Cretet informó a los prefectos mediante una circular del 14 de abril de 1809:

> Su Majestad, con la intención de favorecer la exportación de cereales que ha permitido, y la de vinos y aguardientes, licores y frutos secos o confitados, y legumbres, ha decidido conceder licencias especiales a

los navíos que quisieran transportar cargamentos semejantes.

Así, ante el fracaso de un bloqueo que solo enriqueció a los defraudadores, Napoleón se convirtió él mismo en contrabandista: estableció un comercio directo con Inglaterra, mientras que se lo prohibía a los aliados, vasallos o neutrales. Al tener Francia una abundancia de productos coloniales, y el resto del continente estar privado de ellos, el comercio francés sería el que los distribuiría en Europa y ya no Inglaterra por vía del contrabando. Al monopolio que Napoleón pretendía reservar a la industria francesa sobre el mercado europeo vino a añadirse el reparto de los productos coloniales.

Este nacionalismo mercantil se expresó en los decretos de 1810 que marcan una inflexión en la concepción del bloqueo.

Primera etapa: el decreto del 3 de julio que decidió «que ya no se darán licencias más que a buques franceses». Se autorizaba la exportación de «todas las mercancías de las fábricas francesas y productos del suelo francés cuya salida no está prohibida», es decir, los cereales y los aguardientes.

A continuación, vino el decreto de Saint-Cloud, del 25 de julio, que ponía bajo la autoridad de Napoleón a todo el comercio marítimo del Imperio: «Con fecha del 1 de agosto, decidió el Emperador, ningún navío podrá salir de nuestros puertos con destino al extranjero si no va provisto de una licencia firmada por nuestra mano». Esas licencias deberán permitir la entrada en Francia de todos los productos del que este país tenga necesidad. Su redistribución en el continente será efectuado de ahora en adelante —contra una comisión mediadora— por el comercio francés.

Finalmente, el 5 de agosto, el decreto de Trianon puntualizaba los aranceles que deberán pagar a su entrada los productos coloniales: ochocientos francos por quintal para los algodones de Georgia, cuatrocientos francos para los algodones de Levante e idéntica suma para el café. Aranceles cuantiosos: están calculados de modo que estos productos no le cuesten más al consumidor que comprados por vía del contrabando. La única diferencia es que ahora el beneficio va a parar a las cajas del Estado y ya no al bolsillo de los defraudadores.

Había que aplicar el decreto. Es cierto que no hubo grandes problemas en los Estados sometidos a la influencia francesa. Sin embargo, el rey de Baviera, tomando la palabra en nombre de los descontentos, no dudó en escribir a Napoleón que sus medidas castigaban más duramente a los amigos de Francia que a sus enemigos. Deseoso de tomar una medida ejemplar para zanjar las protestas y proceder a la venta de los stocks coloniales a las nuevas tarifas, Napoleón eligió Fráncfort. Al considerar que la ciudad «estaba atiborrada de mercancías inglesas y coloniales», ordenó una incautación inmediata. Dos regimientos de infantería al mando de Friant y aduaneros de Maguncia participaron en la operación que reportó al Tesoro una decena de millones.

Última etapa de «esta inflexión», el decreto de Fontainebleau, fechado el 19 de

octubre, vino acentuar el rigor de la nueva política aduanera. Había que aniquilar definitivamente todo comercio de productos coloniales en Europa para que no compitiera con el que Napoleón hacía aplicar en Francia. En Fráncfort, los autos de fe de los días 17, 20, 23 y 27 de noviembre produjeron una considerable impresión. El comercio de la ciudad quedó arruinado. El descontento se volvió general en Alemania. Más grave aún: al intervenir la solidaridad de los medios mercantiles franceses, el pánico se apoderó de la banca y el negocio francés.

La crisis francesa de 1810-1811

Del nuevo sistema surgió la crisis de 1810, que culminó en el momento del nacimiento del rey de Roma.

La especulación sobre los productos coloniales había sustituido al agiotaje sobre los asignados. Desde el decreto de Berlín, experimentaba un enorme desarrollo. Los decretos de 1810 la arruinaron. El exportador inglés no pudo cobrar al comerciante alemán, suizo u holandés cuya mercancía había sido embargada, y los importadores franceses que habían pagado anticipos a las casas de Ámsterdam, Basilea y Hamburgo, no pudieron recuperar su dinero. Los síntomas precursores de la crisis estallaron en el mes de mayo de 1810: en la correspondencia que intercambiaba con Napoleón, el ministro del Tesoro Mollien denunciaba los efectos del juego con los productos coloniales y, más concretamente, las especulaciones al alza en Holanda y en las ciudades hanseáticas. En septiembre, la quiebra de Rodde, gran casa de Lübeck, arrastraba la de la alta banca parisina: Lafitte, Fould, Tourton. En noviembre y diciembre se multiplicaron las bancarrotas. «Todas las plazas de Francia, Alemania e Italia están en quiebra», señalaba un informe. El año 1810 concluyó con una cascada de quiebras en París y en Lyon.

Los primeros meses de 1811 se anunciaron difíciles. La industria de la seda sufrió muy especialmente: en Lyon el número de telares en funcionamiento disminuyó a la mitad; Tours, Nîmes e Italia fueron afectados de igual modo. La crisis se extendió al algodón: en Ruan, los telares pronto no utilizaron más que un tercio de la materia prima que empleaban en 1810; en Nord, la caída fue todavía más considerable. A su vez, la lana se veía afectada: la cuarta parte de los pañeros suspendieron pagos. Menos seria en la metalurgia, ni el alto Rin, ni el Mosela, ni los Pirineos se libraron de la depresión.

En agosto y en septiembre, los descuentos no alcanzaron en París más que un doceavo de la cifra del año precedente. De cincuenta mil obreros parisinos, veinte mil se vieron reducidos al paro en el transcurso de mayo. Napoleón se limitó a las medidas habituales: préstamos a los industriales (Richard-Lenoir, Gros-Davilliers), fuertes encargos de la corte (un decreto del 6 de enero de 1811 impuso vestir traje de seda en las Tullerías), grandes trabajos de desmonte. Hacia finales del verano, la

crisis pareció tocar a su término. Sobrevino una mala cosecha que prolongó sus efectos. Mientras que el sur sufría por la sequía, una serie de tormentas anegaron parte de las cosechas de la cuenca parisina. La situación no era desastrosa, pero el miedo a la carestía despertó viejos reflejos. «La expectativa decepcionada —observaba el ministro del Interior— exageró el mal, y la opinión pública, que siempre se deja llevar por los extremos, favoreció la especulación al alza y el encarecimiento de los cereales».

El precio del pan subió bruscamente en París de 14 al 16, y luego a 18 *sous* en marzo de 1812. E incluso a este último precio, no se encontraban hogazas pasadas las primeras horas de la mañana. Se acabó por considerar la posibilidad de restablecer el *maximum*, rebautizado en razón de los recuerdos revolucionarios *taxe*. El decreto del 8 de mayo de 1812, que fijaba el precio máximo del hectolitro de trigo en Sena y los departamentos limítrofes, tuvo como efecto hacer desaparecer todos los cereales de los mercados. En cambio, en Bocas del Ródano, donde el prefecto Thibaudeau, se abstuvo de aplicar el *maximum*, la ciudad de Marsella estuvo más o menos surtida.

Si no hubo movimientos sediciosos en París es porque el precio del pan no sobrepasó nunca los 20 *sous* más allá de los cuales la miseria se instala en los medios populares, porque se distribuyeron ampliamente sopas a la Rumfort y, sobre todo, porque no hubo concordancia entre el paro y la carestía. Sin embargo, solo se consiguió evitar por muy poco una manifestación de mujeres del arrabal Saint-Antoine, el 19 de enero de 1813, al paso del Emperador por la barrera de Charenton. Napoleón siempre cuidó la capital. Recordemos una de sus frases más célebres: «Es injusto que el pan se mantenga a bajo precio en París cuando está alto en otras partes, pero es que el gobierno está allí, y a los soldados no les gusta disparar sobre las mujeres que, con sus hijos a las espaldas, vienen a gritar delante de las panaderías». Su postura no varió desde la crisis del año X.

En provincias, la cosa fue diferente. En la Mancha, el hectolitro de trigo candeal pasó de 20 francos en la segunda quincena de agosto de 1811, a 30 francos en la primera quincena de marzo de 1812. En Cherburgo, por ejemplo, la situación se volvió dramática: «La miseria de los obreros del puerto es cada vez más espantosa y no pueden procurarse el pan, ni siquiera con dinero. Muchos obreros solo han vivido durante los últimos tres días con legumbres, alimento insuficiente para hombres de penas y fatigas», indicaba un informe. Los cereales desaparecían de los mercados. En Caen, el 2 de marzo de 1812, estallaron motines en las plazas. «Pasadme al prefecto, que lo desollo como a un viejo caballo», aullaba un manifestante, descuartizador de oficio. A los amotinados se unieron los conscriptos de Calvados. Robos y pillajes acompañaron a esas violencias, pero, el 3 de marzo, todo había vuelto al orden. Quedaba la miseria, agravada por las dificultades de la industria textil.

> Al aproximarse a Lisieux, anotaba el comisario de policía de Caen, solo se encuentran figuras lívidas y cuerpos desfallecientes. Por todas partes se ven desdichados sentados al borde de los caminos, esperando los efectos de la piedad de los viajeros. Productos lácteos, hierbas cocidas, queso y salvado basto son el

alimento de los campesinos que carecen incluso del recurso del pan de avena.

Otro departamento, en un extremo opuesto de Francia, Alpes Marítimos. Análoga carestía. El prefecto observaba:

> La clase pobre de los municipios rurales ya no vivía la última primavera que de hierbas salvajes y raíces que se comían sin aliño y sin sal. En algunos lugares, se sustituyó esta última por el empleo de agua de mar. Se asistió al espectáculo espantoso de individuos que sucumbieron a su miseria y murieron de hambre.

Si la cosecha era satisfactoria, la hambruna tenía como causa el paro provocado por el hundimiento de la industria textil. Ese fue el caso de Aisne:

> En ningún punto —señalaba su prefecto— las privaciones vinieron de la absoluta falta de cereales, sino de la dificultad de pagar su precio que, aun tasado, era demasiado para el pueblo. Un número bastante grande de individuos comieron pan de avena; otros incluso se vieron obligados a diluir salvado en la leche. Pero estos tristes ejemplos son más el efecto de una gran miseria, de una carencia absoluta de trabajo y de recursos pecuniarios, que el de una carestía cuyos efectos nunca hemos experimentado, ya que hemos podido, al contrario, socorrer a los departamentos vecinos.

Así, paro y carestía se relevan, o bien se combinan, para agravar la miseria.

Un poco por todas partes, se produjeron disturbios: se tomaron al asalto molinos y panaderías, se atacaron y saquearon coches o barcos que transportaban trigo, bandas de mendigos cada vez más numerosas y amenazantes quemaron granjas. Aparecieron carteles:

Pueblo sufriente,
sin pan y sin trabajo,
¡duermes!

O también:

Aviso al pueblo,
pan, trabajo, o la muerte.

Se amenaza a notables, como a Barbier, importante hombre de negocios de Rennes y cuñado del ministro:

Gran tunante Barbier, el usurero,
acaparador de cereales,
¡ábrenos tu granero,
o estás muerto!

Algunas amenazas espantaban a aquellos a quienes se dirigían: una antorcha iluminada encima de la puerta de un propietario o de un rico granjero. La burguesía, amenazada en sus bienes y sus personas, cogió miedo. Aunque absorto en los preparativos de la campaña de Rusia, Napoleón tuvo que intervenir. Es cierto que los motines eran poco numerosos: al margen de Caen, Rennes y Charleville fueron el

foco de los más importantes. Sin embargo, la autoridad ha sido ridiculizada, la propiedad, amenazada, y el desorden, general. Había que dar un castigo ejemplar. Se eligió Caen. Napoleón envió allí al general Durosnel con numerosas tropas. Un consejo de guerra se reunió el 14 de marzo, que pronunció ocho sentencias de muerte, dos de ellas en rebeldía. Los seis condenados a muerte presentes, dos de ellos mujeres, encajeras, fueron ejecutados el 15. Las tropas abandonaron la ciudad el 17. «Los arrabales culpables quedaron consternados, temblaron, y ya, desde hace dos días, los objetos robados fueron devueltos», escribía el prefecto. Por otra parte, se reforzó la gendarmería. Pero si los disturbios se extendieron a unos cuarenta departamentos, nunca pusieron en peligro al gobierno. Por eso la vuelta al orden fue rápida. A finales de año, la agitación se había apagado.

La cosecha de 1812 fue satisfactoria, efectivamente, en la mayoría de los departamentos. Especialmente abundante, la de 1813 favoreció el retorno a una situación normal.

Fue en ese momento cuando una serie de quiebras debidas a la pérdida de salidas comerciales en el norte y en el este, tomó el relevo de la agricultura. Los contemporáneos tuvieron la sensación de haber vivido una misma y larga depresión durante tres años, cuando se trataba en realidad de una sucesión de tres crisis diferentes: una superproducción nacida de la especulación, una relativa mala cosecha y una nueva superproducción provocada por la pérdida de la salida comercial alemana.

Tenemos que reparar, de todos modos que el prestigio del Emperador salió mermado de la crisis. Sin duda, el mundo rural y los obreros parisinos seguían sintiendo, a pesar de todo, apego por Napoleón. ¿No mantuvo el precio del pan a una tasa razonable en la capital y evitó desórdenes demasiado graves en el campo? En cambio, la burguesía se desvincula definitivamente del régimen, mientras que en Europa los rigores de los decretos de Trianon y de Fontainebleau le hacían perder la simpatía de los alemanes y los holandeses, preparándose las revueltas de 1813.

La depresión inglesa

Nunca con todo estuvo Napoleón tan cerca de la victoria como en 1811. Iniciada con la devaluación de la libra esterlina y la mala cosecha de 1809, una crisis económica estalló en efecto al otro lado del Canal de la Mancha.

El refuerzo del Sistema Continental y las medidas enérgicas adoptadas en relación con el contrabando inglés, unido a la saturación de los mercados continentales después de las enormes exportaciones de productos coloniales en 1809, asestaron un golpe importante al comercio británico. Por otra parte, para ganar nuevos clientes en América del Sur, los hombres de negocios ingleses habían acordado plazos de pago demasiado largos y saturado los mercados de productos que se vendían con pérdidas.

Crisis de la moneda, alza del precio de los cereales, disminución de las exportaciones y decepciones en las colonias españolas constituían en 1810 los primeros elementos de una depresión que se agravó al año siguiente. En 1811, la disminución del comercio exterior adquirió en algunos sectores el aspecto de un hundimiento. El valor total de las exportaciones acusó un fuerte descenso. La industria fue afectada: primero el algodón, luego la pequeña metalurgia y, finalmente, las construcciones navales. El paro se extendió y las rentas obreras bajaron en el momento en que la mala cosecha de 1811 provocaba un fuerte alza del coste de la vida. Nottingham fue sacudida por motines en febrero de 1811; fueron acompañados por roturas de máquinas. Desde Midlands, el movimiento llegó a Lancashire y Yorkshire. Los contemporáneos siguieron persuadidos de que los rompedores de máquinas preparaban una sublevación general contra el gobierno y la matanza de las clases ricas. En realidad, el ludismo era, sobre todo, una explosión de descontento popular contra el paro y la subida del precio del pan. La crisis inglesa dio un nuevo giro en el plano exterior, con la ruptura de las relaciones anglo-estadounidenses que desembocó, el 18 de junio de 1812, en una nueva guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos.

A finales de 1812, la situación de Inglaterra era inquietante, mientras parecía mejorar en el continente. Por segunda vez, la aplicación del Bloqueo Continental provocaba en la isla una grave crisis económica complicada por disturbios sociales. Por segunda vez también, en el momento en que estaba a punto de lograr doblegar a Inglaterra, Napoleón se lanzó a una nueva aventura militar. De su sistema de licencias, el Emperador había esperado que financiara la guerra que preparaba contra Rusia; pero, al facilitar la exportación de cereales hacia las Islas Británicas, evitó que los ingleses padecieran los estragos de la hambruna. Sin duda, nunca pensó en provocar hambre en Inglaterra; nadie puede decir sin embargo el cariz que hubiera tomado el movimiento ludita si la carestía hubiera golpeado con más crueldad a Inglaterra. El objetivo seguía siendo su ruina económica. Si hubiera regresado victorioso de Moscú, Napoleón probablemente habría cerrado del todo el continente a las mercancías británicas. Pero el invierno ruso iba a salvar la economía inglesa de la catástrofe, como la había salvado en 1808 la guerra de España.

Debates abiertos

El Bloqueo Continental determinó un desplazamiento de los grandes ejes viarios, especialmente con Oriente, cuyas rutas marítimas estaban cortadas (Èchinard, *Grecs et Philhellènes à Marseille de la Révolution à l'Indépendance de la Grèce*, 1973). A finales del año 1810, subraya Ch. Schmidt («Napoléon et les routes balkaniques», *Revue de Paris*, 1912, pp. 335-352), las fronteras del Imperio francés limitaban, en efecto, en el sureste, con las fronteras del Imperio otomano. «Ahora un viajero podía

ir de París a los Estados del Gran Señor sin abandonar el territorio francés o, al menos, los países de dominación francesa». Esta espléndida continuidad, este «continente con barreras marítimas cerradas por puertas de acero», según la expresión de Montalivet, escondía profundas fisuras. Al sustituir al Rin, el Danubio se convirtió en 1810 en el canal a través del cual se abastecían los Estados alemanes de mercancías inglesas. «Durante el reinado de Bonaparte, se expedían desde Londres buques cargados de azúcar, café, tabaco y algodón hilado, hasta Salónica, desde donde estas mercancías se transportaban en caballos o mulas, a través de Serbia y Hungría, a toda Alemania e incluso a Francia».

Jean-Baptiste Say deduce de este espectáculo sus ideas librecambistas (Schmidt, «Jean-Baptiste Say et le Blocus continental», *Revue d'Histoire des Doctrines économiques et sociales*, 1911). J. Bouvier («Les crises économiques sous l'Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, p. 512) distingue en el origen de la gran depresión de 1810-1815 una crisis industrial, la de 1810, autónoma, ligada a dificultades de abastecimiento en materias primas debidas a los bloqueos; una crisis agrícola en 1811; una crisis de deflación en 1812, engendrada por la financiación de la guerra y los transtornos de confianza. Tal vez se subestiman, en el hundimiento de 1810, las dificultades bancarias (B. Gille, *La Banque et le Crédit en France de 1815 à 1848*, 1959) y los problemas monetarios (G. Thuillier, «La crise monétaire de l'automne 1810», *Revue historique*, sept. 1967, pp. 5184); el autor demuestra que la reforma de 1810, «al tender a reducir el cobre y el vellón al valor de la libra *tournois* [de Tours] y a limitar su empleo al pago de importes por debajo de un franco», desencadenó un pánico monetario tanto en Burdeos como en la frontera del este donde abundaban las malas monedas extranjeras. En la distinción clásica efectuada por E. Labrousse entre crisis de tipo antiguo (donde el sector agrícola desencadena la crisis) y crisis de tipo moderno (es el sector bancario e industrial el que desencadena la crisis), la depresión de 1810-1815 ocupa un lugar especial, porque combinó los dos tipos (Chabert, *op. cit*., y Gabillard, «Le financement des guerres napoléoniennes», *Revue économique*, 1953, pp. 548-572), adquiriendo incluso una dimensión mundial (Inglaterra, Estados Unidos). Roger Dufraisse ha mostrado cómo la crisis hubiera tenido efectos desiguales según las regiones: «La crise de 1810-1812 en pays annexé, la rive gauche du Rhin» (*Francia*, 1978).

El sistema de licencias, infracción al bloqueo, es especialmente complejo. Hay que distinguir las primeras licencias, firmadas en 1809 y que autorizaban la exportación de los productos del suelo francés contra los hierros y las municiones navales, mientras los productos coloniales seguían prohibidos así como los productos manufacturados ingleses (F. Crouzet, «Importations d'eaux-de-vie et de vins français en Angleterre pendant le Blocus continental», *Annales du Midi*, 1953; P. Butel, «Le commerce maritime de la France sous le Consulat et l'Empire», *Information historique*, 1968; Viard, «Les conséquences économiques du Blocus continental en Ille-et-Vilaine», *Rev. Études napoléoniennes*, 1926), las licencias del *nuevo sistema*

definidas por el decreto del 3 de julio de 1810, y las licencias de 1812-1813 que permitían el intercambio del vino y las sederías contra todos los productos coloniales, café, azúcar o índigo. Puertos anexionados como Livorno, Génova o Trieste obtuvieron licencias, pero no fue ese el caso del reino de Italia. Napoleón no perdió nunca de vista los intereses franceses (Dufraisse, «l'Intégration hégémoniale de l'Europe», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1984, con análisis de los principales tratados de comercio).

Capítulo 22

Las derrotas

¿Hay que creer a Marmont cuando cuenta los comentarios que le habría hecho, en 1809, un ministro de Napoleón?: «¿Queréis que os diga la verdad, que os desvele el futuro? El Emperador está loco, completamente loco, y nos pondrá a todos patas arriba, y esto acabará en una espantosa catástrofe» Ese representante de la burguesía pudiente daba muestras de lucidez y traducía la inquietud creciente de los notables ante la serie incesante de las guerras. Desde hacía mucho tiempo, las fronteras naturales, esos límites geográficos que la política exterior de Francia, de Richelieu a Talleyrand, había tomado como objetivo, habían sido superadas. ¿Quién habría podido negar que la «pendiente» de la conquista tenía que conducir inexorablemente al desastre, un desastre que amenazaba para colmo con impugnar los principios de la Revolución? La catástrofe sobrevino en 1812, gigantesca, a la medida de los acontecimientos que la habían precedido, y ayudó a la formación de la mayor coalición europea que Francia tuvo nunca que afrontar.

Los orígenes del conflicto franco-ruso

Deseada por el zar, la ruptura con Francia obedecía a causas políticas y económicas. En el plano diplomático, Alejandro no había obtenido las ventajas negociadas de la alianza de Tilsit. El reparto de Turquía era constantemente aplazado por Napoleón que, dueño de Roma, pensaba ahora en Constantinopla. La formación del gran ducado de Varsovia anunciaba la resurrección de un reino polaco que Rusia no quería a ningún precio, sobre todo si este reino iba a estar sometido a la influencia francesa. De hecho, Francia, mediante la anexión del ducado de Oldenburgo y luego la de las ciudades hanseáticas, estaba asegurándose el control del Báltico. El imperialismo francés acababa de chocar de frente con los centros neurálgicos de Rusia. Amenazaba también los intereses económicos. La aplicación del Bloqueo Continental había interrumpido las exportaciones de trigo, de cáñamo y de maderas con destino a Inglaterra: Napoleón no había ofrecido ninguna salida de recambio. De ahí el gran descontento de los propietarios rusos. Según las informaciones suministradas, las exportaciones rusas con destino a Francia se elevaban a 257.000 rublos, mientras que las importaciones de Francia en Rusia eran de 1.511.000 rublos de mercancías. Fiel a sus ideas mercantilistas, Napoleón se acomodaba holgadamente a este desequilibrio de la balanza comercial rusa. Pero ¿podía el zar aceptar semejante hemorragia? Comisario general de las relaciones comerciales en San Petersburgo, Lesseps llamaba la atención de su ministro sobre esa desastrosa situación, en una carta del 22 de abril de 1809: «La cotización actual del cambio prueba de una manera irrefutable hasta qué punto Rusia se siente ofendida por los acontecimientos políticos». Y puntualizaba:

> Las flotas enemigas, al obstruir el Báltico, solo dejaron penetrar el pasado año los barcos que pudieron escapar a su vigilancia, o que, por medios ilegales, se pusieron a resguardo de su rapacidad. Es una

constante que sin exportaciones, la balanza comercial perjudica totalmente a Rusia. El atasco de sus cáñamos, sus maderas, sus sebos, sus alquitranes, sus potasios, sus cueros, sus hierros y mil otros artículos de gran volumen y poco valor tiene que producir su ruina total si esta situación crítica se prolonga todavía varios años más.

De trescientos treinta y ocho navíos censados en 1809, uno solo partió con destino a Burdeos, lo que evidencia la exigua salida que le ofrecía Francia. Además, esta no colmó el vacío dejado por Inglaterra. Ahora bien, los navíos franceses no aportaban a Rusia los productos que necesitaba. Un informe de Lesseps del 22 de marzo de 1810 indicaba que buques procedentes de Burdeos y de Marennes fueron admitidos, en el transcurso de 1809, sin serios formalismos «porque las necesidades de Livonia y de Curlandia eran tales que se podía temer una insurrección si se impedía desembarcar su carga».

De hecho, lejos de exportar productos de primera necesidad, Francia enviaba a Rusia aguardientes, perfumería, porcelana y bisutería.

En 1809, fue necesario que las autoridades rusas suavizasen en gran medida su actitud hacia el bloqueo: se cerró los ojos ante las llegadas de buques pretendidamente neutrales. En Riga, el volumen del comercio con Inglaterra habría sido el mismo que el de años normales. El ucase del 31 de diciembre de 1810 asestó un golpe a los productos de lujo franceses. Reacción inevitable, destinada a poner fin al desequilibrio de la balanza comercial rusa. En una carta del 25 de marzo de 1811, el zar justificaba la nueva tarifa por «la extrema pobreza del comercio marítimo y la disminución horrible de nuestro cambio».

Pero las presiones políticas sobre el Emperador de Rusia no eran menos fuertes que las de los medios mercantiles. El acuerdo de Tilsit había sido mal recibido por la corte de San Petersburgo. Los franceses interceptaron e hicieron llegar al zar una carta que probaba la existencia de una conjura destinada a reemplazar al zar por su hermana Catalina. El zar, que no ignoraba la suerte de su padre, Pablo I, repudiado por su entorno, dio marcha atrás al día siguiente de Tilsit: pasividad en Erfurt, rechazo de una alianza matrimonial con Napoleón, infracciones al Bloqueo Continental. A la corte y a los negocios, se les sumaba por lo demás el ejército, que se había negado a fraternizar con los franceses en Tilsit. Según Davydov, en sus *Memorias de guerra*:

Únicamente la curiosidad de ver a Napoleón y el hecho de ser el testigo ocular de algunos detalles de la cita de los dos mayores emperadores del mundo habían distraído un poco nuestros sentimientos. Pero ahí paraba todo nuestro entretenimiento. Con la compañía de los franceses, no teníamos nada que hacer. Ninguno de nosotros intentó establecer amistad ni siquiera hacer el más mínimo conocimiento con un francés, no obstante sus esfuerzos, consecuencia de una orden secreta de Napoleón, para seducirnos con todo tipo de cortesías y amabilidades. 1812 estaba ya entre nosotros, su bayoneta se clavaba en nuestra sangre hasta la boca del fusil, su cuchillo se hundía hasta el codo.

Napoleón también había quedado decepcionado por el acuerdo de Tilsit. Apenas había apreciado la reserva rusa en Erfurt y durante la guerra austro-francesa. No

podía tolerar la menor brecha en el Sistema Continental en el momento en que este parecía llevar una vez más a Inglaterra a la quiebra.

Las cámaras de comercio habían impulsado (la cámara de Lyon a la cabeza) una recuperación de las relaciones comerciales. Champagny escribía a Caulaincourt el 7 de diciembre de 1807: «Su Majestad me ordena hablaros del comercio francés. Se muestra único en San Petersburgo. Nunca se presentará una ocasión mejor para hacer que se reponga». Pero muy pronto surgió el desencanto: el alejamiento, el precio de los transportes, la incertidumbre del crédito, la existencia de salidas más accesibles en Alemania y en Italia, acabaron por apartar a los negociantes franceses de Rusia. La pérdida definitiva de este mercado solo representaba pues un perjuicio insignificante y no justificaba, desde el punto de vista del comercio francés, la eventualidad de una guerra.

Napoleón, a pesar de las reticencias de los notables, quería esa guerra. Entraba a su parecer en el marco del conflicto anglo-francés; era la consecuencia lógica del Sistema Continental. ¿Hay que tomar en serio las confidencias realizadas por el Emperador a Narbonne y que este habría revelado más tarde a Villemain: «Esta larga ruta es la ruta de la India. Alejandro Magno había partido de tan lejos como Moscú para llegar al Ganges… Conocéis la misión del general Gardanne y la de Jaubert en Persia. No se descubrió nada del otro mundo, pero yo tengo el mapa y el estado de las poblaciones que es necesario atravesar para ir de Erivan y de Tiflis hasta las posesiones inglesas de la India… Suponed Moscú capturado, Rusia derribada, al zar reconciliado o muerto por algún complot palaciego, quizá un trono nuevo y dependiente… Y decidme si, para un gran ejército de franceses y auxiliares salidos de Tiflis, no hay acceso posible hasta el Ganges, que baste para dar una estocada francesa, para hacer caer en toda la India ese andamiaje de grandeza mercantil»? Si estas declaraciones son auténticas, ¿no intentaban engañar a Narbonne? ¿Era sincero Napoleón, o se dejaba embriagar por el ejército enorme reunido en 1812?

En 1811, se encargó al Depósito de la Guerra y, más concretamente, al gabinete topográfico que dirigía Bacler d’Albe, la elaboración de los mapas de la futura campaña. Se reunió material en La Fère, Metz, Maguncia, Wesel y Maastricht, para ser llevado a Dantzig. El Emperador creía en una guerra rápida. Habría comentado a Narbonne: «Los pueblos bárbaros son supersticiosos y tienen ideas simples. Un golpe terrible asestado en el corazón del Imperio, en Moscú la Grande, Moscú la Santa, me libraría en un momento de esa masa ciega y sin nervio». Contaba con que los siervos de Lituania se sublevarían contra sus señores al aproximarse la *Grande Armée* y que el rublo se desplomaría (para mayor seguridad, Napoleón hace acuñar falsa moneda). Sin embargo, se le dirigieron algunas advertencias. El capitán Leclerc, que había reunido una parte de la documentación necesaria para la elaboración de una estadística de Rusia, observaba, en enero de 1812, que «si el Emperador Napoleón hacía penetrar a su ejército en el interior de Rusia, sería aniquilado como el de Carlos XII lo fue en Poltava, o se vería obligado a una retirada precipitada». Y Leclerc

añadía: «Pienso que solo Rusia puede hacer la guerra en Rusia». Otras voces se elevaron a comienzos de 1812 contra el peligro de abrir un frente en el este cuando todavía no se había arreglado el asunto de España. Intérprete de los brumarianos, Talleyrand no disimulaba —antes incluso del «comienzo del fin»— su escepticismo.

La guerra estalló en junio de 1812. El zar había formado, con el apoyo de Inglaterra, una sexta coalición que apenas estaba formada por Rusia. Por primera vez, Francia disponía de una superioridad numérica aplastante. Napoleón podía contar, en principio, con Prusia y Austria. En realidad, Metternich había prodigado al zar todos los motivos de apaciguamiento necesarios. «¿Qué garantía me dais?», preguntó el embajador ruso. «El propio interés de la monarquía austríaca», respondió Metternich. El rey de Prusia escribía a Alejandro para asegurarle: «Si la guerra estalla, no haremos más daño que el que sea estrictamente necesario; siempre recordaremos que estamos unidos, que un día deberemos volver a ser aliados». A la espera, Austria y Prusia se apresuraron a suministrar un contingente al formidable ejército de seiscientos setenta y cinco mil hombres reunidos por Napoleón. Un ejército en que se encontraban tanto suizos como polacos, italianos, belgas, holandeses… en pocas palabras, toda la Europa sometida al Emperador.

El 17 de mayo, Napoleón estaba en Dresde. «Un parterre de reyes» se encontraba reunido allí. El fasto de las ceremonias que se desarrollaron ha sido descrito muchas veces. ¿Ha advertido alguien que, por primera vez antes de entrar en campaña, Napoleón no se presentó ya como jefe de la Revolución, sino como monarca que recibía a sus semejantes, el emperador de Austria o el rey de Prusia? Fue allí donde dejó escapar que la sucesión de los acontecimientos en Francia habría tomado otro curso si *su pobre tío* hubiese mostrado más firmeza. ¡El pobre tío era Luis XIV, de quien Napoleón, al casarse con María Luisa, se había convertido en sobrino por alianza! La burguesía revolucionaria debió de estremecerse.

Todo lo embriaga y lo convence de que se impondrá fácilmente sobre Rusia. El 1 de junio, desde Posen, escribió a María Luisa que, en tres meses, estaría a su lado. ¿Recuerdo de la Revolución? Los oficiales de servicio lo escuchan con sorpresa entonar a pleno pulmón, en Torn, *El canto de partida*:

Y de norte a sur, la trompeta guerrera
ha hecho sonar la hora de los combates.
Temblad, enemigos de Francia…

A orillas del Niemen, se le oirá tararear *Malbrough s’en vat’en guerre* [«Mambrú se fue a la guerra»]. Pocas veces habrá comenzado una campaña de tan buen humor. Rusia no le oponía, en efecto, más que cincuenta mil hombres repartidos en dos ejércitos bajo el mando de Barclay de Tolly y de Bagration. Pero un acontecimiento importante viene a oscurecer el horizonte: la paz firmada en Bucarest entre rusos y turcos. «Los ignorantes discípulos de Mahoma hicieron la paz en el momento en que podían reparar las consecuencias de un siglo de guerras desafortunadas», escribió

Jomini.

El desastre

Las tropas francesas atravesaron el Niemen en Kovno, el 24 de junio. Napoleón se lanzó sobre Vilna para separar a las fuerzas rusas: esperaba aniquilarlas a una después de la otra y luego firmar la paz. Pero solo se encontró con el vacío: los soldados rusos retrocedían ante el invasor, creando el desierto a su alrededor. Napoleón creyó atraparlos en Smolensk, el 17 de agosto, pero volvieron a escaparse.

En dos meses no se había librado ninguna batalla seria. Sin embargo, los efectivos de la *Grande Armée* no dejaban de disminuir: ciento cincuenta mil militares estaban ya fuera de combate, porque la enfermedad, las deserciones y la falta de víveres provocaban una hemorragia de cinco a seis mil hombres diarios. El descontento era grande entre los jefes. Davout se apoderó de Minsk, el 18 de julio, y podía cortar la retirada de Bagration si Jerónimo atacaba de frente. Pero este no hizo nada y, cuando Napoleón pretendió subordinarlo a Davout, abandonó el ejército. Según el testimonio del futuro obispo Butkevic, entonces en Lituania, los franceses parecían mal preparados: los dragones, convertidos en lanceros, habían tenido que cambiar sus fusiles por las lanzas que no sabían utilizar; «los caballos se encabritaban y los jinetes perdían los nervios»; asimismo, «la inexperiencia en la manera de herrar a los caballos de artillería para atravesar las estepas heladas del norte obligó al abandono de numerosos cañones». Para no disgustar a los franceses, Napoleón contaba únicamente con los recursos prusianos y polacos: hostilidad de los habitantes en Prusia, reservas en Polonia, malas carreteras, cosechas insuficientes, todo se mezclaba. Además, Napoleón no conseguía enganchar al adversario, mientras poco a poco iban disminuyendo sus efectivos agotados por las marchas demasiado rápidas y las etapas demasiado largas.

Era el triunfo de las ideas preconizadas por el conde Lieven y Clausewitz. Este último, pasado al servicio del zar, ¿no había asegurado al cuartel general ruso que Bonaparte debía perecer vencido por las dimensiones gigantescas de ese Imperio si Rusia sabía sacarle el partido que necesitaba, es decir, economizar sus fuerzas hasta el último momento y no negociar la paz bajo ningún pretexto? Recomendaba «evacuar todo el país hasta Smolensk y no comenzar la guerra de verdad más que en esa región».

Esa fue la versión que los rusos difundieron después de la campaña. El repliegue de sus fuerzas habría sido deliberado. En realidad, Clausewitz, en su relato de la campaña, mostró que el cuartel general solo aplicó accidentalmente la táctica de la tierra quemada. Si los generales retrocedieron, fue sobre todo por temor a enfrentarse a Napoleón y ser vencidos por él, y no por cálculo.

Pero ¿podía dejarse que se tomara Moscú, la ciudad santa, sin combate? El 18 de

agosto, Napoleón estaba en Smolensk. Al día siguiente, en la batalla de Valutina, Murat, Davout y Ney habían alcanzado a los rusos. Según el plan de Napoleón, Junot habría debido caer sobre su retaguardia, pero se negó a hacer ningún movimiento. Se había perdido la oportunidad de una batalla decisiva. A pesar de la fatiga de las tropas, Napoleón reanudó la persecución. «El peligro mismo nos empuja hacia Moscú». El viejo Kutusov se encargó de cortar el camino al invasor. Se estableció en el Moscova, al sur de Borodino. Al terminar una batalla encarnizada y terriblemente mortífera, Napoleón forzó el paso el 7 de septiembre. Tolstoi cantará más tarde *la victoria rusa de Borodino*. Sería más justo hablar del *éxito francés del Moscova*, ya que, el 14, la *Grande Armée* entraba en Moscú. Pero las pérdidas padecidas eran grandes. Además, un gigantesco incendio destruyó tres cuartas partes de la ciudad, volviéndola inhóspita. Finalmente, Alejandro se obstinaba en negarse a cualquier negociación.

Una vez más, Napoleón se topaba con la guerra nacional, la que mezcla patriotismo y fanatismo religioso, y arroja a todo un pueblo contra el invasor. La guerra concebida como una partida de ajedrez entre gente honorable dejaba paso a un conflicto donde se permitían todos los golpes, donde dejaban de respetarse las reglas.

Separado de su Imperio por la longitud de las comunicaciones —un mensajero necesitaba quince días para asegurar la relación Moscú-París—, cansado de esperar la buena voluntad de Alejandro, Napoleón, a pesar de las provisiones que le habrían permitido pasar el invierno en Moscú, daba a mediados de octubre la orden de retirada. El 19 de octubre, el ejército evacuaba la ciudad. Nada se habría perdido si Napoleón, a pesar de las importantes pérdidas ya sufridas, hubiera tomado una ruta diferente que la de la ida. Desdichadamente para él, Kutusov lo obligó, en la batalla de Maloiaroslavets, el 24 de octubre, a tomar el camino de Smolensk a través de una tierra devastada por los rusos primero y luego por el ejército francés en su marcha hacia Moscú. Sobre todo porque los soldados se habían cargado más de botines que de víveres. Al hambre se añadió el frío. Después de Smolensk, el termómetro cayó a – 20 °C, a – 30 °C incluso. Interminables noches sin fuego y sin luz. El día iluminaba a un largo cortejo de hombres envueltos en trapos de los pies a la cabeza (hacía tiempo que las botas habían cedido), arrastrándose por la nieve y dejando por el camino cadáveres, cañones y vehículos. Cualquier cosa era preferible que caer en manos de los cosacos de Platov, que hostigaban a la columna. En sus recuerdos, un oficial ruso, Boris Uxkull, cuenta que los *mujiks* [campesinos rusos] compraban prisioneros franceses para arrojarlos en un caldero de agua hirviendo o empalarlos. Cada hombre costaba dos rublos. La historiografía rusa insistió mucho en el papel de los guerrilleros, que le parecía más decisiva que el clima.

Aunque la fantasía haya amplificado la magnitud del desastre, las escenas contadas por los supervivientes no fueron inventadas. El paso del Beresina por dos puentes formados por maderos, que habían edificado los pontoneros de Eblé en el agua congelada, cobró un cariz dramático. Ségur describió

esa masa profunda, larga y confusa de hombres, caballos y carros asediando la estrecha entrada de los puentes a los que desbordaban. Los primeros, empujados por los que les seguían, repelidos por los guardias o detenidos por el río, eran aplastados, pisoteados o precipitados a los hielos que acarreaba el Beresina. De este inmenso y horrible tropel, se elevaba tan pronto un sordo murmullo como un gran clamor, mezclado de gemidos y espantosas imprecaciones.

La batalla del Beresina duró del 27 al 29 de noviembre. Cuando Eblé hizo volar los puentes, quedaban miles de rezagados en la otra orilla. Pero Napoleón había escapado al cerco y conservaba cincuenta mil combatientes. La retirada de Smorgoni a Vilna, a – 36 °C y sin vituallas, fue el golpe de gracia. Se dejaron veinte mil heridos, enfermos o desertores en Vilna.

El 16 de diciembre, tan solo dieciocho mil hombres habrían atravesado el Niemen; otros llegaron a su vez, en pequeños grupos, en los días que siguieron. Se evalúan las pérdidas totales en muertos, prisioneros o desertores, en trescientos ochenta mil soldados. Fue uno de los mayores desastres de la historia y su amplitud misma sirvió, en definitiva, a la leyenda de Napoleón.

La pérdida de Alemania

Napoleón había abandonado a su ejército el 5 de diciembre, hacia las diez de la noche, para volver precipitadamente a París, donde llegaría la noche del 18 al 19. Largo viaje sobre del que hemos sido perfectamente informados por Caulaincourt. El nuevo golpe de Estado fallido del general Malet, golpe de Estado que analizaremos en el capítulo siguiente, causó una profunda impresión en el ánimo del Emperador. Se confesó irritado por el olvido en que altos funcionarios como Frochot habían tenido al rey de Roma: «Los continuos cambios de gobierno desde la Revolución han acostumbrado demasiado a los hombres a ellos». Preveía la futura defección del Senado y proyectaba sustituirlo por una Cámara de los Pares, «pero con un espíritu verdaderamente nacional». Todas las notabilidades serían admitidas en ella. Consciente de las críticas que procedían de medios burgueses y que esperaba desarmar mediante la dignidad de par, finalmente se dedicó a justificar su gobierno ante Caulaincourt: «Me gusta el poder, se dice. Vaya, ¿alguien en los departamentos tiene motivos para quejarse? Nunca las cárceles han reunido menos prisioneros. ¿Se quejan de un prefecto sin obtener justicia? Primer Cónsul, Emperador, he sido el rey del pueblo; he gobernado para él, en su interés, sin dejarme desviar por los clamores o los intereses de alguna gente». ¿El pueblo? Napoleón se apresuró a puntualizar: «Digo el pueblo, es decir la nación, porque nunca favorecí a lo que mucha gente entendería con la palabra pueblo: la chusma. Tampoco favorecí a los grandes señores, porque si las pocas luces y la miseria de unos hace que estén siempre dispuestos al desorden, las pretensiones de los otros los vuelven igualmente peligrosos para la autoridad».

O dicho de otra manera: el gobierno napoleónico no buscaba otras bases sociales

que la burguesía. A esta última era importante ofrecerle una confianza que se tambaleó por el anuncio de la retirada contenida en el 29.º boletín. «Nuestros desastres —confesaba el Emperador a Caulaincourt— causarán una gran conmoción, pero mi llegada contrapesará sus nefastos efectos».

El 19 de diciembre declaró a Decrès y a Lacuée de Cessac: «La fortuna me ha deslumbrado. Estuve en Moscú, pensé que firmaría la paz. Me quedé allí mucho tiempo. Cometí una gran equivocación, pero tendré los medios para repararla».

Napoleón ya se ha puesto al trabajo. Las malas noticias no dejan de llegar. El general prusiano York, cuyo cuerpo formaba parte del ejército francés, se pasó a los rusos por la convención de Tauroggen, firmada el 31 de diciembre. Prusia oriental se sublevó contra la dominación francesa y el movimiento se extendió a Silesia y Brandeburgo. El 28 de febrero de 1813, bajo la presión de sus consejeros y del mundo estudiantil que vacía las universidades para enrolarse, Federico Guillermo firmó un tratado de alianza con el zar y lanzó «la guerra de liberación». «La guerra santa» que cantaban Arndt, Körner y Rückert. Sin embargo, con la rapidez que siempre lo caracterizó, Napoleón consiguió sacar de una Francia a la que se creía extenuada trescientos mil conscriptos de entre dieciocho y diecinueve años a quienes se instruirá mientras toman la ruta de Alemania. Se negaba, en efecto, a abandonar España, donde se encontraban movilizados doscientos cincuenta mil aguerridos soldados y una caballería bien entrenada que echará de menos en los momentos decisivos. Ya ante Caulaincourt, se obstinaba en aseverar: «La guerra de España no existe más que en las guerrillas». Y añadió: «Al proceder la oposición al nuevo orden de cosas de las clases inferiores, el tiempo y la acción de las clases superiores, dirigidas por un gobierno fuerte, prudente, apoyado por una gendarmería nacional y sostenido al mismo tiempo por cuerpos franceses, son los únicos que pueden calmar esta efervescencia. El odio se desgastará, cuando se vea que aportamos al país leyes más sabias, más liberales y mejor adaptadas a la época en que vivimos que las viejas costumbres y la Inquisición que rigen en esos países». Quizá intentara únicamente tranquilizarse. El error había sido enredarse en Rusia antes de haber resuelto el asunto de España. En 1813, ya era demasiado tarde. Los ingleses estaban en la Península y el Emperador ya no podía desguarnecer su frente meridional. Abandonar España, como sugirieron algunos de sus censores, habría sido locura. Todo el edificio imperial se habría desplomado. Después de todo, las cortes alemanas dudaban en alinearse al lado de Prusia y Rusia. La Confederación del Rin envió los contingentes que le reclamó el Emperador.

Únicamente la ofensiva, Napoleón no lo ignoraba, podía aún salvarlo todo. El plan establecido, tal como él lo expuso el 11 de marzo de 1813 en unas notas enviadas a Eugenio, que se había convertido, tras la partida de Murat, en comandante en jefe de la *Grande Armée* replegada en Leipzig, no era menos satisfactorio que el famoso dictado del campamento de Boulogne:

> Después de haber hecho todas las tentativas para dar a suponer que deseo dirigirme a Dresde y Silesia, mi intención será probablemente (a cubierto por las montañas de Turingia y del Elba) dirigirme a Havelberg y llegar a marchas forzadas a Stettin con trescientos mil hombres, y seguir la marcha del ejército sobre Danzig, adonde puedo llegar en quince días. Y el vigésimo día de movimiento, después de que el ejército haya atravesado el Elba, habríamos desbloqueado esa ciudad y seríamos dueños de Marienburg y de todos los puentes del Vístula. Eso en cuanto al orden ofensivo. Por lo que respecta al orden defensivo, como la meta principal es cubrir a la 32.º división militar, Hamburgo y el reino de Westfalia, todo eso forma el punto de Havelberg.

Napoleón había previsto emprender las operaciones en mayo. La campaña de Sajonia fue rápida y permitió al Emperador reconciliarse con la victoria: arrolló a Blücher y Wittgenstein, que mandaban las fuerzas pruso-rusas en Weissenfeld y Lützen (1 y 2 de mayo). Después de haberlos rechazado más allá del Elba, los persiguió y los derrotó de nuevo en Bautzen y en Wurschen (20 y 21 de mayo). A menudo se ha subrayado hasta qué punto la ausencia de caballería perjudicó a Napoleón: no pudo destruir al enemigo. Pero lo que constituía el elemento nuevo, que transformaba las batallas en carnicerías, fue el encarnizamiento de las fuerzas prusianas en los combates. «Esos animales han aprendido algo», reconocía el Emperador. El 14 de junio, se firmó en Pleswitz un armisticio de dos meses.

Napoleón no podía esperar, en efecto, una victoria decisiva, pero Prusia y Rusia, incluso unidas, eran incapaces de vencer a Francia. Austria se encontró así en posición de árbitro. ¿Serán más fuertes los vínculos matrimoniales que la vieja solidaridad de las coaliciones europeas? ¿Prevalecerá el odio a Prusia sobre el desprecio de la aristocracia? Sin pronunciarse, Metternich propuso su mediación. Pero, desde el comienzo de las negociaciones, dio a conocer sus condiciones para el retorno de la paz al continente: restitución de Prusia y, eventualmente, desaparición de la Confederación del Rin. Condiciones que, como se puede ver, no ponían en cuestión las fronteras naturales de Francia y habrían sido aceptadas por los notables. ¿Y Napoleón? La entrevista entre el Emperador y Metternich, el 26 de junio en Dresde, aun cuando el relato haya sido retocado por el diplomático austríaco, ilustra claramente la posición de debilidad en la que se encontraba el vencedor de Bautzen: «¿Qué es pues lo que se quiere de mí? —me dijo bruscamente Napoleón—. ¿Qué me deshonre? ¡Jamás! Podría morir, pero no cederé un palmo de territorio. Vuestros soberanos, nacidos en el trono, pueden dejarse vencer veinte veces y regresar siempre a sus capitales: yo no puedo, porque yo soy un soldado advenedizo. Mi dominación no sobrevivirá a partir del día en que haya dejado de ser fuerte y, por consiguiente, de ser temido». Error psicológico, en la medida en que Francia, cansada de la guerra, habría admitido la restitución de las provincias ilíricas y el abandono de la causa polaca. Error también, por parte de Napoleón, pensar, como le confesaba a Metternich, que Viena seguiría siendo neutral. No contaba con la presión de Inglaterra: solo los subsidios ingleses podían ayudar al gobierno austríaco a resolver la crisis financiera en la que se debatía. Las noticias procedentes de España confirmaban la caída de la dominación francesa en la Península y hacían doblar las

campanas por el poder napoleónico. El 27 de junio, Metternich suscribió con Rusia y Prusia el acuerdo, que permaneció entonces en secreto, de Reichenbach bajo la batuta inglesa: Viena debía entrar en guerra con Francia si esta no aceptaba las bases de paz propuestas por Metternich. El congreso se celebró en Praga a mediados de julio, trasladándose la fecha de expiración del armisticio al 10 de agosto: solo tuvo algunas sesiones. Austria ya había interrumpido su postura. El 12, entraba en la guerra. Los aliados ponían en marcha tres ejércitos: el del norte, bajo el mando de Bernadotte, que arrastraba a Suecia a la coalición, el de Silesia, con Blücher, y el ejército de Bohemia, comandado por Schwarzenberg.

Napoleón había previsto una triple ofensiva: en el norte, Davout contra Berlín; en el centro, Ney frente a Blücher; y él mismo, finalmente, lanzándose sobre Bohemia. Era dispersar sus fuerzas, era también confiar demasiado en la ofensiva de mariscales habituados a una obediencia pasiva a las órdenes del Emperador. Aunque Napoleón detuvo al ejército de Bohemia en la batalla de Dresde (26-28 de agosto), donde murió Moreau, las malas noticias se acumularon para los franceses: Vandamme fue derrotado en Kulm, Macdonald en Katzbach, Oudinot en Grossbeeren, al sur de Berlín, y Ney, finalmente, en Dennewitz. El 9 de septiembre, el tratado de Toeplitz sellaba la alianza austro-ruso-prusiana, mientras la caballería de Chernichev expulsaba a Jérôme de Cassel.

El 31 de agosto, Peyrusse oyó a Napoleón recitar estos versos de Voltaire:

Serví, mandé, vencí cuarenta años
el destino del mundo entre mis manos
y supe que en cada acontecimiento
la suerte de los Estados es solo un momento.

Replegado en Leipzig, el Emperador libra del 16 al 19 de octubre «la batalla de las Naciones»: trescientos veinte mil coaligados contra ciento sesenta mil franceses. Los primeros combates en Wachau, en el Partha y en Lindenau fueron victoriosos o inciertos. El 17, Napoleón sigue curiosamente inactivo. El 18, tercer día de la batalla, se produce un acontecimiento decisivo, la defección de los sajones bajo el mando de Reyner, seguida de la deserción de la caballería wurtemberguesa. «Hasta ese momento —anotaba el mayor Odeleben que se encontraba al lado del Emperador— había hecho gala de una calma perfecta, siempre igual a sí mismo. Ese revés no produjo ningún cambio en su compostura, aunque se observaron síntomas de desaliento en su cara». El 19, los aliados cercaban Leipzig. La explosión prematura del puente sobre el Elster puso en peligro la retirada de los franceses. Más de ochenta cañones y cientos de vehículos, las tropas de Macdonald, Lauriston y Reynier estaban todavía en la ciudad; Poniatowski se ahogó intentando atravesarlo. El boletín de la *Grande Armée*, fechado en Erfurt el 24 de octubre de 1813, anotaba:

> No podemos evaluar todavía las pérdidas ocasionadas por este desdichado acontecimiento, aunque aproximadamente podemos fijarlas en doce mil hombres y varios cientos de vehículos. Los desórdenes que

ha ocasionado al ejército han cambiado la situación de las cosas: el ejército francés victorioso llega a Erfurt como si llegara un ejército derrotado.

Al replegarse en Fráncfort, y luego en Maguncia, Napoleón tuvo que barrer al paso, el 30 de octubre, en Hanau, a los bávaros de Wrede que, a su vez, habían desertado. El tifus vino a añadir sus estragos a las pérdidas debidas a los combates y a una espantosa retirada bajo la lluvia.

El 9 de noviembre, Napoleón estaba en Saint-Cloud. Situación desastrosa: la Alemania napoleónica se desmoronaba. El reino de Westfalia ya no existía. Todos los miembros de la Confederación del Rin se apresuraron a desmarcarse y establecieron acuerdos con Austria. Montgelas, el principal ministro de Baviera, había dado la señal el 8 de octubre. El Rin mismo se encontraba amenazado. En su *Rheinische Merkur*, Goerres lo convertía en símbolo de la unidad alemana y englobaba en el *Volkstum* a Suiza que, repudiando a su mediador, proclamaba su neutralidad. El 29 de diciembre, una dieta de catorce cantones reunida en Zúrich había declarado la abolición del acta de 1803, y adoptado un concordato que debía servir como constitución provisional. En Ginebra, los contrarios a Francia, los Lullin, Pictet de Rochemont y Saladin, restablecieron la república y solicitaron su unión a la Confederación.

La pérdida de Holanda

En Holanda, la transformación del reino en departamentos franceses no había suscitado ninguna resistencia: «Una cierta emoción reinaba entre la población —anotaba Dumonceau en sus *Memorias*—. Se charlaba mucho, pero no por ello dejaban de estar calmos y resignados». Se esperaba una recuperación de las actividades comerciales tras la supresión de las barreras aduaneras. Se contaba con desgravaciones fiscales gracias a la sustitución de las contribuciones holandesas por los impuestos franceses, mucho menos gravosos. Se creía que la dominación política sería ligera bajo Lebrun, duque de Piacenza, encargado de reorganizar la administración holandesa. La decepción, sin embargo, fue muy grande: la llegada de Lebrun a Ámsterdam vino acompañada de un refuerzo del sistema aduanero holandés bajo la autoridad ahora de un director francés; se establecieron tribunales especiales para luchar contra el contrabando; y gigantescas «hogueras» de mercancías acabaron por irritar a la población. En abril de 1811, estallaron motines, severamente reprimidos por Réal. El particularismo provincial y los odios religiosos habían dividido Holanda: el odio a Francia favoreció su unidad. La retirada de Rusia y luego la explosión nacional en Alemania estimularon la oposición. Al anuncio de la derrota de Leipzig, el director de la policía, Devilliers du Terrage, confesaba que «los habitantes del país están persuadidos de que pronto dejarán de pertenecer a Francia». El 15 de noviembre, el general Molitor, ante la cercanía de las tropas aliadas, tuvo

que abandonar Ámsterdam para dirigirse a la orilla izquierda del Yssel. Su partida dio la señal para la sublevación nacional. El 16, Lebrun tenía que huir. El 17, se constituyó un gobierno provisional, mientras las tropas francesas abandonaban Holanda. El príncipe de Orange, con el apoyo inglés, desembarcaba el 30 de noviembre. Hacía mucho tiempo que Hamburgo se había perdido por las idénticas razones, señaladas por Puymaigre en sus *Memorias*:

> La unión de las provincias hanseáticas a Francia fue una cruel irrisión. Se acreditaba a los habitantes como franceses y, como tales, estaban sometidos a todas nuestras cargas. Por otro lado, seguían siendo extranjeros, para que se pudiera empeorar su suerte con nuevas vejaciones. No era necesario llegar a tanto para llevar a una población a la desesperación. Sin embargo, tal era la fuerza de las ilusiones con que Bonaparte había fascinado nuestros ojos que nos extrañábamos de que los hamburgueses no fuesen celosos súbditos del Emperador.

El fin del reino de Italia

Las consecuencias de las derrotas napoleónicas alcanzaron naturalmente al reino de Italia. En las últimas campañas, las pérdidas habían sido gravosas para los italianos: de veintisiete mil hombres enrolados por el virrey Eugenio para Rusia, regresó oficialmente con solo ciento dos soldados y ciento veintiún oficiales. Veinticinco mil hombres desaparecieron en la campaña de Alemania. Tropas que faltarían cuando hubo que asegurar la defensa de un reino profundamente desmoralizado:

> *Oh mísero de aquel que muere en guerra*
> *no por defender su patria…*
> *Sino por enemigos de otro pueblo,*
> *por otra gente…*

cantaba Leopardi.

A las amenazas de invasión austríaca se añadía un nuevo peligro procedente del sur. Excedido por los incesantes, y a veces injustos, reproches que le dirigía públicamente su cuñado, preocupado por conservar su trono napolitano, y que soñaba con realizar la unificación italiana en su provecho, Murat se enredó en imprudentes negociaciones con Austria. Por su lado, obligado a concentrar la mayor parte de sus tropas en Alemania, Metternich tenía necesidad de un aliado en Italia: se tomó pues contacto, con la bendición de Inglaterra. No fue, sin embargo, sino después del desastre de Leipzig cuando el rey de Nápoles se decidió: contribuiría a echar a los franceses de la península italiana, pero no intervendría en Francia; entretanto, se autorizaba a que se introdujeran de nuevo las mercancías inglesas en el reino.

Desde comienzos de octubre, Iliria estaba perdida para Eugenio. Los austríacos, ayudados por una sublevación en el Tirol y la alianza bávara, atravesaron los Alpes. Los franceses tenían que retirarse al Tagliamento y luego al Piave. Por su lado, las

tropas napolitanas marchaban hacia el norte. Elisa abandonó Florencia el 1 de febrero de 1814. Murat se apoderaría sin combate de la Toscana, aunque se vería obligado a relajar a continuación su empresa. La situación era insostenible para Eugenio. El 17 de abril de 1814 tenía que renunciar a la lucha. El comandante en jefe austríaco Bellegarde ya había anunciado, el 3 de febrero de 1814, el restablecimiento de los antiguos gobiernos. El propio Napoleón, para poner en un aprieto a Murat, que ambicionaba los Estados Pontificios, liberaba al papa, el 21 de enero, con orden de trasladarlo a Roma. Murat, a su vez, ya no estaba seguro de conservar su trono. La dominación francesa sobre Italia se había acabado.

Las derrotas en España

Hacía mucho tiempo ya que el destino de José en España estaba sentenciado. Inglaterra había sentido la necesidad de un absceso de fijación en el continente: Bélgica o España. El fracaso de Walcheren, en 1809, incitó al gobierno británico a consagrarse a la Península. Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, recibió la misión, no sin reticencias, de instalarse en Portugal, pegado al mar donde la flota garantizaba su abastecimiento, y de realizar incursiones cada año contra Madrid para desgastar a los franceses. Las rivalidades de los mariscales, su incapacidad —con excepción de Suchet en Cataluña— para granjearse las simpatías locales, la insuficiencia de los efectivos dejados por Napoleón a su disposición y las pérdidas cada vez más elevadas (Lapisse muerto en Talavera en 1809, Senarmont ante Cádiz en 1810, Lagrange herido de gravedad en Tudela en 1808, Colbert muerto en 1809) favorecieron los propósitos de Wellesley, que venció a Victor y a Jourdan, en desacuerdo, en Talavera el 27 de julio de 1809, y recibía, por ese éxito, el título de vizconde de Wellington.

Pronto José no fue en Madrid más que un rey fantoche que recibía sus órdenes de París y estaba sometido a un mentor en la persona de Soult. Por otra parte, Masséna fue invitado para desalojar a Wellington. Le tendió una trampa haciendo que Ney rodease Ciudad Rodrigo, donde se encontraba encerrado el último ejército regular español. Wellington no se movió. Tomada Ciudad Rodrigo, Masséna emprendió la ofensiva contra Lisboa, pero se topó con la táctica portuguesa de «la tierra quemada» y luego con las líneas fortificadas de Torres Vedras. «El hijo querido de la victoria» se atascó hasta marzo de 1811. Napoleón había ordenado a Soult que abandonase Sevilla para ayudar a Masséna. Pero Soult se demoró en Badajoz y luego retornó a Andalucía. Masséna tuvo que batirse en retirada, una retirada que habría tenido éxito si Wellington no hubiera sorprendido a los franceses en Fuentes de Onoro, el 4 de mayo.

Napoleón llamó de España a la joven guardia, debilitando así el frente sur en provecho del ejército de Rusia. Limitaba lo fundamental de su estrategia en la

Península a la protección del eje Madrid-Bayona y ofrecía incluso a los ingleses la evacuación de España, cuya integridad sería garantizada por una dinastía cuyo origen no explicitaba. Oferta rechazada. Wellington reanudó la ofensiva, arrollando al ejército de Marmont cerca de Salamanca. Entró en Madrid, abandonada por José, pero amenazado por una conjunción de fuerzas de Clausel, que había sucedido a Marmont en el norte, de Soult procedente del sur, y de Souchet, establecido en Valencia, tuvo que salir corriendo de la capital, escapando por poco, y gracias a las desavenencias entre los mariscales franceses, al cerco. Nueva gran ofensiva en 1813 contra las tropas francesas replegadas detrás del Ebro en un barullo indescriptible, en que funcionarios civiles, amantes de generales y vehículos cargados de botín se mezclaban con los combatientes. El 21 de junio de 1813, en Vitoria, Wellington atacó el centro y el ala izquierda del dispositivo francés: poco le faltó a José para ser apresado, mientras los soldados retrocedían hacia la frontera abandonando cañones, armas y demás impedimenta. Únicamente Suchet aguantó todavía algún tiempo en Cataluña. Napoleón retiró todo mando a su hermano y nombró a Soult teniente general en España. Recuperó así una energía de la que parecía desprovisto en papeles subalternos: el duque de Dalmacia retomaba la ofensiva, pero era detenido en Pamplona. El 8 de octubre, Wellington atravesaba el Bidasoa. Extrayendo un poco tarde la lección de esas derrotas, Napoleón enviaba a mediados de noviembre a Laforest a Valençay, donde estaba retenido Fernando VII, con una carta así redactada: «Las circunstancias actuales de la política de mi Imperio me llevan a desear el fin de los asuntos de España. Inglaterra fomenta allí la anarquía, el jacobinismo y la aniquilación de la monarquía y la nobleza para implantar una república». El orden dinástico que existía en España antes de 1808 sería restablecido, los ejércitos franceses evacuarían la Península y se intercambiarían los prisioneros de los dos bandos. El tratado firmado entraría en vigor cuando los ingleses hubieran evacuado España. Fernando VII, pasado el primer momento de sorpresa, no podía hacer otra cosa que aceptar. La restauración de los Borbones era un hecho.

La ruina de las colonias

Dueña de los mares, Inglaterra había por lo demás arrebatado a Francia y a sus aliados todas sus colonias, incluso antes de las primeras derrotas continentales de Napoleón. Santa Lucía, Tobago y San Pedro y Miquelón habían caído desde la reanudación de las hostilidades. En la Martinica, Villaret-Joyeuse capitulaba en febrero de 1809; Guadalupe sucumbía al año siguiente. Guyana fue atacada por una escuadra inglesa y ocupada. Senegal conoció la misma suerte. En 1810, ya no le quedaban a Francia posesiones coloniales ni en América ni en África. En el océano índico, Isla Rodríguez era capturada en 1809; la Îsla de France, adonde Surcouf había montado una última expedición en 1807 en el *Revenant*, caía a su vez. Las Seychelles

sucumbieron en 1811. Java, que se volvió colonia francesa en julio de 1810 como consecuencia de la anexión de Holanda, fue pronto objeto de ataques ingleses y capitulaba el 13 de septiembre de 1811 después de seis semanas de combates.

Un artículo del *Moniteur* sacaba consecuencias inesperadas de esta desaparición de la Francia de ultramar: «La ocupación de nuestras pequeñas colonias era fatal, pero los vínculos sentimentales que las unían a la metrópolis se estrecharán y su orgullo se exaltará bajo la dominación de un enemigo que solo sabe humillar a aquellos que caen bajo su poder».

En cuanto a las colonias españolas (Perú, México, Argentina…), al destronar a los Borbones, Napoleón las había abierto a los ingleses. En 1806, cuando el almirante Popham, que se había apoderado desde enero del cabo de Buena Esperanza, territorio holandés, había querido atacar Buenos Aires, un francés, Jacques de Liniers, había repelido, con apoyo de la población, el ataque británico. Pero, después de la intervención francesa en España, los colonos, organizados en cabildos, se negaron a reconocer a José, llamaron a Londres en su ayuda y fusilaron a Liniers. Los ingleses ya eran casi dueños de Brasil, donde una escuadra había transportado, en 1808, a la familia reinante de Braganza que huía de Junot. En contrapartida, se concedieron aranceles muy ventajosos a los negociantes británicos. La América española ofrecía un mercado no menos vasto, con la complicidad involuntaria de Napoleón. Pero el movimiento insurreccional, desencadenado imprudentemente, se apoderaría, de abril a julio de 1810, de Caracas, Buenos Aires, Santa Fe de Bogotá y Santiago de Chile, bajo el impulso de jefes enérgicos, el mexicano Hidalgo, el venezolano Miranda, que había sido general de la República francesa en 1792, Bolívar, de quien se decía que había asistido a la coronación de Napoleón, San Martín y muchos otros.

De ese modo, todos los aliados de Napoleón en el continente habían perdido sus colonias. Se olvida con demasiada frecuencia: la aventura imperial tuvo consecuencias planetarias. De Java a Caracas, tocando incluso a Australia con la expedición de Baudin bajo el Consulado, cambió tanto el destino de mundos extraeuropeos como el de la vieja Europa.

Debates abiertos

¿Cuáles fueron las causas exactas de la derrota de Napoleón en Rusia? El Emperador apuntó a las condiciones atmosféricas. Los historiadores rusos sostuvieron que la lucha de los guerrilleros fue determinante. En su ensayo *Est-ce le gel qui a détruit l'armée française en 1812?*, Davydov critica los testimonios franceses, como el de Chambray (*Histoire de l'Expédition de Russie,* 1823). Confunden dos momentos diferentes de la retirada: de Moscú a Beresina, y de Beresina al Niemen. Durante el primer período, de veinticinco días, solo hubo tres días de hielo, y, sin embargo, los franceses perdieron entonces sesenta y cinco mil

hombres. ¿Cómo invocar únicamente al invierno? En Eylau o en España, las condiciones no eran menos duras. Fue solo en el segundo período cuando hubo veintidós días de hielo continuado. Para los rusos (y no es necesario invocar a Tolstoi y Borodino) la derrota francesa fue preparada por Kutusov al cortar a la *Grande Armée* la ruta de Smolensk; y se precipitó después de los combates de Tarutino (6 de octubre), Malojarski (12 de octubre) y Krasno (6 de noviembre), por la unión de los tres ejércitos procedentes de Moscú, Finlandia y Moldavia.

¿Se pueden cifrar las pérdidas francesas? Las evaluaciones de Martinien solo conciernen a los oficiales; la lista de los dieciséis mil militares franceses o al servicio de Francia hechos prisioneros de guerra de 1810 a 1814 y que murieron en Rusia, Polonia y Alemania, tal como ha establecido Mehliss en 1826, es poco fiable. El desacuerdo es ya grande sobre el número de soldados que entraron en Rusia: 517.000 según las evaluaciones de M. Bergerot en su tesis inédita sobre Daru, a partir del encargado Robert; Marbot dice 325.900, entre los cuales 155.400 franceses y 170.500 aliados (pero es poco creíble); con Ségur se alcanzan 444.700 soldados; el *Memorial* dirá 400.000, entre los cuales 140.000 francófonos. La pérdida de los papeles de la Intendencia en la «quema de Orcha» (20 de noviembre) y en el paso del Beresina, no ayuda. Hay que tener en cuenta a los prisioneros, los muertos por agotamiento en Alemania (Lariboisière, Éblé). Solo se pueden avanzar las cifras concernientes a ciertos cuerpos: la media se sitúa entonces entre el 50 por 100 y el 40 por 100 para los oficiales, el 80 por 100 y el 90 por 100 para los soldados.

Una leyenda destruida: T. Sauvel («Le décret de Moscou mérite-t-il son nom?», *Revue historique Droit français et étranger*, julio de 1975, pp. 436-440) demuestra que el célebre decreto que organizó la Comédie Française no fue firmado en Moscú ni durante la retirada, sino al regreso en París. Se fechó en Moscú con una finalidad propagandística, para «salvar la cara» y tranquilizar a la opinión pública sobre la magnitud del desastre.

¿Qué parte tuvo el incendio de Moscú en el desastre final? No decidió la retirada de Rusia, pero no obstante puso en apuros la situación de los franceses (D. Olivier, *L'Incendie de Moscou*, 1964). Aunque lo haya negado y acusado a los franceses, Rostopchine tiene una gran responsabilidad en este incendio, parte del cual fue probablemente accidental (Ségur, *Rostopchine*, 1873; La Füye, «Rostopchine et Koutousov», *Revue des Questions historiques*, 1936). ¿Cuáles fueron las razones del retorno de Napoleón y las etapas de este retorno? Jacques Jourquin reunió todos los elementos de respuesta en «La Cabalgada Fantástica», en *Historia*, de enero de 1984.

La actitud de Metternich en 1813 fue juzgada de modo variado. Bibl, *Metternich der Dämon Osterreich's* (1936), aporta un retrato muy hostil, dado que Bibl pertenece a la escuela liberal, y dirige al diplomático apreciaciones más severas que los historiadores franceses (Sorel, *Essais d'Histoire et de Critique*, 1883; M. Paléologue, *Romantisme et Diplomatie*, 1924; Bertier de Sauvigny, *Metternich et son Temps*, 1959). H. von Srbik es más favorable (*Metternich, der Staatsman und der Mensch*,

1925), y, de hecho, un déspota ilustrado del Siglo de las Luces. H. Kissinger, en *Le Chemin de la Paix* (trad. fr. 1972), introdujo, en el análisis de la política de Metternich, un elemento a menudo descuidado: «la legitimidad». Los capítulos IV a VII de su libro están entre los más luminosos que se hayan consagrado a la diplomacia austríaca. Pero el peso de Inglaterra en la formación de la sexta coalición no puede ser subestimado (Ch. Webster, *The foreign policy of Castlereagh*, t. I, 1931, y Buckland, *Metternich and the British Government*, 1932, que insiste en la situación financiera difícil de Austria). Buena elaboración en Krache, *Metternich's german policy* (t. I; 1963).

Entre los plenipotenciarios de Rusia en 1813, señalemos al emigrado francés Anstelt, que se volvió ferozmente francófobo (Chuquet, *Études d'histoire*, IV).

Napoleón no se desinteresó de la Marina, como se escribió demasiado apresuradamente. La organizó en prefecturas, militarizó (la conscripción suplía las carencias de la inscripción marítima), reconstruyó (como pone de manifiesto el desarrollo del arsenal de Amberes o la expansión de Cherburgo), y rejuveneció sus mandos (Baudin, Hamelin, Duperré, Roussin). «Luis XIV solo tenía Brest —afirmó el 24 de marzo de 1811—; yo tengo todas las costas de Europa. Dentro de cuatro años tendré mi marina». Entretanto, la superioridad de la Royal Navy siguió siendo inapelable. Permitió a Gran Bretaña salvar el obstáculo del bloqueo manteniendo abiertos los estrechos daneses (1678 navíos alcanzaron Gotemburgo en 1810), estar presente en Lisboa, en Gibraltar, en las Baleares, en Cerdeña y en Sicilia, controlar la ruta marítima de las Indias por El Cabo, establecer contactos con los sultanatos que custodian la entrada del mar Rojo (compensando así el fracaso de 1807 en Egipto frente a Mehemet Ali), concentrar, en fin, por mediación de la Compañía de las Indias Orientales, desde entonces sin rival, el comercio con China. ¿Fue esta superioridad naval la que finalmente le permitió a Inglaterra triunfar? Mahan (*Influence of sea power upon French Revolution and Empire*, 1892) veía en el dominio de los mares la clave de la victoria inglesa; la misma opinión en Horward, «British Seapower and his influence upon the peninsular war» (*Naval war College Review*, 1978); F. Crouzet, al contrario, en *Napoléon et l'Empire* de J. Mistler (1968), muestra que esta superioridad naval no sirvió de nada en la guerra continental, salvo en España; el apoyo marítimo inglés en el Adriático no prestó ningún auxilio a Austria durante la quinta coalición, los desembarcos de Nápoles en 1805, de Walcheren en 1809, así como de Maida en 1806, fracasaron; en fin, el mantenimiento de una flota para bloquear las costas franceses costaba muy caro. Inglaterra, según F. Crouzet, no habría podido triunfar sin el desastre de Rusia. En cuanto a la guerra anglo-americana (T. Roosevelt, *The naval war of 1812*, 1882), si perjudicó a Gran Bretaña, no tuvo ninguna incidencia seria en el conflicto con Francia. Sin embargo, la Royal Navy protegió Sicilia de las tentativas de desembarco de Murat mejor que la corte de María Carolina y la aristocracia siciliana un tanto degenerada (véase la villa Palagonia derivada de Bomarzo), que estaba dispuesta a traicionar a los ingleses

(véase la misión de Amitia mencionada por Napoleón en Santa Elena: María Carolina había ofrecido ordenar matar a los británicos a cambio de que Napoleón los mantuviera en Sicilia).

Fue con las derrotas como se descubrieron las debilidades de la estrategia napoleónica: desconocimiento del clima (mientras que la topografía era perfectamente conocida), insuficiencia de la caballería para explorar el terreno (de ahí los errores de apreciación tanto en Jena como en Marengo), mala transmisión de las órdenes y ausencia de iniciativa de los subordinados.

Capítulo 23

La caída

> Veo con un sentimiento de pena las disposiciones de mis compatriotas en las grandes circunstancias por las que atravesamos. Se necesitaría una determinación acentuada para el restablecimiento de la antigua dinastía o, al menos, un interés común al que se vinculasen todos los espíritus. Pero no se encuentra un sentimiento ni una idea que pueda servir como polo de adhesión. El odio que inspira un gobierno tiránico y usurpador ha sido más o menos experimentado por todo el mundo, pero sigue cediendo, en la mayoría, al interés que pone cada cual en conservar su propia tranquilidad individual o su propia existencia presente, bajo un régimen que nos asegure esa posición. Uno se cansa, se temen nuevas revoluciones, se carece de entusiasmo para la conservación de los propios derechos, para el retorno de los descendientes de Enrique IV. Hasta tal punto están ausentes estos principios de acción que se censura a los extranjeros por no mandar por la fuerza de las armas el restablecimiento a cuyo favor el temor u otras pequeñas pasiones impiden a los franceses pronunciarse bien alto.

Pocas veces los sentimientos contradictorios de los notables, durante la crisis de 1814, se habrán traducido tan bien como por Maine de Biran en su *Diario íntimo*.

Desde 1808, la burguesía deseaba quitarse de encima un salvador que se había convertido en algo un tanto molesto, pero retrocedía ante la perspectiva de un cambio que podía amenazar sus intereses. La ingratitud estaba atemperada por la cobardía. Fueron las derrotas de Napoleón ante los aliados las que le proporcionaron la ocasión esperada después de seis años. Los notables no fueron capaces de derrocar ellos mismos al Emperador. Necesitaron una ayuda exterior. ¿Se volvería a encontrar con el rey esa legitimidad perdida en 1789? ¡Ay! Se puso muy pronto de manifiesto para los observadores más lúcidos, un Fiévée por ejemplo, que, al aceptar vincular su restauración a la invasión de Francia, Luis XVIII tal vez había cometido un error y comprometido a largo plazo las posibilidades de los Borbones, mientras se preparaba en la inmediatez el retorno de aquel que, a los ojos del pueblo, había sabido oponerse a la Europa coaligada.

El caso Malet

El complot del general Malet había mostrado la fragilidad del poder imperial. En la noche del 22 al 23 de octubre de 1812, el antiguo general, internado primero en Vincennes, y luego en la clínica Dubuisson después de su tentativa de 1808, se presentó, flanqueado por dos comparsas, Boutreux y Rateau, en el cuartel Popincourt. Allí anunció al comandante Soulier, medio dormido, la muerte del Emperador y la formación de un gobierno provisional. A continuación, se desplazó a la prisión de la Force para liberar allí a dos generales, Lahorie, antiguo jefe de estado mayor de Moreau, y Guidal, comprometido en una conspiración que reunía a los realistas y los republicanos del sur. A sus órdenes, Lahorie procedió al arresto del ministro de Policía General Savary y del prefecto de policía Pasquier. El prefecto del Sena Frochot ya preparaba una sala en el Ayuntamiento para recibir allí al nuevo gobierno, y todo habría sido un éxito si Hullin, comandante de la división militar, no hubiera opuesto alguna resistencia a Malet. Juzgados el 28 de octubre, los tres generales y sus principales cómplices eran fusilados el día 29. Durante mucho tiempo se insistió, a

partir de las autoridades oficiales, en el carácter extravagante del complot. Pero no es menos cierto que la famosa policía imperial había dado pruebas de su impericia dejando que arrestaran a sus jefes sin muchas dificultades, y que los soldados que habían obedecido, de buena fe, a las órdenes de Malet, habían puesto más entusiasmo que tristeza. ¿Quién se ocultaba detrás de Malet? ¿Talleyrand y Fouché? Es poco probable. ¿Los notables? Seguramente no. Al parecer, se trataba de un acercamiento, ya iniciado en el sur, entre realistas, en este caso los Caballeros de la Fe (al menos estos mantuvieron mucha prudencia), y un puñado de republicanos impenitentes. Es lo que Villèle, en sus *Memorias*, ha explicado muy bien: «Los realistas y los republicanos se habrían puesto de acuerdo para combinar sus esfuerzos hasta la convocatoria de asambleas primarias que, una vez derrocado Bonaparte, debían pronunciarse soberanamente entre el restablecimiento de la República y la restauración de Luis XVIII». Sin el apoyo de los notables, el proyecto parecía un tanto irrealista, pero como señala Fiévée: «Si este movimiento se hubiera prolongado un poco, se hubieran encontrado hombres prudentes que guiaran a estos locos». Ante el olvido del rey de Roma tanto por los altos funcionarios como por los simples soldados, Napoleón reaccionó suprimiendo las órdenes de servicio que delegaban, en ausencia del jefe, la presidencia de los diferentes consejos a Cambacérès, y, mediante un senadoconsulto del 5 de febrero de 1813, establecía la regencia a favor de María Luisa asistida por un consejo compuesto por príncipes de sangre y grandes dignatarios. La sesión del Cuerpo Legislativo, del 14 de febrero al 25 de marzo de 1813, estuvo todavía más vacía que las precedentes. Cuando Napoleón partió para Alemania, la situación interior era grave en el plano económico y social, el descontento crecía, estallaron motines en Cosne y en varias ciudades contra los derechos reunidos [impuestos indirectos], pero no se observó ninguna manifestación política seria. La burguesía no se atrevía aún a pronunciarse abiertamente.

La ruptura

El 14 de noviembre de 1813, Napoleón estaba de regreso en las Tullerías. Por segunda vez, volvía derrotado. Pretendía galvanizar las energías y despertar la opinión pública dando un brillo especial a la sesión del Cuerpo Legislativo. La maniobra era clara: era importante ganarse a los notables. Mediante el senadoconsulto del 15 de noviembre de 1813, el Emperador decidió que el Senado y el Consejo de Estado asistirían en cuerpos a las sesiones de la Cámara. Pero estropeó esta escena de seducción interviniendo en la designación del presidente del Cuerpo Legislativo. Nombró a Régnier, aunque no era diputado, sino un ministro fatigado a quien Molé sustituiría en Justicia, mientras Caulaincourt sustituiría a Maret en Asuntos Exteriores y Daru a Lacuée en la Administración de la guerra, donde el mismo Lacuée había sucedido a Dejean en 1810 en ese sector fundamental de los

engranajes gubernamentales.

Por su lado, los aliados que se dispusieron a invadir el territorio francés, se lanzaron también a una empresa de seducción. El 4 de diciembre, publicaron un manifiesto: «Las potencias aliadas no hacen en absoluto la guerra a Francia, sino a esta preponderancia que, para desdicha de Europa y de Francia, el Emperador Napoleón ha ejercido durante mucho tiempo fuera de los límites de nuestro imperio». Francia tiene aseguradas sus fronteras naturales, Rin, Alpes y Pirineos. Es inesperado, si no sincero. Los notables no permanecieron indiferentes a este llamamiento.

Fue por tanto en una atmósfera tensa como se abrió la sesión del Cuerpo Legislativo, el 19 de diciembre de 1813.

Para mostrar su buena fe frente a las propuestas de los aliados, Napoleón se ofreció a entregar a los senadores y a los diputados todos los documentos concernientes a las negociaciones en curso. Dos comisiones, una de cinco senadores y la otra de cinco diputados, fueron elegidas por las asambleas para examinarlos. En el Senado, no hubo ningún problema, pero no fue lo mismo en el Cuerpo Legislativo. Los diputados electos procedían de departamentos castigados por el bloqueo: Lainé era diputado de Burdeos, Gallois de Bocas del Ródano, Raynouard de Var, y los otros dos eran también meridionales, Flaugergues del Aveyron y Maine de Biran de la Dordoña. Aprovecharon la ocasión que se les ofrecía para dar a conocer el descontento de sus electores. En su informe, Lainé concluyó que el enemigo no pretendía destruir a Francia, sino «encerrarnos en los límites de nuestro territorio y refrenar el impulso y la actividad ambiciosa, tan nefasta después de veinte años para todos los pueblos de Europa». El Emperador solo debía continuar «la guerra por la independencia del pueblo francés y la integridad de su territorio». Para fomentar el ardor nacional, estaba invitado a «mantener la íntegra y constante ejecución de las leyes que garantizaran a los franceses los derechos de la libertad, la seguridad y la propiedad, y a la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos». Esta carta de los notables fue adoptada por 229 sufragios contra 31 sufragios. La advertencia era clara, pero Napoleón se negó a escucharla. A pesar de los consejos de moderación de Cambacérès, prohibió la impresión del informe y aplazó el Cuerpo Legislativo. Conmoción en el país, como confiesa el propio Savary. A los diputados presentes durante la recepción del 1 de enero de 1814, el Emperador les dirigió una enérgica amonestación. Amenazó con cambiar de bando en el plano social, de aliarse con «el cuarto estado» y de despertar en Francia los viejos demonios revolucionarios: «¿Qué es el trono? Cuatro pedazos de madera dorada, revestidos por un trozo de terciopelo. El trono está en la nación, y no se puede separar de ella sin producirle un perjuicio, porque la nación tiene más necesidad de mí que yo de ella. ¡Qué sería de ella sin guía y sin jefe!… ¿Queréis acaso imitar a la Asamblea Constituyente e iniciar una revolución? Pero yo no me pareceré al rey que existía entonces… Preferiría ser parte del pueblo soberano que ser un rey esclavo… ¡Regresad a vuestros departamentos!».

Napoleón ¿tuvo acaso la tentación de ponerse las botas de la Revolución?

¿Pretendía resucitar el espíritu de 1793? Envió a veintitrés senadores o consejeros de Estado a los departamentos para apresurar el movimiento de la conscripción y organizar las guardias nacionales reactivadas por el decreto del 26 de diciembre. Stendhal contó en su diario su asistencia a Saint-Vallier en Grenoble. De hecho, el quid no estaba ahí. Los representantes en misión eran viejos: los más jóvenes —Montesquiou y Pontécoulant— tenían cincuenta años; los más viejos —Canclaux— ¡ochenta y cuatro años! A veces eran incluso realistas de corazón (Sémonville). El país, salvo en las regiones fronterizas, estaba cansado de la guerra. Napoleón no lo ignoraba y dio instrucciones a los comisarios: «Anunciad a nuestros departamentos que voy a firmar la paz, que les pido únicamente los medios para expulsar al enemigo fuera del territorio, que llamo a los franceses en auxilio de los franceses».

La conscripción había sido moderada hasta 1808. De 1798 a 1807, 985.000 hombres habían sido reclutados, o sea la trigésimo sexta parte de la población. Las exenciones y los reemplazos fueron numerosos. Pero, a partir de septiembre de 1808, las demandas de hombres se volvieron cada vez más agobiantes: un «buen número» o la compra de un reemplazo ya no garantizaban el futuro. En el mes de abril de 1809, el Emperador solicitó al Senado treinta mil hombres nuevos sobre el contingente de 1810 y extracciones sobre las quintas de 1806, 1807, 1808 y 1809. Luego, se volvió a solicitar un nuevo contingente de treinta mil hombres. Agricol Perdiguer contó en sus *Memorias de un camarada* cómo su hermano mayor, aunque había sido reemplazado por un mozo de cuerda de Aviñón, fue obligado a pesar de todo a partir hacia España. Después de la tregua de 1810 y 1811, se adelanta, en 1812, la fecha de llamada de la conscripción, que solo debía hacerse el 1 de enero de 1813. En 1813, cuando había sido llamada toda la conscripción, se reclutaron trescientos cincuenta mil hombres, de los que cien mil eran de 1809, 1810, 1811 y 1812. En el curso de abril, nuevo llamamiento a filas: ciento ochenta mil hombres fueron puestos a disposición del ministro de la Guerra. El 24 de agosto, ante el giro que tomaban los acontecimientos en España, el Emperador obtuvo treinta mil hombres reclutados en las quintas de 1814, 1813, 1812 y anteriores, en los departamentos meridionales. En octubre de 1813, se movilizaron ciento sesenta mil hombres de la conscripción de 1815, aunque los hombres casados estaban exentos. Nueva petición en noviembre, en tanto que Napoleón ya no quiere contingentes aliados. «Estamos en un momento en que no debemos confiar en ningún extranjero».

Así nació la leyenda del «Ogro». Se organizó la resistencia a la conscripción. Según Stanislas de Girardin, prefecto del Sena Inferior, se veían en los consejos de reclutamiento

> jóvenes que se habían arrancado todos los dientes para librarse del servicio, otros llegaron a cariarlos casi todos empleando ácidos o mascando incienso. Algunos se hicieron llagas en los brazos y en las piernas mediante aplicación de vesicatorios y, para hacer que estas llagas se volvieran por decirlo así incurables, las vendaban con agua impregnada en arsénico. Muchos se hincharon para producirse hernias de hiato, otros se aplicaron en las partes genitales cáusticos violentos.

Bandas de insumisos recorrían los campos, creando un clima de inseguridad. Esta resistencia adquirió incluso un cariz político en Nord, bajo la guía de Fruchard. Los insumisos gozaban del estímulo de los curas y la complicidad de los habitantes, que los ocultaban y los alimentaban.

Ya no era la época en que el padre de Agricol Perdiguer, después de haber amonestado a su hijo mayor, que había desertado, lo devolvió al ejército. Los prefectos mismos, un La Tour du Pin en Somme, un Barante en Loira, informaban a los insumisos de las columnas dirigidas contra ellos. En febrero de 1814, había en Tarn ¡1028 insumisos o desertores de 1600 llamados!

El peso de los impuestos, soportable durante mucho tiempo, se volvió cada vez más agobiante, mientras que las remuneraciones de los funcionarios habían disminuido el 25 por 100. Ante el desastre financiero que acompañaba las derrotas, Napoleón tuvo que echar mano de recursos extremos. El odio que había suscitado el restablecimiento de los derechos reunidos se vio amplificado por las requisas y por el añadido de treinta céntimos adicionales a los impuestos. En 1814, se doblaron las patentes así como las otras contribuciones, pero ya nadie pagaba.

Finalmente, el territorio nacional fue invadido por primera vez desde 1792, y Francia descubrió de pronto los horrores de la guerra: hasta ese momento, solo había conocido los hechos gloriosos a través de los boletines de la *Grande Armée*.

Todo el mundo estaba afectado: la economía parecía fuertemente sacudida por la pérdida de los mercados exteriores y los manufactureros situados en las fronteras, como Lieja por ejemplo. Desapareció la confianza, como pone de manifiesto el desplome de la renta. «Las opiniones se guían por el movimiento del comercio», confesaba el prefecto de Rin y Mosela. Se derrumbaron los sueños de hegemonía económica de la burguesía. La superioridad técnica e industrial de Inglaterra era ya innegable. Las victorias continentales no sirvieron para nada, por eso la continuación de la guerra parecía inútil. Aún más, su continuación imponía un dirigismo estatal que, aunque ligero después de todo, no parecía por ello menos insoportable. Los notables se vieron duramente perjudicados por el senadoconsulto del 3 de abril de 1813, que ordenaba el reclutamiento de cien mil guardias de honor elegidos entre los hijos de las familias nobles y ricas del Imperio, y que debían armarse y equiparse por su cuenta. Quienes tenían razones justificadas para librarse del servicio fueron obligados a pagar una fuerte tasa. Hubo quienes lucharon con valor bajo Pully, Lepic o Defrance; pero otros, en Tours por ejemplo, llegaron a contemplar incluso la sublevación. El malestar se extendió a los mandos del ejército, irritados por las repentinas promociones de nobles alistados. Un viejo republicano como el general Michaud se desahoga así en una carta familiar de 1813: «Los servicios prestados se tienen en tan poca cosa que solo de mala gana puede uno, me parece, atreverse a hacerlos valer. Estaría menos apenado si simplemente se me hubiera olvidado».

¿Podían las pocas medidas adoptadas por el gobierno reportarle un nuevo período de popularidad? La puesta en venta de una parte de los bienes municipales tenía

como objetivo conseguir ingresos para el Estado, pero también satisfacer el apetito de tierras de los campesinos. Fue un fracaso, porque la desastrosa coyuntura económica apenas les había dejado disponibilidades financieras. Se multiplicaron las licencias de comercio, pero demasiado tarde para evitar algunas quiebras estrepitosas.

Con excepción de los campos del norte y del este de Francia, y de algunas personalidades como Carnot en Amberes, Davout en Hamburgo o Lecourbe en Belfort, los invasores no encontraron más que inercia e incluso complacencia.

El Emperador descubrió una vez más, en una situación comparable con la de Luis XIV al final de su reinado, su carencia de legitimidad. Los nobles, antes bonapartistas, lo abandonaron por el verdadero soberano: una solución a la que se van adhiriendo progresivamente los notables nostálgicos de la constitución de 1791. A pesar de algunos sobresaltos patrióticos en las regiones invadidas, el pueblo dio prueba de apatía, si no de hostilidad, hacia el Emperador. Este debía vencer o morir. Fue este contexto el que le dio a la campaña de Francia su carácter conmovedor.

La campaña de Francia

Tres ejércitos aliados pasaron el Rin a finales de 1813: Bernadotte marchó en seguida sobre Bélgica; Blücher y Schwarzenberg (este último ejército con el zar, el emperador de Austria y el rey de Prusia) se lanzaron sobre París, después de unirse en el Aube. A doscientos cincuenta mil hombres, Napoleón apenas podía oponer cuarenta mil conscriptos. Dejó que Soult detuviera el avance de Wellington en el sur, para solucionar lo más urgente. ¿Qué valor tenía el ejército del que disponía Napoleón? Los talleres de vestuario de Burdeos, Toulouse, Nîmes y Montpellier habían suministrado en cantidad insuficiente los capotes necesarios; solo se disponía de novecientos sillines, cuando se necesitaban cinco mil; las raciones de pan, de carne y de aguardiente eran escasas, y los hospitales militares se vieron pronto saturados. «Estoy un poco preocupado por la paga», confiaba Napoleón a Mollien el 7 de enero. El armamento, finalmente, dejaba que desear, a pesar de una producción de doscientos cuarenta mil fusiles en 1813.

Napoleón, tras haber contenido a Blücher en Brienne, tuvo que enfrentarse de nuevo con el prusiano reforzado por el austríaco Schwarzenberg en La Rothière, el 1 de febrero de 1814. Fue derrotado.

Afortunadamente para Napoleón, Blücher y Schwarzenberg cometieron entonces el error de separarse para vivir más holgadamente de lo que daba el campo enemigo. Blücher tomó la ruta del Marne y del Petit Morin, mientras que Schwarzenberg tomaba la del Aube y el Sena. Era ofrecer una presa demasiado fácil a Napoleón que, yendo de un lado a otro, consiguió detener a Blücher en Champaubert, el 10 de febrero, y luego asestarle golpes muy duros en Montmirail, Château-Thierry y Vauchamps. Volviéndose contra Schwarzenberg, que amenazaba Fontainebleau, le

venció en Montereau, el 18 de febrero, y lo repelió hasta el otro lado del Aube. Siete combates en ocho días, todos ganados, los aliados devueltos a sus posiciones y profundamente desmoralizados, incluso divididos, ¿iba a sonreír de nuevo la victoria a Napoleón? Fue el zar, asistido por Pozzo di Borgo, el antiguo rival de Bonaparte en Córcega, quien insufló a los coaligados un nuevo espíritu y estrechó sus lazos con el pacto de Chaumont, el 1 de marzo. Prusia, Austria, Inglaterra y Rusia se comprometieron a no concertar en absoluto la paz por separado y a mantener ciento cincuenta mil hombres movilizados hasta la derrota definitiva de Napoleón.

Se reanudó la ofensiva. Derrotado en Craonne, el 7 de marzo, Blücher se parapetó en la mota de Laon, de donde no pudo desalojarlo Napoleón. Entre otras cosas porque tuvo que desplazarse a la altura de Schwarzenberg, que había reanudado su avance, aunque, víctima de su inferioridad numérica, no pudo contener al austríaco en Arcis-sur-Aube, el 20 de marzo. Concibió entonces el proyecto de cortar las líneas de abastecimiento de los aliados marchando sobre Saint-Dizier, en lugar de continuar defendiendo París. Los aliados iban a caer en la trampa y comenzaban a retroceder hacia Metz cuando fueron interceptadas las cartas expedidas desde París a Napoleón: aludían a un fuerte partido realista en la capital. Alejandro, aconsejado por Pozzo di Borgo, siempre él, hizo reanudar la marcha sobre París. Demasiado audaz, el plan de Napoleón había fracasado.

El 29 de marzo, los aliados llegaban ante la ciudad; el 30, se entabló la batalla. Ya el 28, el antiguo rey de España, José, había propuesto al Consejo de Regencia abandonar la capital, de acuerdo con las instrucciones que había dirigido al Emperador, desde Nogent, a comienzos de febrero. Al día siguiente, la emperatriz y el rey de Roma salían de París. Solo quedaban allí el prefecto del Sena, Chabrol, y el prefecto de policía Pasquier… así como Talleyrand, que, con un juego de prestidigitación, consiguió no unirse con la regencia en Blois y se vio así con el campo libre.

Desmoralizado y carente de fortificaciones, muy hostil hacia Napoleón, salvo los arrabales obreros, y temiendo la suerte de Moscú, París apenas ofreció resistencia. La Guardia Nacional y los dos cuerpos de Marmont y de Mortier encargados de su defensa libraron por honor algunos combates en las alturas de Belleville y de Charonne, y luego en la barrera de Clichy, donde mandaba Moncey. Pero la superioridad numérica del enemigo era demasiado grande. La ciudad capitulaba el 30 por la noche. Las tropas aliadas, precedidas por el zar y el rey de Prusia, entraban en París el 31. Lyon había caído sin gran resistencia el 21 de marzo. Desde el 12 de marzo, Burdeos, por iniciativa de su alcalde, Lynch, enarbolaba la bandera blanca, y el conde d’Artois estaba en Nancy. Rochechouart había intentado inclinar Troyes hacia el campo realista. Soult retrocedía a Toulouse sin estar muy seguro del tipo de sentimientos que albergaban sus habitantes, agitados por los Caballeros de la Fe. Los agentes realistas, y más concretamente Semallé, Vitrolles y Gain-Montagnac multiplicaban sus misiones, lo que no dejaba de tener peligro, porque nadie

garantizaba que los coaligados no pudieran llegar a un acuerdo con el *Tirano*. La partida decisiva debía jugarse en París. Gain-Montagnac lo confirmaba: «Si París se declara a favor del rey, las provincias le seguirán. Están bastante bien preparadas para seguir el impulso de la capital, pero no lo suficiente para darlo». Y Schwarzenberg: «En las circunstancias actuales, es a París a quien le corresponde acelerar la paz del mundo… Una vez se pronuncie, el ejército que está ante sus muros se convertirá en el sostén de sus decisiones. Parisinos, conocéis la situación de vuestra patria, el comportamiento de Burdeos… En ese ejemplo encontraréis el término de la guerra».

La abdicación

Talleyrand había comprendido bien que la partida decisiva se jugaría en París. Podía contar con el prefecto de policía, Pasquier, y con una mayoría de senadores.

Desde la entrada de los aliados en París, tuvieron lugar manifestaciones realistas. Canler pretende que la policía no fue ajena a ellas, pero su testimonio es sospechoso. Talleyrand contaba con el Senado; el golpe fatal asestado al régimen imperial llegó en realidad del consejo general del Sena, asamblea despreciada por Napoleón, que paralizó los presupuestos de París sin preocuparse de sus advertencias. El consejo se vengó. El 1 de abril, uno de sus miembros, el abogado Bellart, hacía votar una proclamación, con trece votos sobre catorce votantes y un total real de veintiún consejeros. Esta proclamación fue ampliamente difundida el 2. En ella se leía:

> ¡Habitantes de París! Vuestros magistrados serían traidores hacia vosotros y hacia la patria si, por viles consideraciones personales, reprimieran más tiempo la voz de su conciencia. Ella les grita que todos los males que os abruman se los debéis a un solo hombre. Es él quien, cada año, mediante la conscripción, diezma nuestras familias. Es él quien, en lugar de los cuatrocientos millones que Francia pagaba bajo nuestros buenos y antiguos reyes para ser libre, nos ha sobrecargado con más de mil quinientos millones de impuestos a los que amenaza con añadir más. Es él quien nos ha cerrado los mares de los dos Mundos, quien ha secado las fuentes de la industria nacional, quien ha arrancado a los cultivadores de nuestros campos y a los obreros de nuestras manufacturas… ¿Acaso no es él quien, al temer por encima de todo la verdad, ha echado injuriosamente, ante los ojos de Europa, a nuestros legisladores, porque una vez intentaron decirle con tantos miramientos como dignidad…?

A continuación de estos considerandos, el consejo declaraba: «que renunciaba formalmente a toda obediencia hacia Napoleón Bonaparte; expresaba el más ardiente deseo para que el gobierno monárquico fuera restablecido en la persona de Luis XVIII y de sus sucesores legítimos». M. Fleury ha hecho observar muy justamente que fueron los burgueses del consejo (Lebau, Bellart, Barthélemy, Delaitre) quienes encabezaron el combate, y no la antigua aristocracia. Talleyrand consideró prematura la tentativa e hizo prohibir toda publicidad en *Le Moniteur*. Deseaba la deposición, pero la quería solemne. El 1 de abril, había hecho que el Senado votase la formación de un gobierno provisional formado por dos agentes de Luis XVIII, Dalberg y el abad de Montesquiou, y dos partidarios de Talleyrand, Jaucourt y Beurnonville. Talleyrand

asumía su presidencia. El 3 de abril, el Senado franqueaba el paso: pronunció la deposición de Napoleón, culpable «por haber violado su juramento y atentado contra el derecho de los pueblos reclutando hombres y recaudando impuestos contrariamente a nuestras constituciones». La burguesía notificó su destitución al «salvador».

¿Y Napoleón? Apresuradamente de regreso, después del fracaso de su maniobra, se encontraba en Juvisy, en el albergue de la Cour-de-France, a dos horas de París, cuando tuvo noticia de la caída de la capital. Se retiró entonces a Fontainebleau. Nada se había perdido todavía. ¿Acaso no disponía de sesenta mil hombres, algunos de los cuales, al pasar revista el 3, gritaban: «¡A París!»? ¿No podía esperar que finalmente Austria interviniera a su favor en consideración a María Luisa? Fueron los mariscales, Ney, Berthier y Lefebvre quienes le hicieron renunciar al negarse a reanudar el combate. Su presión, sobre todo la de Ney, forzó al Emperador a abdicar en el rey de Roma el 4 de abril: «un Brumario al revés», se dijo, no sin exageración. Caulaincourt, Ney y Macdonald partieron hacia París para negociar allí con el zar. Alejandro dudaba; temía una reanudación de los combates. Tal vez habría aceptado una regencia del rey de Roma si el anuncio de la retirada del cuerpo de ejército del general Souham, cuya responsabilidad se hizo recaer en Malmont, no le hubiera llevado a pensar, con razón por lo demás en lo que incumbía a sus jefes, que el ejército distaba mucho de apoyar unánimemente a Napoleón. Exigió una abdicación incondicional, que garantizaba al vencido la soberanía de la isla de Elba. Napoleón se resignó el 6 a esta abdicación. Pero, al aclamarle los soldados durante el desfile del día 7, intentó echarse atrás en su decisión; aún el 11, le escribió a Caulaincourt que no hiciera uso del acta firmada. La tendencia suicida se despertaba en él: una tentación, el día 8; una tentativa en la noche del 12 al 13, según el testimonio de Caulaincourt. Firmado el tratado de Fontainebleau, tratado que le garantizaba la posesión de la isla de Elba y una pensión de dos millones que el gobierno francés le abonaría anualmente, Napoleón se resignó, el 20 de abril, a partir, después de la famosa escena de los *Adioses* en la corte del castillo de Fontainebleau.

Luis XVIII

El 6 de abril, el Senado había llamado a Luis XVIII. Nadie deseaba a un nuevo «salvador» en la persona de Bernadotte; la regencia de María Luisa habría permitido a Napoleón arreglar indirectamente sus cuentas con quienes lo habían abandonado; el duque de Orleans no era el verdadero pretendiente; para él, tan solo Luis XVIII tenía la legitimidad. Pero los senadores pretendían no regresar sino a 1791, de ninguna manera a 1789. Se restablecería la monarquía, desde luego, pero en cualquier caso sería constitucional. Una comisión senatorial se encargó de preparar un proyecto. Barbé-Marbois, Destutt de Tracy, Emmery y Lambrechts formaron parte de ella,

junto con el antiguo cónsul Lebrun. La referencia a 1791 era explícita en la nueva constitución presentada al gobierno provisional. Se «llamaba libremente al trono» a Luis XVIII, y el texto constitucional se sometía «a la aceptación del pueblo». Los ministros serían responsables ante las cámaras, y se garantizaban las libertades. Esta constitución, de ninguna manera desprovista de méritos, fundaba una monarquía parlamentaria a la inglesa. Pero Luis XVIII, en nombre de la legitimidad, ¿podía aceptar tales condiciones? Sobre todo en la medida en que los senadores, esos termidorianos que se habían mantenido en 1795 mediante el decreto de los Dos Tercios, y luego, después de Brumario, poblaron las asambleas del Consulado, declaraban que formarían todos parte del nuevo Senado previsto en su proyecto. ¡Los beneficiarios de la Revolución y del régimen imperial se negaban a desaparecer! Desacreditados ya por la proclamación de deposición de Napoleón, en la que acopiaron contra el Emperador multitud de abusos de poder que no obstante ellos habían aprobado, como también la propia omnipotencia imperial, acababan así de arruinar su crédito y el de su constitución de cara a la opinión pública. Los defensores de la legitimidad, los Barruel, los Maistre y los Bonald, podían disparar con mayor facilidad sus dardos envenenados contra el proyecto constitucional. ¡Barruel veía incluso en él «una invención del infierno»!

¿Qué iba a hacer Luis XVIII? Llegado a Compiègne el 29 de abril, dio a conocer sus ideas, el 2 de mayo, por medio de la declaración de Saint-Cloud, redactada por sus principales consejeros, como Blacas: soberanía del rey y no del pueblo, redacción de una nueva constitución donde se garantizarían las libertades fundamentales y la representación nacional, la votación del impuesto y la igualdad ante la ley. De ese modo se eliminaba toda forma de absolutismo, pero se negaba una soberanía popular incompatible con la idea de legitimidad. De esta declaración surgió, el 4 de junio, la Carta, obra de fervientes realistas como Dambray, Ferrand y Montesquiou, y de termidorianos a semejanza de Boissy d’Anglas, uno de los redactores junto con Lanjuinais de la constitución de 1795.

Carta y no constitución, fechada en el decimonono año del reinado de Luis XVIII (partiendo de la muerte de Luis XVII en el Temple) y concedida por el rey, pero esos motivos de irritación para los liberales pesaban poco en comparación con las concesiones: la Carta garantizaba la libre admisión de todo el mundo a todos los empleos, la libertad de conciencia y la igualdad ante el impuesto, la venta de los bienes nacionales, en pocas palabras, todas las conquistas de la Asamblea Constituyente. Para tranquilizar a los rentistas, reconocía todos los compromisos financieros de los gobiernos precedentes. Para el rey, el poder ejecutivo, y el poder legislativo para las dos cámaras, la de los diputados, elegida cada cinco años por sufragio censitario y que el rey tenía el derecho de disolver, y la de los pares, que el soberano podía nombrar en número ilimitado.

La Carta de 1814 era, como han subrayado todos los especialistas, «mucho más liberal» que las constituciones del año VIII, el año X y el año XII, y «más

razonablemente práctica» que la de 1791. ¿Iba Francia a recuperar el equilibrio político perdido en 1789? Se hubiera entonces ahorrado varias revoluciones y nuevos salvadores. Por desgracia, derribado Napoleón, se discutieron las condiciones de paz con Europa. Por el tratado de París del 30 de mayo, Francia volvió a sus fronteras de 1792. De sus conquistas revolucionarias, solo conservó Savoya, Aviñón y Montbéliard. Bélgica era anexionada a Holanda, y Venecia y Lombardía restituidas a Austria. En cuanto a los demás territorios, su suerte debía decidirse en un congreso que debería celebrarse en Viena. Se restituyeron numerosas plazas fuertes de Alemania, Italia y Bélgica, especialmente Amberes y Hamburgo, con un armamento importante. El orgullo de los franceses quedó herido. En esta cesión, consentida en realidad por Talleyrand, se vio «la propina de los Borbones a los aliados», y en la pérdida de las conquistas, la condición de la restauración monárquica. Se estableció una comparación entre Napoleón, defensor de la Francia invadida, y Luis XVIII, soberano «traído en los furgones del extranjero». La legitimidad fue su víctima. Las torpezas de los antiguos emigrados hicieron el resto. Se acabó por añorar a Napoleón. Francia había perdido la oportunidad de recuperar su estabilidad política.

Debates abiertos

¿Cuáles fueron las causas principales de la restauración de los Borbones? Desde luego no el *De Buonaparte et des Bourbons* de Chateaubriand, a pesar de lo que mantiene el autor. Aunque anunciado el 31 de marzo, este panfleto no apareció hasta el 4 de abril, cuando la suerte estaba echada (véase H. Guillemin, *L'Homme des Mémoires d'outre-tombe*, 1964). Todavía menos el *De l'esprit de conquête et de l'usurpation dans leurs rapports avec la civilisation européenne*, escrito quizá por Benjamin Constant para defender la candidatura de Bernadotte y publicado el 30 de enero de 1814. Su repercusión fue entonces grande en Europa, pero nula en Francia (véase Constant, *Oeuvres*, ed. Roulin, Bibl. Pléiade, 1957). ¿Hay que hacer intervenir la traición de Marmont [duque de Ragusa], que se llamará «la *ragusada*»? Este, en sus *Memorias* ha hecho recaer la responsabilidad del poco afortunado movimiento del cuerpo de Souham en sus subalternos. Procedimiento poco elegante. Napoleón lo deja por los suelos en el *Memorial*, pero encontró un biógrafo indulgente en Saint-Marc (1957). No podemos negar sin embargo sus negociaciones con Schwarzenberg y el efecto de la defección de Souham en la idea del zar. Ya en 1857, Laurent de l'Ardèche emprendía una refutación de las *Memorias* de Marmont.

Era difícil de juzgar la acción de los diferentes agentes realistas antes de la publicación de la tesis de Bertier de Sauvigny sobre *Ferdinand de Bertier et l'Énigme de la Congrégation* (1948). Tiende a reducir el papel de Vitrolles (este exageró algo su actuación en sus *Memorias*) y subraya, en cambio, la parte que jugaron los Caballeros de la Fe en los acontecimientos del 12 de marzo en Burdeos o del 12 de

abril en Toulouse. En su biografía de *Désiré Monnier* (1974), R. Fonville señala el papel de los Caballeros de Cy en el Franco Condado bajo la dirección del marqués de Champagne, alcalde de Lons-le-Saulnier. En cuanto a los Filadelfos de Oudet, muerto en Wagram, es difícil confiar en Nodier, su «inventor».

¿Y el estado anímico de la población? Las informaciones reunidas son contradictorias. Léase F. Rude, en Lyon se asiste a un «Réveil du patriotisme révolutionnaire dans la région Rhône-Alpes en 1814» (*Cahiers d'Histoire*, 1971, pp. 433-455), aunque numerosas memorias de licenciatura dirigidas en la Universidad de París IV o en la IV sección de la École Pratique des Hautes Études dan una visión muy diferente. En Caen, el duque de Berry fue recibido con entusiasmo. Si algunos soldados, procedentes de Bergerac, intentaron algunas manifestaciones antirrealistas en Agen, cuando fue conocida, el 17 de abril, la noticia del restablecimiento de la monarquía, el prefecto Villeneuve-Bargemont anota en su *Diario*: «Es imposible describir la alegría que se manifestó en todas partes». El consejo general de Alto Loira aseguraba: «La bravura y la generosidad de los soberanos coaligados han roto por fin el yugo bajo el que gemíamos en silencio, yugo que nos dedicamos a volver insoportable en este departamento». Pero la razón de este entusiasmo se debía, en Altos Alpes, a la esperanza de ver desaparecer los «derechos reunidos» que habían suscitado violentos motines en Manosque. Idéntico entusiasmo e idéntica desilusión a continuación en Creuse, si damos crédito a un informe de Semonville. En las Landas, el conde de Angosse daba la clave de la alegría popular: «Un sentimiento domina por encima de todo, es el deseo de paz, la necesidad de reposo».

Un detalle puntual: la tentativa de suicidio de Napoleón en Fontainebleau, sobre la cual los testimonios de Constant, Marchand, Fain y Caulaincourt son contradictorios. El doctor Hillemand («Napoléon a-t-il tenté de se suicider à Fontainebleau?», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1971, pp. 70-78) no está lejos de pensar que se trataría de una absorción excesiva, pero accidental, de opio destinada a calmar los dolores abdominales. Luego, Napoleón habría dramatizado el accidente en sus confidencias a Caulaincourt.

¿Inspiró Talleyrand una tentativa de asesinato de Napoleón por el aventurero Maubreuil, en abril de 1814? F. Masson (*L'Affaire Maubreuil*, 1907) lo pensaba. M. Garçon (*La Tumultueuse Existence de Maubreuil*, 1954) atribuye la responsabilidad directa del proyecto a Roux-Laborie, hombre de confianza del príncipe de Benevento. Este habría a continuación intentado echar tierra al asunto a pesar del encarnizamiento de Maubreuil.

A pesar del heroísmo de Daumesnil (H. de Clairval, *Daumesnil*, 1970) y las cualidades de Moncey (biografía por el duque de Conegliano, 1901) y de Mortier (Moreel, *Le maréchal Mortier*, 1957) la defensa de París era difícil a falta de fortificaciones y a causa de la desmoralización de la población. La traición solo fue accesoria. Dessolle no tuvo ningún problema para mantener el orden, con la guardia nacional, en la capital, y después de «la deposición» de Napoleón.

Rousselot, *Napoléon à Bordeaux* (1909), muestra bien que la defección del puerto no se explica solo por el bloqueo, sino por las requisas y el paso de las tropas hacia España. Los civiles sufrieron allí directamente la guerra.

Capítulo 24

1815: La última elección

En la ruta del exilio, detrás del coche que llevaba a Luis XVIII hacia Gante, el 20 de marzo de 1815, cabalgaban Vigny y Lamartine; Géricault no estaba lejos; Chateaubriand llevaba retraso. Los realistas no pudieron impedir el retorno de Napoleón. La Legitimidad se va, seguida por los futuros románticos, el pasado y el futuro así mezclados en una retirada poco gloriosa, pero que no dejará de fascinar a los escritores, de Chateaubriand a Louis Aragon o Anouilh.

El movimiento que lleva a Napoleón hacia París es, en primer lugar, el de los obreros y campesinos, el ejército no se adherirá más que a continuación al Emperador y, por lo que respecta a sus cuadros superiores, de un modo incompleto. Fue el despertar, en provincias, del «cuarto estado» lo que facilitó la marcha de Napoleón hacia la capital. En los campos, el miedo a un restablecimiento de los derechos feudales, y en las ciudades, la extensión del paro, echaron, con más certeza que todas las intrigas políticas, al proletariado rural y urbano hacia quien ya había salvado la Revolución y garantizado sus conquistas sociales. Los notables permanecieron silenciosos, tranquilizados al ver desaparecer una monarquía demasiado favorable a la vieja aristocracia, pero inquietos por la reaparición de un hombre que simbolizaba la reanudación de la guerra con Europa.

De nuevo, como durante su retorno de Egipto, Napoleón se encontraba ante una elección. Si las negociaciones con Luis XVIII estaban excluidas, podía sin embargo renovar los lazos con la burguesía, haciéndole concesiones políticas y presentándose como el escudo de sus intereses frente a las intervenciones extranjeras. Pero, fuerte por el respaldo popular, podía también orientar la Revolución por la vía interrumpida con la caída de los *enragés* en 1794. A pesar del cansancio del país y después del abandono de la burguesía en 1814, ¿no residía la salvación acaso en esta última solución?

La isla de Elba

El tratado de Fontainebleau había concedido a Napoleón la soberanía de la isla de Elba, que el senadoconsulto del 26 de agosto de 1802 había entonces unido a Francia y que había sido incorporada en 1809 al gobierno general de los departamentos de Toscana. En 1802, Lachevardière había publicado en los *Anales de Estadística* un interesante estudio sobre la economía de la isla. Insistía muy especialmente en la riqueza minera (plomo y hierro) y en la importancia de sus puertos.

> La posición de la isla entre las costas meridionales de la República francesa y Sicilia confiere mucho interés, para el comercio francés, a la ocupación de uno de sus puertos, al menos, ya sea como lugar de descanso, ya como lugar de depósito de numerosos artículos de las Dos Sicilias y del Levante. El comercio llevó a pobladores menos importantes a un grado muy alto de prosperidad. Bajo los auspicios de un gobierno poderoso, podría dar a esta isla un esplendor que no ha conocido hasta el presente.

Ese era el nuevo territorio del que Napoleón tomó posesión el 4 de mayo de 1814.

Pronto reorganizaba su administración, que ponía bajo la autoridad de un intendente (Balbi), un gobernador (Drout) y un tesorero (Peyrusse). Se reformaron las aduanas, el registro y los hospitales, se elevaron fortificaciones y se plantaron viñas. Napoleón emprendió la construcción de un teatro. Prodigiosa actividad: con toda la fuerza de la edad, Napoleón no es todavía el obeso disminuido de Santa Elena. Es cierto que es soberano de la isla de Elba; en Santa Elena ya no será más que un prisionero.

Instalado en el palacio de los Mulini, donde había llamado a la Señora Madre y a Paulina, recibía numerosos visitantes, ingleses la mayoría, a quienes invitaba a su mesa. Aparentemente había optado por acabar sus días en la isla. En realidad, esta actitud disimulaba una actividad secreta: ¿no estaba acaso en relación permanente con el continente gracias a las correspondencias clandestinas de sus agentes? No ignoraba nada del estado de Francia y del descontento provocado por la política de los Borbones. El ejército murmuraba por los licenciamientos obligados para el retorno a la paz, y se irritaba por las reincorporaciones y las promociones reservadas únicamente a los oficiales de Condé. Los campesinos que habían adquirido bienes nacionales eran el blanco en algunas regiones de las manifestaciones de hostilidad de los antiguos propietarios. El viejo espíritu volteriano de la burguesía se despertaba ante la multiplicación de procesiones públicas y de ceremonias religiosas. «¿No se ven —contaba Désiré Monnier— cortesanos comulgar tres veces por la mañana, en altares diferentes, para no escapar a la mirada de la señora Delfina?». Finalmente, los productos ingleses manufacturados que entraban libremente después de la supresión del Bloqueo Continental mandaban a los obreros al paro. A pesar de los esfuerzos de Luis XVIII, dos Francias, la de la bandera blanca y la de la bandera tricolor, se enfrentaban. En su *Memoria para el Rey*, que obtuvo mucho éxito, Carnot, popularizado por su heroica defensa de Amberes, fustigaba al entorno de Luis XVIII:

> Si deseáis presentaros en la Corte con distinción, cuidaos de decir que sois uno de esos veinticinco millones de ciudadanos que defendieron su patria con algún coraje contra la invasión de los enemigos, porque os contestarán que esos pretendidos ciudadanos son todos unos revoltosos, y que esos pretendidos enemigos siempre fueron amigos.

El bonapartismo sacó provecho del descontento: generales (Exelmans, Lefebvre-Desnoettes) conspiraron con el apoyo de Fouché; *Le Nain Jaune*, hoja satírica especialmente virulenta, se atrevió a elogiar al Emperador desposeído, transmitiendo consignas procedentes de los salones del duque de Bassano y de la reina Hortensia. Entonces, ¿cómo no iba Napoleón a sentir la tentación de regresar al continente?

Otras razones lo incitaban a ello: María Luisa y el rey de Roma no habían ido a reunirse con él; la emperatriz estaba amartelada con Neipperg, a quien Metternich había arrojado en sus brazos, y Francisco I retenía a su lado a su nieto; el dinero comenzaba a escasear; el artículo 3 del tratado de Fontainebleau había previsto que se abonaría a Napoleón una renta anual de dos millones, pero el gabinete de las Tullerías hacía oídos sordos. Rumores inquietantes llegaban de Viena: Talleyrand y

Castlereagh estaban preparando allí la deportación de Napoleón a una isla más alejada, Santa Lucía, se decía. De no ser posible, se contemplaba la opción de asesinar al Emperador: un antiguo chuan, Bruslart, habría sido nombrado al mando de Córcega con esa intención.

Hacia el 12 de febrero, el antiguo subprefecto de Reims, Fleury de Chaboulon, conseguía llegar a la isla y revelaba a Napoleón las intrigas de los bonapartistas y los sentimientos del ejército. Estas informaciones decidieron al Emperador a precipitar su partida.

El 26 de febrero, después de diez meses de exilio, Napoleón abandonó la isla de Elba a bordo del *Inconstant*. No disponía más que de un puñado de hombres, setecientos soldados, para reconquistar su Imperio. Jomini denunció la temeridad de semejante empresa, y es lícito preguntarse por la existencia de una «emboscada» organizada por Austria e Inglaterra para quitarse de encima mejor a Napoleón y librar definitivamente a Europa de él. La inactividad de los ingleses, sin duda avisados de la partida del Emperador, es en efecto desconcertante y el propio Napoleón pretendió entonces haberse beneficiado de la complicidad de Austria. En realidad, sus adversarios no tenían necesidad del pretexto del retorno del Emperador a Francia para tomar la decisión de deportarlo a otra isla. A fin de cuentas, dejarlo ir, con un hombre como Napoleón, era correr un riesgo enorme. Más lógico es invocar el temperamento de jugador constantemente mostrado por Napoleón. Es evidente que la fábula de la participación austríaca fue totalmente inventada por el emperador para tranquilizar a la opinión pública. A Davout, en el secreto de las Tullerías, le confesaría: «Voy a hablaros a corazón abierto, os contaré todo. He dejado y debo dejar creer que actúo conchabado con mi suegro el emperador de Austria. Por todas partes se anuncia que la emperatriz está en camino con el rey de Roma, que va a llegar de un momento a otro. La verdad es que no hay nada de eso, que me encuentro solo frente a Europa. Esa es mi situación».

El vuelo del águila

En la asombrosa carrera de Napoleón, quizá no haya nada más prodigioso que esta marcha que lo llevó en veinte días desde el Golfo Juan hasta París. Desembarcado el 1 de marzo, evitó el valle del Ródano, donde podía temer la resistencia de los realistas, se lanzó por los Alpes y por senderos de montaña se dirigió hacia Grenoble, donde el cirujano Émery y el guantero Dumoulin habían preparado a la opinión pública. Desde los confines del Delfinado, el recibimiento de los campesinos fue en general favorable. Faltaba por saber la actitud del ejército. El encuentro con Laffrey tranquilizará a Napoleón. Los soldados se niegan a disparar contra él. La adhesión de La Bédoyère y la entrada en Grenoble, cuyos habitantes habían abatido las puertas para entregar la plaza al Emperador, transformaron la

marcha sobre París en un viaje triunfal. En Grenoble, dos mil campesinos provistos de antorchas de paja encendidas gritaban: «¡Viva el Emperador!». El 10 de marzo, Napoleón entró en Lyon, donde los tejedores de seda le reservaron un recibimiento entusiasta.

No fue hasta el 5 de marzo cuando se conoció en París el desembarco de Napoleón. Las medidas de resistencia adoptadas por Soult, ministro de la Guerra, preveían el reagrupamiento de las fuerzas del Lionés, Delfinado y el Franco Condado bajo el mando del conde de Artois, a quien asistirían sus dos hijos y tres mariscales. Una ordenanza declaró a Bonaparte un fuera de la ley, e instaba a todo militar a «detenerle y proceder violentamente contra él». La situación no era en absoluto desesperada para Luis XVIII, que podía contar con el apoyo de la Guardia Nacional, los cuerpos constituidos y las cámaras. Vistos desde París, los sentimientos del ejército parecían favorables a los Borbones: ¿no prometía Ney «encerrar al usurpador en una jaula de hierro»? Masséna en Marsella y Oudinot en Metz, ¿acaso no pregonaban sus sentimientos realistas? Y la ciudadela de Antibes, ¿no había resistido ante los avances de Napoleón? París seguía asombrosamente en calma. Un informe de policía del 7 de marzo de 1815 señalaba:

> Hemos podido comprobar cuán lejos estamos de la Revolución porque, antaño, se habrían formado miles de grupos y mociones, y se habrían hecho propuestas de violencia, en uno u otro sentido. Actualmente, la gente se encuentra y se pregunta con preocupación, se acusa a Bonaparte de pretender turbar nuestro descanso y traernos la guerra civil y la guerra extranjera, como medios para sacrificar una vez más a Francia, si estuviera en sus manos, en aras de su devoradora ambición. Pero nadie adelantó las medidas que el gobierno consideraba útiles.

Sin embargo, la renta volvía a caer de 81 a 75 francos.

Pero los proyectos de resistencia elaborados por el conde de Artois se desplomaron ante la defección de las tropas. Ney, el 17 de marzo, se unía a Napoleón en Auxerre. En la noche del 19 al 20, el rey se veía obligado a abandonar las Tullerías para refugiarse en Gante. «Luis XVIII pretendía morir en medio de Francia; si hubiera mantenido su palabra, la legitimidad podría durar todavía un siglo», escribirá Chateaubriand en las *Memorias de ultratumba*. El 20 de marzo, a las nueve de la noche, llevado triunfalmente por sus partidarios, Napoleón entraba en las Tullerías, donde ondeaba la bandera tricolor.

El imperio liberal

Henri Houssaye mostró perfectamente que la marcha triunfal de 1815 no tenía nada que ver con el complot urdido por algunos bonapartistas intrigantes (Exelmans, Drouet d’Erlon), a quienes el retorno repentino del Emperador parece más bien haberlos desconcertado.

El movimiento que llevó a Napoleón hasta las Tullerías fue la obra conjugada de

campesinos y obreros, y el ejército, descontentos con los Borbones. El miedo a un retorno al Antiguo Régimen, la inquietud de los obreros ante la extensión del paro, el culto de los soldados hacia el Emperador, sirvieron mejor a Napoleón que las intrigas de Maret o de Lefebvre-Desnoëttes, por ejemplo.

El malentendido se descubría. Napoleón creía que regresaría de la mano de los notables preocupados por las usurpaciones que podrían efectuar con ellos los emigrados. El entusiasmo popular era previsible (los decretos del 21 de marzo, que abolían la nobleza y los títulos feudales, expulsaban a todos los emigrados del territorio y ordenaban el secuestro de sus bienes, tenían como objetivo alimentar este entusiasmo), pero no era el único con que contaba Napoleón. La frialdad de las autoridades reveló a Napoleón, desde Grenoble, su error: la burguesía lo miraba con malos ojos. En apariencia, volvió a nombrar a los mismos ministros (no sin reticencias a veces por su parte): Decrès en la Marina, Gaudin en las Finanzas, Mollien en el Tesoro, Maret en la Secretaría de Estado e incluso Fouché en la Policía (el duque de Otranto habría preferido por lo demás Asuntos Exteriores), pero sabía que Francia ya no podría ser gobernada como antes. Daba la impresión de que se había regresado a 1793. «Es una recaída en la Revolución», observaba con alguna exageración un contemporáneo. «Nada me ha sorprendido más al volver a Francia —confesaba Napoleón a Molé— que este odio a los sacerdotes y a la nobleza, que me parece tan universal y tan violento como a comienzos de la Revolución. Los Borbones han devuelto a las ideas de la Revolución toda la fuerza que habían perdido».

Sin duda, esta llamarada revolucionaria se limitaba a determinadas regiones, al sureste de Francia sobre todo, pero impresionó a Napoleón. Le disgustaba: «No quiero ser un rey de la Jacquerie», decía. Rechazaba, como en 1799, la solución jacobina. Sin embargo, el movimiento popular le imponía echarse en brazos de los liberales, sus antiguos adversarios, convertidos en ese momento en el mal menor. Carnot recibió la cartera de Interior en homenaje al «organizador de la victoria», y Benjamin Constant se convirtió en un consejero político escuchado después de una entrevista que tuvo en las Tullerías con ese a quien comparó unos días más tarde con Gengis Khan y Atila.

Destinado a adherirse a la burguesía liberal, uno de los decretos adoptados en Lyon había ordenado: «Los colegios electorales del Imperio se reunirán en asamblea extraordinaria en el Campo de Marte para modificar nuestras constituciones en el interés de la Nación». En la elaboración del nuevo proyecto constitucional, Benjamin Constant no desempeñó tal vez un papel tan importante como el que le atribuyen las *Memorias sobre los Cien Días*. Sin embargo, estuvo verosímilmente en el origen de los progresos que ofrecía el acta adicional con respecto a la Carta: reducción del censo, responsabilidad de los ministros ante las cámaras (el problema de saber si el acta adicional establecía o no un régimen parlamentario ha sido muy discutido por los juristas, de Joseph Barthélemy a Radiguet), publicidad de los debates, supresión de la

censura, abolición de las jurisdicciones de excepción y libertad de cultos. Sin embargo, dos equivocaciones, una debida a Napoleón, la herencia de los pares (es decir, el mantenimiento de la nobleza) y el título de *acta adicional* en las constituciones del Imperio (lo que no implicaba cambio en la naturaleza del régimen), comprometieron a los ojos de la opinión pública el carácter liberal del texto. Aparecieron entonces numerosos panfletos hostiles al acta adicional y el plebiscito fue un fracaso: de un total de cinco millones de electores, tan solo hubo 1.532.527 «síes» y 4802 «noes». La masa de las abstenciones era considerable en el oeste y el sur; únicamente el norte, el este y el sureste aportaron fuertes contingentes de «síes» y, en conjunto, los medios rurales fueron más favorables al proyecto que las ciudades.

La ceremonia del Campo de Mayo, donde se proclamaron los resultados, decepcionó a los parisinos. Michelet, que tenía diecisiete años en 1815, escribirá más tarde:

> Estaba entonces preñado de *Atalía*. No podría expresar mi asombro cuando vi aparecer a Bonaparte en su vestido de emperador romano, el blanco, el inocente vestido del joven Eliacín. Eso no iba con su edad, ni con su tez de moro, ni con la circunstancia, porque no volvía para darnos la paz.

A mediados de abril, el entusiasmo popular había decaído, mientras que los notables seguían poniendo mala cara, escépticos en cuanto al futuro del régimen. Su portavoz, Fouché, resumía sus sentimientos ante Pasquier: «Este hombre —entendamos Napoleón— no se ha corregido en nada y regresa tan déspota, tan deseoso de conquistas, tan loco, en definitiva, como nunca… Toda Europa le va caer encima, es imposible que resista y su caso estará listo dentro de cuatro meses. No pido nada mejor que regresen los Borbones; solo que se necesita que los asuntos se arreglen un poco menos estúpidamente que como lo hizo el pasado año Talleyrand; no es necesario que todo el mundo esté a su merced. Se necesitan condiciones bien hechas, buenas y sólidas garantías».

La resistencia realista se organizaba en Vendée, a pesar del fracaso del duque de Borbón. La decisión de volver a establecer la conscripción había tenido un efecto desastroso. El 15 de mayo, bajo la presión de sus antiguos jefes, Suzannet, d'Autichamp, Louis de La Rochejaquelein, la Vendée se sublevó. El 22, Napoleón se veía obligado a crear el ejército del Loira, confiado al general Lamarque. Los ocho mil hombres así inmobilizados estarán cruelmente ausentes en Waterloo. Y generales o mariscales habían seguido a Luis XVIII, Maison por ejemplo.

A la oposición de los realistas, se añadía la de los liberales. Ellos poblaban la nueva Cámara de los Representantes, como resultado de elecciones en las que el número de abstenciones superó a menudo el 50 por 100. El autor de *Templarios*, Raynouard, fue elegido en el colegio electoral de Brignoles ¡con 26 votos contra 10 de su adversario! Reaparecieron muchos convencionales (Barère, Cambon, Drouet, Lanjuinais, pero otros, como Rochegude, se habían negado), así como Lafayette. Nombres conocidos: Defermon, Mouton-Duvernet, Arnault, Chaptal, Bonet de

Treich, Bouvier-Dumolard, aunque muchos desconocidos. Entre los recién venidos: Manuel, que se volverá el portavoz de los liberales. Aunque elegida por un puñado de electores, la Cámara pretendía jugar un papel más activo que el que deseaba asignarle Napoleón. Primera escaramuza: los adversarios del régimen llevaron a la presidencia a Lanjuinais; el 6 de junio se negaron a prestar juramento de obediencia a las constituciones del Imperio. Discretamente, Fouché tiraba de los hilos de la oposición parlamentaria.

La marcha hacia la guerra

El regreso de Napoleón estaba abocado al fracaso. Efectivamente, dos peligros amenazaban al régimen: la traición y la derrota. A pesar de las depuraciones emprendidas por Carnot (que afectaron principalmente al cuerpo prefectoral, uso al que se habituarán todos los gobiernos que vendrán después), el personal administrativo no estaba seguro. En su diario, el célebre arquitecto Fontaine resumió el estado anímico de numerosos funcionarios: «Nos fue imposible volver a encontrar la ilusión del sueño que acababa de terminar. Nada podía hacernos creer en un cambio de fortuna inaudito en la Historia. Nos persuadimos de que todo había acabado y sin embargo debíamos ejecutar las órdenes que se nos daban». Bondy, que había sucedido a Chabrol en París, no se sentía seguro y ¿qué decir de Lameth en Somme o de Angosse en el Alto Rin?

Es cierto que, a la pasividad de la administración, se oponía el ardor de los obreros. Espontáneamente se había desarrollado en el oeste, para combatir la «mala voluntad», entendamos por esta expresión el realismo, la idea de una asociación federal. «¿Por qué no vamos a hacer en 1815 lo que hicimos en 1792? Nuestra situación es la misma —escribía Napoleón al teniente coronel retirado Beaufort—. Unámonos, los auténticos franceses, amigos de la patria». «Un espíritu general de federación —observó Thibaudeau— había surgido, como al comienzo de nuestra gran Revolución». Se mostró primero en Nantes, que, situada entre la Vendée y la Chuanería, tenía mucho que temer de la guerra civil. Jóvenes ciudadanos de esta ciudad formaron el proyecto de unirse mediante un pacto con las ciudades vecinas. Estas ciudades de Bretaña recibieron la idea con entusiasmo y enviaron diputados a Rennes. Allí redactaron el pacto federativo. De entrada, no se pronunció allí el nombre del Emperador: era por la defensa de la patria y el mantenimiento del orden por lo que se tomaban las armas. Se echaron atrás: se añadió al Emperador. El pacto fue firmado por quinientos diputados. Fue denunciado al Emperador como un atentado revolucionario. Este, después de haberlo leído, dijo: «No es bueno para mí, pero es bueno para Francia». Otras provincias se federaron siguiendo el ejemplo de Bretaña y establecieron relaciones con ella. Pero, lejos de alentar a las federaciones, el gobierno, exceptuado Carnot, pareció temerlas. Su celo se enfrió. Aunque se

anunciara en *Le Moniteur* que solo estaban compuestas por hombres que presentaban, por su educación y la consistencia de sus familias, todas las garantías, si no se atrevieron a prohibirlas, tampoco se sirvieron de ellas: se las abandonó a sí mismas, fueron muy poco útiles. El movimiento se extendió a París. Los habitantes de los arrabales Saint-Antoine y Saint-Marcel, que habían sufrido por no haber podido defender la capital en 1814, se federaron. El 14 de mayo, tuvo lugar ante el Emperador una gran manifestación patriótica: doce mil obreros y antiguos soldados desfilaron ante Napoleón. Un orador mencionó la amenaza de la guerra: esta no solo sería una guerra de defensa nacional, sino que tendría como objetivo liberar a todos los pueblos de los yugos de la opresión. «Olía furiosamente a la República», observaba un testigo.

Preocupado por complacer a la burguesía y a la Guardia Nacional, el Emperador no utilizó la fuerza que se le ofrecía. Pretendía seguir siendo tan solo el salvador de la revolución burguesa. Los notables lo habían abandonado en 1814; sin embargo, en 1815, no se atrevía a extraer las consecuencias.

La guerra parecía inevitable. Desde que la noticia del desembarco del Emperador había llegado a Viena, en un congreso dividido en que se enfrentaban Francia, Austria e Inglaterra por un lado, y Rusia y Prusia, por otro, se volvió a formar la coalición contra Napoleón. El 13 de marzo, los aliados, en una declaración solemne, condenaban a Napoleón al destierro de Europa; el día 25, renovaban el pacto de Chaumont.

En vano, Napoleón intentaba apaciguar su cólera asegurando que reconocía el tratado de París, y enviando emisarios al zar y al emperador de Austria: las potencias aliadas estaban decididas a derribarlo definitivamente. Sin ilusión, Napoleón encargó a las manufacturas, por un decreto del 22 de marzo, doscientas cincuenta mil armas. Otro decreto, el 28, hizo un llamamiento a los suboficiales que habían abandonado el ejército. El 30 de abril se formaron cuatro ejércitos y tres cuerpos de observación.

Waterloo

Wellington estaba en Bruselas con noventa mil ingleses, hanoverianos, holandeses y belgas. Blücher estaba en Namur, con ciento veinte mil prusianos. Importantes fuerzas austríacas y rusas estaban en camino hacia Francia. El plan de Napoleón era compensar su inferioridad numérica aplastando a Wellington y a Blücher antes de la llegada de los refuerzos aliados.

Entró en Bélgica con ciento veinticinco mil hombres repartidos entre la Guardia, la caballería y los cinco cuerpos de ejército de Drouet d’Erlon, Reille, Vandamme, Gérard y Lobau. A Soult se le atribuyó el papel reservado en las campañas precedentes a Berthier, caído o precipitado desde una ventana del palacio de Bamberg en Baviera, el 1 de junio. Grouchy mandaba el ala derecha, Ney el ala izquierda y

Napoleón, en el centro, debía reforzar a sus lugartenientes para asestar los golpes decisivos.

Las otras tropas tuvieron que dispersarse en Vendée (Lamarque), en Var (Brune), en los Alpes (Suchet) y en el Jura (Lecourbe); finalmente, en la frontera del Rin (Rapp).

Napoleón atravesó el Sambre el 15 de junio, en Charleroi, y se lanzó en cuña entre Wellington y Blücher. En Quatre Bras, Ney con el ala izquierda obligó al precio de duros asaltos a que los ingleses se batieran en retirada. En Ligny, Napoleón con Grouchy repelía a Blücher hacia Lieja, pero sin obtener una victoria decisiva, a falta de la intervención en el momento oportuno del cuerpo de Drouet d'Erlon que se extenuó en marchas y contramarchas entre los dos campos de batalla. Napoleón se volvió entonces contra Wellington. Mientras Grouchy, con los cuerpos de ejército de Vandamme y de Gérard, recibía como misión el perseguir a Blücher, el Emperador se unía a Ney y se dirigía, centro e izquierda del dispositivo francés reunidos, al encuentro del ejército inglés. Encontró a Wellington, el 17 por la noche, detenido al sur del pueblo de Waterloo, delante del bosque de Soignes, en la meseta de Mont-Saint-Jean, donde los ingleses se habían formado en cuadros y habían ocupado más abajo las granjas de Papelotte, Hougoumont y Haie-Sainte. Los franceses se situaron sobre la meseta vecina, la de la Belle-Aliance. El frente solo tenía cuatro kilómetros de extensión contra los diez de Austerlitz. La fatiga de los hombres, agotados por el mal tiempo, el fango y la falta de provisiones, impedía a Napoleón cualquier maniobra y, añadido al suelo fangoso, le obligó a aplazar el ataque al mediodía, el 18 de junio. Ese retraso fue lo que perdió a Napoleón, al permitir que los prusianos que habían escapado de Grouchy aparecieran en el campo de batalla y provocaran la derrota francesa.

Los primeros cañonazos estallaron hacia las once y media. La táctica de Napoleón consistía en destruir la izquierda inglesa para impedir cualquier unión con los prusianos. Pero los ataques de Drouet d'Erlon y de Reille fueron repelidos duramente. Napoleón se decidió entonces a atacar por el centro. En varias ocasiones las cargas de Milhaud y de Kellermann estuvieron a punto de hacer tambalear los cuadros ingleses, pero la aparición de Bülow, hacia las dos de la tarde, por su derecha, obligó a Napoleón a trasladar a ese flanco la mayor parte de su reserva bajo el mando de Lobau.

Había que fracturar, a cualquier precio, el centro del dispositivo inglés. El Emperador lanzó a toda su caballería, «un mar de acero», con Ney al frente. Pero apretados hasta la asfixia, en un frente de quinientos metros, los jinetes ofrecían a los disparos precisos de los ingleses un blanco comparable al del cuerpo de ejército de Drouet d'Erlon precedentemente. «Se arremolinaron sin éxitos decisivos en medio de los cuadros de la infantería inglesa». Faltaron los soldados de infantería que hubiesen sido necesarios para rematar la victoria de la caballería: habían quedado inmovilizados cerca de Plancenoit, ocupados en contener a los prusianos. Hacia las

diecinueve horas, en el mismo frente donde acababa de cargar la caballería, Napoleón intentó un último asalto con cinco batallones de granaderos y de cazadores de la Guardia, «La Guardia, esperanza suprema y supremo pensamiento». Fue a su vez segada por el tiro de los ingleses y obligada a retroceder. En el mismo momento, surgía, por el extremo derecho, hacia Papelotte, un nuevo cuerpo prusiano, el de Zielten. El retroceso de la Guardia, combinado con la súbita aparición de un nuevo enemigo ahí donde se esperaba a Grouchy, provocó un pánico general, del que se aprovecharon los ingleses para lanzar a su vez una ofensiva. La retirada se transformó en una derrota que no se detuvo hasta la frontera. Solo la vieja Guardia permaneció inmutable, cubriendo el reflujo desordenado de los franceses a Charleroi. Grouchy, que había dejado escapar a Blücher, consiguió sin embargo reunir sus tropas indemnes detrás de la frontera.

La segunda abdicación

Llegado a París, la mañana del 21, Napoleón no ignoraba que la Cámara de los Diputados, con mayoría liberal, se aprestaba a apartarlo una vez más. Los notables intentaron librarse de ese molesto salvador. Su hermano Luciano, Davout y La Bédoyère lo comprometieron a aplazar la Cámara, proclamar la patria en peligro y resistir ante París, mejor fortificada que en 1814, con el apoyo de la población. El pueblo lo aclamó ante el Elíseo, donde se había refugiado. No tenía más que hacer un gesto, pero se negó una vez más a ser el «Emperador de la chusma», parapetándose en consideraciones inesperadas por su parte. «¡Miradlos! —habría declarado a Benjamin Constant, señalándole a los manifestantes que escandían su nombre—. No es a ellos a quienes colmé de honores y atiborré de dinero. ¿Qué me deben a mí? Los encontré pobres y así los dejé. Pero el instinto de necesidad los ilumina, la voz del país habla en ellos. Si yo quisiera, en una hora, la Cámara real ya no existiría. Pero la vida de un hombre no vale ese precio. No he regresado de la isla de Elba para que París quede inundado en sangre».

Fouché apremia a los diputados para conminar a Napoleón a abdicar, respondiendo a los rumores más alarmistas sobre una eventual dictadura del Emperador. Atemorizada, la Cámara se declaró en sesión permanente. En esta prueba de fuerza, fue el Emperador quien cedió. Deprimido, Napoleón acabó por abdicar, al comienzo de la tarde del 22, en su hijo. Se nombró una comisión provisional de cinco miembros, que estaba formada por el general Grenier, Carnot, Caulaincourt, Quinette y Fouché, que la presidía.

El 24 de junio, Davout, que se había sumado al juego de Fouché, urgió a Napoleón a que se alejara de París. El duque de Otranto temía, en efecto, un movimiento popular o un golpe de mano militar que obstruyeran sus intrigas. El Emperador cedió, una vez más, y partió el 25 hacia Malmaison. Pero a Fouché, que

preparaba en secreto el retorno de Luis XVIII, le seguía pareciendo demasiado cercano a París. Tenía que alejarse de la capital. El 3 de julio, la ciudad capituló; el 6, Talleyrand condujo al antiguo regicida a Saint-Denis, en presencia del rey, que se había resignado a dejarle en la policía. La escena fue inmortalizada por Chateaubriand en una de las páginas más célebres de las *Memorias de ultratumba*:

> De pronto se abrió una puerta y entró silenciosamente el vicio apoyado en el brazo del crimen, el señor de Talleyrand caminando sostenido por el señor Fouché. La visión infernal pasó lentamente por delante de mí, penetró en el gabinete del rey y desapareció. Fouché venía a jurar fe y homenaje a su señor: el leal regicida, de rodillas, puso las manos que habían hecho rodar la cabeza de Luis XVI entre las manos del hermano del rey mártir, y el obispo apóstata prestó caución del juramento.

Los compradores de los bienes nacionales podían sentirse tranquilos, así como quienes se habían aprovechado de la Revolución. La breve entrevista de Saint-Denis entre el rey y los dos antiguos ministros de Napoleón hizo las veces de coronación a Luis XVIII. El 8 de julio, el rey hacía su entrada en París: la aventura napoleónica, privada del apoyo de los notables y negándose a cualquier adhesión popular, no había superado los cien días que se complació en contar el prefecto del Sena, Chabrol, entre el momento de la partida del rey y el de su retorno.

Debates abiertos

¿Se puede hablar de depuración bajo la Primera Restauración? Pouthas (*Guizot pendant la Restauration*, 1923) no lo cree. Luis XVIII se había comprometido a «dejar aparte cualquier recuerdo amargo». La mayoría de los prefectos, con excepción de regicidas notorios (Thibaudeau, De Bry) se mantuvieron. Había que contentar a los notables. Pero N. Richardson (*The french prefectoral corps, 1814-1830*, 1966) mostró que progresivamente la parte de los nobles se incrementó: 30 en marzo de 1814, 58 en marzo de 1815. En el Tribunal Supremo, a favor de la reorganización del 15 de febrero de 1815, el primer presidente Muraire (suegro de Decazes) fue apartado ante De Séze, antiguo abogado de Luis XVI, mientras que fueron desposeídos el fiscal general Merlin de Douai y sus sustitutos Pons y Thuriot, todos regicidas. La Prefectura de Policía y el Ministerio de la Policía General se fundieron en una Dirección General, pretexto para retirar a personal de los servicios activos (Foudras sustituye a Veyrat en la inspección general de la prefectura, véase Lenotre, *Dossiers de police*, 1935; Dossonville se convierte en comisario, véase Guyon, *Biographie des commissaires*, 1826). Pero no hay violencia, no hay procedimiento depuratorio. Fue con el regreso de la isla de Elba, y a pesar de la amnistía prometida en Lyon el 12 de marzo, cuando la depuración cobró el sesgo de un castigo. Únicamente seis prefectos (Camille Périer, hermano de Casimir, Petit de Beauverger, Bossi, Bourgeois de Jessaint, Plancy y Girardin) continuaron en sus puestos. Muchos prefirieron enviar su dimisión (Flavigny, Vaublanc, Lavieuville). La

administración parisina fue depurada así como el Ministerio del Interior. Una nueva depuración, en el marco del «Terror blanco», siguió al retorno del rey. De los cambios de opinión que acompañaron estos cambios de régimen, nació el célebre *Dictionnaire des girouettes* de Emery. Las razones del regreso de Napoleón de la isla de Elba suscitaron muchas discusiones: desde el proyecto de asesinato elaborado por Bruslart, gobernador de Córcega (A. Chuquet, «Le départ de l'île d'Elbe», *Revue de Paris*, 1 de feb. de 1920) hasta el de la deportación en una isla más lejana (*Correspondance de Talleyrand et de Louis XVIII*, 13 y 21 de octubre, 7 de diciembre de 1814). Jean Massin («Waterloo», *Le Monde*, 19 de junio de 1965) piensa que Napoleón regresó por «patriotismo», en el sentido revolucionario que reviste el término de 1789 a 1815, y para expulsar la «contrarrevolución». Considera que no hay ninguna razón para sospechar de la sinceridad de sus palabras a Las Cases: «No regresé para recoger un trono, sino para saldar una deuda; los gritos del pueblo francés llegaban hasta mí, ¿podía yo permanecer impasible?». Pero ¿cómo explicar entonces su negativa a cualquier apoyo popular durante los Cien Días? Según Massin, sería un «girondino que adoptaría los procedimientos de gobierno de la Montaña. Sinceramente revolucionario en un sentido limitado, pero de ninguna manera demócrata». Será por tanto el hombre de los notables, en quienes prodigará las concesiones. Y es que estos no lo habían llamado en absoluto, y que el regreso de la isla de Elba fue ante todo una aventura personal, en que ese maestro de la estrategia supo elegir el buen momento para explotar la irritación popular, después de todo de ninguna manera general, contra la monarquía. En efecto, lo que se planteaba con este regreso era la legitimidad del poder napoleónico (Ch. Durand, «Le pouvoir napoléonien et ses légitimités», en *Annales Fac. Droit et Sé. polit. d'Aix-Marseille*, 1972, pp. 7-33). F. Bluche retoma el problema en «Les Cent Jours, aspects du pouvoir», *Rev. hist. Droit fr. et étranger*, 1973, pp. 627-634. Muestra que el electorado bonapartista se sitúa a la izquierda en 1815, al haberlo abandonado los conservadores y el barrio del *Marais* («la mayoría silenciosa»). De ahí la caída de los sufragios cuando se votó el Acta Adicional: el estudio de las regiones muestra la impopularidad de Napoleón en el sur y en el oeste, bastiones realistas. Los votos favorables son, en cambio, numerosos en las regiones fronterizas: Borgoña, Champaña, Alsacia, Lorena y Nord. En París, quienes votaron fueron los funcionarios, pero la pérdida de popularidad fue enorme: de 120.000 sufragios en 1804 a menos de 20.000 en 1815. La decepción popular creada por el Acta Adicional, cuando se esperaba una dictadura de Salvación Pública, explica la brusca caída del entusiasmo en Grenoble y en Lyon, a menos que se hayan exagerado mucho las aclamaciones de marzo. Léase también J. Chaumié, «Les Girondins et les Cent Jours», *Annales hist. Rév. fr*., 1971, pp. 329-365.

Waterloo no ha dejado de enfrentar a los especialistas en estrategia. Recordemos la increíble polémica que enfrentó a Lenient (*La Solution des Énigmes de Waterloo*, 1915) y al coronel Grouard («Les derniers historiens de 1815», *Revue des Études napoléoniennes*, 1917, t. XI, pp. 163-198). Las equivocaciones de Napoleón son

innegables, debidas quizá a su mal estado de salud (una crisis de hemorroides), pero desde luego no a la traición (la defección de Bourmont es anterior al desastre, a pesar de que creó un clima de inquietud que reconocía Napoleón en su *Campagne de 1815, Correspondance*, t. XXXI). Equivocaciones en la elección de los hombres (Ney en lugar de Murat, Soult en lugar de Davout); subestimación de las fuerzas de Blücher después de Ligny; pérdida de tiempo; choque frontal en lugar de maniobras contra Wellington. Equivocaciones que no reconocen ni el boletín de la *Grande Armée* ni el relato dictado en Santa Elena. Logie (*Waterloo, l'inévitable défaite*, 1984) disculpa a Grouchy y Ney para aplastar a Napoleón.

Para aquellos que deseen saber lo que dijo Cambronne en el campo de batalla: C. Pitollet, *La Vérité sur le mot de Cambronne* (1921), que destruye H. Houssaye, *La Garde meurt et ne se rend pas* (1907). Divertido florilegio sobre «la frase» en Le Boterf, *Le brave général Cambronne* (1984). Recordemos el falso enigma de la muerte de Ney lanzado por J. A. Weston, *Histories doubts as to the execution of Marechal Ney* (1895): Ney fue verdaderamente fusilado. Sobre el final de Murat: Annequin, «Les derniers jours de Murat», *Cavalier et roi*, 1985.

El retorno de Napoleón tuvo como efecto hacer añicos la política de Talleyrand en Viena que trataba de acercar Francia a Austria e Inglaterra, frente a un eje ruso-prusiano. M. Maurice Schumann («Talleyrand, un prophète de l'Entente cordiale», *La Revue des Deux Mondes*, dic. 1976, pp. 541-556) parece haber sentido nostalgia de este nuevo equilibrio perdido (los aliados pusieron fin a su disputa y rehicieron su pacto de Chaumont, resurrección de la que Francia pagó los costes en el segundo tratado de París). Consecuencia del nuevo tratado de París fue la restitución de las obras de arte confiscadas en los países conquistados, y conservadas en 1814: F. Boyer, «Metternich et la restitution par la France des oeuvres d'art de l'étranger», *Rev. Hist. diplomatique*, 1970, pp. 65-79; el mismo autor ha estudiado «Le Retour des oeuvres d'art enlevées en Lombardie, en Vénétie et à Modène», *Revue des Études italiennes*, 1970, pp. 91-103 (se trataba de cuadros de Luini, de Ticiano, de Brueghel, de Velours, de Veronese, de Guerchin, de Bassano), y «Le retour en 1815 à Florence des oeuvres d'art emportées en France», *Rivista italiana di Studi Napoleonici*, 1970, pp. 114-123. Más grave todavía fue la división del país en dos bandos. Bertier de Sauvigny (La *Restauration*, 1955) pone de manifiesto que el regreso de Napoleón, «al despertar las pasiones jacobinas contra la nobleza y el clero», hizo que los liberales de 1814 rompieran su alianza con los realistas para precipitarlos hacia los bonapartistas. «Francia estará por largos años separada en dos pueblos enemigos».

Capítulo 25

La leyenda

Último acto, el que va a fijar el destino del salvador: Santa Elena. Si la Restauración creyó que podía poner entre paréntesis los años 1789-1815, Napoleón iba a encargarse, desde lo alto de su peñasco, no solo de devolverlos a la memoria, sino de confiscarlos en beneficio propio. Salvador de los pudientes de la Revolución, se transformó, según Balzac y muchos otros, en el «Napoleón del pueblo».

La trampa

El 3 de julio de 1815, Napoleón estaba en Rochefort y se instalaba en la prefectura marítima, donde esperaba los salvoconductos prometidos. Varios proyectos se examinaron entonces: el comandante Baudin proponía forzar el paso, y que José se uniera al ejército de Gironda bajo el mando de Clauzel. Por orden del gobierno provisional, el general Beker, que acompañaba al Emperador, le hizo embarcar en la fragata *Saale* que le transportó a la isla de Aix. El 9, cuando Napoleón se encontraba de nuevo en la *Saale*, la comisión del gobierno declaró traidor a la patria a cualquier oficial que intentase en adelante devolverle a territorio francés. Napoleón se convertía en un proscrito. Volvió a la isla de Aix, donde había agitación para que se evadiera. ¿América? La tentación era grande. Las palabras de aliento de Maitland, comandante del navío inglés *Bellerophon,* que pertenecía a la escuadra que, bajo el mando de sir Hotham, patrullaba de la punta de Quiberon al estuario de la Gironda, incitaron a Napoleón a entregarse a los ingleses para escapar de los realistas franceses y de Blücher.

> El Emperador nos reunió en una especie de consejo —contó Las Cases—; se debatieron todas las posibilidades… No se le podían plantear exigencias al crucero inglés. No quedaba más remedio que o bien volver a tierra y emprender la guerra civil, o aceptar las ofertas presentadas por el capitán Maitland. Nos decidimos por esta última opción. Se nos dijo que, a bordo del *Bellerophon*, nos encontraríamos ya en suelo británico, y que los ingleses se verían obligados, desde ese mismo instante, por los derechos de hospitalidad… Disfrutaríamos, desde ese momento, de los derechos civiles del país.

De ahí, la famosa carta: «Vengo como Temístocles a sentarme en el hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes». ¿Había sido engañado por Maitland, deseoso de consumar sin alborotos la captura del Emperador? Es probable. El 15 de julio, subía a bordo del *Bellerophon*. El cepo se cerraba. Pero había que contar con la opinión pública británica. Cuando el barco fondeó en Torbay, suscitó una inmensa curiosidad: «Gran número de embarcaciones nos rodearon, indicó Maitland. De todas partes, las gentes corrían a ver a este hombre extraordinario. Subió a menudo sobre el puente y se dejó ver en los portalones y las ventanas de popa». Idéntica curiosidad en Plymouth, curiosidad a la que se prestaba de buena gana Napoleón. Intentaba suscitar una corriente de simpatía hacia él. Por otra parte, sus partidarios, más numerosos de lo que se habría pensado entre los liberales, habían concebido, al parecer, un plan con dos puntos: obtener una

ordenanza de *habeas corpus* y hacer desembarcar al Emperador, cuya libertad en suelo inglés habría sido garantizada provisionalmente por un escrito. Mac Kenrot, antiguo juez en las Antillas, acusó al contraalmirante Cochrane de haber faltado a sus deberes al no atacar, en otro tiempo, a la escuadra de Willaumez en la rada de Tortola, y pedía la citación de Napoleón como testigo. Se obtuvo así una ordenanza de *habeas corpus ad testificandum* que invitaba a Napoleón a comparecer ante el tribunal el 10 de noviembre. Pero el *Bellerophon* levó anclas antes de que se hubiera podido transmitir la ordenanza a lord Keith, comandante de la escuadra de Plymouth. El 31 de julio, en efecto, lord Keith se había trasladado al *Bellerophon* para anunciar al Emperador que sería deportado a Santa Elena. El destino de Napoleón estaba definitivamente sellado. ¿Alguien lo imagina como plantador en Estados Unidos o tomando el té con ancianas inglesas? La leyenda que iba a rodearle se hubiera hecho añicos. Faltaba el martirio.

Santa Elena

Partidos de Plymouth el 9 de agosto de 1815, a bordo del *Northumberland*, al que habían sido transferidos, Napoleón y sus compañeros de exilio desembarcaron en Santa Elena el 17 de octubre. Travesía sin peripecias: «Napoleón y su séquito han estado de buen humor a lo largo de todo el viaje», anotó Samuel Decimus, marino del *Northumberland*, cuyo relato se descubrió en 1976. Apenas mayor que Belle-Isle, Santa Elena, alta muralla de basalto negro, restos de un volcán extinto, servía a la Compañía de Indias como punto de suministro de agua para sus navíos. Estaba habitada por una población en la que se mezclaban todas las razas del globo: europeos, negros, hindúes, malayos y chinos. Estaba dominada por una aristocracia formada por altos funcionarios de la Compañía de Indias y grandes propietarios, cuyas haciendas seguían siendo cultivadas por esclavos.

Napoleón se alojó dos meses en casa de los Balcombe, en Briars, dos meses que constituyeron para él un descanso después del agotamiento nervioso provocado por el hundimiento de su poder y el extenuante viaje en el *Northumberland*. El 10 de diciembre, se instalaba en Longwood House,

> una casa a medida para servir de prisión, observa el actual cónsul de Francia en Santa Elena. Reunidas en la parte delantera de las construcciones, las habitaciones reservadas al Emperador estaban expuestas a la vista de ingleses y franceses. Alrededor de un patio fangoso, los cuartuchos que servían de *office*. Algo más retirados, los cuerpos de vivienda que albergaban a «la familia», sin contar con el oficial de vigilancia inglés, invisible pero presente.

El entorno de Napoleón, que formó su último séquito, estaba formado por el general Bertrand, edecán del Emperador desde 1807, que sustituyó a Duroc en las funciones de gran mariscal de Palacio; el general Montholon, que había cumplido misiones diplomáticas; el general Gourgaud, primer oficial de ordenanza; y un civil,

Las Cases, noble adherido —más por necesidad que por convicción— al Imperio, y convertido en chambelán y luego en relator del Consejo de Estado, al que había acompañado su hijo. Dos mujeres en permanente rivalidad: la generala Bertrand y la generala Montholon. El servicio de Longwood estaba formado por Marchand, primer ayuda de cámara, el mameluco Saint-Denis, alias Ali, Cipriani, cuyas funciones de maestresala disimulaban las actividades de agente de información, el suizo Noverraz, y Santini, el hombre para todo y ujier del despacho de Napoleón.

Sobre la vida cotidiana en Longwood, estamos bien informados gracias al testimonio de los compañeros de exilio: todos ellos dejaron memorias, incluidos Marchand y Ali.

En la atmósfera asfixiante de la isla, Napoleón repartía su tiempo entre los paseos por el espacio permitido por las autoridades inglesas, los dictados a sus compañeros y la lectura: en Longwood, se reunió una biblioteca de dos mil volúmenes, cuyos títulos conocemos. Vida taciturna, que se volvía más penosa por un clima en el que reinaban las nieblas y las lluvias, y por la tensa atmósfera que creaban las rivalidades y las susceptibilidades entre los miembros del entorno. A ello se añadían las molestias del gobernador de la isla, Hudson Lowe, subalterno de una inteligencia mediocre, esclavo del reglamento y aturdido por una responsabilidad demasiado grande.

Poco a poco, la salud del prisionero fue empeorando. En 1817, estuvo aquejado de una fuerte disentería y dolores reumáticos. La enfermedad se volvió crónica, a pesar de los esfuerzos del médico irlandés O’Meara, a quien expulsó el gobernador por complicidad con los franceses. En 1819, se agravaron los vértigos. El médico de la Marina Stokoe, que diagnosticó una hepatitis ocasionada por el clima, fue devuelto a Inglaterra. Le reemplazó el inquietante Antommarchi. Hacia julio de 1820, aparecieron las náuseas y los dolores en la zona del estómago; pronto, Napoleón ya no pudo alimentarse más que de potajes y gelatina de carne. El 5 de mayo, «a las cinco horas y cuarenta y nueve minutos —anotó Bernard en su diario— el Emperador exhaló su último suspiro. Durante los tres últimos minutos, dio tres suspiros. En el momento de la crisis, ligero movimiento de las pupilas, movimiento irregular de la boca y del mentón a la frente, una regularidad como en un péndulo. Por la noche, el Emperador había pronunciado el nombre de su hijo antes de: *al frente del ejército*. La víspera, había preguntado dos veces: “¿Cómo se llama mi hijo?”. Marchand le había respondido: “Napoleón”».

De la leyenda al mito

Desaparecido de la escena del mundo después de haberla ocupado durante casi veinte años, el Emperador destituido ¿no estaba condenado al olvido? Demasiado hábil propagandista para ignorar los estragos que causa la ausencia en la memoria de los hombres, iba a librar, desde el peñasco de Santa Elena, su última batalla, puliendo

la imagen que deseaba legar a la posteridad.

Desde luego, la leyenda no nació en Santa Elena. Se forjó desde la primera campaña de Italia, en sus publicaciones destinadas a mantener la moral de las tropas, pero que sobre todo hicieron que Francia conociese Lodi y Rívoli. La leyenda napoleónica se desarrolló con el culto oficial del Emperador que impusieron el catecismo imperial, la fiesta de San Napoleón y múltiples acciones de gracia. Pero fue después de 1815 cuando adquirió su verdadero rostro.

Las nuevas condiciones sociales desempeñaron un papel determinante. La fidelidad popular hacia Napoleón fue incuestionable bajo el Imperio. Los obreros de los arrabales parisinos, al menos algunos de ellos, aún estaban dispuestos a luchar en 1815 frente al invasor. Su apego al Emperador fue subrayado por todos los informes de policía. En la masa campesina, el prestigio de Napoleón no era menos grande, aunque se oscureció durante los últimos años del Imperio por los «derechos reunidos» y la conscripción.

Este prestigio no iba a dejar de incrementarse después de la caída del Águila. Desacelerada por las guerras de la Revolución y del Imperio, la revolución industrial vino a cambiar de arriba abajo las antiguas estructuras, desplazando a los viejos artesanos en provecho de las máquinas, empleando preferentemente una mano de obra barata de mujeres y de niños, y provocando un hundimiento de los salarios en un mercado de trabajo atestado por las desmovilizaciones de la *Grande Armée*. El Imperio, período de pleno empleo y altos salarios, de pan abundante y a bajo precio, se transformó para todos estos réprobos en una verdadera «edad de oro». Napoleón se volvió sin dificultades «el padre del pueblo». Idéntica reacción en el campo, donde, al menos hasta la votación de la ley sobre el millar de emigrados, los campesinos temblaban por los bienes nacionales adquiridos bajo la Revolución. Además, la gloria napoleónica era también la de ese ejército de campesinos que había conquistado Europa. Esos antiguos soldados, a quienes sus heridas condenaban a la ociosidad, encontraban en los recuerdos que desgranaban de noche en la velada —como muy bien mostró Balzac— una justificación a su inutilidad social. Fueron los mejores guardianes del culto, los verdaderos autores de la leyenda, relevando a las imágenes de los vendedores ambulantes ahora proscritos y los boletines de la *Grande Armée* cuyas colecciones municipales destruían los nuevos alcaldes.

La burguesía, por su parte, estaba preocupada. Amenazada en todo momento en sus nuevos privilegios por el retorno al pasado, comprobaba que, en el plano político, la legitimidad ya había durado mucho, y que el retorno a la estabilidad seguía siendo precario. Es cierto que la transición de Luis XVIII a Carlos X se efectuó sin dificultades, pero los sarcasmos que acompañaron a la coronación mostraban que la vieja monarquía no había recuperado su carisma. Escuchemos a Béranger:

Carlos se extiende en el polvo.
¡Rey, grita un soldado, levantaos!
No, dice el obispo, y por san Pedro,

yo te corono. Enriquecednos.
Lo que viene de Dios, viene de los curas.
¡Viva la legitimidad!

1789 fue un punto de inflexión. Una oposición republicana y liberal fue mejorando incesantemente sus posiciones en detrimento del trono. La genialidad de Napoleón consistió en confiscarla para su provecho, en apoderarse de las fuerzas ascendentes que sacudían la vieja Europa.

La curiosidad no dejó de rodear al proscrito. En 1817, el *Manuscrito llegado de Santa Elena de manera desconocida*, memorias apócrifas de Napoleón debidas probablemente a Lullin de Châteauvieux, un genovés, amigo de Mme. de Staël, tuvo, antes de ser prohibido, una gran repercusión. Pero fue eclipsado por el *Memorial de Santa Elena*, publicado por Las Cases en 1823. El *Memorial de Santa Elena* fue probablemente el mayor éxito de librería del siglo XIX: cuatro ediciones diferentes con correcciones y añadidos entre la princeps de 1823 y la de 1842, ilustrada por Charlet. En ella, Las Cases había recogido, entre 1815 y 1816, las confidencias de Napoleón. ¡Y qué confidencias!

Los panfletos realistas habían hecho de Napoleón el heredero del Terror y el discípulo de Robespierre. Lejos de negar esta herencia, Napoleón la aceptaba: «El Emperador —anota Las Cases— decía que la Revolución, a pesar de todos sus horrores, no fue menos la verdadera causa de la regeneración de nuestras costumbres». El mismo hombre, que había roto con los ideólogos, proclama «el irresistible ascendente de las ideas liberales». «Nada podría destruir o borrar los grandes principios de nuestra Revolución —añade—. Esas grandes y buenas verdades deberán permanecer para siempre, de tanto lustre, monumentos y prodigios con que las hemos entretejido…». Liberador de pueblos, Napoleón habría sido también su unificador: «Se dio el impulso, y no creo que, después de mi caída y de la desaparición de mi sistema, haya en Europa otro gran equilibrio posible que la aglomeración y la confederación de los grandes pueblos». La defensa de las conquistas revolucionarias y la unificación de los pueblos de Europa, esas son las dos causas fundamentales de esas largas guerras cuya responsabilidad se ha atribuido a Napoleón, pero que, en realidad, han sido queridas por los monarcas absolutos.

En 1816, estas observaciones, si en verdad fueron sostenidas, se dirigían a los *whigs*, los liberales ingleses, cuyo cautivo esperaba una mejora de su suerte. La elección de portavoz era juiciosa: Napoleón no ignoraba que su confidente tomaba notas y que este antiguo emigrado, que había vivido en Londres, sabría encontrar las palabras para seducir a la opinión pública británica. Pero tales afirmaciones, probablemente corregidas por Las Cases y adaptadas a la coyuntura política de 1823, apuntaban también a la opinión pública internacional. Con sus declaraciones, Napoleón confiscaba en su provecho las dos fuerzas ascendentes del siglo XIX, el nacionalismo y el liberalismo, contra las que había combatido. Prisionero de la Santa Alianza, el soberano destituido podía hacer olvidar al César antiliberal en beneficio

de un Napoleón demócrata, soldado de una Revolución que ya no era únicamente la de la burguesía, sino que recuperaba al cuarto estado.

La operación hubiera sido difícil sin el calvario del Emperador en Santa Elena. Este fin miserable y solitario en un peñasco batido por las olas marcó la imaginación de los románticos. Toda una generación, la de los «hijos del siglo», alimentada por los boletines de la *Grande Armée*, encontraba en el *Memorial* ese ruido de las armas de que la privaba la monarquía restaurada. ¿No había servido acaso el padre de Victor Hugo en Italia y en España, y el de Alexandre Dumas en Egipto? Realista de partida, el Romanticismo cambió a un bonapartismo poético que suministró a la leyenda napoleónica el soporte literario sin el cual no habría podido encontrar un éxito tan deslumbrante. Hugo y Balzac, Musset y Vigny con más matices, Dumas y Eugène Sue con menos genio, se transformaron en chantres del Imperio. Al mismo tiempo, el mundo de los empleados lloraba por esta edad de oro de la burocracia que había sido el reinado de Napoleón. Y el pueblo seguía convencido de que era su causa lo que Bonaparte abrazó en Brumario. Louis Geoffry escribía un *Napoleón apócrifo* donde el Emperador, tras haber vencido a Rusia y luego a Oriente, se convertía en el amo del mundo. Viajando de Sídney al Cabo, pasaba por la rada de Santa Elena, pero ¡daba la orden al almirante Duperré de que no hiciera escala allí! Nerval se entusiasmaba. Flaubert permanecía frío.

La leyenda alcanzó su apogeo en 1840, cuando el regreso de las Cenizas: fue lo que garantizó el éxito de Napoleón III. «Es mucho —murmuró Guizor— ser a la vez una gloria nacional, una garantía revolucionaria y un principio de autoridad». Sedan provocó un eclipse y condenó el sueño dinástico de los Napoleónidas. Pero subsistió la idea del plebiscito y de la invocación al pueblo, única vía que permite conciliar democracia y poder fuerte de un salvador. Francia esperaba a este salvador para su desquite con Prusia y la reconquista de Alsacia-Lorena: las razones de esa espera estaban en Jena, y creyó reencontrar a Bonaparte en Boulanger, a quien aclamó en 1900 como el *Aguilucho*, preludio a los asaltos guerreros de 1914, cuyos autores se nutrieron con *La última clase* de Daudet y las *Memorias* de Marbot. Napoleón recuperó su antigua popularidad: de Job a Détaille, de Sardou a d'Esparbès, inspiró a militares, pintores y escritores. Es una nueva conquista, un Brumario artístico y literario. Barridas las reticencias de los viejos republicanos, grandes lectores de Quinet y de Lanfrey, áfonos los partidarios de la monarquía legítima, que habían creído en Taine y en su *Régimen moderno*, donde se representaba a Napoleón bajo los rasgos de un *condottiere*… Nunca tantos libros, y tantos grabados derivados de Charlet y Raffet, se dedicaron al salvador como entre 1885 y 1914.

De hecho, el personaje ha adquirido ya, como Tristán o Don Juan, una dimensión nueva. Se ha pasado de la leyenda al mito. La universalidad de Napoleón le permitió inspirar a Dostoievski («Sí, yo quería convertirme en Napoleón, por eso he matado», exclama Raskolnikov) y Tolstoi (*Guerra y Paz* está dominada por Napoleón), el Nietzsche de *La Gaya Ciencia* y el Thomas Hardy de las *Dinastías*. Kipling compuso

A Saint Helena Lullaby y Emerson hizo figurar Napoleón en sus *Representative Men*. Conan Doyle abandonó a Sherlock Holmes para *La gran sombra*. La música tampoco fue indiferente: Beethoven tachó su dedicatoria a Napoleón de la *Tercera Sinfonía*, pero Berlioz compuso en 1835 una cantata sobre *El Cinco de Mayo*; Schönberg escribirá en 1943 una *Oda a Napoleón*, en que este será comparado con Hitler, pero debemos a Robert Schumann *Los dos granaderos*, a partir de un poema de Heine; Tchaikovsky estigmatiza *1812*, pero Prokofiev es más sutil en su ópera *Guerra y Paz*. Y el cine dedicó más películas a Napoleón que a Juana de Arco, Lincoln y Lenin juntos. Fue el objetivo o el blanco de todas las ideologías (la exaltación del jefe fascista en la película italiana *Campo di Maggio*, en 1935) y de todos los nacionalismos: austríaco (*Lejeune Médard*, de Curtiz), alemán (*Waterloo*, de Grune), inglés (*Iron Duke, Young M. Pitt* o *Lady Hamilton*), nazi (*Kolberg*, rodado en 1944 por Harlan por orden de Goebbels), estaliniano (*Kutuzov*, en 1943), polaco (*Cenizas*, de Vajda, 1968) y, por supuesto, franceses con Gance, cuyo *Napoleón* es una cúspide del cine mudo, en 1927, y Guitry, más «callejero» (*El diablo cojo, Napoleón*, etc.). Los directores de Hollywood (Ford, Borzage, Walsh, Vidor, Sidney, Mann) no le hicieron ascos. Fue recuperado por la «distensión» (*Waterloo*, rodado en 1970 por un ruso, Bondarchuk, para un productor italiano con O. Welles como Luis XVIII) y por la moda pornográfica (*El albergue de los placeres*, sobre la pretendida impotencia del Emperador), a la espera de la comedia italiana a la manera de Risi.

Chaplin pensó en interpretar un personaje convertido en mito cinematográfico, como Arsène Lupin, Garbo (que fue la Walewska), Mickey o Laurel y Hardy. Las historietas, de *Caran d'Ache* a los *Pieds Nickelés*, no lo ignoraron, ni la ciencia ficción (*El viajero imprudente*). Ningún arte ha permanecido impasible ante este «hombre que lo podía todo porque lo quería todo», como escribió Balzac.

Mito inagotable que se presta a todas las «lecturas» (el destructor del feudalismo para Marx, y el cadete frustrado según Freud) y da vida a otros mitos: las mujeres (la frívola Josefina, la infiel María Luisa y la conmovedora María Walewska); Talleyrand, el príncipe de los diplomáticos, y Fouché, el inventor de la policía moderna; los «media paga» [funcionarios represaliados por la Restauración], los Bugeaud, Bro, Fabvier, Pouget y demás Parquin abocados al tedio o a los complots; el Aguilucho que escupe sus pulmones como más tarde la Dama de las Camelias; la Revolución en fin, por obra y gracia del *Memorial*, que funde en una historia común la toma de la Bastilla y la victoria de Austerlitz.

Debates abiertos

Muchos puntos siguen estando oscuros en la rendición de Napoleón a los ingleses. Napoleón, sin duda, alimentó ilusiones sobre la suerte que le aguardaba. Pero no se puede negar la actividad de sus partidarios: M. Dunan, «Napoléon et

l'habeas corpus en 1815», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1955, pp. 89-92; y J. Dechamps, «Les défenseurs de Napoléon en Grande-Bretagne de 1815 à 1830», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1958, pp. 129-140. Aunque M. Thornton pone de manifiesto, en *England and the StHelena decision* (1968), la debilidad de sus posiciones y la necesidad para ellos de utilizar astucias, analizados por J. Duhamel dans la *Revue de Paris*, 1962, n.° 7, pp. 46-59. Si no fue engañado, Napoleón se engañó mucho.

¿Quién escribió el famoso *Manuscrit venu de Sainte-Hélène* que atrajo la atención sobre Napoleón? A pesar de las dudas del prologuista anónimo de la reedición de 1974 (que no sustituye las antiguas ediciones de Driault y la de Rumilly en 1947), el problema de la atribución parece haber sido zanjado en favor de Lullin de Châteauvieux por A. EberweinRochat en el tomo X du *Bulletin Soc. Hist. et d'archéologie*.

¿Qué valor tienen los testimonios sobre Santa Elena? La personalidad de Las Cases fue estudiada por E. de Las Cases en 1959. Escribió su *Memorial* en una perspectiva liberal, que introducía numerosos apócrifos, como la seudo carta a Murat sobre los asuntos de España del 29 de marzo de 1808. Para dar cuerpo a su obra, bebió de documentos de la *Bibliothèque historique*, y una compilación de textos publicada por un hombre de Maret, A. V. Benoit, y estudiado por P. Gonnard, «La légende napoléonienne et la presse libérale, 1817-1820», en *Revue des Études napoléoniennes*, marzo de 1912, pp. 235-258. El *Memorial* incita pues a la desconfianza y debe confrontarse con otros testimonios. Pero Montholon es aún menos fiable, aunque haya sido objeto de un juicio matizado de Hélène Michaud («Que vaut le témoignage de Montholon à la lumière du fonds Masson?», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1971, pp. 113-120). Antommarchi tiene mala reputación: al menos, J. Poulet lo rehabilita en el plano médico («Le cas Antommarchi», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1971, pp. 130-138). La fuente más exacta y más completa la constituyen, en definitiva, los *Cahiers* de Bertrand, que Fleuriot de Langle ha descifrado no sin errores. El estudio de Vasson sobre Bertrand (1935) es anterior a la publicación de los *Cahiers*. Entre los que no dejaron recuerdos: Archambault, cuya biografía nos propone Rustan en la *Revue du Tarn*, 1957, pp. 147-151, y Piontkowski («Un aventurier ou un missionnaire?», en S. Kirkov, *Revue de l'Institut Napoléon*, 1976, pp. 185-193). ¿De qué murió Napoleón? Sven Forshuvud ha imaginado una verdadera novela policiaca fundada en el envenenamiento con arsénico y señalado al culpable: Montholon (*Napoléon a-t-il été empoisonné?*, 1961, retomado por Weider y Hapgood, *Qui a tué Napoléon?*, 1982). Godlewski descarta la hipótesis del cáncer y se inclina por una hepatitis, de la que Napoleón se habría curado y una lesión gástrica de la que habría muerto (*Revue de l'Institut Napoléon*, 1960, pp. 145-151). Cáncer desarrollado sobre una antigua úlcera, considera P. Ganière en *Sainte-Hélène, terre d'exil* (1971). Dejemos de lado la hipótesis altamente fantasiosa del doctor Robert Greenblatt según la cual el Emperador habría estado aquejado por el «síndrome de

Zollinger-Ellison», enfermedad hormonal que lo transformaba poco a poco en mujer. Se ha hablado también del papel pintado de Longwood, que explicaría la presencia de arsénico en los cabellos de Napoleón (Jones y Ledingham, «Arsenic in Napoleon's Wallpaper», *Nature*, octubre de 1982).

Las máscaras mortuorias de Napoleón hicieron correr mucha tinta. Léase E. de Veauce, *L'Affaire du Masque de Napoléon* (1957), y J. Jousset, «L'Affaire du Masque de Napoléon», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1957, pp. 100-106. Se hacen esfuerzos inútiles en torno al lecho de muerte de Napoleón, sin gran provecho para la historia: J. y G. Rétif de la Bretonne, *La Vérité sur le Lit de mort de Napoléon* (1960). Finalmente, el mismo G. Rétif de la Bretonne sostuvo, en *Anglais, rendez-nous Napoléon* (1969), que Napoleón reposaría en Westminster. Sería el maestresala Cipriani quien estaría bajo la cúpula de los Inválidos. Léase la refutación de D. Mac Carthy en la *Revue de la Société des Amis du Musée de l'Armée*, 1971, pp. 31-43. Último avatar del mito: Cavanna, *Les aventures de Napoléon* (1976), presentación caricaturesca en la tradición además violenta de *L'os à moelle*. Sobre la posteridad de las ideas napoleónicas: W. Smith, *Napoléon III* (1970, en inglés), J. Domarchi, *Marx et l'histoire*, y las actas del coloquio sobre el bonapartismo en *Francia* (1976, por L. Girard, P. Vigier, J. Tulard). Recordemos que ni Hitler, ni Rosenberg hicieron referencias a Napoleón. Un balance de la época napoleónica se esboza en las *Actas* del XII Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Viena, 1965).

Conclusión

Frente a los peligros interiores y exteriores que amenazaban sus intereses, la burguesía francesa siempre supo inventar a sus salvadores. Napoleón abrió la vía a Cavaignac, Luis Napoleón Bonaparte, Thiers, Pétain y De Gaulle. Y porque la virtud principal del burgués es la ingratitud, pero su defecto mayor es la falta de coraje, la separación entre el salvador y sus inventores desembocó la mayoría de las veces en una catástrofe nacional. El salvador carga generalmente con la responsabilidad de esta catástrofe. Se distingue en él, al cabo de algunos años, una tendencia suicida, de la que no se habría librado, de creer a Malraux, ni siquiera el propio De Gaulle. ¿Cansancio del poder? ¿Disgusto por el papel desempeñado? Llegado en circunstancias trágicas (golpe de Estado, revolución, derrota nacional), el salvador desaparece en una atmósfera apocalíptica. Otro salvador lo sustituirá, y el engranaje volverá a comenzar. Podemos ver en ello la consecuencia de la desaparición del principio de legitimidad, que era el fundamento de la vieja monarquía destruida en 1789.

Napoleón es el arquetipo de estos salvadores que jalonan la historia de Francia en los siglos XIX y XX.

La burguesía media, el campesinado acomodado y algunos hombres de negocios prevenidos habían sido los grandes beneficiarios de la Revolución. Unos y otros habían podido, gracias al dinero de que disponían en 1789, comprar los bienes nacionales, construir grandes fortunas terratenientes en una época en que se hundían los valores mobiliarios, y, al arrendar a los campesinos parcelarios, integrarlos a su clientela. Solo la alianza de la burguesía y el campesinado podía permitir terminar la Revolución bien en torno a un hombre, o bien en torno a un principio. Se encontró al hombre: Bonaparte. El principio ya era conocido: la propiedad. A Bonaparte le correspondía el mantenimiento de las ventajas adquiridas: la fijación de un punto de no retorno al pasado y la detención de la marcha hacia delante de esta revolución. Porque, como se ha subrayado a menudo, esta había tenido como resultado, en el seno de la burguesía y del campesinado, el empobrecimiento de los más pobres y el enriquecimiento de los más ricos. El cuarto estado, el proletariado urbano y rural, tenía que ser refrenado. Los *enragés*, más que Babeuf, demasiado teórico y demasiado barullero en la acción, habían mostrado que este proletariado estaba preparado para impugnar el principio —que se acababa de declarar «sagrado»— de la propiedad.

Bonaparte supo encontrar la forma de frenarlo: la guerra, que se desarrolló fuera del territorio nacional, absorbió las energías y las desvió hacia los campos de batalla. La escasez de brazos favoreció la subida de los salarios: se aseguró el abastecimiento de París sin graves fallos y el precio del pan se mantuvo en una tasa razonable. En resumen, en el pueblo, quienes se libraron de los horrores de Eylau y del Berezina tuvieron la sensación de una nueva edad de oro.

La burguesía podía darse por satisfecha: la guerra no castigaba a sus hijos gracias al sistema de reemplazos. No costaba nada, porque el vencedor le arrancaba enormes

contribuciones al vencido. Y finalmente, le permitía cultivar a buen precio su chauvinismo (la palabra nació entonces) leyendo los boletines de la *Grande Armée*.

Pero la guerra tenía sus límites: las fronteras naturales de Francia. Al lanzarse, en Italia y en Alemania, a conquistas incesantes, ¿no estaba concitando Napoleón los rencores de Europa? ¿No acabaría Francia por sucumbir ante una coalición general de sus enemigos? ¿Y no perdería entonces las ventajas adquiridas por la Revolución? Talleyrand predicaba, después de las victorias, la moderación. Napoleón respondía alegando la necesidad de inmensas salidas comerciales para la industria. Más lúcidos, los manufactureros recordaban que la producción no era lo suficientemente fuerte como para subvenir ella sola a las necesidades de Europa. El mercado ruso, por ejemplo, era demasiado grande para que Francia pudiera sustituir enteramente a Inglaterra. Además, el Bloqueo Continental, base de la política exterior de Napoleón, arruinaba los puertos franceses.

El divorcio entre Napoleón y los brumarianos, aquellos que habían hecho Brumario y aquellos que lo habían aprobado en el plebiscito que siguió, puede ser fechado con precisión: 1808, el asunto de España. La distribución de las primeras coronas en el seno de la familia Bonaparte, en 1806, había disgustado un poco a los revolucionarios, pero ¿no era eso la continuación del sistema de las repúblicas-hermanas caro al Directorio? Los más inteligentes comprendieron que la reconstrucción de una nobleza no se haría durante mucho tiempo en su beneficio. El matrimonio de Napoleón y María Luisa les confirmó sus temores de un retorno al pasado. Al mismo tiempo, las operaciones de España, por primera vez, dejaban de dar beneficios. La guerra relámpago había pasado a mejor vida. D'Ivernois mostró que el estancamiento del ejército en la península Ibérica amenazaba con arruinar poco a poco a Francia. ¿Con qué provecho? Los notables nunca creyeron en la dinastía de los Napoleónidas: la prueba es el asunto Malet. La coronación no era más que una ceremonia destinada a normalizar el nuevo régimen ante los ojos de las monarquías europeas. Una dictadura de salvación pública en provecho de los pudientes de la Revolución: esa era la significación profunda de la fundación del Imperio. Por haberla olvidado y creer que iba a instaurar una nueva dinastía llamada a reinar sobre el continente, el «salvador» fue enviado a redactar sus *Memorias*. Santa Elena anunciaba Chislehurst, la Isla de Yeu y Colombey.

Fracasados los *Bardos*, tachada de los programas la ópera preferida de Napoleón, Rossini creyó que podía prolongar los refinamientos musicales del siglo XVIII, y restablecer a Mozart. Desdichadamente las monarquías ya eran constitucionales y las dinastías no tenían ningún porvenir. El autor de *Guillermo Tell* lo entendió en 1830 y se calló. En adelante, Meyerbeer y luego Offenbach estarían en el candelero. Aparecieron otros Sarastros, pero el encanto musical de la *Flauta* se había disipado. El primer salvador había sido también el más grande; sus seguidores solo fueron su caricatura.

ANEXOS

Mapa



www.lectulandia.com - Página 361

Cronología napoleónica

15 de agosto de 1769: nacimiento de Napoleón Bonaparte.

21 de julio de 1771: bautismo de Napoleón Bonaparte.

15 de diciembre de 1778: Carlos Bonaparte, nombrado diputado de la nobleza en los Estados Generales de Córcega ante el rey, se lleva a sus dos hijos José y Napoleón al continente.

1 de enero de 1779: José y Napoleón ingresan en el colegio de Autun.

15 de mayo de 1779: ingreso de Napoleón en el colegio militar de Brienne.

17 (*o 30*) *de octubre de 1784*: Napoleón deja Brienne para ir a la Escuela Militar de París.

28 de octubre de 1785: abandona la Escuela Militar, con el número 42 sobre los 58 de la promoción.

3 de noviembre de 1785: en guarnición en Valence.

15 de septiembre de 1786: llegada de permiso a Córcega.

12 de septiembre de 1787: deja Córcega. Había obtenido una licencia de cinco meses y medio.

22 de noviembre de 1787: en París, «encuentro» en el Palais Royal con una prostituta.

1 de enero de 1788: segunda estancia en Córcega.

Junio de 1788: Bonaparte se une a su regimiento en Auxonne.

23 de agosto de 1789: presta juramento de fidelidad a la Nación, al Rey y a la Ley.

Septiembre de 1789-febrero de 1791: tercera estancia en Córcega. Napoleón se involucra en las luchas políticas de la isla.

12 de febrero de 1791: regreso a Auxonne. Allí publica su *Carta a Buttafuoco*.

16 de junio de 1791: en guarnición en Valence.

Septiembre de 1791-mayo de 1792: cuarta estancia en Córcega.

Mayo de 1792: llegada a París.

10 de agosto de 1792: asiste a la toma de las Tullerías.

Octubre de 1792: quinta estancia en Córcega.

18 de febrero de 1793: expedición de Cerdeña. Se corta en seco el 25.

11 de junio de 1793: peleado con Paoli, Bonaparte debe huir de Córcega con su familia.

13 de junio de 1793: llegada a Tolón con su familia.

18 de diciembre de 1793: los ingleses evacuan Tolón.

22 de diciembre de 1793: los representantes ascienden al jefe de batallón Bonaparte al grado de general de brigada.

11 de julio de 1794-23 de mesidor del año II: misión en Génova por orden de Robespierre el Joven.

27 de julio-9 de termidor del año II: caída de Robespierre.

9 de agosto de 1794-22 de termidor del año II: Bonaparte es puesto bajo arresto.

20 de agosto de 1794-3 de fructidor del año II: queda limpio de toda acusación.

21 de abril de 1795-2 de floreal del año III: noviazgo con Désirée Clary.

13 de junio de 1795-25 de pradial del año III: nombrado general en el ejército del oeste. Hará que le concedan una licencia.

18 de agosto de 1795-1 de fructidor del año III: Bonaparte es asignado a la Oficina Topográfica del Ministerio de la Guerra.

15 de septiembre de 1795-29 de fructidor del año III: es excluido de la lista de los generales empleados por el comité de Salvación Pública.

5 de octubre de 1795-13 de vendimiario del año IV: participa en el aplastamiento de la insurrección realista contra la Convención.

15 de octubre de 1795-23 de vendimiario del año IV: encuentro con Josefina de Beauharnais.

16 de octubre de 1795-24 de vendimiario del año IV: Bonaparte es nombrado general de división.

26 de octubre de 1795-3 de brumario del año IV: Bonaparte se convierte en general en jefe del ejército del Interior.

9 de marzo de 1796-19 de ventoso del año IV: matrimonio de Napoleón Bonaparte y de Josefina de Beauharnais.

11 de marzo de 1796-21 de ventoso del año IV: partida de Bonaparte hacia el ejército de Italia cuyo mando en jefe ha recibido el 2 de marzo.

12 de abril de 1796-23 de germinal del año IV: victoria de Montenotte.

21 de abril de 1796-2 de floreal del año IV: victoria de Mondovì.

28 de abril de 1796-9 de floreal del año IV: armisticio de Cherasco.

10 de mayo de 1796-21 de floreal del año IV: victoria de Lodi.

15 de mayo de 1796-26 de floreal del año IV: Bonaparte entra en Milán.

5 de agosto de 1796-18 de termidor del año IV: victoria de Castiglione.

8 de septiembre de 1796-22 de fructidor del año IV: victoria de Bassano.

17 de noviembre de 1796-27 de brumario del año V: victoria de Arcola.

14 de enero de 1797-25 de nivoso del año V: victoria de Rívoli.

2 de febrero de 1797-14 de pluvioso del año V: capitulación de Mantua.

18 de abril de 1797-29 de germinal del año V: preliminares de Leoben.

4 de septiembre de 1797-18 de fructidor del año V: golpe de Estado antirealista.

17 de octubre de 1797-26 de vendimiario del año VI: paz de Campo Formio.

28 de noviembre de 1797-8 de frimario del año VI: apertura del congreso de Rastadt.

5 de diciembre de 1797-15 de frimario del año VI: Bonaparte está de regreso en París.

25 de diciembre de 1797-5 de nivoso del año VI: Bonaparte es elegido en el Instituto.

19 de mayo de 1798-30 de floreal del año VI: Bonaparte se embarca hacia Egipto.

11 de junio de 1798-23 de pradial del año VI: toma de Malta.

2 de julio de 1798-14 de mesidor del año VI: Bonaparte toma Alejandría.

21 de julio de 1798-3 de termidor del año VI: victoria de las Pirámides.

24 de julio de 1798-7 de termidor del año VI: entrada de Bonaparte en El Cairo.

1 de agosto de 1798-14 de termidor del año VI: Nelson destruye la flota francesa en Abukir.

22 de agosto de 1798-5 de fructidor del año VI: creación del Instituto de Egipto.

21 de octubre de 1798-30 de vendimiario del año VII: insurrección de El Cairo contra los franceses.

19 de diciembre de 1798-29 de frimario del año VII: relación de Bonaparte con Pauline Fourès.

7 de marzo de 1799-17 de ventoso del año VII: toma de Jaffa.

19 de marzo de 1799-29 de ventoso del año VII: sitio de San Juan de Acre.

10 de mayo de 1799-21 de floreal del año VII: después de un octavo asalto, Bonaparte decide levantar el sitio de San Juan de Acre.

14 de junio de 1799-26 de pradial del año VII: Bonaparte de retorno a El Cairo.

19 de julio de 1799-1 de termidor del año VII: descubrimiento de la Piedra de Rosetta.

25 de julio de 1799-7 de termidor del año VII: victoria de Bonaparte en Abukir.

23 de agosto de 1799-6 de fructidor del año VII: Bonaparte abandona Egipto.

9 de octubre de 1799-17 de vendimiario del año VIII: Bonaparte desembarca en Francia.

16 de octubre de 1799-24 de vendimiario del año VIII: Bonaparte llega a París.

9 de noviembre de 1799-10 de noviembre-18 y 19 de brumario del año VIII: golpe de Estado. Bonaparte es cónsul provisional con Sieyès y Roger Ducos.

15 de diciembre de 1799-24 de frimario del año VIII: proclamación de la constitución.

22 de diciembre de 1799-1 de nivoso del año VIII: toma de posesión del Consejo de Estado.

27 de diciembre de 1799-6 de nivoso del año VIII: toma de posesión del Senado.

1.º de enero de 1800 —11 de nivoso del año VIII: toma de posesión del Tribunado y del Cuerpo Legislativo.

13 de febrero de 1800-24 de pluvioso del año VIII: creación del Banco de Francia.

17 de febrero de 1800-28 de pluvioso del año VIII: institución de los prefectos.

19 de febrero de 1800-30 de pluvioso del año VIII: Bonaparte se instala en las Tullerías.

20 de mayo de 1800-30 de floreal del año VIII: Bonaparte atraviesa el San Bernardo.

14 de junio de 1800-25 de pradial del año VIII: victoria de Marengo.

7 de septiembre de 1800-20 de fructidor del año VIII: respuesta de Bonaparte a

las propuestas de Luis XVIII: «Sacrifique su interés a la tranquilidad y a la felicidad de Francia».

24 de septiembre de 1800-2 de vendimiario del año IX: secuestro de Clément de Ris.

2 de octubre de 1800-11 de vendimiario del año IX: tratado de Mortefontaine con Estados Unidos.

24 de octubre de 1800-2 de brumario del año IX: fracaso de la conspiración de los puñales contra Bonaparte.

1 de noviembre de 1800-10 de brumario del año IX: publicación del *Paralelo entre César, Cromwell, Monk y Bonaparte*.

3 de diciembre de 1800-12 de frimario del año IX: victoria de Moreau en Hohenlinden.

24 de diciembre de 1800-3 de nivoso del año IX: atentado contra Bonaparte en la Rue Saint-Nicaise.

9 de febrero de 1801-20 de pluvioso del año IX: paz de Lunéville.

15 de julio de 1801-26 de mesidor del año IX: firma del Concordato.

6 de diciembre de 1801-15 de frimario del año X: críticas del Tribunado a los primeros artículos del Código Civil.

25 de marzo de 1802-4 de germinal del año X: paz de Amiens con Inglaterra.

3 de abril de 1802-13 de germinal del año X: presentación de los artículos orgánicos.

1 de mayo de 1802-11 de floreal del año X: creación de los liceos.

10 de mayo de 1802-20 de floreal del año X: proyecto de plebiscito para conceder a Napoleón (primera aparición oficial de este nombre de pila) Bonaparte el Consulado vitalicio.

19 de mayo de 1802-29 de floreal del año X: institución de la Legión de Honor.

20 de mayo de 1802-30 de floreal del año X: restablecimiento de la esclavitud en las colonias.

4 de agosto de 1802-16 de termidor del año X: constitución del año X.

13 de septiembre de 1802-26 de fructidor del año X: Fouché cae en desgracia.

2 de noviembre de 1802-11 de brumario del año XI: muerte de Leclerc en Santo Domingo.

3 de mayo de 1803-13 de floreal del año XI: venta de Luisiana a Estados Unidos.

16 de mayo de 1803-25 de floreal del año XI: ruptura con Inglaterra.

29 de enero de 1804-8 de pluvioso del año XII: la policía descubre que Cadoudal se encuentra en París para raptar al Primer Cónsul.

21 de marzo de 1804-30 de ventoso del año XII: ejecución del duque de Enghien.

18 de mayo de 1804-28 de floreal del año XII: Napoleón Bonaparte es proclamado Emperador de los franceses.

19 de mayo de 1804-29 de floreal del año XII: nombramiento de dieciocho mariscales de Imperio.

10 de julio de 1804-21 de mesidor del año XII: Fouché vuelve a ser nombrado ministro de la Policía General.

2 de diciembre de 1804-11 de frimario del año XIII: coronación de Napoleón.

17 de marzo de 1805-26 de ventoso del año XIII: Napoleón rey de Italia.

10 de septiembre de 1805: Austria ataca Baviera.

19 de octubre de 1805: victoria de Ulm.

21 de octubre de 1805: derrota de la flota franco-española en Trafalgar.

2 de diciembre de 1805: victoria de Austerlitz.

26 de diciembre de 1805: tratado de Presburgo.

31 de diciembre de 1805: fin del calendario republicano.

14 de febrero de 1806: Masséna entra en Nápoles.

15 de marzo de 1806: Murat gran duque de Berg.

30 de marzo de 1806: José rey de Nápoles.

4 de abril de 1806: publicación del catecismo imperial.

10 de mayo de 1806: fundación de la Universidad.

16 de mayo de 1806: Order in Council inglesa que declara las costas desde el Elba hasta Brest en estado de bloqueo.

5 de junio de 1806: Luis rey de Holanda.

12 de julio de 1806: establecimiento de la Confederación del Rin.

26 de agosto de 1806: ultimátum prusiano.

14 de octubre de 1806: victorias de Jena y de Auerstaedt.

27 de octubre de 1806: Napoleón entra en Berlín.

21 de noviembre de 1806: Napoleón decreta el Bloqueo Continental.

1 de enero de 1807: encuentro de Napoleón y de María Walewska.

8 de febrero de 1807: penosa victoria de Eylau.

14 de junio de 1807: victoria de Friedland.

7 de julio de 1807: firma del tratado de Tilsit.

22 de julio de 1807: creación del gran ducado de Varsovia.

9 de agosto de 1807: Talleyrand es apartado de Relaciones Exteriores.

16 de agosto de 1807: Jerónimo rey de Westfalia.

19 de agosto de 1807: supresión del Tribunado.

16 de septiembre de 1807: creación del Tribunal de Cuentas.

27 de octubre de 1807: convención franco-española de Fontainebleau.

30 de noviembre de 1807: Junot entra en Lisboa.

20 de febrero de 1808: Murat se convierte en teniente-general del Emperador en España.

1 de marzo de 1808: creación de la nobleza de Imperio.

2 de mayo de 1808: levantamiento de Madrid contra la presencia francesa.

5 de mayo de 1808: abdicación de Carlos IV de España.

4 de junio de 1808: José, rey de España.

15 de junio de 1808: Murat rey de Nápoles.

20 de junio de 1808: José entra en Madrid.

22 de junio de 1808: Dupont capitula en Bailén.

30 de agosto de 1808: Junot capitula en Sintra.

27 de septiembre de 1808: entrevista de Erfurt entre Napoleón y el zar.

4 de diciembre de 1808: capitulación de Madrid ante Napoleón.

20 de diciembre de 1808: Talleyrand y Fouché se reconcilian para preparar el futuro en caso de desaparición de Napoleón.

21 de febrero de 1809: Lannes toma Zaragoza.

8 de abril de 1809: Austria ataca Baviera.

22 de abril de 1809: victoria de Eckmühl.

22 de mayo de 1809: batalla de Essling.

6 de julio de 1809: victoria de Wagram. Detención de Pío VII.

14 de octubre de 1809: tratado de Viena.

15 de diciembre de 1809: el Senado adopta el senadoconsulto por el que se pronuncia el divorcio de Napoleón y Josefina.

17 de febrero de 1810: la ciudad de Roma se anexiona al Imperio.

2 de abril de 1810: matrimonio de Napoleón y María Luisa.

3 de junio de 1810: caída en desgracia de Fouché.

9 de julio de 1810: Holanda se une a Francia.

21 de agosto de 1810: Bernadotte elegido príncipe hereditario de Suecia.

20 de marzo de 1811: nacimiento del rey de Roma.

19 de enero de 1812: victoria de Wellington en Ciudad Rodrigo.

8 de abril de 1812: Alejandro lanza un ultimátum a Napoleón.

18 de mayo de 1812: conferencia de Dresde.

24 de junio de 1812: Napoleón atraviesa el Niemen.

22 de julio de 1812: Wellington vence a Marmont en Arapiles.

7 de septiembre de 1812: victoria del Moscova (Borodino).

14 de septiembre de 1812: Napoleón entra en Moscú.

18 de octubre de 1812: Napoleón decide abandonar Moscú.

23 de octubre de 1812: golpe de Estado del general Malet.

27 de noviembre de 1812: batalla del Beresina.

5 de diciembre de 1812: Napoleón abandona al ejército en retirada.

25 de enero de 1813: Concordato de Fontainebleau.

17 de marzo de 1813: Prusia declara la guerra a Francia.

2 de mayo de 1813: victoria de Lützen.

20 de mayo de 1813: victoria de Bautzen.

4 de junio de 1813: armisticio de Pleiswitz.

21 de junio de 1813: victoria de Wellington en Vitoria. Se ha perdido España.

29 de julio de 1813: congreso de Praga.

12 de agosto de 1813: Austria declara la guerra a Francia.

16-19 de octubre de 1813: batalla de Leipzig. Desmoronamiento de la Alemania

napoleónica.

30 de octubre de 1813: victoria de Hanau.

16 de noviembre de 1813: Francia pierde Holanda.

4 de diciembre de 1813: declaración de Fráncfort.

29 de diciembre de 1813: informe de Lainé al Cuerpo Legislativo.

30 de diciembre de 1813: ocupación de Suiza por los austríacos.

17 de enero de 1814: defección de Murat. La dominación francesa de Italia está en peligro.

29 de enero de 1814: victoria de Napoleón en Brienne.

10 de febrero de 1814: victoria de Champaubert.

11 de febrero de 1814: victoria de Montmirail.

18 de febrero de 1814: victoria de Montereau.

13 de marzo de 1814: victoria de Reims.

30-31 de marzo de 1814: caída de París.

2 de abril de 1814: el Senado pronuncia la deposición de Napoleón.

4 de abril de 1814: abdicación de Napoleón bajo la presión de los mariscales.

6 de abril de 1814: abdicación incondicional de Napoleón.

20 de abril de 1814: los adioses de Fontainebleau.

4 de mayo de 1814: Napoleón desembarca en la isla de Elba.

30 de junio de 1814: tratado de París.

1 de noviembre de 1814: inauguración del Congreso de Viena.

26 de febrero de 1815: Napoleón abandona la isla de Elba.

1 de marzo de 1815: Napoleón desembarca en el Golfo Juan.

7 de marzo de 1815: las tropas se unen a Napoleón en el desfile de Laffrey.

20 de marzo de 1815: Napoleón en París.

30 de marzo de 1815: Murat lanza su proclamación de Rímini.

22 de abril de 1815: proclamación del Acta Adicional.

3 de mayo de 1815: Murat derrotado en Tolentino.

1 de junio de 1815: ceremonia del Campo de Mayo.

9 de junio de 1815: acta final del Congreso de Viena.

16 de junio de 1815: victoria de Ligny.

18 de junio de 1815: desastre de Waterloo.

22 de junio de 1815: abdicación de Napoleón.

15 de julio de 1815: Napoleón sube a bordo del *Bellerophon*.

7 de agosto de 1815: Napoleón transferido al *Northumberland*.

13 de octubre de 1815: Murat fusilado en Pizzo.

16 de octubre de 1815: Napoleón llega a Santa Elena.

20 de noviembre de 1815: segundo tratado de París.

7 de diciembre de 1815: Ney es fusilado.

10 de diciembre de 1815: Napoleón se instala en Longwood.

17 de abril de 1816: primer encuentro con el primer gobernador, Hudson Lowe.

18 de agosto de 1816: algarada con Hudson Lowe.

25 de noviembre de 1816: Las Cases es expulsado de Santa Elena.

11 de febrero de 1818: última entrevista entre Napoleón y Gourgaud, que solicitó abandonar la isla.

5 de mayo de 1821: muerte de Napoleón.

15 de diciembre de 1840: ceremonia del retorno de las cenizas a París.

Los ministros de Napoleón

JUSTICIA: Cambacérès (11 de noviembre-25 de diciembre de 1799); Abrial (25 de diciembre de 1799-14 de septiembre de 1802); Régnier, futuro duque de Massa (14 de septiembre de 1802-13 de junio de 1813); Molé (20 de noviembre de 1813-3 de abril de 1814).

INTERIOR: Laplace (11 de noviembre-25 de diciembre de 1799); Luciano Bonaparte (25 de diciembre de 1799-7 de noviembre de 1800); Chaptal (primero interino, y luego del 21 de enero de 1801 al 8 de agosto de 1804); Champagny (4 de noviembre de 1804-8 de agosto de 1807); Cretet (8 de agosto de 1807-junio de 1809); Montalivet (1 de octubre de 1809-3 de abril de 1814).

POLICÍA GENERAL: Fouché (hasta el 15 de septiembre de 1802, fecha de la supresión del puesto); Fouché (del 10 de julio de 1804, fecha del restablecimiento del puesto-3 de junio de 1810); Savary, duque de Rovigo (3 de junio de 1810-3 de abril de 1814).

RELACIONES EXTERIORES: Talleyrand (22 de noviembre de 1799, en sustitución de Reinhard-9 de agosto de 1807); Champagny, duque de Cadore (9 de agosto de 1807-17 de abril de 1811); Maret, duque de Bassano (17 de abril de 1811-20 de noviembre de 1813); Caulaincourt, duque de Vicenza (20 de noviembre de 1813-3 de abril de 1814).

FINANZAS: Gaudin, futuro duque de Gaeta (11 de noviembre de 1799-3 de abril de 1814).

TESORO PÚBLICO: Barbé-Marbois (del 27 de septiembre de 1801, fecha de la creación del cargo, hasta el 27 de enero de 1806); Mollien (27 de enero de 1806-3 de abril de 1814).

GUERRA: Berthier (11 de noviembre de 1799-2 de abril de 1800); Carnot (2 de abril de 1800-8 de octubre de 1800); Berthier (8 de octubre de 1800-9 de agosto de 1807); Clarke, duque de Feltre (9 de agosto de 1807-3 de abril de 1814).

ADMINISTRACIÓN DE LA GUERRA: Dejean (del 12 de marzo de 1802, creación del cargo, al 3 de enero de 1810); Lacuée, conde de Cessac (3 de enero de 1810-20 de noviembre de 1813); Daru (20 de noviembre de 1813-3 de abril de 1814).

MARINA Y COLONIAS: Forfait (22 de noviembre de 1799, en sustitución de Bourdon de Vatry-3 de octubre de 1801); Decrès (3 de octubre de 1801-3 de abril de 1814).

CULTOS: Portalis (del 10 de julio de 1804, creación del cargo, al 4 de enero de 1808); Bigot de Préameneu (4 de enero de 1808-3 de abril de 1814).

MANUFACTURAS Y COMERCIO: Collin de Sussy (del 16 de enero de 1812, creación del ministerio, al 3 de abril de 1814).

SECRETARÍA DE ESTADO: Maret (del 25 de diciembre de 1799, creación del cargo, al 17 de abril de 1811); Daru (17 de abril de 1811-20 de noviembre de 1813);

Maret (20 de noviembre de 1813-3 de abril de 1814).

EL MINISTERIO DE LOS CIEN DÍAS; Justicia: Cambacérès; Secretaría de Estado: Maret; Finanzas: Gaudin; Interior: Carnot; Marina y colonias: Decrès; Policía General: Fouché; Tesoro: Mollien; Guerra: Davout; Asuntos Exteriores: Caulaincourt (con dos subsecretarios de Estado: Otto y Bignon).

Los mariscales de Napoleón

Promoción de 1804:
AUGEREAU, duque de Castiglione en 1808.
BERNADOTTE, a continuación príncipe de Ponte-Corvo.
BERTHIER, príncipe soberano de Neuchâtel (1806), príncipe de Wagram (1809).
BESSIÈRES, duque de Istria (1809).
BRUNE.
DAVOUT, duque de Auerstaedt (1808), príncipe de Eckmühl (1809).
JOURDAN.
KELLERMANN, duque de Valmy (1808).
LANNES, duque de Montebello (1808).
LEFEBVRE, duque de Dantzig (1807).
MASSÉNA, duque de Rivoli (1808), príncipe de Essling (1809).
MONCEY, duque de Conegliano (1808).
MORTIER, duque de Treviso (1808).
MURAT, gran duque de Berg, rey de Nápoles (1808).
NEY, duque de Elchingen (1808), príncipe de Moscú (1813).
PÉRIGNON, conde de Imperio.
SÉRURIER, conde de Imperio.
SOULT, duque de Dalmacia (1808).

En 1807:
VICTOR, duque de Belluno (1808).

En 1809:
MARMONT, duque de Ragusa (1808).
MACDONALD, duque de Tarento (1809).
OUDINOT, duque de Reggio (1810).

En 1811:
SUCHET, duque de Albufera (1812).

En 1812:
GOUVION SAINT-CYR, conde de Imperio.

En 1813:
PONIATOWSKI, príncipe polaco.

En 1815:
GROUCHY, conde de Imperio.

No llegarán a ser mariscales: Junot, duque de Abrantès; Arrighi de Casanova, duque de Padua; Clarke, duque de Feltre (solo en 1816); y Duroc, duque de Friuli y mariscal de Palacio.

¿Se convirtieron en condes Jourdan y Brune por su pertenencia a la Cámara de los Pares en 1815? Se puede debatir. La mejor síntesis sobre los mariscales es la de Jacques Jourquin, *Dictionnaire des maréchaux du Premier Empire* (1986).

La familia de Napoleón

Fuentes I

FUENTES: Los debates se encuentran en *Le Moniteur* así como en Buchez y Roux, *Histoire parlementaire de la Révolution française*, LXXXVIII (1838). Se consultará con curiosidad los informes del Bureau Central publicados por Aulard en *Paris sous la Convention thermidorienne et le Directoire*, t. V (1902; nada permitiría prever un golpe de Estado a quien prestara su confianza a estos informes). Los informes del Estado Mayor todavía inéditos son decepcionantes. Los diarios de la época son interesantes (*Gazette nationale, Le Journal de Paris*…). Las Memorias constituyen una importante mina de informaciones, es cierto que, a menudo, sospechosas. Escrito en el momento del acontecimiento, el *Dix-huit Brumaire* de Lombard de Langres puede pasarse por alto, así como las obras de Cornet (*Notice historique sur le 18 Brumaire*, 1819: «esta jornada fue una jornada de engaños, en el sentido de que el poder pasó a manos que no se habían temido suficientemente»), Gallais (*Histoire du 18 Brumaire*, 1814; panfletario) o el anónimo *Notice sur le 18 Brumaire par un témoin* (1824). En cambio, los recuerdos de Bigonnet (1819), Gohier (1824), Bourrienne (1829, a pesar de su parcialidad), Barère (1844), Marmont (1857), Luciano Bonaparte (ed. Iung, 1882), Barras (1895), Jourdan (en *Carnet historique et littéraire*, 1901), Lavalette (1905), Thiébault (1908) proporcionan útiles indicaciones. Las Memorias de Fouché y las de Talleyrand son muy sospechosas, los recuerdos de Lecouteulx demasiado breves.

OBRAS: *L'Avènement de Bonaparte*, de A. Vandal, sigue siendo un clásico (1902-1907). Hay que completarlo con los estudios posteriores de: A. Espitalier, *Vers Brumaire* (1914); J. Bainville, *Le Dix-huit Brumaire* (1925; muestra que el 18 de brumario fue una jornada tan revolucionaria como las demás); A. Meynier, *Les Coups d'État du Directoire*, t. III (1928); G. Bord y L. Bigard, *La Maison du 18 Brumaire* (1930; de hecho, una historia política del Directorio); J. Thiry, *Le coup d'État du 18 Brumaire* (1947); A. Ollivier, *Le 18 Brumaire* (1959); Bessand-Massenet, *Le 18 Brumaire* (1965; excelente iconografía); Goodspeed, *Bayonets at Saint-Cloud* (Nueva York, 1965); J. Tulard, *Le 18 Brumaire* (*Douze moments clés de l'histoire de France*, 1973, pp. 151-173). Aulard aborda aspectos de detalle como la leyenda de los puñales en *Études et leçons*, t. II, III y VII. En la última revisión se añade Bertaud, *Bonaparte prend le pouvoir* (1987).

Capítulo 1: El extranjero

FUENTES: Consignamos aquí solo las fuentes impresas. Las primeras cartas conocidas de Napoleón (la primera tiene fecha del 25 de junio de 1784) no se han

recogido en la *Correspondance générale* publicada bajo el Segundo Imperio. Señalemos las cartas a una tal Emma publicadas por Leidjendecker en la *Revue des Études napoléoniennes* de 1933, p. 52. Los escritos de juventud de Napoleón fueron publicados por Masson y Biagi, *Napoléon, manuscrits inédits* (1910), y por J. Tulard, *Napoléon, œuvres littéraires* (t. I, 1968). Las *Memorias* son numerosas pero poco fiables: las de José (1853) a veces inexactas; Abrantès merece su sobrenombre de Abracadabrantès; las *Mémoires* de Bourrienne son en parte apócrifas y copian un folleto inglés traducido al francés en el año VI (*Some account of the early years of Buonaparte at the military school of Brienne* de mr. CH.); de Romain, *Souvenirs d'un officier royaliste* (1824), es hostil; los *Cahiers* de Des Mazis publicados por P. Bartel en *La Jeunesse inédite de Napoléon* (1954) están cargados de confusiones y de errores (cf. R. Laulan, «Que valent les cahiers d'Alexandre des Mazis?», *Revue de l'Institut Napoléon,* 1956, pp. 54-60). Aimé Martin es superficial (*Intermédiaire,* 30 de enero de 1891, col. 127-128). Chaptal (*Souvenirs*, pp. 181-183) es sumario. Finalmente, hay que rechazar en bloque las *Mémoires historiques et inédits sur la vie politique et privée de l'Empereur Napoléon par le comte Charles d'Og… élève de l'école de Brienne* (1822), que es tan solo un panfleto.

OBRAS: La juventud de Napoleón inspiró gran cantidad de libros. Es conveniente desconfiar de Coston, *Biographie des premières années de Napoléon Bonaparte* (1840), de Beauterne; *L'Enfance de Napoléon* (1846), de Nasica; *Mémoires sur l'enfance et la jeunesse de Napoléon* (1850), del coronel Iung; *Bonaparte et son temps, 1769-1799* (3 vols., 1880-1881). Son excelentes, en cambio, Masson y Biagi, *Napoléon inconnu* (2 vols., 1895) y A. Chuquet, *La Jeunesse de Napoléon* (t. I, 1897, serio aunque falto de referencias). Útiles complementos en Marcaggi, *La Genèse de Napoléon* (1902), M. Mirtil, *Napoléon d'Ajaccio* (1947), P. Bartel, *La Jeunesse inédite de* Napoléon (1954). Agradables pero que no aportan elementos nuevos son Lorenzo de Bradi, *La Vraie Figure de Napoléon en Corse* (1926); L. Madelin, *La Jeunesse de Napoléon* (t. I, de su *Histoire du Consulat et de l'Empire*); H. d'Estre, *Napoléon, les années obscures* (t. I, 1942); Georges-Roux, *Monsieur de Buonaparte* (1964); J. Thiry, *Les Années de jeunesse de Napoléon* (1975). Para la cronología, *l'Itinéraire* (1947) de L. Garros es indispensable.

El medio corso necesita la consulta de numerosas historias de Córcega realizadas por Ambrosi (1914), Albitreccia (1939), Arrighi (reed.), Grégori (1967), Sédillot (1969) y, sobre todo, L. Villat, *La Corse de 1768 à 1789* (1925) y C. Ambrosi, «Les deux annexions de la Corse», *Problèmes d'Histoire de la Corse* (1971, pp. 7-22; recuerda que Génova no había cedido el ejercicio de su soberanía hasta 1768 y que los corsos no se volvieron verdaderamente franceses más que con la Revolución), Boudard, *Gênes et la France* (1962). Sobre la vida cotidiana: Arrighi (1970).

Capítulo 2: El hombre de Paoli

FUENTES: Ernest d'Hauterive publicó importantes «Lettres de jeunesse de Bonaparte» en *La Revue des Deux Mondes* del 15 de diciembre de 1931. Aparte de las *Mémoires* de José, se consultará, con precaución, las de Luciano y de Bourrienne. Los escritos de Napoleón se reunieron en *Napoléon. Oeuvres littéraires* (ed. Tulard), t. II (1968). Para Córcega misma, el artículo de Volney, «Précis sur l'état actuel de la Corse» (*Le Moniteur* del 20 de marzo de 1793), es una violenta requisitoria contra Paoli.

OBRAS: Las obras de F. Masson, *Napoléon inconnu* (1895); A. Chuquet, *La Jeunesse de Napoléon*, t. II, *La Révolution* (1898), y J. B. Marcaggi, *La Genèse de Napoléon* (1902), aunque sean objeto de discusiones de detalle, siguen siendo fundamentales. Los libros de L. Madelin, J. Thiry, Estre y P. Bartel, citados en el capítulo precedente, no aportan nueva documentación sobre Córcega en la época revolucionaria. M. Mirtil, *Napoléon d'Ajaccio* (1947), contiene en cambio piezas inéditas extraídas de los archivos corsos. Dos tesis importantes renovaron nuestros conocimientos: J. Defranceschi, *La Corse française, 30 novembre 1789. 25 juin 1794* (1980), y F. Beaucour, *Un Fidèle de l'Empereur, Jean-Mathieu-Alexandre Sari* (T. I, dactilografiado 1972).

Capítulo 3: El hombre de Robespierre

FUENTES: La gran publicación de la correspondencia de Napoleón, emprendida bajo el Segundo Imperio, comienza con el sitio de Tolón y se ha convertido desde entonces en una fuente fundamental. Aparte del tomo I, el tomo XXIX contiene una narración de Tolón (pp. 1 a 26) dictada en Santa Elena. Complétese con las *Oeuvres littéraires* (ed. Tulard), t. II (1968). Además del *Mémorial* donde Napoleón evoca Tolón, podrán consultarse las *Mémoires* de Doppet, de Marmont y de Victor. El testimonio de la duquesa de Abrantès es aquí más fiable que en las demás partes de sus inagotables *Mémoires*. Documentos relativos a Bonaparte figuran en H. Wallon, *Les Représentants en mission*, t. III (1889).

OBRAS: Dos libros fundamentales: Chuquet, *La Jeunesse de Napoléon* (t. III, *Toulon*), y J. Colin, *L'Éducation militaire de Napoléon* (1901). Aquí también el *Itinéraire* de Garros es una preciosa guía. Para el contexto revolucionario: P. Gaxotte y J. Tulard, *La Révolution française* (1975), con una copiosa bibliografía. Sugestivos pero controvertidos, el tomo II de la *Révolution française* por Furet y Richet (1966) y el *Précis* de A. Soboul (1962).

Capítulo 4: El hombre de Barras

FUENTES: Las actas de las sesiones del Directorio se encuentran en los Arch. nac. (AF III); los decretos directoriales fueron publicados en parte por Ant. Debidour: *Recueil des actes du Directoire exécutif*, 4 vols., 1910-1917 (se interrumpe en febrero de 1797). Para la Convención termidoriana, y luego el Consejo de los Ancianos y el de los Quinientos, aparte de las actas que se han conservado (J. Chaumié, *Les papiers des assemblées du Directoire aux Archives nationales*, 1976), hay que remitirse a la *Histoire parlementaire* de Bûchez y Roux, y al *Moniteur*. Sobre la evolución de la opinión pública, léanse los informes de policía, acompañados con extractos de prensa publicados por Aulard, *Paris pendant la réaction thermidorienne et sous le Directoire* (5 vols., 1898-1902).

La *Correspondance* de Napoleón I, t. I-III, es fundamental. Complétese con Léonce de Brotonne, *Dernières lettres inédites de Napoléon I* (t. I, 1903), y la correspondencia amorosa con Josefina. Las ediciones de J. Bourgeat, 1941, de J. Savant, 1955, y S. d'Huart, 1970, fueron reemplazadas por J. Tulard y Ch. de Tourtier-Bonazzi, *Lettres d'amour à Joséphine*, 1981, primera edición integral. El tomo XIX de la *Correspondance* contiene el relato del 13 de vendimiario y el de la campaña de Italia, dictados por Napoleón en Santa Elena. Añádase Arnna, *Pages de l'épopée impériale*, 1952. Véase también Montholon, *Mémoires de Napoléon*, t. X (1824).

El texto de los tratados figura en De Clercq, *Recueil des traités de la France depuis 1713 jusqu'à nos jours*, t. I, 1864 (especialmente, la paz de Campo Formio).

Las *Memorias* son abundantes. Además del *Mémorial de Sainte-Hélène*, citemos las de los miembros del Directorio: Barras (ed. Duruy, 1895; muy hostil hacia Napoleón); La Révellière-Lépeaux (1893, igualmente hostil hacia Napoleón); Carnot (*Mémoires sur Carnot publiés par son fils*, 1861; de un interés anodino); Reubell (fragmentos en *La Nouvelle Revue rétrospective*, 1904); Barthélémy (ed. Dampierre, 1914). Los militares son más interesantes, aunque sospechosos: Masséna (1848-1850), Victor (1847), Marmont (1857), Gouvion-Saint-Cyr (ed. Jourquin, 1982), Jourdan (1818), Landrieux (1893), Savary (1900), Roguet (1862), Pelleport (1857), Thiébault (t. I y II, 1893-1894), etc. Otros testimonios: Thibaudeau (2 vols. 1824), Abrantès (1831), Hortensia de Beauharnais (ed. J. Hanoteau, 1927), Fain, *Le Manuscrit de l'an III* (1828), Hamelin (*Revue de Paris*, 1926).

En el campo enemigo, no se puede descuidar: Archiduque Carlos, *Grundsätze der Strategie*, traducido por Jomini en 1818, y Mallet du Pan, *Correspondance inédite avec la cour de Vienne, 1794-1798* (1884). El gran teórico de la contrarrevolución y futuro enemigo de Napoleón sigue siendo, no obstante, Joseph de Maistre. En 1797, publicó en Basilea la tercera edición de sus *Considérations sur la France*; la obra se reeditó en 1802 y 1814. Para la cronología de las demás obras: R. Triomphe, *Joseph de Maistre* (1968, hostil) y la edición de las obras completas (1884-1887). Se les

puede contraponer el pensamiento de Roederer, en el *Journal de Paris*, o los cursos del Instituto (Roels, *La notion de représentation chez Roederer*, 1968; Cabanis, «Roederer», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1977). En la prensa de los emigrados: Maspéro-Clerc, *Peltier* (1973).

OBRAS: El final de la Convención termidoriana y el Directorio fueron objeto de varios compendios: A. Mathiez, *La Rédaction thermidorienne* (1929), G. Lefebvre, *Les Thermidoriens* (1937) y *Le Directoire* (1946); M. Reinhard, *La France du Directoire* (1956); Mathiez y Godechot, *Le Directoire, an IV-an V* (1934); A. Soboul, *Le Directoire et le Consulat* (1967); D. Woronoff, *La République bourgeoise* (1972). Sobre el 13 de vendimiario, solo existe Henri Zivy, *Le 13 Vendémiaire an IV* (1898). En cambio, la campaña de Italia fue objeto de una abundante producción de la que podemos seleccionar, después del estudio de Clausewitz, publicado en 1833 (reed. 1975): Bouvier, *Bonaparte en Italie* (1899); Fabry, *La Campagne d'Italie* (3 vols., 1900-1901, fundamental); Driault, *Napoléon en Italie* (1906); Estre, *Les Années éblouissantes. Italie, 1796-1797* (1944); M. Reinhard, *Avec Bonaparte en Italie* (1946, según las cartas de Sulkowski, su ayuda de campo); A. Fugier, *Napoléon et l'Italie* (1947); J. Thiry, *Bonaparte en ltalie* (1973, con una bibliografía copiosa). Los principales generales han sido objeto de biografías: Sérurier por Tuetey (1899); Masséna por Gachot (*La Première Campagne d'Italie*, 1902), Laharpe por Sécrétant (1897), mientras que a Joubert se le dedicó un número especial de *Visages de l'Ain* (1969). Sobre el ejército mismo: J. Godechot, «L'Armée d'Italie de 1796 à 1799» (*Cahiers de la Révolution française*, 1936); del mismo, *Les Commissaires aux armées sous la Direction* (2 vols., 1937).

Capítulo 5: ¿Sueño oriental o maniobra política? La expedición de Egipto

FUENTES: Jean Thiry, en *Bonaparte en Egypte* (1973), lleva a cabo una buena estimación aproximativa de las fuentes manuscritas, muchas de las cuales permanecen inéditas. Hay que referirse a la *Correspondance de Napoléon*, entre la cual, por añadidura, los tomos XXIX y XXX están formados por los partes oficiales de las campañas de Egipto y de Siria. *La Décade égyptienne* fue objeto de una manejable reedición en 1971. Las *Memorias* son muy abundantes: Berthier (*Relation des campagnes du général Bonaparte en Egypte et en Syrie*, 1801): Bernoyer (*Avec Bonaparte en Egypte et en Syrie, 19 lettres inédites*, ed. Tortel, 1976); Bourrienne; Bricard (1891); Dejuine (1983); Denon (*Voyage dans la Basse et la Haute-Egypte*, 1802), Desaix (*Journal de voyage*, ed. Chuquet, 1907); Desgenettes (*Souvenirs d'un médecin de l'armée d'Egypte*, 1892); Desvernois (1898); François (1903-1904, reed. Jourquin, en 1984); Geoffroy-Saint-Hilaire (*Lettres écrites d'Egypte*, 1901); Gerbaud (1910); Jollois (*Journal d'un ingénieur attaché à l'expédition française*, 1798-1802, ed. Lefèvre-Pontalis, 1904, excelente); Kléber («Carnets», *La Revue d'Egypte*, 1895);

Krettly (1838, decepcionante); Lacorre (1852); Lavalette (1910); Malus (1892); Marmont (t. I y II, 1857); Millet (1803); Miot (*Mémoires pour servir à l'histoire des expéditions en Egypte et en Syrie*, 1804); Moiret (1984); Niello-Sargy (1825); Redouté (*Revue politique et littéraire*, 1894); Reynier (1827); Savary (t. I); Talleyrand; Thurman (1802); Vaxelaire (1900); Vertray (1883); Villiers du Terrage (1899; importante). Consúltese igualmente la admirable *Description de l'Egypte* (20 vols., 1809-1822). El punto de vista del enemigo lo proporciona Nicolas Turc, *Chroniques d'Egypte* (ed. Wiet, 1950), el diario de un burgués de El Cairo (1981, se trata de Jabarti) y Nelson, *Dispatches and Letters* (Londres, 7 vols., 1844-1846). Sobre la India de Tippo-Sahib: Michaud, *Histoire de Mysore sous Hyder-Ali et TippoSahib* (1801).

OBRAS: La expedición de Egipto ha suscitado numerosas obras. Solo hemos retenido aquí las más importantes: Wilson, *History of the british expédition to Egypt* (Londres, 1802; origen de todas las denuncias de atrocidades francesas; Wilson cambiaría de opinión en 1815); Reybaud, *Histoire scientifique et militaire de l'expédition française en Egypte* (10 vols., 1830-1836, muy superada); Boulay de la Meurthe, *Le Directoire et l'expédition d'Egypte* (1885); R. Peyre, *L'Expédition d'Egypte* (1890); La Jonquière, *L'Expédition d'Egypte* (5 vols., 1900—1907; fundamental); Hanotaux, *Histoire de la Nation égyptienne* (t. V, 1934; descripción de Egipto antes de la expedición francesa); Bainville, *Bonaparte en Egypte* (1936); Charles-Roux, *Bonaparte, gouverneur d'Egypte* (1936, excelente a propósito de la obra interior); Estre, *Bonaparte, le mirage oriental. L'Egypte* (1946); Vendryès, *De la probabilité en histoire; l'exemple de l'expédition d'Egypte* (1952; más filosófica que histórica); Benoist-Méchin, *Bonaparte en Egypte et le rêve inassouvi* (1966, brillante); Herold, *Bonaparte et l'expédition d'Egypte* (trad. fr. 1962; hostil a Bonaparte); J. Thiry, *Bonaparte en Egypte* (1973); *Revue des Études napoléoniennes*, número especial de enero de 1925; *Souvenir napoléonien*, número especial, 1977.

Se encontrarán bibliografías detalladas, que conciernen especialmente a los trabajos publicados en Egipto, en los artículos de J. E. Goby, *Revue de l'Institut Napoléon*, 1955 (pp. 4-16), y 1976 (pp. 207-213), 1979 (pp. 67-85). Sobre Desaix: A. Sauzet, *Le Sultan juste* (1954). Para Kléber: Lucas-Dubreton (1937), véase también Spillman, «Les auxiliaires de l'armée d'Orient», *Souvenir napoléonien*, marzo de 1979.

Otros estudios: Milleliri, «Le service de santé de l'armée d'Egypte», *Revue de l'Institut Napoléon*; Laurens (Henry), *Les Origines intellectuelles de l'expédition d'Egypte* (1987).

Capítulo 6: El pasivo

FUENTES: Sobre el estado de Francia en Brumario, además del *Almanach*

national del año VII y del año VIII, las fuentes fundamentales datan del Consulado; por consiguiente, no debemos perder de vista su carácter fragmentario y parcial: F. Rocquain, *L'État de la France au 18 Brumaire* (1874; informes de los consejeros enviados en misión a los departamentos); A. Aulard, *L'État de la France en l'an VIII et en l'an IX* (1897; informes de Fouché y del ministro de Interior). Las estadísticas de los prefectos en el año IX completan esta documentación: Aisne por Dauchy, Allier por Huguet, Aube por Bruslé (véase Bourdon, *Révolution française*, 1912, pp. 102-130), Bocas del Ródano por Michel, Charente por Delaistre, Doubs por Debry, Drôme por Colin, Gers por Balguerie, Ille y Vilaine por Borie (estudiado por H. Sée, *Annales historiques de la Révolution française*, 1925, p. 151-163), Loira Inferior por Huet, Lozère por Jerphanion, Lot y Garona por Pieyre, Meurthe por Marquis, Mont-Blanc por Saussay, Mosela por Colchen, Bajos Pirineos por Serviez, Bajo Rin por Laumond, Ródano por Verninac, Alto Saona por Vergnes, Sarthe por Auvray, Sena Inferior por Beugnot (Dejean, *Révolution française*, 1906, pp. 512-537 y 30-52), Deux-Sèvres por Dupin, Tarn por Lamarque, Vendée por Lebretonnière y Vosgos por Desgouttes, fueron objeto de publicaciones entre el año IX y el año XII. Dieudonné proporcionó la mejor para Nord, 3 vols., año XII, reedición reciente que ha de completarse con el *Annuaire statistique* de S. Bottin. J. Bridenne estudió esta estadística en *La Revue du Nord*, 1964, pp. 371-383. Léase G. Hottenger, *L'État économique de la Lorraine au lendemain de la Révolution d'après les mémoires statistiques des préfets de l'an IX* (1924). Entre los folletos, Hauterive, *De l'État de la France à la fin de l'an VIII* (célebre obra del año IX, pura propaganda bonapartista); Ramel, *Les Finances de la République de l'an IX* (1801; defiende la labor del Directorio); F. d'Ivernois, *Tableau historique et politique des pertes que la Révolution et la Guerre ont causées au Peuple français* (Londres, 1799).

OBRAS: La historiografía del Directorio se pone a debate en L. Sciout, *Le Directoire* (1895-1897); G. Lefebvre, *Le Directoire* (nueva edición por Suratteau, 1978); M. Dunan, *Histoire intérieure du Directoire* (1953); M. Reinhard, *La France du Directoire* (1956); A. Soboul, *Le Directoire et le Consulat* (1967); D. Woronoff, *La République bourgeoise* (1972). Entre los estudios locales que muestran las tentativas del Directorio para recuperar las riendas de su administración: M. Reinhard, *Le Département de la Sarthe sous le régime directorial* (1935); Suratteau, *Le Département du Mont-Terrible sous le régime du Directoire* (1965); Clemendot, *Le Département de la Meurthe à l'époque du Directoire* (1966); J. Merley, «La situation économique et politique de la Haute-Loire sous le Directoire…», *Cahiers d'Histoire*, 1971, pp. 393-402. La coyuntura económica arruinó los esfuerzos de recuperación del Directorio: Dejoint, *La Politique économique du Directoire* (1951), y, sobre todo, Chabert, *Essai sur le mouvement des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820* (1949). Sobre uno de los artífices de la recuperación, François de Neufchâteau: las biografías de J. Lhomer (1913), Lacape (1960), Marot (1966, véase la reseña de J. Tulard, *Journal des Savants*, 1966, pp.

234-242). Sobre la vida cotidiana: M. Lyons (1975) y Godechot (1977).

Capítulo 7: Las nuevas instituciones

FUENTES: El fondo de la Secretaría de Estado en los Archivos Nacionales (AF IV) es capital. Se ampliará con el conjunto de la serie F para el Ministerio del Interior (los informes de los prefectos se encuentran en la serie FIBI) y la BB para la Justicia. Añádanseles las series K, L, M de los archivos departamentales. Los debates de las asambleas figuran en *Le Moniteur* y los *Archives parlementaires* (Nlle serie, t. I y II), así como en la *Histoire parlementaire* de Buchez y Roux. Para las leyes, aparte del *Bulletin des Lois*, hay que remitirse a la recopilación más manejable de Duvergier (t. XI, XII y XIII). J. Godechot, *Les Constitutions de la France* (1970) aporta el texto de la constitución del año VIII. Se encontrará una buena descripción de la administración en el *Aimanach national* (anual). Aulard publicó en 1894 el *Registre des délibérations du Consulat provisoire*. Chaptal suministró a partir de 1801 el *Analyse des procès-verbaux des Conseils généraux des départements* (año VIII, año IX). Igualmente, podemos remitirnos al *Recueil de lettres circulaires et instructions émanées du ministre de l'Intérieur* (1820). La lectura de la *Correspondance de Napoléon I^er^* (t. VI a VIII), con los suplementos de L. de Brotonne y de Lecestre, es indispensable. Entre las *Memorias*: Barante (t. I, 1890), Barère (t. III), Barthélémy (1914), Beugnot (1889), Billaud-Varenne (ed. Begis, 1893, sobre la oposición republicana), Fouché (ed. Madelin, 1945), Gaillard (*Un ami de Fouché d'après les Mémoires de Gaillard*, por Despatys, 1911), Gaudin (1826; capital para la historia financiera del período), Mercier (*Bull. Soc. archéol. et hist. de l'Orne*, 1962, pp. 99-126; interesante en lo que se refiere al Banco de Francia y al consejo general de l'Orne), Miot (1858), Mollien (ed. Gomei, 1898; fundamental), Pelet (*Opinions de Napoléon*, 1833), Plancy (1904), Puymaigre (1884), Réal (ed. Musnier-Desclozeaux, 1835), Roederer (*Journal*, ed. Vitrac, 1909), Thibaudeau (*Mémoires sur le Consulat*, 1827; *Mémoires*, 1913; relevante testimonio sobre el Consejo de Estado y las prefecturas), Vaublanc (1833). Léase también Ramel, *Des Finances de la République* (año X).

OBRAS: Una buena descripción de las instituciones la proporciona A. Edmond-Blanc, *Napoléon I^er^. Ses institutions civiles et administratives* (1880; muy claro); Poullet, *Les Institutions françaises de 1795 à 1814* (1907; anticuado y confuso); F. Ponteil, *Napoléon I^er^ et l'organisation autoritaire de la France* (1956, manejable); J. Godechot, *Les Institutions de la France sous la Révolution et l'Empire* (ed. 1968, fundamental); F. de Dainville y J. Tulard, *Atlas administratif du Premier Empire* (1973).

La génesis de la constitución del año VIII se expone en M. Deslandres, *Histoire constitutionnelle de la France*, t. I (1932), y, sobre todo, J. Bourdon, *La Constitution*

de l'an VIII (1942). El plebiscito del año VIII fue objeto de un estudio muy novedoso de C. Langlois, que puso en evidencia las falsificaciones de Luciano Bonaparte (*Annales historiques de la Révolution française*, 1972, pp. 42-65, 231-246, 390-415). Conocemos el papel de Cambacérès en el establecimiento de las nuevas instituciones gracias a sus biógrafos: Vialles (1908), Thiry (1934), Papillard (1961) y, sobre todo, J. Bourdon (*Bulletin de la Société d'Histoire moderne*, 1928, pp. 67-74), y P. Metzger, «Cambacérès remplaçant de Bonaparte an VIII — an XIII», *Révolution française*, 1902, pp. 528-551). Las Asambleas solo inspiraron algunos trabajos superficiales: Dutruch, *Le Tribunal*, 1921; Welschinger, «Tribuns, députés et sénateurs de 1804 à 1810» (*Revue hebdomadaire*, 1898, pp. 246-263); L. de Brotonne, *Les Sénateurs du Consulat et de l'Empire* (1895), y el útil *Sénat de Napoléon*, de J. Thiry (1931). En cambio, el Consejo de Estado se conoce ahora bien, a pesar de la pérdida de sus archivos. Al grueso volumen colectivo, *Le Conseil d'Etat, 1799-1974* (1974), hay que añadir las obras precisas y detalladas de Ch. Durand: *Études sur le Conseil d'État napoléonien* (1949); *Le Fonctionnement du Conseil d'État napoléonien* (1954); *L'Emploi des Conseillers d'État et des Maîtres des Requêtes en dehors du Conseil* (1952); *Les Auditeurs au Conseil d'État de 1803 à 1814* (1958); *La Procédure contentieuse devant le Conseil d'État de 1800 à 1814* (1953); «Les intérêts commerciaux et le recrutement du Conseil d'État sous le Consulat et l'Empire» (Conseil d'État, *Études et Documents*, 1961, pp. 189-206); *La Fin du Conseil d'État napoléonien* (1954). Otros trabajos: Marquiset, *Napoléon sténographié au Conseil d'État* (1913; debates del consejo en 1804 y 1805); J. Bourdon, *Napoléon au Conseil d'État* (1963, atestados inéditos de Locré); T. Sauvel, «L'Empereur et le Conseil d'État statuant au contentieux, 1806-1815» (*Revue de Droit public*, 1973, pp. 1389-1403).

Les prefectos han sido objeto de muchos estudios. Las obras generales pueden ser de utilidad: Aulard, «La Centralisation napoléonienne», en *Études et leçons*, t. VII (1913), pp. 113-195; Régnier, *Les Préfets du Consulat et de l'Empire* (1913); P. Henry, *Histoire des Préfets* (1950); J. Savant, *Les Préfets de Napoléon* (1958; manejable lista de los prefectos con sus notas administrativas en anexo; contiene inexactitudes); Ch. Durand, *Quelques aspects de l'administration préfectorale sous le Consulat et l'Empire* (1962; muy nuevo; critica a Savant); J. Waquet, «Note sur les origines des premiers préfets du Consulat», *Actes du 96e congrès nat. des Soc. sav. 1971* (1976): pone en relación lugares de nacimiento y nombramiento de los prefectos; destaca que más de un tercio de los prefectos no ocupaban ya su puesto después del año X; Whitcomb, «Napoleon's prefects», *American histórical Review* (1974); J. Tulard, *Les préfets napoléoniens* en las actas del coloquio *Les préfets en France* (1978). Se encontrarán biografías en H. Faure, *Galerie administrative ou Biographie des préfets* (1839), Lamothe-Langon, *Biographie des préfets* (1826) y *Les préfets* (Arch. nac., 1981). Entre los estudios regionales: Dejean, *Un Préfet du Consulat, Beugnot* (1897); Saint-Yves y Fournier, *Le Département des Bouches-du-*

Rhône de 1800 à 1810 (1899); Lévy-Schneider, *Jean Bon Saint-André* (t. II, 1901); Chavanon y Saint-Yves, *Le Pasd-e-Calais de 1800 à 1810* (1907); Pingaud, *Jean de Bry* (1909); Benaerts, *Le Régime consulaire en Bretagne* (1914); Viard, *L'Administration préfectorale dans le département de la Côte-d'Or* (1914); Barada, «Les préfets du Gers sous le Consulat et l'Empire», *Annuaire du Gers*, 1922, pp. 415-431; R. Durand, *L'Administration des Côtes-du-Nord sous le Consulat et l'Empire* (1925; estudio modelo que considera todos los aspectos de la función prefectoral); E. Gauthier, «Les préfets du Calvados sous le Consulat et l'Empire», *Mém. académie de Caen*, 1942, pp. 467-496; Rocal, *Du 18 Brumaire à Waterloo en Périgord* (1943); L'Huillier, *Études sur l'Alsace napoléonienne* (1947); J. Godechot, «Les premiers préfets de l'Aude», *Actes Congrès rég. Soc. sav. de Carcassonne* (1953, pp. 17-33); L. Gros, *La Maurienne sous le Consulat et l'Empire* (1955); J.-L. Thiry, *Le Département de la Meurthe sous le Consulat* (1957); Soulet, *Les Premiers Préfets des Hautes-Pyrénées, 1800-1814* (1965); P. Boucher, *Cochon de Lapparent* (1969); Derlange, «L'administration préfectorale de Dubouchage dans les Alpes-Maritimes, 1803-1814» (*Nice historique*, 1969, pp. 119-124); G. Clause, «Un préfet napoléonien, Bourgeois de Jessaint, préfet de la Marne», *Vie en Champagne* (1970, pp. 10-16: resumen de una voluminosa tesis doctoral todavía inédita bajo forma impresa aunque roneotipada en 1983, y dedicada a un caso excepcional de longevidad prefectoral); M. Rebouillat, «L'administration préfectorale dans le département de Saône-et-Loire», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 860-879; G. Thuillier, «Le corps préfectoral de la Nièvre de 1800 à 1814», *Sociétés savantes 1970* (1974, pp. 413-432); Riouffol, «Un type de mauvais préfet», *Revue de l'Institut Napoléon* (1976, pp. 21-29; Rabusson-Lamothe, Haute-Loire); Eckert, «Lezay-Marnésia», *Saisons d'Alsace*, 1964, pp. 265-311; Molitor, *Von Utertan zum administré* (1980, el departamento de Rin y Mosela); Suissa, *Le département de l'Eure sous le Consulat et l'Empire* (1983).

Los subprefectos son menos conocidos: G. Clause, «J.-B. Drouet, sous-préfet de Sainte-Menehould, 1800-1814», *Revue de l'Institut Napoléon* (1975, pp. 51-71); A. Antoine, *La Sous-Préfecture d'Auxerre, 1811-1816* (1908); M. Molinier, «Samuel Bernard, sous-préfet d'Annecy», *Revue Savoislenne* (1976). Hay pocos estudios sobre los consejos generales: J. Godechot, «L'opposition au Premier Empire dans les conseils généraux et les conseils municipaux» (*Mélanges Jacquemyns*, Bruselas, 1968, pp. 385-391, votación de créditos más reducidos que los solicitados por los prefectos con ocasión de fiestas imperiales; concierne sobre todo al sudoeste); Curie-Saimbres, «De quelques préoccupations des préfets et du conseil général tarnais sous le Consulat» (*Congrès féd. Soc. Languedoc-Pyrénées; Roussillon-Gascogne*, 1971, pp. 407-426); A. Maureau, «Le personnel du conseil général du Vaucluse, an VII-1815», *Revue de l'Institut Napoléon* (1977). No hay nada sobre los municipios, aparte de las consideraciones generales de J. Bourdon, «L'administration communale sous le Consulat», *Revue des Études napoléoniennes*, 1914, pp. 289-304, y, desde un punto

de vista de detalle concerniente a Lyon, estudiado por Dutacq, «Napoléon et l'autonomie communale», *ibidem*, nov. de 1922, pp. 199-204; véase también Tournerie, «Les secrétaires municipaux ambulants» (*Cahiers de l'IFSA*, 1979, institución destinada a paliar las carencias de los ayuntamientos). Sobre la calidad del personal municipal (mediocre en su conjunto): A. Maureau, «Maires et adjoints dans le Vaucluse» (*Provence historique*, 1979). Los consejos de prefectura han sido asimismo descuidados: J. Bienvenu, «Recherches sur la pratique contentieuse des conseils de préfecture, an VIII — an XII», *Rev. hist. Droit*, 1975, pp. 12-37; Laporte sobre Puy-de-Dôme, *Rev. Auv*., 1960.

París ocupa una situación particular, descrita por J. Tulard, *Paris et son administration, 1800-1830* (1976). Sobre puntos concretos: Passy, *Frochot* (1867; dispuso de documentos desaparecidos en el incendio del Ayuntamiento en 1871); M. Roussier, *Le Conseil général de la Seine sous le Consulat* (1960); M. Fleury y B. Gille, *Dictionnaire biographique du Conseil municipal de Paris et du Conseil général de la Seine, I^re^ partie* (*1800-1830*) (en curso de publicación; trabajo fundamental para el conocimiento de los notables parisinos); el manual de Félix (ed. 1957, por Lévy y col.).

El engranaje fundamental del gobierno es la Secretaría de Estado estudiada por Ernouf, *Maret* (1878). Hay poco que sacar de J. Savant, *Les Ministres de Napoléon* (1959, anecdótico). Sobre el Ministerio de Interior, Pigeire, *Chaptal* (1932); sobre la Justicia, J. Bourdon, *La Réforme Judiciaire de l'an VIII* (1942) y *La Formation de la magistrature sous le Consulat décennal, an VIII-an X* (1942); *Tribunal et Cour de Cassation. Notices sur le personnel. 1791-1879* (1879); Guillaume Metairie, «Les juges de paix parisiens sous le Consulat et l'Empire», *Bulletin de la Société de l'histoire de Paris*, 1983, pp. 199-239; sobre Hacienda, Stourm, *Les Finances du Consulat* (1902); M. Marion, *Histoire financière de la France depuis 1715*, t. IV (1925, obra capital); R. Bigo, *La Caisse d'escompte et les débuts de la Banque de France* (1927); G. Ramon, *Histoire de la Banque de France* (1929, excelente); R. Lacour-Gayet, «Les Idées financières de Napoléon», *Revue de Paris*, 1938, t. III, pp. 562-593; F. La Tour, *Le grand argentier de Napoléon, Gaudin, duc de Gaëte* (1962); R. Szramkiewicz, *Les Régents et Censeurs de la Banque de France* (1974, importante). Podemos completar los estudios antiguos de Braesch, *Finances et Monnaie révolutionnaire* (1936), t. V, la libra tornesa y el franco germinal, y *L'Histoire du franc* (1953) de R. Sedillot, con M.-O. Piquet-Marchal, «Pourquoi la France a-t-elle choisi le bimétallisme en 1803?», *Revue Hist. Droit*, 1973, pp. 579-626. En la última edición, añadimos Lentz e Imhoff, *La Moselle et Napoléon* (1986).

Capítulo 8: La paz

FUENTES: En los Archivos Nacionales, la subserie F7 es fundamental a

propósito de los complots. Añádasele la serie Aa de los Archivos de la Prefectura de Policía. Para los asuntos religiosos, la fundamental es la subserie F18 (cultos). Pero hay mucho que sacar de los archivos diocesanos. El interés que presenta la *Correspondencia de Napoleón I* es considerable. Se puede seguir la evolución del estado anímico de la población en Aulard, *Paris sous le Consulat*, t. II (1904). Los procesos instruidos contra Demerville y otros, y luego contra Saint-Rejeant y Carbon se publicaron en el año IX. Las negociaciones del Concordato fueron objeto de una extensa publicación de Boulay de la Meurthe, *Documents sur la négociation du Concordat* (6 vols., 1891-1905). Para las consecuencias: Delacroix, *Documents sur la réorganisation de l'Église de France 1801-1809* (1957). Los sentimientos del clero constitucional se mencionan en la correspondencia entre Grégoire y Le Coz (ed. Pingaud, 1906). Desde el punto de vista administrativo: Portalis, *Discours, rapports et travaux sur le Concordat* (1845). Entre las *Memorias*, para los complots, véase Andigné (1901), Desmarest (ed. Grasilier, 1900), Fauche-Borel (sospechosos, 1829), Fauriel (1886, el autor fue secretario de Fouché), Fouché (ed. Madelin, 1945), Gaillard (ed. Despatys, 1911), Hyde de Neuville (1888, fundamentales), Lavalette (1905), Nodier (1831; muchas invenciones, pero retratos bastante atinados de los jefes de la policía, como el célebre Bertrand), Peuchet (1838; fue archivista de la Prefectura de Policía). Sobre el Concordato, el testimonio de Consalvi (ed. Crétineau-Joly, 1864) es fundamental a pesar de las críticas de que ha sido objeto. La campaña de 1800 en Italia fue objeto de un informe oficial de Berthier, al que hay que añadir los relatos de Coignet (ed. Mistler, 1968), Marbot (1891, nueva edición por J. Garnier en 1983), Masséna (1849), Thiébault (*Journal du blocus de Gènes*, 1801) y Victor (inacabado, 1847). Sobre la campaña de Alemania: Decaen (t. II, 1911); sobre el final de Egipto: Bricard (1891), François (1903), Millet (1903), Reynier (1827) y Thurman (1902).

Texto de los tratados de Lunéville y de Amiens en el *Recueil des Traités de la France* de A. de Clercq (t. I, 1864).

Son de utilidad los relatos de los viajeros ingleses (Yorke, trad. fr. 1921) y alemanes (Heinzmann, 1800; Kotzebue, trad. fr. Pixérecourt, 1805; Reichardt, ed. Laquiante, 1896). Léase A. Babeau, *Les Anglais en France après la paix d'Amiens* (1898), y Holzhausen, *Les Allemands à Paris sous le Consulat* (1914, entre quienes se encontraba Schopenhauer).

OBRAS: Hay numerosos trabajos sobre la pacificación del oeste (L. de la Sicotière, *L. de Frotté*, 1888; Chassin, *Les Pacifications de l'Ouest*, t. III, 1899; Lenotre, *Toumebut* (1910); E. Gabory, *Napoléon et la Vendée*, 1914; L. Dubreuil, *Histoire des Insurrections de l'Ouest*, t. II, 1930; Roussel, *De Cadoudal à Frotté* (1962); P. Benâtre, «La pacification de la Mayenne» (*La Mayenne*, 1984, pp. 95-146). El mito del poder policial del régimen suscitó múltiples estudios, desde la *Histoire de la police de Paris*, de Horace Raisson (1844), hasta L. Madelin, *Fouché*, y E.

d'Hauterive, *Napoléon et sa police* (1943). Del mismo autor: *Mouchards et Policiers* (1936, del inspector general Veyrat al espía Schulmeister). Retratos de los jefes de la Prefectura de Policía (Henry, Pus, Bertrand, Boucheseiche) en J. Tulard, *Paris et son administration 1800-1830* (1976). Un retrato de comisario: M. Le Clère, «Louis Beffara», *Revue de criminologie de la police technique*, 1951, pp. 1-8. Podemos remitirnos también a Guyon, *Biographie des Commissaires de police* (1826), y a P. Montarlot, «Un agent de la police secrète, Jean-Marie François», *Bul. Soc. Hist. cont*., 1912. Una visión de conjunto sobre los complots en H. Gaubert, *Conspirateurs au temps de Napoléon I* (1962), y L. de Villefosse y J. Bouissounouse, *L'Opposition à Napoléon* (1969). Los atentados jacobinos son examinados por Gaffarel, «L'opposition républicaine sous le Consulat», *Revue française*, 1887, pp. 530-550; Hue, *Un complot de police sous le Consulat* (1909; piensa que la conspiración de los puñales fue un complot urdido por la policía y Bourrienne); F. Masson, «Les complots jacobins au lendemain de Brumaire», *Revue des Études napoléoniennes*, 1922, pp. 5-28. «La máquina infernal» (J. Lorédan, 1924; J. Thiry, 1952) sirvió como pretexto para liquidar a los jacobinos: J. Destrem, *Les Déportations du Consulat et de l'Empire* (1885); G. Lenotre, *Les Derniers Terroristes* (1932); R. Cobb, «Note sur la répression contre le personnel sans-culotte», en *Terreur et Subsistances* (1964). Le Clère reconstruyó los detalles de la investigación que condujo a los chuanes (*Revue de criminologie*, 1951, pp. 33-36; véase también E. Daudet, *La Police et les Chouans*, 1895) y Godechot, *Le Comte d'Antraigues* (1986). Sobre la Guardia Nacional, fuerza de orden, Carrot, número especial del *Souvenir napoléonien* (1981).

Sobre los complots militares: Gaffarel, «L'Opposition militaire sous le Consulat», *Revue française*, 1887, pp. 865-887, 982-997 y 1096-1111; E. Guillon, *Les Complots militaires*, 1894; G. Augustin-Thierry, *La Mystérieuse affaire Donnadieu* (1909, un atentado individual contra Bonaparte en el que se involucró a Fournier-Sarlovèse).

La crisis de Marengo, magistralmente evocada por Balzac en *Un asunto tenebroso*, inspiró a Ch. Rinn, *Un Mystérieux Enlèvement* (1910), y Hauterive, *L'Enlèvement du sénateur Clément de Ris* (1926). La responsabilidad de Fouché, si no probada, es evidente. Las intrigas realistas fueron objeto de distintos estudios: L. Pingaud, *Le Comte d'Antraigues* (1894, una de las mejores redes de espionaje); G. Lenotre, *L'Affaire Perlet*, 1923, sobre el agente realista FaucheBoref); Reiset, *Autour des Bourbons* (1927; una tentativa de envenenamiento contra Luis XVIII; el papel de Avaray, del caballero de Cussy, de Puisaye). Sobre las contrapolicías: F. Masson, «La contre-police de Cadoudal», *Revue des Études napoléoniennes*, 1923, pp. 97-112; E. d'Hauterive, *Figaro policier* (1928, Dossonville fue el tipo del conspirador realista infiltrado en la policía oficial); del mismo autor, *La Contre-Police royaliste en 1800* (1931, otra infiltración por Dupérou). También puede leerse R. Bailly, *Ange Pitou, conspirateur et chansonnier* (1944). Las medidas de amnistía adoptadas para los emigrados se analizan en los antiguos libros de Forneron (*Histoire Générale des Émigrés*, t. III, 1907), Daudet (t. III) y, sobre todo, J. Vidalenc, *Les Émigrés français*

(1963) y Castries, *La Vie quotidienne des Émigrés* (1966). El Concordato y los problemas religiosos suscitaron tantos trabajos que resulta imposible citarlos aquí. Debemos excelentes síntesis a V. Bindel, *Histoire religieuse de Napoléon*, t. I (1940); A. Latreille, *L'Église catholique et la Révolution française*, t. II (1950); Jean Leflon, *La Crise révolutionnaire* (1949, *Histoire de l'Église*, de Fliche y Martin); A. Dansette, *Histoire religieuse de la France contemporaine*, t. I (1948) y, sobre todo, S. Delacroix, *La Réorganisation de l'Église de France après la Révolution*, t. I, el único publicado (1962, tesis muy detallada). Sobre el nuevo espíritu: B. Plongeron, *Théologie et politique au siècle des Lumières* (1973). Las negociaciones del Concordato han sido bien resumidas por Boulay de la Meurthe, *Histoire de la Négociation du Concordat* (1920); las consecuencias son examinadas por A. Latreille, *Napoléon et le Saint-Siège 1801-1808* (1935). Sobre Pío VII, nos remitiremos a su biografía, de monseñor Leflon (t. I, el único publicado, 1958). Conocemos la aplicación del Concordato gracias a los múltiples estudios regionales: Lévy-Schneider, *L'Application du Concordat par un prélat d'Ancien Régime, Mgr Champion de Cicé* (1921, sobre Aix); J. Leflon, *Bernier; évêque d'Orléans* (1938, fundamental); Roussel, *Le Coz, archevêque de Besançon* (1898); E. Gabory, *Mgr Duvoisin, évêque de Nantes*; A. Durand, *Un Prélat constitutionnel, Jean-François Perier* (1900, sobre Aviñón); Ch. Ledré, *Le Cardinal Cambacérès, archevêque de Rouen* (1943, exhaustivo); Mazin, *Mgr Pidoll* (1932, sobre Le Mans); Preteseille, «Un Prélat d'Empire, Barral, archevêque de Tours», *Bull. Soc. Arch. Touraine* (1969, pp. 507-527); Pinet, *Le Diocèse de Valence sous le régime du Concordat. L'Épiscopat de Becherel* (1963); J. Dissard, *Mgr d'Aviau* (1953, sobre Burdeos); Clause, «La mise en application du Concordat dans la Marne», *82e Congrès des Soc. sav*. (1957, pp. 293-306; sobre la supresión de Reims); Palluel, *L'Épiscopat de Savoie au début du XIX^e siècle* (1972, sobre Chambéry); Le Douarec, *Le Concordat dans un diocèse de l'Ouest* (1958; Mons. Caffarelli en Saint-Brieuc); Guillaume, *Mgr d'Osmond* (1892, sobre Nancy); Tacel, «Mgr de Villaret, évêque d'Amiens», *Revue du Rouergue* (1955, pp. 1-30); Lyonnet, *Le Cardinal Fesch, archevêque de Lyon* (1891); L. Mahieu, *Mgr Belmas* (1934, sobre Cambrai); G. Lacroix, *Un Cardinal de l'église d'Arras, Charles de la Tour d'Auvergne* (1960); Chapusot, *Mgr Colonna d'Istria* (1970, sobre Niza); A. Lorion, «Mgr Leblanc-Beaulieu», *Revue de l'Institut Napoléon* (1960, pp. 263-274, sobre Soissons); Deriès, *Mgr Rousseau* (1930, sobre Avranches); Villepelet, «Le diocèse de Bourges sous le Concordat», *Cahiers Hist. arch. Berry* (1972), y, sobre todo, dos monografías ejemplares: Godel, *La Reconstruction concordataire dans le diocèse de Grenoble* (1962), y C. Langlois, *Le Diocèse de Vannes, 1800-1830* (1974). Sobre el abad de Pradt, la apresurada biografía de Dousset (1959) debe completarse con el número especial de los *Cahiers d'histoire*. Las resistencias al Concordato dieron nacimiento al cisma de «la Pequeña Iglesia»: C. Latreille, *L'Opposition religieuse au Concordat* (1910), y Drochon, *La Petite Église* (1894), están muy anticuados. Son preferibles: Billaud, *La Petite Église dans la Vendée et les Deux-*

Sèvres, 1800-1830 (1962); P. Flament, «Recherches sur la Petite Église au diocèse de Sées» (*Revue de l'Institut Napoléon*, 1975, pp. 21-50). A. Dechêne, *Le Blanchardisme* (1932), pone de manifiesto las implicaciones políticas. Entre las herejías: C. Hau, *Le Messie de l'an XIII* (1955). Sobre la vida cotidiana del clero: *Cahiers du Berry* (dic. 1968).

El inventario de 1805 permite la elaboración de un primer balance: Laspougeas, «Une source de l'histoire du clergé dans le diocèse de Bayeux; le recensement départemental de 1805», *Annales de Normandie*, 1974, pp. 73-88.

Sobre las primeras medidas concernientes a la enseñanza: R. Boudard, «La restauration de l'instruction publique dans le département de la Creuse», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1984.

Sobre la progresiva imposición por la fuerza de disciplina a la prensa, además de Hatin: Cabanis, *La presse sous le Consulat et l'Empire* (1975, excelente), t. I de la *Histoire générale de la presse* (1969); Albert, *Histoire de la presse* (1970); Périvier, *Napoléon journaliste* (1918, sobre el *Moniteur*); Welschinger, *La censure sous le Premier Empire* (1887); Le Poittevin, *La liberté de la presse, 1789-1815* (1901); sobre el *Journal des débats*: Périvier (1914); sobre el *Bulletin de Paris*: Riberette, *Rev. Inst. Nap*., 1969.

La campaña de Italia de 1800 no suscitó tanto interés como su antecesora, aunque Bulow le haya consagrado un estudio en 1801. Léase Cugnac, *Campagne de l'armée de Réserve en 1800* (1900-1901); Campana, *Marengo* (1900); Driault, *Napoléon en Italie* (1906); Gachot, *La Deuxième Campagne d'Italie* (1899) y *Le Siège de Gênes* (1908); Fugier, *Napoléon et l'Italie* (1947) y un voluminoso libro italiano, *Marengo* (por Thiry, Cervi, Frassati y H. Favier), 1980. Algunos puntos de vista nuevos en Rodger, *The War of the second coalition, a strategic commentary* (1964). La batalla decisiva tuvo lugar en Alemania, en Hohenlinden: Picard, *Hohenlinden* (1909). Sobre la pérdida de Egipto: Rousseau, *Kléber et Menou en Egypte* (1900); Rigault, *Le général Abdallah Menou et la dernière phase de l'expédition d'Egypte* (1911). Para la paz de Amiens, podemos conformarnos con las famosas páginas de Sorel, *L'Europe et la Révolution française* (t. VI, 1903). Otra lectura recomendada es Gregut, *Duwalk* (1986).

Capítulo 9: Un Washington coronado

FUENTES: *Le Moniteur* y los *Archives parlamentaires* son fundamentales para el conocimiento de la vida de las asambleas. Se encontrarán en la recopilación de Duvergier (t. XIII-XV) los principales decretos; el texto de las constituciones ha sido publicado, con comentarios, por J. Godechot, *Les Constitutions de la France* (1970). Para el estado anímico de la población, dos fuentes fundamentales: Aulard, *Paris sous le Consulat*, t. III y IV (1906-1909), y Remacle, *Relations secrètes des agents de*

Louis XVIII. 1802-1803 (1899). La *Correspondance de Napoléon* (t. VII a X) y las *Lettres de Cambacérès à Napoléon* (ed. Tulard, t. I, 1973) permiten precisar las intenciones del gobierno.

Las *Memorias* son numerosas: Bourrienne (1829), Carnot (por su hijo, t. II, 1893), Caulaincourt (1933), Chateaubriand, Cornet (1824), Desmarets, *Quinze ans de haute police* (ed. Grasilier, 1900), Fouché (1824), Fauche-Borel (1829), Fauriel (1886, interesante para conocer la policía), Hulin (1823), Miot (1858), Musnier-Desclozeaux sobre Réal (1835), Pasquier (1893), Roederer (*Journal*, ed. Vitrac, 1909), Savary (1828), Talleyrand (1891), Thibaudeau (*Mémoires sur le Consulat*, 1827). Las piezas fundamentales sobre el proceso de Moreau y de Cadoudal fueron objeto de una publicación en el año XII así como el *Recueil des interrogatoires subis par le général Moreau*. Consúltese asimismo la correspondencia del duque de Enghien por Boulay de la Meurthe (4 vols., 1904-1913). Testimonio de Fiévée, *Correspondance avec Bonaparte* (t. I y II, 1836; véase J. Caritey, *Rev. adm*., 1961). Léase la *note* de H. Tulard sobre los archivos de la Pref. de Policía (1962), en inventario serie Ba.

OBRAS: Las constituciones se analizan en M. Deslandres, *Histoire constitutionnelle de la France* (t. I, 1932). Sobre la oposición política, consúltense los trabajos fundamentales: L. Madelin, *La Contre-Révolution sous la révolution* (1935), J. Godechot, *La Contre-Révolution* (cap. XVIII, 1961), Gaubert, *Conspirateurs au temps de Napoléon I*^{er} (1962); J. Vidalenc, «L'opposition sous le Consulat et l'Empire», *Annales Hist. de la Rév. française* (1968, pp. 472-488); L. de Villefosse y J. Bouissounouse, *L'Opposition à Napoléon* (1969, hostil a Napoleón y favorable a los ideólogos). La ideología se pone al frente de esta oposición volviéndose contra aquel a quien ha elevado al poder, pero que acaba descubriendo como un déspota sin «ilustración». La acción de los salones es bien conocida gracias a A. Guillois, *Le Salon de Mme Helvetius. Cabanis et les idéologues* (1894) y *La Marquise de Condorcet* (1887). Se expresa sobre todo a través del Tribunado y el Cuerpo Legislativo: A. Gobert, *L'Opposition des assemblées pendant le Consulat, 1800-1804* (1925); F. Pietri, *Napoléon et le Parlement* (1955, sostienen, no sin algún exceso, que Napoleón respetó siempre las decisiones de las asambleas); Ch. Durand, *L'Exercice de la fonction législative de 1800 à 1814* (1956; encendida crítica, a modo de anexo, del libro de Pietri). Léase luego J. Collins, *Napoleon and his parliament* (1979), y sobre la parodia de consulta electoral prevista por la constitución, Coppolani, *Les Élections en France à l'époque napoléonienne* (1979). Asimismo: Haiperin, «La composition du corps législatif», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1985, pp. 37-57.

Sobre la corriente neomonárquica que se expresa a través de *Le Journal des débats* y *Le Mercure de France*: A. Cabanis, «Le courant contre-révolutionnaire sous le Consulat et l'Empire», *Revue des Sciences politiques*, 1971, pp. 9-87; J. Tulard, *Fiévée, conseiller secret de Napoléon* (1985; fue con Montlosier, Mme. de Genlis y

algunos otros, un comunicante de Napoleón, en quien influyó en algunas ocasiones).

El ejército fue un foco incesante de intrigas. Muchos generales formularon reservas sobre las victorias de Bonaparte e hicieron ostentación de sentimientos republicanos. Consúltese, en defecto del estudio un tanto anticuado publicado por Gaffarel en *La Révolution française* en 1887 («L'opposition militaire sous le Consulat», que completan otros dos artículos en 1888 y 1889 sobre «la oposición republicana» y sobre «la oposición literaria»), E. Guillon, *Les Complots militaires sous le Consulat et l'Empire* (1894, excelente), y G. Augustin-Thierry, *Conspirateurs et Gens de police* (1903, estudio un tanto novelado del complot de los «potes de mantequilla»).

Pero fue la gran conspiración del año XII la que suscitó el mayor número de trabajos: H. Welschinger, *Le Duc d'Enghien* (1888, muy anticuado); Huon de Penanster, *Une Conspiration en l'an XI et en l'an XII* (1896; encendidas críticas de Caudrillier, «Le Complot de l'an XII», *Revue historique*, 1900, pp. 278-286; 1901, pp. 257-285; 1902, pp. 45-71); Picard, *Bonaparte et Moreau* (1905); F. Barbey, *La Mort de Pichegru* (1909; defiende la tesis del suicidio); J. Durieux, «L'arrestation de Cadoudal et la Légion d'honneur», *Revue des Études napoléoniennes* (1919, pp. 237-243); M. Dupont, *Le Tragique Destin du duc d'Enghien* (1938; superficial); Lachouque, *Cadoudal et les Chouans* (1951); Garçot, *Le Duel Moreau-Napoléon* (1951); La Varende, *Cadoudal* (1952; más literario que histórico); B. Melchior-Bonnet, *Le Duc d'Enghien* (1954); duque de Castries, *La Conspiration de Cadoudal* (1963); J.-F. Chiappe, *Cadoudal et la Liberté* (1971; la mejor síntesis sur el tema); J.-P. Bertaud, *Bonaparte et le Duc d'Enghien* (1972; excelente, numerosos documentos citados); Marco de Saint-Hilaire, *Cadoudal, Moreau et Pichegru* (ed. Poniatowski, 1977); M. Schumann, *Qui a tué le duc d'Enghien?*, pref. de J. Tulard (1984; el enfoque más objetivo).

Sobre la corte: H. La Lachouque, *Bonaparte et la Cour consulaire* (1958).

La coronación nos es bien conocida, no solo gracias al álbum de Isabey, reeditado en 1969, sino también a través de tres estudios: F. Masson, *Le Sacre et le Couronnement de Napoléon* (1925, fundamental), H. Gaubert, *Le Sacre de Napoléon I*^{er} (1964; anecdótico) y José Cabanis, *Le Sacre de Napoléon* (1970). Muy superado, en cambio, G. d'Esparbès y H. Fleischmann, *L'Épopée du Sacre* (1908). El testimonio de los simples soldados sobre estas ceremonias es interesante: Coignet, Lecoq (*Revue de Paris*, 1911), etc. Sobre la simbología de la coronación, los escudos de armas napoleónicos y las insignias del poder: H. Pinoteau, «Problème napoleonischer Symbolik», *Der Tappert*, 1970-1972-1974, que pone de manifiesto que el anillo de la coronación es una falsificación. Recordemos que la música de la coronación, debida a Paisiello y a Lesueur (la *Marcha*), ha sido recuperada por J. Mongredien y grabada por A. Birbaum. Los tres colores se conservaron en las banderas.

La obra de Paul Lombard, *Par le Sang d'un prince* (1986), es más bien una

acusación contra Napoleón.

Capítulo 10: Las victorias continentales

FUENTES: Sobre los fondos de Asuntos Exteriores, consúltese E. Driault, «Les sources napoléoniennes aux archives des Affaires étrangères», *Revue des Études napoléoniennes*, 1913, pp. 161-186, y las «Crónicas» de M. Dunan sobre la Comisión de Archivos Diplomáticos en la *Revue de l'Institut Napoléon*. Los archivos de la guerra son asimismo fundamentales para las operaciones militares, así como la *Correspondencia* de Napoleón I, que debe completarse con E. Picard y L. Tuetey, *Correspondance inédite de Napoléon conservée aux Archives de la Guerre 1804-1810* (t. I). Añádasele: *Lettres, décisions et actes de Napoléon à Pontde-Briques et au Camp de Boulogne*, por F. Beaucour (1977). Edición manejable de los boletines de la *Grande Armée* en formato de bolsillo de J. Tulard (col. «1018», 1964). J. Delmas y P. Lesouef, en *Napoléon Bonaparte, l'oeuvre et l'histoire: Napoléon chef de guerre* (1969), reunieron y comentaron de forma excelente los textos fundamentales concernientes a las campañas. Podemos seguir las operaciones en el relevante *Atlas de la Grande Armée*, de J.C. Quennevat (1966). No podemos hacer abstracción de Berriat, *Législation militaire* (1812), y numerosos volúmenes consagrados a los uniformes desde Sauzey (1901) y Bucquoy (1907), hasta L. y F. Funcken, *L'Uniforme et les Armes des soldats du Premier Empire* (1969) y Quennevat, *Les Vrais Soldats de Napoléon* (1968, según Adam, Bagetti, Faber du Faur, Zix y el Bourgeois de Hambourg). Véanse también las planchas de Vernet publicadas por J. y R. Brunon y *Soldats et Uniformes du Premier Empire*, bajo la dirección del doctor Hourtoulle, sin olvidar los estudios de detalle y las planchas publicadas periódicamente por el *Carnet de la Sabretache*. Sobre la presencia en el ejército de los generales, el *Dictionnaire des généraux et amiraux français de la Révolution et de l'Empire* de Six (1934-1938); complementos de Labarre de Raillicourt (1963 y 1966) y Chandler, *Dictionary of the Napoleonic Wars* (1979). Sobre un punto particular: Lemonchois, *Dictionnaire des officiers du Consulat et de l'Empire originaires de la Manche* (1980).

Las *Memorias* son abundantes. Para Santo Domingo, las *Memorias* de Malouet se detienen en 1799; seleccionaremos, sobre todo, a Pamphile de Lacroix (1819) y Norvins (*Mémorial*, t. II, 1896). Sobre Austerlitz: Barrés (1923), Bigarré (1893), Coignet (ed. Mistler, 1968), Comeau (1900), Gervais (1939), Marbot (1891), Pils (1895), Pouget (1895), Rapp (1923), Thiébault (1893). Sobre Jena: a Marbot, Pils y Rapp, añádase Lavaux (s. f.), Levavasseur (1914), Lorencez (1902). Sobre Eylau: Choderlos de Laclos (1912), Puffeney (1891) y Putigny (1950, poco fiables). Para Nápoles: Desvernois. A propósito del campamento de Boulogne, las notas de Bellavoine publicadas por F. Beaucour en *La Revue du Nord* (1968, pp. 435-448) son

pintorescas. No se olvide ni a Brun (1953) ni a Tupinier (*La Revue de France*, 1924, pp. 709-740). Las *Memorias* y *Correspondencia* de José (1853, t. III), Jerónimo (1861, t. II y III) y Eugenio de Beauharnais (1858, t. II y III) son fundamentales, así como los *Documents historiques et réflexions sur le gouvernement de la Hollande* de Luis Bonaparte (1820), y las *Memorias* de la reina Hortensia (1927). Del lado ruso: Bennigsen, *Mémoires, 1806-1813* (s. f., 3 vols.). Sobre la mentalidad de las tropas: Fairon y Heuse, *Lettres de Grognards* (1936). Léase también el tomo I de la *Correspondance générale* de Paul-Louis Courier (1976). Sobre Santo Domingo: *Correspondance* de Leclerc, (ed. Roussier, 1937) y las descripciones de Moreau de Saint-Méry (1798). Los recuerdos de Freminville fueron retomados en J. Nerrien, *Un certain chevalier de Freminville* (1970).

Sobre las colecciones del Museo del Ejército, véase Paul Willing, *Napoléon et ses soldats* (1986).

Para los tratados: De Clercq, *Recueil des traités de la France*, t. II. Principales documentos diplomáticos: *Select dispatches from the British Foreign Office Archives relating to the formation of the third coalition* (ed. Holland Rose, 1904, fundamental); *Mémoires et correspondance du prince Czartoryski avec l'empereur Alexandre* (ed. Mazade, 1887); *Vnyechnaya politika Rossy* (documentos procedentes del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, véase la reseña de M. Spivak, *Revue de l'Institut Napoléon*, 1976); P. Bailleu, *Briefwechsel König Friedrich-Wilhem's III und der Königin Luise mit Kaiser Alexander I* (1900); Montgaillard, *Mémoires diplomatiques* (publicadas por Ch. de Lacroix, 1906); Talleyrand, *Lettres à Napoléon, 1800-1809* (ed. Bertrand, 1889); el *Ambigu* de Peltier en Londres. Sobre Luisiana: inventario de los documentos por Bush (*Revue de l'Institut Napoléon*, 1979).

OBRAS: Podemos dejar de lado las historias diplomáticas demasiado rancias de Bignon (1838), de Capefigue (1840) y de Lefebvre (1847), o incluso de Bourgeois (*Manuel d'Histoire diplomatique*, t. II, 1893). En cambio, Sorel (*L'Europe et la Révolution française*, t. VI, 1903); Driault (*Napoléon et l'Europe*, t. II, 1912); Fugier (*La Révolution française et l'Empire napoléonien*, 1954), *Napoléon et l'Europe* (obra colectiva, 1961); Connelly, *Napoléon's satellite kingdoms* (1965), y Sieburg, *Napoléon und Europa* (1971), son de una enorme utilidad.

La política colonial del Consulado fue una de las causas de la ruptura: buenas exposiciones en G. Hardy, *Histoire de la Colonisation française* (1943), Saintoyant, *La Colonisation française pendant la période napoléonienne* (1931, muy detallado), y Ch. A. Julien, *La Politique coloniale de la France sous la Révolution, le Premier Empire et la Restauration* (1955, roneotipado). De la abundante literatura relativa a Santo Domingo, retendremos las historias generales de Metral (1825), Nemours (2 vols., 1925-1928) y James (*Les Jacobins noirs: Toussaint-Louverture et la révolution de Saint-Domingue*, 1949); un retrato discutible del «Napoleón negro» de A. Césaire (1960); y sobre Leclerc, M. Champion, *Bulletin de la Société historique de Pontoise*

(1979). Sobre Luisiana: además de la vieja historia de Barbé-Marbois, Krebs, «Laussat préfet de la Louisiane (août 1802-avril 1804)», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1953, pp. 65-72; Villiers du Terrage, *Les Dernières Années de la Louisiane française* (1904). É. VilsonLyon, *Louisiana in French diplomacy* (1934), y I. Murat, *Napoléon et le Rêve américain* (1976), creen en la realidad de una «política americana» de Napoleón. No se olvidará el gran viaje de Humboldt y Bonpland a Sudamérica: manejables extractos del relato de Humboldt, en *L'Amérique espagnole en 1800*, de J. Tulard (1965), y Bouvier y Maynial, *Bonpland* (1952). Sobre Baudin: J.-P. Faivre, *L'Expansion française dans le Pacifique 1800-1842* (1953).

La intervención francesa en Suiza, otro motivo de preocupación para Inglaterra, la estudió Guillon, *Napoléon et la Suisse* (1910); M. Dunan, «Napoléon et les cantons suisses», *Revue des Études napoléoniennes*, 1912, pp. 190-218.

La política italiana de Napoleón, finalmente, fue descrita minuciosamente por L. Pingaud, «Bonaparte président de la République italienne» (1914) y «Le royaume d'Italie» (artículos aparecidos en la *Revue d'Histoire diplomatique*, entre 1926 y 1934). Claro resumen en Fugier, *Napoléon et l'Italie* (1947).

El proyecto de desembarco en Inglaterra se analiza en el tomo III de *Projets et tentatives de débarquement aux Îles britanniques* (1901) de Desbrière. El punto de vista inglés lo proporciona R. Glover, *Britain at Bay, Defence against Bonaparte, 1803-1814* (1973). Consúltese el *Bulletin historique de la Société de Sauvegarde de Pont-de-Briques*, que contiene varios artículos de detalle sobre el campamento de Boulogne. Sobre este, véase también Nicolay, *Napoléon aux camps de Boulogne* (1905), y H. Rose, y A. M. Broadley, *Dumouriez and the defense of England against Napoleon* (1909).

Trafalgar fue estudiado por Desbrière (1907), Thomazi (1932), Chack (1938), Maine (1957), J. Terraine (1976, buenas ilustraciones). Léase también Jurien de la Gravière, *Guerres maritimes sous le Consulat et l'Empire* (1881); Mahan, *Influence of the sea power upon the French Revolution* (1919), Tramond, *Manuel d'Histoire maritime* (1927); Thomazi, *Napoléon et ses marins* (1950); Masson y Muracciole, *Napoléon et la Marine* (1968). Buenos análisis en Dufestre, «La Manoeuvre de Boulogne», *Revue des Études napoléoniennes*, sept. 1922, pp. 81-109, y P. Guiot, «Le Camp de Boulogne» (serie de artículos publicados por *Neptunia*). Burton, *From Boulogne to Austerlitz* (1912), hace un buen repaso de la reconversión de la *Grande Armée* de Boulogne a Austerlitz. Relato de las campañas en Camon, *La guerre napoléonienne* (1903).

La historia militar de la tercera coalición la describen Alombert y Colin, *La Campagne de 1805 en Allemagne* (6 vols., 1902-1908, fundamental), desde el lado francés (complétese con *Le Corps d'armée aux ordres du maréchal Mortier* de los mismos autores, y de Colin solo, «La question des étangs d'Austerlitz», *Revue historique de l'Armée*, 1908), y Mayerhofler von Vedropolje, *Die Schlacht bei Austerlitz* (Viena, 1912), desde el lado austríaco. Relato pintoresco de Henry

Lachouque, *Napoléon à Austerlitz* (1961). El *Austerlitz* de C. Manceron (1960) deriva, en cambio, de la imaginería de Épinal. Thiry, *Ulm, Trafalgar, Austerlitz* (1962), y Vachée, *Napoléon en campagne* (1913), resitúa la batalla en su orden general.

Para la cuarta coalición, no podemos ignorar los trabajos de P. Foucart, *Campagne de Prusse, 1806* (2 vols., 1887-1890), *Campagne de Pologne, 1806-1807* (2 vols., 1882) y el de Petre (1906), las *Notas* de Clausewitz (1903). Jena ha sido estudiada excelentemente por H. Houssaye (1912), por Rousset, *Revue des Études napoléoniennes*, 1912, t. II, pp. 321-334, y, de manera palpitante, por H. Lachouque (1961), Thiry, *Iéna* (1964), Tranié y Carmigniani, *Prusse 1806* (1984). Más estratégica es la obra del general Bonnal, *La Manoeuvre d'Iéna* (1904). Sobre la entrada en Berlín, G. Lacour-Gayet, «Napoléon à Berlin», *Revue des Études napoléoniennes*, 1922, pp. 29-48. La obra de P. Grenier, *Les Manoeuvres d'Eylau et de Friedland* (1901), no fue relevada por Petre, *Napoleon's campaign in Poland* (1907), y por Vidal de la Blache, «La campagne de 1807», *Revue d'Histoire*, 1939. Encontramos preciosos detalles en algunas bibliografías de generales o de mariscales que se hicieron ilustres en las campañas: Comte Vigier, *Davout* (1898), Hourtoulle, *Davout* (1975), sin olvidar los documentos reunidos por Blocqueville y Mazade, pero sobre todo D. Reichel, *Davout ou l'art de la guerre* (1975, de total relevancia sobre Jena), que se puede completar con G. Rivollet, *Le Général de bataille Morand, les généraux Friant et Gudin...* (1963); Thoumas, *Le Maréchal Lannes* (1891); H. Bonnal, *La Vie militaire du maréchal Ney* (1910-1914, 3 vols., precisión en las descripciones pero finalidad apologética; se debe completar con S. de Saint-Exupéry y Ch. de Tourtier, *Les Archives du maréchal Ney*, 1962; véase asimismo Lucas-Dubreton, 1941, L. Garros, 1955), y Hourtoulle, 1981; L. Moreel, *Le Maréchal Mortier* (1957), R. Lehmann, *Augereau* (1945, insuficiente); P. Saint-Marc, *Le Maréchal Marmont* (1957, peor que una biografía precedente de R. Christophe publicada en 1955); Derrécagaix, *Le Maréchal Berthier* (1905); J. S. Watson, *The Life of the Marshal Berthier* (Londres, 1957; mediocre); J. Zieseniss, *Berthier* (1985); Girod de l'Ain, *Bernadotte chef de guerre et chef d'État* (1968, lo exonera del reproche de haber permanecido inactivo en Jena recordando las instrucciones del Emperador, el 13 de octubre a las quince horas, de esperar en el sitio nuevas órdenes). No existe ningún trabajo serio sobre Soult; sobre Lasalle: Dupont, 1929; Hourtoulle, 1979; sobre Lefebvre: Wirth, 1904; sobre Duroc, número especial del *Souvenir napoléonien* (1977); sobre Bacler d'Albe, Troude (1954); sobre Arrighi de Casanova, Du Casse (1866); sobre Belliard, Derrécagaix (1909); sobre Pajol, el libro de su descendiente, 3 vols. (1874); sobre Michaud, Fonville (1978). Se encontrarán más adelante las biografías de Murat, Masséna, Suchet y Bessières, en el capítulo sobre la guerra de España. Las consecuencias europeas de las campañas suscitaron innumerables trabajos. Sobre Nápoles, donde los Borbones fueron destituidos «por un simple decreto»: Ch. Auriol, *La France, l'Angleterre et Naples de 1803 à 1806*

(1905); la campaña la narra É. Gachot, *la Troisième Campagne d'Italie, 1805-1806* (1911); la llegada del nuevo rey y su gobierno están muy bien descritos por J. Rambaud, *Naples sous Joseph Bonaparte* (1911). Luis se convirtió en rey de Holanda: Jorissen, *Napoléon I^er^ et le Roi de Hollande* (1898); Rocquain, *Napoléon I^er^ et le Roi Louis* (1875); Dubosq, *Louis Bonaparte en Hollande* (1911), y Labarre de Raillicourt, *Louis Bonaparte* (1963), publicaron numerosos documentos que iluminan con una luz más bien favorable al desdichado rey, aplastado por F. Masson en *Napoléon et sa Famille*.

Las repercusiones de las derrotas prusianas y rusas sobre Polonia fueron bien observadas por Handelsman, *Napoléon et la Pologne, 1806-1807* (1909), y Askenazy, *Napoléon et la Pologne* (1925). Señalemos, a propósito de Suiza, el excelente estudio de J. Courvoisier, *Le Maréchal Berthier et sa principauté de Neuchâtel* (1959).

Pero quien fue objeto de las principales modificaciones es Alemania. Excelentes estudios generales por A. Rambaud, *La France sur le Rhin* y *L'Allemagne française sous Napoléon I* (1897); M. Dunan, *L'Allemagne de la Révolution et de l'Empire* (IV parte, roneotipada, 1954), y M. Freund, *Napoléon und die Deutschen* (1969). Sobre los nuevos Estados: Ch. Schmidt, *Le Grand-Duché de Berg* (1905; capital); A. Martinet, *Jérôme Napoléon, roi de Westphalie* (1902, que no sustituyó a Fabre, *Jérôme Bonaparte, roi de Westphalie*, 1952). Sobre los nuevos reyes: M. Dunan, *Le Système continental et les débuts du royaume de Bavière* (1943, un libro fundamental que desborda el marco de su objeto para constituir una verdadera historia de Alemania y del Bloqueo Continental); Bonnefons, *Frédéric-Auguste, premier roi de Saxe et grand-duc de Varsovie* (1902). Sobre la Confederación del Rin: Beaulieu-Marconay, *Karl von Dalberg und seine Zeit* (1879). Sobre las deudas impuestas a Prusia, Lesage, *Napoléon I^er^, créancier de la Prusse* (1924), y Ernouf, *Les Français en Prusse en 1807 et 1808* (1875). Los papeles de Estève, que fue tesorero general de los países más allá del Elba, deberían permitir precisar, cuando se hagan públicos, las condiciones de pago.

Los problemas orientales jugaron un papel, si no decisivo, al menos importante sobre el desarrollo de las relaciones franco-rusas, como expone bien B. Mouravieff, *L'Alliance russo-turque au milieu des guerres napoléoniennes* (1954); N. Saül, *Russia and the mediterranean, 1797-1807* (1970). A este respecto, es apasionante el libro de E. Driault, *La Politique orientale de Napoléon — Les missions de Sébastiani et de Gardanne* (1904). Esta política oriental apuntaba a dos objetivos: la destrucción del poder inglés en las Indias y el despedazamiento del imperio turco preparado por las intrigas separatistas de PasvanOglou en Bulgaria, de Kara-Georges en Serbia, y de Ali, pachá de Janina y de los wahabitas, en Arabia. Recordemos la misión Boutin en Argel.

Tilsit, que señala el apogeo de Napoleón, fue objeto de estudios importantes: S. Tatistcheff, *Alexandre I^er^ et Napoléon* (con numerosos documentos extraídos de los archivos rusos, actualmente inaccesibles, 1891); A. Vandal, *Napoléon I^er^ et Alexandre*

(t. I, 1893); Driault, *Tilsit* (1917); M. Dunan, «Les deux grands à Tilsit» en *Napoléon* («Génies et réalités», 1961); J. Thiry, *Eylau, Friedland, Tilsit* (1965).

Sobre la estrategia napoleónica: Colin, *L'Éducation militaire de Napoléon* (1900, muestra la influencia de Feuquières Guibert, Lloyd, Bourcet y du Teil sobre el pensamiento napoleónico); Camon, *Quand et comment Napoléon a conçu son système de bataille* (1935). Véase, igualmente, *Quand et comment Napoléon a conçu son système de manoeuvre* (1931); Bonnal, *Psychologie militaire de Napoléon*; Yorck de Wartenbourg, *Napoléon chef d'armée* (1899); Druene, «Napoléon chef de guerre», *Revue de l'Institut Napoléon* (1967, pp. 97-116); claro y documentado es el libro de Vadrée, *Napoléon en campagne* (1913). Añádase: Rothenberg, *The art of warfare in the age of Napoleon* (1977). Quimby en *The background of Napoleonic Warfare* (1957) renovó el problema. Véase también Chandler, *The campaigns of Napoleon* (1966). Algunos buenos estudios sobre los soldados: Morvan, *Le Soldat impérial* (1904, excelente); M. Dupont, *Napoléon et ses Grognards*; M. Baldet, *La Vie quotidienne dans les armées de Napoléon* (1964); M. Choury, *Les Grognards et Napoléon* (1968); Lucas-Dubreton, *Soldats de Napoléon* (1977); G. Blond, *La Grande Armée* (1979). Sobre la Guardia: Lachouque, *Napoléon et la Garde impériale* (1957). Picard, *La cavalerie dans les guerres de la Révolution et de l'Empire* (t. II, 1895). Sobre los servicios: Philip, *Études sur le service d'État-Major pendant les guerres du Premier Empire* (1900), Lechartier, *Les Services de l'arrière à la Grande Armée* (1910); La Barre de Nanteuil, *Le Comte Daru* (1966, sobre los comisarios de las guerras y la intendencia); J. Bourdon, «L'administration militaire sous Napoléon I^{er}», *Revue des Études napoléoniennes*, 1917, pp. 17-47. (Excelente para el suministro de municiones y armas, el número de caballos, se necesitaban anualmente 80.000, etc.) A. Soubiran, *Larrey* (1966), sobre el servicio de salud. Sobre los ayudantes de campo: Margerand, *Les aides de camp de Bonaparte*, 1931; Gillot, *Le Général Le Marais* (1957). Buen estudio sobre los generales de Six en 1947 (síntesis de su diccionario). Sobre «los olvidados de la gloria», el libro de Rivollet (1969) y la biografía de uno de esos oscuros, Hurel, por M. Le Clère, *Revue de l'Institut Napoléon* (1972). Hay que citar los números especiales del *Souvenir napoléonien* sobre «Napoléon et le service de santé», bajo la dirección de Alain Gérard (1976). Para las transmisiones (las estafetas, el tambor o la trompeta, los cañonazos de salvas): Quennevat, *ibidem*, marzo de 1975, pp. 12-16. Los procedimientos de criptografía eran mediocres: los rusos, según Alejandro I, leían sin dificultades los partes que intercambiaban Napoleón y sus mariscales (R. Ceillier, *La Cryptographie*, 1948). Sobre el cuartel imperial: M. Doher, «Napoléon en campagne», *Souvenir napoléonien*, nov. de 1974. Mencionemos también a Regnault, *Les Aigles impériales. 1804-1815* (1967), y P. Charrié, *Drapeaux et étendards de la Révolution et de l'Empire* (1982).

El sistema de reclutamiento por conscripción no ha sido objeto de ningún estudio de conjunto, excepción hecha de la publicación de G. Vallée del registro general de la

conscripción de Hargenvilliers (1937). Monografías regionales fundamentales: P. Viard para Nord (*La Revue du Nord*, 1924, pp. 287-304; 1926, pp. 273-302); G. Vallée, *La Conscription dans le département de la Charente, 1798-1807* (1973, relevante); M. Lantier, «L'opposition à la conscription dans le département de la Manche de 1808 à 1815», *Rev. Dép. Manche* (1960, pp. 23-47); R. Legrand, *Le Recrutement et les Désertions en Picardie* (1957); Vidalenc, «La désertion dans le Calvados sous le Premier Empire», *Revue d'Histoire moderne* (1959, pp. 60-72). J. Imbert, «Économie et Guerre, 1806», *Mélanges Jacquemyns* (1967), insiste en las desigualdades entre ciudades y zonas rurales en el régimen de la conscripción. J. Waquet, «La société civile devant l'insoumission et la désertion, 1798-1814», *Bibl. École des Chartes* (1968, pp. 187-222). Reparemos en que el oeste y París fueron tratados con consideración (Tulard, «Guerre et expansion démographique à Paris», en *Contributions à l'histoire démographique de la Révolution*, 1970, pp. 254-263). Las incidencias demográficas son desglosadas por G. Vallée, «Population et Conscription de 1798 à 1814», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1938, pp. 152-159, 212-224 y 1939, pp. 17-23. Las levas no pusieron en peligro la expansión demográfica de Francia, estima con razón Vallée. Pero fueron injustas. Ariège, poblado con 196.454 habitantes, suministró, en 1805, 444 soldados frente a los 956 de París y, en 1811, 1105 frente a los 1086 procedentes de la capital (Dessat y L'Estoile, *Aux origines des armées révolutionnaires et impériales* (1906). Véase también Darquenne sobre el departamento de Jemmapes. Sobre los reemplazos: Désert (*Rev. Hist. Écon. et Soc*., 1965) y Maureau (*Rev. Inst. Nap*., 1975, que indica los precios a partir de los contratos realizados ante notarios). La antropología del conscripto, iniciada por E. Leroy Ladurie, la proporciona en el caso preciso de Anjou J. P. Bois (*Annales de Bretagne*, 1977).

Otras lecturas: Michel Poniatowski, *Talleyrand et le Consulat* (1986).

Capítulo 11: El bloqueo continental

FUENTES: Archivos de Asuntos Exteriores y de las cámaras de comercio series F7 y F12 de los Archivos Nacionales, *Memorias* de Gaudin, Mollien (verdadero ministro de Economía), Chaptal, Miot de Melito, Bourrienne (sobre Hamburgo), Talleyrand y el punto de vista de los aduaneros suministrado por Boucher de Perthes y, sobre todo, Gruyer (*Souvenirs d'un gabelou de Napoléon*, reed. 1947). La *Correspondencia* de Napoleón (t. XIII) contiene los textos fundamentales, especialmente el decreto de Berlín. Complétese con L. P. May, «Une version inédite d'une allocution de Napoléon au sujet du Blocus continental», *Revue historique*, 1939, pp. 264-272 (vigorosa condena de los especuladores) y *Napoléon I, Lettres au comte Mollien*, ed. Arnna et Gille (1959). Hay que examinar también los numerosos folletos de Monbrion, *De la prépondérance maritime et commerciale de l'Angleterre*

(1805); André, *Analyse fondamentale de la puissance de l'Angleterre* (1805); las obras de Montgaillard recogidas en sus *Mémoires diplomatiques* (1896). En el bando contrario, Gentz, *Essai sur l'état actuel… de la Grande-Bretagne* (1800), y F. d'Ivernois, *Effets du Blocus continental* (1809).

OBRAS: Con cincuenta años de intervalo, dos artículos propusieron un balance de las investigaciones sobre el Bloqueo Continental: en 1913, Marcel Dunan publicó en la *Revue des Études napoléoniennes* (pp. 115-146) un artículo muy destacado sobre «Le système continental», *Bulletin d'histoire économique*; y, en 1966, Roger Dufraisse presentó un nuevo balance de las investigaciones en la *Revue d'Histoire économique et sociale*: «Régime douanier, blocus, système continental» (pp. 518-543).

Existen varias síntesis sobre el Bloqueo Continental: Kiesselbach, *Die Continentalsperre in ihrer ökonomischpolitischen Bedeutung* (1850; anticuado, pero profético); Lumbroso, *Napoleone I e l'Inghillerra* (1897); Bertin, *Le Blocus continental* (1901); J. Holland Rose, «Napoleon and british commerce», en *Napoleon Studies* (1906); Tarlé, *Kontinental's naja blokada* (Moscú, 1913); Melvin, *Napoleon's Navigation System* (Nueva York, 1919); Heckscher, *The continental System* (Oxford, 1922); B. de Jouvenel, *Napoléon et l'Économie dirigée. Le Blocus continental* (1942); M. Dunan, *Le Système continental et les débuts du royaume de Bavière* (1943, importantes capítulos sobre el Bloqueo con bibliografía exhaustiva en esa fecha); Lacour-Gayet, *Histoire du Commerce*, t. IV (1961); Louaisil, «Le Blocus continental», *Information historique*, 1949, pp. 32-35 (resumen manejable). Entre los estudios particulares: la obra capital de F. Crouzet, *L'Économie britannique et le Blocus continental* (1958), importante estudio de las repercusiones del bloqueo sobre la industria y el comercio inglés; D. Heils, *Les Rapports économiques franco-danois sous le Directoire, le Consulat et l'Empire* (1958), y Ulane Bonnel, *La France, les États-Unis et la guerre de course, 1797-1815* (1961, ilustra la dificultad de ser neutrales). La condición de aliados o de países anexionados no era nada envidiable: Tarlé, *Le Blocus continental et le royaume d'Italie* (1928); Cerenville, *Le Système continental et la Suisse, 1803-1813* (Lausana, 1906); Mercader Riba, *España en el Bloqueo Continental; Estudios de Historia moderna*; Macedo, *O Bloqueio continental* (1962, estudia únicamente Portugal). Se encontrará en la obra citada más arriba de M. Dunan una bibliografía relativa a las consecuencias del Bloqueo Continental en los Estados alemanes (p. 675). En cuanto a su importancia en la guerra marítima, fue puesta de manifiesto magistralmente por Mahan, *The influence of sea power upon the French Revolution and Empire* (1892).

Fuentes II

Capítulo 12: El imperio napoleónico

FUENTES: Las obras de estadística (en 1808 habrá la de Pazzis sobre Vaucluse, estudiada por A. Maureau, *Études vauclusiennes*, 1973) y las memorias de los prefectos citados en el capítulo 1 de la segunda parte (véase A. de Saint-Léger, «Les mémoires statistiques des départements pendant le Directoire, le Consulat et l'Empire», *Le Bibliographe moderne*, 1918-1919; B. Gille, *Les Sources statistiques de l'Histoire de France* (1964) y J.-C. Perrot, *L'Age d'or de la statistique régionale* (año IV-1804) proporcionan útiles descripciones que se pueden completar con los *anuarios* departamentales (véase para Sena, el excelente *anuario* de Allard y los artículos contenidos en los *Annales de statistique*. Para las comunicaciones: *État général des postes et relais de l'Empire français*. Los relatos de los viajeros no están en absoluto desprovistos de interés: Lequinio, con su *Voyage dans le Jura* (año IX), otro antiguo convencional, Camus, con un *Voyage dans l'Est et le Nord* (año IX) y Raymond de Carbonnières con su famoso *Voyage au Mont-Perdu et… Hautes-Pyrénées* (año IX) abrieron la vía al exitoso *Voyage dans les départements du Midi de la France* de Millin (1807), plagiado más tarde por Stendhal en sus *Mémoires d'un touriste* (Monglond, «Millin», *Revue des Études napoléoniennes*, 1940, pp. 81-107 y 161-188) y en el *Dictionnaire topographique des environs de Paris*, de Oudiette. Entre los extranjeros, Nemnich en 1809 (ed. O. Viennet, 1947) es especialmente interesante, al igual que el príncipe Clary-Aldringen (*Trois Mois à Paris*, 1912). Las guías de viaje son muy numerosas: la mejor es *L'Itinéraire de l'Empire français* de Langlois (3 vols., y un suplemento), reeditada varias veces. El gusto por las topografías nos valió la valiosa *Topographie de Paris* de Maire (1.ª ed. 1808). Escenas costumbristas en Jouy, *L'Hermite de la Chaussée-d'Antin* (1814), y Fortia de Piles, *L'Ermite du Faubourg-Saint-Honoré* (1814), así como en los cuadros o crónicas de Nougaret, Pujoulx, Prudhomme, del padre Lantimèche y Salgues sobre París. Para Italia, la magnífica estadística de Montenotte elaborada por Chabrol (1824).

OBRAS: Visión de conjunto sobre la génesis y los factores de unificación de Europa en J. Tulard, *Le grand Empire* (1982), y R. Dufraisse, «L'intégration hégémoniale de l'Europe sous Napoléon», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1984. Capital de este Imperio, París inspiró numerosos trabajos. Solo citaremos aquí las síntesis de Lanzac de Laborie (*Paris sous Napoléon*, 8 vols., 1905-1911); M.-L. Biver (*Le Paris de Napoléon*, 1963), G. Poisson, *Napoléon et Paris* (1964); M. Guerini, *Napoléon et Paris* (1967) y J. Tulard, *Nouvelle Histoire de Paris: le Consulat et*

l'Empire (1970).

Para las provincias, la bibliografía es enorme, enterrada en las revistas regionales. Retengamos algunas historias de grandes ciudades: Trenard, *Lyon, de l'Encyclopédie au Préromantisme* (1958); *Histoire de Bordeaux* (t. V., 1968); C. Fohlen, *Histoire de Besançon*, t. II (1965); A. Vion, *La Vie calaisienne sous le Consulat et l'Empire* (1972), y sobre puntos concretos: Gaffarel para Marsella (*Revue des Études napoléoniennes*, 1916, pp. 65-93) o Villat, «Napoléon à Nantes» (*ibidem*, 1912, pp. 335-365). Citemos también sobre Pontivy (Napoléonville) el artículo de P. Lavedan en el *Bul. Soc. Art Fr*., 1950, pp. 186-198. Estudios regionales: Rocal, *Du 18 Brumaire à Waterloo en Périgord* (1943), F. L'Huillier, *Recherches sur l'Alsace napoléonienne* (1947), que se puede completar con el número especial de *Saisons d'Alsace* (1963), A. Maureau, *Souvenirs du Consulat et de l'Empire dans le Vaucluse* (1976) o J. Vidalenc, *Textes sur l'histoire de la Seine-Inférieure à l'époque napoléonienne* (1976). *La Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution*, de Agulhon (1970), debe ser igualmente citada. Hay mucho que extraer de los volúmenes del *Univers de la France* (*Languedoc* bajo la dirección de Wolff, *Bretagne* por Delumeau, *Île-de-France* por Mollat…), que contienen capítulos muy desarrollados sobre el período napoleónico. Léase también C. Bosc, *La Conspiration d'Ajaccio contre la France en 1809*.

Las regiones anexionadas fueron muy estudiadas. Para Bélgica: S. Balau, *La Belgique sous l'Empire* (1894); Lanzac de Laborie, *La Domination française en Belgique* (t. II, 1895); P. Verhaegen, *La Belgique sous la domination française* (5 vols., 1922-1929); Pirenne, *Histoire de la Belgique* (t. VI, 1926); J. Cathelin, *La Vie quotidienne en Belgique* (1966); R. Devleeshouwer, «La Belgique annexée à la France», en *Les Pays sous domination française* (roneo., 1968), sin olvidar la edición de las *Memorias* del general Dumonceau por J. Puraye (t. I, 1958; un belga al servicio de Francia. Sobre Luxemburgo: J. Dollar, *Napoléon et le Luxembourg*, 1979. Sobre la orilla izquierda del Rin, los viejos libros de Sagnac, *Le Rhin français* (1917), y de Capot-Rey, *Quand la Sarre était française* (1928), así como la biografía del prefecto de Mont-Tonnerre, Jean Bon SaintAndré por Levy Schneider (1901), fueron reemplazados por la excelente síntesis de R. Dufraisse, «Les Départements du Rhin sous le régime napoléonien», en *Les Pays sous domination française* (roneo., 1968, con una orientación bibliográfica); añádase, del mismo autor, «Le soulèvement des gardes nationales de la Sarre en 1809», *Bull. Soc. d'Histoire moderne*, 1969, pp. 1-6: el descontento había sido causado por la impopular institución de la Guardia Nacional y por las numerosas condenas por delitos forestales. No hubo un movimiento patriótico en relación con la agitación de Alemania. Para Italia, véase más abajo.

Para Iliria: Pisani, *La Dalmatie de 1797 à 1815* (1893; buen estudio de las administraciones de Marmont, Junot y Fouché); Pivec-Stellé, *La Vie économique des provinces illyriennes, 1809-1813* (1931); M. Senkowska-Gluck, «Pouvoir et Société

en lllyrie», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1980. Sobre las islas jónicas ocupadas a partir de 1807 y donde el general Donzelot debía permanecer hasta 1814: J. Baeyens, *Les Français à Corfou* (1973), que sustituye a Rodocanachi, *Bonaparte et les îles Ioniennes* (1899). Progresión hacia Grecia que aclaró J. Savant: *Napoléon et les Grecs* (1945), y Boppe, *L'Albanie et Napoléon* (1914).

Entre los vasallos, léase sobre Westfalia: H. Berding, *Napoleonische Herrschafts und Gesellschaftspolitik* (1973); J. Tulard, «Simeón et l'organisation du royaume de Westphalie», *Francia*, 1973, pp. 557-568; sobre Berg: Ch. Schmidt, *Le Grand-Duché de Berg* (1905). En cuanto Suiza, consúltese Suratteau, «La Suisse dans le système français», en *Les Pays sous domination française* (1968). El caso de Ginebra ha sido bien tratado en Chapuisat, *Le Commerce et l'Industrie de Genève pendant la domination française* (1908). Sobre Neuchâtel, el estudio de Courvoisier (1961). Nos remitiremos, en lo que concierne a Italia y a Holanda, a los estudios citados en los demás capítulos. Para el gran ducado de Varsovia: H. Grynwasser, «Le Code Napoléon dans le duché de Varsovie», *Revue des Études napoléoniennes*, 1917, pp. 129-170, el número especial de los *Annales historiques de la Revue française*, 1964 (especialmente los artículos de B. Grochulska sobre las estructuras económicas y de M. Senkowska sobre los mayorazgos franceses); A. Soboul, «Le Duché de Varsovie», en *Les Pays sous domination française* (1968). Para Italia: Fugier, *Napoléon et l'Italie* (1947); las actas del coloquio de la academia dei Lincei, *Napoléon et l'Italie* (1973, fundamental); Zaghi, *Il regno d'Italia* (1965); Roberti, *Milano capitale napoleónica* (1946); Borel, *Gênes sous Napoléon* (1929); *Convegno storico savonese* (2 vols., 1984, que contiene una aclaración de J. Godechot sobre Liguria); *La Toscana nell'età rivoluzionare e napoleónica* (recopilación de estudios fundamental, 1985) sustituye al viejo estudio de Marmottan sobre el reino de Etruria. Léase también A. Lorion, «Bonaparte et la République de Saint-Marin», *Revue de l'Institut Napoléon* (1979). La ruta sirve de factor de unidad: Cavaillès, *La Route française* (1946); J. Petot, *L'Administration des Ponts et Chaussées* (1958); el Código Civil es otro elemento de unificación, pero encontró resistencias en Alemania, explicadas por E. Fehrenbach, *Traditionale Gesselschaft und revolutionares Recht* (1974), y R. Chabanne, «Napoléon, son code et les Allemands» (*Études offertes à J. Lambert*, 1975). Hay que añadir aquí el culto a Napoleón (W. Zajewski, «Le culte de Napoléon à Dantzig», *Revue d'Histoire moderne*, 1976, pp. 556-572).

Capítulo 13: El reinado de los notables

FUENTES: La subserie F10 de los Archivos Nacionales (migraciones obreras, estadísticas sobre el consumo), las listas de los seiscientos mayores contribuyentes (véase Agulhon, «Les sources statististiques de l'histoire des notables au début de XIX^{e} siècle dans les archives d'un département: le Var», *84e Congrès des Soc. sav.*,

1959, pp. 453-459), los anuarios estadísticos (Bottin, *Annuaire statistique du Nord*) y los sondeos estadísticos (el de Dartonne para el distrito de Gien fue publicado por B. Gitton en 1963; la memoria del abad Marchand sobre los municipios de Rahay y Valennes en el año IX había sido editado en 1908 por J. L'Hermitte) son fundamentales. Entre las *Memorias* más interesantes, las de Hue, *Journal d'un Paysan*, publicada por Veuclin en 1886 (documento de una gran rareza sobre la vida del campo), Lamartine (1870, la vida de Milly a comienzos del Imperio), Poumiès de la Siboutie (*Souvenirs d'un Médecin de Paris*, 1910), Agricol Perdiguier (*Mémoires d'un Compagnon*, 1854-1855, la condición rural en los últimos años del Imperio), Ouvrard (1826), Vidocq (1828, reed. por J. Savant, 1950: las fronteras inciertas entre obreros y mundo del crimen), Véron (*Mémoires d'un Bourgeois de Paris*, t. 1, 1853), Moitte (la mujer del escultor; excelente sobre la vida cotidiana), Stendhal (*Journal*, ed. Martineau, 1955), Pierre Foucher (por el suegro de Victor Hugo, la vida de un empleado ministerial, ed. Guimbaud, 1929). Muchas observaciones interesantes sobre la sociedad en la *Correspondance* de Fiévée (1836), en las crónicas de Jouy reunidas en *L'Hermite de la Chaussée-d'Antin* y en el *Itinéraire parisien* de Alletz, un comisario de policía de la Revolución y del Imperio.

OBRAS: Los estudios generales antiguos han sido superados: Bondois, *Napoléon et la Société de son temps*, 1895; F. Corréard, *La France sous le Consulat*; G. Stenger, *La Société française pendant le Consulat* (1902-1908, 6 vols.); Hanotaux, «Les transformations sociales à l'époque napoléonienne» (*La Revue des Deux-Mondes*, 1926, pp. 89-123, 562-577), con excepción de Brousse y Thurot, *Le Consulat et l'Empire*, t. VI de *l'Histoire socialiste de Jaurès* (1905), donde se examinan numerosos documentos conservados en los Archivos Nacionales. Entre las síntesis recientes: la contribución de Jacques Godechot en la *Histoire de la Société française* de Halphen y Doucet, y la de Bertrand Gille en *Napoléon et l'Empire* de J. Mistler; el informe de A. Soboul, *Bilan social en 1815* (Comité Internacional de las Ciencias Históricas, XII Congreso, 1965, pp. 517-545) y el de J. Tulard, «Problèmes sociaux de la France impériale», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine* (1970, pp. 639-663). Sobre una región concreta: M. Agulhon, *La Vie sociale en Provence intérieure au lendemain de la Révolution* (1971).

El régimen de la propiedad fue bien analizado por M. Garaud, *La Révolution et la Propriété foncière* (1960). Sobre la «supervivencia de los derechos feudales» en el oeste, véase el artículo de P. Massé en los *Annales historiques de la Révolution française*, 1965, pp. 270-298 (examina el caso de la renta feudal aplebeyada y del neodiezmo). Sobre la venta de los bienes nacionales bajo el Imperio, aparte de las observaciones de M. Marión (*La Vente des Biens nationaux pendant la Révolution*, 1908) y G. Lefebvre («La vente des biens nationaux», en *Études sur la Révolution française*, 1963, pp. 307-337), los numerosos estudios regionales cuyo modelo sigue siendo Dubreuil, *La Vente des Biens nationaux dans le département des Côtes-du-*

Nord (1911). Sobre el papel de los bienes nacionales en la constitución de una fortuna: Barral, *Les Perier dans l'Isère au XIX^e siècle* (1964). Sobre los notables, E. Beau de Loménie: *Les Responsabilités des Dynasties bourgeoises*, t. 1 (1943); Ch. Morazé, *La France bourgeoise* (1946); G. Chaussinand Nogaret, L. Bergeron y R. Forster, «Les notables du grand Empire en 1810», *Annales*, 1971, pp. 1052-1075 («El notable es un hombre de edad madura, que pertenece a categorías profesionales que le otorgan prestigio moral, autoridad de función o poder económico»). Casos regionales estudiados por F. Spannel, «Les éléments de la fortune des grands notables marseillais au début du XIX^e siècle», *La Provence historique* (1957); Vitte, «La société mâconnaise à la fin du Premier Empire», *Cahiers d'Histoire* (1956); Bouyoux, «Les six cents plus imposés du département de la Haute-Garonne en l'an X», *Annales du Midi* (1958, pp. 317-327), y en la *Revue d'Histoire moderne* de 1970, serie de estudios por A. Palluel («Les notables dans les Alpes du Nord», pp. 741-757); Agulhon («Les notables du Var», pp. 720-725), J. M. Lévy («Les notables de l'Ain», pp. 726-740); Dufraisse («Les notables de la rive gauche du Rhin», pp. 758-776); J. Vidalenc («Les notables des départements hanséatiques», pp. 777-792); Nicolas («Le ralliement des notables au régime impérial dans le département du Mont-Blanc», *ibidem*, 1972). El registro de los grandes notables por el CNRS ha permitido la publicación de los volúmenes sobre Vaucluse y Ardèche (A. Maureau y G. Payron), sobre Mont-Blanc (Palluel, 1978), etc. Síntesis de Bergeron y Chaussinand-Nogaret, *Les masses de granit* (1979). N. Célestin se dedica a un caso particular, «Le Notariat parisien sous le Consulat et l'Empire», *ibidem* (pp. 699-708). Sobre los propietarios urbanos: A. Daumard, *Maisons de Paris et propriétaires parisiens, 1809-1880* (1965). Beau de Loménie dirigió la atención sobre el nacimiento de las *dinastías burguesas* que van a dominar el siglo XIX; Fiévée pone aparte el mundo de la banca, el mejor estudiado: Lhomer, *Le Banquier Perrégaux et sa fille, la duchesse de Raguse* (1926); J. Stern, *Le Mari de Mlle Lange, Michel-Jean Simons* (1933); M. Payard, «Bonaparte et le fournisseur Collot» (*Revue des Études napoléoniennes*, 1935, pp. 129-143); Palmade, *Capitalisme et Capitalistes français au XIX^e siècle* (1961); Gille, *Histoire de la maison Rothschild* (1965); Bouvier, *Les Rothschild* (1967); Gérard, *Messieurs Hottinguer banquiers à Paris* (1968); L. Bergeron, *Banquiers, négociants et manufacturiers parisiens du Directoire à l'Empire* (1975). Ouvrard fue objeto de varios estudios de A. Lévy, J. Savant y Payard mencionados más arriba. Recordemos igualmente R. Szramkiewicz, *Les Régents et Censeurs de la Banque de France* (1974).

Los trabajos sobre el mundo campesino son poco numerosos y engloban generalmente (caso de la tesis de Désert para Normandía, de Merley para Alto Loira o de Garrier para Beaujolais) el conjunto del siglo XIX. Retengamos sin embargo el de Berland, «Les cultures et la vie paysanne dans la Vienne à l'époque napoléonienne», en las *Mémoires publiés par la Commission de recherche des documents relatifs à la*

vie économique de la Révolution française (1937, pp. 189-230). «La lutte pour l'individualisme agraire dans la France du Premier Empire» se cita en Laurent (*Annales de Bourgogne*, 1950). Sobre las dificultades de elaboración del código rural: Françoise Fortunet, «Le code rural ou l'impossible codification», *Annales historiques de la Révolution*, 1982, pp. 95-112.

Las informaciones son más abundantes sobre los obreros, aunque las observaciones recogidas tengan sobre todo relación con París. Es el caso del viejo libro de Gerando, *Des Progrès de l'industrie considérés dans leurs rapports avec la moralité de la classe ouvrière* (1841) o de las cifras recogidas por Duchatellier, *Essai sur les salaires et les prix de consommation de 1202 à 1830* (1830). La obra de E. Levasseur, *Histoire des Classes ouvrières en France depuis 1789 jusqu'à nos jours* (t. I, 1867) sigue siendo útil a pesar de los prejuicios evidentes; complétese con el t. VI del *Paris sous Napoléon* de Lanzac de Laborie (1910) y G. Vauthier, «Les ouvriers de Paris sous l'Empire», *Revue des Études napoléoniennes*, 1913, t. II, pp. 426-451. Las migraciones estacionales fueron estudiadas por G. Mauco, *Les Migrations ouvrières en France au début du XIX^e^ siècle* (1932); Arbos, «Un rapport sur l'émigration saisonnière dans le Puy-de-Dôme en 1808», *Revue d'Auvergne* (1934); A. Châtelain. «Les migrations temporaires en France au XIX^e^ siècle», *Annales de démographie historique*, 1967; del mismo autor, «Résistance à la conscription et migrations temporaires sous le Premier Empire», *Annales hist. Rév. fr.*, 1972, pp. 606-625; R. Beteille, «Les migrations saisonnières en France sous l'Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 424-441, y, sobre todo, L. Chevalier, *La Formation de la Population parisienne au XIX^e^ siècle* (1950). Para los centros provinciales: G. Clause, *Les Cardeurs et Fileurs de laine en 1812* (coloquio de la Asociación Interuniversitaria del Este, 1972). R. Marquant se dedicó a los «Bureaux de placement en France sous l'Empire et la Restauration», *Revue d'Histoire économique et sociale* (1962), pp. 200-237. El paso de «la clase laboriosa» a la «clase peligrosa» fue bien aclarado por L. Chevalier, *Classes laborieuses et Classes dangereuses* (1958). La resurrección del gremialismo fue analizada por E. Coornaert, *Les Compagnonnages en France, du Moyen Âge à nos jours* (1966). Sobre el problema de la cartilla obrera, H. Sazerac de Forge, «La législation ouvrière sous l'Empire», *Bulletin de l'Institut Napoléon*, 1949 (defiende las intenciones de Napoleón contra la opinión de G. Bourgin, «Contribution à l'histoire du placement et du livret en France», *Revue politique et parlementaire*, 1912). Sobre el barrio obrero por excelencia de París: Raymonde Monnier, *Le faubourg Saint-Antoine, 1789-1815* (1981).

La evolución del salario fue reconstruida por J. Rougerie, «Remarques sur l'histoire des salaires à Paris au XIX^e^ siècle», *Mouvement social*, 1968, pp. 71-108. Se estudiaron algunas huelgas: P. Viard, «Une grève sous le Premier Empire au Tregueil», *Mélanges Pirenne*, 1926, pp. 663-668; Lorenzi, «Une grève parisienne en

1810», *Miroir de l'Histoire*, dic. de 1954, pp. 643-748 (utiliza las libretas de notas del controlador de los trabajos del Arco del Triunfo de l'Étoile, Hèricart de Thury); J. Bruhat, «Le Mouvement ouvrier français du début du XIX^{e} siècle et les survivances d'Ancien Régime», *La Pensée*, dic. de 1968, pp. 44-56.

Hay poco que sacar de la historia social de Broc, *La Vie en France sous le Premier Empire* (1895); J. Bertaut, *La Vie à Paris sous le Premier Empire* (1943); J. Robiquet, *La Vie quotidienne au temps de Napoléon* (1944); F. Darle, *Au temps de Napoléon Bonaparte* (1961) y H. d'Almeras, *La Vie parisienne sous le Consulat et l'Empire* (s. f.); pero elogiemos Z. Harsany, *La Vie quotidienne à Strasbourg* (1976); Rousseaux-Berrens, «La Gastronomie à Paris»; *Rev. Inst. Nap*., 1961, llama la atención sobre un aspecto muy conocido de la vida de sociedad según el almanaque de los golosos de Grimod de la Reynière. Visión de conjunto en J. Tulard, *La vie quotidienne des Français sous Napoléon* (1978).

Capítulo 14: Una economía de guerra

FUENTES: Subseries F10 (agricultura), F11 (subsistencias), F12 (comercio e industria), F14 (trabajos públicos) y, sobre todo, F20 (estadísticas) de los Archivos Nacionales. Podemos recurrir igualmente a los archivos de las Cámaras de Comercio; las actas del Consejo General de las Manufacturas fueron publicadas por B. Gille (1961), así como las estadísticas concernientes a París, *Documents pour l'état de l'industrie et du commerce de Paris et du département de la Seine, 1778-1810* (1963). *La Description topographique et statistique de la France*, de Peuchet y Chanlaire (1810), contiene preciosas informaciones. Se encontrará, como anexo de Festy, *L'Agriculture française sous le Consulat* (1952), una lista manejable de anuarios y de descripciones estadísticas, clasificadas por departamento. *La statistique du département du Nord*, de Dieudonné, ha sido reimpresa. Para París, consúltese el *Almanach du Commerce*, de La Tynna, y las *Recherches statistiques* de Chabrol. Informaciones oficiales (por tanto sujetas a cautela) en los *Exposés de la situation de l'Empire*, sobre todo el de 1813 por Montalivet, que establece un balance de la evolución económica con indicaciones cuantificadas. Para el conjunto de los grandes escrutinios estadísticos de la época: B. Gille, *Les Sources statistiques de l'Histoire de France* (1964, complétese con B. Desgrey, «Montalivet et la statistique au temps de l'Empire», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1968, pp. 103-108), y L. Bergeron, *La statistique en France à l'époque napoléonienne* (1981). Entre los escritos de la época sobre la agricultura: Pradt, *De l'État de la culture en France et de ses améliorations* (año X); François de Neufchâteau, *L'Art de multiplier les grains* (1809), *Voyage agronomique dans la sénatorerie de Dijon* (1860), así como sus numerosos informes impresos en la sociedad de agricultura del departamento del Sena; Héron de Villefosse, *De la Richesse minérale* (1810); Rougier de la Bergerie, *Mémoires sur les*

abus des défrichements et la destruction des bois et forêts (año IX), y, todavía más, su *Histoire de l'Agriculture française* (1815); añádasele: *Les Forêts de la France* (1817); Costaz, *Essai sur l'administration de l'agriculture… suivi de l'historique des moyens qui ont amené le grand essor pris par les arts depuis 1793 jusqu'à 1815* (1818); Chaptal, *Mémoire sur la culture de la vigne* (1820); C. Sonnini, *Manuel des propriétaires ruraux et de tous les habitants de la campagne* (1808). Sobre la industria: se publicaron en la época los informes de los jurados sobre los productos presentados durante las exposiciones (véase sobre todo el de Costaz en 1806). Una fuente fundamental: Chaptal, *De l'Industrie française* (pasa revista, con cifras, a todas las ramas de la actividad manufacturera, 1819). No podemos olvidar los escritos de algunos economistas: Ganilh, *Des Systèmes d'économie politique* (1802); Sismondi, *Nouveaux Principes d'économie politique* (1819); Say, *Principales causes de la richesse ou de la misère des peuples et des particuliers* (1818), y, sobre todo, d'Ivernois, *Napoléon administrateur et financier* (1814), al que precedió *Des causes qui ont amené l'usurpation du général Bonaparte et qui préparent sa chute* (1800). Las *Memorias* de Richard-Lenoir (t. 1, el único aparecido, en 1873) son apócrifas. Hay poco que sacar de las *Memorias* de Laffitte (1932). Para los transportes, los *Almanachs des postes* suministran preciosas indicaciones. Léase también el *Code du commerce*, anotado por Fournel (1807); Dupré Saint-Maur sobre el comercio de Aude (1808).

OBRAS: Excelentes síntesis debidas a Brousse y Thurot, *Histoire socialiste de Jaurès*, t. VI (envejecida, pero con numerosa documentación); H. See (*Histoire économique et sociale de la France*, t. II, 1939); Chabert (*Essai sur le mouvement des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820*, 1949, primera tentativa de aplicación de los métodos de la historia serial en el período); Palmade, *Capitalisme et Capitalistes français au XIX^e siècle* (1961); F. Labrousse, «Éléments d'un bilan économique: la croissance dans la guerre», *XIIe Congrès international de Sciences historiques* (1965), pp. 473-496; Bergeron, «Problèmes économiques de la France napoléonienne», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 469-505: las páginas consagradas al Imperio por A. Soboul en el tomo III de la *Histoire économique et sociale de la France* (1976). Un modelo de monografía local: J. Vidalenc, «La vie économique des départements méditerranéens pendant le Premier Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1954, pp. 164-198.

Retengamos sobre la agricultura la importante síntesis de Festy, *L'Agriculture française sous le Consulat* (1952), que completa «Les progrès de l'agriculture sous l'Empire», *Revue d'Histoire économique et sociale*, 1957. Algunas regiones fueron objeto de monografías: R. Laurent, *L'Agriculture en Côte-d'Or pendant la première moitié du XIX^e siècle* (1931); R. Berland, «Les cultures et la vie paysanne dans la Vienne à l'époque napoléonienne» (Corn, *Recherche et publ. de documents économiques*, 1937, pp. 189-231); Roque, *Aspects économiques de la vie niçoise*

(1957); J. Vidalenc, «L'agriculture et l'industrie dans les départements normands à la fin du Premier Empire», *Annales de Normandie* (1957, pp. 281-307). Los bosques solo fueron objeto de trabajos fragmentarios: A. Granger, «Notes sur l'administration des forêts sous le Consulat et l'Empire», *Revue forestière,* 1930, pp. 541-558; Cointat y Choulet. «La forêt haut-marnaise sous l'Empire», *ibidem,* 1952, pp. 453-459; Dufraisse, «La forêt de Haguenau sous la Révolution et l'Empire», *Études haguenoviennes,* 1958, pp. 145-184. Woronoff, «La crise de la forêt française» (*Cahiers d'Histoire,* 1979); Buttoud, «L'administration forestière sous le Consulat et l'Empire», *Revue forestière française,* 1981, pp. 401-414. Sobre los viñedos, buena visión de conjunto de P. Boussel, *Napoléon au royaume des vins de France* (1951). Para Champaña, G. Clause, «Notes sur la viticulture et le vignoble champenois au début du XIX^{ème} siècle», *Mémoires, Soc. agr. Dép. Marne,* 1965, pp. 137-147. A falta de síntesis sobre la ganadería, podrá consultarse la monografía de M. Rebouillat, *Les Progrès de l'élevage dans la Saône-et-Loire sous le Premier Empire* (Congrès national des sociétés savantes, 1967) y el excelente estudio de P. Pervecaux, «La Dombes sous la Révolution et l'Empire», *Cahiers d'Histoire,* 1971, pp. 371-391; destaca el círculo vicioso: el ganado está mal alimentado, como su producto se vende mal, no se puede financiar ninguna mejora de su alimentación.

La industria suscitó numerosos trabajos. Buenas visiones de conjunto de A. Meynier, «L'Industrie française de 1800 à 1814», *Revue de l'Institut Napoléon,* 1938, pp. 65 80, A. Viennet, *Napoléon et l'Industrie française* (1947, obra centrada sobre todo en la crisis de 1811), «Napoléon et l'industrie» (importante número especial del *Souvenir napoléonien,* de enero de 1971). Algunos estudios regionales: P. Léon. *La Naissance de la Grande Industrie en Dauphiné* (t. I, 1954), F. Crouzet, «Les origines du sous-développement économique du Sud-Ouest», *Annales du Midi,* 1959, pp. 71-79 (expone la desindustrialización del sur), G. Thuillier, *Aspects de l'économie nivernaise au XIX^{e} siècle* (1966), Brandt, «L'Alsace napoléonienne et la Révolution industrielle» (*Saisons d'Alsace,* 1963). L. Bergeron, *Banquiers, Négociants et Manufacturiers à Paris* (1975), destaca el papel dirigente desempeñado por París. M. Lévy-Leboyer, *Les Banques européennes et l'Industrialisation de l'Europe au début du XIX^{e} siècle* (1964), aclara la nueva financiación de la economía y más especialmente del textil. El sector privilegiado sigue siendo el textil: Pinkney, «Paris, capitale du coton sous le Premier Empire», *Annales,* 1950, pp. 56-60; Dhondt, «L'industrie cotonnière gantoise à l'époque française», *Revue d'Histoire moderne* (1955, pp. 233-279); Dornic, *L'Industrie textile dans le Maine* (1955); Labasse, *Le Commerce des soies à Lyon sous Napoléon et la crise de 1811* (1957); E. Baux, «Les draperies audoises sous le Premier Empire», *Revue d'Histoire moderne* (1937, insiste en las dificultades de crédito, los préstamos usureros alcanzaban del 8 al 10 por 100); Clause, «L'industrie rémoise lainière à l'époque napoléonienne», *Revue d'Histoire moderne,* 1970, pp. 574-595; Bergeron, «Douglas. Ternaux, Cockerill: aux origines de la mécanisation de l'industrie lainière en France», *Revue historique,* 1972.

Algunas figuras de industriales: A. Laboucherie, *Oberkampf* (1884); H. Causse, «Un industriel toulousain au temps de la Révolution et de l'Empire: Boyer-Fonfrède», *Annales du Midi*, 1957; F. Leleux, *Lievin Bauwens, industriel gantois* (1969); Collignon, *Ternaux, manufacturier français* (1903) y, sobre todo, Lomüller, *Ternaux* (1977, con abundante documentación).

La metalurgia suscitó igualmente importantes trabajos: B. Gille, *Les Origines de la Grande Industrie métallurgique en France* (1947); G. Thuillier, *G. Dufaud et les débuts du grand capitalisme dans la métallurgie en Nivernais au XIX^e siècle* (1954); H.-J. Favier, «Forges du Centre vues por un maître de forges vosgien», *Revue Hist. de la Sidérurgie* (1964); B. Gille, «Le grand patronat dans la sidérurgie française du Premier Empire», *Revue His. de la Sidérurgie* (1965, pp. 103-122); del mismo autor, «La psychologie d'un maître de forges au début du XIX^e siècle», *ibidem*, 1965, pp. 61-72; Woronoff, «Tradition et innovation dans la sidérurgie», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 1970, pp. 559-573 (el caso de Alto Marne bajo el Primer Imperio); del mismo autor, *L'industrie sidérurgique en France pendant la Révolution et l'Empire* (1984). Sobre la industria carbonera naciente: G. Thuillier, «Les houillères de la Ruhr», *Annales*, 1950, pp. 882-897. Industria punta, la química (R. Tinthouin, «Chaptal, créateur de l'industrie chimique française», *Féd. hist. du Languedoc Médit. et du Roussillon*, 1956, pp. 195-206; A. Thépot, «Le système continental et les débuts de l'industrie chimique en France», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1966, pp. 79-84).

A propósito de la intervención del Estado: Ballot, «Les prêts aux manufacturiers sous le Premier Empire», *Revue des Études napoléoniennes*, 1912, pp. 45-47; A. Lorion, «Les expositions de l'industrie française à Paris», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1968, pp. 125-130 (completa el t. VI del *Paris sous Napoléon*, de Lanzac de Laborie); A. Thépot, *La direction des mines*, en *Les directeurs de ministère en France au XIX^e siècle* (1976; insiste sobre el papel de Laumont a partir de 1810 y sobre el de los ingenieros de minas).

La actividad de los puertos se conoce de un modo desigual. Burdeos está actualmente bien estudiado: además del t. V de la *Histoire de Bordeaux* (1968) y el estudio muy minucioso de F. Crouzet, «Les importations d'eau-de-vie et de vins français en Grande-Bretagne pendant le Blocus continental», *Annales du Midi*, 1953, se podrán leer los artículos de P. Butel, «Le commerce maritime de la France sous le Consulat et l'Empire: l'exemple du négoce bordelais», *Information historique*, 1968, pp. 211-215, y, sobre todo, «Crise et mutation de l'activité économique à Bordeaux sous le Consulat et l'Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 540-558, que ponen de manifiesto los progresos y las crisis que experimentó entonces el tráfico de Burdeos. *L'Histoire du Commerce de Marseille* puede ser útil y sustituir a P. Masson, «Le commerce de Marseille de 1789 à 1814», *Annales de l'Université d'Aix*, 1916. Sobre Calais: A. Vion, *La Vie calaisienne sous le Consulat et l'Empire*, 1972. Ningún trabajo, en cambio, sobre Le Havre, Nantes o La Rochelle. Sobre las cámaras de comercio: P. Cayez, «La chambre de Commerce de Lyon et le régime impérial»,

Cahiers d'histoire, 1971, pp. 403-408 (su tendencia fue más conservadora que en París).

En cuanto a las rutas, léase M. Blanchard, *Les Routes des Alpes occidentales à l'époque napoléonienne* (1920, fundamental); A. Palluel, «Le Consulat et l'aménagement des cols alpins», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1969, pp. 139148. J. Sermet, «Les routes transpyrénéennes», *Soc. Hist. Communication Midi de la Fr*., 1963 (Napoleón había ordenado en 1808 la apertura de la ruta de Somport). Bastante confuso pero rico en indicaciones: A. Remond, *Études sur la circulation marchande*, t. I, *Les Prix des transports marchands de la Révolution au Premier Empire* (1956). Para el mantenimiento de las rutas, disponemos de la *Histoire de l'Administration des Ponts-et-Chaussées* (1958), por Petot. También sobre este asunto, las monografías locales son de una gran utilidad, ya sean regionales (Vidalenc, «Les relations économiques et la circulation en Normandie à la fin du Premier Empire», *Annales de Normandie*, 1957; R. Dufraisse, «Les fonctions commerciales de l'Alsace napoléonienne», *Saisons d'Alsace*, 1963), o ya conciernan a un producto (Evrard, «Le commerce des laines d'Espagne sous le Premier Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1937, pp. 197-226). Otro enfoque: Cottez, *L'octroi de Lyon* (1938).

Capítulo 15: Estilo imperio: ¿Arte burgués o arte napoleónico?

FUENTES: Las series O2, F7 (censura) y F18 (boletines concernientes a la situación de la librería y de la imprenta) de los Archivos Nacionales todavía están por explorar. Entre las *Memorias*: Mme. de Staël, *Dix ans d'exil* (numerosas ediciones, la más reciente de S. Balayé, 1966). La correspondencia de Mme. de Staël fue publicada por A. Jasinski (en 1960); en su defecto puede leerse G. Solovieff, *Mme de Staël, ses amis, ses correspondants* (1970). Para Chateaubriand, consúltense las *Mémoires d'outre-tombe*, en la edición del centenario establecida por Levaillant en 1948. La correspondencia fue publicada por Riberette. Entre los diarios íntimos: Sade (1970, muestra que las condiciones de internamiento en Charenton no eran demasiado severas); Stendhal (ed. Martineau, 1955); Constant (preferentemente la ed. Mistler, 1945); Maine de Biran (ed. Lavalette-Monbrun, 1927, o H. Gouhier, 1954); Chênedollé (s. f.); Ginguené (ed. P. Hazard, 1910); Villenave (*Revue rétrospective*, 1893 y 1894). Las *Memorias* de Mme. de Genlis (10 vols., 1825) son tan poco fiables como las de la duquesa de Abrantès. No hay nada que aprovechar de los recuerdos del librero Barba (1846). Otras *Memorias* más útiles: Culmann (1862), Barante (1890-1891), Villemain (1853), Alissan de Chazet (1837), Brifaut (ed. Cabanes, 1920-1921), Béranger (*Ma biographie*, 1857), Bausset (1827-18Z9), Rémusat (1879). Consúltese también Brillat-Savarin, *Physiologie du Goût* (1825), y las *Lettres inédites* del barón de Gérando (1868). La correspondencia general de Paul-Louis Courier está en curso de publicación (t. I, por G. Viollet-le-Duc, 1976). Bibliografía exhaustiva de

los libros aparecidos en A. Monglond, *La France révolutionnaire et impériale*, t. V a IX (reimpresión 1976). Para las Bellas Artes, el testimonio de Mme. Moitié (1932) es fundamental sobre la vida de los artistas. Las *Memorias* de Hennequin (1893) evocan los salones. Vivant Denon y David, este último mencionado igualmente en Delécluze, *Louis David, son école et son temps* (1860). El diario de Delacroix reconoce la influencia del Museo Napoleón en la formación del Romanticismo.

En lo que concierne a los monumentos: Percier y Fontaine, *Résidences de souverains* (1833), y, sobre todo, le *Journal des monuments de Paris envoyé par Fontaine à l'Empereur de Russie dans les années 1809,1810, 1811, 1814 et 1815* (ed. por A. Vueflart, 1892) sin olvidar el famoso tratado de Claude-Nicolas Ledoux, *L'Architecture considérée sous le rapport des arts, des moeurs et de la législation* (1804).

OBRAS: Poco se ha escrito sobre la literatura de la época napoleónica, desde el célebre *Tableau historique* de M.-J. Chénier (1816). Consúltese M. Albert, *La Littérature française sous la Révolution, l'Empire et la Restauration* (1898); J. Charpentier, *Napoléon et les Hommes de lettres* (1935); G. Vauthier, «Napoléon et les encouragements à la littérature», *Revue historique de la Révolution française et de l'Empire*, de enero de 1917; J. Mistler, «La littérature», en *Napoléon et l'Empire* (1969, pp. 247-259, excelente y completa elaboración); el número especial de *Europe*, abril-mayo de 1969: «Napoléon et la littérature». Hay mucho que sacar en A. Monglond, *Histoire intérieure du Pré-Romantisme français* (1970), y Ch. Dedeyan, *Le Cosmopolitisme européen sous la Révolution et l'Empire*, París, 1975 (estudios sobre Schlegel, Humboldt, Fauriel). Sobre la lengua, es fundamental la *Histoire de la Langue française* de F. Brunot (t. IX y X, 1943).

Los escritores fueron objeto de numerosas monografías. Sobre Chateaubriand, citemos los libros de Sainte-Beuve, *Chateaubriand et son groupe littéraire sous l'Empire* (1861), Maurois (1938), H. Guillemin (*L'Homme des Mémoires d'outre-tombe*, muy crítico, 1964), Tapié (1965), duque de Castries (1976), M. Lelièvre, *Chateaubriand polémiste* (t. I, 1983). Para Mme. de Staël, el libro fundamental es el de P. Gautier, *Mme de Staël et Napoléon* (1903), véase también condesa de Pange, *Schlegel et Mme de Staël* (1938), M. Levaillant, *Une amitié amoureuse: Mme de Staël et Mme Récamier* (1956), S. Balayé, *Madame de Staël* (1979) y los artículos de los *Cahiers staëliens* desde 1962, así como B. Le Clère, «De l'Allemagne ou le sort injuste d'un préfet» (Corbigny), en *Revue administrative*, n.º 162. En lo que concierne a Benjamin Constant, quedémonos con M. Levaillant, *Les Amours de Benjamin Constant* (1958), H. Guillemin, *Mme de Staël, Benjamin Constant et Napoléon* (1959), y P. Bastid, *Benjamin Constant et sa doctrine* (1967). Sobre Sade, sin ser definitiva, la biografía de G. Lély (1957) es muy útil. Complétese con J. Tulard, «Sade et la censure sous le Premier Empire», *Actes du colloque Sade*, pp. 209-218 (1968). Otros escritores: *Fontanes*, por A. Wilson (1928), *Alexandre Duval*

et son oeuvre dramatique, por Bellier-Dumaine (1905); *Restif de la Bretonne*, por M. Chadourne (1958, no reemplaza sin embargo J. Rives Childs, *Restif de la Bretonne*, 1949); *Collin d'Harleville*, por A. Tissier (1964-1965); *Mme de Genlis*, por J. Harmand (1912); *Madame de Genlis*, por G. de Broglie (1985); *Mercier*, por L. Béclard (t. I, el único aparecido en 1903); *Senancour*, por J. Grenier (1968); *Geoffroy et la critique dramatique*, por Ch. M. Des Granges (1897, muy importante para el estudio del folletín); «Delille est-il mort?», *Actes du colloque de Clermont-Ferrand* (1967).

Los ideólogos son objeto de un estudio que se ha convertido en clásico de Picavet, *Les Idéologues* (1891), que puede completarse con los trabajos de J. Gaulmier (dos biografías de *Volney* en 1951 y 1959); de Henri Gouhier (*Maine de Biran par lui-même*) y las investigaciones en curso de Regaldo («Matériaux pour une biographie de l'idéologie», *Répertoire analytique de littérature française*, enero de 1970, pp. 35-49; marzo, pp. 27-41), así como su tesis sobre *La Décade philosophique* (1977); E. Kennedy, *Destutt de Tracy* (1978). Buena síntesis reciente por G. Gusdorf, *La conscience révolutionnaire* (1978). Añádasele el salón de Constance de Salm, que frecuentan Jussieu, Lalande, Prony, Theis, Humboldt y Courier (R. Bied, «Le rôle d'un salon littéraire au début du XIX^{e} siècle» (*Rev. Institut Nap*., 1977), y *Madame Récamier et ses Amis* por E. Herriot (1934). Véase también el número especial de *Souvenir napoléonien sur l'Académie française* (1978). La obra de Herriot debe ser revisada con Françoise Wagener, *Mme Récamier* (1987).

Sobre el teatro, Lecomte, *Napoléon et le Monde dramatique* (1912, muy útil); Lanzac de Laborie, *Le Théâtre français* (t. VII del *Paris sous Napoléon*, 1911): P. Ginisty, *Le Mélodrame* (s. f.), y las numerosas biografías de Taima (A. Copin, *Taima et l'Empire*; Augustin-Thierry, *Le Tragédien de Napoléon*, etc.). El estudio de Michèle Jones, *Le Théâtre national en France de 1800 à 1830* (1975) es mediocre.

La influencia de la novela negra en la literatura popular fue puesta de relieve por Alice M. Killen, *Le Roman terrifiant* (nueva edición de 1967). Léase también M. Leroy, *Histoire des idées sociales* (t. II, 1950), y E. Brehier, *Histoire de la philosophie* (t. II, 1948).

La corriente esotérica fue tratada en la obra fundamental de A. Viatte, *Les Sources occultes du Romantisme* (1928, reedit. 1965). Mayor precisión en A. Faivre, *L'esotérisme au XVIII^{e} siècle* (1973), y sobre un punto concreto Léon Cellier, *Fabre d'Olivet* (1953).

Entre las obras generales sobre las Bellas Artes, podemos seleccionar Guizot, «De l'état des Beaux-Arts en France et du Salon de 1810», en *Études sur les Beaux-Arts* (1852, pp. 3-100); F. Benoît, *L'Art français sous la Révolution et l'Empire* (1897, excelente análisis de las teorías estéticas y buen cuadro de conjunto de la pintura; extraordinaria documentación: lista de los precios decenales, bibliografía de las publicaciones, frecuentación de los salones); E. Bourgeois, *Le Style Empire* (1930); P. Francastel, *Le Style Empire* (1939, manejable); L. Hautecoeur, *L'Art sous la*

Révolution et l'Empire en France (1953); G. Janneau, *L'Empire* (1965, excelente visión de conjunto, abundante iconografía); M. Jullian, *L'Art en France sous la Révolution et l'Empire* (curso roneotipado de la Sorbona, 1964); F. Pariset, *L'Art néoclassique* (1974). Visión más general en F. Boyer, *Le Monde des Arts en Italie et la France, de la Révolution à l'Empire* (Turín 1969, recopilación de artículos) y el número especial «Les arts à l'époque napoléonienne» (1969) de la *Société d'Histoire de l'Art français*.

Sobre la pintura, consúltese el monumental catálogo de la exposición *De David à Delacroix* (1974), y Bénézit, *Dictionnaire des peintres, sculpteurs, dessinateurs et graveurs* (fundamental, nueva edición, 1976). Añádase el antiguo libro de Marmottan, *L'École française de peinture 1789-1830* (1886). Los salones fueron objeto de varios estudios: G. Wildenstein, «Table alphabétique des portraits peints, sculptés, dessinés et gravés exposés à Paris au Salon entre 1800 et 1826», *Gazette des Beaux-Arts*, de enero de 1963, pp. 9-60; P. Riberette, «Napoléon au Salon de 1810», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1966, pp. 37-43; B. Foucart. «Les salons sous le Consulat et les diverses représentations de Bonaparte», *ibidem*, 1969, pp. 113-119 (el desarrollo del culto).

El papel de Vivant Denon en la dirección general de los museos se conoce bien ahora gracias a los estudios de Lelièvre (1942) y, sobre todo, de J. Châtelain (*Vivant Denon et le Louvre de Napoléon*, 1973). El museo adquiere una importancia nueva: M. Hoog, «La politique du Premier Consul à l'égard des musées de province», *Société d'Histoire de l'Art français*, 1969, pp. 353-363, y F. Boyer, «Le musée de Mayence, création du consulat», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1971, pp. 5-10, aportan útiles precisiones al viejo libro de Clément de Ris, así como A. Roy, *Les envois de l'État au musée de Dijon*. Para París, Lanzac de Laborie, *Paris sous Napoléon*, t. VIII, 1913 (importantes capítulos sobre el Museo Napoleón, el de los monumentos franceses… Añádase, para este último museo, la edición por Courajod del *Journal* de Alexandre Lenoir).

Las colecciones privadas se desarrollaron: Schommer, «L'Impératrice Joséphine et ses tableaux», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1962; Davout colecciona a los flamencos (Van den Bossche), Soult a los españoles, a falta del Bosco. Entre los teóricos, R. Schneider, *Quatremère de Quincy* (1910).

La influencia de los poemas de Ossian, fabricados por Mac Pherson, fue enorme: ha sido analizada por P. Van Thieghem, *Ossian en France* (1917); D. Ternois, «Ossian et les peintres», *Actes du colloque Ingres* (1969); del mismo autor, «Addition à Ossian et les peintres», *Bulletin du musée Ingres* (1972); H. Toussaint, *Catalogue de l'exposition Ossian* (1974); P. Vaisse, «Ossian et les peintres du XIX^{e} siècle», *Information d'Histoire de l'art*, 1974, pp. 81-88.

No es extraño que David haya sido muy estudiado. A continuación de los testimonios de Hennequin, Delécluze y David hijo (1880), habría que citar a Saunier (1903), Cantinelli (1930), Holma (1940), Maret (1943), Huyghe (Prefacio al catálogo

de la exposición David, 1948) y, sobre todo, Hautecoeur (1954) y Schnapper (1980). Se encontrará la lista de las obras auténticas de David y las falsas atribuciones como anexo a Verbraeken, *David jugé par ses contemporains et la postérité* (1973); añádase D. y G. Wildenstein, *Documents complémentaires au catalogue de l'oeuvre de Louis David* (1973).

Numerosas biografías de Gros por Delestre (1867), Tripier-Lefranc (1880), Lemonnier (1905). Escholier (1936), Lelièvre («Gros, peintre d'Histoire», *Gazette des Beaux-Arts*, mayo de 1936, pp. 289-304).

Lo mismo sucede con Ingres: Lapauze (1911), G. Wildenstein (1954), *Actes du colloque Ingres* (Montauban, 1968). Es preferible D. Ternois, *Tout l'oeuvre peint d'Ingres* (1971, en anexo todos los cuadros de Ingres con su reproducción).

Sobre Girodet, además de los recuerdos de Delécluze y Delacroix, consúltese de Levitine: «L'Ossian de Girodet et l'actualité politique sous le Consulat», *Gazette des Beaux-Arts*, 1956, pp. 39-56; del mismo autor, «Quelques aspects peu connus de Girodet», *ibidem*, 1965, pp. 231-246; el catálogo de la exposición Girodet (Montargis, 1967) y la útil síntesis de G. Bernier, *Anne-Louis Girodet, prix de Rome 1789* (1975). Para Gérard: Lenormant, *François Gérard, peintre d'histoire* (1847), G. Hubert, «L'Ossian de Gérard et ses variantes», *Revue du Louvre*, 1967, pp. 239-248. Prud'hon fue más tratado: biografía de Clément (1872), Guiffrey (*L'Oeuvre de Prud'hon*, 1924) y Grappe (1958). Los Goncourt ofrecieron en 1876 un catálogo de la obra. Varios estudios asimismo sobre Géricault (seleccionaremos, sobre todo, K. Berger, *Géricault et son Oeuvre*, 1968, y, en última instancia, la novela de Aragon, *La Semaine Sainte*). Sobre Isabey: W. Osmond, *Isabey the pointer* (Londres, 1947). Entre los pintores menores, señalemos la excelente obra de Marmottan sobre *Boilly* (1913), las de Portalis sobre *Danloux* (1910), de G. Wildenstein sobre *Louis Moreau* (1923), de Levitine sobre «Jean Broc» (*Gazette des Beaux-Arts*, nov. de 1972, pp. 285-294), de F. Beaucamp sobre *Wicar* (1939), de K. Simons sobre «Fragonard fils» (*Revue de l'Institut Napoléon*, 1976, pp. 55-65) y Pupil, *Le style Troubadour* (1985). Para la pintura militar y, más concretamente, el barón Lejeune: Y. Cantarel, *Recherches sur les petits maîtres français de la peinture militaire à l'époque napoléonienne* (tesis dactil., École du Louvre, 1974). Otros géneros de moda: G. y C. Ledoux-Lebard, «L'Impératrice Joséphine et le retour au gothique sous l'Empire», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1964, pp. 117-124; Zieseniss, «Les portraits des ministres et des grands officiers à l'époque napoléonienne», *Société d'Histoire de l'Art français*, 1969, pp. 133-158. La imaginería popular debe también retener la atención: J. Mistler, *Épinal et l'Imagerie populaire* (1961).

Los trabajos sobre la escultura son menos abundantes. G. Hubert, *La Sculpture dans l'Italie napoléonienne* (1964) renovó nuestros conocimientos. Citemos en lo que concierne a Canova, F. Boyer, «Nouveaux documents sur Canova et Napoléon I^{er}», *Revue des Études italiennes*, 1949, y el antiguo artículo de R. Schneider, «L'Art de Canova et la France impériale», *Revue des Études napoléoniennes*, 1912.

El conocimiento de la arquitectura imperial supone la consulta de las grandes compilaciones: Legrand y Landon, *Description de Paris et de ses monuments* (1806-1809); Krafft y Ransonnette, *Plans, coupes, élévations des plus belles maisons et des hôtels construits à Paris et dans les environs* (1801-1802); Marmottan y Vacquier, *Le style Empire. Architecture et décor d'intérieur* (s. f.). Generalidades en Hautecoeur, *Histoire de l'Architecture classique en France*, t. V (1953, importante), y Driault, *Napoléon architecte* (s. f.). Algunas monografías: Marmottan, *Le Pont d'Iéna* (1917); del mismo autor, *Le Palais de l'archevêché sous Napoléon de 1809 et 1815* (1921); E. Driault, *L'Hôtel Beauharnais à Paris* (1926), y K. Hammer, *L'Hôtel Beauharnais* (1983). M. Tartary, «Le Louvre et les Tuileries sous Napoléon», *Recueil de l'Institut Napoléon*, 1945, pp. 43-59; R. Wahl, *Un projet de Napoléon, le palais du Roi de Rome* (1955). Los trabajos de Chalgrin en el Senado están descritos en Hirschfeld, *Le Palais du Luxembourg* (pp. 42-57). Principales biografías: Silvestre de Sacy, *Brongniart* (s. f.); M. L. Biver, *Fontaine* (1964, excelente, utiliza el diario inédito del arquitecto); Stern, *François-Joseph Bélanger* (1932); Fouché, *Percier et Fontaine* (s. f.).

Las artes decorativas cobraron un nuevo rostro cuyos «cañones» definen Percier y Fontaine en un *Recueil de décorations intérieures comprenant tout ce qui a rapport à l'ameublement comme vases, trépides, candélabres, lustres, tables* (1812). Otras compilaciones: F. Contet, *Intérieurs Directoire et Empire* (1932); H. Lefuel, *Boutiques parisiennes du Premier Empire* (1926); J. Mottheau, *Meubles et Ensembles Directoire et Empire* (1958). Estudio de P. Lafond, *L'Art décoratif et le Mobilier sous la République et l'Empire* (1900). Igualmente R. de Felice, *Le meuble français sous Louis XIV et sous l'Empire* (1921). Sobre los encargos imperiales, hay mucho que sacar en Maze-Sencier, *Les Fournisseurs de Napoléon et des deux impératrices* (1893). Para el mobiliario, las antiguas obras de Dumonthier (*Les Sièges de Jacob frères, Les Sièges de Jacob Desmalter*) conservan su interés, pero la obra fundamental es la de Lefuel, *François-Honoré-Georges-Jacob Desmalter* (1925). Los trabajos de D. Ledoux-Lebard son fundamentales, especialmente *Les Ébénistes parisiens du XIX^e siècle 1795-1870* (1965). Sobre los tejidos y los papeles pintados: Dumonthier, *Étoffes d'ameublement de l'époque napoléonienne* (1909), y *Étoffes d'ameublement style Empire* (1914); H. Clouzot, *Histoire de la manufacture de Jouy et de la toile imprimée en France* (1928). La orfebrería es estudiada por H. Bouilhet, *Orfèvreries françaises aux XVIII^e et XIX^e siècles* (1911, principalmente tomos II y III); J. Niclausse, *Thomire, fondeur-ciseleur* (1947). Generalidades en S. Grandjean, *L'Orfèvrerie du XIX^e siècle en Europe*. Léase Arizzoli-Clemental, «Les surtouts impériaux en porcelaine de Sèvres, 1804-1814», *Bulletin Amis Suisses de la céramique*, 1976; R. de Plinval de Guillebon, *La porcelaine à Paris sous le Consulat et l'Empire* (1985). En cuanto a la medalla como a la moneda, el régimen ve en ellas ante todo un arma excelente de propaganda a la misma altura que la pintura. B. Poindessault («Napoléon était-il l'héritier de César?», *Revue de l'Institut Napoléon*,

1973, pp. 81-86) compara los tipos monetarios franceses de la época napoleónica y del Alto Imperio: emblemas idénticos, preocupación propagandística. Hermanos y hermanas del Emperador acuñan monedas con su efigie: véase J. de Mey y B. Poindessault, *Répertoire des Monnaies napoléonides* (1971), y artículos de Gassmann en *Archéonumis*, y Darnis en el *Club français* de la medalla. Es fundamental E. Babelon, *Les médailles historiques du règne de Napoléon* (1912). La historia de la glíptica (cuyo principal representante es Tiolier) fue renovada por las investigaciones de M. Duchamp.

La música fue objeto de una buena síntesis, aunque un tanto anecdótica, de Théo Fleischman, *Napoléon et la Musique* (1965), que dispensa de recurrir a las historias generales de Combarieu (1925) y de Rebatet (1969). Pocos estudios sobre los músicos de la época al margen de la gran tesis dactilografiada de J. Mongredien sobre *Lesueur* (1976). Los comienzos de Rossini son tratados en la *Vie de Rossini*, de Stendhal. Hay que poner aparte a Beethoven. Las obras antiguas de R. Rolland (1928) y Herriot (1929) han sido sustituidas por J. y B. Massin, *Beethoven* (1967). Para los demás músicos, el viejo diccionario de Fetis, *Biographie universelle des musiciens*, prestará ayuda. Señalemos a Bouvet, *Spontini* (1930); Pougin, *Méhul* (1889), G. Favre, *Boieldieu* (1944, importante tesis); B. Massin, *Schubert* (1978). Buena síntesis en Mongrédien, *La musique en France des lumières au Romantisme* (1986). Recordemos que Wagner nació en 1813 en una Alemania sometida a la influencia francesa. Para el *ballet*: Marcelle Michel, «La danse à Paris sous l'Empire», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1962, pp. 97-104. Sobre la canción: P. Barbier y F. Vernillat, *Histoire de France par les Chansons* (t. V, 1958).

La música militar se trata de forma concreta en *Les Campagnes d'un musicien d'État-major pendant la Révolution et l'Empire*, por Philippe-René Girault (1901), recuerdos muy vivos y que muestran el papel de la música en la batalla.

Los problemas técnicos, como el paso del clavecín al piano, son analizados por A. de Place, *Le Piano forte sous l'Empire* (tesis dactilografiada de los Hautes Études, 1975; da la lista exhaustiva de obras para piano del período napoleónico).

Un buen cuadro del desarrollo científico lo proporciona A. George en J. Mistler, *Napoléon et l'Empire* (t. I, pp. 282-286). Entre los científicos, fue Monge quien retuvo la atención: Jomard, *Souvenirs sur Gaspard Monge et ses rapports avec Napoléon* (1853); Aubry, *Monge, le savant ami de Napoléon Bonaparte* (1954). Para la medicina y la farmacia, la obra fundamental es la de P. Huard, *Sciences, Médecine, Pharmacie, de la Révolution à l'Empire* (1970, con una enorme bibliografía y una notable iconografía, de una riqueza documental de primer orden). Algunas biografías útiles de médicos: *Corvisart*, por Ganière (1985); *Laënnec*, por E. Rist (*La Jeunesse de Laënnec*, 1955) o por R. Kervran (1955). Sobre la arqueología, R. Dauvergne, «L'archéologie gallo-romaine sous le Premier Empire», *Le vieux papier* (1975). Sobre la botánica y los jardines de recreo: M.-B. d'Arneville, *Parcs et jardins sous le Premier Empire* (1981).

Otras cuestiones de interés: P. Grunchec da la lista de los Premios de Roma en el catálogo de la exposición de Bellas Artes (1986). El *Journal* de Fontaine fue publicado por B. Foucart en 1987. En 1987 tuvo lugar en la Sorbona un coloquio sobre Brongniart.

Capítulo 16: Del salvador al déspota

FUENTES: La subserie AFIV de los Archivos Nacionales es fundamental, reúne los papeles del Secretariado de Estado, plataforma giratoria del gobierno. Complétese con F7 (policía) y BB (justicia) y, para la Iglesia, con el fondo Artau de Montor conservado por el Instituto Napoleón. La correspondencia de Napoleón I, las cartas de Cambacérès, los *Almanachs impériaux, Le Moniteur*, le *Bulletin des Lois* y las recopilaciones de circulares de algunos ministerios (Interior, Justicia) permiten seguir la actividad gubernamental. Los boletines de policía publicados por E. d'Hauterive (*La Police secrète du Premier Empire*, t. V, 1964) se detienen en 1810 con la caída en desgracia de Fouché. Sería útil continuar esta publicación, pues los boletines de Savary no están de ninguna manera desprovistos de interés. Entre las *Memorias*, seleccionaremos las de Fain (fundamentales sobre el funcionamiento de la máquina gubernamental), Pasquier, Molé y Broglie (especialmente sobre el Consejo de Estado), de Bausset (prefecto de palacio, 1827, quizá retocadas por Balzac), de Barral (sobre los pajes), y los prefectos Thibaudeau, Plancy y Vaublanc. En cambio, es poco lo que se puede aprovechar de Fouché, Talleyrand, Champagny y Savary. Ténganse presentes Desmarest (sobre la policía, ed. Grasilier), Méneval (sobre el entorno imperial), Pontécoulant, Stanislas de Girardin, pero desconfíese de Bourrienne. Las *Memorias* de la familia imperial (José, 1856-1858; Jerónimo, 1861-1866; Eugenio de Beauharnais, 1858-1860) son, en realidad, recopilaciones de cartas. En cambio, las de la reina Hortensia son verdaderas *Memorias*, cuyo t. I es especialmente interesante. Pueden leerse también los *Documents historiques et réflexions sur le Gouvernement de la Hollande* (1820), de Luis Bonaparte. Carentes de toda seriedad son las *Memorias* del ayuda de cámara Constant (1830-1831) y de Roustam (1911). Las de Ali (1926) son interesantes, sobre todo, para Santa Elena (véase Savant, *Les Mamelouks de Napoléon*, 1949).

OBRAS: La familia imperial suscitó una abundante producción histórica. Además de la descendencia natural estudiada por J. Valynseele (1964), Ducasse, *Les Rois frères de Napoléon I*^{er} (1883); F. Masson, *Napoléon et sa Famille* (13 volúmenes, 1897-1919, obra célebre pero parcial, el autor da sistemáticamente la razón al Emperador); Lumbroso, *Napoleone, la sua Corte, la sua famiglia* (1921); A. Lévy, *Les Dissentiments de la Famille Impériale* (1931); T. Aronson, *Les Bonaparte* (1967). Los hermanos de Napoleón fueron objeto de numerosas y a menudo

satisfactorias biografías. Para José: Marmottan, *Joseph Bonaparte à Mortefontaine*, (1929); B. Nabonne, *Le Roi philosophe*, (1949); Connelly, *The gentle Bonaparte*, (1968); Girod de l'Ain, *Le Roi malgré lui*, (1970); sobre Luis: F. Rocquain, *Napoléon I^er^ et le Roi Louis*, (1875); Labarre de Raillecourt, *Louis Bonaparte*, (1963); en lo que concierne a Jerónimo: A. Martinet, *Jérôme Napoléon, roi de Westphalie*, (1863); M. A. Fabre, *Jérôme Bonaparte, roi de Westphalie*, (1952); Bertaut, *Le Roi Jérôme*, (1954); B. Melchior-Bonnet, *Jérôme Bonaparte* (1978). Recordemos la historia de Pietri y la de Pietromarchi sobre Luciano. El balance es menos brillante para las hermanas: Elisa (P. Marmottan, *Elisa Bonaparte*, 1898, bien documentada, pero se detiene en 1804); Carolina (J. Turquan, *Caroline Murat*, 1899; J. Bertaut, *Le Ménage Murat*, 1958); y Paulina (Fleuriot de Langle, *La Paolina, soeur de Napoléon*, 1946; M. Gobineau, *Pauline Borghèse, soeur fidèle*, 1958; Kuhn, *Pauline*, 1963; B. Nabonne, *La Vénus impériale*, 1963); Spinosa, *Pauline Borghèse* (1986); Martineau, *Pauline Bonaparte* (1986); Blond, *Pauline Bonaparte* (1986); sobre el primer marido de Paulina: J. Poulet, «Montgobert, le general Leclerc et les Bonaparte», *Fédération des Sociétés d'histoire et d'archéologie de l'Aisne*, 1972. Sobre el más importante de los cuñados, Murat: además de los *Archives Murat aux Archives nationales* (1967), las biografías de Chavanon y Saint-Yves (1905), Marcel Dupont (1934), Lucas-Dubreton (1944), Garnier (1959) y Tulard (1983), así como el precioso boletín *Cavalier et Roi*, publicado por J. Vanel. Sobre el yerno del Emperador: Arthur Lévy, *Napoléon et Eugène de Beauharnais* (1926), y F. de Bernardy, *Eugène de Beauharnais* (1973). Manejable y agradable biografía de la esposa de Luis, Hortensia de Beauharnais, del duque de Castries (1984). Sobre la corte: *Cérémonial de l'Empire français* (1805) y G. Vauthier, «La Maison de l'Empereur et les pages», y luego «Voitures et chevaux de Napoléon», *Revue des Études napoléoniennes*, 1917, pp. 230-242, y finalmente Ch.-O. Ziesseniss, *Napoléon et la Cour impériale* (1980). Todo lo que atañe a la corte es muy anecdótico. Para conocer las ideas políticas de Napoleón en su apogeo, además de las preciosas antologías de Dansette (1940) y de Palluel (*Dictionnaire de l'Empereur*, 1969), léase el prefacio a la *Correspondance officielle* de Napoleón (ed. Dufraisse, Club du Livre, 1969), y A. Cabanis, «Contribution à l'étude des idées politiques de Napoléon I^er^», *Res publica*, 1975, pp. 121-144. Señalemos que la serie de Gavoty, los *Drames inconnus de la Cour de Napoléon* (1962-1964), no mantiene sus promesas. F. Masson, *Napoléon chez lui* (1894), describe excelentemente la jornada de Napoleón.

Ch. Durand, «Conseils privés. Conseils des ministres. Conseils d'administration 1800-1814», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 814-828, describe la máquina gubernamental. Del mismo autor: *Le Régime de l'activité gouvernementale pendant les campagnes de Napoléon* (1957); J.Tulard, «Le fonctionnement des institutions impériales en l'absence de Napoléon d'après les lettres inédites de Cambacérès», *Revue des Travaux de l'Académie des Sciences morales et politiques*, marzo de 1973, pp. 231-246. A pesar del trabajo de Ernouf, *Maret, duc de Bassano* (1893), no existe

un estudio profundo sobre el Secretariado de Estado. Se encuentran en André de Montalivet, *Les Bachasson de Montalivet* (1955), notas tomadas por Montalivet durante los consejos de ministros. Estas notas producen la impresión de que los consejos se reducían a largos monólogos del Emperador.

¿Declive del Consejo de Estado? Ch. Durand (*La Fin du Conseil d'État*, 1959, y, sobre todo, «Napoléon et le Conseil d'État», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1962, pp. 145-156) expone que este cuerpo conoció después de 1810 la decadencia proclamada por Thibaudeau y Stendhal; observa sin embargo que, «desde 1807 y, sobre todo, 1809, Napoleón dejó con más facilidad aflorar el argumento de autoridad y el carácter concluyente de algunas de sus posiciones mentales». El eclipse del Senado se concreta en J. Thiry, *Le rôle du Sénat de Napoléon dans l'organisation militaire dans la France impériale* (1932), y Ch. Durand, «Les présidents du Sénat sous le Premier Empire», *Mélanges Jacquemyns*, pp. 75-99. Sobre el Tribunal de Cuentas que recogió algunos antiguos tribunos: U. Todisco, *Le Personnel de la Cour des Comptes* (1969). Véase también la *Histoire parlementaire* de Duvergier de Hauranne.

Después de Vautier, en la *Revue des Études napoléonniennes* de 1919, pp. 218-223, Jean Bourdon definió las grandes líneas de «L'épuration de la magistrature en 1807-1808», en la *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 329-336. ¿Se puede hablar de depuración en el cuerpo prefectoral? Se implantó un nuevo personal con una mentalidad que definió Savary en 1813 (Ch. Durand, *Quelques aspects de l'administration préfectorale sous le Consulat et l'Empire*, 1962).

Fue sobre todo la policía la que retuvo la atención. Al *Fouché* de Madelin (varias reediciones), que no fue sustituido por Despatys, *Un ami de Fouché, d'après les mémoires de Gaillard* (1911); Zweig, *Fouché* (1931) [trad. cast., *Fouché, el genio tenebroso*, Acantilado]; J. Savant, *Tel fut Fouché* (1955); L. Kammacher, *Joseph Fouché* (1963); H. Buisson, *Qui était Fouché*? (1968); H. Cole, *Fouché, The unprincipled patriot* (1971), responde el *Savary, duc de Rovigo, un policier dans l'ombre de Napoléon*, de B. Melchior-Bonnet (1962). Los mecanismos policiales son descritos de manera superficial por Hauterive, *Napoléon et sa Police* (1943), y de manera más precisa por M. Le Clère, *Histoire de la Police* (1964). Sobre un punto concreto: L. Deriès, «Le régime des fiches sous le Premier Empire», *Revue des Études historiques*, 1926, y P. Lefranc, «Conscription dorée, conscription des filles», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1977, que muestra la manía del Imperio de fichar a la gente. Sobre el nombramiento de Pasquier en la Prefectura de Policía: J. Tulard, «Une nomination de préfet sous l'Empire», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1959. La chuanería persiste en el oeste: E. Daudet, *La Police et les Chouans* (1895); Gabory, *Napoléon et la Vendée*, 1932; E. Herpin, *Armand de Chateaubriand*, 1910; Langlois, «Complot, propagande et répression policière en Bretagne sous l'Empire, 1805-1807» (se trata del secuestro del obispo de Vannes), *Annales de Bretagne*, 1971, pp. 369-421; Hutt, «Espions en France, 1793-1808», *History today*, 1962; P. Summerscale, «Puisaye et les royalistes», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1977. Sobre

la impopularidad de la policía, léanse los comentarios de Proudhon sobre las *Memorias* de Fouché. La reaparición de las prisiones de Estado denunciada en 1814 por Demaillot, en un panfleto que tuvo mucha repercusión, era significativa: L. Deriès, «Les prisons d'État en 1812», *Revue historique de la Révolution et de l'Empire*, 1916, pp. 84-94. Sobre el caso Werbrouck, el alcalde de Amberes, cuya absolución fue anulada por el Senado: R. Warlomont, «L'affaire Werbrouck et le régime impérial», *Revue d'Histoire du Droit français et étranger*, 1963.

No es sorprendente el interés dirigido a la Universidad por los historiadores. ¿Acaso no veía Napoleón en ella uno de los fundamentos de su autoridad? A las obras generales de Prost, *Histoire de l'Enseignement en France* (1968), y de Ponteil, *Histoire de l'Enseignement* (1966), hay que añadir el estudio clásico de Aulard, *Napoléon I^er^ et le Monopole universitaire* (1911). Complétese con Lanzac de Laborie, «La Haute Administration de l'enseignement sous le Consulat et l'Empire» (Roederer, Fourcroy, Fontanes), en la *Revue des Études napoléoniennes*, 1916, t. X, pp. 186-219, y G. Vauthier, «Fontanes et les débuts de l'Université», *Nouvelle Revue*, 1 y 15 de marzo de 1908 (la obra de A. Wilson solo se interesa por el escritor). Añádasele P. Gerbod, «Les facultés des lettres de 1809 à 1815» (*109^e^ congrès des sociétés savantes*, 1984, pp. 373-388) y Thuillier, «L'académie de législation» (*Revue administrative*, 1985, estudio de una escuela libre de derecho entre 1801 y 1805). El papel de un mensajero como Rendu ha sido aclarada por E. Rendu, *Ambroise Rendu et l'Université de France* (1861). El reclutamiento de los rectores fue mediocre de creer a L. Villat, «J. J. Ordinaire, premier recteur de l'académie de Besançon», *Mémoires de l'Académie de Besançon*, 1928, pp. 117-151. Las investigaciones de Lanzac y Laborie (*Revue des Études napoléoniennes*, 1917) están dedicadas, sobre todo, al comienzo de los liceos. Hay pocos buenos estudios sobre las facultades, a excepción de la de Letras en París por Guigue (1935). Sobre la formación de los maestros: Joxe, «L'École normale en 1812», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1963, pp. 27-34. Citemos también a R. Palmer, *A documentary History of the college Louis-leGrand and its director, Jean-François Champagne 1762-1814* (1975), y Tessonneau, *Joubert éducateur* (1944).

El conflicto con la Iglesia fue estudiado de forma magistral en el plano regional por R. Durand, «Le Monopole universitaire et la concurrence ecclésiastique dans les Côtes-du-Nord», *Revue d'Histoire moderne*, 1934, pp. 16-47. Sabemos hasta qué punto Napoleón se sintió celoso por esta competencia y por el éxito obtenido por los seminarios menores. El decreto del 15 de noviembre de 1811 reforzó el monopolio al colocar los seminarios menores bajo la autoridad de la Universidad: véase Ch. Sehmidt, *La Réforme de l'Université impériale en 1811* (1905). En cuanto a la enseñanza técnica, ha sido menos descuidada de lo que se ha escrito según A. Léon, «Promesses et ambiguïtés de l'Oeuvre d'enseignement technique en France de 1800 à 1815», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 846859. Una buena síntesis sobre la enseñanza primaria, quizá menos abandonada de lo que se afirma: M. Gontard,

L'Enseignement primaire en France, de la Révolution à la loi Guizot 1789-1833 (1959).

Capítulo 17: Una equivocación: nobleza de imperio

FUENTES: Subserie AFIV de los Archivos Nacionales (decretos relativos a las dotaciones, especialmente AFIV 308 que contiene un precioso diccionario de los donatarios, documentos del Consejo del Sello de los Títulos); BB30 965-1120 (mayorazgos); 02 (Domaine Extraordinaire), AP (archivos privados: Davout, Ney, Caulaincourt, Maison, Watier…). Muchas indicaciones en las *Lettres de Cambacérès à Napoléon* (ed. Tulard, t. II). Consúltense las *Memorias* de Pasquier, Molé, De Broglie, Miot de Melito, Roederer, Caulaincourt y, sobre todo, la *Correspondance et relations avec Bonaparte* de Fiévée, especialmente rica en indicaciones (orientadas, es cierto) sobre el estado anímico de la población. Sobre los no-afiliados: los recuerdos de Frénilly.

Dos fuentes fundamentales: Campardon, *Liste des membres de la noblesse impériale dressée d'après les registres de lettres patentes conservés aux Archives nationales* (1889), y Révérend, *Armorial du Premier Empire* (nueva edición de J. Tulard, 1974, da los escudos de armas y la genealogía). Complétese con Labarre de Raillicourt, *Armorial des Cent Jours* (1961). Para la genealogía, los trabajos de J. Valynseele aportan importantes elementos: *Les Maréchaux du Premier Empire, leur famille et leur descendance* (1957); *Les Princes et Ducs du Premier Empire non maréchaux, leur famille et leur descendance* (1959).

OBRAS: Para una bibliografía exhaustiva, remítase a Saffroy, *Bibliographie généalogique, héraldique et nobiliaire de la France* (1968). Sobre la nobleza de Imperio: E. Pierson, *Étude de la noblesse d'Empire créée par Napoléon I^{er}* (1910), y J. Tulard, *Napoléon et la noblesse d'Empire* (con la lista de los miembros de esta nobleza, 1979). Es útil Batjin, *Histoire de la Noblesse depuis 1789* (1862). La idea en la que fue creada la Legión de Honor está bien tratada por Fugier, «La signification sociale et politique des décorations napoléoniennes», *Cahiers d'Histoire*, 1959, pp. 340-346. La organización administrativa de la legión está descrita por L. Soulajon, *Les Cohortes de la légion d'honneur* (1890), y por P. Codechèvre, «Le Général Mathieu Dumas et l'organisation de la Légion d'honneur», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1965, pp. 193-210. Conocemos a los legionarios por los *Fastes de la légion d'honneur* de Lievyns, Verdot y Bégat (5 vols., 1842-1847), y Testu (ed.), *État de la légion d'honneur* (1814). Consúltense también los dos números especiales del *Souvenir napoléonien* (marzo y mayo de 1973) bajo la dirección de Claude Ducourtial, y, sobre todo, el número especial de *La Cohorte* (1968), «Napoléon et la légion d'honneur» (catálogo detallado de una importante exposición). Véase también

«La Légion d'honneur» (*Toute l'histoire de Napoléon*, 1956). Los repartos son tratados por A. Chatelle, *Napoléon et la Légion d'honneur au camp de Boulogne* (1956).

Sobre las senadurías, dos buenos trabajos: L'Hommedé, «Les sénatoreries», *Revue des Études historiques*, 1933, pp. 19-40; F. Ponteil, «Une nouvelle forme d'aristocratie au temps de Napoléon: les sénatoreries» (París, 1947, en *Études historiques*, publicados por la Facultad de Letras de Estrasburgo). Léase también L. de Brotonne, *Les Sénateurs du Consulat et de l'Empire* (1895; estudio genealógico).

Las actitudes ante la nobleza fueron variadas: M. Reinhard, «Élite et noblesse», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 1956, pp. 1-37; C. Brelot, *La Noblesse en Franche-Comté de 1789 à 1808* (1972, buen estudio regional sobre la nobleza antigua); M. Bruguière, «Finance et noblesse, l'entrée des financiers dans le noblesse d'Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 664-679 (saca a la luz las reticencias de la banca). P. Durye atrajo la atención sobre «Les chevaliers dans la noblesse impériale», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 671-679 (Napoleón creó seiscientos caballeros: «Parece que, al limitar el acceso a la nobleza por medio de este título, el Emperador haya desanimado las solicitudes». Los descendientes de los caballeros «no se mezclaron verdaderamente con los grandes burgueses y con los antiguos nobles»). Léase también Labarre de Raillicourt, *Les Chevaliers de l'Empire et de la Restauration à lettres-patentes* (1968).

La constitución de mayorazgos fue querida por Napoleón para evitar cualquier derogación posterior: Frain de la Gaulayrie, *Les Majorats depuis le Premier Empire* (1909); E. L'Hommedé, «La question des majorats», *Revue des Études historiques*, 1924, pp. 45-70. Al problema se vincula el de las dotaciones imperiales: se ha conservado el libro de las dotaciones; lo analiza Ch. Emmanuel Brousse en la *Revue des Études napoléoniennes*, 1935, pp. 168-173. La cuestión fue retomada por Senkowska-Gluck, «Les donataires de Napoléon», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 680-693 (muchas pequeñas dotaciones fueron en realidad jubilaciones o pensiones por invalidez).

Sobre los esfuerzos de Napoleón para sumar la nobleza del Antiguo Régimen, disponemos de un buen estudio local: Ch. Alleaume, «Napoléon I^{er} et l'ancienne classe nobiliaire, l'enquête de 1810 dans le département du Var», *Société d'études scientifiques et arch. de Draguignan* (1935, pp. 5-48). J. Bertaut, *Le Faubourg Saint-Germain* (1949), G. de Broglie, *Ségur sans cérémonies* (1977).

La corte imperial está bien tratada por Charles O. Zieseniss, *Napoléon et la cour impériale* (1980). El lugar que ocuparon los mariscales en esta nobleza fue elucidado en el relevante número especial de la *Revue de l'Institut Napoléon* (1986), de Jacques Jourquin.

Sobre las órdenes creadas par Napoleón: Stalins, *L'ordre impérial de la Réunion* (1959), da la lista de los miembros, y el artículo de Lorion sobre los Tres Toisones de Oro, en la *Revue de l'Institut Napoléon* (1962).

Capítulo 18: El patinazo de la política exterior: el avispero español

FUENTES: Archivos de Asuntos Exteriores (*Espagne*), série AFIV de los Archivos Nacionales. Archivo Histórico Nacional de Madrid y Public Record Office de Londres. Los tratados son reproducidos por J. de Clercq (1880). Numerosas *Memorias*: Abrantès, Azanza (1815), Escoiquiz (*Memorias*, 1915), Bacler d'Albe (planchas importantes en el t. II, 1892), Belliard, Bigarré (el entorno de José en Madrid), Billón, Blayney (prisionero de guerra inglés), Blaze (1828, farmacéutico en el servicio de salud), Brun, Bugeaud (*Correspondance* por Ideville, retomada en J. Brisson, *Bugeaud, soldat de Napoléon*, 1975), Chevillard (*La Revue de Paris*, 1906), Chlapowski, Clermont-Tonnerre (*L'expédition d'Espagne, 1808-1810*, 1983), Coignet, Daudebard (Zaragoza, testimonio publicado en 1812), Dellard, Delroeux (Bailén y Cabrera), Duhesme, Fantin des Odoards, Fée (*Souvenirs de la guerre d'Espagne*, 1856, excelentes), Fleuret, Godoy (*Mémoires du prince de la Paix*, traducidas por Esmenard, 1836), Gouvion Saint-Cyr, Grivel, Guitard (1934), d'Hautpoul, Hugo (ed. Guimbaud, 1934), Hulot (1886), Jomini (*Guerre d'Espagne*, 1892), Jovellanos (*Diarios*), José Bonaparte (*Mémoires*, t. IV-VIII), Jourdan, Lavaux, Lawrence (el punto de vista de un granadero inglés), Lejeune, Marbot, Marmont, Masséna, Miot de Melito (fundamental para el entorno de José), Manière (Somosierra y el sitio de Cádiz), Palafox (*Autobiografía*), Martins Pamplona (*Aperçus nouveaux sur les campagnes des Français au Portugal*, 1818), Ratton, Rocca (*Mémoires sur la guerre des Français en Espagne*, 1814), Saint-Chamans, Soult, Suchet, Talleyrand, Maurice de Tascher (1933, excelentes), Thiébault, Vedel (1828, alegato por Bailén), Vigo-Roussillon (*La Revue des Deux-Mondes*, 1890-1891). Las memorias históricas de Pradt son muy sospechosas (1816). Pero el *Voyage pittoresque et historique en Espagne* (1807-1818), así como el *Itinéraire descriptif*, de A. de Laborde, son muy interesantes. No podemos ignorar ni el *Catecismo español* ni la *Memoria* de Cevallos que se cuentan entre los más importantes panfletos inspirados por la guerra de España. Varios se reproducen en Beauchamp, *Mémoires relatifs aux Révolutions d'Espagne*, 1824. El conocimiento de la obra de Goya, especialmente de los *Desastres de la guerra*, es indispensable. La hermosa novela de Paul Morand, *Le Flagellant de Séville*, supo reconstruir el estado anímico de un afrancesado. P. Conrad proporciona el texto de la constitución de Bayona, en una edición crítica (1909); la correspondencia de La Forest, embajador de Francia en España, 1808-1813, fue publicada en 1905-1907 por G. de Grandmaison. Los partes de Wellington figuran en la edición de los *Dispatches*, t. VI (1834). Documentos sobre la entrevista de Bayona en A. Savine, *L'Abdication de Bayonne* (1908).

OBRAS: Los orígenes del caso español fueron aclarados magistralmente por A. Fugier, *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808* (1930). Complétese con las páginas de Miguel Artola en el tomo XXVI de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, y la introducción de M. Poniatowski a Clermont-Tonnerre, *L'expédition*

d'Espagne (1983). La personalidad de Godoy que desempeñó el papel de aprendiz de brujo la juzgan con mayor indulgencia los franceses (Desdevises du Dezert, 1895; Chastenet, 1961) que los españoles (Corona, *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*, 1957; Seco Serrano, prefacio a las *Memorias* del Príncipe de la Paz, 1956). La situación económica ha sido bien aclarada por P. Vilar, *La Catalogne et l'Espagne moderne* (1962) [trad. cast., *Cataluña en la España Moderna*, Crítica], y R. Herr, *The eighteenth century revolution in Spain* (1958).

La corriente profrancesa fue muy estudiada: el estudio de base es el de Artola, *Los afrancesados* (1953), que completó Hans Juretschke, *Die Franzosenpartei in spanischen unabhanggigkeits Krieg* (1961). Consultar sobre algunas grandes figuras: Demerson, *Don Juan Meléndez Valdés et son temps* (1962); A. Dérozier, *Manuel José Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne* (1968); M. Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'afrancesado* (1959); Dermigny, «Carrion-Nisas et l'Espagne», *29e Congrès Féd. hist. Languedoc*, 1955. Puntos de vista interesantes de C. Martin, «Les Afrancesados», *Écrits de Paris*, junio de 1965, pp. 68-80. No podemos olvidar J. Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle* (1964).

La guerra y sus complementos políticos fueron tratados en varias obras: Napier, *History of the war in the peninsula* (13 vols., trad. fr., 1828); Oman, *History of the peninsula war* (7 vols., 1902-1930); G. de Grandmaison; *L'Espagne et Napoléon*, 3 vols., 1908-1931 (excelente); Grasset, *La Guerre d'Espagne*, 3 vols., 1914-1932 (estudio detallado de las operaciones militares), Balagny, *Campagne de l'Empereur Napoléon en Espagne* (5 vols., 1902, 1907, numerosos documentos); J. Lucas-Dubreton, *Napoléon devant l'Espagne* (1947); Artola, *Los orígenes de la España contemporánea* (t. I, 1959); J. Thiry, *La Guerre d'Espagne* (1966); P. Vilar, «L'Espagne devant Napoléon», en *Les Pays sous domination française* (1968, pp. 128-158); del mismo autor, «Quelques aspects de l'occupation et de la résistance en Espagne en 1794 et au temps de Napoléon», en *Occupants-Occupés* (1969, pp. 221-252); Charles-Roux, *Le Guêpier espagnol* (1970); J. R. Aymes, *La Guerre d'indépendance espagnole* (1973), y un estudio sobre la guerrilla en el que se pone de manifiesto la influencia de las ideas de «la pequeña guerra» de Grandmaison (*Bulletin hispanique*, 1976). Lovett, *Napoleon and the birth of modern Spain* (1965); Carmigniani y Tranié, *La guerre d'Espagne* (1978); *Les Espagnols et Napoléon* (actas del coloquio de Aix, 1984); Glover, *Wellington's army in the Peninsula* (1977). Añádasele el *Diccionario bibliográfico de la guerra de la independencia española* (*1808-1814*) (3 vols., 1944-1952). Podemos desdeñar las obras anticuadas de Foy, del conde de Toreno y de Gómez de Arteche. Los aspectos literarios y «panfletarios» están bien descritos por L. Trenard, «La résistance espagnole à l'invasion française», *94e Congrès des Soc. sav*. (1971, pp. 243-282).

Entre los estudios particulares: Ducéré, *Napoléon à Bayonne* (reed. 1982); Pérez de Guzmán, *El 2 de Mayo 1808* (1908, fundamental); Titeux, *Une erreur historique: le général Dupont* (3 vols., 1903-1904), y M. Leproux, *Le Général Dupont* (1934),

son rehabilitaciones de Bailén a la que Clerc consagró un estudio pormenorizado (1903). El sitio de Zaragoza inspiró una gruesa recopilación de estudios: *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza* (1958). El comportamiento de José, como rey de España, fue bien analizado por P. Gaffarel, «Deux années de royauté en Espagne», *Revue des Études napoléoniennes* (1919, pp. 113-145), y Girod de l'Ain, *Le Roi Joseph* (1970). La resistencia antifrancesa varió según las regiones: en Cataluña hizo estragos «*la embrolla*» (P. Conrad, *Napoléon et la Catalogne*, 1909); el terror es la forma de acción de «el Empecinado» (Sánchez Diana, «Burgos en la Guerra de la Independencia», *Hispania*, 1970). En Cádiz, la resistencia se confunde con la legalidad (Solís, *El Cádiz de las cortes*, 1958). Sobre la acción de los ingleses: J. Weller, *Wellington in the peninsula* (1962). Glover, *The peninsula war* (1974) y *Wellington's army* (1977, los uniformes y la logística). Para las Cortes: A. Fugier, *La Junta supérieure des Asturies et l'Invasion des Français* (1930). En cuanto a las consignas de la resistencia: P. Vilar, «Patrie et nation dans le vocabulaire de la guerre d'indépendance espagnole», *Annales historiques de la Révolution française* (1971).

Los problemas portugueses son inseparables del caso español. Sobre los orígenes diplomáticos: Fugier, «Napoléon et le Portugal jusqu'au traité de Fontainebleau», *Bulletin de l'Institut français au Portugal*, 1931, pp. 1-5 (saca a la luz el doble juego español en las relaciones hispano-portuguesas), M. Lhéritier, «Napoléon et le Portugal», *Congresso do Mundo portugués*, vol. VIII, pp. 279-298. Sobre la resistencia: Silbert, «Le Portugal et l'étranger», en *Patriotisme et nationalisme en Europe à l'époque de la Révolution* (1973). Sobre las corrientes francófilas: Daupias d'Alcochete: «La Terreur blanche à Lisbonne, 1808-1810», *Annales historiques de la Révolution française*, 1965, pp. 299-331 (estudia el caso de un manufacturero de origen francés, Ratton, y el del economista Acursio das Neves); sobre las cuestiones económicas: Macedo, *O Bloqueio continental. Economia e guerra peninsular* (1962). Panorámica aportada por J. Godechot, «Le Portugal et la Révolution, 1789-1814», *Arquivos do Centro cultural portugués*, 1974, pp. 279-297.

Hay pocas biografías sobre Junot, a excepción de un libro sumario de Lucas-Dubreton y del más antiguo de Brandao, *El rei Junot* (1917).

Para el conjunto del problema portugués, excelente elaboración de Silbert, «Le Portugal devant la politique française», en *Les Pays sous domination française* (1968, pp. 193-227).

Sobre la opinión pública portuguesa: Daupias d'Alcochete, «Les pamphlets portugais antinapoléoniens» (*Arquivos do centro cultural portugueses*, 1977).

Capítulo 19: El despertar de los ancionalismos

FUENTES: Sobre la campaña de 1809, las *Memorias* son muy numerosas:

Boulart (1812), Cadet de Gassicourt (1818), Chevalier (1970, ed. Mistler), Chevillet (1906), Chlapovski (1908), Coignet (1968, ed. Mistler), Comeau (1900), Dupuy (1892), Eugenio de Beauharnais (t. IV, 1858), Gervais (1939), Jerónimo Bonaparte (t. III, 1861), Lejeune (1851), Lorencez (1902), Macdonald (1892), Marbot (1891), Marmont (1856), Masséna (1849), Oudinot (1894), Parquin (1892), Percy (1904), Pils (1895), Pouget (1895), Rapp (1823), Seruzier (1823), Talleyrand (1891) y *Lettres à Fanny* de Bertrand (ed. La Vaissière-Orfila, 1979). En el campo contrario: Metternich (1880) y Grueber (1909). Al margen de la *Correspondencia* de Napoleón, véase P. Bertrand, *Lettres inédites de Talleyrand a Napoléon* (1889). Hay que remitirse a los boletines de la *Grande Armée* (ed. Tulard, 1963) y a los documentos publicados por W. de Fedorowicz, *1809, La Campagne de Pologne*.

OBRAS: El libro fundamental es el de Dunan, *Napoléon et l'Allemagne, le système continental et les débuts du royaume de Bavière* (1942): se dedica todo un capítulo a la campaña de 1809. La campaña de 1809 fue objeto de un relato muy superado de Pelet (*Mémoires sur la guerre de 1809 en Allemagne*, 4 vols., 1824-1826). Elaboraciones más recientes por: Saski, *Campagne de 1809* (1899-1902), C. de Renémont, *Campagne de 1809* (1903); Gachot, *Napoléon en Allemagne* (1913). Existen varias obras sobre el archiduque Carlos, de difícil consulta en Francia (W. John, *Erzherzog Karl, der Felder und seine Armee*, 1913). Pero sus *Principes de Stratégie* fueron traducidos al francés. Sobre puntos concretos: Bonnal, *La Manoeuvre de Landshut*, seguido por Buat, *De Ratisbonne à Znaïm* (1909, 2 vols. y atlas), con un espíritu crítico. Más elogiosos son: Ferry, *1809, la marche sur Vienne* (1909); Camon, *La Manoeuvre de Wagram* (1926); Dupont, *Napoléon en Campagne* (t. II y III, 1952-1955). Sobre los principales actores: Derrécagaix, *Berthier* (1904-1905); Blocqueville, *Le Maréchal Davout* (1879) (véase también su correspondencia publicada por Mazade en 1885); J. Wirth, *Le Maréchal Lefebvre* (1904). Las sublevaciones alemanas fueron objeto de un sólido, aunque parcial, estudio de H. Heitzer, *Insurrektionen zwischen Weser und Elbe — Volksbewegungen gegen die französische Fremdherrschaft im Königreich Westfalen 1806-1813* (1959). Para el Tirol: Ch. Clair, *André Hofer et l'Insurrection du Tyrol en 1809* (1880); Derrécagaix, *Nos campagnes au Tyrol* (1910). El atentado de Staps ejemplifica este movimiento de resistencia nacional: E. Gachot, «Un régicide allemand, Frédéric Staps», *Revue des Études napoléoniennes*, 1922, pp. 181-203. Staps no pertenecía a la secta de los iluminados en la que habrían figurado Metternich, Montgelas, el hombre de Estado bávaro, Dalberg, J.-P. Richter y Brentano (R. Leforestier, *Les Illuminés de Bavière et la Franc-Maçonnerie allemande*, 1914). Tuvo como émula La Sahla (Desmarest, *Quinze Ans de Haute Police*, cap. XVI). Sobre la repercusión en Hungría de las guerras napoleónicas: E. Balazs, «Berzevickzy et Napoléon» (un proyecto de constitución para Hungría se le envió a Napoleón), *Annales hist. de la Révolution française*, 1973, pp. 245-262. Sobre Walcheren, donde el desembarco inglés puso a

Francia en peligro: A. Fischer, *Napoléon et Anvers* (1933); L. Madelin, *Fouché*, t. II; Girodde l'Ain, *Bernadotte* (1968); Théo Fleischman, *L'Expédition anglaise sur le Continent en 1809* (1973); G. Bond, *The Grand Expedition* (1979).

Célebre, pero superado: Petre, *Napoleon and the Archduke Charles* (1909).

Capítulo 20: El malestar religioso

FUENTES: En los archivos romanos: A. Latreille y J. Leflon, «Répertoire des fonds napoléonniens aux Archives vaticanes», *Revue historique*, 1950, pp. 59-60, la subserie F 19 en los Archivos Nacionales; los *Papiers inédites d'Artaud de Montor*, la *Correspondencia* de Napoleón I, las *Memorias* de Jauffret (1819, muy bien informadas), Pacca (1840, hostiles con Napoleón), Consalvi (1864), Maury (*Correspondance diplomatique et Mémoires inédites*, publicados por Mons. Ricard, 1891); *Correspondance de la Cour de Rome avec la France* (1814); Mons. de Barral, *Fragments relatifs à l'histoire ecclésiastique des premiers années du XIX^e siècle* (1814); Mons. d'Aviau, *Lettres* (1903). Inventario del fondo Caprara en los Archivos Nacionales (1975). Sobre la Congregación: memorias del padre de Gobineau (1955).

OBRAS: Puede encontrarse en Plongeron y Godel, «Un quart de siècle d'histoire religieuse», *Annales historiques de la Révolution française*, 1972, pp. 181-203, 352-389, una excelente orientación bibliográfica. Las obras fundamentales son las ya citadas de Haussonville, *L'Église et le Premier Empire* (1868-1870, con importantes documentos); H. Welschinger, *Le Pape et l'Empereur* (1905).

A. Latreille, *Napoléon et le Saint-Siège, 1801-1808, l'ambassade du cardinal Fesch à Rome* (1935, ilumina con una nueva luz la personalidad del tío de Napoleón, que supo dar prueba de su independencia bajo la influencia de M. Émery); V. Bindel, *Histoire religieuse de Napoléon le* (t. II y III, 1940-1942); A. Dansette, *Histoire religieuse de la France contemporaine* (t. I, 1948); A. Latreille, *L'Église catholique et la Révolution* (t. II, 1950); Mons. Leflon, *La Crise révolutionnaire* (1951), estos últimos cuatro libros ofrecen síntesis brillantes y muy documentadas. No hay biografía de Bigot de Préameneu, sucesor de Portails.

Sobre las congregaciones: John Carven, *Napoléon and the lazarists* (1974, el conflicto con el papa y la imposibilidad de enviar lazaristas a Oriente llevaron a la supresión de la orden en 1809). El problema del divorcio, antes estudiado desde el punto de vista jurídico por H. Welschinger (1889) y Colmet de Santerre (*Le Divorce de l'Empereur et le Code Napoléon*, 1894), fue renovado por L. Grégoire, *Le Divorce de Napoléon et de l'impératrice Joséphine, Étude du Dossier canonique* (1957), que justificó el servilismo del clero napoleónico: la oficialidad de París se sometió a la tradición galicana. El punto de vista romano lo aportó, en cambio, G. de Grandmaison, *Napoléon et les Cardinaux noirs* (1895).

El *Catecismo imperial*, fundamento de la enseñanza religiosa bajo el Imperio, fue estudiado de forma detenida por A. Latreille (1935). Sobre la actitud de la Iglesia frente a la guerra: J.-P. Bertho, «Naissance et élaboration d'une théologie de la guerre chez les évêques de Napoléon», en *Civilisation chrétienne* sous la direction de B. Plongeron (1975). En cuanto a la política, léanse las páginas de la tesis importante aunque difícil que B. Plongeron consagró al clero imperial en *Théologie et politique au siècle des Lumières, 1770-1820* (1973) y las observaciones de una gran sutileza de C. Langlois, «Religion et politique dans la France napoléonienne», en *Christianisme et Pouvoirs politiques* (1974).

La ocupación de Roma fue tratada por H. Aureas, *Miollis* (1961), y L. Madelin, *La Rome de Napoléon* (1906). La cautividad del papa fue objeto de una buena monografía de Mayol de Luppé (1912) que podría remozarse con la próxima publicación de las *Memorias* de Chabrol, que fue el «carcelero» de Pío VII en Savona. Consúltese también al mejor especialista en Pío VII, J. Leflon, «Face à Napoléon: Pie VII», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1975, pp. 1-19.

Sobre las comisiones de 1809 y 1811, y sobre el concilio de 1811, solo disponemos del libro anticuado de Mons. Ricard (1894), renovado por A. Latreille, «Le gallicanisme ecclésiastique sous le Premier Empire — Vers le Concile national de 1811», *Revue historique*, 1944 y, sobre todo, Plongeron, «Les deux députations françaises à Savone», *Società savonese di storia patria* (1984). De Latreille, sobre las reacciones de los curas: «Le Clergé du Sud-Est et l'occupation de Rome par Napoléon», en los *Mélanges Fugier*, pp. 163-177. Sobre los sentimientos del clero belga: L. Lefebvre, «La crise religieuse dans la région de Bastogne», *Mémorial Bertrang* (1964), pp. 127-158. Leflon, *Eugène de Mazenod* (t. I).

Las sociedades secretas bajo el Imperio empiezan a ser mejor conocidas. El admirable trabajo de G. de Bertier de Sauvigny, *Le Comte Ferdinand de Bertier et l'énigme de la Congrégation* (1948), puso de manifiesto, detrás de la asociación piadosa de la Congregación, el papel desempeñado por los Caballeros de la Fe en la difusión de la bula de excomunión. Esta valiosa tesis aporta una respuesta a las preguntas planteadas por G. de Grandmaison, *La Congrégation* (1890). No podemos ignorar los trabajos de A. Lestra, *Histoire secrète de la Congrégation de Lyon* (1967) y *Le Père Condrin, fondateur de Picpus* (t. I, 1952). A propósito de los Aa, véase la elaboración de J. Godechot en los *Mélanges André Latreille* (Lyon, 1972). Recordemos que Paul Claudel trató magistralmente la cautividad del papa en *L'Otage*.

En su importante tesis, *Le catholicisme au féminin, les congrégations françaises à supérieure générale* (1984), Claude Langlois hace una diferenciación, en esta renovación de las congregaciones, entre la voluntad de Napoleón y las nuevas vías de la experimentación religiosa.

Capítulo 21: La crisis económica

FUENTES: En los Archivos Nacionales las subseries AFIV (1058-1059, subsistencias, y 1355, resultados generales del sistema de licencias, fueron poco explotados), F 7 (informes de policía sobre la crisis), F 11 (subsistencias), F 12 (crisis industriales), F 20 (estadísticas). Numerosos documentos sobre la depresión en los archivos departamentales. Fundamental es la correspondencia de Napoleón y de Mollien, Napoleón, *Lettres au Comte Mollien* (1959). Complétese con las *Memorias* de Mollien. Consúltense sobre el tema las de Chaptal, Gaudin, Laffitte (mediocres), Ouvrard, Pasquier (fundamentales para la capital y las cuestiones de abastecimiento), Réal (muy insuficientes), Savary y, sobre todo, Thibaudeau (explican claramente la política seguida por el prefecto en Bocas del Ródano). Entre los numerosos folletos que aclaran la crisis, hay que privilegiar una vez más a F. d'Ivernois, *Exposé de l'exposé de la situation de l'Empire publié à Paris en février-mars 1813* (1814) y *Napoléon administrateur et financier* (1814). Tiene interés remitirse a Magnien, *Tarif des droits de douane et de navigation maritime de l'Empire français* (ed. 1808, 1811 y 1813), y al *Tableau des prix moyens mensuels et annuels du froment en France depuis le 1.^{er} vendémiaire an IX jusqu'au 31 décembre 1870* (1872), y al *Nouveau traité du change*, de Dégrange (1808).

OBRAS: Conviene añadir a los libros generales citados en el capítulo sobre el Bloqueo Continental: M. Dunan, «Napoléon et le système continental en 1810», *Revue d'Histoire diplomatique*, 1946, pp. 71-98 (pone de manifiesto el cambio de concepción en la política extranjera y antiinglesa de Napoleón); asimismo, para las aplicaciones de esta política, *L'Allemagne de la Révolution et de l'Empire*, t. I, fascículo 2, *1800-1815* (1954), y «Napoléon, l'Italie et le système continental», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1965, pp. 176-190; F. L'Huillier, *Étude sur le Blocus continental. La mise en oeuvre des décrets de Trianon et de Fontainebleau dans le Grand-Duché de Bade* (1951); G. Servières, *L'Allemagne française sous Napoléon I^{er}* (1904; de hecho, Hamburgo y el bloqueo), y B. Groshulska: «L'économie polonaise et le renversement de la conjoncture», *Revue d'Histoire moderne*, 1970, pp. 620-630.

P. A. Heath, *Napoleon I and the origins of the anglo-americain war of 1812* (1929), U. Bonnel, *La France, les États-Unis et la guerre de course* (1961), extrajo las implicaciones estadounidenses. En cambio, Schalk de la Faverie, *Napoléon et l'Amérique* (1917), ha sido completamente superado.

Fundamental es el artículo de R. Dufraisse, «La politique douanière de Napoléon», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1974, pp. 3-25. En espera de la publicación de la gruesa obra del mismo autor sobre el contrabando, léase F. Ponteil, «La contrebande sur le Rhin au temps de l'Empire», *Revue historique*, 1935, pp. 257-286; J. Bertrand, «La contrebande à la frontière du Nord en 1811, 1812 y 1813», *Annales*

de l'Est, 1951, pp. 276-306; J. Tulard, «La contrebande au Danemark», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1966, pp. 94-95; R. Dufraisse, «Contrebandiers normands sur les bords du Rhin», *Annales de Normandie*, 1961, pp. 209-231.

La crisis fue objeto de un excelente análisis de Chabert, *Essai sur le mouvement des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820* (1949), y de un estudio más detallado de O. Viennet, *Napoléon et l'Industrie française, la crise de 1810-1811* (1947). Entre las investigaciones regionales: Lavalley, *Napoléon et la disette de 1812. A propos d'une émeute aux halles de Caen* (1895); R. Levy, «La disette au Havre en 1812», *Revue des Études napoléoniennes*, julio de 1915, pp. 5-43; L. Boniface, «La disette de 1811-1812 dans le département des Alpes-Maritimes», *Annales Soc. Lettres, Sciences et Arts des Alpes-Maritimes*, 1936, pp. 266-284; F. L'Huillier, «Une crise de subsistances dans le BasRhin», *Annales d'Histoire de la Révolution française*, 1937, pp. 518-536; P. Léon, «La crise des subsistances de 1810-1812 dans le département de l'Isère», *ibidem*, 1952, pp. 289-309; J. Vidalenc, «La vie économique des départements méditerranéens pendant l'Empire», *Revue d'Histoire moderne*, 1954, pp. 165-198; J. Labasse, *Le Commerce des soies à Lyon sous Napoléon et la crise de 1811* (1957); J. Vidalenc, «La crise des subsistances et les troubles de 1812 dans le Calvados», *Actes du 84e Congrès des Sociétés savantes*; Gaillard, «La crise économique de 1810-1811 à Saint-Omer», *La Revue du Nord*, 1957, pp. 153-186 (según el periódico de anuncios de Saint-Omer que, aunque muy sumiso al poder imperial, permite percibir las dificultades de las tierras de Thérouanne); Lantier, «La crise alimentaire de 1812», *Revue du Département de la Manche* (1961, pp. 130-147); Hemardinquer, «Document sur les crises de 1805 à 1815 à Lyon», *59e Congrès des Sociétés savantes* (1964), pp. 239-263; R. Cobb, *La Protestation populaire en France, 1789-1820* (1975, primer estudio detallado de los movimientos sediciosos de 1812). Para Marsella, consúltese la excelente monografía de R. Caty, «Jean-Louis Bethfort et le commerce des blés à Marseille de 1801 à 1820», *Provence historique*, 1973, pp. 164-216. Sobre los problemas de abastecimiento de París: Passy: «Napoléon, l'approvisionnement de Paris et la question des subsistances», *Séances et travaux de l'Académie des Sciences morales et politiques 1897*, pp. 558-616, 777-820; L. de Lanzac de Laborie, *Paris sous Napoléon*, t. V (1908); J. Tulard, *Nouvelle Histoire de Paris: le Consulat et l'Empire* (1969). Sobre los productos de reemplazo: R. Pascal, *Une Industrie disparue à AIbi: l'indigopastel* (1954). Para la industria, Ch. Ballot, «Les prêts aux manufactures sous le Premier Empire», *Revue des Études napoléoniennes*, 1912, pp. 45-77. Sobre la crisis inglesa, además de la tesis de F. Crouzet, W. Galpin, *The grain supply of England during the Napoleonic period* (1925).

Capítulo 22: Las derrotas

FUENTES: Sobre los archivos rusos, nos remitiremos al antiguo artículo de Serge Goriainow, «Documents russes sur 1812», *Revue des Études napoléoniennes*, 1912, pp. 276-295 (que publica igualmente el diario de operaciones del primer cuerpo ruso, agosto-diciembre de 1812, y extractos de la correspondencia del emperador Alejandro I y de la gran duquesa Catalina, según la obra del gran duque Nicolas Michailovich). Podemos ignorar los tomos V, VI y VII de la *Vnyechnaya politika Rossy* (1967-1972; véase la reseña de M. Spivak, *Revue de l'Institut Napoléon*, 1976, pp. 222-223). Consúltense las cartas y papeles de Nesselrode (1904). Hay que recurrir, finalmente, a G. de Grandmaison, «Napoléon en Russie d'après les documents des archives espagnoles», *Revue des Questions historiques* (1902). Del lado inglés, se consultarán los tomos VIII-X de *Correspondence, dispatches and other papers*, de Castlereagh; los *British and foreign state papers* (1841); Wellington, *Dispatches*, t. VI y VII; y los documentos publicados por Ch. Webster, *British diplomacy, 1813-1815* (1921). Las *Memorias* de Metternich combinan documentos y recuerdos personales. Sucede lo mismo con las de Lebzeltern (1949). Numerosos documentos diplomáticos como anexo de W. Oncken, *Osterreich und Preussen im Befreiungskriege* (1880). Las *Memorias* sobre la campaña de Rusia son muy abundantes: Aubry (1889), Bangofsky (1905), Margrave de Baden (1912), Barrau (*Rivista italiana di Studi napoleonici*, 1979), Bennigsen (t. III, 1908), Biot (1901), Bourgogne (1898), el polaco Brandt (1917), Caulaincourt (fundamentales, las mejores *Memorias* sobre el período, 1933), Chevalier (1970), Coignet (ed. Mistler, 1968), Dedem (1900), Domergue (director del Teatro Francés de Moscú, 1835), Dutheillet (interesantes sobre las enfermedades que aquejaban a los soldados, 1899), Duverger, Faber du Faur (1895, con ilustraciones), Galitzin (traducción de los recuerdos de un oficial ruso, 1844), Grliber (1909, el punto de vista del cuerpo austríaco de Schwarzenberg), Guitard (1934), Hogendorp (1887), Labaume (1814, enorme éxito bajo la Restauración), Langeron (1902, punto de vista ruso), Montesquiou de Fézensac (1863, excelentes), Paixhans (1868), Pils (1895), Pion des Loches (1889), Pisani (1942, el punto de vista italiano), Pouget (1895), Roos (médico, 1913), Ségur (su *Histoire de Napoléon et de la Grande Armée pendant l'année 1812*, 1824, es un clásico), Séruzier (1823), Soltyck (1836), Suckow (originario de Wurtemberg, 1901), Surugues (1821), Tascher (1938), Uxkull (1961, oficial ruso, detalles curiosos), Villemain (1853), Wilson (1860). Para los rusos, no traducidas al francés: véase la bibliografía de Mme. Le Gall-Torrance (tesis dact., Hautes-Études, resumen en *Revue de l'Institut Napoléon*, 1979). Léanse las mismas para la campaña de Alemania, además de Berthezène (1855), Lowenstern (ruso, 1903), Odeleben (1817, oficial alemán agregado en el estado mayor de Napoleón), Parquin (1843). Sobre España: Jourdan (1899), Marmont (1856), Masséna (1850, t. VII), Noël (1895, relato de Torres Vedras), JeanJacques Pelet (en inglés, ed. Horward, sobre 1811 en Portugal), Soult (España y Portugal, 1955), Sprünglin (*Revue hispanique*, 1904, importantes para Portugal), Suchet (1828, excelentes); añádaseles

las campañas del capitán Marcel (1913). Sobre Italia: Eugenio de Beauharnais (t. VIII y IX). Para la defección de Bernadotte: Suremain (1902) y Vaudoncourt (1817). Sobre Holanda: Jacquin (1960). Sobre el estado anímico de la población, cartas de Maine de Biran al prefecto Maurice (1963).

El análisis de las campañas de 1812 y 1813 de Clausewitz entra en la categoría de las *Memorias*, así como Jomini: *Précis politique et militaire des campagnes de 1812 à 1814* (1886). Léase también A. Chuquet, *Lettres de 1812* (1911), Norvins, *Le Portefeuille de 1813* (1825), *La Guerre nationale de 1812* (sobre Rusia, 7 vols.) y el cuaderno de notas de campaña de Colomb sobre los guerrilleros alemanes (1914).

Al margen de la *Correspondencia* de Napoleón, consúltense las *Lettres personnelles* de los soberanos a Napoleón (inacabado), y sobre el estado de ánimo del Emperador, las *Lettres à Marie-Louise* (1935).

OBRAS: La campaña de Rusia suscitó una floración de estudios, especialmente con ocasión el centenario de 1912. Algunas síntesis sobre el conjunto de la campaña: Jacoby, *Napoléon en Russie* (1938); Tarlé, *La Campagne de Russie* (trad. fr., 1938); G. Bertin, *La Campagne de Russie d'après les témoins oculaires; C.* de Grunwald; *La Campagne de Russie* (1963, montaje de textos); Palmer, *Napoleon in Russia*; J. Thiry, *La Campagne de Russie* (1969); M. Holden, *Napoleon in Russia* (1974), Otto von Pivka, *Armies of 1812* (1976) (efectivos y uniformes), M. Lerecouvreux, *1812, Napoléon et la campagne de Russie* (1981), Carmigniani y Tranic, *La Campagne de Russie* (1982).

El contexto diplomático está bien reconstruido por A. Vandal, *Napoléon et Alexandre I^er^* (t. III, 1896), J. Mansuy, *Jérôme Napoléon et la Pologne en 1812* (1931), que permite corregir las afirmaciones erróneas de Pradt en su *Histoire de l'ambassade dans le grand-duché de Varsovie* (1815), Dundulis, *Napoléon et la Lituanie en 1812* (1940). Sobre los preparativos militares: Tulard, «Le dépôt de la guerre et la préparation de la campagne de Russie», *Revue historique de l'armée* (1969); L. Hastier, «Napoléon faussaire», *Vieilles Histoires* (1961, pp. 63-103); Villatte des Prugnes, «Les effectifs de la Grande Armée pour la campagne de Russie», *Revue des Études historiques* (1913); R. Bielecki, «L'effort militaire polonais, 1806-1815», *Revue de l'Institut Napoléon* (1976). El detalle de las operaciones lo aportan Margueron, *Campagne de Russie. Préliminaires, 1810-1812* (4 vols., 1898-1906), y Fabry, *Campagne de Russie. Opérations* (5 vols., 1900-1903); Bonnal, *La manoeuvre de Vilna* (1905). Léanse igualmente: B. de Baye, *Smolensk* (1912), y Gronski, «L'Administration civile des gouvernements russes occupés en 1812», *Revue d'Histoire moderne* (1928, pp. 401-412). Van Vlijmen, *Vers la Bérésina* (1908), ve, en lo que se considera un desastre, una obra maestra estratégica. Para la historiografía rusa, el papel de Kutusov y de los guerrilleros fue determinante (Jiline, *Le Désastre de l'armée napoléonienne en Russie*, en ruso, 1968). Sobre los contingentes extranjeros: Sauzey, *Les Allemands sous les aigles françaises* (1902-

1912); Boppe, *Les Espagnols à la Grande Armée* (1899); del mismo autor, *La légion portugaise*, y Lutken, *Les Danois sur l'Escaut* (1891).

El esfuerzo de guerra prusiano suscitó, en la óptica de «la revancha», una multitud de trabajos en Francia: Cavaignac, *La Formation de la Prusse contemporaine* (1897-1898, principalmente el t. Il); Vidal de la Blache, *La Régénération de la Prusse après Iéna* (1910); Gromaire, *La Littérature patriotique en Allemagne* (1911); del mismo autor, «Arndt et Napoléon», *Revue des Études napoléoniennes* (1913, IV, pp. 372-401); C. de Grunwald, *Stein* (1936). El relato de los acontecimientos proporcionado antes por Charras (1870) y Rousset (1871) debe sustituirse por J. d'Ussel, *La Défection de la Prusse* (1907); *L'intervention de l'Autriche* (1912). Pour Clausewitz, el tomo I del estudio copioso de R. Aron (*Penser la guerre*, 1976) es fundamental. La influencia del ejemplo español es analizado por R. Wohlfeil, *Spanien und die deutsche Erbehung, 1808-1814* (1965). Léase también Bouvier, *Le Redressement de la Prusse* (1941); Paret, *York and the era of Prussian Reform* (1966) y *Clausewitz and the state* (1976); Straube, *Das Jahr 1813* (1963); Max Lehman, *Scharnhorst* (1887, anticuado pero útil); Unger, *Gneisenau* (1914); Ranke, *Hardenberg* (1874). Hoffmann dejó una sobrecogedora descripción del campo de batalla de Leipzig. La corriente pronapoleónica no desapareció a pesar de todo. Hegel escribía: «Un día, Alemania, gracias al poder de un conquistador, se reunirá en una sola multitud».

Para el detalle de las operaciones: anteriormente a la llegada de Napoleón: Reboul, *La Campagne de 1813* (1910-1912); visión de conjunto en Clément, *La campagne d'Allemagne* (1904); Lanrezac, *La Manoeuvre de Lützen* (1904); Tournés, *Latzen* (1931); P. Foucart, *Bautzen* (1893) y *La Poursuite* (1901); Lefebvre de Behaine, *La Campagne de France*, t. I titulado *Napoléon et les Alliés sur le Rhin* (1913); Thiry, *Lützen et Bautzen* (1971); del mismo autor, *Leipzig* (1972). Sobre el papel de los cuerpos francos, Spivak, «Le corps franc du major Adolphe von Lutzow», *Revue de l'Institut Napoléon* (1974).

La actitud de Bernadotte fue bien explicada y severamente juzgada por L. Pingaud, *Bernadotte, Napoléon et les Bourbons* (1901).

Sobre Italia y sus incidencias en los acontecimientos: H. Weil, *Le Prince Eugène et Murat, opérations militaires, négociations diplomatiques* (1905); Rath, *The fall of the napoleonic Kingdom in Italy* (1941) y, sobre todo, Fugier, *Napoléon et l'Italie* (1947). Sobre Lagarde, director de la policía en Toscana, la noticia biográfica de F. Boyer (*Rassegna Storica del Risorgimento*, 1957, pp. 88-95). Para Florencia, igualmente R. Boudard (*Rassegna Storica Toscana*, 1974, pp. 47-61). En cuanto a Roma y al fin de la dominación francesa, es capital el tomo II de la tesis de J. Moulard, *Le Comte Camille de Tournon* (1930). J. Rosselli, *Lord W. Bentinck and the british occupation of Sicily, 1811-1814* (1956) concreta la actitud inglesa en Sicilia. A la bibliografía relativa a Murat y citada más arriba, añádase A. Valente, *Gioacchino Murat e l'italia Meridionale* (1956); Johnston, *The napoleonic Empire in Southern*

Italy (1904); H. Weil, *Joachim Murat roi de Naples, la dernière année du règne* (1909).

La caída de Holanda ha sido estudiada de primera mano por Caumont de la Force, *L'Architrésorier Lebrun; gouverneur de la Hollande, 1810-1813* (1907). Para Hamburgo: J. Mistler, «Hambourg sous l'occupation française», *Francia*, 1973, pp. 451-467 (según los informes de Aubignosc).

Para España, el mejor relato es el de G. de Grandmaison, *L'Espagne et Napoléon*, t. III (1931). Sobre la organización especial de Cataluña: P. Conard, *Napoléon et la Catalogne* (1910); Jean Serramon en *La bataille des Arapiles* (1978), pone de relieve las incoherencias francesas que se dieron en Vitoria (*La bataille de Vitoria*, 1985). Lo que sobre todo ha concitado la atención son las operaciones que enfrentaron a Wellington y Masséna: E. Gachot, «Les lignes de Torres Vedras» (*Revue des Études napoléoniennes*, 1918, XIV, pp. 225-239), es muy favorable a Masséna y aplasta a Bessières, Soult y Marmont. Punto de vista favorable a Masséna de Valentin (1960), Marshall Cornwall (1965) y de D. Horward, *The Battte of Bussaco. Massena against Wellington* (1965), y *The Twin Sieges of Ciudad Rodrigo and Almeida* (1984). Véase también Sarramon, «Campagne de Fuentes de Onoro», *Carnet de la Sabretache* (1962). Sobre la continuación: Weller, *Wellington in Peninsula* (1962). Sobre los afrancesados refugiados en Francia, después de Vitoria: *Revue des Études napoléoniennes*, 1915, t. VII, pp. 276-278, y Dufour, *Llorente en France. 1813-1822* (1979). Sobre Suchet, uno de los mejores mariscales: F. Rousseau, *La Carrière du maréchal Suchet* (1898), y, sobre todo, Bergerot, *Suchet* (1986); sobre Jourdan, su biografía, muy objetiva, de R. Valentin (1956); para Bessières, las de Rabel (1903) y de A. Bessières (1952), y el boletín *Les Amis de Bessières* (1969-1976).

El desmoronamiento de las colonias lo cuenta C. Parkinson, *War in the Eastern Seas, 1783-1815* (1954); H. Prentout, *L'Île de France sous Decaen* (1901); J. Eymeret, «L'Administration napoléonienne en Indonésie», *Revue française d'Histoire d'outre-mer* (1973, pp. 27-44); del mismo autor, «Java sous Daendels», *Archipel* (1972, pp. 151-168), que sustituye la anticuada tesis de Collet. Sobre la indiferencia de Napoleón, punto de vista contrario en Besson y Chauvelot, *Napoléon colonial* (1939). Para América: Gandía, *Napoléon et l'Indépendance de l'Amérique latine* (1955); Pardo de Leygonier, «Napoléon et les libérateurs de l'Amérique latine», *Revue de l'Institut Napoléon* (1962, pp. 29-33); O. Baulny, «La naissance de l'Argentine et l'entreprise ibérique de Napoléon», *ibidem* (1970, pp. 169-180); C. de Sassenay, *Napoléon I et la fondation de la République argentine* (1892). La guerra marítima en las Antillas está bien tratada por H. de Poyen (1896).

Capítulo 23: La caída

FUENTES: A las *Memorias* militares de Belliard (1842), Biot, Bro (1914), Brun

(1953), Clausewitz (*La Campagne de 1814*, trad. fr. 1900), Langeron (1902), Macdonald (1892), Marmont (t. IV, 1857), Parquin (1892), hay que añadir las políticas: Barante (1901), Beugnot (1866), Caulaincourt (1933, fundamental), Chateaubriand, el barón de Damasco (1922), el conde de Damasco (t. II, 1914), Frénilly (1909), Gain-Montagnac (1817), Maine de Biran (ed. Lavalette-Monbrun, 1927), Pasquier (importantes, t. II, 1893), Portal (1846), Rochechouart (1933), Savary (1828), Semallé (1898), Talleyrand, Villèle (1888), barón Vincent (*Le Pays lorrain*, 1929), Vitrolles (ed. Forgues, 1884). Más imparciales son a menudo los testimonios extranjeros: así Underwood (publicado con el *Journal* de Mme. de Marigny en 1907). Léase también Bellart (*Oeuvres*, 1827), *Le Manuscrit de 1814* por Fain (1823), los papeles de Laine publicados por Perceval en 1929. La *Correspondencia* de Napoleón debe completarse con la edición de las *Cartas* de Napoleón a María Luisa, por L. Madelin, y las de María Luisa al Emperador, por Palmstierna (1955). La prensa vuelve a cobrar interés; podemos añadir, para el estudio del estado anímico de la población, la correspondencia de los comisarios extraordinarios, por Benaerts (1915) y, sobre todo, les panfletos de Pichon (*De l'état de la France*…), Rougemaître (*L'Ogre de Corse*), Goldsmith (*Histoire secrète du Cabinet de Bonaparte*), Massé, Doris, etc., sobre los cuales ha llamado la atención en 1879 Germond de la Vigne y de los que se encontrarán extractos en J. Tulard, *L'Anti-Napoléon* (1964). Para la imaginería, J. Grand-Carteret, *Napoléon en images* (1895). *Le Moniteur* publicó los textos fundamentales: el texto de la Carta está en J. Godechot, *Les Constitutions de la France* (1970). Dos instrumentos de trabajo cómodos para el personal político: Bourloton, Robert y Cougny, *Dictionnaire des Parlementaires français* (5 vols., 1889-1891), y, sobre todo, M. Fleury y B. Gille, *Dictionnaire biographique du conseil municipal de Paris et du conseil général de la Seine* (1972, con un muy importante prefacio de M. Fleury sobre la crisis de 1814).

Sobre el congreso de Châtillon, M. Escoffier publicó interesantes documentos en la *Revue des Études napoléoniennes*, 1914, t. VI, pp. 85-99.

OBRAS: El asunto Malet había anunciado claramente en 1812 «el comienzo del fin». No hay que asombrarse por la enorme bibliografía que se le ha dedicado: Lafon, uno de los actores, en 1814, y luego Lemare, el mismo año, d'Aubignosc, antiguo director general de la policía en Hamburgo en 1824, y luego, en 1834, Saulnier, que fue secretario general de la policía bajo Fouché, y finalmente Peuchet en sus *Mémoires tirés des archives de la police* en 1838. Las síntesis más serias son las de Hamel (1873), Billard (1907), Gigon (1915), Masson (1921), Lort de Sérignan (1925), Garros (1936), J. Bourdon («Conspirateurs et gouvernants», *Le Mercure de France*, de noviembre de 1948), B. Melchior-Bonnet (1963), J. Tulard (en J. Mistler, *Napoléon et l'Empire*, 1968). El papel de los Caballeros de la Fe fue aclarado por Bertier de Sauvigny, *Le comte Ferdinand de Bertier et l'énigme de la Congrégation* (1948), y las ramificaciones meridionales denunciadas por Pelet de la Lozère, bien

aclaradas por M. Agulhon, «Le rôle politique des artisans dans le département du Var de la Révolution à la IIe République» (*8e Colloque d'Histoire sur l'Artisanat*, Aix, 1965, pp. 82-99, en especial según los informes del comisario Caillemer).

La crisis de 1814 fue objeto de varias síntesis: H. Houssaye, *1814* (1888, «un clásico»), A. Chuquet, *L'Année 1814* (1914), J. Thiry, *La Campagne de France* (1938), y *La Première Abdication* (1939), F. Ponteil, *La Chute de Napoléon le* (1943), P. Serval, *Napoléon tombe en vingt jours* (1984).

Sobre las operaciones militares, la gran obra de Lefebvre de Behaine, *La Campagne de France* (4 vols., 1913-1935, inconcluso), y Bertin, *La Campagne de France d'après les témoins oculaires* (s. f.); Lachouque, *Napoléon en 1814* (1960). La batalla de Montmirail es tratada por J. Colin en la *Revue des Études napoléoniennes*, 1914, t. V, pp. 326-358, y por M. R. Mathieu, *Dernières Victoires, 1814. La Campagne de France aux alentours de Montmirail* (1964).

No se puede olvidar la situación en el sur: Ch. Clerc, *Campagne du maréchal Soult dans les Pyrénées occidentales en 1813-1814* (1894); L. Batcave, *La Bataille d'Orthez* (1914); Ch. Portal, «Note sur la bataille de Toulouse» (*Bulletin de la Société des Sciences et Belles-Lettres du Tarn*, t. 1); Geschwind y Gelis, *La Bataille de Toulouse* (1914).

El esfuerzo de guerra fue analizado por Lévy-Schneider, «Napoléon et la Garde nationale» (*Rév. fr.*, 1909, pp. 131-135); L. Girard, *La Garde nationale* (1964); Lomier, *Histoire des Régiments des Gardes d'honneur, 1813-1814* (1924, excelente); J. Durieux, «Soldats de 1814», *Revue des Études napoléoniennes*, 1933, pp. 202-211. Sobre las deserciones, los artículos de Lantier y de Vidalenc, citados en p. 484, y Boudard, «La conscription dans le département de la Creuse» (*Revue de l'Institut Napoléon*, 1986; el envío de alguaciles, el llamamiento a los eclesiásticos, las «dragonadas» de los gendarmes de elite, todo fue en vano; ¡algunos insumisos pasaron hasta tres años en el bosque!); Waquet, «L'essai de levée du quarantième dans l'arrondissement d'Amiens en mars de 1814», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1967, pp. 1-14 (ese intento fue un fracaso). Léase también P. Benaerts, *Les commissaires extraordinaires de Napoléon en 1814* (1915), retomado por J. Thiry, *Le rôle du Sénat dans l'organisation militaire de la France impériale* (1932).

El país debe hacer frente a una invasión admirablemente tratada por Erckmann-Chatrian. Entre los numerosos trabajos regionales, destacaremos Steenackers, *L'Invasion de 1814 dans la Haute-Marne* (1868); P. Gaffarel, *Dijon en 1814-1815* (1897); A. Chuquet, *L'Alsace en 1814* (1900); P. Fauchille, *Une Chouannerie flamande 1813-1814* (1905, la insurrección realista dirigida por Fruchart, alias Luis XVII, según los informes de Bellemare); F. Borrey, *La Franche-Comté en 1814* (1912); J. Vidal de la Blanche, *L'Évacuation de L'Espagne et l'Invasion dans le Midi* (2 vols., 1912-1914; importante); Perrin, *L'Esprit public dans la Meurthe de 1814-1816* (1913); A. Vovard, «Les Anglais à Bordeaux en 1814» (*Revue des Études napoléoniennes*, 1914, t. VI, pp. 259-285); C. Pfister, «Nancy en 1814» (*Acad.*

Stanislas, 1914, pp. 147-214); H. Contamine, *Metz et la Moselle de 1814 à1870* (1932).

Sobre el abandono de los mariscales a Napoleón: M. Dupont, *Napoléon et la Trahison des Maréchaux* (1939). La actitud del clero la analiza F. Borrey, *L'Esprit public chez les prêtres franc-comtois pendant la crise de 1812-1815* (1912). Sobre el personal político: E. de Perceval, *Un Adversaire de Napoléon, Laine* (1926); Ch. Pouthas, *Guizot pendant la Restauration* (1923); Beau de Loménie, *La Carrière politique de Chateaubriand de 1814 à 1830* (1929).

Lefebvre de Behaine, en *Le Comte d'Artois sur la route de Paris en 1814* (1921), aclara las complicidades de que se beneficiaron los realistas por parte de alcaldes y prefectos. Podemos remitirnos también a L. Madelin, *La Contre-Révolution sous la Révolution, 1789-1815* (1935).

Capítulo 24: La última elección

FUENTES: El acta adicional fue publicada por J. Godechot, *Les Constitutions de la France* (1970). Los debates de las cámaras están en el t. XIII de los *Archives parlamentaires*. Los principales informes de la policía para el período que precede al regreso de Napoleón fueron publicados por E. Welvert, *Napoléon et la Police* (1913), y Firmin-Didot, *Royauté ou Empire* (s. f., informes de Anglès). Con la desaparición de la censura napoleónica, se multiplicaron los folletos y panfletos de los que se encuentra una reseña en el *Catalogue de l'Histoire de France*, en la Biblioteca Nacional. Aparte de la *Correspondencia* de Napoleón, que hay que completar con Pélissier, *Le Registre de l'île d'Elbe* (1897), las *Memorias* son abundantes: Autichamp (1815), Beugnot (1866, para la policía de la primera Restauración), Luciano Bonaparte (ed. Iung, 1882, t. III), Bourrienne, Campbell (en Pichot, *Chronique des Événements de 1814-1815*, 1873), Canuel (1817, sobre la Vendée), Mme. de Chastenay, Chateaubriand, Constant (*Mémoires sur les Cent Jours*, ed. Pozzo di Borgo, 1961), Cournot (1913), barón de Damasco (1923), Ferrand (1897), Fleury de Chaboulon (1910; hay que rectificar a partir de las anotaciones de Napoleón), Fouché, Gaudin, Guizot (t. I, 1858), Hobhouse (*Lettres écrites de Paris*, 1819, interesante testimonio ocular), la reina Hortensia (t. II, 1927), La Fayette (1838, t. V), Lamarque (1835), Louis-Philippe (acontecimientos de 1815, 1849), Michelet (*Ma jeunesse*, 1884), Molé (ed. Noailles, t. I, 1922), Pasquier, Peyrusse (1869), Poli (1954), Pons de l'Hérault (1897, fundamental para la isla de Elba), Puymaigre (1884), Rochechouart (1889), Réal (1835), Savary, Sers (1906), Talleyrand, Thibaudeau (1913, importante para los Cien Días), Viennet (1929), Vitrolles (1884), Ussher (1906, para la isla de Elba). Añádaseles para Waterloo: Berthezène, Canler (1862), Chevalier, Coignet, Grouchy (publicaciones de papeles personales, 1873), Levasseur (1914), Marbot, Ney (papeles personales, 1833),

Pontécoulant (*Napoléon à Waterloo*, 1866), Scheltens (1880) y Trefcon. Del lado inglés: los *Dispatches of the duke of Wellington* (t. VIII, 1852), Cavalié Mercer (1833), Lawrence (1897) y Woodberry (1896), que fueron objeto de traducciones francesas. Véase también A. Brett-James, *Waterloo raconté par les combattants* (montaje de testimonios). Hay mucho que sacar de la correspondencia de Jaucourt con Talleyrand (1905) y en los suizos: Sismondi, «Lettres écrites pendant les Cent Jours» (*Revue historique*, 1877-1878), y Pictet de Rochemont, *Correspondance diplomatique* (1892). Se puede ojear el curioso folleto de Alexandre de Tilly, *Du Retour de Bonaparte* (Londres, 1815), las *Lettres sur les Cent Jours* de Cauchois-Lemaire (1822), y *Des désordres de la France et des moyens d'y remédier*, por Montlosier (1815). Atractiva evocación de Marsella en 1815 por V. Gelu (ed. Guiral, 1971). Véase también la compilación de Schoell.

OBRAS: Síntesis generales por Vaulabelle (*Histoire des Deux Restaurations*, 1845, célebre pero poco fiable), Houssaye, *1815* (*Les Cent jours*, 1896; *Waterloo*, 1899; brillante, documentado, pero escrito en la óptica de «la revancha»); Stenger, *Le Retour de Napoléon* (1908); E. Le Gallo, *Les Cent Jours* (1924; tesis sólida pero no siempre objetiva); F. Ponteil, *La Chute de Napoléon le et la crise française de 1814-1815* (1943, bueno); J. Thiry, *Les Cent Jours* (1943), F. Sieburg, *Napoléon, Les Cent Jours* (1957); R. Margerit, *Waterloo* (1964, excelente, desborda la historia limitada de la batalla para estudiar el conjunto de los acontecimientos); G. Blond, *Les Cent Jours* (1984). Podemos desdeñar el estudio apresurado de E. Hubert sobre los *Cent Jours*.

Hay mucho que extraer en los trabajos de historia regional. Anticuados son L. Pingaud, *La France-Comté en 1815* (1894); Gaffarel, *Les Cent Jours à Marseille* (1906); Gonnet, «Les Cent Jours à Lyon», *Revue d'Histoire de Lyon* (1908); Contamine, *Metz et la Moselle de 1814 à 1870* (1932); G. de Manteyer, *La Fin de l'Empire dans les Alpes* (1942); Avezou, «Les Cent Jours en Isère», *Bull. Soc. Delphinate* (1951); Bouscau, «La première Restauration et les Cent Jours dans la Creuse», *La Science historique* (1981) y, sobre todo, dos estudios fundamentales: J. Vidalenc, *Le Département de l'Eure sous la monarchie constitutionnelle* (1952) y P. Leuilliot, *La Première Restauration et les Cent Jours en Alsace* (1958). La isla de Elba fue objeto de varios libros: Pellet, *Napoléon à l'île d'Elbe* (1888); P. Gruyer, *Napoléon à l'île d'Elbe* (1906); N. Young (1919); P. Bartel, *Napoléon à l'île d'Elbe* (1947; sostiene la tesis del complot); R. Christophe, *Napoléon empereur de l'île d'Elbe* (1959); G. Godlewski, *Trois Cents Jours d'Exil* (1961; más serio que los precedentes); F. Beaucour, *Sari, un fidèle de l'Empereur* (tesis dact. muy documentada). Véase también J. Tulard, «L'île d'Elbe en l'an X», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1964, pp. 64-68.

Ahora se conoce bien el regreso. Sobre las intrigas que lo precedieron: A. Espitalier, *Deux artisans du retour de l'Île d'Elbe* (Émery y Dumoulin, 1934); Ernouf, *Maret, duc de Bassano* (1878); E. Bonnal, *Les Royalistes contre l'Armée*

(1906); L. Guillot, «Le général Lefebvre-Desnoëttes», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1963, pp. 145-151. Sobre la inquietud suscitada entre los compradores de los bienes nacionales hacia la Restauración: Gain, *La Restauration et les biens des émigrés* (1929). Sobre el regreso mismo: J. Thiry, *Le Vol de l'Aigle* (1942), A. Chollier, *La Vraie Route Napoléon* (1946) y S. y A. Troussier, *La Chevauchée héroïque du retour de l'île d'Elbe* (1965). Sobre Sisteron: Gombert (1968). El acta adicional es analizada por Deslandres, *Histoire constitutionnelle*, t. I (1932), L. Radiguet, *L'Acte additionnel* (1911), y, sobre todo, P. Bastid, *Benjamin Constant et sa doctrine* (excelente estudio de las ideas del autor de *La Benjamine*). El plebiscito fue objeto de una tesis excelente, que barre muchas ideas preconcebidas: F. Bluche, *Le Plébiscite des Cent Jours* (1974). Para las elecciones: se encuentra en *Rév. fr*. de 1913, un artículo sobre las elecciones a la Cámara de los Representantes, aunque sobre la mentalidad de los diputados preferiremos, como anexo de Rodocanachi, *Sébastien Bollin* (1926), las cartas del célebre autor de anuarios, que fue diputado en 1815. La herencia financiera de la Restauración puede deducirse a partir de M. Bruguière, *La Première Restauration et son Budget* (1969), y Gignoux, *La Vie du Baron Louis* (1928).

Sobre el entorno de Napoleón: M. Reinhard, *Le Grand Carnot* (t. II, 1952); F. Pietri, *Lucien Bonaparte* (1939); Blocqueville, *Davout* (1879); L. Madelin, *Fouché* (t. II); Serieyx, *Drouot et Napoléon* (1931).

Para el otro bando: Duc de Castries, *Louis XVIII* (1969, excelente biografía). Léanse los documentos reunidos por E. Romberg y A. Malet, *Louis XVIII et les Cent Jours à Gand* (1898-1902). La resistencia de la Vendée es aclarada por Lasserre, *Le Général Lamarque et l'Insurrection royaliste en Vendée* (1906) y R. Grand, *La Chouannerie de 1815* (1942). Útil es G. Lavalley, *Le Duc d'Aumont et les Cent Jours en Normandie* (s. f.). Sobre las negociaciones entre los bandos: H. Malo, *Le Beau Montrond* (1926, agente de Talleyrand).

El contexto diplomático está bien aclarado por A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française* (t. VIII, 1904); P. Rain, *L'Europe et la Restauration des Bourbons, 1814-1818* (1908). Para el Congresos de Viena: Webster, *The congress of Vienna* (1934); Nicolson, *The congress of Vienna* (1947, trad. fr.); Weil, *Les Dessous du Congrès de Vienne* (1917), y la obra colectiva, *Le Congrès de Vienne et l'Europe* (1964). No podemos ignorar la edición crítica de los *Souvenirs du Congrès de Vienne* de Lagarde-Chambonas (1901) y las cartas de Talleyrand a la duquesa de Courlande publicadas por G. Palewski (*Le Miroir de Talleyrand*, 1976). Síntesis de Charles Ziesniss, *Le Congrès de Vienne* (1984).

La batalla de Waterloo suscitó una multitud de obras, desde Clausewitz (*La Campagne de 1815*, trad. fr. 1900), Jomini (*Précis de la Campagne de 1815*, 1839) y Charras (*Histoire de la Campagne de 1815*, 1869). El punto de vista belga nos lo dan Couvreur, *Le Drame belge de Waterloo* (1959), Logie, *Waterloo, l'inévitable défaite* (1984), así como los artículos del *Bulletin de la Société belge d'études napoléoniennes* (1950-1975, índices en el número de diciembre de 1975) y *Waterloo*

illustré (16 números aparecidos) que no dejan ningún aspecto de la batalla en la sombra. Punto de vista holandés: Van Loben Sels, *Précis de la Campagne de 1815* (interesante). Sobre los prusianos; Müffling, *Aus meinem Leben* (1851); véase a este respecto Vigo-Roussillon, «Le général von Müffling, principal artisan de la victoire des Alliés», *Rev. hist. de l'Armée*, 1970, pp. 43-64, que corrobora los recuerdos del general. Blücher, por su lado, encontró un excelente biógrafo en Blasendorff, *Gebhard Leberecht von Blücher* (1887). Podremos consultar también Damitz, *Histoire de la Campagne de 1815*, Von Ollech, *Geschichle des Feldzuges*, y Plotho, *Der Krieg im Jahre 1815*, aunque los tres muy anticuados. Para los ingleses, disponemos de Siborne (*History of the war of 1815*, 1845), Ropes (*The campaign of Waterloo*, con atlas, 1892), H. F. Becke, *Napoleon and Waterloo* (1914), y el artículo de J. Holland Rose, «Wellington dans la campagne de Waterloo», *Revue des Études napoléoniennes*, 1915, t. VIII, pp. 44-55; Waller, *Wellington at Waterloo* (1967). Finalmente, los franceses fueron asimismo prolijos: además de Houssaye y Margerit citados más arriba, y E. Lenient (*La Solution des Énigmes de Waterloo*, 1915), hay que conceder una importancia fundamental a Lachouque, *Waterloo* (1972, prefacio de J.-F. Chiappe). Los números especiales de la *Revue des Études napoléoniennes* de junio de 1932 y de junio de 1933 serán de utilidad, así como J. Regnault, *La Campagne de 1815* (1935), sin olvidar el *Waterloo* de J. Thiry (1943). El final del Imperio está tratado por J. Thiry, *La Seconde Abdication*, y, sobre todo, J. Duhamel, *Les Cinquante Jours, de Waterloo à Plymouth* (1963). Así concluía lo que Spengler llamó «la guerra de veinte años» entre la aristocracia inglesa y la burguesía francesa. Sobre el movimiento de los federados, a falta de una historia general: J. Vanel, «Le mouvement fédératif de 1815 dans le Tarn», *Gaillac et pays tarnais, Féd. Languedoc. Pyr., Gascogne*, 1977, pp. 387-395).

Capítulo 25: La leyenda

FUENTES: Sobre la última fase, son abundantes las *Memorias*: Beker dejó un relato de su misión al lado de Napoleón (1841), el diario de a bordo del *Saale* fue publicado en la *Revue des Études napoléoniennes* de 1933; los testimonios de Savary, de Planat de la Faye (1895), de Bonnefoux (1900), de Lallemand (Diario en *French American Review*, abril de 1949), Bonneau (*Revue rétrospective*, 1895), Jackson (trad. fr., 1921), Nichols (*La Sabretache*, 1921), Keith (1882) y Maitland (*Relation*, 1825, reed. en 1934, con el testimonio de Home por Borjane); del mismo Borjane, *Napoléon à bord du «Northumberland»*, los relatos ingleses, como Glover, a completar con lord Luttelton (1936), aclaran «el después de Waterloo». Sobre Santa Elena, dos testimonios de primer orden: Las Cases, *Le Mémorial de Sainte-Hélène* (ed. Dunan, 1951, preferentemente, en razón de la calidad de su aparato crítico, la edición de la Pléiade por Walter, de Garnier por Fugier, y de Seuil, prefacio de J.

Tulard), pero que se detiene de hecho en 1816, y Bertrand, *Cahiers de Sainte-Hélène*, que cubre todo el período (ed. Fleuriot de Langle, 1949-1951, sin índices, Mme. de la Vaissière publicó para el período precedente sus cartas a Fanny, en 1978). Otros testimonios: Ali (1926), Antommarchi (1825, numerosas reediciones), Arnott (1822), Balcombe (trad. fr., 1898), Bouges (*Souvenir napoléonien*, 1976), Gorrequer (Kemble, *Gorrequer's diary*, 1969), Gourgaud (ed. Aubry, 1947), Hudson Lowe (Paul Frémeaux, *Dans la chambre de Napoléon mourant*, diario inédito de H. Lowe, 1910), Marchand (ed. Bourguignon-Lachouque, 1952-1955 y reed. 1985), Montholon (*Récits de la captivité*, 1847), condesa de Montholon (1901), O'Meara (1822, numerosas reed.), Santini (1853), Stockoë (1901), Verling (médico, *Carnet de la Sabretache*, 1921), Warden (ed. Cabanes, 1931). No se olvide la presencia en la isla de un representante del gobierno de Luis XVIII: Firmin Didot, *La Captivité de Sainte-Hélène d'après les rapports du marquis de Montchenu* (1894). No desdeñar los informes de Sturmer, comisario austríaco, los del comisario ruso Balmain (*Revue bleue*, 1897) y los *Hudson Lowe Papers*. Numerosos documentos en los cinco volúmenes del *Captif de Sainte-Hélène* (1821) y en Mougins-Roquefort, *Napoléon prisonnier, vu par les Anglais* (1978). Sobre los proyectos de evasión: *La Belle-Jenny*, de Gautier. Sobre el retorno de las cenizas: *Souvenirs inédits de Philippe de Rohan-Chabot* (1985).

OBRAS: Se encuentran dos bibliografías sobre Santa Elena, una a continuación del libro colectivo, *Sainte-Hélène, terre d'exil* (1971), y la otra por C. Albert-Samuel en la *Revue de l'Institut Napoléon*, 1971, pp. 151-157. Actualización en *Napoléon à Sainte-Hélène* (textos escogidos por J. Tulard, 1981).

Sobre la rendición a los ingleses, prefiérase a Silvestre, *De Waterloo à Sainte-Hélène* (1904), a R. Chandeau, *Napoléon à Fouras* (1958), a los numerosos libros sobre la isla de Aix y a. C. Manceron, *Le Dernier Choix de Napoléon* (1960), los excelentes estudios de J. Duhamel, *Les Cinquante Jours* (1963), de G. Martineau, *Napoléon se rend aux Anglais* (1969), de G. Hubert, «Napoléon de Rochefort au *Bellorophon*», en *Souvenir napoléonien*, sept. de 1975, Bordonove, *La vie quotidienne de Napoléon en route vers Sainte-Hélène* (1977) y de G. Prouteau, *La nuit de l'île d'Aix* (1985).

Entre las obras generales sobre Santa Elena: Forsyth, *History of the captivity* (1850); Rosebery, *La Dernière Phase* (1901); F. Masson, *Napoléon à SainteHélène* y *Autour de Sainte-Hélène* (1935); Brice, *Les Espoirs de Napoléon à Sainte-Hélène* (1938); Paul Ganière, *Napoléon à Sainte-Hélène* (1957-1962); Korngold, *Les Dernières Années de Napoléon* (1926); G. Martineau, *La Vie quotidienne à Sainte-Hélène* (1966, excelente). Jean Thiry, *Sainte-Hélène* (1976). Un instrumento de trabajo fundamental: A. Chaplin, *A Saint-Helena who's who* (1919, diccionario biográfico de todos los actores de Santa Elena). Será de utilidad consultar: Hauterive, *Sainte-Hélène au temps de Napoléon et aujourd'hui* (1933), René Bouvier, *Sainte-*

Hélène avant Napoléon (1938), y sobre un punto concreto: Healey, «La bibliothèque de Napoléon à Sainte-Hélène», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1959-1961, y A. Lorion, «Le vrai visage des aumôniers de Sainte-Hélène» (Buonavita y Vignali), y, sobre este último, Guerrin-Graziani, *L'assassinat de l'abbé Vignali*, 1982, *Revue de l'Institut Napoléon*. 1972, pp. 75-78. La dispersión de los compañeros de exilio después de la muerte del Emperador está tratada por A. Cahuet, *Retours de Sainte-Hélène* (1932). Sobre el testamento, el estudio de J. Savant en *Toute l'Histoire de Napoléon*, 1951, pp. 1-98; J. Lemaire, *Le Testament de Napoléon* (1975), y F. Beaucour, *Le Codicille secret du testament de Napoléon* (1976, se trata del séptimo codicilo que contiene diferentes legados). El retorno de las cenizas inspiró a J. Bourguignon un libro muy documentado en 1943 y un libro más reciente de J. Boisson.

El recuerdo de Napoleón había sido mantenido en Francia por numerosos partidarios: J. Lucas-Dubreton, *Le Culte de Napoléon, 1815-1848* (1959), a completar con Tudesq, «La légende napoléonienne en France en 1848» (*Revue historique*, 1957). A título de comparación: Lee Kennett, «Le culte de Napoléon aux États-Unis jusqu'à la guerre de Sécession», *Revue de l'Institut Napoléon*, 1972, pp. 145-156; y sobre el papel de los exiliados: I. Murat, *Napoléon et le Rêve américain* (1976). Para Alemania: R. Dufraisse, «Le culte de Napoleón dans les pays de la rive gauche du Rhin» (Jahrbuch fur West, deutsche Landesgeschichte, 1976). Interesante es G. Lote, «La mort de Napoléon et l'opinion bonapartiste en 1821», *Revue des Études napoléoniennes*, 1930, t. XXXI, pp. 19-58. Zeller, *Soldats perdus des armées de Napoléon* (1977), trata la variedad de los destinos.

P. Gonnard, en *Les Origines de la Légende napoléonienne* (1906), insistió en la importancia de los escritos procedentes de Santa Elena en la formación de esta leyenda. Otros elementos han sido puestos de relieve por J. Dechamps, *Sur la Légende de Napoléon* (1931). En cambio, el papel de la «media paga» es minimizado por J. Vidalenc, *Les Demi-Solde* (1955); léase sobre este tema la excelente introducción a los recuerdos de Parquin por Jacques Jourquin, que desmonta las imposturas de este parangón de los «media paga». Léase también: A. Zeller, *Soldats perdus des armées de Napoléon aux garnisons de Louis XVIII* (1977). La influencia literaria es examinada por M. Descotes, *La Légende de Napoléon et les Écrivains français du XIX siècle* (1967), y Saint-Paulien, *Napoléon, Balzac et l'empire de la comédie humaine* (1979). A Balzac, Hugo y Stendhal, hay que añadir a Béranger (J. Touchard, *La Gloire de Béranger*, 1968) y *Barthélémy et Mery* (por J. Garsou, 1899); no hay que olvidar a Erckmann-Chatrian (J. Braun, *Saisons d'Alsace*, 1963) ni al padre de los *Tres Mosqueteros*.

Sobre el paso de la leyenda al mito: el número especial de *Yale French Studies* (1969); P. Barbéris, «Napoléon, structure et signification d'un mythe», *Rev. Hist. Lit. France*, sept. de 1970, pp. 1031-1058; J. Tulard, *Le Mythe de Napoléon* (1971).

Del mismo autor, «Quand la République récupérait l'Empereur», *L'Histoire*, 1978

(Napoleón como héroe de las novelas populares de Boisgobey, Ohnet, Lepelletier, Capendu, Adam, Jean d'Agraives…). Para los grabados, véase el catálogo de la exposición de la Biblioteca Nacional, en 1969, *La légende napoléonienne*.

Otras lecturas: F Beaucour, *Les Projets d'évasion* (1987), roneotipado. Sobre el retorno de las cenizas, léase también el estudio de J. Tulard en *Les Lieux de Mémoire*, t. II (1986).



JEAN TULARD (París, Francia, 1933). Profesor universitario e historiador francés. Es uno de los mayores especialistas franceses sobre Napoléon Bonaparte y sobre la época napoleónica. Es director de estudios en la Escuela Práctica de Altos Estudios desde 1965, profesor desde 1981 de la Universidad de la Sorbona y del Instituto de Estudios Políticos de París, y presidente de la Sociedad de la Historia de París y de «Ile-de-France» (1973-1977). También fue presidente (entre 1974-1999) y después presidente de honor (desde 1999) del Instituto Napoléon, y miembro del Consejo de Administración de la Cinemateca Francesa.

Es miembro de la Academia de las Ciencias Morales y Políticas desde el 16 de mayo de 1994, elegido en la sección de Historia y Geografía, en la butaca de Roland Mousnier, habiendo presidido la academia en 2005. Asimismo ha participado en más de veinte obras, como autor único, como autor colaborador o como director de publicación.